

Juan José Millás

Una vocación imposible



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Peripecias oníricas

PRIMAVERA DE LUTO (1989)

El pequeño cadáver de R. J.

Trastornos de carácter

La Nochebuena más feliz

Los otros

Simetría

El clavo del que uno se ahorca

La conferencia

Primavera de luto

Ella estaba loca

Ella era desdichada

Ella está en todas partes

Ella le había robado las palabras

Ella le contó una película

Ella era otra

Ella agonizaba en la cocina

Ella había perdido la cintura

Ella no se fijaba

Ella estaba muerta

Ella acaba con ella

ELLA IMAGINA (1994)

Ella imagina

Laura se corta el pelo

Él no sabía quién era

Ella me esperaba en la farmacia

La memoria de otro

Vicente va a París

El ojo vago

Una fotografía impertinente

La puerta secreta

Feliz daño nuevo

El caso del perrito faldero
El cascabel de Telesforo
Rodilla herida
Las creencias de Vicente Holgado
No podía pensar en otra cosa
El día en que operaron a mamá
Ellos sacaban a pasear al perro
El hombre hueco
Lo intentaré el próximo domingo
Un regalo para la jubilación
La mujer del cuadro
El hombre que imaginaba catástrofes
La casa vacía
El cartero siempre llama dos veces
El hombre que salía por las noches
Obras sociales
El hombre que controlaba el mundo

CUENTOS A LA INTEMPERIE (1996)

LA CIUDAD

Taxis
Los muertos y el tráfico
No te fíes de nadie
Metro
Ella empezó a mirarme en Ríos Rosas
Cómo evitar un terremoto
La identidad de las lentejas
Calles
Un tipo que era más feliz que yo
Los desaparecidos miden 1,80
El alma a los pies
Encuentros
Con el calor se pudre la autoestima
El eterno retorno
Palos de ciego
El viejo que fuma
El sentido de la vida
Una barra de acero
Márgenes

Fanatismo venéreo
Cómo hacerse millonario
Diablo
En Nueva York se viola mucho
El viajante de comercio llega a Madrid
Un día de frío
Una vocación imposible
Hay que cerrar el gas
Las drogas
La obra maestra

MÁS BREVE TODAVÍA

Escribir
Escribir II
Conflicto
El reportaje
El cuerpo
Las manos

VICENTE HOLGADO

El hombre de la barba
Una muerte rentable
Cambio de identidad
La última aventura sentimental de Vicente Holgado

CARTAS DE AMOR

Tener razón
El orgasmo múltiple
Un dedo impertinente
Conversaciones
África

CUENTOS DE ADÚLTEROS DESORIENTADOS (2003)

El cepillo de dientes
Confusión
Pasiones venéreas
El paraíso era un autobús
El móvil
El adulterio como vocación
La lengua áspera
El que jadea
El remordimiento

El extraño viaje
La muela de Holgado
Retales de conversación
El adúltero
¿Somos felices?
El bígamo
El sofá cama
La mosca
Adulterio
El hombre que corría
El secador y la liga
El rostro
El infierno
El adúltero desorientado
Un hombre vicioso
Los viajes a África
Una hija como tú

LOS OBJETOS NOS LLAMAN (2008)

LOS ORÍGENES

La muerta
Continúo soltero
Mujeres grandes
Los placeres del taxi
Un misterio
Aceite de ricino y mística
La misma frase
Elaboración de productos
La mejor tarde de mi vida
Una amputación invisible
Mi primer plato combinado
Los padres mienten
La verdadera muerte de mamá
Ganas de bronca
Papeles pintados
El tío Emilio
Llamada de ultratumba
Dos pares de calcetines
Mi pierna derecha

El brazo derecho de mi padre
Una historia de fantasmas
Escribir a la contra
Los padres de los amigos
La puerta
Una metamorfosis completa
El hombre que escupe
Tengo poderes
El olor de la gasolina

LA VIDA

Una vocación de clase media
Un alto en la terapia
Dios es zombi
Alternancia
El misterio y el absurdo
El espacio interdigital
El secuestro aéreo
El canario
Cuando no pasa nada
Cada individuo es un universo
Intransigencia horaria
La hija de Beatriz
La vecina difunta
El precio de las almas
La carpeta verde
Jorge y Maruja
El desaparecido
El cojo contrariado
El discutidor
Y llovía y llovía
Las ropas del difunto
La chica de la tele
Un raro bienestar
Los caminos del Señor
Se van a enterar
Las palabras de ella
La asesina del diván
Arrepentimiento

Una vida
La ropa interior de las mujeres
Mañana moriré
Relaciones personales
El hombre invisible
El precio del éxito
Un caso de sugestión
Una historia verdadera
La parte de atrás
Cuerpo y alma
¿Es grave, doctor?
Todo es muy raro
Una vida y un sueño
La masa líquida
Un error del tinte
La guía de Madrid
Enrique fue a la cárcel
Un éxito local
La muerte retroactiva

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Una vocación imposible recoge los cuentos completos del conocido como «maestro de las distancias cortas». En este volumen el lector encontrará la inconfundible mirada de Juan José Millás: historias paradójicas en las que lo descabellado adquiere un aire cotidiano y en las que la realidad revela su lado más sorprendente; relatos en los que explora las relaciones familiares y amorosas, el mundo del trabajo y la vida social, la relación entre el individuo y su cuerpo, entre la intimidad y lo colectivo, con la originalidad, el humor y la precisión que caracterizan su escritura.

Éste es un libro indispensable para conocer el universo literario de Juan José Millás. En sus páginas, los relatos destilan el desbordante talento del autor a la hora de observar la realidad, siempre desde un ángulo inusitado, y su maestría como uno de los escritores que más ha explorado las posibilidades narrativas del género.

UNA VOCACIÓN IMPOSIBLE

Cuentos completos

Juan José Millás



Peripecias oníricas

Si mi autobiografía fuera un traje, estos cuentos serían su forro. Caí en la cuenta al releerlos para la presente edición. Navegaba por ellos como por el revés de mi vida, como por el interior de un cuerpo, del cuerpo que mi escritura ha ido levantando a lo largo de los años en los huecos que dejaban libres las novelas. En cierto modo, constituyen las vísceras de ellas, de las novelas. Fue una experiencia extraña para alguien que jamás relee sus libros después de publicados. Una experiencia desconcertante, como cuando en el sueño se nos aparecen las calles del barrio en el que hemos crecido (del que quizá no hemos salido), y uno se interna en ellas como por los pasillos de una existencia que resulta a la vez propia y ajena. Significa que al articular este conjunto de relatos he puesto a punto mis capacidades oníricas. Ojalá sirvan para que el lector actualice las suyas.

JUAN JOSÉ MILLÁS

PRIMAVERA DE LUTO (1989)

El pequeño cadáver de R. J.

El invierno pasado falleció el conocido autor de novelas R. J. Su muerte fue noticia de primera página; su entierro constituyó un acontecimiento social de primer orden. Acudieron a él el ministro de Cultura, el vicepresidente del Gobierno, la esposa del presidente, así como los más altos cargos representantes de las numerosas instituciones —públicas y privadas— relacionadas directa o indirectamente con la cultura, y cuyo entramado da lugar a uno de los tejidos más polvorientos del enorme sudario bajo el que se desenvuelve la existencia creadora.

La representación extranjera estuvo compuesta por embajadores, agregados de cultura, un par de ministros europeos y numerosos editores de todo el mundo, que aprovecharon la coincidencia de que pocos días después se celebraba en esta ciudad un importante encuentro internacional para matar así dos pájaros de un tiro.

En fin, a qué abundar en esta enumeración de asistentes que acabaría convirtiéndose en una torpe e imperfecta relación de olvidos. Demasiadas complicaciones protocolarias tuvieron ya los organizadores del entierro para que yo, que desconozco la distancia jerárquica entre un subsecretario y un director general, venga ahora a reproducir las numerosas descortesías oficiales que, a decir de muchos, se perpetraron en aquella fiesta mortuoria.

El suceso está en la memoria de todos y se puede, por tanto, despachar en pocas líneas. Sí me gustaría destacar, sin embargo, una rareza que pasó inadvertida a los numerosos cronistas que cubrieron esta información y al público en general; me refiero al hecho de que la mayoría de los asistentes de primera fila iban total o parcialmente disfrazados con uniformes de todos los colores, de cuyas pecheras pendían numerosos e incomprensibles símbolos de metal o de tela. El cadáver de R. J. había sido cubierto con un traje especial perteneciente a algún colegio o corporación que no conozco. No es necesario recordar que la capilla ardiente fue instalada en la sede de la Real Academia, desde donde partiría el cortejo fúnebre, ni el desagradable espectáculo que allí se dio cuando se produjo el aviso de bomba, que constituyó uno de los platos fuertes de la noticia.

He de confesar que esta reprobable acción fue obra mía. No pude resistirlo. Cuando observé a aquellos señores y a aquellas damas cuchichear en torno al túmulo de R. J., luciendo absurdos vestidos y enigmáticas condecoraciones, imaginé lo que sería verlos salir en tropel a la calle y disfrutar de la expresión de sus rostros. Pensé que de ese modo quedaría anulado el artificio de los trajes que, como todo disfraz, no tenían otro objeto que disimular u ocultar la verdadera naturaleza de quienes los llevaban. Luego pensé también que esta proliferación de uniformes no hacía sino delatar una de las carencias más penosas de los seres humanos: su radical falta de

identidad; si fuéramos efectivamente quienes decimos ser, o si cada uno de nosotros constituyéramos realmente un ser completo, un individuo, no sería preciso revestirse de atributos externos, ni de medallas o certificados que lo proclamaran de forma tan ruidosa. Pero ya me referiré a esto más adelante.

El caso es que salí de aquel recinto, y desde una cabina telefónica di un aviso de bomba. Luego me situé en un lugar estratégico y comencé a ver rostros y uniformes discretamente evacuados por los servicios de seguridad de las numerosas autoridades allí congregadas. Entonces, para neutralizar tal discreción, hice correr la noticia entre el público indiferenciado de la calle. Enseguida comenzaron a producirse algunas carreras que desorganizaron la trama dispuesta para las honras fúnebres. Algunos de los disfrazados perdieron de forma transitoria la compostura ante la ineficiencia policial, lo que acentuó la sensación de mascarada y contribuyó a trivializar la escena.

Con todo, lo mejor fue cuando alguien advirtió que el cadáver de R. J. no había sido evacuado, por lo que, de ser cierta la amenaza, los restos de nuestra gloria nacional saltarían hechos pedazos por los aires, dejando a todos compuestos y sin difunto. De inmediato fueron enviados al interior del edificio media docena de escoltas, que salieron al poco con aquel féretro excesivo, dentro del cual bailaba, golpeándose contra sus mullidas paredes, el pequeño cadáver del insigne escritor. De manera que también R. J. acabó por perder la compostura antes de desaparecer del todo. Confieso que sentí cierta piedad por aquel hombre que de modo enigmático me había arrebatado la gloria, así como el soporte sobre el que en otro tiempo había reposado el proyecto de mi felicidad personal.

No ignoro que esta confesión, dada la proximidad de los hechos, podría dañar seriamente mi imagen, con independencia de las responsabilidades penales a que pudieran dar lugar los desórdenes públicos que provoqué. Ninguna de las dos cuestiones me preocupa. Carezco de imagen o, en todo caso, se trata de una imagen minusválida e incapaz, por tanto, de proyectarse y ser recogida en un soporte visible. Además, qué sentido tendría molestar a un anciano de casi ochenta años que pronto estará listo para reunirse con R. J., donde quiera que éste se encuentre.

Por otra parte, si alguien estaba autorizado a gastar una broma de este tipo, era yo, sobre todo si consideramos que el pequeño cadáver arrugado, que yacía en el fondo del acolchado féretro, era, en alguna medida, y por lo que a continuación explicaré, el mío.

Hace ya muchos años que perdí la voluntad, y con ella la capacidad de elegir unas cosas y rechazar otras; carezco de intenciones y, por tanto, de ambición. No comprendo la loca carrera de los hombres en busca de un destino personal que no existe o de una individualidad que, en el mejor de los casos, es un mero artificio incapaz de tapar la falta de sustancia que, como un agujero, nos traspasa. La propia identidad, y sus pobres distintivos, no pasa de ser, en mi opinión, una ingeniosa construcción verbal, útil para crear sociedades, establecer jerarquías y levantar así edificios, trazar autopistas o plantar semáforos. Pero todo ello no justifica la pasión con la que el cardenal tiende al papado, el militar al generalato, o el escritor al Nobel.

Valgan las líneas anteriores para señalar que debajo de esta declaración que ahora inicio no se esconde ningún deseo de venganza, ni mucho menos de reivindicación de una gloria que a estas alturas de la vida me proporcionaría más incomodidades que otra cosa. Con todo, algunos pensarán que me mueve a escribir un impulso mezquino, un movimiento ruin, que resume y magnifica al tiempo mi fracaso. No es eso, pero no negaré —si ello ha de producir alguna satisfacción— que algo de placer voy encontrando, a medida que escribo, en esta historia que no habría hecho pública jamás si el propio R. J. no me lo hubiera pedido en su lecho de muerte. Quien quiera calificar de miserable ese placer, que se mire a sí mismo, que contabilice las miserias de su propia existencia, y con ellas el número de mezquindades que hubo de perpetrar no ya en la consecución de aquellos logros importantes, sino en el humilde y cotidiano ejercicio de ganarse la vida.

Pues bien, lo cierto es que a los pocos días de ser ingresado en el sanatorio del que habría de salir sin vida, R. J. me mandó llamar a través de un amigo. Cuando entré en la habitación ordenó salir a todos con su voz aflautada y me miró fijamente desde aquellas bolitas blanquecinas y llorosas en que se habían convertido sus seductores ojos. La mirada tuvo la calidad de una entrega, pero también de una invocación que me hizo revivir en segundos la complejidad en que se habían desenvuelto nuestras vidas, nuestras dos vidas anudadas, formando un solo bulto, un tumor, a punto ya de desatarse para siempre.

—¿Cómo estás? —pregunté observando la cabecera de la cama, recorrida por tubos de todos los tamaños.

—Se acabó —dijo—, y no lo siento. De manera que podríamos decir que no estoy mal. Si estos cabrones no me prolongan demasiado la tortura, la cosa puede resultar apasionante o, por lo menos, entretenida. Veo cosas e ideas, colores y formas que nunca sospeché.

—¿Tienes dolores?

—Dolores, no; me dan morfina cada vez que suspiro. Pero siento nostalgia de ti y de mí, como si hubiera una cuenta pendiente entre nosotros.

—No nos debemos nada —respondí en voz baja, como si el tono de mi voz tratara de cuestionar lo que afirmaba.

R. J. se revolvió en su inmensa cama. La enfermedad había reducido notablemente su tamaño. Era diez años más joven que yo, pero parecía más viejo. Me senté en una silla situada junto a la cabecera y observé su perfil de tortuga, repleto de surcos y de grietas que descendían hacia el cuello, donde se producía una excesiva acumulación de piel, cuyos pliegues evocaban los de un calcetín derrumbado sobre el tobillo de su dueño.

—Escucha —dijo—, quiero que manipules mi posteridad. Estoy seguro de que sabrás hacerlo de la manera más adecuada. Cuéntalo como quieras, de la forma que más te guste a ti.

—Estoy muy viejo —respondí—. Lo que me pides exigiría un gasto de energías de las que no dispongo. ¿Qué sacaríamos, además, de todo ello?

—No sé —dijo como desde otro lado—. Es por curiosidad. Me gustaría ver qué pasa.

¿Sabes?, cuando ya se está cerca del abismo, uno tiene la impresión de que las cosas no se acaban. Mírame bien: parezco en cierto modo una crisálida, un insecto en fase de metamorfosis; me siento muy alejado de todo, como en el interior de un capullo del que pronto saldré para alcanzar mi estado perfecto. Desde ese estado, quisiera ver qué pasa con nosotros.

Abandoné el sanatorio con una sensación de ligereza sorprendente, como si alguna parte de mi propia vejez se hubiera quedado allí, junto al cuerpo de R. J. Decidí, naturalmente, no hacerle caso, pues juzgué que sus impresiones eran producto de las drogas. Hacía frío, pero conseguí caminar medio kilómetro antes de detener un taxi.

Al día siguiente, los periódicos dieron la noticia de su muerte. Había fallecido durante la madrugada, en pleno tránsito hacia el amanecer. En la primera página, bajo los llamativos titulares, había una foto a tres columnas en la que se veía al anciano moribundo, en su lecho de muerte, y junto a él a nuestro joven ministro de Cultura imponiéndole todavía una condecoración sobre el pijama.

Por mi parte, supe que me había quedado solo en este amargo mundo, que desde hace ya mucho tiempo me parece un circo inacabable.

Razones de salud que a nadie interesan, pero que en todo caso terminarán conmigo antes de que el próximo otoño nos alcance, me han hecho reconsiderar, unos meses después de su fallecimiento, la propuesta de R. J. La verdad es que todavía no me siento, como él, en el interior de un capullo, pero mi cuerpo se parece cada día más al de la última fase de las larvas. Conviene, pues, antes de que la seda del dulcísimo ataúd aprisione mis miembros, dejar las cosas arregladas, siquiera sea para no lamentar en el último instante haber sido incapaz de atender la demanda de quien vivió de mí pero también de quien proporcionó a mi vida la posibilidad de ejercer esa extraña pasión de la escritura.

Seré breve y exacto, ya que en esta serie de fases aparentemente sucesivas que conduce a la corrupción de los cuerpos, una de las primeras cosas en caer —tras el cabello, la carne y el deseo— es el gusto por la ambigüedad literaria. Vayamos, pues, al grano, al bulto, a la cuestión que nos devolverá al punto de partida tras un viaje circular que sin duda carece de sentido.

Conocí a R. J. cuando tenía treinta años y él comenzaba la veintena. Por aquella época yo había publicado una novela y un volumen de relatos breves que la crítica saludó con mayor entusiasmo que el público lector. En cualquier caso, era una promesa de la que se hablaba con fervor en determinados círculos literarios. No diré que me persiguieran los editores, pero me había ganado su respeto y comenzaban a llegarme algunas ofertas de interés.

Cierto día fui invitado a dar un par de charlas en la facultad de Letras de nuestra ciudad. Salí bastante bien de la primera, pues aunque los estudiantes eran dogmáticos y con frecuencia hacían juicios excesivos, mi dogmatismo era por entonces mayor y estaba reforzado, además, por una cantidad de información de la que ellos carecían. Tras el coloquio, cuando ya estaba dispuesto a marcharme, se me acercó un joven —el mismísimo R. J.— que, con maneras tímidas y cautelosas,

me dijo que quería ser escritor. Le animé a ello con las frases habituales y le firmé un ejemplar de mi novela.

Entonces, el joven R. J. sacó unos folios de su cartera y me los entregó con rubor. Se trataba de un cuento que había presentado a un importante concurso literario —el mismo al que me había presentado tres veces en los últimos años, sin llegar siquiera a la final—, y pretendía que lo leyera y que le diera mi opinión. Al día siguiente tenía que volver a la facultad para completar las dos conferencias contratadas, de manera que le prometí mirarlo esa noche y emitir sobre él un juicio sincero.

Leí el relato sin salir de mi asombro, porque era un relato mío, publicado años atrás en una revista de escasa tirada que no sobrevivió al segundo número. A decir verdad, era un cuento de encargo, escrito de forma apresurada y plagado de ingenuidades literarias. Nunca sentí por él el menor afecto.

Tuve dudas sobre la actitud que debía adoptar frente a R. J. Finalmente, decidí que cederle el relato podría ser un modo de desprenderme de un mal producto que podría manchar mi todavía breve carrera de escritor. No negaré que en el descaro de R. J. había algo que me sugestionaba, como si se tratara de un juego literario del que yo habría de obtener, al final, los mayores beneficios. Es más, aquella noche, dándole vueltas al suceso, se me ocurrió una historia para un cuento que no llegué a escribir, y que recorrería mi vida para acabar por convertirse en este informe.

Al día siguiente le devolví los folios a R. J. y le expresé mis dudas sobre las bondades del relato. Tenía —dije— los defectos típicos de toda obra primeriza, pero se advertían en él algunos destellos de gusto literario en los que debería intentar profundizar. Añadí que no debía desanimarse si no ganaba el concurso, pues se trataba de un premio demasiado importante, al que solían presentarse los autores consagrados de la época.

R. J. escuchó con humildad mis opiniones y agradeció sinceramente los ánimos que traté de infundirle. Lo que más me sorprendió es que en ningún momento, y pese a las dos o tres oportunidades que le di, intentara establecer una complicidad que, aunque de forma implícita, delatara su juego. Por el contrario, actuaba como si el cuento fuera realmente suyo, por lo que llegué a dudar de mí mismo, y esa noche busqué la revista donde lo había publicado, y donde aún permanecía, amarillento y sucio, pero con mi firma. Decidí que R. J. era un loco y sentí cierta aprensión por haber entrado en su juego de ese modo.

A los pocos días, leyendo el periódico, me encontré con la foto de R. J. en las páginas de cultura. Había ganado con mi cuento el premio literario y respondía con cierta inteligencia narrativa a las preguntas de un entrevistador trivial.

El juego continuaba. Sonreí con estupor y me guardé el secreto.

Durante los siguientes años, R. J. alcanzó cierta notoriedad. Publicaba artículos bien hilvanados, aunque bastante artificiosos, en el periódico más importante del país. Participaba, además, con éxito en todas las mesas redondas y acontecimientos literarios de alguna relevancia.

Pero no había vuelto a escribir ningún relato, aunque se decía que llevaba años trabajando en una novela cuyo éxito sería definitivo para la consolidación de su prestigio. Era, pues, uno de esos sujetos que viven en los aledaños de la literatura y que, por una rara habilidad, acaban por ser aceptados como novelistas, aun sin haber publicado ningún libro.

En cuanto a mí, había escrito y publicado tres o cuatro novelas más, que fueron bien recibidas por la crítica, pero con las que no conseguí romper tampoco esa barrera detrás de la cual se encuentra el mundo de las grandes tiradas. No obstante, gozaba de un sólido prestigio en los ambientes universitarios y mi presencia era requerida en congresos y encuentros de todo tipo. Tenía entonces cuarenta años y —en la opinión de mis editores, compartida por mí— estaba a punto de dar ese difícil paso que convierte a un novelista en un hombre público. Ese lugar, el más codiciado por los escritores, significa estabilidad, dinero, fama y, con un poco de suerte, desde él se da el salto a la gloria.

Pues bien, por aquellos días se celebró en un país centroeuropeo un importante congreso internacional de escritores al que fui invitado. Coincidí en el tren con R. J., que, a pesar de su juventud y de sus escasos méritos, había conseguido de algún modo que su presencia fuera reclamada en dicho encuentro. En los últimos años nos habíamos visto de forma ocasional en diversas presentaciones de libros y otros sucesos literarios de semejante índole, pero nuestra relación era más bien superficial. Desde luego, ninguno de los dos mencionó nunca el asunto relacionado con mi cuento.

El viaje era largo, por lo que tuvimos tiempo para intercambiar opiniones y trabar cierto conocimiento. La personalidad de R. J. tenía aspectos detestables, pero sobre ellos se alzaba una capacidad de fascinar que aún no he olvidado. Sus párpados superiores —quizá por algún defecto de la membrana— parecían algo pequeños en relación con el globo ocular que debían cubrir, por lo que mantenían una tirantez que daba a su mirada un tono incomprensible y misterioso con el que conseguía seducir imperceptiblemente. Sus labios eran finos, pero bien formados, y transmitían esa sensación de crueldad de algunos cardenales en las pinturas del Renacimiento.

Por aquella época yo bebía bastante, lo que me hacía cometer algunas imprudencias. Habíamos comido en el vagón restaurante, y en la sobremesa me sentía feliz frente a aquel aspirante a novelista. Comentamos nuestras respectivas ponencias. La suya giraría en torno al viejo tema de las relaciones entre literatura y realidad, pero parecía muy bien estructurada y deduje de sus palabras que habría en ella aportaciones originales de cierto valor. El tema estaba de moda, lo que le aseguraba por lo menos una interesante polémica.

La mía era menos ambiciosa, pues no había tenido la tranquilidad ni el tiempo necesarios para prepararla. Estaba escrita en veinte folios y era una reflexión repleta de lugares comunes sobre lo imaginario y su concreción literaria. Partía de una idea general y trataba de llegar hasta el límite inferior de determinación conceptual a través de una serie de autores del pasado siglo.

A R. J. pareció interesarle mi exposición, lo que sin duda halagó mi vanidad, tocada ya por las sucesivas copas de coñac que él mismo pedía para mí. Llegados a un punto de esta borrachera

unilateral, R. J. me hizo una proposición: intercambiar nuestras ponencias. Yo leería la suya y él la mía.

Entre los vapores del alcohol, mi escasa inteligencia realizó un breve y confuso cálculo de intereses. Su ponencia tocaba un tema de actualidad, fuertemente polémico, y la exposición parecía inteligente; a la mía se le notaban los hilvanes y su contenido estaba descontextualizado en relación con las preocupaciones del momento. Por otra parte, R. J. me debía esa satisfacción, por lo que podía aceptar el intercambio sin tener por ello ningún sentimiento de culpa.

Nos dirigimos a nuestros departamentos y al poco nos encontramos en el pasillo, donde se materializó el trato. Una vez a solas leí su ponencia y me pareció genial. Dedicué el resto del viaje a disfrutar de mi próximo éxito, tapando con la ayuda del alcohol una inquietud difusa, localizada en el vientre. «Esto es más divertido que la ruleta rusa», me había dicho R. J., con un guiño, mientras se realizaba el intercambio.

Sorprendentemente, mi actuación en el congreso no causó ninguna reacción; no hubo rechazos, ni siquiera un coloquio mínimamente sostenido. En cambio, R. J. conoció un éxito fulgurante. Su intervención nubló las del resto de los asistentes y su ponencia —la mía— fue publicada en todos los idiomas. Regresó a nuestro país convertido en una figura incontestable, lista para la gloria. En todas partes se hablaba de la novela en la que llevaba años trabajando, y los editores le ofrecían sumas fabulosas para adquirir los derechos de su publicación.

En cuanto a mí, de manera enigmática, comencé a declinar a una velocidad de vértigo. Tardaban meses en publicar mis artículos y ya no me ofrecían conferencias ni me solicitaban cuentos las revistas. Mi economía, que nunca había gozado de una gran salud, adelgazó hasta extremos insoportables. De todos modos, conseguí terminar una novela, que me había ocupado los tres últimos años, y se la envié a mi editor con la esperanza de obtener un sustancioso adelanto sobre sus derechos. Era una gran novela, escrita en plena madurez, en ese instante en el que todo novelista reúne los recursos técnicos y la experiencia vital que le permiten acometer un gran proyecto.

Me la devolvieron a los pocos días, con una breve carta en la que una secretaria me explicaba que estaba cubierta toda la programación editorial de los próximos años. Creí enloquecer. La envié a tres o cuatro editores más con idéntico resultado. Me la remitían sin haberla leído, acompañada de tres frases amables mal escritas.

Un día, finalmente, la envolví y se la envié por correo urgente y certificado a R. J. Pasé dos o tres meses de angustia, sin saber qué iba a ser de mí y de lo único que había dado sentido a mi existencia, la escritura. Transcurrido ese tiempo, comenzaron a aparecer en la prensa noticias relacionadas con la próxima publicación de la esperada novela de R. J. Las primeras ediciones se agotaron antes de ponerse a la venta, y numerosas editoriales extranjeras pagaron grandes sumas por los derechos de traducción.

Al poco tiempo recibí un cheque de varios ceros que me permitió afrontar el futuro con cierta tranquilidad.

En fin, a qué seguir con esta relación interminable de malentendidos que ha envenenado mi existencia. Baste decir que R. J. y yo no volvimos a vernos hasta que me hizo llamar a su lecho de muerte. Cada vez que terminaba una novela, se la enviaba por correo, y a los pocos meses recibía un talón que me permitía vivir un año más. Cuando yo, por maldad, tardaba más de lo acostumbrado en enviarle un nuevo libro, él menguaba mi asignación económica. De este modo, llegamos a alcanzar un raro equilibrio entre sus intereses y los míos.

Supongo que su vida no ha sido menos infernal que la mía. Ambos nos hemos acechado en secreto durante todos estos años, porque de la supervivencia de uno dependía la existencia del otro. Él consiguió la gloria que a mí me permitió transformar en materia literaria todas mis obsesiones, y lo cierto es que ahora —al final de la vida— poco importa ya quién firmó aquellos libros, pues como ya expresé al principio de esta declaración, la identidad no existe ni existe el individuo, pues nada hay en él, excepto sus uniformes y medallas, capaz de hacerlo diferente de los demás mortales. Hay animales que están formados de otros varios y en los que los órganos correspondientes ejecutan funciones distintas; en tales casos, sólo la totalidad puede considerarse un individuo.

R. J. y yo somos el símbolo de esa totalidad. Él parecía el autor de sus novelas; ese autor era yo. Pero si diéramos aún un paso más, veríamos que tampoco eran mías, sino de algo o alguien que las escribió a través de mí. El novelista no es más que un instrumento, un transmisor que realiza su trabajo como el intestino o el corazón realizan el suyo, sometidos a un impulso involuntario y ajenos al sentido final de su función.

Eximo, pues, a las autoridades de repetir conmigo la farsa llevada a cabo en los recientes funerales de R. J. Una parte de mí fue suficientemente honrada en su cadáver, y a través de él también quisiera penetrar en el dudoso futuro de los muertos.

Ya nada me retiene, no hay en mi corazón un solo fuego que estas postreras páginas no hayan logrado consumir.

Trastornos de carácter

A lo largo de estos días se cumplirá el primer aniversario de la extraña desaparición de mi amigo Vicente Holgado. El otoño había empezado poco antes con unas lluvias templadas que habían dejado en los parques y en el corazón de las gentes una humedad algo retórica, muy favorable para la tristeza, aunque también para la euforia. El estado de ánimo de mi amigo oscilaba entre ambos extremos, pero yo atribuí su inestabilidad al hecho de que había dejado de fumar.

Vicente Holgado y yo éramos vecinos en una casa de apartamentos de la calle de Canillas, en el barrio de Prosperidad, de Madrid. Nos conocimos de un modo singular un día en el que, venciendo yo mi natural timidez, llamé a su puerta para protestar no ya por el volumen excesivo de su tocadiscos, sino porque sólo ponía en él canciones de Simon y Garfunkel, dúo al que yo adoraba hasta que Vicente Holgado ocupó el apartamento contiguo al mío, irregularmente habitado hasta entonces por un soldado que murió un fin de semana en su pueblo. Vicente me invitó a pasar y escuchó con parsimonia irónica mis quejas, al tiempo que servía unos whiskys y ponía en el vídeo una cinta de la actuación de Simon y Garfunkel en el Central Park neoyorquino. Me quedé a ver la cinta y nos hicimos amigos.

Sería costoso dibujar en pocas líneas un retrato de su extravagante personalidad, pero lo intentaré, siquiera sea para situar al personaje y contextualizar así debidamente su inexplicable desaparición. Tenía, como yo, treinta y nueve años y era hijo único de una familia cuyo árbol genealógico había sido cruelmente podado por las tijeras del azar o de la impotencia hasta el extremo de haber llegado a carecer de ramas laterales. Poco antes de trasladarse a Canillas había perdido a su padre, viudo desde hacía algunos años, quedándose de golpe sin familia de ninguna clase. Pese a ello, no parecía un hombre feliz. No podría afirmar tampoco que se tratara de una persona manifiestamente desdichada, pero su voz nostálgica, su actitud general de pesadumbre y sus tristes ojos conformaban un tipo de carácter bajo en calorías que, sin embargo, a mí me resultaba especialmente acogedor. Pronto advertí que carecía de amigos y que tampoco necesitaba trabajar, pues vivía del alquiler de tres o cuatro pisos grandes que su padre le había dejado como herencia. En su casa no había libros, aunque sí enormes cantidades de discos y de cintas de vídeo meticulosamente ordenadas en un mueble especialmente diseñado para esa función. La televisión ocupaba, pues, un lugar de privilegio en el angosto salón, impersonalmente amueblado, en uno de cuyos extremos había un agujero que llamábamos cocina. Su apartamento era una réplica del mío y, dado que uno era la prolongación del otro, mantenían entre sí una relación especular algo inquietante.

Por lo demás, he de decir que Vicente Holgado sólo comía embutidos, yogures desnatados y pan de molde, y que bajaba a la tienda un par de veces por semana ataviado con las zapatillas de cuadros que usaba en casa y con un pijama liso, sobre el que solía ponerse una gabardina que a mí me recordaba las que suelen usar los exhibicionistas en los chistes.

Un día, al regresar de mi trabajo, no oí el tocadiscos de Vicente, ni su televisor, ni ningún otro ruido de los que producía habitualmente en su deambular por el pequeño apartamento. El silencio se prolongó durante el resto de la jornada, de manera que al llegar la noche, en la cama, empecé a preocuparme y me atacó el insomnio. La verdad es que lo echaba de menos. La relación especular que he citado entre su apartamento y el mío se había extendido ya en los últimos tiempos hasta alcanzar a nosotros.

Así, por las noches, cuando me lavaba los dientes en mi cuarto de baño, separado del suyo por un delgado tabique, imaginaba a Holgado cepillándose también al otro lado de mi espejo. Y cuando retiraba las sábanas para acostarme, fantaseaba con que mi amigo ejecutaba idénticos movimientos y en los mismos instantes en que los realizaba yo. Si me levantaba para ir a la nevera a beber agua, imaginaba a Vicente abriendo la puerta de su frigorífico al tiempo que yo abría la del mío. En fin, hasta de mis sueños llegué a pensar que eran un reflejo de los suyos; todo ello, según creo, para aliviar la soledad que esta clase de viviendas suele infligir a quienes permanecen en ellas más de un año. No he conocido todavía a ningún habitante de apartamento enmoquetado y angosto que no haya sufrido serios trastornos de carácter entre el primero y el segundo año de acceder a esa clase de muerte atenuada que supone vivir en una caja.

El caso es que me levanté esa noche y fui a llamar a su puerta. No respondió nadie. Al día siguiente volví a hacerlo, con idéntico resultado. Traté de explicarme su ausencia argumentando que quizá hubiera tenido que salir urgentemente de viaje, pero la excusa era increíble, ya que Vicente Holgado odiaba viajar y su vestuario se reducía a siete u ocho pijamas, tres pares de zapatillas, dos batas y la mencionada gabardina de exhibicionista, con la que podía bajar a la tienda o acercarse al banco para retirar el poco dinero con el que parecía subsistir, pero con la que no habría podido llegar mucho más lejos sin llamar seriamente la atención. Es cierto que una vez me confesó que tenía un traje que solía ponerse cuando se aventuraba a viajar (así lo llamaba él) por otros barrios en busca de películas de vídeo, pero la verdad es que yo nunca se lo vi. Por otra parte, al poco de conocernos, descargó sobre mí tal responsabilidad. Cerca de mi oficina había un videoclub en el que yo alquilaba las películas que por la noche solíamos ver juntos.

Bueno, la explicación del viaje no servía.

Al cuarto día, me parece, bajé a ver al portero de la finca y le expuse mi preocupación. Este hombre tenía un duplicado de todas las llaves de la casa y, conociendo mi amistad con Vicente Holgado, no me costó convencerle de que deberíamos subir para ver qué pasaba. Antes de introducir la llave en la embocadura, llamamos al timbre tres o cuatro veces. Luego decidimos abrir, y nos llevamos una buena sorpresa al comprobar que estaba puesta la cadena de seguridad, que sólo era posible colocar desde dentro. Por la estrecha abertura que la cadena nos permitió

hacer, llamé varias veces a Vicente, sin obtener respuesta. Una inquietud o un miedo de difícil calificación comenzó a invadir la zona de mi cuerpo a la que los forenses llaman paquete intestinal. El portero me tranquilizó:

—No debe de estar muerto, porque ya olería.

Desde mi apartamento llamamos a la comisaría de la calle de Cartagena y expusimos el caso. Al poco se presentaron con un mandamiento judicial tres policías, que con un ligero empujón vencieron la escasa resistencia de la cadena. Penetramos todos en el apartamento de mi amigo con la actitud del que llega tarde a un concierto. En el salón no había nada anormal, ni en el pequeño dormitorio. Los policías miraron debajo de la cama, en el armario empotrado, en la nevera. Nada. Pero lo más sorprendente es que las dos únicas ventanas de la casa estaban cerradas también por dentro. Nos encontrábamos ante lo que los especialistas en novela policíaca llaman el problema del recinto cerrado, consistente en situar a la víctima de un crimen dentro de una habitación cuyas posibles salidas han sido selladas desde el interior. En nuestro caso no había víctimas, pero el problema era idéntico, pues no se comprendía cómo Vicente Holgado podía haber salido de su piso tras utilizar mecanismos de cierre que sólo podían activarse desde el interior de la vivienda.

Durante los días que siguieron a este extraño suceso, la policía me molestó bastante; sospechaban de mí por razones que nunca me explicaron, aunque imagino que el hecho de vivir solo y de aceptar la amistad de un sujeto como Holgado es más que suficiente para levantar toda clase de conjeturas en quienes han de enfrentarse a las numerosas manifestaciones de lo raro que una ciudad como Madrid produce diariamente. Los periódicos prestaron al caso una atención irregular, resuelta la mayoría de las veces con comentarios, que pretendían ser graciosos, acerca de la personalidad del desaparecido. El portero, al que dejé de darle la propina mensual desde entonces, contribuyó a hacerlo todo más grotesco con sus opiniones sobre el carácter de mi amigo.

Pasado el tiempo, la policía se olvidó de mí y supongo que también de Vicente. Su expediente estará archivado ya en la amplia zona de casos sin resolver de algún sótano oficial. Yo, por mi parte, no me he acostumbrado a esta ausencia, que es más escandalosa si consideramos que su apartamento continúa en las mismas condiciones en que Vicente lo dejó. El juez encargado del caso no ha decidido aún qué debe hacerse con sus pertenencias, pese a las presiones del dueño, que —como es lógico— quiere alquilarlo de nuevo cuanto antes. Me encuentro, pues, en la dolorosa situación de enfrentarme a un espejo que ya no me refleja. Mis movimientos, mis deseos, mis sueños ya no tienen su duplicado al otro lado del tabique; sin embargo, el marco en el que se producía tal duplicidad sigue intacto. Sólo ha desaparecido la imagen, la figura, la representación, a menos que aceptemos que yo sea la representación, la figura, la imagen, y Vicente Holgado fuera el objeto original, lo cual me reduciría a la condición de una sombra sin realidad. En fin.

Tal vez por eso, por el abandono y el aislamiento que me invaden, he decidido hacer público ahora algo que entonces oculté; de un lado, por no contribuir a ensuciar todavía más la memoria de mi amigo, y de otro, por el temor de que mi reputación de hombre normal —conseguida tras muchos años de esfuerzo y disimulo— sufriera alguna clase de menoscabo público.

No dudo de que esta declaración va a acarrear todo tipo de problemas de orden social, laboral y familiar. Pero tampoco ignoro que la amistad tiene un precio y que el silencioso afecto que Vicente Holgado me dispensó he de devolvérselo ahora en forma de pública declaración, aunque ello sirva para diversión de aquellos que no ven más allá de sus narices.

El caso es que Vicente, las semanas previas a su desaparición, había comenzado a prestar una atención desmesurada al armario empotrado de su piso. Un día que estábamos aturdiéndonos con whisky frente al televisor hizo un comentario que no venía a cuento:

—¿Te has fijado —dijo— en que lo mejor de este apartamento es el armario empotrado?

—Está bien, es amplio —respondí.

—Es mejor que amplio: es cómodo —apuntó él.

Le di la razón mecánicamente y continué viendo la película. Él se levantó del sofá, se acercó al armario, lo abrió y comenzó a modificar cosas en su interior. Al poco, se volvió y me dijo:

—Tu armario empotrado está separado del mío por un debilísimo tabique de rasilla. Si hiciéramos un pequeño agujero, podríamos ir de un apartamento a otro a través del armario.

—Sí —respondí, atento a las peripecias del héroe en la pantalla.

Sin embargo, la idea de comunicar secretamente ambas viviendas a través de sus armarios me produjo una fascinación que me cuidé muy bien de confesar.

Después de eso, los días transcurrieron sucesivamente, como es habitual en ellos, sin que ocurriera nada digno de destacar, a no ser las pequeñas —aunque bien engarzadas— variaciones en el carácter de mi amigo. Su centro de interés —el televisor— fue desplazándose imperceptiblemente hacia el armario. Solía trabajar en él mientras yo veía películas, y a veces se metía dentro y cerraba la puerta con un pestillo interior que él mismo había colocado. Al rato aparecía de nuevo, pero no con el gesto de quien hubiera permanecido media hora en un lugar oscuro, sino con la actitud de quien se baja del tren cargado de experiencias y en cuyos ojos aún es posible ver el borroso reflejo de ciudades, pueblos y gentes obtenido tras un largo viaje.

Yo asistía a todo esto con el respetuoso silencio y la callada aceptación con que me había enfrentado a otras rarezas suyas. Perdidos ya para siempre los escasos amigos de la juventud, y habiendo admitido al fin que los hombres nacen, crecen, se reproducen y mueren, con excepciones como la mía y la de Vicente, que no nos reproducíamos por acortar este absurdo proceso, me parecía que debía cuidar esta última amistad, en la que el afecto y las emociones propias de él no ocupaban jamás el primer plano de nuestra relación.

Un día, al fin, se decidió a hablarme, y lo que me dijo es lo que he venido ocultando durante este último año con la esperanza de llegar a borrarlo de mi cabeza. Al parecer, según me explicó, él tenía desde antiguo un deseo, que acabó convirtiéndose en una teoría, de acuerdo con la cual todos los armarios empotrados del universo se comunicaban entre sí. De manera que si uno entraba en el armario de su casa y descubría el conducto adecuado podía llegar en cuestión de segundos a un armario de una casa de Valladolid, por poner un ejemplo.

Yo desvié con desconfianza la mirada hacia el armario y le pregunté:

—¿Has descubierto tú el conducto?

—Sí —respondió en un tono afiebrado—, lo descubrí el día en el que tuve la revelación de que ese conducto no es un lugar, sino un estado, como el infierno. Te diré que llevo varios días recorriendo los armarios empotrados de las casas vecinas.

—¿Y por qué no has ido más lejos? —pregunté.

—Porque no conozco bien los mecanismos para regresar. Esta mañana me he dado un buen susto porque me he metido en mi armario y, de golpe, me he encontrado en otro (bastante cómodo por cierto) desde el que he oído una conversación en un idioma desconocido para mí. Asustado, he intentado regresar enseguida, pero me ha costado muchísimo. He ido cayendo de armario en armario hasta que al fin, no sé cómo todavía, me he visto aquí de nuevo. Si vieras las cosas que la gente guarda en esos lugares y la poca atención que les prestan, te quedarías asombrado.

—Bueno —dije—, pues muévete por la vecindad de momento hasta que adquieras un poco de práctica.

—Es lo que he pensado hacer.

Al día siguiente de esta conversación, Vicente Holgado desapareció de mi vida. Sólo yo sabía, hasta hoy al menos, que había desaparecido por el armario. Desde estas páginas quisiera hacer un llamamiento a todas aquellas personas de buena voluntad, primero, para que tengan limpios y presentables sus armarios, y segundo, para que si alguna vez, al abrir uno de ellos, encuentran en él a un sujeto vestido con un frágil pijama y con la cara triste que creo haber descrito sepan que se trata de mi amigo Vicente Holgado y den aviso de su paradero cuanto antes.

La Nochebuena más feliz

De modo que eso que le pasaba a ella se llamaba *dependencia*.

Tenía sesenta y siete años y llevaba bebiendo desde los cuarenta, pero jamás había pensado que este hábito de tomarse unas copitas al día hubiera sido objeto de atención científica ni que su caso formara parte de una serie de estudios desarrollados bajo el título general de dependencias. Pero en la pantalla del televisor en blanco y negro había un doctor con barba que hablaba del tema con mucha seriedad y a veces aparecían también imágenes de bares con señores bebiendo, alguno de los cuales le sacaba la lengua o le daba cortes de manga al espectador.

Sin embargo, ella no era así. Aunque humilde, había tratado de ser siempre correcta con sus contemporáneos y era apreciada entre los vecinos por su buena disposición para ayudar a todo el mundo, pero también por sus maneras educadas en la relación con los demás.

Vivía en una casa antigua, cerca de la calle Serrano, donde su marido y ella habían ejercido de porteros. Cuando les llegó la hora de jubilarse, la caridad de los vecinos, o quizá las leyes laborales de la época, habían hecho posible que permanecieran en el minúsculo piso el resto de sus vidas.

Su marido se murió al año justo de la jubilación y a los tres meses de la boda de su hija; así que ella se dedicaba ahora a agotar ese privilegio tomando copitas de coñac y viendo las imágenes que desfilaban por el televisor sin prestar atención al argumento. Pero hoy, precisamente hoy, en un día tan señalado, había salido un señor con barbita que le recordaba a su padre y por una cuestión de respeto había subido el volumen para escuchar lo que decía (a veces los muertos utilizan estos trucos para enviar mensajes a los vivos) y resulta que la estaba comparando con unos borrachos descamisados sin educación ni principios.

Recordaba perfectamente cuándo había comenzado a beber: fue en torno a los cuarenta años. En aquella época, su marido se bajaba a la portería a primera hora de la tarde y su hija se iba al colegio. Entonces, ella encendía el televisor, se servía una copita de coñac y se tumbaba en el sofá de tal modo que pudiese dominar al mismo tiempo la pantalla del aparato y el espejo del aparador. Al tercer sorbo, comenzaba a comprender la existencia. «De modo que era esto —se decía—, hay otra vida, pero entramos en ella poco a poco.»

Entonces se miraba en el espejo del aparador y advertía que de su envejecimiento se alimentaba otra que estaba en el otro lado de las cosas y que constituía una versión gloriosa de sí misma. Envejecía, pues, para darle la juventud a su propio reflejo.

Tal comprensión de la realidad no le evitó, sin embargo, contraer en aquella época una penosa y larga enfermedad relacionada con los asuntos del alma y que los médicos diagnosticaron como

trastornos propios de la edad. Durante algunos años, no se movió de su casa, ni vio a otras personas que no fueran su marido y su hija. Salía del abatimiento para entrar en el sueño, donde efectuaba el trasbordo que la conducía a la tristeza. Pero las tardes seguían siendo maravillosas frente al televisor, el espejo y la copa de coñac. De modo que la vida era esto —se repetía una y otra vez—; es posible ver cosas que los demás no ven.

Un día de primavera se vistió, se pintó y salió a la calle. «Se ha curado», pensaban todos. Pero ella sabía que no había estado enferma, sino que había atravesado —como las orugas— una fase de reposo para convertirse en otra y fortalecer así el desarrollo de la que a su costa crecía al otro lado del espejo, al otro lado de la vida.

Recorrió con placer la calle Serrano y se acercó hasta el edificio de *ABC*, donde tenía un amigo conserje. Después continuó paseando en dirección a la iglesia de los Jesuitas, para dar gracias por su mejoría, y al llegar a Juan Bravo tuvo una alucinación: vio un enorme edificio, que parecía nacer abajo, en la Castellana, hecho todo él de cristal, de espejos. Se dirigió hacia allí pensando que el edificio desaparecería de un momento a otro, pero no sólo no desapareció, sino que sus espejos la reflejaron sucesivamente mientras recorría el paso elevado de Juan Bravo.

Desde este lugar vio también otras construcciones rarísimas; así, por ejemplo, una de ellas tenía un techo semicircular del que salían unos tubos rojos muy bonitos que evocaban la cubierta de un gran barco. En fin, allí mismo, a sus pies, crecía todo un conjunto de edificios, limpios como una bandeja de plata y sugestivos como una arquitectura de cuento de hadas, que parecía una muestra, un adelanto, de lo que una podría encontrarse al traspasar los umbrales de la realidad inmediata.

Consideró la posibilidad de que todo aquello no fuese una alucinación sino el resultado de una fiebre constructora acaecida en el barrio durante su retiro. Pero la desechó enseguida, porque no era posible levantar una casa tan grande colocando un cristal sobre otro sin que éstos se rompieran, con grave riesgo para los transeúntes. Dedujo, pues, que se trataba de una visión particular que podía deberse a los efectos del alcohol. La visión era tan agradable que valía la pena seguir bebiendo con moderación.

De manera que no comentó nada a su familia, pero todas las tardes, tras tomar dos copitas, se iba al paso elevado de Juan Bravo y contemplaba aquella ciudad maravillosa, llena de luz, puesta allí para uso exclusivo de sus ojos.

Sin embargo, el de la barbita que le recordaba a su padre no dejaba de lanzar amenazas gravísimas desde la pantalla a todas aquellas personas habituadas a beber más de dos o tres copas diarias.

Se levantó, dejó el aparato sin volumen y salió al pasillo a coger el teléfono, que llevaba un rato sonando.

Era su hija. Le dijo que esa Nochebuena no irían a cenar con ella, porque su casa era muy pequeña y porque era un follón desplazarse desde Móstoles con los niños.

—No te preocupes, hija —contestó.

—De todos modos —replicó la hija—, podrías venir tú a cenar con nosotros y dormir en el sofá. Julián tiene que ir mañana al centro y podría dejarte en casa.

La anciana insistió en que no estaba dispuesta a aceptar ese plan. La hija parecía disgustada o culpable.

—¿Y vas a cenar sola en una fecha tan señalada? —preguntó.

—Sí —dijo y colgó el teléfono sin más explicaciones.

Después se dirigió a la cocina, donde guardaba la botella de coñac, porque el señor de la barbita le había estimulado las ganas de beber. Desde la calle llegaba el ruido de los petardos navideños, y por los tabiques se filtraba la excitación de los pisos vecinos, cuyos habitantes hacían preparativos para la gran cena familiar.

Antes de abrir el armario, revisó el grado de suciedad acumulado sobre la nevera, el antiguo fogón y los baldosines: le pareció aceptable. Hacía dos meses que había decidido no limpiar la cocina nunca más en virtud de unos cálculos según los cuales ella habría de morir antes de que la suciedad alcanzara un extremo de abandono excesivo. Esta carrera entre la grasa y el polvo por un lado y su vejez por otro le resultaba divertida, pero algunas tardes la acometía el temor de haber echado mal las cuentas y de acabar como esas traperas que al morir salen en los periódicos por haber vivido sobre un montón de basura.

La botella estaba vacía. La volcó, no obstante, sobre el vaso, por si se tratara de una confusión óptica, pero del recipiente no salió una sola gota de coñac. No podía ser, la había estrenado esa mañana y venían a durarle dos días. Aunque últimamente calculaba mal. Ya el mes anterior se había quedado sin coñac y sin dinero dos días antes de cobrar la pensión y había tenido que pedirle prestado a una vecina.

Sintió una punzada de miedo en el estómago y corrió a ver el monedero, donde encontró unas monedas con las que no habría podido comprar ni una botella de vino barato. No cobraría otra vez hasta el 1; hasta el 2, porque el 1 era fiesta.

Se fue al saloncito y se tumbó llorando en el sofá. En el televisor ya no estaba el señor de la barbita; unas chicas jóvenes, con las piernas muy largas, anunciaban un champán que se derramaba como el oro fundido sobre una copa de cristal, formando una hermosa columna de burbujas en el centro.

Se secó las lágrimas, miró hacia el espejo y vio que la otra, muy parecida a las chicas del anuncio, sonreía indiferente a su drama personal. Volvió a llorar ahora con más fuerza, y se quedó dormida.

La despertaron, a eso de las once, los gritos de la casa de al lado. Parecían ser todos muy felices. Sintió hambre.

Se incorporó con dificultad y fue a la cocina. Abrió el armario donde guardaba las conservas y sacó una lata de atún. Mientras el abridor se deslizaba por el borde del recipiente, tuvo, como siempre, un movimiento de aprensión provocado por la fantasía de que en el interior de la lata hubiera algo distinto a lo que anunciaba la etiqueta. Algunas veces pensaba que en lugar de atún

podría encontrar sardinas, o mejillones, pero también el resto de una dentadura o una llave de oro. Quién sabe lo que puede aparecer en una cosa tan cerrada y que viene de lugares tan lejanos.

Le sorprendió enseguida que de la herida abierta en el costado de la lata no manara la porción de grasa habitual. Daba la impresión de estar seca. Continuó abriéndola con el corazón en la garganta y finalmente levantó la tapa con la punta de un cuchillo por si hubiera dentro algo desagradable.

Había una botellita de coñac, como las que coleccionaba su tendero y que eran tan bonitas. Inmediatamente cogió otra lata, la abrió y volvió a encontrarse con una botellita idéntica a la anterior. Contó el número de latas y calculó que tenía provisiones para dos semanas.

Regresó al salón entre risas y lágrimas con un cargamento de conservas en los brazos. Por la televisión estaban dando la misa del gallo. Se tumbó en la postura habitual y advirtió que el espejo se había quedado mudo, sin reflejos.

De modo que la vida era esto, dijo en voz alta, feliz, mientras destapaba la primera botella.

Los otros

Soy otro desde que tuve el accidente. Mi familia, mis amigos, mis compañeros de trabajo, todo el mundo, en fin, sabe que mi coche dio cuatro vueltas de campana y que estuve hospitalizado cuatro meses —a mes por vuelta—, pero nadie advirtió los cambios que durante ese tiempo sufrió mi personalidad.

Recuerdo que al entrar en casa, aún convaleciente, me sentí ajeno a aquel mundo doméstico. Guardaba alguna memoria de los espacios familiares, de la ternura que me habían inspirado mis hijos y de la indiferencia cariñosa que sentía, antes del accidente, por mi mujer. Pero todo ese cuadro se había transformado. El hogar, ahora, me parecía un compendio de todos los hogares; los hijos —sin llegar a resultarme molestos— eran seres ajenos a mi influencia y extraños a mi afecto; los contemplaba, en suma, con la curiosidad con que se observan los hijos de los otros, estableciendo absurdas comparaciones con unos hijos imaginarios de cuyo carácter había llegado a sentirme orgulloso. En cuanto a mi mujer, he de decir que comencé a observarla con la disimulada codicia del intruso.

De manera que cuando me llevaba a la cama el desayuno, después de que los niños se hubieran ido al colegio, y me colocaba el termómetro para vigilar la evolución de mi temperatura, yo me sentía como un ser al que se le hubiera dado el raro privilegio de ocupar fraudulentamente la cama de otro hombre y los cuidados de una mujer ajena. Vivía, en fin, la rara libertad de gozar —sin culpa ni peligro— de una suerte de adulterio atenuado.

Qué vida. Todavía recuerdo cómo —al inclinarse sobre mí con la bandeja del café— se abría el escote de su bata, a través del cual me ofrecía sus pechos con una indiferencia enloquecedora, o cómo —al arreglar las sábanas— las puntas de su melena recorrían mis muslos solitarios. Pero tampoco olvido la naturalidad con la que se vestía ante mis ojos, haciendo comentarios casuales sobre el tiempo, sobre el recibo de la luz o sobre el raro color de aquellas frías mañanas de primeros de marzo.

Algunas veces, frente a tales escenas domésticas, y espoleado por un conflicto moral que no llegó a cuajar, sentí el impulso de confesar que yo era otro, al objeto de preservarla de mis miradas y de mis sentimientos. Pero de inmediato razonaba que no era inteligente desperdiciar esa rara oportunidad que me ofrecía la vida y que consistía —por decirlo de un modo esquemático— en contemplar lo cotidiano con una mirada diferente, limpia de cualquier desgaste y desprovista de toda sombra de inocencia.

Cuando ella se marchaba a hacer la compra, a eso de las doce, yo me incorporaba y salía de la cama con la agilidad de un cadáver, para mirar los rincones de mi casa y fisgar los secretos de mi

propia existencia. Había en nuestro dormitorio un armario empotrado cuya parte inferior estaba llena de cajones en los que mi mujer guardaba su ropa interior, sus cinturones y pañuelos, pero también sus broches preferidos y, en fin, todas aquellas prendas íntimas y objetos que el uso había desgastado, depositando sobre ellos la sustancia que daba carácter a los rincones más oscuros de su cuerpo. Me complacía besar el tejido que el roce de sus ingles había deshilachado levemente o acariciar con la yema de los dedos aquella zona de sus sujetadores que estaba más próxima a la axila. A veces me metía en la cama con uno de sus cinturones y jugaba con él hasta alcanzar un grado de delirio que seguramente prolongó mi recuperación más allá de lo calculado por los médicos.

Sin embargo, y a pesar del gozo que tales extravíos daban a mi convalecencia, yo sentía un desplazamiento del deseo, un desplazamiento que iba de estos objetos al cuerpo que ellos poseían y que también yo quería poseer, aunque bajo determinadas circunstancias, porque es muy duro advertir que tu deseo no se refleja en la mirada de aquella persona de la que quieres depender. Y a medida que mi otredad crecía y mi salud se restauraba, mayor era también la necesidad que sentía de tenerla en mis brazos, no como mi mujer, que no lo era, sino como otra, tan invasora como yo de aquellos espacios domésticos que no eran nuestros.

Un día, cuando tras un examen minucioso me dieron de alta definitivamente, mi mujer consideró que debíamos ir juntos a la iglesia para dar gracias a Dios por mi recuperación. Eran las ocho de la mañana y en la iglesia no había nadie. Recuerdo el sonido multiplicado de nuestros pasos y el movimiento de su negra melena sobre la oscuridad circundante, poblada de ecos. Nos metimos en una capilla lateral, habitada por un santo del que éramos devotos, y encendimos tantas velas como huesos me había roto yo en el accidente. Después, nos miramos a la luz oscilante de las pequeñas llamas y ella me sonrió como nos suelen sonreír las mujeres de las esquinas en los sueños. Creí enloquecer; llevaba un jersey un poco desbocado que permitía ver el nacimiento de su cuello y adivinar la dulce depresión de sus clavículas. Alargué mi mano y acumulé todo el vacío del escote sobre su hombro derecho. Apareció entonces el tirante blanco de una prenda interior dividiendo la superficie de su carne con la delicadeza de un vestigio casual, como la huella de un patín sobre la superficie de la nieve.

Ella se dejó hacer con una quietud provocadora tan novedosa como mi deseo. El olor a cera quemada aumentó mi trastorno. La atraje hacia mí y sin dejar de mirar sus ojos susurré:

—No puedo más.

Ella parpadeó y me dijo:

—Tampoco yo. Vamos detrás del altar.

Había allí un pequeño hueco donde reposaban los restos de un cardenal o de un obispo. Nos sentamos juntos sobre la lápida y observamos cómo nuestras sombras, proyectadas por la luz de las velas sobre la pared, se entrecruzaban y mezclaban formando maravillosas siluetas de amor. Entonces tuve un arranque de honradez y dije:

—Debes saber que yo soy otro.

—También yo —respondió con dulzura—; he sido otra toda mi vida, pero hace tiempo que renuncié a encontrar un otro y, ya ves, estabas a mi lado.

Desde aquel día somos muy felices. Lo que pasa es que no sabemos cómo decir a nuestros hijos que no somos sus padres. Porque ahora nos apetece vivir solos, aunque hemos proyectado tener hijos, pero más adelante. En cualquier caso, preferiríamos que fueran nuestros.

Simetría

A mí siempre me ha gustado disfrutar del cine a las cuatro de la tarde, que es la hora a la que solía ir cuando era pequeño, no hay aglomeraciones y con un poco de suerte estás solo en el patio de butacas. Con un poco más de suerte todavía, a lo mejor se te sienta a la derecha una niña pequeña, a la que puedes rozar con el codo o acariciar ligeramente la rodilla sin que se ofenda por estos tocamientos ingenuos, carentes de maldad.

El caso es que el domingo este que digo había decidido prescindir del cine por ver si era capaz de pasar la tarde en casa, solo, viendo la televisión o leyendo una novela de anticipación científica, el único género digno de toda la basura que se escribe en esta sucia época que nos ha tocado vivir. Pero a eso de las seis comenzaron a retransmitir un partido de fútbol en la primera cadena y a dar consejos para evitar el cáncer de pulmón en la segunda. De repente, se notó muchísimo que era domingo por la tarde y a mí se me puso algo así como un clavo grande de madera a la altura del paquete intestinal, y entonces me tomé un tranquilizante, que a la media hora no me había hecho ningún efecto, y la angustia comenzó a subirme por todo el tracto respiratorio y ni podía concentrarme en la lectura ni estar sin hacer nada... En fin, muy mal.

Entonces pensé en prepararme el baño y tomar una lección de hidroterapia, pero los niños del piso de arriba comenzaron a hacer rodar por el pasillo algún objeto pesado y calvo (la cabeza de su padre, tal vez), y así llegó un momento en el que habría sido preciso ser muy insensible para ignorar que estábamos en la víspera del lunes. Paseé inútilmente por el salón para aliviar la presión del bajo vientre, cada vez más oprimido por el miedo. Pero la angustia —desde donde quiera que se produjera— ascendía a velocidad suicida por la tráquea hasta alcanzar la zona de distribución de la faringe, donde se detenía unos instantes para repartirse de forma equitativa entre la nariz, la boca, el cerebro, etc.

Y en esto ya no puedo más y me voy a ver a mi vecino, que también vive solo en el apartamento contiguo al mío. Sé que estaba en su agujero porque había oído ruidos y porque, además, es un pobre infeliz que jamás sale de su casa. Pues bien, llamé a su puerta varias veces y, en lugar de abrirme, comenzó a murmurar y a gemir como si estuviera con una mujer. Me dio tanta rabia que decidí irme al cine, aunque fuera a la segunda sesión, completamente decepcionado ya de las relaciones de vecindad, que son las únicas posibles una vez que uno ha cumplido los cuarenta y se ha desengañado de las amistades de toda la vida.

Y en este punto comenzó mi ruina por lo que a continuación detallaré: resultó que en la cola del cine —tres o cuatro metros delante de mí— había un señor que se parecía mucho a mi vecino y que no hacía más que volverse y mirarme como si me conociera de algo, y de algo malo a juzgar

por la expresión de su rostro. Tuve la mala suerte de entrar cuando ya había comenzado la película y de que el acomodador, por casualidad, me colocara junto a él. Este sujeto estuvo removiéndose en el asiento, dándome codazos y lanzando suspiros durante toda la película. Daba la impresión de que yo le estuviera molestando de algún modo, cosa improbable, si consideramos que no suelo masticar chicle, ni comer palomitas, ni desenvolver caramelos en la sala. El filme, por otra parte, era novedoso y profundo, pues se trataba de una delegación de aves que se presentaba ante Dios con el objeto de protestar por la falta de simetría detectable en algunos aspectos de la naturaleza. Así, esta delegación —compuesta por pájaros grandes en general— se quejaba de que tanto los animales terrestres como los aéreos tuvieran que encontrarse tras la muerte en la misma fosa, cuando una disposición más armónica y equilibrada habría exigido que quienes pasaran su existencia en el aire reposaran en la tierra al fallecer, mientras que quienes habían vivido en la tierra encontrarán descanso eterno en el aire. El Supremo Hacedor, que todo lo sabe, no ignoraba que ésta era una vieja aspiración de los buitres y demás pájaros carroñeros, que soñaban con una atmósfera llena de cadáveres. Pero ocupado como estaba en otros asuntos de mayor trascendencia, y por no discutir, firmó una disposición obligatoria que sólo obedecieron los indios. Mas cuando los indios se acabaron por las rarezas de la historia y los cadáveres desaparecieron de las ramas de los árboles, se formó una nueva comisión que volvió a molestar con la misma cantinela al Relojero del Universo. Entonces, Éste —que se encontraba ya menos agobiado— explicó a los pájaros que la simetría no se podía imponer de golpe, sino que se trataba de una conquista que había que realizar en diversas etapas, la primera de las cuales —dijo— consistiría en convertir a los gorriones en las cucarachas de las águilas. De ahí que desde entonces estas aves rapaces sientan enorme repugnancia por esos pajaritos grises, que los seres humanos nos comemos fritos en los bares de barrio.

Bueno, pues el impertinente sujeto que digo me impidió ver a gusto este documental apasionante y denso, del que sin duda se me escaparon muchas cosas. Pero lo peor fue que a la salida del cine comenzó a perseguirme por todas las calles con un descaro y una astucia impresionantes: con descaro, porque no hacía más que mirarme; y con astucia, porque en lugar de seguirme por detrás, me seguía por delante, aunque volvía frecuentemente el rostro con expresión de sospecha, como si yo fuera un delincuente conocido o algo así.

Intenté sin éxito deshacerme de él con diversas argucias, pero se ve que el tipo era un maestro en esta clase de persecuciones y no hubo manera de quitármelo de encima. Hasta que, a las dos horas de implacable persecución, se paró delante de una comisaría y cuchicheó algo con el guardia de la puerta, al tiempo que me señalaba. Yo continué avanzando con tranquilidad sin sospechar lo que me aguardaba. El caso es que cuando llegué a la altura del establecimiento policial, el guardia me detuvo y me preguntó que por qué tenía yo que seguir a aquel señor. Le expliqué sin perder los nervios ni la compostura que se había equivocado, que el perseguido era yo. De todos modos, me obligó a pasar dentro en compañía del sujeto, que frente al comisario me

acusó de haberle molestado con el codo y con la rodilla durante la película, y de andar detrás de él toda la tarde.

Enseguida advertí que el comisario estaba más dispuesto a creerle a él que a mí, porque yo era —de los dos— el que peor vestido iba, pero también porque un ligero defecto de nacimiento le da a mi mirada un tono de extravío que quienes no me conocen identifican con cierta clase de deficiencia psíquica. Procuré, pues, mantener la serenidad y hablar en línea recta, pese a mi conocida tendencia a utilizar giros y metáforas cuyo significado más profundo no suelen alcanzar las personas vulgares. Y creo que habría conseguido mi propósito de convencer al policía, de no ser porque en un momento dado de este absurdo careo el defensor de la ley nos preguntó que qué película habíamos visto. Yo respondí que no me acordaba del título, aunque podía contarle el argumento. Confiaba en derrotar a mi adversario en este terreno, dada mi habilidad para narrar fábulas o leyendas previamente aprendidas. De manera que me apresuré a desarrollar la historia de los pájaros. Y ahí es donde debí de cometer algún error, porque detecté en el comisario una mirada de perplejidad y una fuerte tensión a medida que el relato avanzaba.

El caso es que cuando acabé de contarle la película, se dirigió al otro y le dijo que podía marcharse; a mí me retuvieron aún durante algunas horas. Finalmente, me hicieron pagar una multa de regular grosor y me dejaron ir con la amenaza de ser llevado a juicio si volvía a las andadas.

Desde entonces, siempre que me persigue alguien, me detienen a mí. Y de todo esto tiene la culpa mi vecino, que no me abre la puerta. Pero también influye un poco el hecho de que haya dejado de asistir al cine a las cuatro de la tarde, que es la hora a la que solía ir cuando era pequeño.

El clavo del que uno se ahorca

¿Guarda un hombre memoria de las escaleras que subió o bajó a lo largo de su vida? ¿Podría llegar a saber —en el tramo final de su existencia— si eran todas la misma o si algunas de ellas, aunque distantes entre sí, conducían a idénticos espacios?

Esta preocupación por las escaleras me ha asaltado de golpe, sin que yo haya puesto ninguna voluntad en ello. Porque sobre lo que pretendía escribir era sobre los domingos y, más concretamente, sobre sus largas e inquietantes tardes. ¿Adónde lleva la tarde de un domingo? ¿Adónde la suma de todas las tardes de todos los domingos de una existencia media?

Debo decir que ese día festivo de la semana me ha parecido siempre un día cruel, quizá porque está hecho para una pereza imposible, pero también porque en sus tardes anida la desazón y el miedo a preguntarse qué es la vida o para qué sirve, al fin, el esfuerzo desarrollado durante el resto de la semana.

Tengo cuarenta y cinco años y arrastro este temor a los domingos desde la niñez. Él ha determinado mi existencia, que ha carecido de otro objeto que no fuera el de escapar a la maldición de ese día festivo que en los calendarios suele señalarse con una mancha roja. Así, cuando era adolescente, en lugar de salir con mis amigos, pasaba las tardes de los domingos en mi cuarto, realizando trabajos manuales que me ayudaban a hacer frente a ese momento en el que la luz del día parece sufrir una vacilación, como si dudara entre la posibilidad de durar eternamente o la de entregarse a la noche.

No me casé, aunque tuve más de una oportunidad, por la misma razón, es decir, para no padecer las tediosas reuniones familiares de los domingos por la tarde. Más adelante, en fin, cuando me tuve que ganar la vida, elegí trabajos cuyos periodos de descanso no se ajustaran al ritmo general, para ver si de este modo perdía la noción de los días y conseguía saltar sin abrasarme desde el sábado al lunes.

Mi vida está marcada, pues, por esta huida que comienzo a planificar la víspera del martes y desarrollo luego a lo largo de toda la semana hasta alcanzar el día innombrable con su fracaso consecuente. Y digo fracaso porque, pese a todas mis maniobras, no ha habido un solo domingo de mi vida en el que, llegado a ese punto indeterminado de sus tardes, mi conciencia haya dejado de advertir en qué lugar de la semana nos encontrábamos. Hace poco, por ejemplo, pasé unos días en Estambul, intentando vender una determinada marca de aparatos de aire acondicionado cuyos intereses represento en esa zona de Europa. Pues bien, había perdido ya la noción del tiempo, cuando un día —tras permanecer siete horas en el hotel realizando un complicado informe comercial— salí a la calle con el objeto de admirar la ciudad desde el mar. El espectáculo era

sobrecogedor, pues las cúpulas, al atardecer, parecen construcciones liberadas del peso de la gravedad. Enseguida, advertí que mi placer comenzaba a enturbiarse por un malestar indefinido, como si una extrañeza inquietante se apoderara de las zonas más vulnerables de mi pecho. Mi mirada adquirió un tono plomizo, que proyectaba sobre los objetos de su interés, y hasta el propio mar se contagió de una especie de solidez que se traducía en una amenaza difusa, pero cierta. Efectivamente, era domingo y atravesábamos en ese instante uno de los lugares más difíciles de sus misteriosos confines.

Hace algunos años, en uno de mis numerosos intentos por librarme de este doloroso mal, cayó en mis manos un manual de psicología, cuyo autor no recuerdo, en el que había un artículo titulado «Las neurosis de los domingos». Gracias a él, supe que esta rareza mía afectaba a importantes núcleos de la población, pero lo cierto es que no he conocido a nadie que padezca esta «neurosis», al menos en el grado con que la sufro yo. Por otra parte, creo recordar que las causas que se señalaban en aquel artículo me parecieron algo simples y la argumentación, muy mecánica. El caso es que no me curé tampoco con aquella lectura.

Creo que bastarán las líneas anteriores para transmitir una idea aproximada de la magnitud de mi daño y para señalar también las carencias que le debo, carencias que a estas alturas de la vida comienzan a cobrar la calidad de una amputación no visible, pero tan eficaz como la ausencia de una mano frente al deseo de intercambiar una caricia: no tengo mujer, ni hijos, ni amigos, ni un trabajo mínimamente llevadero. Vivo solo, aferrado a la tarde de todos mis domingos con el abrazo de un condenado a su verdugo. Ahora, antes de colgarme del clavo que desde la pared me llama, voy a relatar lo que me sucedió el domingo último, que parece el final de una larga pesadilla de la que quizá no he despertado todavía o de la que quizá no pueda despertar por la simple razón de que no se trata de un sueño, ni siquiera de un mal sueño.

El caso es que llegué al sábado un poco aturdido por el exceso de trabajo de los días anteriores (la semana es una especie de escalera sin luz —cada día, un peldaño— por la que algunos ascienden en dirección al descanso, pero por la que otros, como yo, ruedan hasta abrirse la cabeza en el festivo). No había tenido tiempo, ni ganas, para preparar adecuadamente la huida del domingo. Por otra parte, el fin de semana me sorprendió en mi medio habitual, lo que sin duda agravaría el tránsito al lunes. Decidí, pese al justificado cansancio que sentía, pasar la noche del sábado en vela, emborrachándome de manera metódica, al objeto de dormir todo el domingo y alcanzar el lunes sin sufrir daños importantes. Este sistema había demostrado ya sus virtudes en otras ocasiones y confiaba en perfeccionarlo graduando adecuadamente las dosis de alcohol ingeridas durante la víspera y la madrugada del penoso día cuya presencia intentaba evitar.

Me acosté a las nueve de la mañana del domingo, moderadamente ebrio, y tras un recorrido nocturno por los bares de la ciudad que solía frecuentar en ocasiones como ésta. El sueño me venció con relativa rapidez y me hundí en él con placer, sintiendo la respuesta agradecida de cada uno de los músculos de mi cuerpo. Creo que tuve, en esos primeros instantes, un sueño

relacionado con una peluquería: alguien entraba en el establecimiento y pedía que le afeitasen y le arreglasen el cabello para asistir con la corrección debida al entierro de su madre. Yo contemplaba la escena desde algún lugar que ahora no recuerdo, pero que es irrelevante de cara a los sucesos que a continuación relataré.

El caso es que en algún momento determinado de este sueño adquirí la conciencia de que estaba dormido y eso, paradójicamente, me devolvió a la vigilia, si bien era una vigilia atenuada por los vapores del alcohol y por la bruma del agotamiento físico del que intentaba recuperarme. No abrí los ojos, por temor a despejarme demasiado, y entonces sucedió una rareza que consistía en la incapacidad de la memoria para saber a qué zona de mi propia existencia debía despertar. ¿Debería salir del sueño a mis primeros años, protegidos por la presencia olorosa de mi madre? ¿Debería hacerlo a la adolescencia tenebrosa, marcada por la particularidad de no ser un niño sin haber alcanzado por eso otro estado conocido? ¿A mi servicio militar, cuyos permisos coincidían con el único día no hábil de la semana? ¿A aquella apasionada historia de amor que terminó un domingo por la tarde, cuando sentado frente a Laura (Laura, Laura) en una cafetería advertí que el peso de aquel día maligno se sobrellevaba mejor solo que acompañado? ¿A mi primer trabajo? ¿A la universidad?

Permanecí durante un tiempo que no podría calcular, pero que tuvo que ser necesariamente breve, especulando sobre estas y otras posibilidades, sin que los registros de mi conciencia señalaran a qué lugar de la vida debería volver si en ese momento abriera los ojos. No debe interpretarse esta duda como una pérdida de identidad; por el contrario, ésta parecía haberse multiplicado por partición, sin perder por eso el denominador común, representado por el propietario de todas esas partículas, cada una de las cuales marcaba un límite, una frontera, por la que discurría mi conciencia.

Levanté, al fin, los párpados y comprobé, con una mezcla de decepción y alivio, que mis ojos se abrían al dormitorio habitado por el sujeto de cuarenta y cinco años que me representaba en el mundo con la relativa fidelidad con la que nos representamos a nosotros mismos. Así pues, las leyes de la lógica y la sucesión, por esta vez al menos, parecían a salvo. Miré el reloj y comprobé que apenas habían transcurrido dos horas desde que me acostara.

Cambié de postura y volví a hundirme en las fantasías que preceden al estado de reposo. Curiosamente, recuperé el sueño de la peluquería. Entraba el sujeto de antes, sólo que ahora parecía más viejo y más cansado. Quería que le cortaran el pelo, pero exigía que le perfumaran luego la cabeza con una colonia cuya marca no reconocí.

—Esa colonia es muy antigua —decía el encargado—. Ya no la sirven.

El hombre era bajo, llevaba una chaqueta desflecada y una corbata negra. Parecía soportar un peso excesivo sobre la conciencia y daba, en general, la impresión de encontrarse bajo los efectos de un ataque de angustia. Decía:

—Es que tengo que ir al cementerio, a llevar flores. El año pasado sólo fui por mi madre, pero este año están los dos. Ahora tendré que ir todos los años por los dos.

—No tenemos esa colonia —insistía el encargado.

Desde dondequiera que me encontrara, miré las manos del sujeto y observé que no había en ninguno de sus dedos una alianza matrimonial. Creo que me identifiqué con él, sin llegar a sentir por eso ningún tipo de afecto. Inmediatamente añadió:

—A mi madre le gustaba mucho esa colonia.

—Es muy antigua —concluyó el encargado.

Volví a sentir que me despertaba. Con los ojos cerrados, viajé desde la peluquería hasta la cama, aunque no hubiera sabido decir hasta qué cama, pues ignoraba de nuevo a qué zona de mi vida estaba condenado a despertar. Alargué la mano para ver si sentía el suave tacto del camisón de mi madre, pero no encontré ningún calor ajeno al mío. Durante algunos minutos me entretuve en el juego anterior, hasta que la angustia de no saber en qué tramo de la existencia me encontraba me empujó de nuevo a levantar los párpados. Y de nuevo también, entre la desilusión y el consuelo, comprobé que era un hombre de cuarenta y cinco años sin otra responsabilidad que la de ponerse a cubierto de sus miedos. Miré el reloj: eran las cuatro de la tarde.

Cerré los ojos y caí en un sueño ligero, epidérmico, del que desperté varias veces con una sensación idéntica a la ya descrita. Luego me olvidé de mí mismo y permanecí sobre la huella del colchón con la indiferencia de una piedra grande en el lecho de un río seco.

Finalmente, amanecí otra vez y abrí los ojos con un gesto de espanto, como si hubiera recibido previamente un misterioso aviso de la rareza que me iba a suceder. Porque lo primero que vi fue la ventana de mi habitación de niño (nunca olvidaré aquellas cortinas). Y después, el escritorio, y la pequeña librería, y los libros de texto, pero también la cama, y la mesita baja de madera sobre la que hacía toda suerte de trabajos manuales, desde el modelado de arcilla hasta la construcción de ingeniosos aparatos mecánicos que se mostraban tan útiles en el interior de mis fantasías como torpes e inhábiles en los recovecos de la realidad extramental. Yo mismo, en ese instante, construía una nave de carácter anfíbio con la que había decidido atravesar la vida. Miré mis manos, mis dedos cortos, pero expertos, y deduje que se trataba de los miembros de un niño pequeño. Me incorporé, destilando un sudor disolutivo, para hacerme cargo de mi estatura y elevar el horror unos centímetros. Era, efectivamente, un niño, pero conservaba una memoria nítida de mi pasada madurez. Una revelación sin contenido verbal estalló en mi conciencia: los hombres no duran de forma sucesiva, sino que amanecen caprichosamente a un lugar u otro del círculo formado por sus vidas. La existencia, como la Tierra, es redonda; carece, pues, de abismos y se puede alcanzar el mismo punto partiendo en direcciones opuestas. La rareza de mi caso provenía de un error de cálculo, de un desajuste, basado en la conservación de una memoria que debería haber perdido al instalarme en este pedazo de mi esférica existencia.

Comprobé, por los libros de texto y los cuadernos escolares, que tenía doce años, además de un malestar difuso situado en esa zona del pecho cercana a la congoja. Abrí la puerta de la habitación y salí al pasillo, desde donde escuché voces provenientes del salón. Mis padres, al

parecer, hablaban con unos amigos que no conseguí identificar. Me acerqué sigilosamente hasta situarme detrás de la puerta. Mi madre decía en ese instante:

—Yo nunca he comprado nada hecho. Prefiero elegir las telas y confeccionarlo yo misma.

Con la ayuda de la voz, evoqué su rostro, su melena de entonces, sus poderosas manos. Retrocedí sin ruido y entré en el cuarto de baño. Me sorprendió la altura del interruptor de la luz, el olor de las toallas, el diseño de la bañera. Me asomé al espejo y vi un rostro ovalado en el interior del cual navegaban unos ojos oscuros. Contemplé la geografía de mi cara por ver si su relieve delataba ya lo que iba a ser de mí. De súbito, una tristeza inconsolable me colocó al borde del llanto. Cogido al lavabo como un náufrago a una tabla, me entregué a las lágrimas con desesperación infantil. Afortunadamente, el hombre maduro que compartía con el niño aquel cuerpo pequeño restó importancia a mi llanto, consolándome con palabras suaves que fueron, poco a poco, devolviéndome a la normalidad. Una vez frenada esta acometida, me lavé la cara y regresé a la habitación. Estuve terminando de armar la nave, que tenía más piezas que un reloj, mientras con una esquina de los ojos observaba la luz de la ventana. Era una luz podrida, como la de un domingo por la tarde. Noté en el pecho la opresión que precede a la angustia. Pensé en acudir al salón, junto a mis padres, pero temí que mamá, que lo sabía todo, advirtiera que detrás de mi mirada infantil se ocultaba una experiencia muy superior a la edad representada por mis rasgos. Deshice la nave y, tras desordenar las piezas, comencé a organizar de nuevo su estructura con la paciencia y el amor con los que uno reconstruiría su vida, si eso fuera posible. Y a medida que las maderas encajaban, mi lentitud crecía y la tarde se evaporaba con el tono de una queja distante, de un dolor remoto, de un alarido subterráneo. «Dios mío —pensé—, qué raro es todo.»

Luego ya era de noche y la angustia comenzó a disolverse sin que mi voluntad interviniera en el proceso. Encendí la luz y observé el cuarto con curiosidad. Era tan cercano y a la vez tan ajeno... Oí que se abría la puerta del salón y la voz de mi madre en el pasillo:

—Luis, recoge tu cuarto, que cenamos enseguida.

Mi madre. Aún no la había visto. Ahora teníamos los dos la misma edad. ¿Lo notaría? ¿Me seguiría castigando si no me portaba bien? ¿Me gustaría a mí que me castigara? Durante algunos instantes fui feliz; me parecía bien volver a vivir con la ventaja que sobre los demás me daba la experiencia. Si supiera aprovechar ese capital, podría sin duda alcanzar posiciones importantes. Volvería a conocer a Laura (a Laura) y no tendría ninguna dificultad para ser el primero de la clase, aunque ahora me pregunto si quise serlo alguna vez. Me ocuparía más de mi madre en los días que precedieron a su fin. Cuántas cosas. Miré la librería y vi mis hermosos libros de aventuras, con los que viví tantas vidas que ya había olvidado y que podría repetir de nuevo. Disimular, tendría que disimular, pero eso ya lo había hecho antes, o después —según se mire—, con la diferencia de que ahora sabía con certeza qué es lo que tenía que encubrir.

De súbito, me acordé de los domingos, de los domingos que me quedaban por vivir, aunque ya los había padecido. De algunos de ellos guardaba una memoria minuciosa, de manera que me pareció insoportable la idea de atravesarlos otra vez. Se trataba de un precio demasiado alto para

llegar al mismo sitio. Decidí suicidarme. Me colgaría de un clavo que había en la pared (en todas las habitaciones en las que he vivido había siempre un clavo, el mismo tal vez).

Cogí la cuerda de una vieja cometa y comencé a hacer los preparativos con una nostalgia tan grande que me di un poco de pena y volví a llorar, aunque en esta ocasión el adulto y el niño lloraron a la vez. Entre tanto, mis dedos manipulaban la cuerda con una destreza que ya había olvidado. Coloqué una silla junto a la pared, me subí a ella y alcancé el clavo, del que aseguré un extremo de la cuerda. Miré el lazo y me sentí satisfecho del trabajo realizado. He de decir que tuvo sus dificultades, porque lo hice con una cuerda doble por miedo a que ésta no resistiera mi peso o mi experiencia.

Cuando ya estaba a punto de dar una patada a la silla, pensé en mi madre, me hice cargo de su dolor, de su espanto, cuando entrara a buscarme para cenar y me viera colgando de la pared. Estuve a punto de desistir, pero inmediatamente también deduje que esa escena horrible había pasado ya muchas veces y seguiría pasando eternamente, pero que la olvidaríamos de nuevo hasta que volviera a pasar. De manera que apreté los dientes y empujé la silla hacia un lado. Sentí un dolor estimulante, escuché un crujido y luego una respiración forzada que me pareció ajena, como si hubiera otro cuerpo colgando junto al mío. Después, nada.

Escribo estas líneas desde la habitación de un hotel al que he vuelto al despertar después de suicidarme. Me suenan los cuadros, y la cama, y el clavo imprecisamente escondido detrás de las cortinas. Creo que estuve en esta habitación hace años, cuando representaba los intereses de una empresa de importación en la que trabajé algún tiempo. Debo de tener treinta y cinco años, pero guardo memoria de la experiencia anterior y de los diez años posteriores ya vividos.

Lo peor es que me parece que es otra vez domingo. Hay en el cielo unos jirones violetas en los que la luz intenta permanecer para durar. Huele a festivo y está atardeciendo. De manera que voy a suicidarme otra vez, a ver si tengo suerte y amanezco a un lunes, a un martes o a un miércoles; en el peor de los casos, a un viernes o a un sábado. El caso es que no sea domingo y que, si es posible, haya perdido la memoria.

La conferencia

Recuerdo que aquella mañana, con la prisa o los nervios del viaje, no me lavé los dientes y estuve todo el día hurgándome el interior de la boca con la punta de la lengua.

Por aquella época atravesaba la barrera de los cuarenta años y había comenzado a alcoholizarme, pero todavía no me había dado cuenta de ninguna de las dos cosas. En realidad, el trabajo me absorbía de tal modo que sólo era capaz de captar las señales relacionadas con mi actividad de investigación en el laboratorio.

El caso es que fui invitado por la Universidad de S. a dar una conferencia sobre la influencia del tabaco y la dieta en las enfermedades coronarias. Mi intervención tendría lugar en el Aula Magna de la facultad de Medicina y frente a un público formado por catedráticos y postgraduados que habían seguido de cerca mis artículos, publicados a lo largo de los últimos años en una importante revista dirigida a la comunidad científica.

Decidí realizar el viaje en mi propio coche al objeto de repasar durante el trayecto los puntos más importantes de la conferencia. Siempre me ha gustado conducir, a condición de que nadie me acompañe. El automóvil es un lugar cerrado, cálido, en el que todo cuanto uno necesita está al alcance de la mano. Generalmente, la cabeza me funciona muy bien en los trayectos largos, de manera que suelo sacar un gran partido de las ideas que viajan conmigo o de aquellas otras que se introducen en el coche como consecuencia de la visión del paisaje o de las consideraciones que uno suele hacerse en torno a las condiciones atmosféricas.

Así pues, durante las cinco horas que tardé en llegar a S., repasé con provecho los conceptos que vertebraban mi ponencia y me alegró comprobar que podría prescindir de los papeles o utilizarlos como un mero soporte destinado a proporcionarme la seguridad de la que carecía mi carácter. Sólo me incomodaba la sensación de suciedad localizada en el punto de unión situado entre las encías y los dientes y que acabó por producirme una ligera irritación en la punta de la lengua, debido al movimiento nervioso que señalé al principio de estas líneas.

Llegué a S. a las dos de la tarde; era miércoles (recuerdo el día de la semana porque desde entonces los miércoles no me lavo la boca debido a una especie de sugestión supersticiosa) y mi conferencia estaba programada para el día siguiente a las diez de la mañana. En la recepción del hotel tenía un mensaje de la secretaria de la universidad para que me pusiera en contacto con ellos cuando llegara. Pero decidí no hacerlo hasta la noche para disfrutar de aquellas horas de soledad en una ciudad extraña, desconocida, y en la que muy pronto habría de quedar encerrado como en una trampa formada por una sucesión de causas que unos llamarían azar y otros destino, y que se resolvió con la eficacia precisa de un mazazo que alteró la continuidad de mi existencia.

Comí en el restaurante del hotel, sin prisas, gozando de una lentitud que parecía impuesta por el ritmo interno de la ciudad de S., aún desconocida, pero cuyos secretos se me abrirían esa tarde, cuando recorriera sus calles sin el temor de ser reconocido, como un extranjero, o como si yo mismo fuera otro, en suma.

El camarero que atendía mi mesa me estaba dando un trato excepcional, pero sin molestarme con preguntas banales o con una obsequiosidad excesiva. Me recomendó un vino de la región que yo supe apreciar y él se limitaba a llenar mi copa cada vez que su nivel descendía demasiado.

En una mesa cercana a la mía había un matrimonio de turistas —norteamericanos, según pude apreciar— con un hijo adolescente, cuya voracidad hacía las delicias de sus padres. Era un trío feliz, entregado a la dicha de una manera activa y consecuente con las ganas de vivir que delataban sus rostros.

Con el aturdimiento del alcohol, me asomé a mi existencia, como un mirón a través de una rendija, y deduje de lo que pude ver que también en mi vida había algunas cantidades de felicidad, si bien era una felicidad pasiva, atenuada por la ausencia de sobresaltos, que había favorecido, sin duda, mi dedicación a los trabajos del laboratorio. Es cierto que mi mujer y yo no habíamos conseguido tener hijos y que esa carencia, de la que nunca hablábamos, se había convertido en un bulto sin volumen que se interponía a veces entre nuestras caricias o que dificultaba la comunicación al conversar sobre determinados temas. Pero —ahora lo veía— desde algún punto de vista éramos muy dichosos, y eso parecía tan cierto como que había empezado a alcoholizarme o como que mi juventud había pasado a mejor vida.

Creo que nunca me he enterado a tiempo de las cosas importantes que concernían a mi propia existencia.

En fin, pensé que telefonaría a mi mujer para hacerla partícipe de esa reflexión acerca de nuestra ignorada felicidad.

Entre tanto, el camarero me recomendó un postre especial y luego me sirvió un café acompañado de una copa de aguardiente blanco, producto también de la región, que me golpeó en alguna parte del cerebro como golpearía la primera copa de coñac barato a un adolescente.

Cuando me incorporé, estaba decididamente borracho, por lo que decidí echarme una siesta antes de visitar la ciudad.

Dormí dos horas, que me parecieron cinco siglos, durante las que permanecí en el interior de un sueño circular, en el interior de una noria fantástica, cuyos cangilones parecían representar diferentes segmentos de mi vida.

Me desperté aturdido, con la impresión de haber recibido un mensaje que no supe leer. De súbito una enorme sensación de fragilidad se apoderó de mí; me senté en el borde de la cama y permanecí inmóvil durante algunos minutos, temeroso de que el simple hecho de incorporarme y de caminar hasta el baño pudiera provocar la rotura de todo mi esqueleto, como se quebraría una estructura de cristal golpeada en su base.

Advertí entonces que carecía del valor preciso para enfrentarme al placer de recorrer esa

ciudad sin compañía. Necesitaba que alguien me nombrara certificando de este modo que yo era un investigador notable que me encontraba circunstancialmente en S. para pronunciar una conferencia en su universidad. Recordé que estaba casado, que no tenía hijos, que no era norteamericano —como mis vecinos de mesa en el restaurante—; realicé un breve currículum personal y de este modo adquirí una breve identidad. Pero era una identidad precaria, dispuesta a derramarse de mi cuerpo como el vino de un pellejo mal cosido. Telefoneé entonces a la universidad, me identifiqué, y afortunadamente alguien me aseguró que me recogerían en media hora para darme un paseo por la ciudad e invitarme a cenar.

Me duché, me afeité y me puse un traje adecuado para un conferenciante, pero no me lavé los dientes —aunque tenía mal sabor de boca—, porque ese dato parecía el único punto de referencia estable dentro de la confusión general de la jornada.

Al poco, me avisaron de que alguien me esperaba en recepción.

Se trataba de una mujer madura, en la que sin embargo el tiempo había trabajado con esmero sus formas, dándole el aire de una adolescente fatigada. Su melena oscura y ondulada armonizaba con su rostro como un marco tallado con una pintura barroca.

«Algo está sucediendo», pensé mientras estrechaba su mano y me hacía cargo de la información articulada por sus labios. Se presentó como una ayudante cualificada de la Cátedra de Cardiología y disculpó la ausencia de su jefe por motivos de orden profesional. Después nos dirigimos dando un paseo a la plaza Mayor de S., reconfortados ambos por una conversación trivial que fluyó sin tropiezos, como si representáramos un papel largamente ensayado con el que sin embargo no hubiéramos llegado a identificarnos de manera absoluta.

La plaza era rectangular y en sus soportales anidaban numerosas cafeterías, cuyas mesas estaban ocupadas por jóvenes que anunciaban con sus risas y con sus ojos excitados la llegada de la primavera. Ocupamos una de estas mesas, que nos ofrecía una visión privilegiada de la plaza, y ella pidió un coñac, lo que me animó a solicitar una bebida alcohólica sin temor a sentirme censurado.

—Es bueno para el corazón —bromeó la mujer.

Permanecimos mucho tiempo en silencio, como dejándonos penetrar por los suaves efectos del alcohol de media tarde. Después pedimos otra copa, y el espacio y el tiempo contenidos en el interior de la plaza comenzaron a transformarse en una especie de espacio y tiempo aislados de los sucesos generales. Tuve la impresión de que éramos un brevísimo fragmento de la historia que por algún pequeño cataclismo se había quedado aislado de la sucesión de las cosas y condenado a vivir un presente eterno. Ella advirtió sin duda mi fascinación y dijo:

—Mira aquel balcón, en el último piso, el que tiene las puertas entornadas.

—Sí —dije—, es bonito.

—Es mi casa —respondió ella con satisfacción.

A la tercera copa, que coincidió con ese instante de la tarde en el que la luz parece a punto de caer, pero no cae, llegaron los pájaros, que lograron oscurecer con sus garlidos las voces de los

jóvenes. Pero a mí no me parecían pájaros, sino pequeños artefactos voladores que evolucionaban, ciegos, en torno a órbitas determinadas por la mano invisible de un mecánico. Entonces apareció el deseo, que parecía manejado también por una potencia ajena a nuestras voluntades. La mirada de ella se había puesto turbia, como el pasado de un viajero, y las palabras se desprendían rotas de su voz. La miré con impertinencia.

—¿Vives sola?

—Peor que eso —respondió—. Vamos.

Pagué las consumiciones y subimos a su casa, desde cuyo balcón miré las sillas de la cafetería que habíamos ocupado unos momentos antes, pero nuestros cuerpos ya no estaban allí, lo que me proporcionó una sensación de alivio inexplicable.

La casa era antigua y padecía una mutilación que no conseguí localizar. No era que le faltaran cuadros, cuyas ausencias estaban señaladas por los cercos que habían quedado en la pared, o que careciera de libros, aunque las estanterías mostraban un vacío anormal; tampoco era que los muebles parecieran escasos o que algunas bombillas estuvieran desnudas. No, la mutilación era de un orden diferente y las ausencias señaladas no eran sino un pálido reflejo de una ausencia mayor de la que no quedaba sin embargo ningún rastro visible. Entendí entonces su respuesta a la pregunta de si vivía sola.

Entre tanto, ella regresaba de la cocina con una botella de coñac y dos vasos desiguales que colocó sobre la mesa. Entonces la tomé de la cintura y ejercí sobre su cuerpo una violencia calculada a la que la mujer respondió con un gemido enloquecedor, muy parecido al de los pájaros que alborotaban el interior de la plaza.

Sin embargo, cuando ya comenzaba a explorar la periferia de los núcleos más misteriosos de su cuerpo, la mujer se apartó.

—Voy a desnudarme —dijo.

Desapareció por el pasillo y yo permanecí junto al balcón observando los pájaros —cuya actividad voladora había decrecido— y hurgándome los rincones de la boca con la punta de la lengua.

Cuando pasó un tiempo razonable, la llamé sin recibir respuesta. Después me interné por el pasillo, cuyas paredes tenían la humedad de un conducto orgánico, y alcancé su habitación, donde la encontré muerta sobre la cama. No le había dado tiempo a desnudarse.

He visto muchos cadáveres en mi vida, pero ninguno tan hermoso como el de aquella mujer. Conservaba el aire de adolescente fatigada que había tenido en vida y al que la muerte le había añadido un punto de desesperación que la hacía aún más deseable. Sin embargo, el miedo a verme envuelto en una situación dudosa y complicada me impidió valorar adecuadamente estos aspectos. Salí corriendo de la casa, regresé al hotel y telefoneé a la universidad. Tras presentarme, anuncié que tenía que suspender la conferencia del día siguiente, pues una desgracia familiar repentina me obligaba a regresar con urgencia a mi ciudad.

La persona que cogió el teléfono no sabía de qué conferencia le hablaba y me pasó con otro

departamento que a su vez me puso en comunicación con la secretaria de la Cátedra de Cardiología, donde tampoco tenían noticia alguna de mi conferencia. Colgué, perplejo, preparé mis cosas y hui de S. Llegué de madrugada a mi ciudad, pero hasta el día siguiente no advertí que había olvidado mi cartera en la casa de la mujer. La había dejado sobre la mesa momentos antes de abrazarla, porque llevaba una chaqueta muy fina en la que producía un bulto incómodo.

Pasé unos días de tensión insoportables, pues sabía que cuando descubrieran el cadáver descubrirían también mi documentación, lo que significaba que me iba a ver envuelto en un escándalo que arruinaría mi carrera y que repercutiría seriamente también en mis relaciones familiares.

Pensé en el suicidio, pero no tuve valor para llevarlo a cabo. Entre tanto, los días pasaban sin que la policía apareciera por el laboratorio o por mi casa. Transcurridos diez días, calculé que el grado de descomposición del cadáver debía de ser tal que parecía imposible que aún no hubiera sido descubierto. Después pasó un mes y luego dos y así fueron cayendo unos sobre otros sin que mi vida sufriera la alteración que yo esperaba. Recuperé la rutina diaria, pero esta amenaza permanente me envejeció, lanzándome a los sueños terribles del alcohol.

Transcurrido un año, decidí regresar a S. e investigar sobre lo sucedido. La plaza tenía el mismo tono y los pájaros realizaban idénticas evoluciones alrededor de su monumento central. El balcón de la mujer permanecía entornado, tal y como yo mismo lo había dejado doce meses antes. Subí al piso y llamé a la puerta, pero no recibí respuesta alguna. Entonces introduje una tarjeta de crédito a la altura del pestillo y el pasador cedió al empuje del plástico con asombrosa facilidad.

La casa estaba como la había dejado, es decir, con ese aire de estar a medias habitada y abandonada a medias; sus paredes desprendían la misma impresión de estar hechas con un material orgánico capaz de transpirar y de respirar a través de sus poros. Mi cartera permanecía sobre la mesa, en el mismo ángulo y en idéntica posición. Me introduje en el pasillo y llegué al dormitorio, donde de nuevo contemplé el cadáver de la mujer, que no había padecido corrupción alguna. Su piel tenía la temperatura de un muerto reciente y sus pechos la firmeza de quien acaba de expirar. Pensé que tal vez aquel espacio constituía un pliegue del tiempo, una esquirla, un fragmento desprendido de las leyes de la sucesión y condenado a durar eternamente.

No me atreví a recoger la cartera por miedo a que cualquier modificación —aun la más ligera— pudiera poner de nuevo en marcha la compleja maquinaria del tiempo, que corrompe todo cuanto es sometido a sus leyes.

De manera que regresé a mi vida habitual, en la que ya me he acostumbrado a vivir bajo la amenaza de que algo que yo no puedo dominar (la desaparición de uno de los pájaros de la plaza o un golpe de viento sobre las puertas entornadas del balcón) dispare el mecanismo dormido y ponga en marcha el escándalo de aquella muerte en el momento más inopinado.

Por eso también, como decía antes, no me lavo los dientes ningún miércoles.

Primavera de luto

Su marido falleció en la primavera y esta muerte alimentó una huida que parecía suceder en su interior y que a veces tomaba la dirección de la felicidad y, a veces, la de la desdicha.

Se llamaba Elena, Elena Grande, pero era menuda y ligera como un suspiro; tal vez por ello, la madurez no había hecho grandes estragos en su cuerpo. Conservaba, pues, pese a su edad —cuarenta y tres años— rasgos adolescentes cuya evolución controlaba por las noches frente al mismo espejo en cuyas aguas había visto cómo se diluía la juventud. «Las mujeres envejecemos por los labios», se dijo a sí misma el día del entierro al regresar a casa liberada del peso de la muerte, pero oprimida por un nudo que sin llegar a identificarse con la angustia guardaba con ella las relaciones de una hermana menor. Al acostarse —libre ya de parientes y amigos que expresaban con los ojos el temor a dejarla sola— comprendió que aquel nudo no desaparecería nunca de su pecho. Tendría, pues, que acostumbrarse a vivir con él, como otros se acostumbran a llevar una prótesis, un cuerpo artificial que, alojado en las vísceras, registraría las sucesivas fases de su acabamiento. Porque ese bulto que ella comparaba con un nudo era en realidad el reflejo de una certidumbre: la certidumbre de la muerte, heredada de su marido, junto a la casa, la pensión, el coche, las acciones y las ansias de vivir, más fuertes cuanto más palpable fuera la existencia de ese temor que había adoptado las maneras de un nudo. Sonrió hacia el techo, mordiendo una esquina de la sábana —como cuando era pequeña—, pensando que la seguridad de que también ella tendría que morir se constituía una especie de curioso embarazo, un embarazo de duración imprevisible (treinta, treinta y cinco años en el mejor de los casos) que daría a luz un cadáver que sin embargo ella no podría ver. En eso, al menos, había conseguido parecerse a los otros, pues Elena había pensado hasta entonces que la muerte era algo que les sucedía a los demás, pero que a ella habría de arreglárselo de algún modo.

Esa primera noche no durmió. Pero se levantó como si hubiera descansado, dispuesta a construir desde el primer amanecer una nueva rutina que oscuramente presentía como una forma de felicidad basada en el hecho de estar al fin libre y sola. Qué gran acierto, pensó, haber resistido durante tantos años el deseo intermitente de su marido, que anhelaba unos hijos que ella nunca quiso. «Qué rara soy —pensó—, todas las mujeres desean tener hijos en algún momento de su vida.»

Salió de la ducha y se miró, desnuda, en el espejo. Los pechos —gracias quizá a su insignificancia— resistían aún el acoso de la gravedad. Frente a su pequeñez, destacaba la solidez de los pezones, en los que forma y color se habían ensamblado con una agresividad y una dureza que volvía locos a los hombres. Los hombros carecían de firmeza, pero por ellos se deslizaba un

resto adolescente que nacía en el triángulo formado por los ojos y la nariz y caía con suavidad en dirección al vientre, depósito de tantas ausencias deseadas. Entonces se subió al taburete de madera y contempló el reflejo de los muslos y la mancha excesiva del pubis; se sentía orgullosa de aquella abundancia de la que en otro tiempo se había avergonzado; su experiencia con los hombres la había conducido a aceptarla con placer.

Evitó la tentación de darse la vuelta para contemplar el abanico hendido de sus nalgas, porque mantenía con ellas un desacuerdo antiguo que no le pareció conveniente ratificar en ese día. Descendió, pues, de la banqueta y jugó con el desorden de su melena mientras musitaba: «El cuerpo, el cuerpo, lo único de lo que somos propietarios; la inteligencia, el alma, es el producto de la mirada de los otros».

Tomó, maquinalmente, el cepillo de dientes, colocó la pasta sobre él y al introducirlo en la boca notó un tacto que no le era familiar. Miró el cepillo y advirtió que era el de su marido. Entonces sufrió una acometida de desamparo y lloró, sujetándose al borde del lavabo, con una violencia sentimental que había sido incapaz de desarrollar los días anteriores frente al cadáver y frente al rostro desolado de parientes y amigos que quizá habían esperado este desahogo que sólo era capaz de ofrecer a su propio reflejo.

Cuando el llanto cesó, envolvió su cuerpo en una bata y regresó al dormitorio; se acurrucó en una esquina de la cama y con los ojos puestos en el enorme espejo del tocador esperó a que naciera dentro de ella una decisión. El sol comenzó a iluminar una esquina de la habitación como un foco plano, capaz de proyectar una franja de luz sin volumen, en cuyo interior navegaban al azar pequeñas partículas de materia con las que Elena sintió una identificación momentánea. Después cogió el teléfono de la mesilla y marcó el número de su madre.

—Hija —escuchó al otro lado, tras identificarse—, no te había llamado todavía por miedo a despertarte. Pero estamos tan preocupados por ti...

—Estoy bien, mamá, estoy bien —dijo—. Mira, voy a pasar el día fuera, tengo que arreglar muchas cosas. Quería pedirlos un favor.

—¿Qué necesitas?

—Que vengas con la asistenta o con quien tú quieras y, mientras yo estoy fuera, recojáis las cosas de Luis.

—Pero —objetó la madre— deberías estar presente para ver qué quieres conservar.

—De momento no quiero conservar nada, mamá —respondió Elena con tono de impaciencia y de súplica—. Quiero que alguien se lleve sus trajes, su máquina de afeitar, sus zapatos, su..., su cepillo de dientes. Todo.

—Pero tu suegra querrá algunas cosas —insistió la madre.

—Habla tú con ella y dale lo que quieras; lo demás puedes tirarlo o guardarlo en un trastero.

—Bueno, hija, bueno, no te alteres. Ahora debes estar tranquila. Tómate las pastillas que te dio tu padre. Yo..., yo te digo todo esto porque pienso que quizá no debieras mostrar una actitud tan

despegada. Ya sabes que a Luis no se le hizo la autopsia porque el médico que le atendió fue compañero de tu padre, pero...

El haz plano de luz se había desplazado en dirección al tocador y parecía haber penetrado como un cuchillo en el espejo en el que los años habían ido diluyendo la juventud de Elena. Las partículas de materia erraban de un lado a otro como buscando una salida. Ella escuchaba entre tanto las advertencias de su madre sabiendo que ése era el precio que tenía que pagar a cambio de que se ocupara de realizar las cuestiones de orden práctico que a ella le resultaban más incómodas.

Cuando colgó el auricular, sintió una fortaleza extraña que atribuyó al hecho de ser tan diferente, tan diferente de su propia madre y del resto de las mujeres de las que había dependido a lo largo de su vida. Así pues, la breve conversación telefónica sirvió al menos para constatar un hecho —el de su propia especificidad— del que quizá no fuera responsable, pero al que no estaba dispuesta a renunciar.

Cuando salió a la calle, la primavera le pareció excesiva. Vivía en un barrio caro, lleno de árboles y de sucesos atmosféricos, en el que las estaciones parecían detenerse para realizar con cierto esmero el trabajo que en otras zonas más ásperas de la ciudad pasaba inadvertido. «Luego vendrá el verano —pensó— y contemplaremos el otoño antes de atravesar las puertas de nuestra verdadera casa: el invierno. Y yo estaré sola, sola y con experiencia, sola y libre, sola y feliz o desdichada, pero sola, sola, sola...» Pronunció la palabra *sola* muchas veces hasta formar con ella una cadena de sonidos sin significado. Luego, como si hubiera olvidado algo, regresó al portal y bajó en el ascensor hasta el garaje. El anciano que cuidaba los automóviles musitó con torpeza unas palabras de pésame. Elena se acercó al coche de su marido y lo contempló durante unos instantes con un gesto en el que alguien más perspicaz que aquel anciano habría advertido un tono de nostalgia. Era un buen coche, como todo lo que ellos habían poseído —incluido el amor— y en él habían perpetrado algunas locuras sentimentales que llenaron en otro tiempo la existencia de ambos. Elena conocía ese coche como se conoce la propia habitación. Desde aquellas ventanas había contemplado paisajes, calles, ciudades. En su interior había vivido momentos de gozo irrevocables, instantes de locura irrepetibles en los que su menudo cuerpo se amoldaba a las limitaciones del espacio y a las raras exigencias de Luis para obtener a cambio las mayores descargas de placer que era capaz de recordar. Y luego, cuando se arreglaba las ropas y entreabría los ojos, se encontraba con la sorpresa del afuera: un paisaje nevado, el muro sucio de un aparcamiento, la fachada de una catedral, una tormenta... El coche era una burbuja protectora, con asientos de piel y cigarrillos al alcance de la mano, en la que se deslizaban por el mundo, por la vida, con breves intervalos dedicados al vicio del amor.

—Es un buen coche —musitó detrás de ella el anciano.

—Quiero que usted se ocupe de venderlo. Cuanto antes; no importa el precio. De todos modos, le daré el diez por ciento de lo que consiga obtener.

El anciano reprimió un gesto de codicia y Elena ganó de nuevo la calle, donde tomó un taxi que la llevó hasta el centro. Había pedido hora en una peluquería diferente a la que solía ir y, como aún era pronto, decidió hacer tiempo paseando frente a los escaparates para sentirse dueña de sí misma y de las calles, dueña de una vida que podría parecer desolada, pero que era, al fin, una vida propia, ajena a las necesidades de los otros, ajena incluso a las necesidades de ella misma. Experimentó diversos modos de andar, diversos modos de moverse en el interior de las tiendas; ensayó una personalidad nueva: estaba naciendo, estaba naciéndose a sí misma, y aunque no había cantidades notables de placer en ese alumbramiento, intuyó que la cuestión no radicaba ahí, sino en el hecho mismo de nacerse y de verse nacer.

Al poco, advirtió que algunos transeúntes se fijaban en ella con un exceso impertinente, como si llamara la atención por algo. Se detuvo frente a un escaparate y observó su rostro, en el que se acumulaba el cansancio de las noches pasadas junto al moribundo. Le pareció un rostro en mal estado, pero recuperable con un poco de descanso y los cuidados químicos necesarios. Se tocó los labios sin pintar. «Los labios —pensó—, la vejez entra por los labios.» Después observó los ojos y el cerco ceniciento que a su alrededor habían ido formando las ojeras. Tenía toda la zona irritada a causa del llanto; quienes la miraban veían en ella a una mujer que acababa de llorar. Una mujer bien vestida con el rostro abatido.

Entró en una perfumería y compró unas gafas de sol. No eran unas gafas de sol vulgares, eran de la mejor marca y le iban muy bien a su rostro. Se las probó varias veces y pidió consejo al dependiente.

—Parece usted una actriz, una actriz que intenta pasar inadvertida —dijo.

—Parezco una actriz —repitió ella—. ¿Qué clase de actriz?

—No sé —respondió el empleado algo sorprendido por esta respuesta—; una actriz antigua, de las misteriosas.

—¿Como Greta Garbo? —preguntó ella.

—Eso es —dijo el dependiente repentinamente iluminado—; me recuerda usted a una foto que vi de Greta Garbo en un supermercado. Llevaba unas gafas parecidas.

Elena se sorprendió al escuchar el precio. Nunca, hasta entonces, se había comprado ese complemento e ignoraba que también el diseño y la exclusividad lo hubieran llegado a encarecer tanto. De todos modos, pagó, se colocó las gafas y salió de nuevo a la calle. La realidad era muy diferente ahora. Todo —el sol, los perfiles, el tráfico— parecía más atenuado. Y ella contemplaba algunos aspectos de esa realidad rebajada desde el otro lado de algo, desde el otro lado de sus gafas. Se sonrió frente a un escaparate. La vida es rara. Elena siempre había desconfiado de la gente que llevaba gafas de sol considerando que alguien que necesitaba esconder sus ojos al resto del mundo carecía de la destreza necesaria para ocultar sus intenciones de otro modo. Con Luis, su marido, jugaba a veces a desvelar el carácter de esta clase de personas:

—Mira ése —decía—, las lleva para mirar a gusto a las mujeres. Pero no oculta nada, excepto unos ojos de pájaro.

—Mujer —respondía Luis condescendiente—, hay gente que las lleva para protegerse del sol.

—Para eso están las cejas. Y las pestañas.

El verano pasado había llegado a clasificar a todas sus amistades en función del dato de las gafas. Colocó a los que usaban esta prótesis móvil en un mismo apartado bajo el nombre general de *los otros*.

Ahora sonreía pensando que ella se había pasado también a ese bando. Probó a mirar directamente el sol y comprobó que no le hacía daño. Sintió hambre y entró en una cafetería donde todavía estaban sirviendo desayunos. Junto a ella, en la barra, una anciana mojaba churros en una taza de chocolate con un gesto de codicia y placer que llamó la atención de Elena. Cuando se acercó el camarero, se quitó las gafas y pidió lo mismo para ella. De repente, la realidad se volvió hostil: el camarero tenía granos, y la anciana, bigote. Volvió a ponerse las gafas y los volúmenes adquirieron de nuevo un tono reposado. Miró a su alrededor, ligeramente avergonzada de tener hambre, y hambre de chocolate con churros, en una fecha tan cercana al fallecimiento de Luis. No vio ningún rostro conocido.

La anciana se volvió a mirarla y apreció el gesto de placer de Elena al llevarse a la boca el primer bocado. Dijo:

—Aquí es donde mejor los ponen.

—¿Perdón? —respondió Elena inclinándose hacia la anciana y reprimiendo el impulso instintivo de quitarse las gafas para hablar con ella.

—Que aquí es donde mejor ponen los churros, con su azúcar glasé y todo por encima. Y el chocolate no es de máquina, como en otras cafeterías.

—Ya —dijo Elena.

Pasaron unos instantes y la anciana volvió a hablar:

—Me alegra ver que usted disfruta con lo mismo que yo. Tengo una hija de su edad que no entiende que para mí lo más importante de la vida sea este momento; me da mucho gusto comer chocolate con churros.

Elena se interesó por este placer y suavizó su gesto para que la anciana se confiara, pero no llegó, sin embargo, a quitarse las gafas para mostrar sus ojos.

—La gente joven, por lo general —añadió la anciana—, se cree que los viejos no tenemos placeres, que lo nuestro es la muerte y se acabó. Pero yo vivo pensando en este momento. Los churros y la radio son mi perdición. Si no estoy escuchando la radio, estoy comiendo churros. Y al revés. La gente piensa que no hay más gusto que el de uno. Y no, hay otros.

Elena miró desde las gafas a la anciana y pensó unos instantes en el modo de prolongar la conversación. Aquella mujer parecía tener algunas claves importantes de la vida. Tal vez la vida, desde la madurez, no consistiera en otra cosa que en el desarrollo de placeres pequeños y accesibles. Con el tiempo y los cuidados precisos, estos placeres podrían constituir el núcleo de una existencia repleta de sentido. Dijo:

—¿Viene usted aquí todos los días?

—Qué más quisiera yo —replicó la anciana—; cuando vivía mi marido, sí. Veníamos todos los días, por la mañana y por la tarde. Pero ahora, con la pensión que me ha quedado, sólo puedo venir tres días a la semana. Pero vivo pensando en esos días, en ese momento de entrar en la cafetería y pedir mi chocolate con churros. ¿Usted me entiende?

—Creo que sí —respondió desconcertada Elena.

—Pues mi hija, no.

—Yo también soy viuda —dijo Elena considerando que con esta confesión realizaba un acto de honestidad gratuito y liberador. Era la primera vez que se refería a sí misma con este término, *viuda*, y consideró que se estaba naciendo muy deprisa.

»Soy viuda —repitió y pensó en el significado de esa palabra oscura: una mujer que ha sobrevivido a su marido; una mujer que de súbito está sola, aunque gozando de los privilegios que produce el cadáver de un marido acomodado: seguro de vida, pensión alta, casa, ahorros, posesiones diversas. «Soy una viuda acomodada y joven, una viuda que se puede gastar mucho dinero en comprar gafas de sol.»

—Qué pena —dijo la anciana rebañando el chocolate de la taza—, debe de ser usted una viuda reciente.

—De dos días —respondió Elena desolada, con ganas de llorar, y pensó que había comenzado a madurar como viuda al mismo tiempo que Luis empezaba a madurar como cadáver—. Qué raro —añadió.

—A ver, enséñeme los ojos —dijo la anciana.

Elena se quitó las gafas con torpeza y mostró unos ojos fatigados, pero secos.

—Mucho han llorado esas dos perlas —añadió la anciana—. Pero come, hijita, no te dé vergüenza comer.

Elena volvió a ponerse las gafas y endureció el rostro. No le había gustado que la anciana descendiera al tuteo por vía de la lástima. «Sólo quiere que la invite», pensó.

Pagó su consumición y salió a la calle. No podía dejar de ser consciente de que llevaba gafas de sol. Ese dato parecía capaz de transformar su vida. «Las llevaré también por la tarde y por la noche —se dijo—, y veré con ellas la televisión.»

En la peluquería confesó de nuevo que era viuda, pero en otro tono. El peluquero que la atendía era capaz de frivolar estos aspectos turbios de la vida y animó a Elena a persistir en ese estado mucho tiempo.

—Una viuda joven —dijo— sugiere muchas cosas.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó Elena divertida.

—Cosas negras, con encajes y rincones sin explorar, si me permite expresarlo así —replicó el peluquero.

—Lo ha dicho usted muy bien —contestó Elena.

—Y ropa interior oscura, quizá morada, que certifica la existencia de un dolor que desde algún punto de vista podría resultar excitante.

—Es usted un poeta —dijo Elena sonriendo abiertamente. Se encontraba muy cómoda.

—Soy un artista —concluyó el peluquero—. Ahora no va a tener más remedio que quitarse usted las gafas.

Elena obedeció, pero la realidad no le resultó agresiva. El local parecía una casa de muñecas o un útero, dentro del cual todo discurría con la tranquilidad que sugerían los colores de las paredes y los uniformes limpiísimos de los empleados. Mientras recibía un inteligente masaje en la cabeza, evocó su ropa interior, que, gracias al tamaño de su cuerpo, adquiriría siempre en establecimientos para adolescentes. Recordó que para el entierro de Luis se había comprado un conjunto negro que podría haber llevado una joven de quince años y con el que se sentía realmente muy seductora. Su buen humor comenzaba a dirigirse al sexo, pero sabía que aún era pronto. Unos dedos delicadísimos tocaban ahora con método su rostro y el olor de las cremas la aturdió dulcemente, casi hasta el sueño. Pero no se durmió porque quería sentir el placer de saberse tocada, y de pagar por ello.

«Tengo que hacer frente a Jorge —pensó con los ojos cerrados—; mejor hoy que mañana.» Jorge era un amante con el que había mantenido una relación tan intensa y duradera que había llegado a convertirse en «el amante». Su relación con él había fortalecido su matrimonio con Luis. Le gustaba ir del uno al otro y pensaba que el mantenimiento simultáneo de las dos relaciones producía una suma de experiencia de la que se beneficiaban ambos. Sin embargo, el peso de Jorge en su vida había comenzado a resultar excesivo en los últimos tiempos y ello había provocado en Elena las primeras fantasías acerca de la muerte de Luis, como si su existencia comenzara a interponerse entre ella y Jorge. Ahora —apenas pasadas cuarenta y ocho horas desde el fallecimiento de Luis— la relación con Jorge había perdido todo interés. «Es mejor afrontarlo», pensó.

—Se acabó —dijo el peluquero con una sonrisa de satisfacción.

Elena regresó del sueño atenuado en el que había permanecido y se contempló en el espejo. Era otra, al fin, era otra. Le habían cortado la melena —que llevaba consigo desde la niñez—, dejándole el pelo muy corto por los lados y por la nuca. Sobre la frente caía, como sin artificio, un mechón de pelo veteado que otorgaba a su rostro un aire de muchacho inquieto con el que se sintió identificada. La cara, gracias a los masajes y a las cremas, había perdido las señales del agotamiento. En cuanto a los ojos, unas gotas oportunas habían eliminado las señales del llanto. Se acercó al espejo. Dijo:

—Los labios, se me notan los años en los labios.

—Debe usted cuidárselos —contestó el peluquero. Y le dio una crema con «poderes mágicos» para que se la aplicara por las noches.

—Todas las noches —insistió—; y no se le ocurra tomar el sol sin protegérselos con un papel de fumar. Recuerde esto y la próxima vez que venga a vernos tendrá tres años menos. Ah, y no se maquille hasta mañana o pasado, conviene que la piel respire.

Elena se puso las gafas de sol y volvió a mirarse en el espejo. Era otra. Pidió un teléfono y

llamó al despacho de Jorge. Quedaron en comer juntos.

Jorge no reconoció a Elena hasta que ésta le hizo una seña desde la mesa. El restaurante estaba lleno de hombres de negocios, pero a ellos los habían puesto en un rincón algo apartado.

—¿Qué te has hecho? —preguntó mientras se sentaba.

—He cambiado, soy otra —repuso Elena con una tranquilidad inquietante.

Jorge parecía desconcertado. Musitó unas palabras torpes y escasas que pretendían ser una muestra de solidaridad por el fallecimiento de Luis y le rogó que se quitara las gafas de sol.

—No, no —respondió ella—, tengo los ojos enrojecidos de llorar.

La conversación resultó curiosa. Elena advirtió enseguida que Jorge tenía miedo a la nueva situación. Sin duda, pensaba que el hecho de que ella estuviera libre podría modificar sus relaciones; temía, pues, que Elena intentara forzarle a abandonar a su mujer. Este temor le condujo a perpetrar algunas mezquindades verbales que a Elena, desde su posición, le parecieron divertidas. Sin embargo, cuando comprendió que ella, más que aferrarse a él, pretendía eliminarlo de su vida, cambió de actitud. La distancia puesta por Elena disparó de nuevo su deseo.

—¿Quieres que vayamos a un hotel? —preguntó en los postres.

—No quiero que vayamos a ningún sitio, Jorge. Olvidas que acaba de morir mi marido.

—Pues no lo parece —respondió con crueldad observando el nuevo peinado de Elena—. Quítate las gafas, por favor.

Elena se quitó las gafas con gesto de paciencia y las dejó sobre la mesa. No fue, sin embargo, un acto mecánico, porque había notado cómo su brazo se elevaba y luego había sentido en los dedos el tacto de la patilla y el peso de las gafas de sol; escuchó también el golpe suave de éstas sobre el mantel.

—Dame un cigarro —dijo.

—No tienes los ojos irritados —respondió él.

—Me han puesto un colirio en la peluquería. Dame un cigarro, por favor.

Fumaron en silencio, como a la espera de que la situación encontrara un cauce definitivo, satisfactorio para ambos. Elena, en realidad, pensaba en las gafas y en esta nueva utilidad recién descubierta: la de quitárselas o ponérselas en determinados momentos de una conversación, pero también la de jugar con sus articulaciones mientras permanecían sobre la mesa. Intuyó que había todo un lenguaje en esos gestos y decidió que en sus relaciones con este nuevo objeto nunca entraría la rutina.

Jorge debió de advertir que la atención de Elena no estaba puesta en él. Dijo:

—Nunca has usado gafas de sol y ahora parece que son lo más importante de tu vida.

—Es el primer objeto que he descubierto por mí misma —respondió ella con gesto sombrío.

—Mira, Elena —añadió él—, es natural que estés nerviosa y rara. Has sufrido una pérdida importante y has pasado varios días junto a un moribundo. Sé que eso es duro porque yo soporté la agonía de mi padre y salí de la experiencia bastante tocado. No sabes cómo he sentido no poder

estar junto a ti en esos momentos tan difíciles. Pero ahora puedo ayudarte. Si quieres, dejamos pasar unos días y te llamo. Ahora ya podré llamarte a cualquier hora.

Elena se puso las gafas y preguntó:

—¿Te casarías conmigo?

—Sabes que eso no es posible —repuso él volviendo a la situación de inseguridad del principio—; en nuestras relaciones nunca ha estado presente esa posibilidad.

—Pero ahora soy viuda.

—Quítate las gafas, por favor.

—No quiero quitarme las gafas. Ahora soy viuda. Alguna vez has dicho que si yo estuviera libre dejarías a tu familia. Ahora estoy libre. ¿Vas a dejar a tu familia?

Jorge parecía desconcertado por la agresividad de tales planteamientos. Quería huir, pero también quería quedarse, excitado, sin duda, por las novedades que presentaba aquella mujer. Elena advirtió su excitación. Se quitó, ensayando un nuevo gesto, las gafas. Dijo:

—¿Verdad que una viuda sugiere muchas cosas?

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Mira —añadió ella mostrándole las gafas de sol—, son oscuras como una viuda, pero las patillas, cuando se abren y se cierran, parecen dos largas piernas de mujer. Donde acaban las piernas, siempre hay una sorpresa; en este caso, una sorpresa de oro.

Abrió espacio una de las patillas y le mostró en las profundidades la articulación dorada que unía las partes del objeto.

—Estás loca —dijo Jorge sin poder ocultar la excitación que le producía aquel juego.

—Yo soy como estas gafas —dijo ella—, pero mi zona dorada es menos accesible.

—Te llamaré un día de éstos, Elena.

—No lo hagas, me voy fuera una temporada —mintió.

La despedida fue rara y desigual, como el propio encuentro, pero Elena se sintió liberada de aquel peso que ya no le producía placer.

Al regresar a casa, en el taxi, pensó que le vendría bien irse a la costa una temporada. En la ciudad estaría expuesta a llamadas inoportunas, a insoportables visitas de consuelo y al acoso de sus padres. En los próximos días, todos la perseguirían para hacerla feliz. Pero ella, por el momento al menos, no pretendía ser feliz. Quería observarse, mirarse, ver hasta dónde era capaz de soportar la soledad y qué partido podía sacar de ella. Anhelaba observar el paso de los meses, el paso de la vida, frente a una mirada protegida por cristales oscuros y desprovista ya de pasiones inmediatas, de deseos impuros, de lazos afectivos que conducían siempre a depender de otros.

Durante los dos días siguientes, resolvió algunas cuestiones prácticas, firmó papeles, se hizo con el control de sus cuentas bancarias y reservó habitación en un hotel de la costa mediterránea. El coche se había vendido el mismo día de ponerlo a la venta, de manera que encargó a su abogado la tramitación de la transferencia, dejándole firmadas las autorizaciones oportunas. No

quiso verlo, no quiso despedirse del coche, en el que aún habían quedado cosas personales de ella y de Luis que el portero recogió y guardó en una caja que fue directamente al trastero de la casa.

Se despidió de sus padres por teléfono. Su madre todavía realizó un último intento. Dijo:

—Hija, tu padre y yo somos partidarios de que te internes hasta que hayas encajado todo esto. Recuerda que tus crisis han coincidido siempre con momentos de tensión excepcionales.

Elena respondió con cierta grosería a la propuesta de su madre y advirtió que a ésta no le disgustaba demasiado tener a su hija bien lejos. «O internada o lejos», pensó.

—¿Tienes bastantes pastillas o le digo a tu padre que te envíe una receta? —preguntó finalmente.

—Tengo pastillas, mamá, es lo único que me habéis dado toda la vida. He ahorrado pastillas para pasar tranquila el resto de mis días. No te preocupes.

Permaneció un mes en la costa, cerca de un pequeño pueblo de pescadores al que solía ir a merendar todas las tardes. Dada la fecha —finales de mayo y primeros de junio—, el turismo era escaso, y la tranquilidad, absoluta. Elena practicó un tipo de vida sencillo. La cercanía del mar y las pastillas recetadas por su padre le bajaban la tensión y la obligaban a dormir muchas horas. Se levantaba, pues, bastante tarde, siempre excitada por la presencia segura de las gafas de sol en la mesilla. El primer movimiento del día estaba destinado a las gafas. Se metía con ellas en la ducha y dejaba que el agua discurriera por la montura y por los cristales. Luego las secaba con un pañuelo de papel y ya no se las quitaba en todo el día, excepto para jugar con ellas ejercitando movimientos dirigidos a seducirse a sí misma. Llegó a manejarlas con soltura, tanto si utilizaba la mano derecha como la izquierda, pero cada mano tenía un significado distinto. Cuando se las quitaba con la izquierda, algo no iba bien en su estado de ánimo. Aunque evitaba ponerse sombría, algunas tardes la atacaba una especie de mal humor, que combatía con un tranquilizante disuelto en una copa de coñac.

Por las mañanas tomaba el sol en la piscina del hotel. No le gustaba bajar a la playa. Dedicaba esas horas previas a la comida, a dormir y a leer. Leyó algunas novelas policíacas que no le dejaron un recuerdo especial. Lo que más le gustó fue un cuento de una autora inglesa que le recomendaron en la librería del hotel. Contaba la historia de una mujer aficionada a ir al bosque y a cerrar los ojos frente a los árboles sin dejar por eso de caminar; esperaba que algún día los árboles desaparecieran, como piensa el avestruz que desaparece el enemigo al esconder el rostro en un agujero. Naturalmente, la mujer se pasa la vida golpeándose contra los troncos, por lo que anda siempre con el cuerpo y la cara magullados. Sin embargo, no cesa su empeño investigador, añadiendo nuevas formas de andar y nuevas actitudes mentales frente al bosque, que a su vez se traducen en heridas nuevas y en magulladuras que van adquiriendo poco a poco el color oscuro de la corteza de los árboles. Un día, finalmente, cierra los ojos con todas sus fuerzas y emprende una loca carrera en dirección a un grupo de pinos centenarios. Sorprendentemente, cuando la mujer calcula que ha superado la distancia que la separaba de los pinos, no encuentra ningún obstáculo.

Sigue corriendo, pues, sin tropezar con nada y observa también que no se cansa. Entonces abre los ojos y observa que ha penetrado al fin en un espacio diferente, luminoso y sin árboles, por el que puede correr eternamente sin sentir cansancio ni dolor.

Unas páginas después de esta descripción, el lector advierte que la mujer ha muerto al golpearse, en su loca carrera, con un árbol y que, por consiguiente, el nuevo espacio en el que ha conseguido penetrar es el de la muerte. Este final decepcionó un poco a Elena, pero el relato, en líneas generales, le gustó y le proporcionó algunas ideas con las que se entretuvo durante la siesta, antes de dormirse.

El placer de leer al sol constituyó también una novedad en su existencia, pero no ignoraba que se lo debía a las gafas con cuyos magníficos cristales podía mirar al cielo en pleno mediodía sin sentir ningún daño. Tal como le recomendó el peluquero, se protegía los labios con papel de fumar. Gracias a ello y al cuidado de las cremas mejoraron bastante durante estos días.

Dedicaba las tardes a la ensoñación y al recuerdo. Se sentaba en la terraza de un bar frente al pequeño puerto y pedía algún pescado ligero que acompañaba con sorbos de cerveza. Repasaba la agonía de Luis, su marido, y efectuaba algunos juicios estimativos sobre su propia actitud frente a aquel proceso mortal. Sonreía al pensar que había sorprendido a propios y extraños por la fortaleza que había mostrado durante aquellos días difíciles. Luis permaneció en coma tres días antes de morir. Para entonces, desde el punto de vista de Elena, la enfermedad había perdido grandeza porque era una enfermedad que no producía dolor. El cuerpo de Luis se convirtió, en esas jornadas previas a su acabamiento, en un mero recipiente de productos químicos que ocasionalmente alteraban el ruido y el ritmo de su respiración. Tendría que olvidar aquellos ruidos, capaces aún de producir alguna culpa, y borrar de su memoria el estertor final. Tenía la impresión de que aquellos estertores constituían un modo de revelarse, una manera de decir que no.

Curiosamente, siempre que retomaba este recuerdo, lo hacía desde el punto en el que Luis fue internado. Nunca antes. Otras veces, perdía la vista en el aire y mientras contemplaba la evolución de las gaviotas, excitadas por la llegada de los barcos, se acordaba del coche, ya vendido a otro, en el que Luis y ella pasaron tantas horas felices. Pero en estos casos no evocaba a Luis, sino al objeto, al automóvil, como si éste fuera el intermediario entre ella y el placer, del mismo modo que las gafas eran las intermediarias entre ella y el mundo.

Una tarde, después de haber bebido tres cervezas (dos más de lo habitual) imaginó que era una mujer de cuarenta y tres años que vivía en un pueblo de la costa. Por las mañanas se ocupaba de la casa y de los animales que tenía a su cuidado, y por las tardes se iba a pescar hasta que el sol caía. Luego, sentada en el porche de su casa, pelaba verduras para la cena mientras veía jugar en las calles a los hijos de los vecinos y saludaba a los transeúntes que se afanaban en una u otra dirección. La vida discurría ajena a su secreto: era eterna.

La idea de la eternidad, o quizá las cervezas (ese día había tomado también dos pastillas más de lo habitual), le produjeron un punto de angustia que fue a instalarse en el pecho, junto a aquel

nudo que crecía de forma insensible en su interior y que era el germen de su propio final. Miró al cielo, al objeto de defenderse de este pequeño ataque de angustia, y contempló la evolución desordenada de las gaviotas. Pero la angustia siguió creciendo como en círculos concéntricos en el interior de su pecho. Imaginó entonces que era una gaviota. Las gafas de sol le facilitaron mucho esta maniobra, pues sintió que su rostro se quedaba oculto tras los cristales, mientras ella —sin que nadie lo advirtiera— se elevaba hasta alcanzar una altura sorprendente. Desde esa altura contempló la mesa frente a la cual estaba sentada ella, sin espíritu, pero disimulando su ausencia con la ayuda de las gafas de sol. «Nadie se ha dado cuenta», pensó, y continuó planeando en dirección a un grupo de gaviotas que iba a posarse en la cubierta de un pequeño barco. Cuando se acercó a ellas, advirtió que la angustia no había desaparecido, sino que se había transformado. Padecía ahora una angustia de gaviota, por decirlo así, y no sabía cuál de las dos era peor. Notó en el grupo, a medida que ella se acercaba, un movimiento de rechazo expresado con un raro batir de alas que desde luego no era amistoso. Pese a ello, se posó en el barco junto a las otras aves y comenzó a picotear los restos de un pescado roto. Las manifestaciones de rechazo aumentaron, pero Elena siguió allí, para ver hasta dónde podían llegar. En esto, una de las aves se acercó a donde ella comía y le profirió un picotazo rapidísimo que la hirió en el cuello. Presa de una furia terrible y novedosa, se lanzó contra la agresora y con dos picotazos habilísimos le sacó los ojos. Después la apresó entre sus patas y comenzó a abrirse camino hacia el corazón de su enemiga que era mucho más vieja que ella. La eficacia del pico superior era sorprendente: penetraba entre las plumas y en la carne con la destreza de un cuchillo preparado para tal fin. Cuando su rabia quedó colmada, se separó del pájaro, que quedó muerto en medio de un desorden de plumas. Entonces observó que el resto de las gaviotas huía de su furia vengadora y también ella emprendió el vuelo —atenazada aún por aquella angustia de ave que no sabía controlar— en dirección a la vertical de la mesa en la que merendaba. Vio su figura en la misma postura en la que la había dejado, y descendió hacia ella con suavidad. Una vez dentro de su cuerpo, miró hacia el barco y vio un amasijo de sangre y plumas. Un camarero comentó cerca de ella:

—Jamás había visto pelear de ese modo a dos gaviotas y nunca que llegaran a matarse. Ha sido horrible.

Elena pidió un vaso de agua. La angustia había desaparecido.

Esa noche llegó al hotel algo aturdida. Intentó ver la televisión con y sin gafas, pero se le cerraban los párpados, aunque —una vez cerrados— volvía a despertarse sobresaltada por una suerte de extrañeza que carecía de dirección precisa. Finalmente, decidió ir al baño y prepararse para dormir. Al cepillarse los dientes notó en la encía un tacto que no era familiar; miró el cepillo y no advirtió nada extraño en él. De todos modos, desde que tomara por equivocación el de su marido muerto, la hora de la higiene bucal representaba siempre una pequeña amenaza que no había logrado conjurar. «La memoria —dijo—, dónde residirá esa capacidad maldita de evocar sin descanso.»

Y como si de este modo hubiera puesto en marcha la invisible maquinaria del recuerdo, le vino

a la cabeza la imagen del entierro de Luis, pues en su transcurso había sucedido una rareza de la que no había vuelto a acordarse hasta ese día. Hacía mucho sol, aunque el calor no era excesivo gracias a una brisa constante de aire fresco que procedía de la sierra, donde había nevado en los primeros días de mayo. Ella estaba en uno de los lados de la tumba, flanqueada por sus padres y sus suegros, observando, atónita, los preparativos para hacer descender el ataúd. El resto de los familiares y amigos permanecían distribuidos en grupos detrás de ellos, guardando una discreta distancia en relación con el grupo familiar. Parecía haberse establecido de manera espontánea una jerarquía que marcaba el dolor. Así, la proximidad a la tumba guardaba una relación directamente proporcional con la proximidad familiar del fallecido. Elena llevaba una falda negra y una chaqueta, también negra, que aunque pertenecía a un juego diferente al de la falda encajaba con ésta. La chaqueta era cruzada y formaba un escote en pico que, ante determinados movimientos, se abría ligeramente dejando ver los bordes de la ropa interior. Por eso se había puesto un pañuelo con el que protegía la uve del escote. Recordó que se había comprado, en la zona joven de unos grandes almacenes, un conjunto negro de sujetador y braga que llevaba ese día. Ambas piezas eran ligerísimas, pero, como estaban recién estrenadas, hacían sentir su presencia en el cuerpo de Elena con la fuerza de todo lo que es nuevo. La etiqueta del sujetador, por ejemplo, se clavaba dulcemente en un punto de su espalda y entonces ella recordaba que llevaba un conjunto adolescente que, sin embargo, encajaba a la perfección con su cuerpo. Le habría gustado no ponerse medias, pero su madre le había dicho que no era propio.

Entre tanto, los obreros habían hecho descender el ataúd y el sacerdote se había colocado en el lado opuesto de la tumba al ocupado por los familiares. A su lado había un sacristán, vestido también con ropas talares, que sujetaba entre sus manos algún objeto dorado necesario para la ceremonia. Elena mantenía la mirada baja, en dirección al ataúd, mientras el cura recitaba sus oraciones. Los obreros, discretamente alejados de la ceremonia, se protegían del sol utilizando la mano a modo de visera. En esto, Elena levantó los ojos y vio frente a ella al sacristán y al cura, pero el cuerpo del sacristán no producía sombra. Le pareció raro.

Ahora, mientras se dormía en la habitación del hotel después de un día tan agitado, lamentó no haberse fijado con más detenimiento en ese detalle para comprobar si se trataba de una ilusión óptica o de algo más misterioso. «Cuestiones de este calibre —pensó— suceden todos los días, pero nuestros sentidos no las ven.»

En cualquier caso, el balance de aquellos días era muy positivo. Elena regresó a la ciudad fortalecida, morena y reconciliada con sus nalgas. No había cedido en ningún momento a la tentación de entablar nuevas relaciones, aunque oportunidades no le habían faltado. En realidad, se habían dado las oportunidades, pero no había aparecido la tentación, de manera que no hubo lucha interior en ese sentido.

Se sentía lista, pues, para envejecer sola, abierta a posibilidades nuevas pero sin correr detrás de ellas. Eso era lo que esperaba de la vida: una paz alejada de viejas dependencias que

producían sufrimiento y dicha a partes iguales. En el futuro, todo sería dicha, exceptuando lo que pudiera venir de aquellas zonas de la existencia cuyo comportamiento no podía dominar. Pero para defenderse de esas partes desagradables de la realidad tenía las gafas de sol y contaba también con una serie de hábitos, de pequeñas rutinas adquiridas durante su estancia en la costa, que ahora habría de perfeccionar, adaptándolas al paisaje de la ciudad y al interior de su piso de viuda.

Lo primero que hizo el día de su llegada fue revisar la correspondencia que el portero le entregó con gesto solidario, al tiempo que le preguntaba si deseaba alquilar o vender la plaza de garaje. Elena sintió una pequeña punzada de dolor en la zona del nudo al recordar que tendría que enfrentarse a la ausencia del coche. «El coche, cuánto significado tienen los objetos», pensó. Ordenó que se pusiera en venta la plaza del garaje, pues sabía que ésta representaba en su existencia un agujero, una llaga con la que tendría que acostumbrarse a vivir, pero que se negaba a estimular.

Entre la correspondencia —dominada por saldos bancarios y notas de pésame que habían llegado durante su ausencia—, encontró siete u ocho sobres escritos a mano, con torpeza por lo general, remitidos por profesionales del mármol y el granito. Todos ellos le ofrecían sus servicios lapidarios para cubrir adecuadamente la tumba del que fue su marido. Uno de ellos le hizo gracia por la contradicción interna de su rótulo: se llamaba *Mármoles Hierro*. Otro le enviaba una lista de precios para inscripciones sobre mármol; de este modo se enteró de la existencia de «letras prismáticas de bronce negro» y de «letras grabadas en novelda», así como «letras corrientes de bronce negro». La limpieza del sarcófago de novelda costaba siete mil pesetas. Se preguntó qué sería la novelda, mientras caía en la cuenta de que había olvidado por completo la obligación de cubrir adecuadamente la tumba de su marido, donde también habrían de descansar sus propios restos algún día. Comprobó que todos estos marmolistas tenían sus establecimientos en una calle cercana al cementerio, de manera que no se decidió por ninguno en particular.

Al día siguiente por la mañana tomó un taxi y se dirigió a la calle de los mármoles. Había un establecimiento detrás de otro, pero para llegar a las oficinas de cualquiera de ellos había que atravesar un patio lleno de lápidas y polvo, en el que por lo general ladraba un perro. Finalmente, se decidió por uno, cuyo dueño debía de ser un experto en técnicas comerciales, que era diferente a todos. En efecto, se trataba de un establecimiento con escaparate a la calle, en el que no se advertían signos de trabajo. El taller debía de estar en otro lado. Elena se asomó al escaparate y a través del cristal contempló una notable variedad de panteones, sarcófagos, lápidas de nicho, cruces de mármol y de piedra... Entró en la tienda y se dejó aconsejar por el empleado, que resultó ser hijo del dueño.

—Mi padre ha modernizado mucho este negocio —respondió a una pregunta de Elena—; los demás siguen aún en la edad de piedra.

La última frase —a la vista de los materiales que allí se mostraban— provocó en Elena una sonrisa que el muchacho recogió agradecido. Por fin llegaron a un acuerdo y Elena le entregó un

talón a cambio de una factura esmeradamente redactada.

Al abandonar el establecimiento sintió un movimiento de gratitud dirigido a sí misma por haber cumplido con este deber moral que todavía guardaba con el muerto. Se colocó en el borde de la acera para detener un taxi y su corazón sintió un golpe, producido por lo que veían sus ojos, que casi da con ella en el suelo: por la calle se acercaba el coche de su marido conducido por una figura confusa que el reflejo del sol le impedía apreciar. Se quitó las gafas y siguió, perpleja, el curso del coche que se detuvo a su lado. De su interior salió un hombre corpulento, de unos cincuenta años, que entró en el mismo establecimiento del que ella había salido.

Elena permaneció en la acera unos instantes. Entre tanto, los golpes de su corazón se acompañaban poco a poco y su respiración entrecortada por el horror adquiría el ritmo habitual. Al objeto de no llamar la atención, comenzó a pasear de un lado a otro sin perder de vista el automóvil. No sabía por qué esperaba, pero se trataba de una de esas decisiones que están más allá de lo que uno puede razonar y frente a las que es mejor plegarse con idénticas dosis de humildad y extrañeza.

Sin embargo, el tiempo transcurría sin que el sujeto abandonara la tienda. Finalmente, entró indecisa en el establecimiento, sin haber elaborado ningún plan, confiando en que la realidad jugara a favor de sus intereses, aunque ignoraba en qué podían consistir.

El muchacho se acercó al verla entrar.

—¿Se le ha olvidado algo? —preguntó.

—No —respondió ella sin poder añadir nada más.

El muchacho titubeó unos instantes. Después dijo:

—¿Se encuentra mal? Tiene mala cara.

—Sí —añadió ella—, he sufrido un pequeño desvanecimiento.

El muchacho fue detrás del mostrador y volvió con una silla.

Elena se sentó con una sonrisa de agradecimiento y miró en torno a ella. El sujeto del coche no estaba a la vista.

—Voy a avisar a mi padre —dijo el chico.

Al poco, salió acompañado del sujeto corpulento que conducía el coche. Resultó ser un hombre comunicativo y cordial.

—No se apure, señora —dijo con una sonrisa protectora—, a veces el cumplimiento de estos penosos deberes trae amargos recuerdos a la memoria. ¿Era su padre el fallecido?

—No, era mi marido —dijo Elena desprendiéndose de las gafas para ofrecer sus ojos al desconocido.

—Lo siento, lo siento —dijo con un gesto de dolor que parecía sincero y añadió en un tono más jovial—: Pero la vida sigue. Permítame que la invite aquí al lado a un té; eso la pondrá bien.

Salieron y la condujo a un bar donde departieron brevemente. El sujeto dijo llamarse Luis, lo que obligó a Elena a ponerse de nuevo las gafas para ocultar la emoción de esta nueva coincidencia. Finalmente, él insistió en llevarla a casa en su coche y ella se dejó hacer.

Cuando Elena entró en el coche, percibió un olor familiar, sintiéndose invadida de súbito por todo aquello que es capaz de evocar el olfato cuando percibe un aroma esencial, en torno al cual se ha nucleado una existencia.

Miró a Luis, el hombre corpulento y apacible que conducía el coche, y no pudo evitar un gesto de afecto que en el transcurso de la conversación fue transformándose en una actitud seductora que el hombre aceptó con naturalidad.

Quedaron en verse otro día y, en efecto, él la invitó a comer un par de veces sin que ello hiciera progresar la relación en ninguna dirección precisa. A Elena le gustaba permanecer dentro del coche la mayor parte del tiempo.

—Conduces muy bien —argumentaba.

Y él se sentía halagado y confeccionaba itinerarios nuevos que alargaban el momento de dejarla en su casa.

—Usas las gafas —decía él— como otras mujeres usan el vestido. Cada vez que te las quitas, tengo la impresión de que te has desnudado.

—Eso no es muy original —respondía ella.

—La frase no, pero el hecho que señala la frase sí lo es.

—¿Y te gusta?

—Sí, me gusta mucho, Elena.

Así, los días pasaban y se iban seduciendo sin prisa, sin preguntas, sin horizonte, como si cualquier cosa que pudieran recibir de aquella relación intermitente, por pequeña que fuera, resultara excesiva en relación con el destino de ambos.

El carácter apacible de él, no dado a urgencias de ninguna especie, fue transformando algunas actitudes de Elena. Porque en los primeros días ella sólo tenía ojos para el coche y, si él le interesaba, no era por otra cosa que por el coche. Pero a medida que los días pasaban, comprendía que Luis y el automóvil conformaban una unidad deseable. Su obsesión llegó al punto de que empezó a advertir en él actitudes, gestos y expresiones de su marido. «¿O no era una obsesión?», se preguntaba. ¿Tendrían realmente otros rasgos comunes —aparte del nombre y el coche— el Luis muerto y el Luis vivo? ¿Se manifiestan los muertos en los vivos?

Un día, a principios de julio, Luis le explicó que iba a mandar a su familia fuera de la ciudad, a una casa que poseía en el sur.

—Tendremos más tiempo para nosotros —dijo—, si tú quieres.

Elena le miró a través de las gafas y respondió con solemnidad pintoresca:

—Sí, quiero. —E inmediatamente añadió—: Pero tendrás que llevarme de excursión con el coche a sitios apartados, a lugares difíciles donde no hayas estado antes con nadie.

Aquel domingo, Elena se puso una falda corta y ancha y una blusa ligera, de algún tejido que se escurría entre los dedos y que se movía sobre la superficie de su cuerpo como el agua sobre una superficie plástica. Debajo llevaba un conjunto blanco adolescente igualmente sensible y

delicado. La excitación que sentía le hizo recordar otros momentos de su vida y ello la ensombreció brevemente. Tomó dos pastillas para tranquilizarse y bajó a la calle, recorrió dos manzanas y vio el coche aparcado en el lugar en el que se había dado cita con Luis. Al entrar en el automóvil, se quitó las gafas y las colocó en la guantera:

— ¿Adónde vamos? —preguntó.

—Es una sorpresa. Cierra los ojos y disfruta.

Eran las doce del mediodía y la ciudad estaba más desierta que una espalda desnuda. Elena cerró los ojos, inclinó el respaldo del asiento y, al poco, se quedó dormida por efecto de las pastillas y de una noche algo agitada que le había impedido descansar.

La despertó Luis dos horas más tarde mostrando ante sus ojos un raro paisaje. Se encontraban en un alto, cerca de un precipicio que dejaba ver, a una profundidad notable, una llanura inmensa y desierta. En la lejanía, un río ancho marcaba una amplia curva y se perdía luego hacia el horizonte. Detrás de ellos, un grupo de árboles suavizaba el paisaje y servía de parapeto a una corriente de aire que, a juzgar por el movimiento de las ramas, debía de ser fuerte.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Elena poniéndose las gafas para atenuar la impresión.

—¿El qué?

—El paisaje.

—De una guía de turismo.

—Es impresionante.

—Es como tú, Elena, como tú.

Entonces se inclinó sobre ella y la besó sin pasión aparente. Elena buscó una postura cómoda y esperó que el volumen de Luis se inclinara otra vez sobre su cuerpo.

—No me quites las gafas —dijo.

Él levantó la leve falda y la acarició sin torpeza al tiempo que la besaba en los labios.

—¿Por qué hacéis esto los hombres? —preguntó Elena.

—¿Por qué hacemos qué? —preguntó él.

—El amor. ¿Por qué hacéis el amor?

—Por miedo —dijo él—. ¿Y vosotras?

—Nosotras, por amistad, sólo por amistad.

Mientras permanecían anudados, antes de la explosión de sus cuerpos, Elena padeció algunas sensaciones raras. Primero, porque creía que era Luis, su marido, quien tan hábilmente manejaba los resortes de su cuerpo, pero también porque, cuando se encontraba cercana ya al delirio, tuvo un recuerdo breve y difuso, de cuyo registro no tenía conciencia, pero que la implicaba a ella oscuramente en el fallecimiento de su esposo.

Abandonó el coche desconcertada y ausente, colocándose mecánicamente la blusa y la falda. Luis salió a los pocos segundos con el gesto duro y sombrío.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Elena corrió al automóvil y buscó las gafas, que había perdido en un abrazo. Se las puso. Miró

a lo lejos, más allá del precipicio.

—¿Por qué te llamas Luis? —preguntó.

Luis iba a responder cuando advirtió que una rueda delantera del coche, posada sin duda sobre una piedra afilada, se había pinchado. Entonces descargó sobre el automóvil toda la cólera que le habría gustado descargar sobre Elena. Le dio patadas, le tiró piedras, lo aporreó con sus enormes manos de marmolista. Elena, inmutable detrás de sus gafas de sol, contemplaba la escena a escasos metros, cerca del precipicio.

Cuando él pareció agotado y satisfecho, Elena dijo en un tono que parecía venir de otra mujer:

—Cambia la rueda.

Luis obedeció sin decir nada, pero maltratando al coche cada vez que algo no funcionaba bien. Cuando terminó, parecía agotado. Entonces Elena se acercó al borde del precipicio, miró hacia el horizonte y dijo con la voz quebrada:

—Anda, ven, ven aquí.

Luis, completamente entregado, se acercó a ella. Ella le tomó el rostro con las manos. Dijo:

—No me toques, que me pondrás perdida.

Él sonrió y, entonces, ella adoptó una expresión de furia parecida a la de cuando era gaviota, y lo empujó al abismo con todas sus fuerzas. Las gafas no se movieron de su sitio.

Cuando regresó a la ciudad, las calles estaban desiertas. Condujo el coche hasta el establecimiento de los mármoles y lo abandonó frente a su puerta. Después tomó un taxi y regresó a su casa. Tenía hambre y sueño. Cuando calmó ambas cosas, el domingo declinaba en dirección al lunes.

Ella estaba loca

Tengo una amiga que desempeña un puesto de responsabilidad en unos laboratorios farmacéuticos. Es menuda y morena. Ha conseguido —ignoro con qué clase de artificio— conservar una mirada adolescente en la que implica a todo su cuerpo. Su expresión verbal es algo fría, pero muy exacta, como si hubiera aprendido a leer en los antiguos prospectos médicos que utilizaban términos tan ambiguos y bellos como *antiflogístico*. Su matrimonio marcha bien; él es un profesional que todavía no ha sido derrotado por las comidas de trabajo y que disfruta con los placeres sencillos del hogar. Tienen un hijo adolescente que les ha salido muy estudioso y que no bebe cerveza en la calle. Son felices, pues.

Solemos coincidir los domingos por la mañana en una filatelia de la Plaza Mayor. Ella siempre consigue los mejores sellos a los mejores precios, pero mi colección vale más que la suya y no pienso desprenderme de ella, si eso es lo que busca. Tomamos un vermut y hablamos de las cosas de la vida. Ella posee una notable capacidad para diseccionar los sentimientos y las actitudes. Para ella, las actitudes esconden sentimientos y los sentimientos esconden temores. De los temores no dice nada, como si fueran órganos tan visibles como las orejas.

Estos raros encuentros —yo no conozco a su familia ni ella a la mía— han alcanzado ya cierto grado de institucionalización y creo que ninguno de los dos podríamos prescindir de ellos. Son una especie de islote en nuestras vidas. Yo le cuento cosas y le digo mentiras que no me atrevería a exponer a ninguna otra persona. Creo que esto se debe a que en cierto modo es una desconocida. Cualquier domingo podría dejar de aparecer y yo tendría que resignarme a ello, como nos resignamos a que llueva o nieve en contra de nuestros intereses. Ella suele hablarme mucho de su trabajo y por eso sé que *antiflogístico* no significa lo que parece. Su puesto en la empresa guarda alguna relación con el área comercial, pero yo no suelo escuchar esta zona de su conversación porque, como no he estudiado, no consigo entender la lógica comercial de unos laboratorios farmacéuticos que empiezan por tener un nombre impronunciable. Envidio de ella su serenidad (no tendrá más de un par de tics nerviosos) y su fuerza: llega siempre a donde se propone sin dejar de seducirse a sí misma en el recorrido.

El caso es que el otro día, después de ver las novedades filatélicas, nos sentamos al sol en una de las cafeterías de la plaza. Hacía un día muy bonito, si uno es de esos que se embriagan con los primeros domingos de la primavera. Me dijo:

—He de confesarte un secreto.

—Piénsalo —respondí—, a veces uno se arrepiente.

Entonces me reveló que estaba loca.

—No es posible —le dije—, eres una persona muy equilibrada. Si eso que dices fuera verdad, yo lo habría notado.

Me explicó que no lo sabía nadie, que yo era la primera persona a quien se lo confiaba. Insistí en que se quitara eso de la cabeza argumentándole que los locos no saben que están locos.

—Son los cuerdos los que no saben que están locos —respondió.

—Ese razonamiento —insistí— indica que estás cuerda.

—Al contrario —dijo, y cayó en un silencio controlado.

Finalmente me contó que estaba realmente loca, pero que se pasaba el día disimulando. Por eso era tan buena en su trabajo y en su matrimonio, y por eso coleccionaba sellos y cucharillas de plata: para disimular. Y argumentaba tan bien para que nadie advirtiera que estaba loca. Y todo lo que hacía en su vida no tenía otro objeto que ocultar su locura a los demás.

—Yo creo —añadió— que si un día alguien, aunque sea mi marido, se da cuenta de que estoy loca, lo mato.

Me miró significativamente y sonrió en dirección a mi palidez. Recordé el argumento de una novela policíaca en la que una criada analfabeta asesina a una familia por haber descubierto esta carencia.

—No te preocupes —dijo—, tú todavía no te has dado cuenta.

Comencé a pensar en la posibilidad de que estuviera loca realmente; temí que eso modificara nuestra relación. Dije:

—A mí no me importa, si sigues disimulando, claro.

—No sufras —respondió—, te aprecio demasiado.

Luego me pidió disculpas por haberme obligado a entrar de este modo en su intimidad y yo empecé a temer que su confesión no hubiera terminado.

—Estoy agotada —dijo—, tú no sabes lo que es estar aparentando que eres lo que no eres cada minuto de tu vida. Tengo insomnio, y yo creo que es por miedo a descubrirme mientras duermo. Además, últimamente me ha sucedido algo terrible.

Tragué saliva y me agarré al vermut. Una nube ensombreció nuestros rostros y un perro ladró en algún punto de la plaza. Vi pasar a mi jefe, que también colecciona sellos, a unos metros de mí. Le deseé lo peor. Mi colección es también mejor que la suya.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté resignado.

Entonces me contó que en los últimos tiempos se había dedicado a espiar a su hijo y había llegado a la conclusión de que estaba loco, como ella, pero que lo disimulaba también.

—Es lo que más temía —añadió—, transmitir a mi hijo esta enfermedad.

—Pero si otras veces me has dicho que era un chico muy estudioso.

—Sí, sí, es muy estudioso y nunca llega tarde a casa y le gusta ver la televisión con sus padres, pero todo eso lo hace para que nadie se dé cuenta de que está loco. ¡Lo que estará pasando el pobre...!

Guardé silencio con la mirada puesta en las patatas fritas. Volvió a pasar mi jefe; está algo

desmejorado desde que comencé a echarle esos polvos laxantes en el café. No me vio, porque el otro día le robé las gafas y todavía no le han dado las nuevas.

—Yo creo —decía ella en ese instante— que hay más personas, incluso con responsabilidades políticas, que padecen este mal, pero como disimulan tan bien no hay manera de distinguirlos.

—Claro —respondí con pesadumbre.

—Y el problema —añadió— es que si alguien se da cuenta de lo que nos pasa a mi hijo y a mí podemos perjudicar mucho a mi marido. Te he engañado respecto a su trabajo; en realidad, tiene un puesto de mucha responsabilidad.

—¿Qué hace? —pregunté.

—Es presidente del Gobierno.

—Ya —dije.

El martes pasado vendí mi colección de sellos y hace ya tres domingos que no voy por la plaza. Pero a veces tengo nostalgia de aquellas mañanas que llenaron mi vida y me dan ganas de localizar de nuevo a la mujer del presidente.

Ella era desdichada

Ya de pequeña, en los primeros años de mi infancia, comprendí que el ser humano está más dotado para la infelicidad que para la dicha. Por eso me llamaba la atención ver cómo hombres y mujeres, desde edades muy tempranas, se afanaban por labrarse un futuro feliz. Naturalmente, cuando llegaba el futuro —vacío de placer, pero rico en desventura— caían en profundas depresiones, pues habiéndose preparado para afrontar la dicha, ignoraban de qué manera se debe manejar el infortunio.

Mis padres fueron muy infelices, no se querían nada y discutían todo el rato por cosas sin sustancia. Todavía tengo grabadas en la memoria algunas de sus peleas.

—Me voy a matar un día de éstos —decía mi madre agobiada por los problemas domésticos y por el llanto de mis hermanos pequeños.

—Pues dime ya qué día —respondía mi padre con desprecio— porque la semana que viene tengo un viaje de trabajo y faltaré de casa entre el lunes y el jueves.

—Estoy harta de vivir a expensas de tus necesidades; el día que muera lo haré a expensas de las mías, cuando menos lo esperes.

—¿Por qué no te matas el viernes, que está aquí tu madre y puede hacerse cargo de los niños?

—Me revienta pedirle favores a mi madre.

—Todo son problemas —finalizaba mi padre poniendo nuevamente su atención en el periódico.

Mi madre no se mató nunca, desde luego, pero esta amenaza permanente envenenó la existencia familiar y nos hizo a mis hermanos y a mí muy desgraciados.

En consecuencia, fui una adolescente fría, muy alejada de las pasiones de mis compañeras, que andaban todo el día excitadas con su futuro. Mientras ellas buscaban al hombre de su vida, con quien proyectaban tener hijos rubios y hacer largos viajes, yo pensaba en el modo de labrarme un porvenir oscuro, adverso, lleno de mala sombra, en fin. Si, como parecía evidente, el ser humano tenía más capacidad para alcanzar el fracaso que para obtener la gloria, lo lógico era desarrollar ese don y no empeñarse en violentar a la naturaleza inclinándola hacia dominios en los que no era competente.

Ya en la juventud, tuve un noviazgo horrible, lleno de separaciones, amargas y malentendidos. Él era contable en una fábrica de pan, pero lo echaron al poco de casarnos y yo tuve que ponerme a fregar suelos. A nuestra boda, por cierto, no vino nadie, porque ni su familia ni la mía llegaron a aceptar este matrimonio. Pero él estaba de acuerdo conmigo en que no debíamos intentar ser felices.

—La felicidad —decía interpretando con exactitud mis pensamientos— es una ilusión, un mero

concepto, una idea. La desgracia, sin embargo, es una experiencia real, algo que pasa, que sucede y que se ve.

Tuvimos dos hijos que no nos proporcionaron ninguna satisfacción; nos amargaron la vida para ser exactos. El pequeño se fugó de casa a los quince años y no supimos nada de él hasta las Navidades pasadas, que nos escribió desde una cárcel de Portugal pidiéndonos dinero. Según nos contaba, estos veinte años transcurridos desde su fuga han sido los peores de su vida. Por supuesto, no le enviamos ni un céntimo. El mayor trabaja en la Seguridad Social y no respira bien; parece que tiene algo de pulmón. Su mujer lo abandonó el año pasado, junto a sus cuatro hijos, que tienen la habilidad de coger todas las enfermedades que pasan.

Habíamos alcanzado por tanto un grado de desdicha considerable y por esa razón éramos muy infelices. Ello nos protegía de las decepciones de la vida y, curiosamente, nos daba un grado de seguridad que, según he comprobado, sólo se encuentra en el cenagoso fondo de la tristeza.

Mi marido, que siempre tuvo una naturaleza quebradiza, se ha pasado media vida de médicos y al final ha conseguido que le extirpen un riñón. A mí me quitaron los ovarios hace siete años y a lo mejor ahora me tienen que sacar la vesícula. Claro que todo esto no lo habríamos podido hacer sin la ayuda del mayor de nuestros hijos, que trabaja en la Seguridad Social y sabe lo que tienes que decir que te duele para que te quiten una cosa. A él le han quitado ya dos vísceras y ahora anda detrás de que le amputen tres dedos del pie derecho. Si lo consigue, le darán la invalidez permanente, porque además no respira bien.

Bueno, el caso es que de este modo hemos ido envejeciendo mientras la vida —que es un accidente de la Nada— nos daba la razón. Ahora ya estamos jubilados y seguimos viviendo en este piso oscuro con un gato al que odiamos. Nos levantamos tarde y, mientras yo hago la cama, mi marido se va al mercado porque compra mejor que yo, o eso dice él. Después de comer, dormimos un rato en el sillón, con la televisión encendida, y a media tarde damos un paseo o nos acercamos a ver a los nietos, que cada día están peor los pobres. Al volver a casa, cenamos unas verduras con media botellita de vino y nos sentamos a ver la televisión hasta que se acaba o nos dormimos. Generalmente, nos dormimos.

Pues bien, el otro día ponían una película de nuestra época, de manera que lo preparamos todo para estar sentados en el tresillo, frente al aparato, a la hora exacta. En el descanso fui a la cocina y traje unas cosas para picar. Luego nos animamos y bebimos un poco de coñac que guardamos para las fiestas. Cuando terminó la película, nos fuimos a la cama. Mi marido, como toma pastillas, se durmió enseguida, pero yo me quedé despierta y empecé a pensar que, en realidad, era bastante feliz. Nuestra vida era sencilla, pero tampoco nosotros le pedíamos más. Esa noche, sin ir más lejos, había disfrutado mucho con la película. Además, me gustaba el momento del día en que nos acostábamos y nuestros cuerpos se acoplaban entre sí con la sabiduría que dan los años. Y me gustaba ver llegar a mi marido de la compra y que me comentara el precio de la fruta. Y yo creo que hasta empezaba a disfrutar cuidando a los nietos algunos días que su padre tenía turno de noche. Nuestra vida, pues, era apacible y sosegada.

La revelación me dejó bastante sorprendida y, en cierto modo, angustiada. Naturalmente, no le comenté nada a mi marido, pero empecé a observarlo para ver si le pasaba lo mismo que a mí y comprobé, en efecto, que era un hombre acomodado a su situación, sin grandes desacuerdos.

Pasados unos días, al acostarnos, le hice partícipe de mis sentimientos y le comenté que también había observado algunos signos de dicha en su comportamiento.

—En fin —terminé—, creo que somos felices.

—¿Qué dices, mujer? —respondió él—. ¿Llamas felicidad a tener que hacer mil números para llegar a fin de mes? ¿Y a no tener ascensor en la casa? Claro, como tú no cargas con la compra...

—Pero estamos tranquilos y hacemos cosas que nos gustan.

—¿Qué haces tú que te guste?

—Pues pasear, ver la tele e imaginar cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Desgracias y chistes.

Entonces le conté dos chistes de médicos que me había inventado esa tarde y conseguí que se riera bastante. Pero no conseguí que confesara que éramos felices. Y es que los hombres tienen menos capacidad que nosotras para reconocer las cosas.

Ella está en todas partes

Cuando naufragó mi segundo matrimonio, supe que mi biografía amorosa había terminado. En el futuro podría tener historias más o menos intensas, pero en todas ellas habría un componente artificial, como de representación, difícil de conjugar con el grado de compromiso que, desde mi punto de vista, debe alimentar cualquier proyecto amoroso. No quisiera parecer radical, pero los hombres son tan raros... En fin, quiero decir que ellos carecen de emociones o en todo caso tienen cierta incapacidad para comunicarlas. Ellos se relacionan bien con los objetos —el coche, el reloj de oro, la agenda de piel, la tarjeta de crédito—, y quizá a través de ellos intentan decir cosas más profundas que las mujeres no conseguimos entender; sin embargo, nosotras tenemos más relación con el abismo, con el vacío, con la ausencia. Los hombres no saben mantener una conversación sobre la vida y, cuando lo hacen, hay siempre en sus palabras un punto de grosería, de vulgaridad, que a mí me produce un asco antiguo del que he intentado curarme inútilmente. Es curioso, porque luego los ves cuidar a sus hijas y con ellas sí desarrollan una cierta ternura, como si fueran sus novias ideales o algo así. Naturalmente, todo esto que digo es una generalización; hay hombres capaces de asomarse al abismo en cuyo borde vivimos las mujeres, pero a mí no me ha tocado ninguno y a estas alturas de la vida no es probable que se produzca una coincidencia de este género. En cualquier caso, no estoy dispuesta a vivir pendiente de un acontecimiento tan raro.

Por otra parte, mi relación con las mujeres tampoco ha sido fácil; despierto en ellas una rivalidad excesiva que cuando era más joven llegaba a complacerme, pero que ahora detesto. No tengo, pues, grandes amigas y desde luego ninguna con la que pudiera hacer un proyecto de vida común. Por eso, cuando mi segundo marido se marchó, comencé a acoplarme a la soledad con la idea de que en el futuro ya no sería una situación transitoria. Enseguida adquirí hábitos de soltera, pequeñas costumbres con las que fui fortificando mi existencia hasta el punto de lograr un acuerdo con las paredes de mi casa, y con mis sábanas, que en términos generales funcionó muy bien hasta que conocí a Julia.

Entré en relación con ella en la barra de una cafetería donde ambas solíamos comer. El primer día que la vi, y que mi mirada coincidió con la suya, supe que algo de aquella mujer me concernía. Bastó que intercambiáramos tres frases para que se confirmara esta inquietante sensación que ya no dejaría de crecer en las semanas que siguieron al primer encuentro. Había comenzado el otoño y yo estaba aquejada de una melancolía vaga, pero persistente, que encontraba sentido y dirección en la compañía de Julia. Empecé a depender de ella, pero sin pagar el alto precio que conlleva depender de un hombre. Nunca me habría atrevido a decírselo, pero la percibía como una parte de

mi ser que hubiera sido arrancada de mí en un tiempo remoto produciendo una sutil mutilación que encontraba al fin un dulce alivio.

Entre tanto, el otoño se deslizaba hacia el invierno y yo empezaba a contemplar la vida como un hogar en el que la tarde era la habitación más agradable. Llegué a perder el miedo a los domingos y recuperé el placer de pasear contemplándome a mí misma como un espectáculo, como una llama que habría de arder durante un tiempo finito, pero incierto. Los días de lluvia me refugiaba en una cafetería desde donde me gustaba ver a la gente cruzar la calle sorteando los coches y los charcos para llegar a ningún sitio, como en esos reportajes de la selva en que los animales haraganean de un lado a otro sin ningún objetivo visible, pero con movimientos precisos y admirables.

Julia empezó a venir a mi casa con alguna regularidad. Pasábamos las tardes charlando de cosas que no nos concernían de forma muy directa y evitando penetrar en temas personales, no por respeto a lo que se suele llamar intimidad, sino porque no parecía necesario hacer esta clase de exhibiciones. Entre tanto, la relación crecía de manera insensible tejiendo entre ella y yo un puente que parecía unir un mismo territorio circunstancialmente separado por alguna catástrofe.

Recuerdo que un día nevó y desde la ventana del salón vi a Julia bajarse del autobús y correr hacia mi portal. Venía con los pies empapados y hube de prestarle unos calcetines de lana y unas zapatillas que le encajaron perfectamente. Después preparé un té, y cuando ya empezaba a anochecer, con la excusa del frío, nos tomamos una copa de coñac cada una.

—¿Te quedarás a cenar? —pregunté.

—Si el tiempo sigue así —respondió con una sonrisa—, tendré que quedarme a dormir.

—Ya sabes que hay sitio —dije tratando de que no se trasluciera mi deseo.

Me pidió que le enseñara fotos y yo saqué varios álbumes que resumen mi vida. Para otras cosas no soy especialmente ordenada, pero con las fotos he llegado a tejer una suerte de manía destinada al futuro. Las tengo ordenadas por fechas y acontecimientos y en todas ellas hay un pie de dos o tres líneas que resumen el estado de ánimo bajo el que fui retratada. Nos sentamos a la mesa camilla que recientemente he colocado en el salón, frente a la ventana, y comenzamos a pasar las gruesas hojas del primer álbum mientras los copos de nieve caían perezosamente al otro lado del cristal aislándonos del mundo exterior, tan áspero. Creo que fue el coñac, al que no estoy habituada, lo que me incitó a hablar.

—Aquí estoy de primera comunión.

—¿Por qué estás tan seria?

—Mi madre me prohibió reír; me faltaban dos dientes.

—¿Y ésta? ¿Quién es ésta?

Se refería a una niña de mi edad que estaba a la derecha de la foto, de perfil, observándome con un distanciamiento irónico, como si censurara mi vestido o mi diadema o, en fin, mi actitud general frente al acontecimiento. Pero yo no sabía quién era esa niña, nunca lo supe, del mismo modo que tampoco he conseguido averiguar quién era esa otra niña (quizá la misma) que en una

fotografía de grupo, en el colegio, me observa desde una esquina censurando la banda de honor que atraviesa mi pecho. Y en este punto fue cuando ya no me pude contener e hice mi primera confidencia.

—Mira —expliqué centrando mi mirada en el álbum—, esta niña está en todas partes; siempre es distinta, pero siempre me observa reprochándome algo, como burlándose de mi actitud.

En efecto, a lo largo de toda mi experiencia fotográfica, y coincidiendo siempre con los acontecimientos más importantes de mi vida, se puede observar a una niña que ha ido creciendo al mismo ritmo que yo y que me mira con impertinencia desde una esquina de las fotos. Lo descubrí hace poco, un sábado por la tarde que me dediqué a fechar los últimos álbumes. He preguntado a mi madre y a mis hermanos quién es esa mujer que aparece en la foto de mi primera y segunda boda, en la de mi primer viaje al extranjero, en la de mi cumpleaños, pero nadie ha sabido darme razón de ella. Sólo sé que me observa, a veces con afecto, pero casi siempre con cierta tristeza, como me contemplaría la parte más amarga de mí misma.

Y mientras le explicaba todo esto a Julia, procurando evitar sus ojos, su sonrisa, supe que esa mujer se encontraba ahora a mi lado, contemplando mi vida, mientras la nieve nos aislaba del mundo y sellaba un pacto secreto que nos unía para siempre ahora que al fin nos encontrábamos fuera de un papel. El coñac calentaba mis venas y en la casa de al lado sonaba la música de los cubiertos puestos de mala gana para la cena familiar. Julia dijo que se quedaría a dormir.

Ella le había robado las palabras

Cuando se conocieron, ella pintaba y él escribía; los dos eran artistas, pues. Ocuparon una casa antigua, nucleada en torno a un pasillo en cuyos extremos había dos espacios más amplios que constituyeron los polos de la vida de ambos. Él puso su escritorio en el extremo norte y ella instaló su taller en el contrario. El gato deambulaba entre ambas zonas dando a la atmósfera un aire sobrenatural, pues la pareja de artistas atribuía al animal la capacidad estética de elegir entre la pintura de ella o la literatura de él en función de que decidiera pasar el día en el taller o junto al escritorio.

En cualquier caso, esta primera época fue muy feliz porque estaban aún en esa edad en la que el triunfo sólo era una cuestión de tiempo y el amor un intercambio de imágenes gloriosas. El tema musical —proveniente de una zona neutra del pasillo, quizá el cuarto de baño— realzaba esta atmósfera de gloria venidera a la que el alcohol y la yerba ponían imágenes. Sólo un punto de desacuerdo existía entre ambos, pero era un desacuerdo feliz porque estaba hecho de palabras.

—Qué suerte tenéis los escritores —decía ella—; os divertís mucho más que los pintores.

—No estoy de acuerdo —decía él—; es más divertido pintar, porque se trata de una actividad en la que implicas a todo el cuerpo.

—Yo pinto sentada —respondió ella con rencor.

—Bien, pero te has de levantar para mirar el cuadro desde lejos o para llenar la paleta. En fin, la fatiga intelectual es menor.

—Eso es lo que tú crees. Cuando pintas, tienes que estar tomando decisiones a cada momento; cada pincelada es una decisión, y una decisión equivocada significa estropear un cuadro. Eso produce una tensión insoportable. Sin embargo, un adjetivo mal puesto no te estropea el trabajo de tres días.

—No, te puede estropear el trabajo de un año, según donde lo coloques —respondía él con un gesto que oscilaba entre la amargura y la ironía.

Fuera de esta clase de discusiones, la vida transcurría tranquila y llena de promesas en aquel piso antiguo. Sólo el gato ponía un punto de amenaza que con el paso de los meses fue revolviéndose paulatinamente a favor de ella. Él recurrió a mezquindades tales como esconder bajo el escritorio una lata de sardinas, pero el animal parecía carecer de necesidades cuando su dueña pintaba. Se recostaba junto a ella, frente al caballete, y vigilaba la evolución de los colores con una mirada que parecía llena de criterio. En un punto, la presencia del gato pasó de ser estimulante a convertirse en decisiva. Él dejó de escribir, pero no fue capaz de confesarlo.

Entonces, una noche, él se despertó sobresaltado y se sentó en la cama con la respiración

jadeante. Ella encendió la luz y vio un rostro aterrado sobre un cuerpo sudoroso y trémulo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Las palabras, me habéis robado todas las palabras —dijo mirando fijamente al gato, que reposaba a los pies de la cama.

—¿Qué dices? —insistió ella.

—El gato y tú —respondió sin que el terror cediera—. Me habéis robado las palabras; él te las trae desde mi escritorio y tú las mezclas en la paleta, las deshaces, y las conviertes en colores. Es horrible.

Al fin consiguió tranquilizarlo. No era más que una pesadilla. Se fumaron un cigarrillo y volvieron a dormirse, pero prefirieron encerrar al gato en el cuarto de baño.

Al día siguiente, mientras ella pintaba, él abandonó su escritorio, recorrió lentamente el pasillo y entró en el taller. El gato y ella no le prestaron mucha atención. Entonces cogió un lienzo en blanco, lo colgó de una escarpia y comenzó a pintar en la zona del estudio más cercana al balcón. No bajaron a comer porque ninguno de los dos sintió hambre, pero por la tarde ella abandonó el caballete, atravesó el pasillo seguida por el gato y se sentó en el escritorio de él. Escribió hasta que se hizo de noche. Luego bajaron a cenar. Estaban contentos y la conversación fue estimulante. No aludieron al raro intercambio de actividades artísticas que se había producido esa jornada, pero a partir del día siguiente ella tomó posesión del escritorio y él, del taller. No volvió a haber pesadillas.

Al cabo de un año, ella había terminado una novela y él había pintado cincuenta cuadros de diferentes dimensiones. Se sintieron felices, plenos, y decidieron tomarse unas cortas vacaciones. A su regreso, ella comenzó a buscar un editor y él, un galerista. La novela fue rechazada por todas las editoriales de prestigio y los cuadros fueron mirados con indiferencia por los marchantes de moda. Pero este fracaso, lejos de desanimarlos, los afianzó. Ahora sabían con certeza que eran artistas, pues habían soportado la prueba de fuego del rechazo como todo artista debe soportarla: con rabia y certidumbre. Emplearían la rabia para ser más exigentes con su producción y la certidumbre para superar las calamidades que habrían de interponerse entre la gloria y ellos. Eran demasiado jóvenes para triunfar, pero habían logrado acabar algo en lo que ya se respiraba talento y necesidad.

Ella comenzó otra novela y él, otra serie de cuadros. El gato desapareció una noche de enero, tras los llantos de las gatas que paseaban su desolación venérea por los tejados. Alguien —alguno de los dos— había dejado abierto el ventanuco de la cocina facilitándole la salida. Hubo un ligero intercambio de culpas, de reproches, pero los dos estaban demasiado absortos en sus respectivas obras y el animal fue olvidado, superficialmente al menos, a los pocos días.

Los cuadros de él comenzaron a ser buenos («muy buenos», decía ella con un punto de rivalidad en la voz) y la novela de ella respiraba una tensión madura que él comenzó a envidiar. Ese año transcurrió sin grandes sobresaltos, pero empezaron a tener dificultades para hablar. No querían herirse, pero ninguno de ellos deseaba llegar el segundo a la meta. Además, ahora que

empezaba a aparecer en sus vidas la posibilidad real del triunfo, también el fracaso entró en escena no ya como idea, sino como alternativa —justa o no— a la gloria por la que ambos luchaban.

Las cenas en el bar de abajo comenzaron a ser insoportables, hasta que un día, con más copas de lo habitual, se miraron como al principio, como dos huérfanos que buscaban en el reconocimiento artístico el afecto que les había negado la vida, y comprendieron que cada uno de ellos estaba preparado para hacer frente a su propio fracaso, pero que no podrían soportar el del otro, ni siquiera su posibilidad.

Al día siguiente, él se trasladó con sus telas a una buhardilla y ella transformó en sala de estar el taller de pintura. Doce años después, cuando el nombre de él era tan ignorado como el de ella en los ambientes artísticos, se encontraron en un bar, pero hicieron como que no se habían visto. Todavía se amaban.

Ella le contó una película

Ella le sonrió desde una esquina del sofá. Llevaba una falda negra, muy corta, y un suéter ajustado de color gris. Los tonos del salón eran oscuros y en la calle la tarde comenzaba a declinar sin prisas.

—¿Seguro que no aparecerán tus padres en cualquier momento? —preguntó él.

—Si vas a estar así todo el tiempo, nos vamos a otro sitio —respondió ella.

—Es que estoy nervioso —dijo él.

—¿Por qué? —preguntó ella.

El muchacho le pasó el canuto y tardó en responder. Finalmente, perdiendo la vista en las geometrías de una porcelana, dijo:

—Hay temporadas en las que me encuentro así, como con un nudo en el pecho, a esta altura. Y no se me pasa hasta que ocurre algo.

—¿Qué clase de algo? —preguntó ella aplastando el canuto en un cenicero de cobre.

—Algo malo —respondió él.

El salón era grande; estaba lleno de muebles excesivos y de objetos que remitían a un pasado sólido, pero carente de gloria. El muchacho, que ocupaba el otro extremo del sofá, sonrió a la chica e intentó levantar una fantasía excitante inútilmente. Los minutos pasaban ruidosamente en un reloj de péndulo. Ella preguntó por segunda vez si ponía la música y él contestó que no.

—Si intentaran abrir la puerta o llamaran al timbre, no nos enteraríamos —argumentó.

—Te pasas el día pendiente de que suceda algo —dijo ella.

—Sí —respondió con pudor.

En esto sonó el teléfono y él dio un bote en el sofá que a ella le produjo un ataque de risa.

—¿No lo coges? —preguntó.

—No puedo, no estamos aquí —dijo ella.

—¿Dónde estamos?

—En el cine o tomando cervezas por ahí.

—¿Y si son tus padres que han decidido volver?

—No empieces con eso.

El teléfono siguió sonando por encima de la conversación de los dos jóvenes y luego enmudeció. Anochecía al otro lado de las ventanas, aunque el interior del salón estaba en penumbra desde hacía un rato. El muchacho sudaba; encendió una lámpara de mesa situada a su izquierda y algunos objetos recuperaron sus contornos.

—Imagínate que fuese verdad lo que has dicho antes: que no estamos aquí.

Ella cruzó las piernas y encendió un cigarro. Luego achicó los ojos y frunció la boca; la sombra de una sonrisa flotaba en los alrededores de sus labios.

—Podría ser —afirmó al fin—, podría suceder que estuviéramos en otro sitio, pero que por alguna razón nos creyéramos que estamos aquí.

—Eso sería estupendo —dijo él como liberado de un peso insoportable—; así, aunque volvieran tus padres, no pasaría nada.

—¿No viste tú una película que se llamaba *El estrangulador de Boston*?

—No —respondió él.

Ella cambió de postura, apagó el cigarro y se puso a hacer otro canuto mientras le resumía el argumento:

—Está basada en un hecho real, creo. Se trata de un sujeto muy normal que trabajaba de fontanero. El caso es que este hombre era un asesino, pero él no lo sabía. Había en su vida una zona oscura, cuya existencia él mismo ignoraba, en la que se dedicaba a estrangular mujeres. Hay un momento muy emocionante que es cuando la policía descubre que él es el asesino, pero al mismo tiempo se da cuenta de que él no lo sabe. Ya te digo que era un padre de familia modelo y todo eso. Bueno, pues lo detienen, pero no le dicen de qué lo acusan, sino que llaman a unos psiquiatras para ver si consiguen hacerle recordar sus crímenes. El hombre, claro, está desconcertado porque no entiende nada. Entonces los psiquiatras comienzan a trabajar con él y hay un momento impresionante. Mira, se me eriza el vello de pensarlo. Voy a encender la luz de arriba.

La muchacha le pasó el canuto y se levantó para encender una lámpara situada en el techo. Las sombras, más que disminuir, fueron a concentrarse en los lugares más amueblados del salón. El muchacho fumó con cierta ansiedad. Parecía haber adelgazado en los últimos minutos, pero ello se debía a la intensidad de su mirada y al efecto de la luz sobre su rostro.

—¿Y cuando estaba matando, dónde se creía que estaba? —preguntó.

—No estaba en ningún sitio —respondió—; los crímenes eran paréntesis, agujeros negros. Eso creo yo al menos. Bien, te decía que hay un instante, cuando está con los psiquiatras, en el que le viene a la memoria un hecho del que no tenía conciencia de haber participado. Resulta que se ve a sí mismo descendiendo clandestinamente por las tuberías de un patio interior. Entonces aparecía en la pantalla un primer plano de su rostro que muestra todo el terror que le produce tener memoria de un hecho que para él no había sucedido. ¿Te imaginas lo que debe ser recordar cosas que no han pasado o que tú crees que no han pasado?

—¿Y cómo terminaba?

—No me acuerdo.

—Esas cosas suelen terminar mal.

—¿Sigues con el nudo en el pecho?

—Peor, ahora está peor. La historia del fontanero me ha puesto mal cuerpo.

Ella cambió de postura y se quedó mirando al techo, hacia donde ascendía, disgregándose, el

humo del canuto. El muchacho no conseguía encontrar una postura en la que quedarse quieto más de medio minuto. Al cabo de un rato dijo:

—¿Por qué te has callado?

—Estoy a gusto así, imaginando cosas —respondió ella.

—¿Qué imaginas ahora?

—Que sea verdad eso que dices de tu nudo, que te avisa de que va a pasar algo malo.

—Ya te he dicho que es verdad.

—A mi padre le pasa lo mismo cuando sueña que fuma. Dejó el tabaco hace quince años, pero a veces, en los sueños, se ve fumando y al día siguiente de eso sucede algo.

La muchacha se calló y el tictac del reloj de péndulo adquirió unas proporciones excesivas.

—No te calles, por favor —dijo él—; cuando dejas de hablar, me angustio más.

—¿Te conté lo que le pasó a mi abuela cuando murió mi tío Fernando, que era el mellizo de mi padre?

—No me cuentes historias de ésas.

—Bueno, ¿quieres que vayamos a mi cuarto?

—Todavía no; espera a ver si me tranquilizo un poco.

Ella se disculpó y salió del salón. Cuando llegó al cuarto de baño, se miró en el espejo y le brillaban los ojos. Se envió a sí misma una sonrisa de complicidad y se retocó sin prisas los labios. Luego se cepilló el pelo, ensayó dos o tres expresiones de miedo y regresó al salón.

—Ha sido horrible —dijo—; en la casa de enfrente, lo he visto por la ventana del baño: una mujer se ha arrojado al vacío.

—¿Qué dices?

—Se ha suicidado. Los vecinos han recogido el cuerpo y lo han metido en un coche.

El muchacho se quedó quieto, con la mirada clavada en un cenicero, como prestando atención a un suceso interno.

—A lo mejor era lo que estabas presintiendo —añadió ella.

—Eso te iba a decir —respondió él—, parece que se me está quitando el nudo.

Al poco tiempo, se levantó, cogió a la muchacha por la cintura y fueron besándose hacia el dormitorio. De la calle llegó un grito que atravesó las ventanas, pero ellos no llegaron a oírlo ocupados como estaban en la exploración de sus cuerpos. En el reloj de péndulo sonaron las diez.

Ella era otra

Aquella mañana, después de que mi marido se fuera a trabajar y los niños se marcharan al colegio, empezó a levantarse un aire oscuro que me obligó a cerrar todas las ventanas. Decidí que ventilaría la casa más tarde, cuando amainara. Fui a la cocina y me serví un café mientras dudaba si limpiaba los cristales o no. Por la ventana vi un pájaro que luchaba con el viento y que finalmente se refugió en el extractor de humos del 5.º C. Sentí que había asistido a un hecho sombrío que habría de determinar mi vida. La del 3.º A recogía unas sábanas que había tendido el día anterior y que estuvieron a punto de volar.

A esta hora de la mañana, a veces, pienso en lo que ha sido mi vida y me asusto un poco; me asusto porque cuando miro hacia atrás, buscando algunos puntos de referencia sobre los que apoyar mi historia, no veo nada. Los años se apelmazan, confundiéndose entre sí, sin que ninguno de ellos sea capaz de mostrar una particularidad que lo individualice. He asistido a miles de mañanas como ésta y todas son iguales entre sí: hacer las camas, limpiar el polvo, ir a la compra... Del nacimiento de mis hijos sí me acuerdo, pero ya no me sirve. Han sido los cuatro momentos cumbre de mi vida (cinco, si incluimos el aborto), pero ahora no los quiero, no, no quiero a mis hijos; son feos como el padre de mi marido y no hacen caso a nada. A mi marido tampoco lo quiero, pero sigo admirándole porque es el mismo con el que me casé. Yo, sin embargo, me he convertido en otra. Quiero decir que a lo largo de estos años de encierro y hogar ha ido creciendo en mi interior un mundo al que ellos son ajenos. En realidad, cuando me encuentro a gusto es cuando se van. Tengo un buen ritmo de trabajo y desde que acabo con la casa hasta que empiezo con la comida dispongo de un par de horas magníficas que dedico a leer novelas o a ver la película del vídeo comunitario. O sea, que la casa no se me cae encima como a otras. Quiero advertir que lo de mis hijos no sería para tanto si no fuera por esos ojos de buey que han sacado de mi suegro.

El caso es que por algunos lados estoy a gusto y por otros no. De todas formas, tampoco sé qué otras posibilidades habrían cabido en un destino como el mío. Qué raro es todo. Creí que nunca sería mayor y los próximos que cumpla serán cincuenta y tres. Sin embargo, no me da vértigo mirar al futuro, con la vejez y todo eso; creo que se me arreglará de algún modo. Lo que me da vértigo, como digo, es mirar al pasado y contemplar una extensión desierta y temible como el mar. Al otro lado de esa llanura está mi juventud, pero casi nunca me asomo porque ya no la siento como mía. Creo haber señalado que soy otra.

Bien, aquella mañana que digo, tras tomarme el café fui al salón y miré por el ventanal que da a la avenida. El viento seguía soplando con una persistencia rara, como si quisiera avisarnos de

algo. Era octubre y las hojas se desprendían con facilidad de los árboles para volar, como manos espantadas, en la dirección del viento, lo que acentuaba esa sensación de urgencia, de aviso, que me había producido la tormenta de aire. Empecé a sentir un nudo en el estómago y una bola en la garganta. Conozco estos síntomas; siempre significan algo; la última vez fue la muerte de mamá. Recuerdo que estaba preparando la cena, fui a batir un huevo que tenía un poco de sangre en la yema y se me puso la bola en la garganta. Al poco me llamaron del hospital...

Sonó el teléfono, me acerqué a él despavorida.

—Diga.

—Quería saber —dijeron al otro lado— si podría dejarles una tortuga y dos serpientes. Me voy de viaje.

—¿Adónde llama? —pregunté.

—A la clínica de animales.

—Se ha equivocado —dije, y colgué.

«¿Se había equivocado?», pensé regresando al ventanal. Asocié el suceso del teléfono con la escena del pájaro (aves y reptiles) y el nudo de angustia creció. Algo estaba sucediendo o estaba a punto de suceder.

Telefoneé al colegio de mis hijos, pero me dijeron que se encontraban bien. Después llamé a casa de mi hermano y estuve charlando un rato con mi cuñada; me dijo que estaban todos bien.

—¿Y por tu barrio hace este viento? —le pregunté.

—¿Viento? —dijo extrañada—. Hace un día espléndido.

Cuando colgué el teléfono, estaba más intranquila que antes de llamar. Regresé a la ventana. Los toldos de las terrazas se movían con desesperación, como si quisieran huir, y las plantas de las jardineras se aplastaban contra la tierra, como agachándose para evitar alguna cosa. Oí golpear una ventana al fondo del pasillo, pero no me atreví a moverme porque de mi quietud dependía el equilibrio del mundo, que parecía a punto de descomponerse.

Al poco conseguí tranquilizarme, y sin perder de vista los edificios del exterior, pues si dejaba de mirarlos podrían derrumbarse, me fui acercando al teléfono y llamé a la oficina de mi marido. Su secretaria me dijo que había tenido que salir.

—¿Adónde? —pregunté.

Noté un silencio lleno de grumos y el tamaño de la bola se hizo insoportable.

—Tenía una reunión fuera de la casa —respondió al fin.

—¿Hace viento ahí?

—¿Viento? No, hace un día estupendo.

Regresé al ventanal, miré a la calle y vi a mi marido. Llevaba una gabardina que no le había comprado yo y un sombrero como los que usaba mi padre cuando era joven. A su lado iba una mujer alta, bien vestida, y peinada como mi madre cuando se ponía aquel moño descentrado que le quedaba tan bien. Parecían un matrimonio y el aire no les afectaba o quizá había cesado, no sé.

La bola de angustia desapareció, pero me quedé extrañada. Telefoneé de nuevo a la oficina de

mi marido. Ya había llegado y le noté algo extraño en la voz:

—¿Eres tú? —pregunté.

—Sí, qué pasa.

—Se ha levantado un viento enorme —dije—; todavía no he podido ventilar la casa y he visto un pájaro que casi se estrella contra la pared. Luego han llamado por teléfono preguntando por una clínica veterinaria. He telefoneado al colegio y los chicos están bien...

Cuando colgué, me sentí mal por haber contado tantas cosas en tan poco tiempo. Me asomé al ventanal y volví a ver a mi marido y a la otra. Estuve por bajar y abordarle, pero no me atreví porque sabía que era y no era él al mismo tiempo, del mismo modo que yo soy una y otra a la vez o que el viento se lleva y no se lleva las hojas espantadas. Decidí que no limpiaría los cristales y eso, por alguna razón, me ayudó a llorar.

Ella agonizaba en la cocina

El último año había ganado bastante dinero, de manera que alquiló una casa cerca del mar para pasar las vacaciones. Era una casa grande, de dos pisos, con una huerta en la parte trasera donde podrían preparar meriendas y contemplar la puesta de sol. Su mujer y sus dos hijos saltaron de alegría al contemplar la vieja mansión y él se sintió orgulloso de sí mismo; la vida era dura, pero tenía momentos en los que la felicidad llegaba a rozarse con la punta de los dedos. Mientras los niños corrían por las habitaciones a la búsqueda de lugares secretos, escaleras invisibles y espacios misteriosos, él y su mujer descargaron el coche y lo ordenaron todo con amor y eficacia. Cuando terminaron, se había hecho de noche, así que comieron unos bocadillos que la madre había preparado antes de salir de la ciudad, se metieron en la cama y se durmieron enseguida fatigados por el largo viaje.

Al día siguiente se despertaron tarde y hacía un día espléndido. Los árboles de la huerta mecían sus ramas, impulsadas por una suave brisa, y los pájaros picoteaban sus frutas ajenos a los movimientos de la familia recién instalada.

Prepararon las toallas, la barquita hinchable y las cremas y bajaron en el coche a la playa. El padre y la madre se tumbaron al sol mientras los niños jugaban en la orilla. Ella sacó una novela de la bolsa y se puso a leer; él permaneció recostado observando a sus hijos a lo lejos y disfrutando de la armonía encerrada en aquel triángulo formado por el sol, el mar y los niños. Sin embargo, en el interior de aquel triángulo imaginario apareció enseguida un ojo de mirada severa y él sonrió recordando la vieja figura geométrica en la que cuando era niño se le aparecía Dios. Una ola volcó la barquita hinchable de sus hijos y los revolcó hasta la arena, donde consiguieron levantarse entre risas y juegos que habían empezado a compartir con otros niños. Entonces imaginó la posibilidad de que sus hijos fueran arrastrados al interior por alguna rareza del mar y sintió un punto de angustia en el pecho. Observó que en aquella playa remota no había ningún equipo de salvamento y él apenas podría nadar hasta el lugar donde se debatían sus brazos buscando un asidero improbable. Pensó que, si llegara a suceder una desgracia así, pediría ayuda a otros bañistas para organizar el rescate e inmediatamente se puso a seleccionar, entre los hombres cercanos a él, a aquellos que parecían ser más deportistas. Vio a dos o tres cuyo aspecto le pareció adecuado y eso le tranquilizó un poco. De todos modos, se levantó, paseó hasta la orilla y recomendó prudencia a sus hijos.

—La marea —les explicó— está subiendo, así que si os quedáis en el mismo sitio, puede llegar a cubriros el agua.

Cuando regresaba junto a su mujer, le acometió la duda de si había dejado el coche abierto, de

manera que subió al aparcamiento y comprobó que las puertas estaban cerradas, pero advirtió que su mujer había dejado un poco abierta la ventanilla de su lado. Subió el cristal y regresó a su toalla.

—Te has dejado la ventanilla del coche abierta —dijo.

—Apenas un dedo —respondió ella—, es para que pase un poco de aire; luego, si no, está muy caliente.

—¿Y si pasa un gracioso y tira una colilla encendida dentro?

Ella emitió un sonido que podía interpretarse en cualquier dirección, cerró la novela y comenzó a darse crema por los hombros. Él buscó con la mirada a sus hijos y sufrió un intenso ataque de angustia hasta que logró reconocerlos entre los otros niños que jugaban en la orilla.

—¿Desenchufaste el televisor? —preguntó a su mujer sin dejar de observar a sus hijos.

—Tú mismo desconectaste el interruptor general antes de salir —respondió ella.

—Sí, pero cuando se deja una casa por un mes conviene desenchufar todos los aparatos. Nunca se sabe lo que puede pasar.

—Lo desenchufé, no te preocupes —dijo ella.

A él le apeteció encender un cigarro, pero no lo hizo pensando que quizá este pequeño sacrificio evitara alguna catástrofe imprevisible durante las vacaciones. En cambio, buscó un pedazo de madera y lo tocó tres veces con los dedos cruzados y los ojos abiertos en la dirección de sus hijos.

Por la tarde fueron al pueblo y él compró en el mercado una langosta enorme para celebrar el comienzo de las vacaciones. La langosta estaba viva y los niños jugaron a meterle palitos entre las pinzas bajo la mirada preocupada del padre, que imaginaba al animal triturándole la mano a uno de sus hijos. Cuando llegaron a casa, buscó unas cuerdas, ató las poderosas pinzas del crustáceo y lo depositó en la pila de la cocina.

—Mañana te comeremos —dijo intentando parecer jovial, pero dominado por un movimiento de aprensión que había empezado a producirle la langosta.

Esa noche se despertó a las tres de la madrugada y percibió un ruido apagado, pero rítmico, que agujereaba el enorme silencio del campo y que parecía proceder del piso inferior. Se puso las zapatillas y descendió con cuidado produciendo en los peldaños de madera un gemido que impedía escuchar el misterioso ruido cuyo origen buscaba.

Fue directamente a la cocina y advirtió que el ruido procedía de la pila donde agonizaba la langosta. En efecto, el animal abría y cerraba dos especies de palas que debían constituir su boca produciendo un toc, toc, que las condiciones acústicas de aquella casa se encargaban de amplificar. Su aprensión por el animal creció al contemplarlo, más que como un alimento de lujo, como un ser que se debatía entre la vida y la muerte separado de su medio natural. El crustáceo movió los ojos y él imaginó lo terrible que debía de ser agonizar encerrado dentro de aquel duro caparazón. «Tal vez ahora está gritando —pensó— pero grita en una frecuencia que yo no puedo recibir.» Entonces advirtió que una de las cuerdas se había soltado y que el animal tenía libre la

pinza derecha. «Quizá sea zurda», se dijo para atenuar el desconsuelo que comenzaba a invadirle. Luego razonó que la langosta no podría salirse de la pila y, aun en el caso de que lo consiguiera, no podría subir las escaleras ni alcanzar ninguno de los dormitorios. De todos modos, buscó en el baño una goma elástica y dándole varias vueltas consiguió inmovilizar de nuevo la poderosa pinza. «No podré soportar toda la noche este toc agónico», pensó. Pero ignoraba cómo se daba muerte a una langosta. Entonces cogió un cazo y golpeó al animal en la cabeza teniendo cuidado de no quebrar el caparazón; el bicho continuó muriendo al mismo ritmo inexpresivo y lento que antes. Pensó que quizá clavándole una aguja en el punto de intersección existente entre la cabeza y la cola conseguiría tocar algún punto vital. No había agujas, pero encontró un punzón que, no sin esfuerzo, logró introducir con asco y miedo en lo que él consideró que era la cerviz del animal. Sin embargo, y dada la falta de expresión de aquel rostro oscuro y húmedo, no logró averiguar la cantidad de daño que había producido. La boca seguía moviéndose al mismo ritmo expulsando una especie de espuma mortal que le produjo asco.

Finalmente, desesperado, amordazó al animal con un pañuelo, le ató al cuello una cuerda, cuyo extremo libre anudó al grifo, y se fue a dormir lleno de angustia.

Al día siguiente fueron a la playa, donde no pereció ninguno de sus hijos ni resultó incendiado el coche, pese a una nueva imprudencia de su mujer; luego prepararon la langosta que, según su familia, estaba exquisita. Él no la probó, alegando un malestar de estómago, en parte porque no le apetecía, pero en parte también porque esperaba obtener de ese pequeño sacrificio una tregua con la realidad durante aquel mes de agosto. «Las vacaciones —se dijo— son para descansar.»

Ella había perdido la cintura

Cuando murió mamá, propuse a mi hermano que se viniera a vivir conmigo. Los dos éramos solteros, pero a mí —quizá por ser mujer— me tocó vivir con nuestra madre y cuidarla en sus últimos días; el pobre papá había muerto tres años antes. Mi hermano se portó bastante mal en esos tiempos difíciles y sólo espero que haya podido perdonárselo.

—No funcionará —me dijo él—, somos ya muy mayores y cada uno tiene sus manías, sus hábitos.

—La casa es grande —respondí—, podemos llevar vidas independientes. Sólo espero morirme antes que tú para ver si eres capaz de hacer por mí lo que no hiciste por mamá.

—Discutiremos todo el tiempo.

—Prefiero discutir contigo a discutir con las cucarachas. No seas terco.

Finalmente, le convenció el argumento económico de que alquilando su casa y vendiendo cuatro cosas de nuestra herencia podríamos vivir sin trabajar. Se trasladó un sábado y el domingo ya estaba instalado como si no hubieran pasado más de veinte años desde que abandonara aquella casa familiar para vivir su vida. «Dios mío —pensé— qué cercano le es todo.»

Efectivamente, tomó posesión del sillón de papá con una naturalidad en la que había algo de afrenta, y se movía por la casa con gesto de conquistador insatisfecho.

En los últimos tiempos no nos habíamos tratado demasiado, de manera que gasté los primeros días de nuestra convivencia en observar los cambios operados en el carácter de quien —como decía mi madre— había sido el hombre de la familia, pero también mi compañero de juegos, mi novio ficticio, mi apoyo en tantos momentos dolorosos de la adolescencia y la juventud. En realidad, los primeros días tuve la impresión de haber metido a un extraño en mi casa, pero de aquel extraño empezó a nacer enseguida un ser tan antiguo y familiar como la cómoda, la máquina de coser o el espejo del pasillo. Su carácter seguía siendo taciturno y malevolente, pero estos rasgos estaban suavizados ahora por una inteligencia que tendía al humor más que a la desesperación. Era dos años más joven que yo, pero aparentaba haber entrado ya en la cincuentena. No se produjo ninguna diferencia insalvable entre nosotros durante aquellos días en los que también él me observaba con curiosidad y con miedo. Pero yo creo que él estaba más preocupado por contabilizar mis arrugas que por investigar los cambios que el tiempo había producido en mi forma de ser: así son los hombres. La verdad es que sus miradas furtivas a una u otra parte de mi cuerpo acabaron por ponerme nerviosa y se lo dije.

—No te cuidas —me respondió—, tenías una cintura estupenda y un pelo brillante.

—Yo todavía tengo pelo —respondí con rencor—, a ti no te queda ni una cosa ni otra.

Nos quedamos un rato callados, viendo la vieja televisión en blanco y negro que no hace más que rayas, y al final él añadió:

—No lo he dicho por molestarte, es que me da rabia ir perdiendo las cosas así, una a una: primero el pelo, luego la cintura, después los padres... Yo creo que me fui de casa tan pronto para ver si era posible perderlo todo de un golpe. Pero no, no es posible, la vida es un despojo lento y doloroso.

Aquello me conmovió tanto que me puse a adelgazar y a cuidarme y yo creo que en un mes había perdido ese aspecto polvoriento que tenemos las solteras.

Mi hermano, por su parte, abandonó aquella postura de ocupador de los primeros días y adoptó una actitud más reflexiva, como si intentara plegarse a la memoria del territorio previamente allanado. Cada vez que tocaba una copa o que abría un armario, se paralizaba unos segundos, como a la espera de un mensaje que tendría que proceder del interior de los objetos. Luego se sentaba en el sillón con un coñac en la mano derecha y un cigarro en la izquierda y se pasaba horas mirando el viejo aparador del salón. A mí, a veces, me recordaba a papá.

Un día después de cenar, tras encender la tele, le pregunté que en qué pensaba por las tardes.

—Estoy haciendo un viaje —me dijo.

Como no añadió nada más, yo hice un gesto de enfado y entonces él me miró de un modo muy significativo y me explicó que desde su punto de vista la vida era una aventura moral llena de sorpresas.

—Ya ves —añadió—, tú y yo hemos acabado viviendo juntos, como papá y mamá. Si te fijas, todo lo que hacemos en la vida tiene algo de raro, algo de aventura peligrosa.

Yo no sé por qué, pero lo que estaba diciendo no me gustaba nada; quiero decir que me fascinaba y me turbaba al mismo tiempo, como si hubiera en ello algo sucio o inconfesable.

—Hay muchos hermanos solteros que viven juntos —me defendí.

—Claro, mujer, si lo raro es que sea tan común —respondió él en tono conciliador.

—Bueno, y qué viaje es ése.

—Se trata de un recorrido a contracorriente por el cauce de la memoria. ¿Sabes para qué sirve la memoria?

—Para recordar cosas.

—Para olvidar las cosas más bien, mujer, para olvidar las cosas que no se deben recordar.

Entonces me explicó que la memoria es una especie de cárcel en la que no se ve más allá de los muros que la cercan y que él estaba haciendo un túnel en el patio trasero de esa cárcel para salir a otros paisajes que también pertenecían al recuerdo, pero por los que estaba prohibido transitar a causa de los hábitos sociales. Me dijo también que en esos túneles por los que escapaba cada tarde estaba viendo cosas que los dos ignorábamos. Entendí por su modo de mirarme y de hablar que esas cosas también me concernían, pero no quise preguntarle nada más porque aquella conversación me estaba poniendo mal cuerpo. Esa noche me fui a la cama inquieta y tardé mucho tiempo en coger el sueño.

Durante los días siguientes vigilé la expresión de mi hermano y advertí que se estaban produciendo progresos en su búsqueda. A veces me preguntaba cosas que tenían que ver con sucesos muy antiguos y yo le respondía con un raro sentimiento de culpa; tenía la impresión de estar ayudándole a completar un rompecabezas prohibido en el que aparecerían aspectos de su vida y la mía que quizá deberíamos haber olvidado para siempre.

En ésas estábamos cuando llegó el día de su cumpleaños. Yo le regalé tres mudas de ropa interior, porque las que tenía estaban ya muy anticuadas, y él me invitó a cenar en un restaurante caro. Y allí pasó algo definitivo, porque el camarero nos tomó por un matrimonio. Aunque nos limitamos a sonreír, en los días que siguieron a esta cena comenzamos a salir con más frecuencia y comprobamos que en todas partes nos tomaban por un matrimonio. Entonces vendimos el piso de mamá y nos vinimos a vivir a este barrio donde nadie nos conoce y donde todo el mundo se cree que somos marido y mujer.

El caso es que no sé muy bien adónde puede conducir todo esto, pero lo cierto es que me gusta y que los dos somos felices con esta situación que quizá ha acabado por completar el rompecabezas de una memoria que por fin es nuestra y de la que ya no pensamos desprendernos.

Ella no se fijaba

Él se levantó aturdido y llegó a la oficina tarde y sin afeitarse. Supo enseguida que tenía frente a sí una jornada difícil, de la que podría salir dañado si no era capaz de articular algún sistema que le defendiera de sus propios pensamientos. Pero no tenía ganas de articular ningún sistema. La lectura del periódico, lejos de conectarle con la realidad inmediata, le separó del mundo, de las leyes, de las ambiciones, del amor... Todo era ajeno, excepto la sensación de estar sumergido en un mar oscuro y frío en el que, con los ojos abiertos, buscaba un resto de su propia existencia, o de su propia historia, en el que reconocerse y perecer.

Por la tarde pensó en ella y decidió hacerle un regalo, pero no encontró en las tiendas nada que no le devolviera esa sensación de decorado que tenía la vida. Finalmente entró en un establecimiento de disfraces y se compró un bigote postizo y unas gafas. Luego, en los lavabos de un bar, se colocó el bigote —guardando las gafas para otra ocasión— y salió a la calle con la sensación de ser otro. Cuando llegó a casa, tocó el timbre y escuchó el taconeo de ella por el pasillo. Estaba excitado por la sorpresa que habría de producir su nuevo rostro. Ella le abrió la puerta e intercambió con él un beso rutinario, pero no pareció reparar en el bigote. Hicieron la cena juntos, comentando sin pasión las incidencias de la jornada, y a eso de las diez y media se sentaron a ver la televisión sin que ella hubiera hecho ningún comentario sobre el aspecto de su rostro. En el primer descanso del programa, él abordó la cuestión:

—¿No me notas nada? —dijo.

—No sé, tienes cara de cansado —respondió ella.

—El bigote —insistió él—, ¿no te has dado cuenta de que llevo bigote?

Ella lo observó con una sonrisa artificial y dijo:

—Es verdad, ya decía yo que te notaba algo extraño.

Al día siguiente él se quitó el bigote, que se había desplazado de lugar durante la noche, y se puso las gafas. Mientras desayunaban, intentó inútilmente que ella reparara en este nuevo cambio, pero no sucedió nada. En la segunda tostada no pudo contenerse. Dijo:

—¿No me notas nada raro?

Ella lo observó con una expresión que delataba algún grado de sufrimiento. Después, como liberada de un peso excesivo, dijo:

—Ya lo sé, el bigote. Te has afeitado el bigote.

Él no dijo nada. Apuró el café y miró a través de la ventana el día recién amanecido. El invierno asomaba su rostro por encima de los árboles y la casa estaba fría, como su pensamiento. Le acometió una sensación de inutilidad que habría de acompañarle toda la jornada. Ella encendió

la radio que había sobre la nevera y se sentó a fumar el primer cigarrillo. Parecía encontrarse bien.

—¿No te has fijado en mis gafas? —dijo él.

—Perdona —respondió ella intentando ser amable—, no me había dado cuenta de que te las has cambiado.

—Nunca he llevado gafas —murmuró él sombríamente. Luego se levantó, acabó de arreglarse y se marchó.

Cuando llegó al portal, advirtió que el día estaba nublado, de manera que regresó a por el paraguas. Ella estaba hablando por teléfono y no le prestó mucha atención. Se despidieron con un leve gesto. Ya en el ascensor, le asaltó la idea de que ella no hablaba con nadie, pero no encontró justificación a este pensamiento. Al llegar a la oficina, telefoneó a casa, pero estaba comunicando. Esperó media hora y lo volvió a intentar.

—Diga —respondió ella con voz neutra.

—Hola, soy yo. ¿Con quién hablabas por teléfono?

—Te estaba llamando a ti —dijo, y él supo que mentía—, pero también comunicabas.

—¿Querías algo?

—No sé, ahora no me acuerdo.

—Ya —dijo él.

El silencio fluyó de uno a otro lado produciendo un aliento frío que le rozó el cuello. Había empezado a llover y el día iba a ser definitivamente oscuro. La oficina tenía todas las luces encendidas. Él pensó en los días de sol, en el mar. Dijo:

—Ha empezado a llover.

—Creo que sí —respondió ella—, lo han dicho en la radio.

—No tenías más que mirar por la ventana.

—No me gustan las ventanas —concluyó ella con un tono de urgencia en la voz—. Y ahora perdona, pero tengo cosas que hacer; no vengas muy tarde.

Él colgó y se puso a revolver papeles mientras se reafirmaba en la idea de que la vida era inútil, pero rara, y de súbito pensó que tal vez ella se hubiera quedado ciega y no le hubiera dicho nada a él para no hacerle sufrir. La idea era absurda, pero se entretuvo un buen rato con ella dándole varias vueltas y contemplándola desde diferentes lugares. Imaginó la vida de una pareja en la que los dos se quedan ciegos a la vez, ocultándose mutuamente para no hacer sufrir al otro. Durante el almuerzo les contó la historia a unos compañeros para ver si tenía gracia, pero no vio que nadie se riera. Decidió que no tenía gracia y eso le preocupó un poco, pues —desde su experiencia— las cosas sin gracia eran las más dadas a suceder. A las cinco, cuando salió de la oficina, aún no había parado de llover. Abrió el paraguas y se dirigió al autobús cojeando del pie derecho. Le cedieron un asiento, pero ya no pudo dejar de cojear porque ello, inexplicablemente, le proporcionaba un notable alivio tanto en el plano físico como en el intelectual. Sin embargo, su pensamiento seguía estando frío y duro como el mármol.

Ella le abrió la puerta y él entró cojeando a lo largo del pasillo.

—¿No me notas nada? —preguntó al cabo de un rato.

Ella observó detenidamente, como temerosa de no acertar, y al fin dijo:

—Te has quitado las gafas.

Él cojeó ostensiblemente alrededor de la mesa al tiempo que gritaba:

—Estoy cojo, estoy cojo, estoy cojo...

—Ya lo veo, ya lo veo, no te pongas así. Por favor.

—Es que no te fijas en nada —dijo él—. Mira, yo no soy cojo ni tengo bigote, ni uso gafas...

Ella lo observó con un gesto de miedo, como si tras esas confesiones menores se fuera a producir el reconocimiento de un suceso excesivo. Entonces él se sentó, tomó aliento y dijo:

—Y, además de todo eso, no soy tu marido y tú lo sabes.

Entonces ella sonrió con franqueza, encendió un cigarro y dijo con gesto de paciencia:

—Siempre estás con tus bromas.

Anochece y la lluvia golpeaba sin ritmo los cristales. En la radio sonaba una canción antigua.

Ella estaba muerta

Ella salió del ascensor, abrió la puerta de su casa y escuchó voces en la salita. Como vivía sola, le extrañó pero no llegó a inquietarse. Avanzó por el pasillo y entró en el cuarto de baño para lavarse las manos. Cuando tocó la toalla sintió que estaba húmeda, como si alguien acabara de secarse las manos. La puerta de la salita estaba cerrada, pero las voces llegaban con alguna claridad. Hablaban dos hombres.

—Me pregunto —decía uno de ellos— si todo este cúmulo de casualidades ha cambiado nuestra vida o, por el contrario, ha reforzado su destino.

—¿Qué quieres decir? —preguntaba el otro.

—Que si esto que nos pasa es porque nos tenía que pasar o porque ha sucedido algo capaz de torcer nuestra existencia.

—Y qué más da.

—La curiosidad.

Permanecieron en silencio unos instantes. Ella desplazó el peso del cuerpo al pie izquierdo y esperó. Al poco volvió a hablar el de la voz aguda. Dijo:

—Yo creí que le podíamos poner remedio a todo esto, que habría bastado tener una conversación con ella. Quizá no supimos apoyarla, darle valor...

—Las tardes son muy largas; ella les tenía mucho miedo a las tardes.

—A las tardes y al verano.

—Al verano también, sí.

—No podía dejar de sufrir como otros no pueden dejar de beber.

—O de fumar.

—O de fumar, sí.

—De todos modos fingía mucho.

—No tanto, ya lo ves.

Las voces eran familiares, pero no hizo el esfuerzo de buscarles un rostro. Debían de ser las cinco o las cinco y media de la tarde. Pensó que desde algún punto de vista la situación podría resultar inquietante, pero al mismo tiempo advirtió que ella ya había perdido ese punto de vista, de manera que, lejos de asustarle, aquel extraño aspecto de la realidad le despertaba un deseo de saber que no traía aparejado ningún tipo de sufrimiento. Observaba con la frialdad de un insecto, con una mirada libre de opinión o juicio estimativo. Decidió abrir la puerta. Dos hombres — sentados frente a frente, separados por la mesa camilla— tomaban vino e intercambiaban miradas

de desolación o de consuelo. No llegaron a reparar en su presencia. El de la voz aguda era el más alto; dijo:

—Parece que ha entrado un poco de frío.

—La puerta está cerrada.

—Las casas antiguas...

Ella contempló los rostros y reconoció a sus hermanos, pero fue un reconocimiento desprovisto de afecto; el trámite de una memoria que ha dejado de amar lo que recuerda. Miró la botella de vino, pero no sintió la necesidad de ponerse un vaso.

—Le dije cien veces a papá, que en paz descansa, que se llevara esa pistola de casa. Luego me olvidé de ella.

—Lucía, no.

—No tenemos ninguna culpa.

—Pero nos sobran omisiones. Menos mal que mamá no vive.

Entendió que hablaban de ella como si estuviera muerta. El caso es que se encontraba muy bien, mejor que nunca.

Salió al pasillo y se dirigió a su cuarto. La puerta estaba abierta y en el centro de la habitación había una especie de catafalco donde reposaba su cuerpo. Habían desarmado la cama, ocultando su esqueleto bajo una colcha, en un rincón del enorme dormitorio. Dos velas eléctricas iluminaban parcialmente su rostro. Estaba más bella, o menos desagradable, que en vida; unas manos expertas habían borrado el rictus de amargura de sus labios y habían tapado caritativamente, con una especie de turbante, el agujero de la sien derecha. Comprobó que se podía contemplar desde diferentes lugares de la habitación con sólo desearlo. Se situó en el techo y estuvo observándose un rato desde allí. Luego regresó despacio, como en vida, a la salita. Sus hermanos seguían dándole vueltas al tema del destino, y la culpa, aunque con menor ardor, si cabe, que antes.

—Todo pasa porque tiene que pasar —concluyó el de la voz grave.

—Si hubiéramos vivido aquí, los tres juntos, ¿te imaginas?

—Como de pequeños.

—Fue un error casarse y dejarla sola.

Ella paseó por la salita y miró uno a uno todos sus objetos de soltera; de súbito habían adquirido un valor nuevo, un relieve especial que multiplicaba su capacidad protectora. Se situó en el sillón desde el que solía ver la televisión y comprobó que podía reproducir imaginariamente cualquier situación física, pese a carecer de cuerpo. Recostada en el sillón, se abandonó al vacío interior. Desde allí, las figuras de sus hermanos parecían estar rodeadas de un halo mortuario, como el eco agónico de una imagen que ha dejado de durar, pero que permanece muerta en la memoria visual.

—Reconozco —decía uno de los hermanos— que yo fui el que rompió el pacto al casarme el primero. Pero hay una época de la vida, la que precede a esta en la que hemos venido a caer, en la que uno se cree distinto, como si pudiera hacer cosas por sí mismo, y cosas diferentes además. En

mi caso, lo diferente habría sido quedarse aquí, porque he hecho lo que todo el mundo, aunque creyendo que lo hacía de un modo original. Qué curioso.

—Lo entiendo porque a mí me ocurrió lo mismo. Al final, siempre vuelves al principio, porque ahí está todo. Y si no está ahí, no está en ningún sitio.

El tono de la conversación de sus hermanos le agradaba. Era un tono suave, respetuoso, algo triste, pero tenía el calor y la intimidad de las pequeñas reuniones familiares. Abandonó el sillón y fue a sentarse junto a ellos para participar, aunque pasivamente, en la conversación. La cesta de la labor estaba a su lado, de manera que cogió las agujas de punto y se puso a tejer, meciéndose con la suavidad y la sabiduría de la lana que iba dando forma al tejido. Pensó, con una sonrisa, que ni siquiera se le había ocurrido salir de los muros de su casa, ahora que podía viajar a todas partes. Pero se encontraba tan a gusto que decidió pasar su muerte en aquel piso. «No tendré que ir al mercado», se dijo.

Al poco tiempo escuchó un ruido en la cocina y fue a ver qué ocurría, pero no observó nada extraño. Cuando regresó a la salita, los dos hombres habían desaparecido. Estaba anocheciendo, de manera que encendió la luz. Se dirigió al dormitorio y observó que el catafalco había desaparecido también. La cama, como siempre, estaba en su sitio.

«No estoy muerta», se dijo. Efectivamente, enseguida comprobó que tenía cuerpo y que le ardía el estómago.

Esa noche, mientras se metía en la cama, pensó que, a pesar de todo, el día había resultado muy agradable y que en el futuro, de no haber otra cosa más importante que hacer, se mataría todas las tardes para que sus hermanos le hicieran un poco de compañía.

Ella acaba con ella

Ella tenía cincuenta años cuando heredó el antiguo piso de sus padres, situado en el casco antiguo de la ciudad y donde había vivido hasta que decidiera independizarse, hacía ya veinte años. Al principio pensó alquilarlo o venderlo, pero después empezó a considerar la idea de trasladarse a aquel lugar querido y detestado a la vez. Le parecía que aquella decisión podría reconciliarla consigo misma, y con su historia, y de ese modo sería capaz de afrontar la madurez sin grandes desacuerdos, contemplando la vida con naturalidad, sin fe, pero también sin esa vaga sensación de fracaso bajo cuyo peso había vivido desde que abandonara la casa familiar. Coqueteó con la idea durante algún tiempo, pero no tomó ninguna decisión hasta encontrar argumentos de orden práctico bajo los que encubrir la dimensión sentimental de aquella medida.

El piso tenía un gran salón, de donde nacía un estrecho pasillo a lo largo del cual se repartían las habitaciones. Al fondo había un cuarto sin ventanas, concebido como trastero, en donde ella —de joven— se había refugiado con frecuencia para leer o escuchar música. Se trataba de un lugar secreto, aislado, y comunicado con el exterior a través tan sólo de la pequeña puerta que le servía de acceso. Decidió que rehabilitaría aquel lugar para las mismas funciones que cumplió en su juventud, y tiró todo lo que sus padres habían ido almacenando allí en los últimos años. Después colocó en puntos estratégicos dos lámparas que compensaran la ausencia de luz natural, e instaló su escritorio de estudiante y el moderno equipo de música, recién comprado. Un sillón pequeño, pero cómodo, y algunos objetos que resumían su historia completaron la sobria decoración de aquel espacio.

Se dedicó después a limpiar el salón, sustituyendo los antiguos muebles de sus padres por objetos de línea más simple que eliminaran aquella sensación de ahogo. Tuvo problemas con algunos espejos, pues por un lado le gustaban, pero, por otro, le producían una sensación inquietante aquellas superficies azogadas, en las que el tiempo parecía haber ido dejando un depósito que sugería la existencia de una forma de vida en el lado del reflejo. Finalmente decidió venderlos.

Clausuró después tres habitaciones —la de sus padres entre ellas—, en las que era muy improbable que necesitara entrar, y arregló la cocina, en donde parecía persistir también alguna tenue forma de vida que quizá se había creado a lo largo de los años con los gestos y los pasos y la mirada de su madre sobre aquellos dominios alicatados hasta el techo.

Cuando terminó las reformas que había proyectado, se sentó en el salón y se sintió vacía y ajena a todo aquello. Había violado un espacio que ya no era suyo para sentirlo propio, y ahora tenía la impresión de que nunca llegaría a acostumbrarse del todo a aquella casa cuyas puertas

parecían abrirse a otra persona y cuyas paredes —especialmente las del cuarto de baño y las de la cocina— exudaban una ligera humedad que sugería algún tipo de actividad orgánica en el interior de los muros.

En cualquier caso, decidió combatir la aversión con disciplina y, así, procuraba cocinar todos los días para que la casa se fuera impregnando de sus propios olores. Salía poco, pues no ignoraba que aquellos espacios rechazarían su amistad si no se sentían habitados de forma permanente.

Una vez que hubo dominado el salón y la cocina, comenzó a recorrer con método el pasillo, que era una de las zonas más irreductibles de la vivienda. Y el pasillo la condujo al cuarto sin ventanas que había habilitado para obtener mayores dosis de soledad o refugio que en el resto de la casa. Se retiraba a esta habitación a eso de media tarde, cuando la luz dudaba entre persistir o acabarse, y ponía su música preferida al tiempo que leía un libro o se perdía en ensoñaciones que la trasladaban sin orden ni diseño a una u otra época de su vida. Aquel cuarto, al que se accedía a través de una pequeña puerta situada al fondo del pasillo, acabó por convertirse en una burbuja en cuyo interior podía viajar a salvo de las asechanzas de la vida.

Así, pasaron algunos meses y la obsesión por el cuarto sin ventanas continuó creciendo a expensas de la zona más débil de ella, al tiempo que disminuía su interés por lo exterior. Y si bien es cierto que su carácter práctico y su educación la libraron de caer en el abandono de todo cuanto no guardara relación con aquel cuarto, también es verdad que el agujero aquel reclamaba su presencia de un modo cada vez más apremiante. Le bastaba colocarse en la cabecera del pasillo para sentir que una fuerza invisible, pero cierta, tiraba de ella como un centro magnético conduciéndola dócilmente por el corredor hacia su oscuro destino.

Se sentaba en el sillón y oía músicas antiguas y leía antiguos libros o miraba fotografías que iban poco a poco levantando su propia imagen, la imagen de una mujer dura, aunque frágil, cuya vida podría haber sido distinta a lo que fue. Y así, entre ensueño y ensueño —sabiamente guiada por la música y por los objetos de otro tiempo— nació en aquella habitación un reflejo de sí misma que al principio parecía amistoso, pero que al poco de formado comenzó a mostrar un lado hostil, independiente y acusador.

Intentó clausurar aquel espacio, vivir como si no existiera, pero apenas entraba en el pasillo sentía su poder de atracción y caminaba hacia él, hacia el encuentro consigo misma, como guiada por unos intereses ajenos, como si sus piernas, su mirada, su cuerpo fueran manejados desde un centro de operaciones exterior a ella. Cuando aceptó que se trataba de una lucha desigual, se dejó vencer, pero enseguida su carácter práctico le advirtió de que aquello conducía a la locura. Se vio a sí misma envejeciendo en aquel cuarto, manteniendo conversaciones interminables con lo que no pudo ser, haciéndose cargo de una vida paralela a la suya que vampirizaría todas sus energías, y el terror a esa imagen consiguió de nuevo levantarla del sillón y hacerla acudir a las zonas más templadas y luminosas de la vivienda.

Poco a poco, gracias de nuevo a sus antiguos reflejos disciplinarios, fue espaciando las visitas

a aquel agujero, que era como el núcleo de una conciencia cuyos dictados parecían concernirle, y perdió el antiguo hábito de acudir a él. Sin embargo, la otra —llena de ausencia— no paraba de gritar desde aquel cuarto sin ventanas, de manera que sus gritos traspasaban la pequeña puerta y galopaban —ciegos— por el pasillo en dirección al salón. Pensó que aquello era otra forma de locura y decidió entonces clausurar con ladrillos el hueco de la puerta para dejar emparedado allí todo lo antiguo junto al reflejo de ella, junto a la otra, que quería crecer a cualquier precio ignorando que sólo se crece hacia la muerte.

Consiguió la cantidad de ladrillos y cemento necesarios para la operación y se puso a trabajar un domingo por la tarde. En apenas tres horas consiguió levantar un sólido muro que pareció borrar la existencia del cuarto. Todavía con la paleta en la mano, un poco sudorosa, observó los contornos de su obra y repasó las pequeñas imperfecciones de los bordes. Después, agotada por el esfuerzo, se sentó y se quedó dormida.

Se despertó al poco, como sobresaltada por algo que estaba a punto de suceder, y el terror entró como una garra en su estómago porque advirtió que se encontraba en el lado del muro que se había propuesto clausurar. Para defenderse de aquella visión pensó que quizá seguía durmiendo o que tal vez ella era la otra, pero no le dio tiempo a averiguarlo porque un dolor desconocido por su intensidad le mordió el pecho, a la altura del corazón, y cayó muerta sobre el suelo, junto a aquel muro que debería haber dividido su existencia y que ahora separaba dos espacios asimétricos y sin significado.

ELLA IMAGINA (1994)

Ella imagina

[Ella sale con cautela de un armario e inspecciona el espacio en el que se encuentra hasta reconocerlo. Se trata de una habitación de hotel fantástica. Estamos en el interior de una fantasía y todo debe colaborar a conseguir ese efecto.]

Bueno, aquí está otra vez esta obsesión, pero parece una obsesión vacía porque no veo a Vicente en ella. Como no esté en el cuarto de baño... ¿Vicente? ¿Vicente? No hay nadie. Me quedaré un rato obsesionada, por si vuelve... Yo no sé por qué la gente tiene gatos pudiendo tener obsesiones. Las obsesiones hacen más compañía que los gatos, que desaparecen durante horas y luego, cuando se te ponen encima para que los acaricies, no sabe una dónde han estado ni de qué tienen manchadas las patas. Las obsesiones no pueden alejarse de los cuerpos porque viven de ellos, de su sangre. Y los cuerpos no pueden vivir sin esta tortura, aunque esto no sé por qué es. A veces parece más fácil dejar de fumar que dejar de sufrir. El caso es que la obsesión se acuesta a nuestro lado, se arregla el pelo al mismo tiempo que nosotras, nos acompaña a la cocina, al mercado, al dentista, al ginecólogo y al otorrinolaringólogo. Lo sé decir entero. Otorrinolaringólogo. Lamelibranquio. Puedo con todas, con todas las palabras. Anatomista, ventricular, saceliforme. Yo, si un día me despertara y se me hubieran ido las obsesiones, no me atrevería a salir fuera, aunque tampoco sabría qué hacer dentro. Dentro y fuera.

Por eso, en lugar de tener gatos, tengo obsesiones. Vicente Holgado consiguió despertar en mí la obsesión por las cosas que están dentro de algo: los huevos, por ejemplo, que están dentro de la cáscara, o las sardinas en conserva, que están en el interior de una lata. Yo creo que esta obsesión, aunque la despertara Vicente, me viene de mi padre. Si cierro los ojos y recuerdo el comedor familiar, enseguida estalla en mi boca el sabor del pescado que mi padre nos hacía tragar a la fuerza. Para papá el pescado tenía propiedades mágicas, de otro modo no podía entenderse la pasión con que lo comía y lo hacía comer a los demás. Como toda pasión, carecía de lógica, pero él, que rendía culto a los argumentos —como Descartes, que se creía que las cosas sucedían unas después de otras—, él, digo, solía repetir para justificarla que dentro del pescado había mucho fósforo y que el fósforo era bueno para el cerebro, o sea, para la cabeza; de ahí, pensaba yo para darle la razón, que las cerillas tuvieran la cabeza de fósforo. Otras veces, si estaba más teórico o acababa de leer alguna revista de divulgación científica, añadía que el pescado procedía del mar y que el mar era el caldo primordial, el lugar del que había brotado la vida, la gran cazuela de la que procedíamos todos. Pero esa idea de la cazuela, en lugar de reconciliarme con el pez que tenía delante, me hacía comerlo con más asco, pues lo del caldo primordial me sonaba a potaje, a guiso marrón en el que flotaban cosas que una no sabía lo que eran. Yo, si el fósforo era tan

necesario, habría preferido que me lo hubieran dado en pastillas, aunque mi hermano tenía un amigo que se llamaba Ferrero —la vida a veces hace estas gracias— que tenía problemas con la memoria y durante los exámenes le daban pastillas de esas de fósforo Ferrero que por lo visto también son afrodisíacas; el caso es que en lugar de aprobar se le levantaba la cosa más de lo corriente. Yo se la vi levantada un día, mientras se la enseñaba a escondidas a mi hermano, y me impresionó porque el extremo libre tenía el tamaño de la cabeza de un bebé, y como yo siempre he tenido una necesidad patológica de darle la razón a mi padre, deduje que efectivamente el fósforo era bueno para la cabeza, incluso para la cabeza de la polla. Qué barbaridad, en esta fantasía digo *polla* sin problemas.

Pero lo que más asco me daba de los peces era el soldadito de plomo, me acordaba del personaje del famoso cuento y era incapaz de comer, aunque tuviera hambre, porque imaginaba que iba a encontrar un militar con la pierna amputada dentro del pescado. A lo mejor no era porque le faltara una pierna, que también, sino porque venía de las alcantarillas, donde van los pelos de los que se quedan calvos mientras se duchan y todo lo demás. Así que el soldadito minusválido tendría el uniforme y la cabeza llenos de inmundicias que no podían darle buen sabor al pescado. Otra cosa que me pasaba con el soldadito es que me parecía un mutilado loco que lo que en realidad llevaba al hombro a modo de fusil era la pierna amputada. Si a ello añadimos su procedencia inmunda, se comprende que lo que más asco me diera de los peces fuera el soldadito. Además, en el cuento en el que yo lo leí, la bailarina tenía cara de viciosa. En fin.

El caso es que en esta situación de conflicto con mis vísceras, mi padre, que se creía que Descartes era belga, para arreglarlo, se ponía a hablar del caldo primordial asegurando que en los huesos de los peces escribían mensajes nuestros antepasados. Y también eso era verdad, como lo de las relaciones entre la cabeza y el fósforo: cuando había besugo, que en aquellos años, no sé por qué, era un plato de pobres, mi padre le sacaba de esta zona donde a mí me salían los ganglios una espina plana que si la mirábamos al trasluz se veía la Virgen de los Desamparados, de la que en casa éramos devotos. La cuestión es que a la posibilidad de encontrarme con un soldadito loco, amputado y sucio tenía que añadir también el terror supersticioso de morderle el cuello sin querer a una virgen. Por cierto, que mi madre tenía en su mesilla una virgen de plástico a la que le brillaba la cabeza en la oscuridad; se trataba, pues, de una virgen fosforescente y con ello volvía a demostrarse que el fósforo era bueno también para las cabezas de las vírgenes. Mi padre puede reposar tranquilo en su tumba: sigo dándole la razón siempre que puedo.

La cosa es que gracias a los peces, o quizá por su culpa, aprendí las nociones de dentro y fuera. De adolescente, me gustaba dirigir mi rostro al sol al tiempo que abría y cerraba los ojos. Cuando los cerraba, me parecía que estaba dentro y abrirlos era como salir afuera. Dentro y fuera. De pequeña me infundían temor, o asco, las cosas que tenían dentro y fuera. Los peces tenían las dos cosas, y también las vacas que veía abiertas en canal cuando iba con mi madre al mercado. Y los huevos y las latas de mejillones y los armarios de tres cuerpos... Los armarios de tres cuerpos, en fin... Visto desde la distancia, o desde la memoria, que quizá no sea lo mismo, creo que lo que me

preocupaba de las cosas que tenían dentro y fuera es que apareciera dentro algo distinto a lo que esperábamos los de fuera. Por eso, cuando hacíamos tortillas para cenar, sufría mucho; siempre pensaba que podría salir del huevo algo aún más repugnante que lo que suelen tener dentro de la cáscara. Y en cuanto a las latas de mejillones, yo sé que normalmente tienen mejillones, pero nadie puede garantizarlo, nadie puede asegurar que un día, en lugar de los mejillones, aparezca una inmundicia peor, del mismo modo que dentro de los peces puede surgir un soldadito sin pierna, o con la pierna al hombro y la cara y el pelo lleno de las porquerías de las alcantarillas. Por eso, cada vez que veía a mi madre dispuesta a romper un huevo para la tortilla se me ponía el corazón en la garganta hasta que veía salir lo que habitualmente sale de los huevos y no una de esas cosas que mi imaginación anticipaba. Los huevos, por cierto, tienen más dentro que fuera y mi padre se comía todo el dentro sin llegar a ver lo que era, practicando un agujerito en cada extremo y aspirando con fuerza por uno de ellos. Una vez se lo vi hacer también a Vicente, sólo que mi padre lo hacía los domingos por la mañana y el día que lo hizo Vicente era miércoles. Qué obsesión esta de la exactitud. Papá decía que los huevos eran las ostras de las granjas. Las ostras están compuestas de dentro y fuera —dentro y fuera— y, aunque con estos antecedentes no deberían gustarme, lo cierto es que me gustan, aunque se trata de un gusto que lleva incluido su porción de asco.

¿Y las cajas de zapatos? Ahí sí que cabe un mundo. Cuando era pequeña y me compraban zapatos, lo que de verdad me hacía ilusión era la caja. En ella guardaba mis tesoros, mis secretos. A veces les ponía un doble fondo para que tuvieran un compartimento secreto; otras veces les abría puertas y ventanas o hacía laberintos con tiras de cartón en su interior. Las cajas de zapatos sí que tienen dentro y fuera, casi tanto como los armarios de tres cuerpos. En el dormitorio de mis padres había uno de estos armarios que al abrirlos parecían tan oscuros como un pozo. Yo no sé adónde conducía el interior de este armario, pero desde luego no se acababa allí. A veces, tiraba piedras dentro y acercaba el oído, pero nunca las oía caer de profunda que era aquella tiniebla. Yo soñaba que dentro del armario vivía un príncipe que se llamaba como mi padre, que un día, al ir a colgar una falda, me arrastraría a la oscuridad en la que reinaba. Cuando estaba enferma me dejaban pasar el día en la cama de mis padres, delante del armario. Un día encontré dentro del cuerpo central una caja de zapatos donde mamá guardaba fotos antiguas de ella misma y de mi padre y de parientes de los que había oído hablar que se habían extraviado o muerto. Y mezcladas con las fotos había cartas de estos parientes, de los extraviados y los muertos, y así yo, entre enfermedad y enfermedad, me fui enterando de la historia de la familia, que cabía entera en una caja de zapatos, que a su vez se guardaba dentro de un armario de tres cuerpos. Aún hoy, cuando quiero que una cosa no se me olvide, imagino que abro una de aquellas cajas de zapatos de mi infancia y que meto en ella lo que quiero recordar haciéndole un hueco entre mis obsesiones. Luego, no tengo más que cerrar los ojos, imaginar que abro la caja y allí está el recuerdo, intacto. El recuerdo dentro y yo fuera. Dentro y fuera.

A veces pienso si esta obsesión por las cajas, o por todo lo que tiene dentro y fuera, que tanta

compañía, y quizá tanto daño me hace, es, como decía Vicente Holgado, una desviación de la curiosidad que tengo por mi propio cuerpo, que no me atrevo a manifestar directamente por pudor. De hecho, si tuviera que representar mi vida con algún objeto, lo haría con un conjunto de cajas: nos hacemos en un estuche orgánico, en una caja que llamamos *útero*; pasamos los primeros meses en cochecitos o cunas que parecen cajas sin tapadera; cuando empezamos a andar, nos encierran los pies en unas cajitas que llamamos *zapatos*; luego, lo que más nos gusta de ir al colegio es el plumier, otra caja, a veces de dos pisos, como uno que tenía la rica de mi clase, que se cerraba con una persianita como la de los burós; más tarde vienen las cajas de zapatos, en las que ya hemos visto que cabe un mundo; y después la caja grande, el armario, cuya oscuridad carece de fondo; más tarde, el coche, que es una caja móvil, otro estuche con el que vamos de acá para allá como la yema dentro de la cáscara del huevo... Y, en fin, la caja de ahorros y la de cerillas y la registradora y la fuerte y la tonta y la de reclutamiento: todas conducen a la última caja, el ataúd. O sea, que la vida es una sucesión de cajas que quizá, como decía Vicente Holgado, representan al propio cuerpo; es más, algunas partes del cuerpo son verdaderos estuches; de hecho, a esta zona la llaman los médicos *la caja craneal*, y a esta otra la torácica, también conocida como caja del cuerpo; y las encías son las cajas de las muelas; y aquí, en el oído interno, hay una oquedad que llaman *caja del tambor*. Además de eso, las mujeres tenemos el estuche del útero y el vaginal, que siempre que se llenan es para vaciarse.

[Se dirige al borde del proscenio, como si allá hubiera un balcón, y mira hacia el cielo tras encender un cigarro imaginario.]

Nada, ni una estrella. En esta fantasía hay cosas que domino y cosas que no. Puedo cambiar de sitio la lámpara, la mesilla de noche, incluso el armario, puedo hacer que haya champán sobre la mesa o una caja de bombones con una tarjeta del director, pero no consigo que sea de día, por ejemplo, o que el cielo esté estrellado. Tampoco sé en qué país imaginario está este hotel imaginario; cuando descuelgo el teléfono imaginario o pongo la televisión imaginaria, oigo un idioma imaginario que no entiendo. Quizá siempre es de noche porque se trata de un país obsesionado por la oscuridad, como los armarios. Pero a lo mejor es que, como se trata de una fantasía prestada, hay cosas que no puedo modificar porque su dueño, Vicente Holgado, no me lo permite. *[Ahora mira directamente hacia el público.]* ¿Y qué habrá ahí debajo? El hotel parece de lujo, sin embargo debe de estar en una calle muy mal iluminada. Qué raro. *[Mira el cigarro imaginario, lo apaga con irritación en cualquier sitio, y lo tira.]* No consigo dejar de fumar ni en las fantasías, así tengo el cutis. *[Vuelve a mirar en dirección al público, como si intentara distinguir qué hay allá abajo.]* A mí me gustaría imaginar un río, un río por el que pasaran grandes barcas con la cubierta llena de cajas de madera y muchos hombres moviéndose de aquí para allá con cuerdas, cubos y herramientas de todas clases. Pero por más que lo intento no consigo imaginar el rumor que producen los ríos ni el aire húmedo que se respira en sus cercanías... Oigo un rumor, sí, pero como de respiraciones lejanas y algo apagadas; ocasionalmente, también oigo alguna tos o algún carraspeo. Es algo un poco siniestro, y no es que

yo me esfuerce en imaginar cosas siniestras, sino que en esta fantasía del hotel hay aspectos que se me imponen, que están más allá de mi real gana.

[Mientras dice las últimas palabras, siempre sin dejar de mirar en dirección al público, sus ojos han ido acostumbrándose a la oscuridad y da la impresión de que empieza a distinguir, con creciente alarma, lo que hay allá abajo.]

Cabezas; Dios mío, parece un río de cabezas o un foso lleno de cabezas con los ojos abiertos, como los peces en el mercado. Un momento, cabezas con los ojos abiertos, mirándome... *[Regresa al borde del proscenio y mira atentamente en dirección al público.]* Cabezas que me miran respirando en esta dirección. ¡Pero si esto no es un hotel, es un teatro! *[Comienza a pasearse provocadoramente por el borde del escenario.]* Qué le voy a hacer, siempre me ha gustado que me miren, quizá por eso he imaginado aquí abajo un patio de butacas. Así, sin dejar de estar en el hotel de Vicente, estoy al mismo tiempo dentro de la caja de un escenario; ustedes están fuera. Dentro y fuera. Esto de imaginar que me miran es otra de mis obsesiones. Hasta cuando estoy en el cuarto de baño fantaseo que hay un ojo flotando por el aire, alrededor de mí. Aunque también me gusta mirar, no crean; de hecho, antes de venir a esta fantasía he estado en otra en la que espiaba los ruidos de una pareja desde el interior de un armario.

[En este momento se oye el pitido de una olla exprés o una cafetera, que procede del lado de la realidad. Ella pone cara de sorpresa al tiempo que exclama: «Dios, me he dejado una cosa en el fuego. Vuelvo enseguida». Se mete en el armario y desaparece. Al poco, el armario se abre con cautela y va apareciendo ella despacio. Debe transmitir la impresión de que no sabe adónde sale, de ahí sus movimientos cautelosos. Finalmente, al no observar ningún peligro, saca todo el cuerpo e inspecciona el nuevo lugar.]

Joder, qué pasillo tan largo. Anda, también digo *joder: polla y joder*. Pero esto no parece un dormitorio, no, esto debe de ser un salón. Cuando viajas a través de las oquedades de la vida, te das cuenta de que la gente pone armarios en los lugares más absurdos. Una vez aparecí en un armario que estaba en medio de un jardín. Hay gente que no soporta un afuera tan grande como un jardín y tiene que equilibrarlo con el dentro de un armario. Dentro y fuera. *[Inspecciona un poco más —quizá enciende la luz— y va haciendo movimientos más sueltos.]* Bueno, aquí no hay nadie o están dormidos. *[Se dirige al proscenio y escudriña en dirección al público.]* Ustedes siguen ahí: es la ventaja de los patios de butacas, que son compatibles con cualquier escenario. En eso se parecen a los armarios, los encuentras en cualquier sitio. Me he ausentado para poner un poco de orden en la cocina. Entro y salgo siempre por un armario porque ése es mi modo de ir de la realidad a la fantasía. También los utilizo para moverme entre varias fantasías diferentes. Me lo enseñó Vicente Holgado y es muy sencillo: te tumbas en cualquier parte, cierras los ojos, te relajas y comienzas a imaginar que te incorporas y que te metes en el armario de tu dormitorio. Como todos los armarios del mundo se comunican entre sí a través de pasadizos secretos, enseguida apareces en un armario de una casa de Bruselas, por poner un ejemplo. Al principio no apareces donde tú quieres porque para eso hace falta mucha práctica, por eso también es un poco

peligroso, pero con el tiempo vas pudiendo elegir los conductos que te llevan a un sitio o a otro. Yo estoy en la primera fase y no siempre aparezco donde quiero. Ahora mismo, por ejemplo, no tengo ni idea de dónde he podido ir a caer. Parece una casa así como de clase media europea. El sofá es horroroso, pero las mantelerías entre las que me he tenido que abrir paso en el armario parecían holandesas, o quizá belgas. A lo mejor resulta que estoy en Brujas o en Amberes. A Vicente Holgado le gustaba mucho Brujas, por el nombre. Y mi padre, ya digo, además de respetar mucho a los peces, adoraba Bélgica. Se creía que Descartes era belga, no sé por qué. *[Pone un gesto de duda y, finalmente, como si tomara una decisión, añade:]* Bueno, les voy a decir la verdad: no es la primera vez que vengo a este piso, que no es un piso belga, qué tontería; como no puedo parar de inventar historias, a veces hasta salen a relucir los belgas, que no me deben nada, los pobres, bastante tienen con lo suyo, que no sé lo que tienen, porque yo, la verdad, no sé lo que es de unos y de otros. Nunca he estado allí, en Bélgica, digo, pero mi padre admiraba mucho lo centroeuropeo —creía que Descartes era centroeuropeo— y a lo mejor es por eso por lo que coloco este piso en Bélgica, por mi padre, que aprendió francés para leer a Descartes, ya ven, le gustaban tanto los argumentos... Ahora que lo pienso, a mí también me gustan los argumentos, los de las novelas, lo que no deja de ser otro modo de darle la razón a mi padre. Lo que pasa es que este piso era el de mis padres, sí; en este salón es donde nos comíamos los pescados esos que amenazaban siempre con llevar dentro un militar inválido. Y ahí, en medio de esa mesa, se colocaban las soperas en las que bullía el caldo primordial. Qué asco. Y en este armario estaba la caja de zapatos donde hervía toda la historia familiar. *[Se acerca al armario y saca una caja de zapatos que muestra al público.]* Ahora no sé quién vive aquí, porque nosotros lo teníamos alquilado y además estoy hablando de cuando era pequeña. Desde que Vicente Holgado me enseñó a viajar a través de los armarios, he venido aquí cinco o seis veces, pero nunca me he atrevido a meterme por el pasillo. A veces he oído toses y maullidos como si viviera alguien que fuma mucho con un gato. Mi padre también fumaba, como yo. A mi madre, en cambio, le gustaban los encajes; a lo mejor también eso ha influido en que coloque el piso de mis padres en Bélgica: por un lado realizo la obsesión de mi padre, que era ser centroeuropeo y, por otro, acerco el universo de los encajes a mamá, porque ya digo que mamá adoraba los manteles y los visillos y las sábanas, pero, sin embargo, no tenía obsesiones. Prefería los gatos; de hecho, tenía uno que... *[Hace un gesto de duda y cambia de conversación, como si hubiera sucedido algo turbio con el gato de su madre.]* En fin. Lo curioso es que cuando aparezco en el hotel, que es el dominio de Vicente, me dedico a hablar de mi padre, mientras que cuando estoy en el territorio de mi padre, como ahora, lo que me apetece es hablar de Vicente Holgado. Tal vez los padres y los amantes se comunican entre sí, como los armarios, de manera que cuando te metes en el pecho del padre apareces en el del amante y cuando te hundes en los brazos del amante emerges misteriosamente en los del padre. El mundo es un portento, una pesadilla, en la que nada permanece quieto un solo instante. Tendemos a ver las cosas como si fueran sucesos acabados, fenómenos estáticos, pero todo, lo más insignificante que podamos imaginar, una piedra o un zapato, son acontecimientos, o

sea, que están aconteciendo, sobreviniendo, sucediendo todo el rato. Piensen en sus zapatos, a los que seguramente no prestan ninguna atención: a lo mejor algo muy misterioso se está llevando a cabo en estos momentos en su interior y ustedes no se dan cuenta porque no se fijan. Quién sabe si los zapatos también se comunican entre sí, como los armarios, los amantes y los padres, y resulta que a lo mejor un dedo de su pie derecho está viajando ahora en dirección a otro zapato mientras que el de ese otro zapato se está metiendo en el suyo. Seguro que esta noche, al desnudarse, ni siquiera se daría usted cuenta de que le han cambiado un dedo. Sólo prestamos atención al centro de las cosas, o sea a lo de dentro más que a lo de afuera —dentro y fuera— cuando lo importante sucede siempre en la periferia, en los zapatos o en los armarios, por ejemplo. Y es una pena, porque nos perdemos lo mejor. Quién sabe si ese dedo con el que usted regresa a casa, sin darse cuenta de que no es suyo, es de alguien que amó en su juventud y a quien recuerda todavía en las tardes nostálgicas de la madurez. Es posible que quienes se aman por encima o por debajo del olvido intercambien dedos, o pies enteros incluso, a través de los zapatos. También los ojos viajan cuando los cerramos para que podamos ver cosas muy alejadas de nosotros, pero que nos conciernen. Yo misma tengo un ojo, éste, que es de Vicente Holgado, o eso decía él, el caso es que gracias a eso él ve lo que yo miro y de este modo, aunque no logremos encontrarnos permanecemos muy unidos.

La fantasía que más uso ahora es la de la habitación esa del hotel donde nos hemos visto antes, aunque tengo que confesarles que no es mía. Yo le he puesto algunos detalles, como las cortinas, o aquellas dos lámparas de mesa que daban una luz tan agradable; también me inventé lo del escenario porque no soporto que no me miren, pero lo esencial era de Vicente Holgado. Un día me confesó que todas las tardes, al salir de la oficina, se iba a su casa y tras comer cualquier cosa, dos yogures desnatados y un paquete de galletas, por ejemplo, se tumbaba en el sofá y cerraba los ojos para imaginar historias. Una noche, sin proponérselo, nada más bajar los párpados vio un ángulo de una habitación desconocida para él. A partir de entonces, esta visión empezó a repetirse cada vez que cerraba los ojos, pero sobre todo en la cama, antes de dormirse. Se familiarizó con aquel espacio hasta el punto de que llegó a constituir un lugar por el que se paseaba imaginariamente. En sus paseos por aquella habitación solía detenerse frente a la terraza y desde allí contemplaba un río ancho por el que pasaban enormes barcazas con sus cubiertas llenas de cajas de madera. Con el paso de los días, el ángulo fue creciendo y a partir de él se generó una habitación completa. Parecía una habitación de hotel: tenía una cama grande, con edredón, como si estuviera en un país muy frío, centroeuropeo, un armario empotrado y un mueble de uso indistinto, sobre el que había un televisor, además de la mesa redonda y las butacas que ya he mencionado.

Vicente Holgado se habituó a pasar allí las tardes. Después de comer, se tumbaba en el sofá de su casa, cerraba los ojos y entraba en aquella habitación que tenía algo de útero materno por cuanto parecía cubrir todas sus necesidades. Al principio se limitaba a pasear o a contemplar el río, pero a medida que cogió confianza fue atreviéndose a hacer otras cosas, como usar el pequeño bar escondido bajo el televisor, bañarse en la lujosa bañera o conectar el interruptor de

un servicio musical que sólo emitía música clásica. Un día encendió el televisor y salió algo que parecía un concurso, pero hablaban en un idioma que Vicente no supo identificar. A medida que pasaba el tiempo le costaba menos visualizar ese espacio, penetrar en él. Podía hacerlo desde cualquier sitio, desde el autobús, por ejemplo. Le bastaba con bajar los párpados para ingresar en aquella misteriosa habitación de hotel en la que se encontraba aislado y protegido de todo. Cogió la costumbre de llevarse un libro imaginario y leía imaginariamente un par de horas imaginarias antes de conectar la televisión imaginaria. Una vez se asomó al pasillo imaginario para ver cómo era y dice que me vio pasar con unas gafas oscuras. Yo no me di cuenta, aunque es verdad que por entonces también yo tenía una fantasía de hotel. A lo mejor éramos vecinos imaginarios sin saberlo. Lo curioso es que Vicente en su casa real no podía leer porque enseguida empezaba a pensar en alguna amenaza que le sacaba del texto: que se había olvidado de cerrar el gas y se estaba produciendo un escape, o que iba a sonar el teléfono para darle una mala noticia, o, no sé, que al meterse en la cama se encontraría con un gato muerto entre las sábanas. Tenía un temperamento un poco obsesivo, como mi padre, y no podía dejar de imaginar historias. En ese aspecto éramos iguales, porque yo tampoco puedo dejar de imaginar historias todo el rato; la diferencia es que él sólo imaginaba catástrofes, mientras que yo, por ejemplo, imagino que me dan el Premio Nobel. Precisamente, tengo una fantasía, a la que voy mucho, en la que me han dado el Nobel de Medicina por descubrir que la faringe y la vagina están hechas del mismo tejido, de ahí que haya vaginitis faríngeas y faringitis vaginales. Esto se explica también porque hay cosas que tiras en un sitio y aparecen en otro debido a que todos los agujeros del mundo, como hemos dicho, están comunicados entre sí. O sea, que del mismo modo que a lo mejor metes las medias en un cajón del armario y aparecen en el de la vecina, del mismo modo, digo, un virus que entra por el tracto respiratorio aparece después misteriosamente en el conducto vaginal. Entonces resulta que si una faringitis, por el mero hecho de aparecer en la vagina, recibe el tratamiento de una vaginitis, no se cura. Y eso es lo que en mi fantasía les pasaba a muchas pacientes hasta que descubrí que hay vaginitis que tiene que tratar el otorrino y faringitis que debe controlar el ginecólogo. Al principio es muy complicado porque, claro, no es nada fácil enseñar la vagina desde el sillón de un otorrino, ni la garganta desde el de un ginecólogo, pero por eso me dieron el Nobel, porque era una cosa muy difícil.

Al principio esto de imaginar historias todo el rato me parecía una enfermedad. Bueno, la verdad es que llegué a ir al médico y todo, porque estaba a punto de volverme loca. Llevaba tres años imaginando historias sin parar. El doctor me preguntó que en qué podía ayudarme y yo le expliqué que no hacía más que inventar historias todo el rato. Le dije que desde pequeña había tenido un temperamento nervioso, o eso es lo que decía mi madre, porque no me llevaba bien con su gato, y que a los treinta años estuve en tratamiento, aunque no llegué a padecer ninguna crisis especialmente grave, pero que la manía esta de imaginar historias empezaba a resultar angustiada. «¿Qué quiere usted decir?», me preguntó. «Pues que me paso el día inventando cosas que no son —le dije—. Por ejemplo, ahora mismo, mientras esperaba en la antesala, imaginé que esta

consulta era en realidad la oficina de personal de una empresa a la que había venido a solicitar trabajo.» «¿Qué sabe hacer usted?», preguntó. «¿Lo ve? —le dije—. Ya ha entrado usted en mi historia. Es tan fácil dejarse llevar por un argumento...» El médico me miraba con cara de extrañeza y yo vi que quería hablar; entonces añadí: «Lo malo es que ya no puedo parar de imaginar; a veces estoy terminando una historia y, si no se me ocurre enseguida la siguiente, se me pone aquí un nudo de angustia, porque tengo el temor supersticioso de que suceda una catástrofe si dejo de imaginar historias. Pero cuando la angustia comienza a resultar insoportable y estoy justo al final de una historia y el mundo se va a derrumbar porque no se me ocurre otra, aparece un argumento nuevo y eso me da un respiro momentáneo». Entonces, va el médico y me dice muy serio: «Creo que no puedo ayudarla». «¿Por qué, doctor?», pregunté yo intentando seducirle con una hábil sonrisa que utilizo para conseguir cosas. «En realidad —dijo—, soy ginecólogo; debería visitar a un psiquiatra.» Y yo: «¿Y por qué no se imagina que es usted psiquiatra y que yo soy una paciente nueva, recomendada por otro psiquiatra de fama internacional?». El doctor carraspeó, cruzó las manos con un gesto de impaciencia nerviosa y pareció dudar unos instantes. «¿Qué le cuesta?», añadí yo ladeando la cabeza para que parte de la melena me atravesara el rostro y dividiera en fragmentos la hábil sonrisa de seducir. Entonces me dio la impresión de que el médico padecía un ataque de miedo, la clase de miedo que nos invade cuando estamos a punto de tomar una decisión que podría cambiar nuestra vida. Comprendí que se me escapaba, y, efectivamente, enseguida se incorporó, me invitó a salir y le dijo a la enfermera que me diera una tarjeta del doctor Gutiérrez. «Es un buen psiquiatra —añadió—. Vaya usted de mi parte.» Cogí un taxi y me fui a la consulta del psiquiatra consiguiendo que me recibiera, a pesar de no haber pedido hora. «¿En qué puedo ayudarla?», preguntó. «Verá, doctor —dije—, llevo varios días con dolor de ovarios y además tengo los pechos inflamados.» «Debería usted acudir al ginecólogo —dijo—, yo soy psiquiatra.» «En el ginecólogo ya he estado y me ha enviado aquí —respondí—. En realidad, no me duelen los ovarios, pero qué le cuesta a usted imaginar que es ginecólogo y que yo soy un caso ovárico interesante.» «Pero a usted no le duelen los ovarios», dijo mirándome raro por encima de las gafas. «Ni usted es ginecólogo —respondí—, pero la cuestión es que podamos imaginar juntos una historia. Mientras esperaba en la antesala, por ejemplo, estuve imaginando que usted era un empresario importante y yo una pobre mujer que venía a pedirle trabajo.» «¿Qué sabe hacer?», preguntó automáticamente. «¿Lo ve? —dije—. Ya ha empezado a imaginar conmigo sin querer. Los ginecólogos y los psiquiatras, no sé por qué, siempre pican.» «¿Se burla de mí? —preguntó desconcertado—; mire, la he atendido porque creí que era un caso urgente, pero no tolero esta clase de escenas en mi consulta.» «Es que estoy muy nerviosa», me disculpé. «Está bien —añadió—, le daré unas pastillas y la enviaré a un ginecólogo de mi confianza.» «Pero si habíamos quedado en que no me dolían los ovarios», dije. Entonces se puso rojo de cólera y gritó: «¡Está usted loca!». «De acuerdo —respondí ilusionada—, vamos a imaginar entonces que usted es un psiquiatra de renombre.»

Lo dejé tomándose tranquilizantes, imagínate, y me marché a imaginar más historias a la

cafetería en la que solía encontrarme con Vicente Holgado, pero Vicente tampoco apareció ese día ni los siguientes. También he viajado varias veces a la fantasía del hotel, pero nunca coincidimos. Yo ya no sé si es que no va o que vamos a horas diferentes. A lo mejor resulta que cuando yo estoy dentro, él está fuera. Dentro y fuera. Lo peor sería que se hubiera extraviado por los armarios intentando hacer un viaje fuera de lo común. Hay veces que empiezas a caer de un armario en otro sin ningún control. O sea, que aunque quieras ir a un sitio no puedes porque no encuentras el conducto. La última vez, por ejemplo, quise volver al hotel y, ya ven, he aparecido caprichosamente en un piso de clase media belga que, como ya les he confesado es en realidad la casa donde viví de niña, y que no sé ahora quién la habitará, ni ganas. Vengo aquí porque este espacio constituye una obsesión y a mí me gusta visitar mis obsesiones. De todos modos, tampoco crean que me ha sido tan fácil llegar: he tenido que hacer transbordo en un armario así de pequeño que no sé lo que era, quizá el maletero de un taxi. Oía hablar a dos sujetos, uno de ellos entre hipidos de llanto, el taxista, quizá. Le contaba al otro que su mujer tenía desde hace meses unas visiones que estaban destruyendo su vida familiar. «¿Qué clase de visiones?», preguntaba el otro. El pobre hombre, el del llanto, explicaba entonces que un día, mientras preparaba una tortilla de patatas, su mujer escuchó ruidos en el interior de la nevera. Se acercó al frigorífico, lo abrió, y se le apareció dentro un ángel que le dijo que Gorbachov era el anticristo y que debía difundir ese mensaje por todo el mundo para que las almas piadosas no se dejaran engañar por la falsa conversión de Rusia. «Qué raro», escuché que decía el pasajero. «Eso es lo que digo yo — respondía el taxista—, que si los ángeles quisieran transmitir ese mensaje a la humanidad se aparecerían en una cueva, como en Lourdes, y no en la nevera de una mujer humilde. Pero ella sigue empeñada en que Gorbachov es el anticristo, y cuando no está en la nevera hablando con el ángel, está colgada al teléfono llamando a las emisoras de radio para difundir el dichoso mensaje. Lo que delata a Gorbachov es la mancha que tiene en la cabeza.» El pasajero, que por lo visto era médico, le ofreció un Valium para que se tranquilizara. Con lo aficionada que soy yo al Valium, que no lo dan sin receta, y resulta que el tipo ese por llorar un poco... Cuando conseguí salir de allí, debía de estar ganándose el segundo Valium, porque había empezado a contar que, según su hija mayor, del interior del microondas salían voces que entonaban vivas a la clase obrera. La cuestión es que no consigo coincidir con Vicente dentro, pero tampoco fuera —dentro y fuera— y lo malo es que ahora ya no podría vivir sin él, como no podría vivir sin un armario. Yo, si fuera famosa y me preguntaran la tontería esa de qué me llevaría a una isla desierta, diría que un armario, aunque fuera empotrado. ¿Se imaginan un armario empotrado en una isla desierta? *[Se oyen ruidos procedentes del pasillo: una puerta al abrirse, un carraspeo, una tos de fumador, una cisterna y el maullido de un gato. Ella se pone en tensión y baja la voz.]* Parece que se ha levantado alguien a beber agua, o a mear. También digo *mear*; qué bien: *polla, joder y mear*. Bueno, pues me marcho, porque no quiero que me pillen, pero también porque no me apetece saber quién vive aquí, no sea que hablen en francés y estemos de verdad en Bélgica. Intentaré regresar a la habitación de hotel, no sea que Vicente haya logrado volver y esté esperándome. *[Se*

mete en el armario y al poco vuelve a aparecer con los movimientos cautelosos de siempre. Lleva debajo del brazo la caja de zapatos, de la que no se desprenderá.] Buf, qué frío, pero, bueno, si esto es un estercolero. La gente abandona los armarios en los sitios más inverosímiles. No crean que salgo aquí por gusto; he pasado por cuatro empotrados y uno de dos cuerpos, pero he tenido que continuar porque había gente en las habitaciones diciendo tonterías. Así que voy a descansar aquí un poco. Me siento en esta lavadora y ya está. *[Se asoma al tambor de la lavadora abandonada y saca un sujetador completamente nuevo. Le gusta y se lo pone sobre la ropa para ver si es de su tamaño. Después se lo guarda con gesto de satisfacción en la caja de zapatos.]* Es igual que el primero que tuve con encajes. Las lavadoras también se comunican entre sí. Por eso a veces cuando sacas la ropa para tenderla te han desaparecido unas bragas o unos calcetines. Siempre van a parar a otra lavadora, aunque esté inservible, como ésta. En eso también llevaba razón Vicente, ¿no? Las cosas se mueven por el mundo de un modo muy azaroso y unas bragas que hoy son mías mañana pueden ser de usted o de otra. No somos dueños de nada, ni de nuestras ideas. Vicente pensaba que las ideas tenían una autonomía semejante a la de los pájaros, que van de un sitio a otro sin pertenecer a ninguno. Por eso decimos con frecuencia «se me ha ido una idea», porque a veces se van a vivir dentro de otra cabeza. Dentro y fuera. O sea, que la cabeza es su medio ambiental como el aire o el agua son el medio de los pájaros y los peces. Pero no una cabeza en concreto, sino la cabeza en general. Por eso a veces decimos también «se me ha escapado una idea», como cuando se escapa un pájaro de la jaula. O sea, que las ideas viajan de una cabeza a otra como las bragas entre las lavadoras o los cuerpos entre los armarios. Mi padre me contó que antiguamente se creía que el universo tenía la forma de un cráneo; según eso, los pájaros serían sus ideas y nosotros, quizá, sus obsesiones. Pues bien, se equivocaba el universo y nos equivocamos nosotros. Ni los pájaros eran las ideas del mundo, ni nosotros los dueños de las ideas que vuelan por nuestra cabeza, ni de los virus que anidan en nuestra sangre. Y si nada tenemos que ver con los virus, mucho menos con las ideas, aunque también nos maten. *[Mirando hacia el suelo.]* ¿Qué es eso que brilla ahí? *[Lo coge.]* Anda, si es una navajita igual que una que tuve de pequeña. Me la trajo mi padre de Bélgica, aunque era Suiza. A lo mejor Suiza y Bélgica se comunican, como los armarios, y lo que se fabrica en un sitio cae en las tiendas del otro. Ahora todo lo que se fabrica en Taiwán cae en nuestros almacenes. Taiwán es un armario. *[Guarda la navajita en la caja de zapatos.]*

¿No ven lo que les decía de las ideas, que se van cuando ellas quieren? Se me había ido la idea que les quería contar sobre Vicente Holgado, pero parece que ya empieza a venirme. Sí, era eso, que Vicente parecía pertenecer al mundo de las fantasías, de los sueños, y eso es lo que me fascinaba de él. Ya el modo de conocernos fue muy raro. Estaba yo comiendo a toda prisa en la cafetería de unos grandes almacenes, porque me gusta imaginar que como en lugares públicos, cuando noté que alguien me observaba a dos o tres mesas de distancia. Como ése es mi sueño, que me observen, empecé a comer más despacio y con expresión absorta, para transmitir la impresión de que tenía mundo interior. El mundo interior se puede llevar dentro o fuera —dentro y fuera—;

de hecho, hay muchas mujeres que llevan todo el mundo interior por fuera, pero a mí me gusta más la gente que lo lleva dentro, aunque sea menos espectacular. La cosa es que hice como que no veía al mirón, pero con disimulo iba poco a poco fijándome en su aspecto, y lo primero que advertí es que estaba tuerto. Les costará creerlo, pero no me decepcionó pese a que eso significaba que me miraban la mitad de los ojos que yo había previsto. No sé, es que tenía un aspecto muy irreal, como si me lo estuviera imaginando, porque no soporto comer sola sin que nadie me mire; por eso muchas veces, mientras devoro el sándwich, imagino que alguien me observa desde un rincón del comedor. Aquel día, precisamente, estaba imaginando que el que me miraba era mi padre, pero cuando levanté la vista resultó que era Vicente. El caso es que este Vicente que digo, el tuerto, porque mi padre también se llamaba así, parecía tener más atributos del mundo fantástico que del real, no sé, por el modo de vestir y por los gestos. Al poco, vi que se levantaba y que se dirigía a mi mesa... Bueno, pasándolo muy mal, porque se notaba que era muy tímido, preguntó si podía invitarme a un café. Yo le miré con cara de tener mucho mundo interior detrás de los ojos, pero sin decir nada, aunque, es verdad, con ese modo de no decir que otorga. Entonces, él se sentó a mi lado y estaba tan nervioso que empezó a hablar y hablar de cualquier cosa, como si tuviera miedo de que yo me fuera a desvanecer si se callaba. Y me contó que desde que me había visto en aquel restaurante iba todos los días con la esperanza de que también yo acudiera para poder mirarme, y que se conformaba con eso, con mirarme, aunque de repente había empezado a tener miedo de que yo dejara de ir porque ya no se imaginaba la vida sin mirarme. Cada vez que hablaba de mirarme, yo observaba su ojo tuerto y me lo imaginaba como una cajita vacía, una cajita donde, al no haber ojo, podían guardarse otras cosas: un Valium, por ejemplo, o una aspirina. La verdad es que tenía el párpado cerrado con tanta gracia que parecía eso, un pastillero. Si hubiera párpados de plata, le habría regalado uno. El caso es que resultaba irónico que el único hombre que parecía dispuesto a convertir el objeto de su vida en la contemplación de mi persona sólo pudiera mirarme a medias. Yo iba aquel día con una camisa vaquera que me hace muy joven y me había arreglado al salir de casa más de lo normal, como si tuviera un presentimiento dentro, porque los presentimientos también se pueden tener fuera. Dentro y fuera. De hecho, por ejemplo, las facciones de Vicente Holgado dibujaban el territorio de un presentimiento.

Bueno, le dejé hablar y hablar sin inmutarme, o como si no hubiera reparado mucho en su presencia. Y cuando advertí que empezaba a flaquear me volví hacia él, dejando que me cayera el pelo así, por la mitad de la cara, y con una sonrisa cansada que también utilizo mucho para seducir le dije: «¿Pero no te has dado cuenta? ¿Es posible que no te hayas dado cuenta?». «¿De qué?», preguntó él con cara de susto. «De que estoy muerta; las otras veces que me has visto en este restaurante ya estaba muerta», respondí con naturalidad. Inexplicablemente, puso cara de alivio, como si hubiera temido algo peor, algo, en fin, que le impidiera mirarme. Yo hice un gesto, como indicando que nuestra relación era imposible debido a mi condición de cadáver, pero él no estaba dispuesto a aceptar que eso fuera un obstáculo. Entonces, tras dudar unos segundos, decidí mentir. Dijo: «Eso no importa, también yo estoy muerto». Parecía dispuesto a cualquier cosa con

tal de no dejar de mirarme. Entonces yo cogí el tenedor y se lo clavé en el muslo. Dio un grito que hizo volverse a todos. «¿Ves como no estás muerto? —le dije—, a los muertos no les duelen estas cosas.» Vicente tuvo que reconocer que estaba vivo para que yo no continuara haciendo demostraciones, pero seguía tan enamorado que no parecía dispuesto a renunciar. «A mí no me importa que estés muerta», dijo. «Ahora no —respondí—, pero llegarías a cansarte; tengo un olor muy especial, me han abandonado las pasiones y me muevo despacio porque ya no voy a ningún sitio.» «Igual que yo —afirmó esperanzado—, también huelo raro y lo único que me gusta es estar tumbado en el sofá imaginando cosas o viendo películas de vídeo; mira, precisamente he alquilado varias para el fin de semana.» «¿Qué es el fin de semana? —pregunté yo—; se me van olvidando las cosas: sé lo que es un fin y lo que es una semana, pero no me acuerdo de lo que significan las dos palabras juntas.» Les aseguro que resultaba magnífico estar muerta y poder hablar así, como desde el otro lado de las cosas. Ahora que lo pienso, creo que siempre quise estar muerta y que lo único que me preocupaba de eso es que dejan de mirarte enseguida. «¿Dónde vives?», preguntó. «Da igual —dije—, como no ocupo ningún lugar en el espacio puedo quedarme donde quiera.» «¿Y cuánto tiempo llevas muerta?» «Sé lo que es cuánto y lo que es tiempo, pero ya no recuerdo qué significa cuánto tiempo.»

[Empieza a hacer gestos, como si algo oliera mal. Se levanta y busca con expresión de asco el origen.] A ustedes, como están fuera, no les llega el olor, pero aquí dentro —dentro y fuera— deben de haber tirado algo que... Aquí está, es un gato muerto. Qué asco. Se parece al de mamá, que en lugar de enterrarlo lo abandoné en un estercolero. A lo mejor los estercoleros también se comunican y lo que tiras en uno cae en otro. Ésta es otra de las ventajas que tienen las obsesiones frente a los gatos, que cuando se mueren no huelen tan mal, aunque descomponerse se descomponen lo mismo. Perdonen, voy a ver si consigo aparecer en un lugar más limpio. Si tardo un poco es que estoy intentando llegar al hotel por si ha vuelto Vicente. *[Se va y el escenario se oscurece. Cuando vuelve la luz, vemos un armario como los de los camarotes de los barcos, abandonado en medio del océano. La puerta se abre y aparece ella asombrada por el espectáculo del mar y haciendo equilibrios para que esa especie de barca que es el armario no vuelque. El viento marino agita sus cabellos.]* Joder, a quién se le ocurre tirar al mar un armario. Es que viajando así te expones a cualquier cosa, aunque la verdad es que hace buen día y casi se agradece esta brisa. Esto debe de ser el Mediterráneo. Qué bien refleja el mar nuestros estados de ánimo. Lo miras ahí fuera y te dice todo lo que llevas dentro. Dentro y fuera. A lo mejor tenía razón mi padre y éste es el caldo primordial, la cazuela de donde hemos salido todos, por eso nos gusta tanto, porque al mirarlo sentimos que algo de lo que tiene él también es nuestro. O sea, que guarda en su interior una cosa que es nuestra y que, sin embargo, está fuera de nosotros. Por eso mismo es por lo que Vicente Holgado decía que estaba enamorado de mí, porque yo tenía algo suyo. Según él, el amor, lo mismo que el horror, sucede cuando vemos fuera lo que tenemos dentro. Dentro y fuera. Por eso nos gusta lo bello y nos atrae lo monstruoso, porque por dentro somos las dos cosas, aunque no todos los días ni en idénticas proporciones. Pues bien, Holgado

decía que lo que yo tenía suyo era su ojo, el que a él le faltaba. No sé si ustedes podrán apreciarlo desde ahí, pero, si se fijan, yo tengo un ojo de cada color; se trata de una rareza que hace parecer que uno de ellos no es mío. Bueno, pues fíjense cómo contaba Holgado que yo me había hecho con su ojo: según él, un día se despertó en el hotel de una ciudad donde había ido a imaginar algo, y en lugar de levantarse enseguida, como tenía por costumbre, se quedó en la cama imaginando cosas. Dice que estaba así, acostado de medio lado, de forma que tenía un ojo hundido entre los pliegues de la almohada, mientras que con el otro, que sobresalía un poco, imaginaba que las suaves lomas formadas por la tela de la funda pertenecían a un paisaje desértico; al final de ese desierto estaba la mesilla, donde reposaba una novela junto al paquete de cigarrillos y el mechero. Estos pequeños volúmenes, más el del teléfono, parecían formar desde su perspectiva un núcleo urbano algo desordenado y de líneas cortantes, como los edificios de la ciudad en la que se encontraba. El mechero, de metal, reflejaba un punto de luz que evocaba la iluminación de una avenida. Desde la perspectiva de la almohada, y con un solo ojo en funcionamiento, los objetos de la mesilla parecían desmesurados. El mechero podría haber sido un rascacielos y el borde del libro, una estación de tren.

Mientras jugaba con su ojo y con sus pensamientos, la claridad del día iba invadiendo el espacio con la lentitud, aunque con la firmeza, de una obsesión. La luz penetraba en forma de cuchillo por la abertura formada por las cortinas y se expandía, como el humo, al alcanzar el centro de su trayectoria. Entonces Vicente movió el ojo en círculo en el interior de su órbita y enseguida empezó a imaginar que ese ojo tenía la rara capacidad de salir de su cuenca y viajar por el aire. Cerró el párpado, para producir el punto de oscuridad adecuado, y se figuró que el ojo escapaba de su estuche y empezaba a moverse en un ámbito fantástico. Primero flotó hasta el techo de la habitación, desde donde le envió una visión de sí mismo con el perfil dirigido a la mesilla de noche. Después, el ojo flotante describió un par de círculos y, de súbito, atravesó el tabique como un cuerpo sutil penetrando en la habitación de al lado. La cama de esa habitación estaba deshecha y en el suelo había ropa interior de mujer. El ojo, naturalmente, no podía oír, pero Vicente Holgado dedujo por la información visual que le enviaba que la dueña de aquellas prendas debía de estar en el baño. Ordenó al ojo dirigirse allí y vio bajo la ducha la silueta de una mujer con el cuerpo enjabonado. El vapor había empañado el espejo, pero a través del paño de vaho Vicente contempló el reflejo de su globo ocular suspendido en el aire como un cuerpo celeste en el espacio. La excitación que le había producido el cuerpo de la mujer fue inmediatamente anulada por el espectáculo del ojo fuera de la cuenca.

Ordenó al ojo regresar a la habitación, pero éste no le obedeció. Holgado, refugiado bajo la manta como un molusco bajo su concha, buscó argumentos tranquilizadores: en realidad, todo era un juego imaginario; bastaría con levantar el párpado para regresar a la normalidad. Sin embargo, no se atrevió a levantarlo por miedo a comprobar que aquel estuche, cuya tapa era el párpado, estuviera vacío.

Entre tanto, la mujer terminó de ducharse y salió de la bañera. Dice Vicente que tenía un cuerpo

sólido y frágil a la vez, como el mío, que le recordó al de algunas estatuas, con un color más cercano al bronce que al mármol. El ojo, para tener una visión de conjunto, se había desplazado hacia la pared ocupada por la bañera; de este modo, veía de forma directa la espalda y el culo de la mujer —o sea, que también digo *culo*— mientras que a través del espejo contemplaba sus pechos y su vientre. Vicente comenzó a excitarse de nuevo hasta que reflexionó que la visión era demasiado real para tratarse de un producto imaginario. Veía realmente el cuerpo de aquella mujer que ahora se secaba el pelo con una toalla que ocultaba su rostro. Curiosamente, el rostro era la única zona que aún no había podido verle bien.

La mujer abandonó la toalla sobre la tapa del retrete y en un movimiento rápido, antes de que Vicente tuviera tiempo de verle los ojos, se puso unas gafas oscuras que había sobre la encimera del lavabo. Entonces Vicente recordó que el día anterior la había visto en el pasillo del hotel. Llevaba las mismas gafas de sol que ahora acababa de ponerse y con ellas parecía ocultar algo a sí misma y a los otros. Vicente pensó que quizá se había vuelto a adormecer y que posiblemente estaba soñando a partir de aquella imagen de la tarde anterior. Este pensamiento le tranquilizó y se encogió de gusto en el túnel formado por las sábanas. Y bien, el ojo daba vueltas alrededor de la mujer observándola desde todos los puntos de vista. Pero en una de estas evoluciones, cuando se acercaba a sus pechos, ella hizo así con la mano y lo atrapó con el movimiento rápido con el que se atrapa a una mosca en pleno vuelo. Entonces la mujer, que según Vicente Holgado era yo, se quitó las gafas, levantó el párpado derecho, tras el que no había nada, y se colocó el ojo recién cazado. Vicente comprendió que no había estado soñando y que, por lo tanto, una tuerca acababa de robarle el ojo. Se puso a llorar, pero, por lo visto, de detrás del párpado vacío, en lugar de lágrimas, salía un líquido espeso y amarillento, como el que se escapa por las grietas de algunas frutas demasiado maduras. Qué vida.

La cuestión es que se quedó tuerto, y que empezó a ver cosas que no miraba, porque su ojo, desde mi rostro, continuaba enviándole la información de cuanto percibía. Eso decía él, y también que cuando ya se había acostumbrado a esta rareza de mirar por un solo ojo y ver por dos se encontró de nuevo conmigo, esta vez en la cafetería de los grandes almacenes donde yo solía ir a comer un sándwich. Entonces, al mirarme —o quizá al mirarle yo, no me acuerdo—, se vio a sí mismo dentro de mí. Eso es lo que dijo, y aunque, como ven, se trataba de una historia muy rara para conquistar a una mujer, conmigo funcionó, quizá porque ya habían funcionado previamente historias como la del caldo primordial o la de un universo con forma de cráneo, por no recordar la relación entre el fósforo y las cabezas. Y creo que funcionó porque también yo sentía que algo de lo que a él le constituía era mío. No sé, quizá ese presentimiento que dibujaban sus facciones era más mío que suyo. Dije antes que tenía cara de presentimiento, pero quizá sea más exacto decir que su rostro era en sí mismo una obsesión, y ya les he explicado la compañía que me hacen a mí las obsesiones. Todo lo que toco lo convierto en obsesión. Mi marido, por ejemplo, que cuando nos conocimos no era más que un otorrinolaringólogo normal, ahora es ya una obsesión. Suelo decir la palabra entera porque fui la primera de mi generación en decir *otorrinolaringólogo* sin

tropezar. Y es que de pequeña padecía mucho de la garganta y me pasaba media vida con mi padre en la consulta del otorrino enseñándole mis intimidades bucales. *[Refiriéndose al armario-barca.]* Me parece que esto se está moviendo mucho. Esperen, que cambio de postura. Así. Bueno, pues el médico me miraba con una linternita redonda esas cosas blandas que tenemos por aquí y siempre decía lo mismo: «Cuando se haga mujer se le pasará». Yo no me lo creía, porque mi madre era una mujer deshecha, o sea, más que hecha, y padecía también del tracto respiratorio. Bueno, pues me hice mujer y como no se me pasó decidió arrancarme las anginas. Muerto el perro se acabó la rabia. Lo que pasa es que entonces dejé de padecer de las amígdalas, pero me entregué a las faringitis. O sea, que a lo mejor me casé con un otorrino por esa afición a que me tocaran las partes blandas con la punta de una linternita redonda. Aunque, claro, los tiempos de mi marido ya eran otros y en lugar de linternitas redondas se usaban unos aparatos que a mí ya no me decían nada, de manera que al poco de casarme perdí también el gusto por las faringitis, aunque entonces caí en una profunda depresión y empecé a imaginar cosas. Además, por aquella época fue cuando me dieron el Nobel de Medicina por descubrir que algunas faringitis hay que tratarlas como vaginitis porque en realidad eran vaginitis disfrazadas y a lo mejor me curé por eso, porque me puse en la garganta unos remedios que me habían recetado para la vagina: lo que es bueno para la vagina, en general, es bueno para la garganta. Aunque también debió de influir, como digo, el hecho de que por entonces los otorrinos se hubieran colocado la lucecita en la frente, como los mineros, en lugar de llevarla en la mano, como los ladrones. Los mineros se pasan la mitad de la vida dentro y la mitad fuera. Dentro y fuera. El caso es que entonces fue cuando conocí a Vicente y me di cuenta de que las cosas que decía eran más mías que suyas, del mismo modo que mi ojo era más suyo que mío. Porque a lo mejor, no sé, yo no había pensado las cosas como él, pero las había vivido, y vivir las cosas es también un modo de pensarlas.

Yo, por ejemplo, sabía perfectamente, antes de conocerle, la diferencia entre dentro y fuera, porque mi madre siempre rellenaba los pescados con algo, como si no tuvieran bastante con el soldadito de plomo. A veces les ponía aceitunas; las aceitunas llevan los huesos dentro, como nosotros. Hay cosas que llevan el esqueleto dentro y cosas que llevan el esqueleto fuera. Dentro y fuera. Las tortugas, por ejemplo, lo llevan por fuera, igual que los centollos o los escarabajos. O sea, que el esqueleto, a estos animales, les sirve para proteger la carne, mientras que en nuestro caso es la carne la que protege al esqueleto. Esto no sé por qué es, ni me importa; lo que me llama la atención es que otros lleven fuera lo que yo llevo dentro, como la vida interior o la conciencia. Ahora que lo pienso, creo que Vicente Holgado llevaba la vida interior por fuera. Le mirabas a la cara y le veías de golpe toda la vida interior que yo llevaba dentro. Pero lo definitivo fue que me empezara a hablar de las cajas, que era una de mis obsesiones. A todo lo que decía sobre las cajas le daba la razón, que es otra de mis obsesiones, la de dar la razón. A mi padre le di la razón toda la vida. Yo creo que de tanto dar la razón a mi padre me quedé sin ella y por eso a veces me cuesta seguir el hilo de las cosas o prestar la debida atención a las cuestiones prácticas. *[Se oye el ruido de la olla exprés, y ella pone un gesto de fastidio en el que se advierte también la*

decisión de no acudir en ese momento a la demanda de la realidad.] Decía que yo no he oído hablar de las cajas a nadie con la exactitud con la que lo hacía Vicente Holgado. Pero, claro, el delirio fue cuando comenzó a hablar de los armarios y me dijo que había descubierto el modo de viajar por ellos a través del universo mundo. O sea, que, según él, si te metías en un armario y tenías la suerte de dar con ese conducto secreto, podías aparecer en cuestión de segundos en un armario de la China, por ejemplo. O en un armario abandonado en medio del océano, sin ir más lejos. *[Se asoma al borde como si algo le llamara la atención; mete la mano en el agua y saca un pez.]* Anda, coño. Qué bien, también digo coño: o sea, *polla, mear, joder, culo* y ahora coño. Pues, coño, está muerto, como el gato del estercolero, pero éste aún no huele mal. Todavía. *[Lo observa detenidamente, con un gesto entre divertido y asombrado.]* No se lo van a creer, pero este pez tiene la misma expresión que mi padre. ¿No ven este perfil puntiagudo, como de alguien que quiere estar siempre un poco más allá de donde está? ¿Y esta mirada pequeña, pero inteligente, que mira afuera, pero desde dentro —dentro y fuera—? Así era mi padre. A lo mejor es que después de muerto ha regresado al caldo primordial y anda metiéndose dentro de los peces porque está fuera de sí. *[Se agacha buscando algo dentro del armario y finalmente saca la navaja suiza que le trajeron de Bélgica.]* En cualquier caso, aprovecharemos este hallazgo para demostrar que los peces tienen dentro y fuera e incluso, a veces, más dentro que fuera. *[Le abre el vientre y encuentra en su interior algo que la espanta. Lo saca, mostrándolo con asco y resulta ser el soldadito de plomo.]* Aquí está. Lo decía no sé quién: si algo malo puede pasar, pasa. Toda mi vida evitando comer pescado por esto, y me lo voy a encontrar la única vez que abro a uno de estos animales por diversión. *[Se fija más en él, como si estuviera descubriendo otra novedad.]* Además —van a pensar ustedes que no digo más que tonterías— es que este soldadito tiene la misma cara que Vicente Holgado, de verdad. Y le falta un ojo, como a él, en lugar de la pierna. O sea, que mi padre tenía a Vicente dentro de él. No, si ya decía yo que los amantes y los padres se comunican a través de galerías secretas. Vaya, ahora empieza a llover, menuda tormenta. *[Mete el pez en la caja de zapatos y, en esto, el mar se agita, el armario se bambolea y ella se cae al fondo desapareciendo. Las luces se apagan y al encenderse de nuevo aparece otra vez el piso belga, o sea, su casa de la infancia. Ella sale del armario con la caja de zapatos.]* Vaya, otra vez aquí... Pero si adonde yo quería ir es al hotel, no vaya a ser que vuelva Vicente y no me encuentre. *[Deja la caja sobre la mesa y va sacando poco a poco las cosas de su interior.]* Es curioso, toda la vida defendiéndome con las fantasías de dentro de la hostilidad de afuera —dentro y fuera— y ahora resulta que también las fantasías tienen una lógica que reproduce la lógica de la existencia. Vean, si no: tanto tiempo huyendo de mí misma en dirección a Holgado y, de súbito, aquí estoy otra vez, en el piso de mi infancia, con la caja de zapatos donde está contenida toda la historia familiar, un pez que en realidad es mi padre y un soldadito tuerto idéntico a Vicente que además vivía dentro de papá. Quizá yo sea la bailarina de esta historia, aunque creo que no tengo cara de viciosa. *[En esto, se oye al fondo una voz masculina que pregunta en francés: «Marie, où est la fenêtre?»].* Ella se esconde un poco hasta que considera

que ha pasado el peligro y continúa hablando, aunque en voz más baja:] Dónde está la ventana, pregunta dónde está la ventana. O sea, que además de hablar en francés hace una pregunta que sólo se le ocurriría a mi padre, porque papá sabía localizar muy bien las cosas que estaban dentro o que estaban fuera —dentro y fuera—, pero enloquecía, como yo, frente a lo fronterizo, frente a lo que no está ni dentro ni fuera —dentro y fuera—, como las ventanas. De pequeña tiraba cosas por la ventana, no por maldad, sino por averiguar si caían dentro de la calle o fuera de la casa —dentro y fuera—; el gato cayó fuera y se mató. Las obsesiones no se matan y hacen más compañía. Pobre papá. *[Se oyen pasos en dirección al salón y ella huye y se mete en el armario olvidando la caja de zapatos y sus contenidos. Al poco, asoma la cabeza con precaución para ver si ha pasado el peligro, pero resulta que ya no está en el piso belga, sino en la habitación del hotel.]* ¡No es posible! ¡El hotel! Al fin, qué bien. Por fin he conseguido dar con el hotel. Dios mío, ¿habrá vuelto Vicente? ¿Habrá logrado dar con el túnel que conduce a esta habitación imaginaria? *[Mira hacia el cuarto de baño y grita:]* ¡Vicente! ¡Vicente! ¡Vicente, sal! Por favor... No ha regresado, quizá no vuelva nunca, y, si no vuelve, qué va a ser de mí, de nosotros. *[Hace el gesto del que ha perdido algo.]* Además, creo que con las prisas he olvidado en Bélgica la caja de zapatos y el pez y el soldadito y mi primer sujetador y las fotos de los parientes, ¿recuerdan?, los que se extraviaron o murieron. He olvidado, en fin, mi vida en ese piso y no he obtenido nada a cambio. Podría intentar volver, pero a lo mejor salgo en otro sitio y me paso la vida dando vueltas. No, me quedaré aquí hasta que él regrese o hasta que yo logre averiguar quién soy. A lo mejor sin necesidad de moverme tanto empiezan a salirme bien las cosas; las cosas salen por casualidad, como el dinero de los cajeros automáticos, porque eso no hay quien se lo crea, lo de los cajeros. Además, el hotel es muy cómodo, aunque esté en el extranjero. De todos modos nunca sabes cuándo estás en uno u otro sitio. Mi piso de la infancia estaba en Bélgica y no lo he sabido hasta muy mayor. Es lo que quería decir, que aunque el extranjero está por lo general fuera, a veces lo llevamos dentro. Dentro y fuera. Por cierto, que me pregunto ahora si no sería en este hotel donde le robé el ojo a Vicente, quizá sí, no sé. Pero a lo que iba, que, si no, me pierdo entre las frases como entre los armarios y no salgo, o no entro, lo que sea: les estaba diciendo que cuando Vicente comenzó a hablarme de las cajas y de los armarios le comprendí muy bien, porque yo no había hecho otra cosa a lo largo de mi vida que viajar por oquedades que me llevaban de dentro afuera de las cosas; de manera que unas veces he sido funda y otras forro; armario y prenda, superficie y entraña: dentro y fuera, en fin; lo que no he conseguido es ser las dos cosas a la vez, como las ventanas, y creo que lo que me gustaba de Vicente es que miraba la vida a través de mí, que para eso es para lo que sirven las ventanas, para mirar la vida. Y también me gustaba porque aunque venía de dentro —de dentro del pez, ya lo hemos visto— estaba fuera, como las obsesiones, que aunque pertenecen a la caja craneal pueden amueblar el dormitorio o adornar la cocina, mi cocina está llena de obsesiones. Pero tampoco es eso lo que quería decir, es que me pierdo. En cualquier caso creo que la cuestión es que ahora, que tengo un ojo de Vicente, puedo al fin ver cosas que no miro. Y eso es lo que me ha quedado de él, su mirada, que, como ya he dicho,

es en realidad la mía. Me ha quedado eso y esta habitación de hotel, que era una fantasía suya a la que yo le he puesto algunos detalles, además de añadirle el patio de butacas y las cabezas con los ojos abiertos que me miran. O sea, que yo le he puesto la caja, la obsesión, porque si eso es un patio de butacas, esto es lo que los actores llaman la caja del escenario. Y desde esta caja quisiera rogarles que esta noche, al llegar a su casa, miren bien dentro del armario de su cuarto, y si encuentran en su interior a un sujeto tuerto, delgado, que lleva dibujado en el rostro un presentimiento, no dejen de avisarme porque ese presentimiento es mío.

Ya sé que si dejo de imaginar y de contar historias puede suceder una catástrofe, ya lo sé, ni me lo recuerden, pero como me he encontrado al gato en el estercolero y al soldadito y a mi padre en el caldo primordial, a lo mejor no vuelve a pasarme nada durante un tiempo aunque deje de imaginar un rato. Podríamos decir que las desgracias alivian porque cuando suceden dejan de importarnos. En ese sentido, quizá sea mejor que lo haya olvidado todo en Bélgica, porque eso me hace más libre para salir de mí o para entrar, quién sabe. *[Se oye el sonido de una olla exprés o de una cafetera y ella pone cara de tener que volver a la realidad.]* Aunque ahora, si he de decirles la verdad, lo que más miedo me produce de dejar de imaginar historias es que se cierre el telón, que es la tapadera de esta caja, y ustedes se queden fuera y yo dentro. Dentro y fuera. *[Telón.]*

Laura se corta el pelo

Lo de Olegario Icuña se le ocurrió a Vicente Holgado al volver del cine, en el autobús. Iba cogido a la barra, esperando que le hiciera efecto el tranquilizante que se acababa de tomar, cuando de súbito le vino a la cabeza ese nombre, Olegario, tras el que con algún esfuerzo, como si saliera de un agujero demasiado pequeño para su tamaño, apareció el primer apellido, Icuña. Dejó pasar un rato observando una nuca cercana y, en esto, notó que respiraba mejor, pese al aire viciado del autobús; el ansiolítico había comenzado a actuar. La nuca era de una chica joven algo más baja que él y tenía dentro una vida sorprendente, pese a estar afeitada. Nunca había visto una nuca desnuda tan cerca, o con tanto detalle, y notó que empezaba a excitarse, de manera que se alejó un poco del espectáculo para no levantar sospechas. En ese momento quedó libre un asiento junto a la ventanilla y logró ocuparlo en competencia con una señora que llevaba debajo del vestido un traje de baño. La circulación de coches era intensa, pero había dejado de ser agobiante desde la contemplación de la nuca: la realidad comenzaba ya a tender hacia el estado líquido característico de los momentos de paz.

Decidió pensar un rato en Olegario Icuña para olvidarse de la nuca, e inmediatamente supo que era médico, aunque no logró verle el rostro porque lo llevaba cubierto por una mascarilla.

Tenía un cuerpo pequeño, pero ancho, y desplazaba mucho aire al andar, como si llevara un ventilador invisible en algún sitio. Bajo su bata se transparentaba la sombra de una camiseta de tirantes. Este detalle resultaba incómodo, como el del traje de baño de la señora, pero tratándose de un médico tal vez la camiseta formara parte del atuendo, igual que la bata o la mascarilla.

Olegario Icuña, cirujano. No conocía a nadie que se llamara así, ni siquiera conocía a un cirujano. El ansiolítico lanzó una ráfaga de bienestar en dirección al vientre, y Vicente se acomodó en el asiento buscando una postura menos tensa. Aunque miraba hacia la calle, lo que veía era un pasillo de hospital por el que el cirujano avanzaba con el rostro oculto tras una mascarilla verde. Seguramente se dirigía al quirófano. Le calculó esa edad indefinida que se tiene en torno a los cuarenta y cinco años, aunque sólo pudo verle los ojos y la frente. El pelo, si lo tenía, lo llevaba tapado por una gorra parecida a la de los que despachan hamburguesas.

Esa noche pensó mucho en Olegario Icuña, aunque no avanzó gran cosa en su conocimiento. Por ejemplo, no logró averiguar si estaba casado o si tenía hijos, ni qué puesto ocupaba en el hospital, aunque se movía por él con el gesto decidido de un cirujano jefe. Sí pudo, sin embargo, calcular sus ingresos anuales, porque cuando ya estaba a punto de dormirse se le apareció su mesa de despacho y vio sobre ella un sobre de haberes. Ganaba mucho más de lo que Holgado hubiera

podido imaginar. «Con ese sueldo —pensó al día siguiente mientras desayunaba— podríamos vivir los dos, por lo menos hasta que yo terminara la novela.»

Mientras rompía las galletas para mojarlas en el café, jugó con el salario de Olegario Icuña dividiéndolo en varias partidas, según imaginara que tuviera hijos o no, y siempre le quedaba algo para ahorrar. ¿En qué podía gastarse tanto dinero un cirujano? Quizá tenía una casa en las afueras, o un barco. No era fácil saber qué hacía la gente con el dinero, además de tenerlo. Intentó imaginar qué haría él si fuera rico. Escribir una novela, se contestó enseguida, pero le pareció una respuesta mecánica y volvió a hacérsela sin que se le ocurriera otra. No había situación imaginaria o real a la que no respondiera escribiendo una novela, aunque no había acabado ninguna. De súbito, le pareció muy agobiante esto de estar condenado a no pensar en otra cosa que en escribir una novela, y se tomó uno de los tranquilizantes que llevaba sueltos en el bolsillo de la bata.

Luego respiró hondo varias veces y se sentó en el sofá para relajar el cuerpo por zonas. Había llegado al territorio de las ingles, y empezaba a evocar la nuca desvestida del autobús, cuando sonó el timbre de la puerta. Volvió en sí atropelladamente, desasosegado por la idea de que se tratara de Olegario Icuña, y abrió con los labios fruncidos en un gesto de ansiedad. Pero resultó ser Laura, la asistente, que iba los miércoles, aunque normalmente abría con su llave. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca muy ceñida. Se había cortado el pelo y tenía la nuca al aire, como la chica del autobús.

—Eres tú —dijo Vicente cuando Laura ya estaba dentro, intentando ocultar su turbación, mientras tomaba conciencia de que la existencia se descomponía en días y que por lo tanto era miércoles. En su fuero interno llamaba Miércoles a Laura, y en torno a ese nombre, como meras excrescencias de él, se articulaban los días de la semana.

—Menos mal que estás —respondió ella—, me he dejado la llave en casa o la he perdido, no sé.

—Te la habrán robado —dijo él aceptando la posibilidad de lo peor para que Laura no se sintiera obligada a justificarse.

—¿Y por qué tienen que habérmela robado?

—Porque lo mejor es ponerse en lo peor —contestó mientras llevaba la taza del desayuno al agujero situado en un extremo del salón, que llamaban cocina.

—¿Y qué tendría de peor?

—No sé, que te hubieran seguido y esta noche, si salgo, entraran a robar.

—Lo primero, que tú nunca sales de aquí más que para ir al cine, y, lo segundo, que el apartamento lo has alquilado con muebles, ¿no?

—Sí.

—Pues qué te van a quitar, si no hay más que muebles y libros. El televisor es en blanco y negro y te lo pasé yo.

Vicente aceptó, con la pasividad oriental en que le hundían los ansiolíticos, que su intento por

desculpabilizar a Laura estuviera produciendo el efecto contrario, pero le dolió que ella pensara que no tenía nada digno de ser robado. Dijo:

—La novela, pueden robarme la novela, que va ya por la página 43, y a espacio y medio, que a dos, que es lo normal, pueden ser más de cincuenta. ¿Tú sabes lo que es eso? —le pareció que estaba empezando a irritarse por una tontería y bajó el tono—. Bueno, en realidad me da lo mismo; a lo mejor me hacían un favor si me la robaran. A veces tengo la impresión de estar atrapado en el interior de un ascensor sin puertas; mire a donde mire sólo veo las paredes de la novela, y no puedo salir porque no hay por dónde hacerlo. Qué agobio.

—Voy a cambiarme —dijo ella entrando en el pequeño dormitorio que comunicaba con el minúsculo cuarto de baño del apartamento.

Vicente Holgado se quedó solo en medio de la habitación, aguantando a pie firme un ataque de ansiedad: la imagen del ascensor había despertado su instinto claustrofóbico y la novela, de súbito, le pareció un lugar irrespirable. Entonces, abrió el armario oscuro donde guardaba la botella de anís y se dio un buen trago para que el alcohol reforzara los efectos del calmante.

Laura salió enseguida ataviada con una bata blanca, como de enfermera, y se puso a fregar los cacharros que había sobre la pila. Entre tanto, el anís había hecho su trabajo y Vicente se encontraba lleno de un optimismo corporal inexplicable. Se puso un café y lo tomó a pequeños sorbos, de pie, mientras contemplaba la nuca afeitada de ella imaginando sobre esa porción de carne oscura el triángulo de unas bragas transparentes. La bata de Laura, tan hospitalaria, le hizo recordar el sueldo de Olegario Icuña.

—¿Qué harías tú si tuvieras dinero? —preguntó.

Laura no dudó un solo instante.

—Me compraría una estenotipia.

—¿Una estenotipia?

—Sí, con una estenotipia puedes trabajar donde quieras, sin horarios, que es lo que no aguanto. Además, viajas mucho porque te llaman para que vayas a congresos; de manera que una estenotipia. ¿Y tú? ¿Qué harías tú si tuvieras dinero?

—Escribir una novela.

—Eso ya lo haces ahora y no tienes un duro.

—Pero lo haría sin agobios económicos y, además, no la acabaría nunca.

—Tampoco la terminas ahora y no me extraña, con lo que te gusta a ti estar encerrado...

A Vicente no le gustó la dirección del diálogo, de manera que imaginó que en ese punto se terminaba un capítulo y comenzaba otro.

—Voy a arreglarme —dijo.

—¿Adónde vas con este calor?

Iba a responder que tenía que ir a la editorial a entregar una traducción, pero sin proponérselo se le ocurrió otra cosa:

—Tengo hora con el doctor Olegario Icuña, cirujano.

—¿Vas a quitarte por fin ese bulto tan feo de la espalda?

Vicente se quedó quieto junto a la librería, como si buscara un título, mientras se hacía cargo de la información contenida en la pregunta. Después introdujo la mano en el bolsillo derecho de la bata, sacó una pastilla y se la tragó ayudándose con la saliva; el café se había terminado.

—¿Cómo sabes que tengo un bulto en la espalda? —preguntó al fin.

—Por la novela, porque el personaje de la novela tiene un bulto en la espalda y yo creo que eres tú, ¿verdad?

Había soñado muchas veces que los miércoles, cuando él no estaba, Laura leía el manuscrito de la novela que dejaba siempre en lugares visibles, pero no se había preparado para una confesión tan directa. Se sentó en el sofá y valoró la espalda de ella, inclinada sobre el fregadero, con la precisión de un escritor.

—¿Y qué te parece? —preguntó al fin.

—Me gusta mucho el capítulo del bulto —Laura se volvió con un plato en la mano y el estropajo en la otra—, cuando dices que no puedes ir a las fiestas porque lo tienes justo en el lugar donde las chicas te ponen la mano para bailar.

—Bueno, no lo digo yo, lo dice el personaje.

—Pero hemos quedado en que el personaje eres tú. Explicas muy bien el miedo que da encontrar en la espalda de alguien un bulto que no esperas, por lo menos allí. Yo empezaría la novela con ese capítulo porque a partir de ahí comprendes perfectamente la tristeza del personaje. Al principio estás todo el rato preguntándote que qué le pasa, pero cuando llegas a la adolescencia y cuentas lo de las chicas y el bulto es como si encendieras la luz.

—Claro —dijo Vicente lleno de gratitud—, es que el bulto de la espalda es la metáfora de un tumor moral.

—Metáfora me recuerda a metástasis, por lo de mi cuñado.

—Es que cuando la metáfora es buena no se distingue de la metástasis.

Laura se volvió preocupada:

—Pero lo tuyo no será maligno, ¿verdad?

Vicente evaluó la cantidad de compasión que podía producir una respuesta afirmativa, pero las pastillas, sobre todo mezcladas con alcohol, despertaban en él un instinto de sinceridad.

—No —dijo—, es un quiste sebáceo. Eso creo.

—Pues entonces es mejor que te lo quites —dijo Laura empezando a colocar platos sobre el escurridor.

—Sí —reflexionó él en voz alta—, lo que no sé es si será mejor quitármelo antes o después de terminar la novela. Imagínate que la inspiración me la da el bulto.

—Mejor, así te quitas las dos cosas de golpe.

Vicente miró hacia la ventana y vio pasar dos pájaros, uno detrás de otro, como el apellido tras el nombre. Olegario Icuña. Laura había abandonado el agujero que llamaban cocina y ahora

quitaba el polvo del mueble donde estaban los libros y el televisor en blanco y negro. Sobre la superficie de su bata de enfermera aparecían a veces las señales de la ropa interior.

—¿De dónde has sacado esa bata? —preguntó.

—La tengo de cuando quise estudiar para auxiliar de clínica, pero luego no pude porque hacía falta el BUP —dijo recogiendo los ceniceros repletos de la mesita que había frente al sofá—. Anda, quita de aquí, que no me dejas hacer nada, y quiero acabar pronto para ir a la piscina.

—Ayer, en el autobús, vi una señora que iba a la piscina. Llevaba el bañador debajo del traje.

—Yo también me pongo el bikini. Es más cómodo.

Vicente habría preferido no enterarse de esa costumbre de Laura. De todos modos, no era lo mismo un bañador que un bikini: a lo mejor un buen bikini no podía distinguirse de la ropa interior, del mismo modo que una buena metáfora no se diferenciaba de una metástasis normal.

—El doctor Olegario Icuña —dijo— lleva siempre una camiseta de tirantes bajo la bata de médico.

—No soporto esas camisetas. Por cierto, ¿no tenías hora con ese médico?

—Sí, voy a arreglarme. Si me quita el bulto, a lo mejor me animo a ir un día a la piscina, por ver cómo es.

Esperó a que Laura recogiera la insinuación, pero ella se limitó a hacer una pregunta exclamativa:

—¿No has ido nunca a la piscina?

—No, por el bulto, pero también por la novela. Tengo que acabarla.

Ella no añadió nada y él comenzó a levantarse con esfuerzo: el sofá era demasiado bajo y los calmantes habían reducido su capacidad motora. Antes de entrar en el cuarto de baño, echó un vistazo a las zonas estratégicas de la bata de Laura, para comprobar que no se notaba que llevaba un bikini. «Todo el mundo —pensó— lleva debajo cosas que no debe.»

El cuarto de baño, en lugar de ventana, tenía un dudoso respiradero de rejilla del que parecía proceder el calor húmedo y espeso concentrado entre las paredes alicatadas hasta el techo. Inhaló con dificultad aquel aire mortal y, tras quitarse la bata, quedándose desnudo, fue a sentarse en el borde de la bañera, que tampoco estaba frío. Los tranquilizantes le habían arrancado la ansiedad, pero le habían sumido en un estado de triste estupor. Empezó a sudar y se entretuvo un rato contemplando las gotas que, como lágrimas, bajaban por su estómago en dirección a los muslos. A través de la rejilla del respiradero empezaron a llegar las noticias locales procedentes de la radio del piso de abajo: iban a subir las temperaturas. Entonces Vicente Holgado vio los pantalones vaqueros y la camiseta de Laura colgados del clavo de la puerta que llamaban percha, y se puso a llorar. Pero era un llanto sin otras manifestaciones que la de las lágrimas. Lloraba igual que sudaba: de un modo pasivo y asombrado.

Cuando estaba solo, y lo normal es que estuviera solo, no cerraba la puerta del cuarto de baño porque le agobiaban los espacios herméticos, como la novela. Había logrado llegar al folio 43 gracias a las pastillas y ahora, también gracias a las pastillas, podía reprimir sin esfuerzo las

ganas de abrir la puerta y salir corriendo. Entonces sonó el teléfono y se incorporó con un ataque de optimismo, esperando que Laura le llamara, pero no le llamó porque no era para él. Colocó el oído en la puerta y oyó que quedaba con alguien para ir a la piscina. Vio resbalar una gota de vapor por los azulejos, como si las paredes hubieran empezado a sudar también, y se puso tenso porque conocía esa señal: casi inmediatamente, el lavabo comenzó a respirar con disimulo, y también el bidé y los grifos. Respiraban con tal cautela que un observador menos vicioso no se habría dado cuenta. Pero él conocía muy bien los espacios cerrados —por eso les tenía miedo— y sabía que dentro de ellos, quizá por la combinación de humedad y calor, la vida brotaba sin esfuerzo, como en los trópicos.

Dentro de la novela pasaba lo mismo: cuando se metía en ella y se quedaba quieto un rato, enseguida notaba la respiración ansiosa de los objetos que acababa de describir y de los personajes que llevaban mucho tiempo sin moverse. Pero la respiración que más se oía era la del bulto de la espalda del protagonista, porque tomaba y expulsaba el aire por los poros, produciendo un sinfín de minúsculos silbidos parecidos a los de la bronquitis. También el doctor Olegario Icuña tenía dificultades respiratorias por culpa de la mascarilla de operar. Cerró los ojos para ver si se le aparecía y lo vio bajo una lámpara de quirófano, sudando como él, mientras manipulaba un cuerpo. Empezaba a operar muy pronto, antes que él a escribir. En realidad, Vicente no escribía nunca antes del anochecer y la mayoría de las veces lo dejaba para el día siguiente.

Se fijó con más detalle en el rostro de Icuña y comprobó que algunas de las gotas de sudor que bajaban por su cara hasta encontrar el freno de la mascarilla eran lágrimas. Lloraba al operar, como él al escribir, pero con lágrimas que tenían la calidad del sudor, igual que las suyas. Tras el tejido verde que le tapaba la nariz y la boca, vio un fruncido de humedad que era como una caricatura de los labios. Por la radio del piso de abajo dijeron que los bomberos habían rescatado a una anciana de un ascensor y que el alcalde iba a inaugurar otra piscina al día siguiente; luego empezaron a emitir música. Vicente Holgado abrió los ojos y en ese instante comprendió que el doctor Olegario Icuña acababa de caer dentro de su novela, con camiseta y todo. La idea le pareció asfixiante, de manera que tomó la bata, abandonada en el suelo, y buscó dentro de su bolsillo una pastilla que tragó con saliva para no interrumpir la respiración del grifo.

Mientras el efecto de esta última pastilla se sumaba al de las anteriores, se hizo cargo de la maldición que suponía que todo cuanto formaba parte de su vida acabara cayendo en la novela, ese pozo del que llevaba años intentando escapar. En lugar de salir él, el resto de la realidad se metía dentro. No podía mirar ni imaginar nada que no se colara enseguida en aquel estrecho espacio narrativo. Desde el día anterior había puesto en el doctor Icuña alguna esperanza de salvarse, como si su aparición fuera un mensaje de que algo bueno estaba a punto de ocurrirle, y ahora resultaba que no era más que un personaje nuevo que enseguida empezaría a reclamar su porción de oxígeno, una porción doble, seguramente, para compensar la barrera de la mascarilla.

Volvió a sonar el teléfono, pero esta vez no tuvo ninguna esperanza de que fuera para él y ni siquiera se movió.

Mientras escuchaba la voz de Laura, que hablaba con alguien de la metástasis de su cuñado, le estremeció la posibilidad de que también ella acabara cayendo en la novela por algún lugar inesperado. La bata blanca, y el hecho de que hubiera querido estudiar para auxiliar de clínica, podían convertirla de un momento a otro en ayudante del cirujano Olegario Icuña. El terror le movilizó hasta donde lo permitieron las pastillas que había tomado y abrió el grifo de la ducha, para que se oyera el ruido, aunque no llegó a ponerse debajo. En lugar de eso, tomó la camiseta de ella del clavo de detrás de la puerta y, procurando no arrugarla, la besó mientras juraba que no permitiría esa caída. Laura representaba los espacios abiertos, las piscinas, los miércoles; aquellos lugares, en fin, donde no era necesario escatimar el aire, y no estaba dispuesto a renunciar a esa ventana que se había abierto en su vida. Antes de cerrar la ducha, se tapó la boca con una esquina de la camiseta, tomando nota de las dificultades respiratorias que implicaba, para cuando tuviese que describir a Olegario Icuña en la novela. Decidió que lo sacaría siempre con la mascarilla puesta para que fuera una presencia inquietante. Luego se mojó un poco el pelo, para producir la sensación de que se había duchado, y salió desnudo al pequeño dormitorio. Cerró la puerta, que había quedado entreabierta, y se puso unos pantalones y una camisa. Prefirió ir sin calzoncillos para compensar el exceso representado por la camiseta del cirujano y el bikini de Laura. Cuando se sentó en el borde de la cama para ponerse los zapatos, la laxitud de sus miembros era tal que comprendió que no sería capaz de llegar a la puerta de la calle. Entonces se acercó al armario y sacó de una chaqueta de invierno una pastilla estimulante que tragó con saliva para no volver al cuarto de baño.

Luego cogió una carpeta del salón y se despidió de Laura con algo de pena.

—Hasta el miércoles —dijo.

—Si te quitan hoy el bulto y necesitas algo, llámame por teléfono —se ofreció ella.

—¿Vendrías? —preguntó él asombrado.

—Claro —dijo—, y, si ves que te da miedo ir solo, dejo lo de la piscina y te acompaño.

Vicente alcanzó la parada del autobús agotado, pero lleno de gratitud, o quizá de amor, por Laura. No permitiría que cayera dentro de la novela, aunque tuviera que dinamitarla o dinamitarse. Los efectos de la pastilla estimulante tardaron un poco en llegar, pero produjeron tal intensidad en su mirada, que la calle se abrió ante él con la magia de un libro troquelado. Había un plano por el que se movían los automóviles y un plano dedicado al recorrido de los transeúntes. Los edificios resultaban un decorado perfecto para ese movimiento de personas y objetos, y una luz líquida, procedente de la parte de arriba de la realidad, matizaba los colores de los semáforos y de los árboles. Ya desde el autobús, vio una señora que sacudía una alfombra por la ventana de un edificio alto. Se movía con tal precisión que ella sola constituía un espectáculo formidable, un

espectáculo y no un signo. El mundo, esa mañana, había perdido todos sus significados y era eso, quizá, lo que además de hacerlo digerible le daba buen sabor.

Entró en la editorial con una decisión que sorprendió al acalorado conserje, sabiendo que su presencia allí tampoco significaba nada. El movimiento en los pasillos era escaso porque la mitad de la gente estaba de vacaciones. Se asomó a un par de despachos vacíos y finalmente se dirigió al del editor, que al parecer se había levantado ese día con la necesidad de humillar a alguien.

—Estamos esperando esta traducción desde hace dos semanas. Ya no sé si nos servirá, Vicente.

El mal humor del editor, como las posturas de la mujer que sacudía la alfombra, le pareció a Holgado un espectáculo insólito. Lo había visto otras veces, pero no se había fijado en su falta de significado, que era lo que le daba una dimensión festiva.

—Te la traigo otra vez dentro de quince días —dijo—; a lo mejor las cosas van hacia atrás y os vuelve a ser útil.

El editor miró a Holgado con cara de desconcierto y cambió de táctica. Apuntó al centro del dolor y dijo:

—Déjala ahí. Le echaré un vistazo. ¿Cómo va tu novela?

A Vicente no le hizo daño esta pregunta porque tampoco significaba nada. De todos modos, le pareció que sería divertido contestar. Dijo:

—Bien, ha entrado un personaje nuevo, un cirujano, que lo va a solucionar todo enseguida. Pero estos días no voy a poder escribir porque van a operarme de un bulto que tengo en la espalda.

Al editor se le puso cara de culpable.

—No sabía nada. ¿Es importante?

—Es delicado, pero tengo mucha confianza en el cirujano. Se llama Icuña, Olegario Icuña. ¿Lo conoces?

—Conozco a unos Icuña de Santander. El padre era cardiólogo.

—Pues éste es el hijo. De lo mejor.

El editor se había instalado definitivamente en la mala conciencia. Preguntó:

—Por cierto, ¿te pagaron la traducción que entregaste la semana pasada?

—No, he estado siete días esperando el cheque, pero ya no sé si me servirá.

—Espera un momento.

El editor salió del despacho y regresó al poco con un sobre y un recibo que ofreció a Vicente.

—Bueno —dijo éste—, tráelo, le echaré luego un vistazo al dinero.

El editor había pasado de la mala conciencia a la preocupación.

—¿Y cuándo te operan?

—Hoy, seguramente. Depende de la biopsia.

Se despidieron en el pasillo y Vicente volvió a meterse en uno de los despachos vacíos para ver algo que le había llamado la atención. Parecía una estenotipia. Enrolló el cable y se lo guardó en el bolsillo. Luego ocultó el aparato como pudo dentro de la carpeta de las traducciones y salió

a la calle con la conciencia de que abandonaba un decorado para meterse en otro. Era mediodía y algunas personas salían de las oficinas cercanas para comer cualquier cosa en las cafeterías de los alrededores. Él no tenía hambre, de manera que deambuló al azar buscando una piscina. Al final un taxista le indicó dónde encontrarla y se dirigió allí con decisión.

No le dejaron entrar porque no llevaba bañador, pero pudo curiosear desde afuera y aquello le pareció el colmo de la sofisticación. El agua era azul, o quizá verde, y las voces de la gente, aunque estaban muy bien conseguidas, parecían el producto de un doblaje: el grito de algunos jóvenes se oía después de que hubieran cerrado la boca. «La banda sonora —pensó— no está bien sincronizada.»

Después, con el bulto de la estenotipia debajo del brazo, cogió un taxi y se fue a casa. Laura ya se había ido dejando el apartamento en penumbra, con las persianas bajadas, para que no entrara el calor. Vicente se dirigió al armario del dormitorio, guardó la estenotipia y cogió otro estimulante del bolsillo de la chaqueta de invierno. Esta vez se lo tomó con un café para sentir el movimiento de los dedos al ejecutar la tarea de colocar el filtro y encender el gas. La precisión de los movimientos musculares era, simplemente, prodigiosa, porque no dependía de su carga significativa. En los espacios cerrados, como el de la novela, lo que no tenía significado no encajaba bien: por eso se sentía tan incómodo allí dentro, porque las cosas no estaban troqueladas con la intención gratuita que se veía en los edificios y en las calles.

Llenó un vaso de agua, lo llevó a la mesa y comenzó a escribir un capítulo nuevo: el personaje llegaba a una clínica donde operaba un tal Olegario Icuña, que era el cirujano jefe del centro. El bulto de la espalda tenía unas dimensiones considerables, y sus raíces debían de ser profundas, por lo que el doctor dudó si intervenir con anestesia total o parcial. Finalmente, decidió dormirlo un poco. Icuña lloró bastante durante la operación, pero sus ayudantes no se dieron cuenta, porque sudaba mucho y unas lágrimas se confundían con otras. De las enfermeras que se movían alrededor del paciente, ninguna tenía la nuca afeitada ni los rasgos de Laura.

El protagonista despertó a las dos horas y no se creía que le hubieran quitado el bulto porque continuaba notándolo, como esos miembros que, aun después de amputados, siguen actuando en forma de fantasma. Se lo tuvieron que enseñar y su tamaño le pareció asombroso. Olegario Icuña habló con el paciente a través de la mascarilla y le prescribió unos antibióticos para prevenir infecciones, además de indicarle cómo debía limpiar la herida.

—¿Y con el bulto qué hacemos? —preguntó.

—Lo analizaremos.

—Pero si no era más que un quiste.

—Es la rutina. Analizamos todo lo que sale de los cuerpos, por si acaso.

El capítulo salió muy largo en relación con los demás, porque Vicente se entretuvo demasiado en los pormenores de la intervención y en la descripción del llanto del cirujano enmascarado. Pero al acabarlo tuvo la impresión de haber terminado la novela porque se sintió fuera de ella, como si al fin alguien hubiera escuchado sus gritos y le hubieran rescatado del ascensor. Es cierto

que quedaba un poco en el aire la cuestión sobre la identidad patológica del bulto, pero el bulto era una metáfora, y no había análisis capaz de detectar la malignidad o benignidad de una metáfora. En cuanto al doctor, era mejor dejarlo como estaba, con la mascarilla, porque seguramente era otra metáfora y las metáforas sin rostro funcionaban muy bien.

Cuando se incorporó, estaba agotado y feliz. Aunque aquéllos eran los días más largos del verano, había empezado a oscurecer. Encendió las luces y se dirigió al cuarto de baño, donde, tras darse una ducha, se puso con la ayuda del espejo unos esparadrapos en la espalda. Luego, desnudo, telefoneó a Laura y dijo que le habían operado y que no se encontraba bien.

—¿Puedes venir? —preguntó.

—En media hora estoy allí.

Se metió en la cama y al rato oyó el roce de una llave sobre la embocadura. Laura estaba abriendo con su propia llave. Entró en el dormitorio mostrándosela a Vicente:

—No me la habían robado.

—Mejor. Ya me he dado cuenta de que lo mejor no es lo peor.

—¿Estás bien?

Laura se acercó a la cama y se inclinó discretamente sobre él. Olía a piscina y llevaba una camiseta con el escote en pico a través del que Vicente observó que no iba con bikini, sino con una ropa interior que se desprendía del pecho por la zona del encaje, como una piel orgánica bajo la que late la mariposa cuya metamorfosis está a punto de completarse. Vicente supo que en ese momento podía pedir cualquier cosa. Dijo:

—Anda, métete aquí conmigo.

Laura sonrió.

—¿Así? ¿Vestida?

—Sí.

—Me quitaré los zapatos por lo menos.

Ella entró en la cama y Vicente, incorporándose un poco, empezó a retirarle la ropa con la delicadeza, mas con la precisión y seguridad, con la que Olegario Icuña le había extirpado el bulto al protagonista de la novela. El sujetador y las bragas parecían hechos de un tegumento fibroso como el de la piel que, al desprenderse, dejaban al descubierto unas formas perfectas, aunque todavía vulnerables, como esa nuca tan desabrigada. Entonces Vicente comenzó a llorar.

—¿Por qué lloras?

—Por nada, es que me he acordado de que tengo un regalo para ti. Está en el armario.

Laura salió desnuda de entre las sábanas y al abrir el armario se encontró de golpe con la estenotipia. La cogió como si fuera un animal pequeño y volvió a la cama con ella.

—Una estenotipia —dijo llena de gratitud. Estaba a punto de llorar mientras acariciaba sus teclas con la delicadeza con que Olegario Icuña acariciaba el bisturí antes de operar.

—Bueno, también tú me regalaste el televisor.

—Pero es en blanco y negro. Y no funciona.

—La estenotipia también es de segunda mano.

Laura abandonó el aparato sobre la mesilla de noche y comenzó a recorrer el cuerpo de Holgado a besos. Al llegar a la zona de la espalda donde estaban los esparadrapos, empezó a quitárselos con el temblor con que él le había quitado antes la ropa, sorprendiéndose de no encontrar ni cicatriz ni bulto. Sonrió con malicia:

—Es mentira, no tenías ningún bulto.

—Ya te dije que el bulto era una metáfora. Lo que me han extirpado ha sido la novela.

—Me parece bien, estás mejor así, más joven.

—Pues tú, con el pelo tan corto, pareces una niña.

Ella se dio la vuelta y Vicente contempló su nuca con la avaricia del que espera encontrar una respuesta esencial para el futuro. Antes de dormirse, quedaron en que al día siguiente, después de que Laura hiciera dos casas, irían juntos a la piscina.

Él no sabía quién era

Cuando Vicente Holgado llegó a Madrid, alquiló un apartamento céntrico y estuvo varios días viendo la televisión y tomando yogures de fresa que compraba en la tienda de la esquina. Le tentaba recorrer las calles al azar, pero tenía miedo de no saber volver o de equivocarse de edificio o de piso y que le detuvieran metiendo la llave en una vivienda que no fuera la suya. Había oído decir que en Madrid, como en todas las grandes ciudades, le atracaban a uno con cierta frecuencia, pero eso no le preocupaba, pues confiaba mucho en sus dotes de persuasión. Tenía, de hecho, preparados varios discursos para el caso de sufrir un percance de este tipo, y estaba seguro de que con cualquiera de ellos convencería al atracador de que buscara otra víctima.

Finalmente, después de haber soportado quince días de encierro en los que se aprendió de memoria el nombre de todas las calles que se cruzaban con la suya, decidió aventurarse más allá de la tienda donde compraba los yogures. Al principio tuvo la impresión de que la gente le miraba, pero después de haber andado media hora se olvidó de las personas y consiguió disfrutar de los edificios. Entró en dos bancos y pidió información para abrir una cuenta corriente reproduciendo las frases y los gestos que había visto en las películas. La cosa fue bien; le entendieron perfectamente y le dieron folletos donde se explicaban las ventajas de las diversas modalidades existentes. También entró en una cafetería, donde pidió un plato combinado, tal como había visto hacer a un personaje en un documental de televisión. La combinación del plato resultó decepcionante, pero Vicente Holgado quedó satisfecho del grado de comunicación alcanzado con el camarero, que le trató con la naturalidad con la que seguramente trataba a sus clientes habituales.

Vicente Holgado se fue creciendo con estas experiencias y continuó andando al azar haciendo consideraciones sobre el alcantarillado y los semáforos. Se le ocurrió que si las calles tuvieran techo resultarían más íntimas, más familiares y no sería preciso el uso del paraguas cada vez que lloviera. Cuando conociera el nombre del alcalde, le escribiría para poner a su disposición esta idea que habría de convertir a la ciudad en una casa grande, donde las calles, en lugar de calles, serían pasillos y las casas, en lugar de casas, habitaciones de una gran mansión llamada Madrid.

Se detuvo para leer un cartel en el que se anunciaba una conferencia con entrada libre. Vicente consultó su mapa y comprobó que el lugar donde se iba a pronunciar estaba allí al lado, de manera que decidió acercarse con la idea de ir haciendo algunos contactos. Cuando llegó, la conferencia principal había terminado, pero ahora subían a la tarima algunos espectadores que contaban al público lo que parecían ser algunas experiencias personales de signo muy variado. Un hombre

contó que su relación con el alcohol le había llevado a destruir todo cuanto en él había de bueno: su familia, su trabajo, sus relaciones personales, su hígado y una cantidad, que no especificó, de neuronas que ahora echaba en falta debido a que era contable, actividad en la que, por lo visto, todas las neuronas son pocas. Afortunadamente, afirmó, cuando ya se encontraba al borde del precipicio había entrado en contacto con el Grupo y a partir de entonces su vida —ya que no su hígado ni sus neuronas— se iba recomponiendo poco a poco. Luego salió una mujer muy delgada y con el pelo rubio que contó una experiencia curiosa. Dijo que un día estaba viendo una película de cárceles por la televisión, cuando en un momento dado las rejas de una celda se cerraron ocupando toda la pantalla. Entonces tuvo la impresión de que quien se había quedado encerrada era ella. Eso le produjo un ataque de angustia tremendo. Al parecer, según contaba, empezó a decirse a sí misma que podía moverse por toda la casa y que podía incluso salir a la calle, lo que demostraba que en realidad no estaba encerrada. Sin embargo, sus sentimientos no conectaban con sus ideas, como si entre ambas cosas se hubiera abierto una brecha, de manera que no podía dejar de sentir que la libertad estaba al otro lado de la pantalla. Entonces se bebió dos whiskys para relajarse un poco, pero el alcohol acentuó la angustia y al final salió corriendo a la calle gritando a todo el mundo que estaban encerrados, que la libertad estaba al otro lado de las pantallas de los televisores. Afortunadamente, añadió, en este deambular enloquecido por las calles se encontró con un miembro del Grupo que con enorme paciencia le explicó que detrás del televisor no había nada, que en uno de esos aparatos, por grande que fuera, ni siquiera cabía un ser humano. En definitiva, que el Grupo la había salvado de caer en las garras de la locura y que ahora estaba llena de buenos sentimientos hacia sí misma y hacia los otros. A continuación intervino el que parecía ejercer las funciones de moderador y explicó que lo que le había pasado a esa mujer es que había perdido las nociones de dentro y fuera, de manera que creía que estar fuera consistía en estar dentro y viceversa. De ahí que padeciera claustrofobia cuando en realidad debía haber padecido agorafobia. Por lo visto, según afirmó el moderador, quienes padecían de una cosa cuando en realidad debían padecer de otra estaban expuestos a grandes peligros, pues al no distinguir entre interior y exterior podían convertir una úlcera de colon en un infarto ocular y quedarse ciegos. A continuación explicó las diferencias entre el esqueleto interno y el esqueleto externo alcanzando algunas conclusiones que Vicente Holgado no llegó a entender.

Seguidamente, el moderador invitó a que subiera a la tarima otro de los asistentes para contar su historia. Esta vez no se movió nadie y durante unos segundos se palpó en el ambiente un clima de incomodidad, de desasosiego, que Vicente no pudo soportar. De manera que se levantó y subió al estrado. Cuando miró de frente al público y vio todos aquellos ojos pendientes de él, sintió que su destino se estaba cumpliendo. Entonces habló y dijo que se había visto varias veces a sí mismo deambulando por una ciudad grande y desconocida. Explicó que estas visiones solían producirse cuando estaba solo en casa y con los ojos entornados, preferentemente recostado sobre una butaca. Se veía caminar por calles sin tejado con un abrigo azul de anchas solapas y unos días con bigote y otros días sin él. Lo que le llamaba la atención, explicó, es que aunque sabía que el sujeto de la

visión era él, ignoraba a qué se dedicaba. No sabía si era ingeniero, orador o perito agrícola, por citar sólo tres profesiones; lo único que sabía es que era él, que tenía un abrigo azul y que se dirigía a algún sitio con los movimientos firmes de una máquina. A veces hacía viento y se despeinaba, pero él continuaba andando con la mirada puesta en algún sitio que no llegaba a salir en la visión; otras veces llovía y se mojaba, pero tampoco la lluvia parecía afectar a su mirada; había ocasiones en las que no hacía viento ni llovía, pero entonces nevaba y sobre sus hombros se iban depositando los copos con la naturalidad con la que se deposita la nieve sobre las irregularidades de una estatua. Pero tampoco eso afectaba a la maquinaria que regulaba su poderoso caminar. Vicente Holgado dudó si seguir añadiendo inclemencias atmosféricas a la visión, pues observó que el público estaba encandilado. Decidió que no, que lo bueno, si breve, etcétera. Además, introducir ciclones y huracanes habría afectado seguramente a la verosimilitud del relato. Prefirió insistir en el problema de la identidad. La cuestión, dijo, es que aun sabiendo que ese hombre soy yo, no sé quién soy a ciencia cierta. Dios mío, no sé quién soy ni adónde me dirijo. Es verdad que a lo mejor voy a trabajar o a poner un telegrama, pero también puedo ir a cometer un crimen o a perpetrar un adulterio. He intentado seguir a ese sujeto que soy yo por el interior de la visión, pero cuando llega a una esquina se detiene, mira en torno y la visión se esfuma para dar paso a otra visión que es el anuncio de un detergente.

El dramatismo de las últimas frases parecía haber sobrecogido al público, de manera que Vicente Holgado se sintió dueño de la situación. Recordó que los participantes anteriores habían hecho alusión al alcohol y al Grupo, por lo que decidió cerrar su intervención del mismo modo. Entonces, añadió, me levanto de la butaca y sin dejar de ver el anuncio superpuesto sobre los muebles de mi casa, me dirijo a la cocina y me tomo una copita de Anís del Mono; en ese momento finaliza el anuncio y lo que veo a continuación es un grupo de personas como este que tiene la amabilidad de escucharme.

Intervino a continuación el moderador, que parecía algo desconcertado, y explicó que el sentimiento de robotización solía darse en bebedores de anís y en consumidores de marihuana. El percibirse a sí mismo como un robot, añadió, es característico de sujetos cuya capacidad de sufrimiento había sido desbordada por algún hecho atroz. Por eso en la visión de Holgado no había ninguna inclemencia atmosférica capaz de alterar los movimientos del sujeto visionado, porque era un robot y no un ser humano. A Vicente le pareció muy interesante la interpretación del moderador, aunque él no era bebedor de anís, ni consumidor de marihuana, ni recordaba haber padecido un hecho atroz a lo largo de su existencia.

La sesión terminó y los participantes fueron saliendo en grupos a la calle. Una mujer de mediana edad se acercó a Vicente y le cogió del brazo caminando en su misma dirección.

—¿Es la primera vez que vienes? —preguntó.

—Sí, pero me ha gustado mucho y voy a venir más veces. ¿Estas cosas las organiza el alcalde?

—No, no, esto es una sociedad privada, una secta llamada Grupo. Yo no creo en ella, pero ellos creen que sí y así tengo donde ir algunas tardes. Soy miembro asociado; o sea, que estoy

dentro y fuera al mismo tiempo, porque lo que no soporto es que me manden a vender pañuelos de papel a un semáforo, que es lo que hacen con los integrados. Tampoco soy alcohólica, pero hago como que sí, porque lo que más les gusta es rehabilitar.

—¿Rehabilitar edificios? —preguntó Holgado, que había leído antes de llegar a Madrid unos folletos del ayuntamiento donde se hablaba de la recuperación del casco antiguo.

—No, hombre, rehabilitación quiere decir que si tú, por ejemplo, eres borracho, entras en el Grupo y dejas de serlo.

—¿Para qué?

—Pues eso, para hacer otras cosas, no vamos a estar todo el día viendo la tele o cuidando niños. Cuando ya eres una cosa, lo normal es que quieras convertirte en otra. Por cierto, que me ha gustado mucho tu visión porque yo, a veces, cuando me meto en la cama y cierro los ojos, veo a un hombre como el que has descrito. Y es verdad que no sé ni quién es, ni en qué ciudad está, ni adónde se dirige.

—Pero si ese hombre soy yo.

—Ya, pero tú mismo has dicho que aun sabiendo que eres tú no sabes quién eres.

—Es verdad, lo que pasa es que en conversaciones rápidas como ésta me dan ataques de identidad y me creo que soy alguien, como el alcalde, por ejemplo.

—Pues a mí me pasa también que no sé quién soy y tampoco estoy segura de que esta ciudad sea Madrid. A ver, ¿por qué no podemos estar en Copenhague o en París, por ejemplo? ¿Quién nos garantiza que esta ciudad es Madrid?

—No digas eso, que me da miedo, porque yo tengo alquilado un apartamento en Madrid; como estemos en Copenhague, ya me dirás dónde duermo esta noche.

En esto, Vicente Holgado vio a un sujeto consultando un mapa. Se acercó a él y le preguntó:

—Perdón, usted que parece informado, ¿podría decirme si esta ciudad es Madrid?

—*Ai don úndestan* —contestó el sujeto.

—La jodimos —dijo Vicente Holgado a la mujer—, me parece que estamos en el extranjero.

—Bueno, no te apures. Acompáñame a recoger al niño y luego te llevo a un acto de otra secta que empieza a las ocho.

Vicente acompañó a la mujer hasta un colegio, donde recogieron a un niño de ocho años con gafas.

—Seguro que tiene fiebre —dijo la mujer.

—He tosido mucho —afirmó el niño— y he vomitado la comida.

—Lo hace por fastidiarme —insistió ella—; como no le gusta que vaya a las sectas, se pone enfermo un día sí y otro también.

La mujer sacó una aspirina del bolso y se la hizo tragar al niño sin agua.

—Le puede producir una úlcera —señaló Holgado.

—No importa, como este imbécil no sabe lo que es dentro ni lo que es fuera, a lo mejor en lugar de la úlcera le da un infarto ocular y se queda ciego. Así no gastamos en gafas, que cada

semana rompe un par.

—Estar ciego tiene sus ventajas —apuntó Vicente.

—Ahora, en España, los que mandan son los ciegos —dijo la mujer.

—Sí, pero me parece que estamos en América —añadió Vicente señalando un edificio en el que ponía Burger King.

—Pues yo habría jurado que estábamos en Copenhague.

—¿En Copenhague también hay Telecinco? —preguntó el niño.

Cuando llegaron al lugar donde se desarrollaba el acto de la otra secta, la mujer le dijo a Vicente si no le importaba quedarse fuera con su hijo, pues ese día no dejaban pasar niños porque iban a hablar de la muerte y del más allá.

Vicente y el niño se quedaron en la calle, cogidos de la mano. Hacía frío y un viento como el de la visión de Vicente cuando no sabía quién era, ni en qué ciudad estaba, ni adónde se dirigía. Entonces comenzó a andar con el niño cogido de la mano y atravesaron calles y avenidas sin saber quiénes eran ni en qué ciudad estaban ni adónde se dirigían. La noche se iba cerrando como una cremallera sobre los edificios y la niebla parecía agruparse en torno a la luz de las farolas. Entraron en una calle solitaria y continuaron caminando como dos máquinas de acero. Empezó a nevar y la nieve se depositaba sobre los hombros de Vicente y del niño como se deposita sobre las estatuas de los parques, sin que afectara a su manera de estar en el mundo. El niño se cogía con fuerza a Vicente, que se sentía traspasado por una corriente de calor que era ternura, aunque él no lo sabía. Entonces se detuvo, entornó los ojos y se vio a sí mismo recorriendo una calle con un niño que era su hijo. Y aunque no sabía en qué ciudad estaba ni quién era ni adónde se dirigía, tenía la certeza de que ese niño era su hijo y que, mientras fueran de la mano los dos, los atracadores no se atreverían a atracarlos, la lluvia no los mojaría, la nieve no los traspasaría. Los dos eran un grupo indestructible, poderoso, único. Podrían estar andando toda la eternidad sin cansarse hasta llegar al lugar que les estaba destinado; entonces, cuando alcanzaran ese sitio, sabrían quiénes eran y habría valido la pena caminar por calles sin tejados, por ciudades desconocidas. Se detuvo y tocó la frente del niño con la mano.

—¿Tienes fiebre, hijo? —preguntó.

—Sí, pero me da gusto porque siento las ingles.

—¿Caminamos, pues, un poco más?

—Sí.

A la derecha se abrió una avenida con árboles. Vicente Holgado sintió que sus dedos, trenzados a los del niño, eran las raíces de un árbol que había empezado a crecer en el interior de su pecho y que se alimentaba de la fiebre del pequeño. Empezaron el camino sin horizonte de aquella avenida y Vicente supo que ya nunca volvería a tener miedo de no saber regresar.

Ella me esperaba en la farmacia

Siempre he ido a la oficina por el mismo camino, aunque hubiera otro, del mismo modo que siempre comienzo a cepillarme la boca por el lado izquierdo, aunque también tenga dientes en el derecho. No se trata de una costumbre ciega, sino de un acto deliberado que me protege de la mala suerte. Vivo solo y trabajo para una empresa que me obliga a viajar con frecuencia, de manera que combato este desarraigo con la creación de una pequeña patria portátil cuyo territorio no es otro que el de las manías. Siempre me levanto con el pie derecho, por ejemplo, y cuento hasta veinticinco en voz alta antes de entrar en el cuarto de baño, para dar tiempo a que los espíritus que pasan allí la noche se metan en sus rendijas. No me importa compartir mi piso con otras presencias si hay un acuerdo básico en cuanto a las horas en que debe utilizarlo cada uno.

Con el paso del tiempo, pues, he ido coleccionando un número estimable de obsesiones que llevo de un lado a otro a modo de defensa frente a los impulsos autodestructivos que, como la gripe, suelen atacarme una vez al año. Sobre estas obsesiones o manías he levantado mi discreta historia, mi solitaria biografía, mis personales ambiciones de gloria.

Cuando me destinaron a esta ciudad y alquilé esta casa, advertí enseguida que podía ir a la oficina por dos calles diferentes y paralelas, pero elegí la de la mano izquierda, la del reloj, con el pensamiento supersticioso de que, si algún día tomara la de la derecha, llegaría tarde o me ocurriría alguna desgracia. Dentro del camino de la izquierda, suelo coger la acera de la derecha por una cuestión de equilibrio. La simetría es otra de mis obsesiones; nunca parpadeo, por ejemplo, más veces con un ojo que con otro: me quedaría ciego del menos favorecido.

La cuestión es que elegí la calle de la izquierda, la de la puntualidad, y por ella iba y venía todos los días del trabajo contando los pasos que daba y agrupándolos imaginariamente en conjuntos de veinticinco. Pero una mañana sucedió algo: empecé a imaginar que por la calle de la derecha caminaba, al mismo tiempo que yo, un doble mío, pero un doble femenino, o sea, que, a pesar de ser exactamente igual que yo, él —o ella— era una mujer, aunque eso sólo lo sabíamos ella —o él— y yo. La idea, una de tantas que se le ocurren a uno al cabo del día, me turbó y pasé muy mala noche, dominado por una excitación sexual sin salida.

Al día siguiente decidí no ir a la oficina, pero a partir de las diez empecé a imaginarme a mi doble en la calle de la derecha, esperando que yo diera el primer paso por la calle de la izquierda para ponerse a su vez en movimiento, y no lo pude resistir: me vestí, salí, y a los dos o tres pasos se me había pasado la angustia, pero en su lugar empezó a crecer de nuevo una excitación sexual insoportable. Cada paso que daba sobre el empedrado de la acera crecía uno o dos centímetros mi excitación a expensas del escote negro de mi doble, cuyo cuerpo se inflamaba a la vez que el mío

en la calle de al lado. Aceleré el paso y ella se apresuró también, y yo supe que, a pesar de encontrarme en una calle distinta de la suya, ella notaba en sus propias piernas las dificultades de acoplamiento que se producían en el espacio situado entre las mías, del mismo modo que yo percibía en mis ingles el roce de sus bragas. En algún momento, la confusión entre su excitación venérea y la mía fue tal que yo sentí en mi cuerpo el peso de sus dos pechos poderosos y el endurecimiento de los tejidos en torno a los pezones.

Llegué a la oficina en un estado de agitación indeseable, y conseguí refugiarme en el despacho sin que me viera nadie. Derrumbado sobre la silla, cerré los ojos y entonces vi la calle por la que se movía mi doble —la de la derecha— y a ella detenida en medio de la gente, buscándome. Al verme sonrió con una mueca que era más mía que suya e hizo un gesto para que la siguiera. Caminé detrás de ella y, de súbito, la calle por la que nunca había ido empezó a resultarme familiar: sus tiendas, sus portales, su circulación de bicicletas maltrechas y de transeúntes cansados conectaba con algún registro de mi memoria sentimental. Pasamos frente a una carbonería, donde me pareció escuchar la agonía de alguien; luego, ella se detuvo frente al escaparate de una mercería, que parecía un cuadro de un pintor americano, y movió el culo sabiendo que yo estaba detrás moviendo el mío. Así que, sin dejar de encontrarme en el despacho, estaba a la vez en aquella calle detrás de una mujer cuyo cuerpo era al mismo tiempo el mío.

Ella continuó andando y yo detrás hasta llegar a una farmacia en la que entró. Me detuve un momento en el escaparate, que gracias al paso del tiempo había empezado a parecer también una obra de arte, y después fui empujado al interior por la agitación sexual que me dominaba. Ella estaba detrás del mostrador y, en lugar del traje negro, llevaba ahora una bata blanca cuyo tejido se ajustaba con docilidad a sus volúmenes. Me pareció que del lado de la realidad venía un sonido como de teléfono, pero interpreté que no me concernía y pedí una venda.

—Creo que me he dislocado la muñeca —mentí.

—Siéntese ahí, yo misma se la vendaré —dijo ella.

Me senté en una banqueta, junto al peso; ella salió del mostrador y, tras cerrar con llave la puerta del establecimiento, vino a arrodillarse junto a mí. Enseguida noté sus dedos explorando mi mano, pero sabía que no buscaba en sus articulaciones otra cosa que el pulso de mi deseo. No habría renunciado a aquella escena por nada; es más, si hubiera tenido que entregarle a aquella mujer todas mis obsesiones a cambio de los besos que, de repente, había empezado a abandonar en mi mano, se las habría dado con gusto, aun sabiendo que con ellas le entregaba mis armas y que en el futuro estaría indefenso frente al acecho de la locura, pues de eso me salvaba fundamentalmente la rigidez de las costumbres: de la locura con la que llevo pactando desde que tengo uso de razón.

El caso es que ella estaba ya chupando mis dedos sin dejar de mirarme con idéntico ardor a aquel con el que yo la contemplaba, cuando escuché unos golpes provenientes del lado de la realidad y, enseguida, el gemido de una puerta al abrirse. Levanté un poco los párpados para ver qué pasaba y vi a mi secretaria detenida a la entrada del despacho con cara de espanto. Ignoro qué

es lo que había visto en mi rostro, pero me apresuré a fingir un desmayo para justificar la alteración de mis facciones.

Cuando pasó todo, tuve que inventar mil causas para justificar los estertores de muerte con los que por lo visto la había obsequiado. Luego le pedí que me dejara solo y me entregué al recuerdo de aquella fantasía impuesta, aunque ignoro por quién, cuya intensidad había alcanzado el grado de un suceso real. Todavía podía sentir en algunas zonas estratégicas de mi cuerpo la presión de su ropa interior, pues lo más raro de todo es que ella era yo: que no nos pareciésemos en nada no excluía el hecho de que fuéramos idénticos —o quizá idénticas.

A partir de ese día no pude concentrarme en nada, porque mi imaginación estaba permanentemente ocupada por las escenas de la farmacia, que se repetían una y otra vez sin que su contemplación llegara a saciarme. Por las mañanas, antes de ir a trabajar, me asomaba al balcón y desde allí contemplaba melancólicamente la calle de la derecha, que empezó a configurarse como un territorio mítico en el que sucedían cosas inexplicables. A veces fantaseaba con la posibilidad de dirigirme a través de ella al trabajo, pero cuanto mayor era la tentación, más grande era también el temor supersticioso que ese deseo me inspiraba.

Llegó el sábado y fui a comprarme ropa. Hacía mucho tiempo que no renovaba mi vestuario, pues no encuentro placer en ello. Sin embargo, aquel día me apeteció acercarme a la zona comercial y ojear escaparates. La verdad es que mientras me probaba pantalones y chaquetas tenía la impresión de que la estaba vistiendo a ella. Entraba en los probadores más turbado que un adolescente y cuando miraba en el espejo cómo me caía la ropa, sentía en todo el cuerpo una gratitud que parecía proceder de su mirada. Nunca he prestado atención a las prendas interiores, pero ese día las elegí con cuidado, como si fueran para ella más que para mí.

Después fui a comer a un restaurante de lujo y pedí ostras con champán. Recuerdo que cuando la carne de la ostra resbalaba por mi garganta, yo tenía la impresión de que se dirigía al interior de su cuerpo y no al del mío. El champán empezó a aturdirme enseguida, pero en realidad la aturdida era ella. En algún momento me pareció que mis calzoncillos se habían transformado en unas bragas muy ligeras que comenzaban a humedecerse. Separé un poco las piernas y gemí de placer al percibir el roce de los encajes. Todo era muy confuso, porque, a la vez de eso, sentía una erección que, aunque tenía lugar en otra parte, me concernía del mismo modo que si se estuviera produciendo entre mis piernas.

Llegué a casa a punto de estallar de placer, pero también de amor, y me metí en la cama. Al cerrar los ojos, vi de nuevo la calle de la derecha y la recorrí hasta llegar a la farmacia. Detrás del mostrador estaba ella, esperándome. Pedí una venda, como siempre, y ella, tras echar el cerrojo, vino a tocar mi mano para localizar la articulación desencajada. Llevaba el traje negro del primer día con el escote en pico y a través de él, mientras me vendaba, yo miraba sus pechos, y, aunque los veía fuera de mí, los sentía en mi cuerpo, como sentía su saliva dentro de mi boca o su locura en el interior de mi cabeza.

Le pedí que se quitara el traje y se subiera al mostrador, de manera que pudiera observar todo

su cuerpo, y ella me complació con una docilidad que era más mía que suya. Así que enseguida advertí que quien en realidad babeaba a cuatro patas sobre el mostrador era yo, mientras que ella —o sea, yo— desde abajo me pedía que aullara como una gata en celo.

Pasamos todo el fin de semana en la cama, o sea, en la farmacia, y el lunes me levanté agotado, febril, y con el sentimiento de que mi vida no tenía otro sentido que el de acceder a aquella calle estrecha por la que se llegaba a la farmacia. Me vestí con las ropas que había comprado el sábado, y aunque todas las prendas eran masculinas, yo sentía en mi cuerpo el roce de unos encajes femeninos y, al cerrar los ojos, podía ver mi culo ceñido por una falda negra en la que se marcaban todas mis formas —las de ella.

Como durante aquellos dos días había abandonado mis ritos e incluso había entrado varias veces en el cuarto de baño sin avisar a los espíritus de mi presencia, me impuse, para compensar esta falta, un pequeño castigo consistente en recorrer tres veces el pasillo en las dos direcciones a la pata coja. Al principio fue todo bien, pero a la segunda vuelta, cada vez que saltaba, no podía dejar de imaginar los pechos de ella moviéndose hacia arriba y hacia abajo para escapar de los límites del escote. La excitación fue tal que regresé a la cama antes de cumplir la penitencia y allí pasé todo el día, en la farmacia, quiero decir. Me llamaron de la oficina, pero dije que estaba enfermo, y era verdad, aunque tuve que imitar mi voz, pues a veces, sin querer, me salía la de ella.

Al día siguiente, no se veía nada a causa de la niebla. Desde mi terraza intenté divisar las dos calles que conducían a la oficina, pero toda la realidad permanecía oculta bajo aquella gruesa nube que invitaba al extravío.

Bajé al portal y, haciendo como que me equivocaba por culpa de la niebla, me metí en la calle de la derecha y empecé a recorrerla con el corazón en la garganta. Entonces la niebla se hizo menos densa y pude distinguir los portales y los rostros de la gente que se cruzaba conmigo. Sentí una gran opresión en el pecho al darme cuenta de que era la calle de mi infancia, pero en esa angustia había también mucha felicidad, como cuando de niño me espantaba frente a aquellos sueños que al mismo tiempo me hacían tan feliz. Me detuve junto a la carbonería en la que murió de mala suerte el hijo del carbonero, que presumía de no tener obsesiones, y después me dirigí con resolución a la farmacia. Mi madre estaba atendiendo a un señor que decía que se había dislocado la muñeca. Yo sabía que era mentira y no entendía muy bien por qué ella se prestaba a vendarle la mano en una postura que le permitía al otro asomarse a su escote. Mientras los maldecía desde el otro lado del mostrador, parpadeaba con los dos ojos a la vez para no quedarme ciego de ninguno y contaba los frascos de las estanterías agrupándolos en conjuntos de veinticinco. Al mismo tiempo imaginaba que ya era mayor y que trabajaba en una ciudad lejana, donde un día, al dar la vuelta a una esquina, me encontraba con aquella calle donde mi madre tenía una farmacia.

La memoria de otro

Vicente Holgado se presentó a la policía con una historia increíble: por lo visto, estaba en su despacho, consultando en su agenda la actividad de la jornada, cuando le asaltó un recuerdo que no le pertenecía. En el recuerdo se veía a sí mismo contratando los servicios de una prostituta en una esquina que no le resultaba familiar. Por si fuera poco hablaba con la prostituta en francés, idioma del que Holgado sólo conocía algunos rudimentos.

El policía que tomaba nota de la declaración dejó de mecanografiar en este punto, y contempló al declarante por encima de las gafas como intentando averiguar por su aspecto si se trataba de un loco peligroso o de un loco a secas. Cuando dedujo que no era peligroso, le recomendó que canalizara su denuncia a través de cualquiera de las numerosas revistas dedicadas a airear asuntos paranormales.

Holgado salió a la calle espantado de haber perdido el sentido de la realidad hasta el punto de acudir a la policía con tal historia. Sin embargo, los recuerdos de sí mismo pensando en francés y caminando por las calles de una ciudad desconocida aumentaron durante las semanas siguientes. Naturalmente, ya no le habló a nadie del asunto y procuró mantener en su casa y en su trabajo una actitud que no delatara esta rareza. Es cierto que durante un tiempo temió estar volviéndose loco, pero después de que se habituara a tener estos recuerdos y, sobre todo, al comprobar que no eran especialmente destabilizadores, no sólo los aceptó, sino que acabaron constituyendo un escape emocional para una vida como la suya, quizá excesivamente reglamentada y sometida a pautas.

El otro, «el francés», como empezó a llamarle, tenía menos prejuicios que él. Salía con frecuencia a cenar con gente ruidosa y luego alternaba por locales nocturnos de sexo y diversión que Holgado jamás se habría atrevido a frecuentar, no por un remilgo moral, sino por un miedo fantástico a diluirse en estos ambientes si llegaba a tener algún contacto con ellos. Con frecuencia, cuando pasaba por delante de establecimientos dedicados al comercio del sexo o de la pornografía, aunque aceleraba el paso, soñaba con entrar en aquellos templos del pecado. Quizá lo hubiera hecho de conocer el código de comportamiento para moverse en sus oscuros interiores.

Con el paso del tiempo, en fin, Holgado se acostumbró a estar habitado por estos recuerdos de cosas que no le habían pasado —ya que nunca había sido francés—, como otros se acostumbran a llevar un grano en algún lugar oculto a la mirada de los otros. Y aunque a veces tenía que reconocer ante sí mismo que «el francés» era una especie de enfermedad moral, acabó por disfrutar del recuerdo de sus hazañas amorosas con la pasión con que un mirón goza de lo que sucede al otro lado del ojo, del suyo y del de la cerradura. Además, lo cierto es que al final, según pudo comprobar Holgado, la vida de «el francés» parecía tan reglamentada como la suya: todos

los días las mismas diversiones, las mismas copas, las mismas mujeres, idénticas resacas y remordimientos de conciencia. Los reglamentos de «el francés» y el suyo sólo eran distintos en lo que se refería al tipo de actividades que tenían que regular, pero la disciplina era la misma. Holgado se preguntaba si el otro envidiaría los aspectos convencionales de su existencia tal como él había deseado sus excentricidades, sobre todo porque, a medida que envejecían, «el francés» parecía ir encontrado menos placer o menos sentido en sus correrías nocturnas, como si acudiera a ellas por obligación, como otros van a la oficina.

Holgado comenzó a preocuparse por él y esta preocupación le volvió algo taciturno. Además, empezó a tener recuerdos, hasta entonces inéditos, en los que «el francés» aparecía en lo que debía de ser su casa, siempre discutiendo con una esposa que permanecía en una silla de ruedas desde la que parecía dirigir el mundo. A Holgado le amargaban estas escenas, pues aunque no comprendía lo que decía cuando hablaba en francés, intuía por el tono y los gestos con los que acompañaba sus palabras que aquellas discusiones iban más allá de lo que suele considerarse una pelea conyugal.

Un día, al poco de jubilarse, estaba tomando el sol en la terraza de su casa, cuando su memoria empezó a funcionar inopinadamente y se vio a sí mismo estrangular en francés, con una media de seda natural, a su esposa francesa en la silla de ruedas. La escena fue tan desagradable que cayó enfermo, lo que le obligó a guardar cama un mes. Durante este tiempo, no tuvo ningún recuerdo de su personalidad francesa, pero vivió atemorizado por esta amenaza: no habría podido digerir las escenas en las que se deshacía del cadáver o, peor aún, no podía siquiera soportar la idea de haber sido detenido por este crimen y de encontrarse, a su edad, en la cárcel.

Pasado este tiempo, se levantó y empezó a pasear por el pasillo de la casa bajo la continua atención de su familia. Sólo tomaba caldos y algunas verduras: había perdido durante la enfermedad el gusto por la comida, pues todo lo que se metía en la boca le sabía a tierra. Los recuerdos de cuando era francés, por fortuna, continuaban sin aparecer. Un día, meditando sobre esta rareza que le había acompañado a lo largo de su vida, pensó que quizá ya no recordaba nada porque «el francés» había muerto en el acto de estrangular a su esposa, bien por un ataque cardíaco provocado por el esfuerzo, o bien porque ella había conseguido clavarle unas tijeras que solía llevar sobre el regazo antes de expirar. De súbito supo por qué desde entonces todo le sabía a tierra y cayó al suelo fulminado por un colapso antes de que el terror alcanzara un grado insoportable.

Vicente va a París

Vicente Holgado tuvo que aplazar su luna de miel por culpa de los negocios. La misma tarde de la boda, su jefe le comunicó que tendría que viajar al día siguiente a París para cerrar un acuerdo importante en el que él mismo había trabajado durante los últimos meses. En otras circunstancias se habría negado, pero la empresa atravesaba una situación difícil y no le pareció prudente, a pesar de la oposición de su mujer, escatimar su colaboración en esos momentos. Serían dos días, tres como mucho, y luego podrían hacer las cosas tal y como habían previsto.

La discusión con su mujer le provocó un desasosiego del que todavía no había conseguido liberarse cuando llegó a París. Además, en el avión había estado imaginando una serie de desastres que acababan con su existencia conyugal, apenas comenzada. Se fue directamente al hotel y antes de quitarse la chaqueta habló por teléfono con ella, que se mostró distante y fría. Holgado tuvo la impresión de que no le perdonaría nunca este incidente y esa idea ensombreció aún más su ánimo. Deshizo la maleta con el gesto de quien realiza una autopsia y guardó la ropa interior y las camisas en los cajones del armario dejando uno vacío, según su costumbre. Después se sentó en el borde de la cama e intentó repasar la estrategia adecuada para la reunión con los colegas franceses.

Pero en lugar de pensar se puso a contar los cajones del armario, cuya puerta había quedado abierta. Los contó en todas las direcciones posibles, de dos en dos, de tres en tres, llegando siempre a resultados idénticos. Sabía que esta manía de contar era un mecanismo obsesivo que se disparaba en él cuando se encontraba bajo el peso de una premonición, pero tal conocimiento no le servía para enfrentarse a la angustia de otro modo. Faltaban dos horas para la reunión y pensó que si se entretenía aún diez o quince minutos realizando estas absurdas operaciones aritméticas se tranquilizaría lo suficiente como para poder preparar su intervención.

En esto, al contar por enésima vez los cajones desde abajo hacia arriba, le salió un cajón de menos, lo que interpretó como un presagio de algo malo. ¿Cuál de ellos se habría saltado? ¿A cuál habría condenado a la inexistencia? Se levantó y cerró de un golpe la puerta del armario. Después se sentó frente al pequeño escritorio y observó las cuartillas y los sobres con membrete del hotel cuidadosamente dispuestos sobre un rectángulo de piel. Escribiría a su mujer una carta apasionada que le haría olvidar este primer tropiezo de su matrimonio.

Apenas había escrito el encabezamiento cuando descubrió a la derecha del mueble una fila de cajones insignificantes que contó automáticamente de dos en dos y de arriba abajo. Le salió un número par; sin embargo, al repasarlos en dirección contraria volvió a faltarle un cajón. Una oleada de malestar le impidió continuar la carta. Abatido, se tumbó sobre la cama y se acordó de

su primer escritorio: se lo regalaron sus padres al comenzar el bachillerato y tenía tres cajones que durante aquellos años había contado cada vez que quería conjurar algún peligro. Siempre le habían salido tres y quizá gracias a eso había sobrevivido a la adolescencia y, más tarde, a la juventud. Ese rito mágico de contar los cajones obteniendo siempre el mismo resultado le puso a salvo de innumerables peligros. Uno de los cajones, el del centro, lo tenía cerrado con llave, aunque vacío: se trataba de hacer creer a sus hermanos que poseía algún secreto. Aquel vacío, sin embargo, había adquirido con el paso de los años una complicada y misteriosa utilidad: cuando no quería ir al colegio abría el cajón y colocaba dentro de él un calcetín enrollado en forma de bola: según la zona donde lo colocara, Vicente enfermaba de una u otra zona de su cuerpo.

Llegó un momento en el que aquella actividad empezó a asustarle y se deshizo del calcetín, pero mantuvo el cajón cerrado y vacío. Esta costumbre le acompañaría a lo largo de su vida, de manera que en todas las casas en las que vivió y en todos los hoteles por los que pasó siempre mantuvo un cajón vacío como remedio contra las enfermedades y la mala suerte. Ahora sentía como si en el centro de aquel cajón primitivo alguien hubiera puesto de nuevo el calcetín; el centro era la zona que correspondía al pecho, y allí es donde permanecía concentrada, como un nudo, la angustia.

Llegó a la reunión agotado, aunque aún confiaba en su capacidad de improvisación para hacer frente a las dificultades que surgieran en ese último tramo de la negociación. Pero apenas habían comenzado a discutir cuando vio en el extremo de la sala un mueble lleno de cajones. Sin dejar de prestar atención a lo que decían los otros, comenzó a contarlos de izquierda a derecha y después de derecha a izquierda, obteniendo el mismo número. Le pareció que las cosas podrían arreglarse todavía. Luego inició la cuenta desde abajo, desde la fila de la izquierda, con idénticos resultados. El nudo de angustia se aflojó y algo parecido a la alegría estalló en su pensamiento. Probó todas las combinaciones posibles y, finalmente, se arriesgó a contarlos en diagonal, pero en esta última operación volvió a faltarle uno.

Inmediatamente se desmayó y tuvieron que sacarlo de la sala. El nudo de angustia había crecido de repente hasta ocupar todo el territorio de su pecho. Cuando llegó al hotel, se metió en la cama y de súbito se acordó de que en su nueva casa había dejado también libre un cajón de su armario, aunque sin advertirle a su mujer que no lo tocara. Telefonó y habló con ella, que seguía enfadada. Cuando Vicente le preguntó qué estaba haciendo, ella respondió que había estado ordenando los cajones y que había guardado todos sus calcetines en uno que había encontrado vacío.

El ojo vago

Los padres de Vicente Holgado pensaron durante mucho tiempo que su hijo era tonto, y aunque no por eso le retiraron su afecto, tampoco le apoyaron frente a los retos de orden intelectual a los que hubo de hacer frente en la escuela o, más tarde, en el colegio. Sus dificultades con los libros no hacían sino confirmar esa idea que se habían formado acerca del niño, al que contemplaban con un gesto de cariño que llevaba incluida una porción de pena. Jamás hablaban entre ellos de esta minusvalía de su hijo, pero tampoco hacía falta: la convicción circulaba a través del grupo familiar a la velocidad con que las ideas circulan a través del silencio.

Las tristes noticias que este silencio elocuente iba llevando de uno a otro llegaron también al interesado, quien acabó por tener un concepto muy pobre de sí mismo. A veces, en la soledad del cuarto de baño, contemplaba su rostro en el espejo y la geografía facial le confirmaba lo que le decían sus padres con sus excesivos cuidados, con sus besos: que era tonto, tal como delataba aquella mirada opaca, aquellos labios poco musculados, o aquella barbilla que parecía tener prisa en retirarse hacia el territorio del cuello, como si le diera miedo competir con la nariz, donde residía el centro de gravedad del rostro.

Vicente Holgado no tuvo grandes dificultades en aceptar su minusvalía, quizá porque supo valorar desde muy pronto todas sus ventajas: se le exigía menos que a los otros, recibía más cuidados, y entre sus compañeros no se le tenía en cuenta cuando se trataba de resolver cuestiones complicadas o tomar decisiones que incluían algún riesgo. Vivía, pues, en un limbo desde el que contemplaba un mundo de responsabilidades que no le concernían, pero de las que, en general, se beneficiaba.

Admiraba, no obstante, la sabiduría, aunque no supiera muy bien qué pudiera ser esa cosa. Para él estaba encarnada en uno de los profesores del colegio de cuya bondad se hacían lenguas. Este profesor, que era cura, tenía unas enormes gafas y una barba bajo la que ocultaba toda su mandíbula inferior, incluida la barbilla. Por lo demás, siempre leía un libro o lo llevaba, al menos, bajo el brazo, y tenía cierto aire de despiste, como si contemplara el mundo desde un lugar privilegiado. A Vicente le fascinaba este personaje; soñaba con él y fantaseaba con que sus barbillas fueran semejantes.

Al poco de cumplir los nueve años, fue sometido en el colegio a un reconocimiento médico rutinario en el que se descubrió que tenía un ojo vago. La verdad es que Vicente suspiró con alivio frente al diagnóstico: podían haber descubierto que todo él era vago y, sin embargo, sólo apreciaron esa característica en uno de los ojos. Era evidente que no habían mirado bien. En cualquier caso, no se lo reprocharon: por el contrario, trataron el asunto como una nueva

deficiencia y duplicaron los cuidados y la pena de que ya era objeto. Lo mejor es que recomendaron taponarle el ojo bueno para obligar a trabajar al vago, y que lo hicieron utilizando la montura de unas viejas gafas para no aplicar al niño el parche directamente sobre el rostro.

Desde el momento en el que Vicente vio —o percibió, más bien— el aire reflexivo que las gafas daban a su rostro, aumentó su identificación con el profesor sabio de su colegio. Sólo le faltaba una barba con la que ocultar la falta de decisión que presagiaba su barbilla para alcanzar la sabiduría. Se podría decir que aquellas gafas desprovistas de cristales le hicieron, de golpe, inteligente. Comenzó a aficionarse a los libros, y, pese a la dificultad que entraña leer con un ojo vago, devoraba las páginas de cualquier artefacto encuadernado que caía en sus manos.

Los resultados de su nueva actitud empezaron a notarse enseguida en el colegio; de ser el último de la clase, pasó a ocupar los primeros puestos. Nadie se explicaba aquel cambio espectacular que, desde luego, no se atrevían a atribuir al hecho de haberle tapado el ojo bueno: habría sido un disparate pensar que se podía ver más por un solo ojo averiado que por dos. En cuanto a Vicente, él atribuía sus nuevas capacidades a las gafas. En su interior, las gafas poseían unas propiedades que le permitían ver y retener cosas que antes permanecían fuera de su alcance. Además, junto a estas facultades de orden intelectual, también comenzaron a desarrollarse en él cualidades morales. Era bondadoso como el profesor de la barba y, lejos de enorgullecerse de su privilegiada situación, procuraba compartirla con los demás.

A todo esto, el ojo vago también hizo progresos gracias al esfuerzo al que había sido sometido. En la tercera revisión médica, apenas cinco meses después de comenzado el tratamiento, el oculista consideró que podía suspenderse, pues el ojo mostraba una diligencia que nada tenía que envidiar a la del vecino. La cuestión es que le quitaron el parche, y, con él, las gafas. Vicente intentó explicar que su mejoría se debía a aquella montura, pero como se había vuelto inteligente advirtió que se trataba de una historia increíble, de manera que desistió enseguida de contarla.

Su existencia se hundió de nuevo en la niebla por la que había vagado antes. No entendía las cosas y perdió el interés por la lectura. Poco a poco fue volviéndose tonto otra vez sin que nadie fuera capaz de explicar ese proceso. Cuando alcanzó el grado de estupidez anterior, sus padres lo llevaron a un médico bondadoso que conversó con él para intentar desentrañar aquel misterio. Entonces Vicente le contó la historia de las gafas, que no sirvió sino para certificar que el muchacho era rematadamente tonto.

Una fotografía impertinente

Me casé a los cuarenta y cinco años con una mujer de veinticinco. Hasta entonces había permanecido soltero, por pereza más que otra cosa. Siempre me pareció muy complicado llevar adelante una historia sentimental, sobre todo cuando se entra en esa zona del amor en la que hay que combinar la pasión con las cuestiones prácticas. Yo me llamo Vicente y ella Milagros. Nos conocimos en un bar, por estas fechas hará un año, y ya no nos pudimos separar. No quiero decir que durante este tiempo hayamos estado juntos todo el rato, sino que sobrellevamos muy mal las separaciones, aunque sean cortas. Para mí, estar alejado de Milagros equivale a una mutilación; es como si ella y yo fuéramos las dos piezas de un mismo territorio y, por lo tanto, sólo cuando estamos juntos nos sentimos completos. Sin duda alguna, eso es el amor.

Ella no sabe que yo estoy algo preocupado, porque no se lo he dicho. En estos meses hemos sido tan felices que no quiero amargarla con mis obsesiones. La cosa es que decidimos casarnos enseguida; ninguno de los dos había tenido hasta entonces una historia sentimental digna de reseñar, de manera que cuando le cogimos el gusto a la pasión amorosa, nos dio tanto miedo volver a estar solos, que decidimos arreglar los papeles para pasar por el juzgado cuanto antes. Pensamos que lo mejor era que yo me fuera a vivir a su casa, que era más grande y estaba mejor situada que la mía. La verdad es que yo había vivido hasta entonces en un apartamento mal ventilado que decidimos vender para hacer frente a los primeros gastos de nuestra vida en común. Por otra parte, como en general he sido un hombre muy austero, carecía, al contrario de Milagros, de objetos o muebles en los que hubiera ido depositando algunas cantidades de afecto. Tengo un reloj de pulsera que heredé de mi padre y algunos pequeños recuerdos de mi madre. Mis pertenencias más queridas caben en una caja de zapatos.

Milagros, en cambio, es muy aficionada a las antigüedades y a los muebles. Su casa —la nuestra ya— está llena de objetos cargados de significado, de objetos a través de los cuales se podría contar su vida. De hecho, ella lo hace con alguna frecuencia. A mí me gusta oírla cuando toca un jarrón, un mantel, un cuchillo y me explica su significado. Conserva los diplomas del colegio, las fotos de fin de curso, un rosario de plata que alguien le regaló cuando tomó la primera comunión... Cuando entramos en su casa después de casarnos, me mostró todos sus objetos sagrados haciéndome así partícipe de sus secretos. Entre estos objetos había un marco de plata en cuyo interior se conservaba una antigua foto en la que se veía a una niña de cuatro o cinco años sentada sobre las rodillas de un rey mago, el negro. Me contó que era un recuerdo de cuando sus padres la llevaron por primera vez a ver a los Reyes Magos a unos grandes almacenes. Aquel rey cariñoso la sentó sobre sus piernas y le dijo cosas tan dulces al oído que Milagros se quedó

enamorada de él. Desde entonces aquella foto había ocupado un lugar relevante en su existencia. Ahora estaba sobre el televisor, de manera que era imposible dejar de verla.

Intenté que Milagros me contara lo que le había dicho el rey mago, pero se negó a ello con risas y gestos de misterio y no me pareció prudente insistir. En cualquier caso, aquella foto me produjo una inquietud difusa que fue creciendo con el paso de los días. No tardé mucho en averiguar el porqué: aquel hombre disfrazado de Baltasar era yo. En efecto, en torno a los veinticinco años, cuando Milagros tendría cuatro o cinco, trabajé temporalmente en unos grandes almacenes, donde, entre otras cosas, me tocó hacer de rey mago. Fue una tarde nada más, para sustituir al que habitualmente ejercía aquella función, y lo había olvidado. Por otra parte, el disfraz, la barba y aquel tinte oscuro con el que me pintaron la cara me hacían irreconocible, incluso ante mí mismo. Soy, además, de esa clase de personas que envejece mal, de manera que entre aquel joven de veinticinco años y este sujeto maduro de cuarenta y cinco en el que me he convertido hay pocos rasgos en común.

El descubrimiento, como es de suponer, me sumió en la perplejidad. Parecía imposible que el destino se comportara de aquel modo, que tejiera con los hilos del tiempo una trama tan sutil, una trama en la que había que cruzar un sinfín de casualidades para que veinte años más tarde aquella niña y yo nos volviéramos a encontrar y nos enamoráramos. Por las noches, cuando Milagros dormía, me levantaba e iba a contemplar la foto para cerciorarme de que era yo. Algunas veces dudaba, pues en la imagen no había muchos datos para deducirlo. Era, por otra parte, un primer plano y no se apreciaba ningún rasgo del edificio que pudiera certificar, al menos, que correspondía al de los grandes almacenes en los que trabajé. La cuestión empezó a obsesionarme. Contemplaba aquella foto mientras veíamos la televisión e intentaba adivinar si en ella ya estaba escrito mi destino. Presioné en un par de ocasiones a Milagros para que me contara lo que le había dicho aquel rey mago, pero ella se negaba, como si, entre las frases que se suelen decir a los niños, aquel sujeto hubiera deslizado alguna obscenidad.

En mis especulaciones llegué a pensar que quizá desde aquel día lejano Milagros había estado espíandome, persiguiéndome, observándome, para finalmente seducirme en un golpe de audacia en aquel bar donde nos conocimos hace un año. No he conseguido averiguar nada, pero me pongo muy mal cada vez que ella me llama «mi rey», expresión que utiliza con frecuencia. Ahora he recuperado más fotos de mi juventud y por las noches las estudio para ver si de algunas de ellas se puede deducir cómo será mi vejez, mi decrepitud, mi muerte. Tal vez sea cierto que el destino está, no ya escrito, sino fotografiado y guardado en esa caja de zapatos donde también conservo el reloj de mi padre y algunas pequeñas cosas de mi madre.

La puerta secreta

Vicente Holgado soportaba bastante bien las humillaciones de la existencia porque no pasaba en la realidad más tiempo del estrictamente necesario. Entraba en ella por las mañanas al atravesar las puertas de las oficinas donde se ganaba la vida, y salía cuando se terminaba su horario laboral. Esto no quiere decir que durante las horas de oficina estuviera todo el rato dentro de la realidad, porque lo cierto es que a veces descansaba la mirada en una grieta de la pared, por ejemplo, y se imaginaba que era un insecto de los de cuerpo de estuche que merodeaba por los labios de la grieta hasta encontrar el acceso a una caverna. Otras veces, mientras sus compañeros se tomaban el bocadillo de media mañana, cogía la lupa y examinaba con ella las esquinas de cualquier documento. Esos fragmentos de papel, amplificados, mostraban caracteres imposibles de apreciar a simple vista y en los que Holgado esperaba encontrar tarde o temprano algún mensaje de interés para la humanidad.

Al salir de la oficina solía imaginar que era perseguido por los secuaces de su jefe, lo que convertía el regreso a casa en una peripecia de la que siempre salía bien parado, pues era raro que no consiguiera despistar a su perseguidor dos o tres estaciones de metro antes de llegar a la suya. Nunca abría la puerta de su vivienda sin comprobar que permanecía intacto el trozo de papel adhesivo con el que solía sellarla al salir.

Una vez dentro de casa, se tomaba cuatro o cinco yogures desnatados con una barra de pan y se iba al dormitorio con una bolsa de pistachos a imaginar cosas. Con frecuencia le apetecía imaginar que su jefe, el perseguidor, moría de alguna enfermedad terrible y que él iba a visitarlo al hospital para seguir todo el proceso de deterioro. Pero cuando esta fantasía se prolongaba más de lo debido empezaba a sentirse culpable y se le estropeaba la tarde. Por eso prefería imaginar otras cosas mientras, tumbado en la cama, devoraba los pistachos que reseocaban su garganta.

La fantasía que más le gustaba tenía su apoyo real en la pared que había frente a la cama. Allí, un cable de la luz insinuaba la forma de una puerta, que para Holgado representaba el acceso secreto a aquellos lugares dictados por su imaginación. Cerraba los ojos, e, incorporándose imaginariamente, se dirigía a la puerta secreta, la empujaba y ésta se abría a una estrecha calle de Hong Kong o a una playa del Caribe o a un museo de ciencias, de localización indeterminada, donde había gorilas, cocodrilos e insectos disecados. Por lo general, el director de ese museo era él, y tenía un despacho en la primera planta a donde acudían científicos de todo el mundo interesados en sus métodos de catalogación de especies. Por alguna razón, los japoneses prevalecían sobre el resto de las nacionalidades, lo que obligaba a Vicente a mantener cierta tensión para que su jefe, que tenía algún rasgo característico de esta raza, no le persiguiese

también en el interior de las fantasías. En el museo pasaba muchas tardes; de hecho, al principio no era más que una sala y un despacho, pero con el paso del tiempo las salas se fueron multiplicando hasta el punto de que fue necesario contratar personal auxiliar y nombrar un subdirector que se ocupara de la gestión económica del centro.

Cuando Vicente se cansaba de permanecer en el interior de una fantasía, regresaba por el mismo camino de ida hasta dar con la puerta secreta que daba al interior de su dormitorio. La abría y llegaba hasta la cama, donde se encontraba con su cuerpo rodeado de cáscaras de pistachos.

Un día hizo el siguiente experimento: imaginó que la puerta secreta de su habitación se abría a su propia habitación; es decir, a través de ella llegó al mismo lugar del que venía, con la ligera variación de que lo que en el dormitorio real estaba a la izquierda, en el imaginario permanecía a la derecha, ya que la relación entre un espacio y otro era especular. Se adentró, pues, en su dormitorio y vio que todo era igual, pero que al mismo tiempo era distinto en el sentido de que los objetos tenían una relevancia especial, una solidez de la que carecían en el otro lado. Desde su cuarto se adentró en el pasillo, y también allí tuvo el sentimiento de que, sin dejar de ser el pasillo de siempre, poseía la novedad de estar atravesado por una energía que convertía su recorrido en una excitante aventura. Vicente bajó al portal y salió a la calle: la realidad poseía una intensidad cegadora y apasionante. La mera contemplación de los transeúntes excitaba todos sus sentidos, como si se asomara a un hormiguero de cristal que le mostrara los secretos de esos animales. Entró en una cafetería y pidió un café con una ensaimada. Admiró la perfección de los cubiertos: la curva del tenedor justo en el punto donde se apoyaba el dedo índice, la pertinencia del filo del cuchillo, la genial idea de colocar un asidero en uno de los lados de la taza. En eso, un ruido le devolvió a la conciencia de que se había quedado dormido. Sin abrir los ojos, hizo el camino de regreso hasta el lugar de la puerta secreta, pero no la halló. Tras unos segundos de angustia, levantó los párpados y vio que estaba sobre la cama de su dormitorio, sólo que lo que antes había estado a la derecha se encontraba ahora a la izquierda y al revés.

Al día siguiente, en la oficina, cuando su jefe intentó perpetrar la primera humillación del día, Vicente le contempló con la admiración con la que había contemplado el pasillo de su casa o los cubiertos de la merienda. La idiotez de su jefe poseía la misma pertinencia e idéntica grandeza; resultaba un espectáculo observar aquella cara algo japonesa pronunciando unas tonterías tan perfectas. El espectáculo producía la fascinación de la naturaleza salvaje. Era inquietante ver cómo podía brotar tanta estupidez de un solo cuerpo.

Vicente no encontró nunca la puerta para regresar al otro lado, pero fue muy feliz en éste admirando la idiotez de su jefe y el color del otoño y la forma de los automóviles... Y estaba tan ocupado admirando todo esto que ya nunca volvió a imaginar que le perseguían o que dirigía un museo de ciencias naturales.

Feliz daño nuevo

Vicente Holgado iba a llamar por teléfono, cuando escuchó a través del auricular una conversación que se había introducido en su línea.

—Hace un frío espantoso —decía la mujer.

—¿Por qué no llamas desde la oficina? —preguntaba él.

—Sólo hay un teléfono y está en la mesa del jefe; no querrás que oiga lo que te digo.

—A mí no me importa...

—Quiero verte.

El deseo de la mujer provocó una burbuja de silencio que circuló a través de las conexiones para desembocar en el oído de Vicente Holgado, en cuyo interior estalló con la misma ausencia de estrépito que una pompa de jabón. Tras el silencio, llegaron los ruidos de la calle, que parecían colarse a través del teléfono desde el que hablaba ella, trenzados con la respiración de él, que tenía dificultades para responder sin perder el tono de neutralidad desde el que intentaba dominar la situación.

—Es mejor que no —dijo al fin, aunque de un modo que podía significar lo contrario, si lo contrario se producía a instancias de ella, liberándole a él del compromiso que podría significar un encuentro.

—Entonces, ¿por qué me has llamado? —reprochó ella—. Me había acostumbrado a tu ausencia, que es como poseer el negativo en lugar de la foto, y cuando ya estoy resignada, vuelves a llamar. Siempre haces lo mismo.

—No te llamé —respondió él—, dejé un mensaje en tu contestador, que es como enviar una postal, para desearte un feliz año. De verdad, te deseo lo mejor.

—Lo mejor sería que nos viéramos. Hace un frío espantoso aquí y encima hay un merodeador mirándome con odio porque no acabo.

—Bueno, si quieres, colgamos...

—No, he encendido un cigarro para que se dé cuenta de que va para largo.

Vicente Holgado dedujo que la mujer hablaba desde una cabina. Eran las diez de la mañana y por la radio habían anunciado temperaturas por debajo de los cero grados. Intentó imaginarla enfundada en un abrigo, con una bufanda alrededor del cuello y guantes de lana con manchas de nicotina.

—No te convengo —dijo él en un tono que pretendía resultar gracioso.

—Nunca has sabido lo que me conviene. No verte es como si me cortara las manos, pero cuando ya me acostumbro a estar sin ellas me crecen otra vez.

—Por eso no debemos vernos, porque a ti te crecen las manos y a mí las ganas de volver a verte y luego me siento muy mal.

—¿Por qué te sientes mal?

—Porque me parece deshonesto obligarte a mantener una relación sin horizonte. Si no se tratara más que de una aventura, no me importaría, pero ya sabemos el daño que te hace esta historia cada vez que la retomamos.

Vicente Holgado comprendió que el sujeto tenía ganas de acostarse con la mujer sin que ello implicara ningún compromiso para la semana siguiente. Su estrategia verbal iba dirigida a arreglar una cita en estos términos, lo que significaría quedar libre de cualquier responsabilidad para el futuro. Desde su despacho —parecía hablar desde un despacho— manejaba el deseo de ella como un marionetista su muñeco.

—¿Y si te digo que prefiero el daño? Después de todo me dejaste un mensaje felicitándome el daño nuevo.

—Muy ingeniosa. ¿Sigue ahí el merodeador?

—Sí, da vueltas a la cabina como una alimaña. Creo que cuando salga me va a devorar sobre la acera.

—¿Cuánto dinero te queda?

—Todo el del mundo, estoy usando una tarjeta.

Vicente Holgado advirtió que el sujeto estaba algo angustiado por el merodeador, como si se identificase más con su necesidad que con la de la mujer.

—¿Va abrigado? —preguntó.

—¿Quién?

—El merodeador.

—Oye, tú, que dentro de la cabina hace tanto frío como afuera; además, tiene un respiradero en la parte de abajo por el que pasa una corriente más fría que tu conversación. Estaría bueno que te preocupara la alimaña esta más que yo.

—Ya sabes que siempre me identifico con el que se queda fuera.

—Yo me he quedado fuera de tu vida.

—Por eso te quiero, porque no estás dentro.

—Entonces, cómo soportas a tu mujer, que se ha metido hasta la cocina.

—No hables de mi mujer.

—Dime cómo la soportas.

—Es una cuestión que tiene que ver con mis reglas morales.

—¿Y con relación a mí no hay ninguna regla?

—No, tú representas el lado de la vida en el que no hay reglas.

—Hace frío. ¿Cuándo nos vemos?

—¿Sin reglas?

—Sí, sin reglas —cedió la mujer.

—Mañana, donde siempre, a las cuatro. ¿Qué se ve desde la cabina? —preguntó más relajado.

La mujer describió el paisaje urbano que contemplaba desde su encierro de cristal y Vicente Holgado comprendió que hablaba desde la cabina que había enfrente de su casa. Entonces colgó, bajó corriendo las escaleras, atravesó la calle y vio salir de la cabina a una muchacha con la nariz roja por el frío. Se acercó a ella y en lugar de preguntarle la hora o pedirle un cigarro le dijo:

—No vayas, es un miserable.

El caso del perrito faldero

Tomé un taxi para ir de compras al centro. Enseguida advertí que el taxista me observaba con insistencia a través del retrovisor. Pensé que me había reconocido y, aunque no soy muy vanidoso, la verdad es que me gustó. Me llamo Vicente Holgado; quizá usted haya oído también hablar de mí. Me dedico al cultivo de las plantas de interior, tema en el que soy un experto. Participo con frecuencia en algunos programas de radio dedicados a la jardinería conceptual y he intervenido también en la televisión para dar consejos o mostrar técnicas relacionadas con este arte sutil.

Al poco de deambular por las calles en dirección a mi destino, el taxista se volvió y me dijo:

—Yo le conozco a usted de algo.

—¿Sí? —pregunté ingenuamente.

—Me suena mucho su cara, sí señor.

—Bueno, quizá me haya usted visto en la televisión —dije con naturalidad, para darle una pista.

En realidad, estaba pensando en aconsejar al taxista poner plantas de interior en su coche. Se trata de una idea que se me ocurrió hace algunos meses. El taxi es un habitáculo perfecto para la instalación de pequeños jardines. En general, el salpicadero y la bandeja posterior están desnudos o llenos de objetos inútiles. Bastaría una pequeña capa de tierra bien abonada, sobre una bandeja impermeable, para convertir el interior de los automóviles en pequeños jardines ambulantes. El cuidado de las plantas está indicado en algunos trastornos de origen nervioso como los que sufren los taxistas, de manera que estos jardines, además de embellecer su coche, les servirían como terapia ocupacional y como tema de conversación con los usuarios. En realidad, ya he patentado esas bandejas y espero hacerme rico con este negocio en los próximos años.

—Pues no, no es de la televisión —respondió el taxista tras reflexionar unos segundos.

—No sé —dije—. ¿Es usted aficionado a la jardinería?

—A mí me suena de haberle llevado en el taxi.

—Es posible —respondí algo ofendido—. Utilizo este medio siempre que voy a la radio o a la televisión. Tengo coche propio, pero no me gusta moverme con él por la ciudad.

—¿Usted no se montó el otro día en este taxi con un perrito pequeño en brazos?

—Yo no tengo perro. Además, odio los perros pequeños. Creo que las casas son un buen lugar para tener plantas, que no necesitan moverse, pero resultan harto incómodas para los llamados animales domésticos.

El taxista me miró con desconfianza, como si le estuviera mintiendo. Después me explicó que ese perrito pequeño le había orinado la tapicería y que como cogiera al dueño le iba a ajustar las

cuentas. Como tengo cierta tendencia a reprocharme cosas que no he hecho, se me puso enseguida cara de culpable y el taxista, que se dio cuenta, empezó a detallar lo que haría con el dueño del perrito si volviera a echárselo a la cara. El resto del viaje fue una tortura, de manera que respiré con alivio cuando me dejó a la puerta de los grandes almacenes en los que iba a efectuar mis compras de Navidad.

Fui directamente a la sección de jardinería con idea de adquirir unas tijeras pequeñas, de las de podar bonsáis. Nada más llegar advertí que entre las dependientas se organizaba un pequeño revuelo; murmuraban entre sí señalándome, como si me hubieran reconocido. Sin duda, me habían reconocido. Era natural, si trabajaban en la sección de jardinería, estarían atentas a los programas de televisión dedicados al tema y me habrían visto en las ocasiones en las que había acudido como invitado. Eso me hizo sentirme bien y la verdad es que me quitó el mal sabor de boca que me había dejado el suceso del taxi. Por eso, después de haber elegido las tijeras de podar, me demoré todavía un poco para disfrutar de esa sensación de reconocimiento que sólo valoramos quienes hemos alcanzado cierta fama. Pensé que al ir a pagar me dirían que no, que cómo iban a cobrar aquella tontería a Vicente Holgado, el experto en jardinería interior de la radio.

Me acerqué al fin a la caja con gran aplomo y pedí que me envolvieran las tijeras en papel de regalo. La dependienta estaba, a todas luces, nerviosa. Se lo noté porque apenas podía controlar una risita característica de estas situaciones. Para ayudarla un poco, pregunté con benevolencia:

—¿Me ha reconocido?

—Sí —respondió—. ¿Dónde ha dejado hoy al perrito?

—¿Qué perrito? —pregunté asombrado.

—Ese que era como una rata peluda, que traía usted escondido debajo de la chaqueta. En estos establecimientos está prohibido entrar con animales.

Averigüé que un sujeto muy parecido a mí había entrado hacía algunos días con un perrito, que se había escapado organizando un gran alboroto en los almacenes; las clientas se creían que era una rata.

Para recuperarme de este sofoco, entré luego en una cafetería y me pasó algo parecido. Finalmente, tuve que irme a casa sin hacer nada de lo que tenía previsto: en todas partes me identificaban con el loco del perrito. Lo curioso es que al llegar a casa, tras abrir la puerta e internarme por el pasillo, percibí un fuerte olor a excremento animal. Llegué a la cocina y vi un perrito comiéndose mi salchichón. Inmediatamente, lo arrojé por la ventana. Los vecinos me denunciaron y salí en el periódico. Ahora estoy pendiente de varios juicios, pues al verme en la prensa, empezaron a aparecer damnificados por todas partes. Seguramente, tendré que dejar lo de las plantas, porque ya no me llaman de la radio.

El cascabel de Telesforo

Unos días antes de que nos fuéramos de vacaciones, estaba desayunando de pie en la cocina cuando oí gritar a mi mujer desde el pasillo:

—¿Sabes dónde se ha metido el gato, Vicente?

No contesté, aunque sabía que se dirigía a mí, pero sentí una gran extrañeza al escuchar mi propio nombre; quiero decir que, aunque sabía que me llamaba Vicente, se trataba de un conocimiento más bien teórico, como si fuera una información que alguien me acabara de facilitar («Tu nombre es Vicente»), pero que no estuviera aún incorporada a mi memoria afectiva ni formara parte de mi identidad. La extrañeza, por entendernos, era del mismo tipo que la que podría haber sentido si al levantarme esa mañana no hubiera reconocido como mío el pie derecho, por poner un ejemplo. O como si, al mirarme en el espejo, comprobara que la dentadura con la que amanecía aquel día no fuera la misma que con la que me había acostado el día anterior. El sonido de la palabra *Vicente* me pareció una prótesis: formaba parte de mí y servía para que mi mujer me preguntara si sabía algo de *Telesforo*, que era el nombre de nuestro gato, pero yo lo percibía como una pieza ajena a mi naturaleza, y por eso, porque se trataba de una prótesis, producía roces en la zona de mi personalidad a la que se había aplicado.

En la oficina me pasó lo mismo. Cada vez que alguien me llamaba por mi nombre yo sentía el malestar que imagino debe de sentir el que estrena una pierna ortopédica o una dentadura postiza. Era muy doloroso responder al reclamo de Vicente porque entre ese nombre y yo no había ya ninguna relación. De todos modos, disimulé tanto en mi casa como en el trabajo y no creo que durante aquellos días nadie llegara a advertir que ya no me llamaba Vicente.

El gato no apareció. La cosa era muy rara, porque vivimos en un sexto piso, de manera que de haber escapado por una ventana habría muerto contra el suelo. Registramos todos los armarios y todos los cajones de la casa, además del maletero que recorre el pasillo; teníamos miedo de que el animal hubiera sufrido un infarto en alguno de esos escondrijos y que se descompusiera mientras estábamos de vacaciones. Pero no apareció por ningún lado. Mi mujer y mi hijo se llevaron un disgusto tremendo. A mí me dio un poco lo mismo porque, sin llegar a odiarle, mantenía con el animal una relación de distancia. Jamás le puse de comer ni lo llevé al veterinario. Lo único que hice por él fue rascarle la barriga en alguna que otra ocasión. Le daba mucho gusto.

El caso es que nos fuimos de vacaciones sin el gato, pero estábamos tan acostumbrados a él que a mí al menos me parecía oír de vez en cuando el sonido del cascabel que llevaba al cuello. Curiosamente, ese sonido me resultaba más familiar y tranquilizador que mi propio nombre.

A los pocos días de estar en la playa, mi mujer y mi hijo se olvidaron del gato y nuestra vida entró de nuevo en una etapa de aparente normalidad. Yo continué disimulando, como si me llamara Vicente, pero cada vez me costaba más soportar esa prótesis cuyo uso continuado empezaba a producir llagas en el muñón de mi identidad al que permanecía adherida. Por las mañanas, y en contra de lo que habían sido mis costumbres, me levantaba muy pronto y paseaba por el jardín de la casa que habíamos alquilado. No sabía lo que me estaba pasando, pero la extrañeza que sentía frente a mi nombre empezaba a extenderse a otras áreas de la existencia.

No le conté nada de esto a mi mujer, pues no quería añadir a la pérdida del gato, que empezaba a olvidarse, ninguna preocupación que contribuyera a enturbiar aquellos días en los que teníamos la oportunidad de estar juntos durante más tiempo del habitual. Para calmar la inquietud que me devoraba desde dentro hacia fuera, bajaba a la playa a primera hora de la mañana, antes de que mi familia se despertara, y corría por la orilla. Lo curioso es que encontraba placer en ello. Mi mujer se asombraba al verme tan activo, pues jamás había demostrado el menor interés por el deporte ni por el cuidado del cuerpo. Un día, después de comer, cuando iba a encender por costumbre un cigarrillo, sentí que el hábito de fumar era, como mi nombre, una especie de prótesis que no pertenecía a mi verdadera identidad, de manera que lo dejé sin ningún esfuerzo provocando el asombro de mi familia.

Lo único que me pasaba al correr es que me parecía escuchar el cascabel del gato desaparecido, de manera que llegué a pensar que quizá yo hubiera tenido algo que ver en esa desaparición y que la culpa se manifestaba de ese modo, con un tintineo del cascabel en las profundidades de mi conciencia.

Cuando se acabaron las vacaciones y regresamos a casa, comprobé que mi extrañeza frente a todo aquello que en otro tiempo me había resultado tan familiar como el nombre de Vicente había aumentado. Me asomaba a los armarios y a la nevera con una curiosidad que llamaba la atención de mi mujer y mi hijo y, cuando estaba solo en casa, me complacía en hurgar en el maletero como si hubiera allí algo que me concerniera, aunque no sabía qué. Por otra parte, el sonido del cascabel me acompañaba ya a todas partes, como si lo llevara yo mismo colgado del cuello. Un día, ordenando la despensa, encontré una lata de comida de gatos y, sin poderme reprimir, la abrí y me la comí entera. Lo más curioso es que no llegué a saber a fondo lo que estaba pasando hasta que un día mi mujer, al ver un gato igual que el que teníamos en la televisión, gritó:

—*¡Telesforo!*

Entonces, yo, con toda naturalidad, me volví y respondí:

—¿Qué quieres?

Rodilla herida

La echadora de cartas vio entrar a Vicente Holgado y, quizá en busca de un golpe de efecto, aventuró su signo: «Es usted tauro, ¿verdad?». Vicente recordó que su padre era tauro y pensó que posiblemente en el mundo de la videncia podían producirse estos desplazamientos que también se daban en otros órdenes de la vida. De todos modos, dijo que no y percibió un gesto de fastidio en la echadora.

—¿De qué signo es entonces? —preguntó.

—Inténtelo otra vez, por favor —suplicó Vicente. Le había costado mucho tiempo vencer las resistencias que le impedían acudir a que le leyeran el futuro y no quería perder la fe en la vidente antes de empezar.

Ella le contempló con la agudeza de quien calcula el precio de una falsificación y probó de nuevo.

—¿Aries?

Tampoco era aries, pero le dio miedo contradecir a la vidente y exponerse a que su ira influyera en la lectura de su destino, de manera que asintió y se relajó al ver en el rostro de la bruja un gesto de satisfacción. Por otra parte, su mujer sí era aries, por lo que si la teoría de los desplazamientos era cierta, el pronóstico sólo estaba equivocado a medias.

A continuación la vidente desplegó las cartas sobre la mesa y compuso el gesto de interpretar aquel conjunto de símbolos terribles. Vicente reparó enseguida en el ahorcado y se arrepintió de haber acudido a la consulta. El silencio de la vidente le producía sudores fríos y su imaginación no dejaba de anticipar desgracias.

—Tiene un problema en la rodilla —dijo ella al fin en un tono que no dejaba el mínimo resquicio para la duda.

Vicente no tenía ningún problema en la rodilla, pero su mujer sí. De pequeña se había caído de una bicicleta clavándose la palanca del freno en la articulación. La operaron seis veces y le quedó una cojera perceptible y un dolor sordo que despertaba con los cambios de tiempo.

—Veo que tuvo un accidente cuando era pequeño. ¿Con una bicicleta quizá?

—Con una bicicleta, sí —respondió Vicente resignado—; me clavé el freno aquí.

—Y le duele cuando cambia el tiempo, ¿verdad?

—Cuando va a llover sobre todo.

—Bien —añadió la bruja satisfecha—. Veo cambios, muchos cambios.

—¿Cambios de tiempo? —preguntó Vicente horrorizado: su mujer se ponía imposible cuando le dolía la rodilla.

—Cambios en su vida, cambios que no ha tenido valor para afrontar hasta el momento. Presiento que va a tomar usted decisiones muy pronto. ¿Ve el ahorcado?

—Sí —balbuceó Vicente.

—Quiere decir eso: cambio, renovación, muerte de lo viejo y vida nueva.

—¿Y la rodilla? ¿Dejará de dolerme la rodilla?

La mujer le miró compasivamente, como si no entendiera nada. Le estaba anunciando un cataclismo y él se preocupaba por la rodilla.

—La rodilla es lo de menos —dijo al fin—; quizá el dolor se vaya o quizá no. No importa mucho, las cicatrices nos recuerdan que somos mortales poniéndonos a salvo de ciertos delirios. Lo importante no es eso. Lo importante es que dentro de usted se abre paso una decisión que cambiará su existencia. La está cambiando ya. Pocas veces he tenido una videncia tan clara.

Vicente miró dentro de sí y no vio ninguna decisión abriéndose paso entre la rutina. Es más, su sueño era vivir en un mundo en el que no hubiera que tomar ninguna decisión. Aborrecía elegir, alcanzar determinaciones, llegar a acuerdos que implicaran algún gasto de energías. Por eso había tardado tanto en acudir a la vidente, porque no se decidía. No debía referirse a él, sino a su mujer, que era muy dada al hasta aquí hemos llegado y al a partir de hoy esto se acabó. Precisamente, llevaba un par de meses dándole vueltas a la idea de cambiar las cortinas del dormitorio. Quizá cuando llegara a casa ya las hubiera cambiado.

—¿Ve cambios en la decoración de la casa? —preguntó.

—Veo otra casa. Veo maletas y paquetes. Esta carta significa un viaje, pero puede ser un viaje simbólico, un viaje interior.

Vicente sabía que no era eso: su mujer llevaba dos años con la idea de cambiar de casa y él había opuesto a ese capricho toda la resistencia pasiva que era capaz de poner en marcha. Le aterraba la idea de mudarse, de pedir créditos, de firmar letras. Cuando llegara a casa, pensó, la animaría a cambiar las cortinas de todas las ventanas, incluso se mostraría dispuesto a hacer una pequeña obra en la cocina: cualquier cosa menos una mudanza.

Tras despedirse, salió cojeando de la consulta para no decepcionar a la vidente, y al alcanzar la calle se dio cuenta de que ya no podía dejar de cojear, lo que le hizo cierta gracia. Llegó a casa dispuesto a pactar con su mujer algunos cambios, pero su mujer no estaba. El armario de la habitación se encontraba abierto y faltaba la ropa de ella. Vicente recorrió perplejo la casa contabilizando todas las ausencias mientras intentaba encajar el golpe. Finalmente, entró en el baño y, mientras descargaba la vejiga, sonó en el interior de su cabeza una frase que él no había conseguido articular: me ha abandonado. Luego, sobre la nevera, encontró una carta en la que se certificaba el abandono y en la que se le deseaba lo mejor para el futuro.

Vicente, cojeando todavía, fue hasta el balcón y observó las luces mortales de la tarde. El horizonte venía cargado de nubes de tormenta. Llovería: el dolor de la rodilla se había despertado.

Las creencias de Vicente Holgado

Cuando Vicente Holgado dejó de creer en Dios, comenzó a creer en los insectos. Había leído en algún sitio que en el caso de un desastre nuclear los únicos animales con capacidad para sobrevivir serían éstos. Desde entonces comenzó a mirarlos con mucho respeto sorprendiéndose de que algo que era tan fácil matar con la mano, o con la zapatilla, fuera capaz de resistir las radiaciones del holocausto nuclear. Un día metió en el bolsillo de un pantalón sucio orugas, arañas, tijeretas y varias especies de escarabajo, y lo introdujo en la lavadora sometiéndolo a un programa de hora y media a ochenta grados de temperatura. El resultado fue sorprendente: sobrevivió el treinta por ciento de los animales y los otros, aunque muertos, no presentaban mal aspecto. Nunca más se atrevió a matar a un mosquito o a pisar a una cucaracha; aquella especie destinada a sobrevivirnos mereció durante algunos meses toda su admiración y sus cuidados. Se compró libros y cintas de vídeo donde se analizaban sus costumbres, su evolución, su futuro. Pero finalmente se cansó, como se cansaba de todo, y dejó de creer en los insectos.

Entonces comenzó a creer en las ratas. Leyó en enciclopedias y folletos que en las grandes ciudades tocaban a cuatro o cinco ratas por habitante. De acuerdo con algunas informaciones, estos animales poseían una capacidad de mutación sorprendente, por lo que enseguida se adaptaban a los venenos concebidos para su exterminio, obligando a los laboratorios a investigar sin pausa en una carrera que hasta ahora venían ganando los roedores. Aprendió que las ratas tenían una organización social muy parecida a la de los seres humanos, con la ventaja sobre éstos de reproducirse a mayor velocidad y de poder alimentarse de los cadáveres de su propia especie. Eran, además, portadoras sanas de la peste bubónica, enfermedad capaz de diezmar en poco tiempo a poblaciones sanitariamente bien equipadas. Su inteligencia y su crueldad poseían rasgos marcadamente humanos y eran, como los humanos también, capaces de hacer guerras. A propósito de esto, Vicente Holgado tuvo acceso a una documentación que relataba un largo conflicto habido en Nueva York entre las ratas del campo y las de la ciudad. Por lo visto, hacia 1920, cuando el crecimiento de Nueva York llevó sus fronteras hasta zonas que hasta el momento se habían considerado rurales, entre las ratas de ambos lados estalló una guerra que duró muchos años y de la que salieron vencedoras, finalmente, las ratas de la ciudad, que estaban mejor equipadas y se habían acostumbrado a soportar condiciones adversas. A Vicente Holgado le resultaba fascinante la idea de ese submundo al que vivíamos ajenos, pero cuyos habitantes nos sobrevivirían en el caso de una epidemia de peste que acabara con la población mundial.

Pero también se aburrió de las ratas. Comenzó entonces a creer en los platillos volantes. Leyó libros, vio películas, conectó con grupos dedicados a la investigación extraterrestre, y llegó a la

conclusión de que ése era el territorio que de verdad le interesaba. Convencido de que entre nosotros había seres de otros planetas o de otras galaxias que habían venido a salvarnos de nosotros mismos, se dedicó a investigar entre sus vecinos y compañeros de trabajo buscando en ellos signos que delataran alguna condición extraterrestre. Lo que más ambicionaba en esos momentos de su vida era ser elegido como intermediario entre esos seres y los habitantes de la Tierra. Se imaginaba en la radio, en la televisión, en los teatros y en los campos de fútbol transmitiendo los mensajes de los bondadosos seres galácticos. No logró conectar con ninguno.

Pero esta vez, lejos de desanimarse, perfeccionó sus métodos. Se le ocurrió que quizá marcando números de teléfono al azar daría un día al otro lado del hilo con un extraterrestre, que premiaría sus desvelos y le llevaría a visitar un platillo volante. Así que se pasaba las tardes frente al teléfono combinando números y preguntando a quienes le contestaban si por casualidad en aquella casa vivía algún extraterrestre. Procuraba no marcar, naturalmente, los números de familiares o amigos, pero un día el subconsciente debió de traicionarle y marcó mi número de teléfono.

—Perdone que le moleste —dijo—, sólo quería saber si vive en esa casa, por casualidad, algún extraterrestre.

Reconocí su voz enseguida y tras unos segundos de duda decidí ayudarle. Deformé mi voz para no ser reconocido y dije:

—¿Llama usted del Ministerio del Interior o del Alto Estado Mayor?

—No, no, soy un particular dedicado a la causa platillista y deseo conectar con algún ser de otra galaxia.

—Está usted hablando con uno. Ignoro cómo me ha localizado, pero lo cierto es que provengo de la galaxia Hansel. Mi nombre clave es Gretel y estoy en la Tierra en misión de paz. ¿Se acuerda usted del número que ha marcado?

—No, lo he marcado por casualidad y ya no me acuerdo.

—Bien, es mejor así.

—¿Podríamos vernos? —preguntó lleno de ansiedad.

—En realidad, no —respondí—. Soy una cucaracha. Es verdad que los extraterrestres estamos aquí desde hace mucho tiempo, pero aún no hemos logrado adoptar la forma humana. De momento nos corporeizamos en insectos y tenemos prohibido conectar personalmente con los humanos hasta no lograr formas de vida superiores. Ahora debo dejarle no sin antes decirle que debe tratar a los insectos mejor que lo que lo hace el resto de su especie.

Colgué. De este modo Vicente Holgado volvió a creer en los insectos, a quienes dedicó su vida durante una larga temporada. O sea, hasta que sus vecinos lo denunciaron por tener el piso lleno de cucarachas, moscas, moscardones, tijeretas, arañas, etcétera. Entonces llegó una brigada del ayuntamiento y lo desinsectó sumiendo a Vicente en la locura.

No podía pensar en otra cosa

A Vicente Holgado no se le quitaba aquella imagen fantástica de la cabeza: veía una sala amplia con butacas de terciopelo y espejos de marco torturado en las paredes. Había dos mujeres sentadas alrededor de una mesa conversando con él, que permanecía casi tumbado en un sofá cercano. Las dos mujeres eran tan distintas que podrían ser complementarias. Aunque Vicente veía con claridad la imagen, no era capaz de escuchar lo que decían. Se trataba de una fantasía sin sonido; los labios se abrían y cerraban fabricando una materia invisible que circulaba entre los tres provocando risas mudas, enfados insonoros. En cierto modo, Vicente contemplaba la escena como si ésta tuviera lugar al otro lado de una pecera.

Sin embargo, estaba seguro de que la relación entre aquellas dos mujeres y él estaba marcada por el sexo. Lo curioso, o quizá lo irritante, es que no progresara, como si se tratara de un preámbulo eterno. Imaginó un libro con un prólogo infinito que fuera preciso atravesar para alcanzar la materia propia del volumen. La única garantía del lector de ese libro es que jamás llegaría al punto de partida. Quizá, pensó, todo en la vida es prólogo, discurso preliminar, preámbulo; pero entonces, ¿cuál sería la materia de la existencia?

En realidad, no tenía mucho interés en dilucidar estas cuestiones de orden filosófico, pero procuraba entretenerse en ellas para ver si conseguía dejar de imaginar aquella escena. Sin embargo, al poco de iniciada la reflexión aparecía alguna palabra que le devolvía de nuevo a la sala imaginaria donde dos mujeres conversaban con él. Todo remitía a lo mismo, como cuando uno está enamorado y encuentra en todas partes el reflejo de la persona amada. La diferencia es que el enamorado vive de eso, mientras que Vicente empezaba a sentir que aquella imagen obsesiva le mataba.

Un día iba en el autobús, de pie, cogido a la barra, ensimismado en la contemplación de su película interna, cuando decidió mover a los personajes para ver si sucedía algo nuevo. Imaginó, pues, que abandonaba el sofá sobre el que permanecía recostado y dejaba a las dos mujeres conversando entre sí, mientras él se dirigía a una puerta situada al fondo de la sala. Sin embargo, poco antes de llegar, la puerta se diluía en el muro y Holgado no veía frente a sí otra cosa que la pared. Las mujeres, desde su sitio, contemplaban su decepción y sonreían con malicia. Entonces Vicente se dirigía imaginariamente a otra puerta, pero lo cierto es que todas desaparecían justo en el momento en que estaba a punto de alcanzarlas. Lo intentó también con las ventanas y sucedió lo mismo. Solamente al regresar al sofá se reinstauraba el orden arquitectónico anterior. La condición para que la sala gozara de puertas y ventanas es que uno no se asomara a ellas.

En esto, le vino de la realidad un grito que llevaba sonando desde hacía algún tiempo. Movi

los ojos y vio al conductor del autobús repitiéndole que habían llegado al final del trayecto. Vicente miró alrededor y comprobó que no quedaba ningún pasajero. Se bajó aturdido y comenzó a caminar en cualquier dirección con gesto preocupado: aquel despiste significaba que la fantasía le absorbía hasta el punto de obligarle a romper vínculos con el mundo exterior. Le angustió brevemente la posibilidad de que creciera el proceso de absorción, pero enseguida se olvidó de esta posibilidad, pues mientras caminaba había regresado a la sala imaginaria en la que conversaba con dos mujeres imaginarias. Cruzaba las calles prestando una atención mecánica a los coches y a los transeúntes, como si su cuerpo fuera dirigido por una suerte de piloto automático ajeno a su conciencia.

En esto, una de las mujeres cruzó las piernas y su falda se elevó por encima de la parte sociable de los muslos. Vicente pensó que quizá el prólogo llegaba a su fin y aceleró inconscientemente el paso excitado por esta posibilidad. La situación, sin embargo, se estabilizó enseguida, y al poco ese gesto perdió significado. Intentó pensar en otra cosa y para ello recurrió a contar los pasos que daba, a tararear melodías conocidas, a recitar textos aprendidos en la infancia. Todo era inútil, la imagen de la habitación volvía obsesivamente como si en torno a ella se articulara la existencia. Vicente comprendió de golpe el significado brutal de no poder pensar en otra cosa. No poder pensar más que en una cosa quería decir estar en una cárcel cuyas rejas, en lugar de fuera, estaban dentro, lo que no las hacía menos eficaces. Pero no pensó en ello más de quince segundos, pues enseguida fue reclamado otra vez por la fantasía.

De repente, metió el pie en un agujero y eso le hizo volver a la realidad. Miró a su alrededor y comprendió que no sabía dónde estaba; en cualquier caso, se trataba de una calle desconocida, desprovista de puntos de referencia que le permitieran aventurar siquiera la zona de la ciudad en la que se encontraba. Entró en una cafetería con idea de preguntar, pero antes de llegar a la barra vio en la pared de la derecha un espejo muy parecido a uno de los que había en la fantasía de las dos mujeres. Inmediatamente advirtió que el interior del bar era una réplica de la sala imaginaria. Efectivamente, al fondo conversaban también dos mujeres. Holgado pidió un café y fue a sentarse cerca de ellas para escuchar su conversación.

—No puedo pensar en otra cosa —decía una de ellas.

—Tampoco yo —respondía la otra—; desde que me levanto hasta que me acuesto no dejo de darle vueltas a lo mismo. Es enloquecedor.

Vicente aguzó el oído, pero ellas parecieron darse cuenta de su interés y, tras sonreír con malicia, bajaron el tono de voz, de manera que sólo le llegara un murmullo. Entonces, avergonzado, dejó unas monedas sobre la mesa y se levantó para irse. Pero cuando iba a alcanzar la puerta, ésta se diluyó en el muro y comprendió que estaba atrapado.

El día en que operaron a mamá

El día que operaron a mamá, me costó dormirme, y luego, al revolverme entre las sábanas, me despertó un contacto duro, como si en el interior del colchón hubiera crecido un bulto del tamaño de mi cuerpo que se moviera al mismo tiempo que yo. Sin abrir los ojos, disfruté un rato de la rareza de esa sensación hasta que la presencia comenzó a resultar inquietante; entonces me incorporé angustiado y el bulto se retiró hacia las profundidades. Tenía sed, pero me dio miedo ir a la cocina, de manera que volví a recostarme e intenté pensar en cosas agradables para relajarme y dormir. Sin embargo, todo lo que se me ocurría, aunque pareciera agradable, sucedía en una atmósfera que acababa anulando esa primera sensación. Por ejemplo, me imaginaba a mí mismo sentado en un sofá, junto a una mujer de la que estuve enamorado sin que ella hubiera llegado a saberlo. La escena resultaba apacible, aunque la mujer carecía de rostro (nunca consigo recordar el rostro de las mujeres que me gustan); nos cogíamos de la mano y nos mirábamos, mientras a nuestro alrededor la gente se movía con un sigilo raro que invitaba a la confidencia y al susurro. Yo visualizaba sus manos y los anillos de sus dedos, así como su escote, sin dificultad. En cuanto al rostro, sustituía su ausencia con una prótesis imaginaria que, a diferencia del resto de su cuerpo, poseía una rigidez un poco cadavérica. Todo estaba más o menos en orden cuando, sin que interviniera mi voluntad, la escena se ampliaba con el resultado de encontrarnos en un velatorio.

A partir de ahí, mi imaginación se disparaba en dirección al catafalco y aumentaba el desvelo. Intenté poner en marcha dos o tres fantasías con idénticos resultados, de manera que finalmente abrí los ojos y jugué a encontrar en la oscuridad los límites de la habitación sin conseguirlo. Me incorporé y levanté la persiana, para que entrara la luz de las farolas de la calle. Después encendí un cigarro y me entretuve contemplando las sombras del techo. Habría dado cualquier cosa para que fuera de día, pero apenas eran las tres de la madrugada.

Mientras fumaba boca arriba, percibí unas sensaciones en la espalda, como si dentro del colchón se moviera algo en busca de acomodo. Me quedé quieto o, más bien, rígido, hasta que el bulto se pegó a mi espalda dejando entonces de moverse. La impresión es que se trataba de un volumen del mismo tamaño de mi cuerpo que buscaba, con relación a él, una postura especular. Desplacé con cautela la pierna derecha y la pierna del bulto se movió con la fidelidad de una imagen en el espejo.

Apagué el cigarro y me di la vuelta intentando ignorar la evidencia. El bulto se dio la vuelta al mismo tiempo, así que me sentí reposando sobre el perfil de un cuerpo idéntico al mío del que sólo me separaba la tela del colchón y de la sábana. La alucinación comenzaba a durar demasiado.

Me levanté de un salto al tiempo que encendía la luz y vi sobre la superficie de la cama unos movimientos ondulatorios semejantes a los del agua cuando algo se agita en sus profundidades.

Pasé el resto de la noche sentado en una silla, al lado de la cama, contemplando el colchón con la fascinación con la que otros contemplan el océano. Afortunadamente, el terror había alcanzado ya ese grado en el que empieza a resultar soportable.

Al amanecer, agotado, me quedé dormido sobre la silla hasta que sonó el teléfono ya algo avanzada la mañana. A la luz del día, me pareció absurda la historia que había vivido; toqué el colchón, incluso me revolqué en él, sin notar nada extraño. A pesar del cansancio, me sentía ligero y con ganas de vivir. Desayuné con ganas y recorrí la casa tomando posesión de ella, asombrado de no haber sido capaz, durante la noche, de llegar hasta la cocina.

Una inquietud difusa, sin embargo, se había instalado en mí. En la oficina me comporté como siempre y nadie notó que me sentía un poco lejano, como si me hubieran dejado de interesar las cosas de siempre. La verdad es que estaba obsesionado con el bulto, y a medida que pasaba el día me di cuenta de que tenía miedo de no volver a verlo o a notarlo. Estaba, pues, apresado entre el bulto y su ausencia como entre dos terrores en apariencia incompatibles. Creo que mientras comía en el bar de la esquina hubo un momento en el que supe que el resto de mi vida estaría dominado por ese doble movimiento, pero lo olvidé enseguida, como todas las cosas que nos conciernen en lo que es esencial.

Por la tarde, telefonearon del hospital y abandoné precipitadamente la oficina: mamá había sufrido una complicación inesperada y se encontraba muy mal. Cuando llegué, ya estaba en coma, pero de todos modos le cogí la mano y le dije esas cosas que nunca le había dicho por pudor con la esperanza de que una parte de ella me escuchara. Su rostro estaba ya afilado y algo rígido, de manera que me acordé de la fantasía que había tenido la noche anterior con aquella mujer de la que estuve enamorado sin que ella lo supiera. Había entre las dos escenas un paralelismo un poco siniestro y, a la luz de los acontecimientos, resultaba difícil decidir si una era más real que la otra.

Mamá murió al amanecer y yo no me separé de ella hasta el momento del entierro. Fue todo muy agotador y muy ligero, muy lento y muy rápido: puedo recordarlo de formas diferentes como si lo hubiera observado simultáneamente desde perspectivas distintas. El caso es que aquella noche me acosté muy agotado y muy despierto. Recuerdo que cuando empezaba a dormirme soñé que empezaba a despertar, y entonces noté que el bulto ascendía desde las profundidades del colchón para buscar el contacto de mi cuerpo. Entonces sentí una enorme tranquilidad y una enorme inquietud que, al enlazarse, me señalaron el significado de la vida.

Ellos sacaban a pasear al perro

¿Por qué se compró un perro? Algunas veces pensaba que para no estar solo; otras, que para tener alguna obligación cotidiana que hiciera más variada su rutina. Sólo el hecho de tener que sacarlo a la calle por las mañanas —antes de ir a trabajar— y por las noches —antes de tumbarse frente al televisor— le pareció bueno. De esta manera paseaba él también, combatiendo así su tendencia a encerrarse en casa.

Durante los primeros tiempos contempló, entre la indiferencia y el disgusto, los destrozos que el cachorro iba haciendo en el sofá, en las patas de la mesa, en el parque. Intentó educarlo, pero no sabía cómo y le daba pereza comprar uno de esos manuales de adiestramiento, pues calculó que el tiempo que tardaría en leerlo y en ponerlo en práctica lo podía dedicar a estudiar inglés, que le hacía más falta. De todos modos, no hizo ni una cosa ni otra. En cualquier caso, alcanzado cierto nivel de destrozo doméstico, el perro dejó de morder las patas de las sillas y de destripar cojines, como si poseyera un sentido de la decoración que ya hubiera sido colmado.

Encontró placer en sacarlo a pasear porque eso le hizo entrar en contacto con otras personas que también paseaban perros. Advirtió así que había más gente como él, gente rara que vivía sola o mal acompañada y que gracias al perro encontraba un grupo al que pertenecer. El tema de conversación era siempre el animal: lo que comía o dejaba de comer, el modo de mostrar su afecto, el lugar elegido para dormir, etcétera. Así, poco a poco, fue ingresando en una comunidad de intereses que le devolvió el gusto por el trato social. Es cierto que en un momento dado pensó que había cometido un error, pues si en lugar de comprarse un perro hubiera adquirido una colección de sellos, también habría entrado en contacto con un grupo de gente, sólo que en vez de hablar de animales, mantendría discusiones filatélicas. Los sellos, además, tenían la ventaja de revalorizarse y no comer.

Pero estas dudas se atenuaron cuando conoció a una mujer que también sacaba al perro a primera hora de la mañana, como él. Era una mujer sola, madura, algo cansada, pero poseía un atractivo misterioso que le sedujo casi de inmediato. Mientras los perros jugueteaban por el descampado al que solían acudir, ellos hablaban de cuestiones neutras y los sentimientos hacían lo suyo en el interior de la conciencia. Algunas veces, él intentaba desviar la conversación hacia temas más personales, pero ella —tras intercambiar una mirada con su perro— volvía a las cosas de siempre. Daba la impresión de estar sometida constantemente a una vigilancia secreta, y era ese aire de misterio lo que la hacía aún más deseable.

En cuanto a él, había aprendido, gracias a estas conversaciones, que los perros, como las personas, necesitaban una alimentación equilibrada. Dejó, pues, de comprar latas de conserva y

empezó a cocinar arroz con carne, que era el plato preferido de su animal. De este modo, el perro empezó a evolucionar favorablemente, notándose los desvelos de su dueño en la belleza de su pelo y en su vitalidad creciente. Empezó a vivir para él. Le compraba los mejores champús, vitaminas que fortalecían sus uñas, botellas de agua clorada que prevenían las caries y un collar que fue la envidia de los otros perros. Sin embargo, las relaciones entre el animal y él no mejoraban o tomaban un rumbo difícil de expresar. Cuanto más lo cuidaba, más cuidados demandaba el perro, como si sus ambiciones de calidad de vida carecieran de límites. Así, si un día el arroz no tenía el punto adecuado, se negaba a comer, produciendo un movimiento de culpa en el ánimo de su dueño, que en estas ocasiones pensaba con nostalgia en la colección de sellos. No obstante, si se sentía observado por el animal, cambiaba inmediatamente de pensamiento, pues a veces tenía la impresión de que el perro «oía» lo que él imaginaba y le castigaba más tarde por ello de un modo u otro. Observó que el perro tenía, como las personas, capacidad de almacenar rencor. Así, si un día llegaba a casa más tarde de lo habitual, el animal, en lugar de recibirlo en la puerta, se escondía debajo de la cama y permanecía allí un día entero negándose a salir a la calle y a comer.

Entre tanto, su amor por la mujer madura fue creciendo y de vez en cuando la tomaba del brazo o acercaba su rostro al suyo para decirle alguna confidencia. En estas ocasiones, el perro de ella se colocaba frente a la pareja mirándolos con una carga de rencor o con un signo de advertencia que les impedía relacionarse libremente. Cuanto más progresaba la relación entre ellos, más vigilados se sentían por el animal, que ya no correteaba por el descampado, como antes, sino que permanecía junto a su dueña como para controlar sus conversaciones y sus gestos.

Él empezó a desesperar y un día, en voz baja, para que el perro no lo oyese, le propuso que se vieran una tarde cualquiera ellos dos solos.

—No puedo —respondió ella con resignación.

—¿Por qué?

—Si lo dejo mucho tiempo solo en casa, me lo destroza todo y aúlla sin parar. Luego los vecinos protestan.

Él se calló porque el perro de ella había empezado a mirarle, y decidió plantear la cuestión en otro momento. Por ahora, se conformaba con verla todas las mañanas, aunque fuera en presencia de los animales.

Sin embargo, al día siguiente la mujer no acudió a la cita habitual. Cuando él empezaba a inquietarse, vio venir al perro de ella, pero venía solo, con su mejor collar y una mirada de ya te lo advertí que le produjo escalofríos. Los animales jugaron un rato, hicieron sus necesidades y a la hora de todos los días el perro de ella se marchó por donde había venido.

Él inició también el camino de regreso con su perro al lado. Al entrar en el piso se miraron y en la fracción de un segundo él comprendió que no eran ellos los que sacaban a pasear a los perros, sino los perros los que los sacaban a pasear a ellos. Un espasmo de terror recorrió su médula porque oscuramente intuyó que ya estaba atrapado: se notaba en la mirada del animal, en

su seguridad, en el gruñido con que le exigió que le pusiera la comida. Ni siquiera se atrevió a pensar que habría sido mejor una colección de sellos por miedo a ser castigado sin salir a la calle, como ella.

El hombre hueco

Vicente Holgado vivía solo en un piso antiguo lleno de habitaciones y recorrido por un pasillo kilométrico que utilizaba para hacer *footing*. Le gustaba el ejercicio, pero detestaba la calle, los parques, las avenidas, las plazas, los mercados. Detestaba todos aquellos lugares donde había gente. Por eso también se compró una bicicleta inmóvil que colocó frente al espejo del cuarto de baño. Pedaleaba durante una hora diaria frente a su propio reflejo imaginando que éste correspondía al de otro ciclista que circulaba en dirección contraria a la suya y con quien chocaría un día u otro si conseguía imprimir a su pedaleo la fuerza suficiente. La idea del choque le gustaba porque el otro pertenecía a la categoría de la gente; pensaba eliminarlo de un cabezazo cuando las dos bicicletas hubieran llegado al grado de aproximación preciso.

Un día, en el último cuarto de hora dedicado a este ejercicio, percibió al otro más cerca. Temiendo que intentara esquivarle, se puso de pie sobre los pedales e hizo un esfuerzo brutal para llegar a él. En esto, su pierna derecha se rompió y cayó al suelo produciendo el ruido de un objeto duro al golpearse contra una losa. Vicente se quedó petrificado sobre el sillín de su bicicleta inmóvil. No sentía dolor, pero estaba desconcertado por el hecho de que su pierna se hubiera quebrado como una escayola, aunque también por la rareza de que no manara un torrente de sangre del muñón resultante.

Cuando logró reponerse de este primer movimiento de horror, bajó de la bicicleta y saltando sobre el pie izquierdo se acercó la pierna que yacía en el suelo, la cogió con cierta aprensión del calcetín y se sentó en el taburete para proceder a su examen. Era, en efecto, una pierna llena de pelos, pero tenía la particularidad de estar hueca. Además de eso, sin dejar de ser de carne, tenía también una textura que a Vicente le recordó la del cartón piedra. Cuando se familiarizó con el objeto de su propiedad, introdujo la mano en él llegando hasta los dedos del pie sin encontrar un sólo músculo, un hueso, una víscera, en fin, algo que le remitiera a las lecciones de anatomía del bachillerato. Entre tanto, la angustia había sido desplazada por un movimiento de perplejidad. ¿Estaría igualmente hueco el resto del cuerpo?

Se incorporó sobre la pierna y fue a situarse frente al espejo. Entonces levantó el muñón y observó en el reflejo una oquedad que llegaba hasta el muslo. Más allá la oscuridad era tal que imposibilitaba saber si estaba o no relleno de algo. Se sentó otra vez, fatigado por el esfuerzo de sostenerse sobre una sola pierna, y reflexionó unos instantes con la otra debajo del brazo. Finalmente, buscó la caja de herramientas, sacó la cinta aislante y unió las dos partes del cuerpo separadas por el accidente. Después recorrió el pasillo para hacer una prueba y comprobó que caminaba sin dificultad.

Durante los siguientes días procuró olvidar el suceso relegándolo a la categoría de una pesadilla. Cambió la cinta aislante, que se despegaba cada vez que intentaba ducharse, por un pegamento especial y comenzó a hacer la vida de siempre, aunque abandonó la bicicleta, a la que hacía responsable de aquel mal sueño. De todos modos, el sentimiento de estar hueco acabó invadiéndole. Ya no hacía tanto ejercicio como antes. Ahora pasaba mucho tiempo en la ventana observando la actividad de un parque que había debajo de su casa. Miraba a los niños y a las madres que pasaban la tarde allí y se preguntaba si estarían tan huecos como él. Mientras miraba, comía aceitunas negras cuyos huesos se metía por las orejas oyéndolas rodar por el interior de su cuerpo hasta alcanzar la punta del pie. La pesadilla, en el caso de que se tratara de una pesadilla, se instaló, pues, en el centro de su existencia. Curiosamente, el estar hueco no afectaba a ninguna de sus funciones vitales. Continuaba comiendo, viendo la televisión, escuchando la radio, etcétera. Había dejado el *footing* porque temía tropezar con alguna esquina del pasillo y romperse de nuevo. Por lo demás, todo continuaba igual si exceptuamos una suerte de tristeza que se fue instalando en su ánimo y que se traducía en un desinterés general por la existencia.

De súbito un día se le ocurrió que quizá todo el mundo estuviese tan hueco como él. Quizá los intestinos y el aparato respiratorio y el bazo y el riñón fueran meros inventos de una especie a la que repugnaba la idea del vacío. Entonces cogió una escopeta de perdigones y comenzó a disparar desde la ventana a los niños que jugaban en el parque. Las víctimas continuaban jugando ajenas a la agresión. Quizá en el momento del impacto se detenían un instante, como si algo raro les hubiera pasado, pero reemprendían sus carreras de inmediato. La impresión de Vicente es que el proyectil atravesaba la piel sin producir dolor ni sangre y se despeñaba por los abismos huecos del interior, como los huesos de las aceitunas.

Vicente fue detenido unos días después, acusado de haber dado muerte a dieciocho personas disparando un fusil repetidor desde la ventana de su casa. Los muertos eran principalmente mujeres y niños. En el juicio mantuvo que todo era mentira, que aquellos niños estaban huecos y que sólo les había hecho unos agujeros fáciles de tapar con cinta aislante. Le tomaron por loco y fue internado en un psiquiátrico donde lleva su oquedad como puede. Parece que se ha puesto una bisagra en la rodilla y que por la noche se abre la pierna y tira a la basura las pastillas que le hacen tomar y que, como los huesos de las aceitunas, se depositan en sus pies. Como es muy mañoso, se ha abierto también una puerta en el pecho y, donde otros tienen las costillas, él se ha colocado unas baldas donde lleva sus libros preferidos. Como sigue detestando a la gente, abre la puerta del pecho, coge una novela y se pasa las tardes leyendo. Su abogado, que también es un hombre hueco, ha recurrido la sentencia.

Lo intentaré el próximo domingo

Aquel domingo, a las 15.30, los termómetros alcanzaron temperaturas superiores a los cuarenta grados. La ciudad tenía fiebre y sus habitantes habían desaparecido. Me puse unas gafas oscuras y salí a la terraza; la calle estaba desierta, sólo un loco o un desesperado se habría aventurado a recorrerla y lo más probable es que no hubiera llegado demasiado lejos. Observé las ventanas de los edificios cercanos, pero no conseguí ver a nadie. Pensé que la gente prefería agonizar en el interior de sus casas, quizá debajo de las camas o en el interior de las bañeras. Desde la terraza, el espectáculo parecía irreal. La ciudad era un escenario vacío y abrasado por una luz insoponible.

Decidí vivir a fondo aquella experiencia de irrealidad y bajé a la calle. Empecé a caminar en cualquier dirección haciendo apuestas conmigo mismo sobre la cantidad de tiempo que tardaría en cruzarme con alguien. Tras haber perdido varias de estas apuestas, me pareció distinguir a lo lejos una silueta que caminaba en dirección a mí. Apresuré el paso para acelerar el encuentro y entonces la silueta se disolvió entre las capas de vaho seco que subían desde la acera. Antes de que me repusiera del efecto causado por esta desaparición, la silueta volvió a manifestarse, aunque de forma algo incompleta; quiero decir que apareció primero el tronco y en torno a él fueron brotando poco a poco las extremidades y la cabeza, como en un proceso de revelado fotográfico. En cualquier caso, la figura continuaba aún demasiado lejos, como si ni ella ni yo avanzáramos en relación con el esfuerzo de nuestras piernas. Durante el proceso de acercamiento, volvió a desaparecer varias veces total o parcialmente; daba la impresión de que su cuerpo, o alguna parte de él, entraba y salía de una dimensión invisible producida por las ondas de calor.

El asfalto brillaba como brilla la frente de los afiebrados. Me pregunté si aquella silueta y yo no seríamos un delirio provocado por la temperatura excesiva que atormentaba a la ciudad. Cuando apenas faltaban cinco metros para que nos cruzáramos, comprobé que se trataba de un hombre de unos cuarenta años. Llevaba un traje de invierno y un abrigo, pero no sudaba ni jadeaba como yo. Comprendí que estaba muerto y sentí un malestar indefinido en el momento de cruzarme con él.

Pensé en regresar a casa, pero al volverme vi que no había ni una sola sombra a lo largo de todo el trayecto. Sin embargo, alejándome un poco más podría sentarme en un banco situado debajo de un árbol. Hice esto último y al poco de permanecer con la boca abierta, respirando aquel aire que me abrasaba los pulmones, vi pasar una muerta. Llevaba una mortaja muy parecida al hábito de las novicias y tenía mala cara, aunque no a causa del calor. Pensé que quizá los muertos elegían los momentos más calurosos del verano, cuando los vivos buscan una humedad

imposible en el interior de sus casas, para recorrer sin ser molestados las calles en las que vivieron.

El siguiente muerto fue un niño; se sentó a mi lado y me preguntó que cómo conseguía sudar. Parecía echarlo de menos.

—Es que estoy vivo —dije.

—¿Desde cuándo?

—Pues desde que nací. ¿Desde cuándo estás muerto tú?

—¿Por qué dices que estoy muerto?

—Porque no sudas ni tienes calor.

El niño comenzó a llorar. Seguramente acababa de fallecer y todavía no le habían dado la noticia. No sabía qué hacer y me sentía culpable, pero al mismo tiempo no podía moverme de aquella sombra minusválida aportada por el árbol bajo el que me había sentado. Entonces apareció un muerto de casi dos metros que cogió al niño de la mano y se lo llevó tras lanzarme una mirada de censura.

No sabía qué hacer y empecé a recordar a gente que había fallecido y que me habría gustado volver a ver. Me acordé de una tía mía muy aficionada a las tortillas, pero que era incapaz de cascar un huevo. Vivía en mi casa cuando yo aún era pequeño y siempre que iba a hacer una tortilla me llamaba para que fuera yo el que rompiera el huevo. Le daba miedo que dentro de la cáscara hubiera una cosa distinta a la esperada.

—¿Pero qué puede salir? —le preguntaba yo.

—No sé, imagínate lo peor.

—¿Un mejillón grande?

—O algo más asqueroso.

Curiosamente, he heredado ese asco. Cada vez que me encuentro con un huevo en la mano se me ocurren tantas cosas repugnantes que finalmente lo guardo en la nevera y me quedo sin tortilla. Además, mi tía murió por tomar mahonesa en mal estado, lo que no deja de resultar aleccionador conociendo la relación que mantenía con los huevos.

Mientras pensaba en estas cosas, no advertí que había dejado de sudar. Me lo dijo un muerto que se había sentado a mi lado.

—Está usted dejando de sudar.

—¿Me estaré muriendo? —pregunté alarmado.

—Quizá sí. Si no vive muy lejos, échese una carrera. Si consigue llegar a casa antes de que cese por completo la transpiración, se frenará el proceso. Y no vuelva a salir un domingo de verano a la calle a estas horas reservadas para los muertos.

Salí corriendo y llegué a casa con la lengua fuera. Nada más cerrar la puerta empecé a sudar y a tener sed. Bebí dos vasos de agua y me dejé caer en el rincón más oscuro del salón. La temperatura seguía aumentando. Los termómetros que le ponían en la ingle a la ciudad marcaban

más de cuarenta y cinco grados. Las calles tenían fiebre y deliraban con mi cuerpo. Creo que habría preferido morirme. Lo intentaré el próximo domingo.

Un regalo para la jubilación

Cuando se jubiló, sus compañeros y subalternos le dieron una comida y le regalaron un gato. Él odiaba a toda clase de animales, especialmente a los gatos, pero lo cogió entre sus manos como si le hubiera hecho mucha ilusión y lanzó un pequeño discurso de agradecimiento. Se lo llevó a casa sabiendo que el animal representaba la última venganza de quienes durante todos aquellos años habían tenido que soportar sus cambios de humor y su manera tiránica de ejercer la autoridad. Se desharía de él, pensó, o lo disecaría. Los únicos seres que todavía podía soportar eran los disecados; de hecho, en el salón de su casa tenía tres ardillas, dos perdices y un conejo disecados. El conjunto podría parecer algo siniestro, pero para él constituía su familia.

Para colmo de males, a los dos días de convivir con el gato vivo, empezó a estornudar. Dedujo que el pelo del felino le producía alergia y planificó diversas maneras de deshacerse de él inmediatamente. Lo más sencillo, desde luego, era el abandono. Decidió, pues, que al día siguiente se lo llevaría en una caja de zapatos a un parque y la tiraría con disimulo a una papelería. Calculó las posibilidades de supervivencia que tendría el gatito y dedujo que muy pocas. Esto, que en otra época le habría dado lo mismo, le preocupó. Había empezado a proyectar sobre el animal un sentimiento supersticioso. Si lo mataba, malo; si no, peor. El gato era el depositario de los odios que minuciosamente se había ido granjeando a lo largo del último tramo de su existencia laboral; era el símbolo de la antipatía que le profesaban los únicos seres humanos con los que había tenido que relacionarse. Eso lo convertía también en una bomba de relojería, pues no hay símbolo que tarde o temprano no nos estalle en el rostro.

Quedarse con él significaba, entre otras cosas, vivir con un catarro permanente el resto de su vida. El animal tenía un mes y la esperanza de vida de estos bichos era de unos doce años. Él tenía sesenta y cinco y una bronquitis crónica que se vería agravada por el catarro alérgico. Lo más probable era que el gato le enterrase. Pero matarlo o abandonarlo en un parque o en un descampado era como abandonar o matar su propio destino. Intuía que en el felino convergían ciertas fuerzas malignas que él mismo había desatado y le parecía mejor tenerlas controladas, a la vista.

Al objeto de atenuar el contacto con el animal, y por lo tanto los síntomas catarrales, habilitó para él una parte de la casa a la que sólo se acercaba para darle de comer o cambiarle la arena. Esta separación duró poco, porque le empezó a apetecer tener cerca al gatito por las noches, mientras veía la televisión. Pronto observó, aterrado, que había comenzado a desarrollar hacia el bicho un sentimiento de afecto que superaba, en mucho, al que profesaba al conejo disecado, su preferido del grupo familiar. Aquello parecía un drama; se abrazaba al animal y empezaban a

llorarle los ojos y a desbordársele las narices. Se puede decir que el amor y el síntoma llegaron a confundirse puesto que era inimaginable la existencia del uno sin el otro.

Una noche le despertó el ruido de la lavadora. Como no recordaba haberla programado antes de irse a la cama, se levantó extrañado y fue a la cocina. En ese momento el tambor giraba a gran velocidad centrifugando algo que no consiguió distinguir, pero que parecía un trozo de piel. Esperó a que terminara, abrió el ojo de buey y sacó lo que quedaba del conejo disecado.

Regresó a la cama llorando, por el catarro crónico más que por el conejo. Hizo memoria de la jornada anterior. Es cierto que después de cenar se había sentado a ver la televisión con el gato en el regazo y un gran vaso de whisky en la mano; cuando llegó a la cama, estaba algo borracho, aunque no tanto como para no acordarse de si había programado o no la lavadora, y, sobre todo, de si había metido o no en su interior al conejo. Ya no pudo dormirse y se sintió muy mal hasta que amaneció, pues tuvo que reconocer que en la mirada de cristal del conejo disecado había observado en los últimos tiempos un tono de reproche por la atención que le prestaba al gato vivo.

Decidió que intentaría controlar la bebida, aunque constituía su somnífero preferido, y no sólo su somnífero, sino su narcótico. En efecto, con el alcohol, además de entorpecer los sentidos, adormecía su conciencia. Por eso, los días que llegaba sobrio a la cama empezaba a revolcarse entre las sábanas con un desasosiego que parecía proceder de la memoria, de la memoria de una vida que, habiendo sido la suya, no podía reconocer sin embargo como propia. No entendía, por ejemplo, que hubiera renunciado sistemáticamente al amor, a los afectos, cuando tanto le gratificaba ahora el contacto caliente con el cuerpo del gato vivo. Imaginaba lo que habría sido una vida entera llena de afectos, de contactos corporales, de miradas. Y se preguntaba quién le había habitado, en nombre de quién había renunciado a todo aquello que en el último tramo de la existencia le parecía deseable.

Por todo ello sus propósitos de dejar el alcohol duraron poco tiempo. Regresó a él con más fuerza que antes. Se acostaba decididamente borracho y en la madrugada le despertaba el ruido de la lavadora. Sonándose los mocos, llorando por efecto de la congestión nasal, iba a la cocina y veía por el ojo de buey a una de las ardillas o de las perdices disecadas. Después de caer los animales disecados, le tocó el turno al gato. Un día se despertó, se asomó a la ventana de la lavadora y lo vio dar vueltas con los ojos abiertos y los pelos de punta. Una parte de él no había podido resistir tanto amor. De todos modos, conservó hasta morir el catarro permanente. El síntoma.

La mujer del cuadro

Vi desde el autobús a una mujer que llevaba un cuadro de dimensiones incómodas. Durante el último año no había llovido, pero aquella tarde de primavera el cielo había empezado a ponerse negro a mediodía y, aunque a media tarde aún no había caído una gota, la gente se movía por las calles con un raro gesto de extravío, como si olfateara la tormenta que habría de suceder. Cuando vi desde el autobús a la mujer del cuadro, comenzaron a caer también las primeras gotas; no eran muchas, pero tenían un tamaño desmesurado y golpeaban a los transeúntes con fuerza, impulsadas por un viento caliente que al parecer venía de África.

Aunque aquélla no era mi parada, bajé del autobús y fui a refugiarme bajo la marquesina de una tienda que también había dado cobijo a la mujer del cuadro. Un relámpago dividió el firmamento y, como si ésa hubiera sido la señal, la lluvia arreció en cuestión de segundos. Ya he dicho que era primavera, sin embargo el olor de la atmósfera era el del otoño, como si la tormenta viniera impregnada de una melancolía o de unos presagios más propios de esa estación. La mujer del cuadro y yo nos quedamos aislados gracias a una cortina de agua que caía de la marquesina. Entonces me dediqué a contemplarla confirmando lo que me había parecido desde el autobús: que era una mujer rara, muy bella si uno conseguía situarse en un punto de vista algo aquejado de irrealidad, o de ensueño, pero desagradable si se la observaba desde un lugar más convencional. Intenté situarme en ese espacio convencional para evitar complicaciones, pero cada vez que me encontraba con sus ojos me parecía que tenían un mensaje para mí. El cuadro no estaba protegido, como es usual, en las esquinas, pese a que el marco parecía algo delicado, muy vulnerable a cualquier golpe. Mi impertinencia fue premiada con un par de ráfagas de sus ojos que dirigieron su atención a un punto situado entre el corazón y la boca, y entonces comprendí que no es que aquellos ojos tuvieran un mensaje para mí, sino que de ese mensaje dependía mi vida. Afortunadamente, la cortina de agua se había hecho más espesa, lo que me garantizaba aún unos momentos de intimidad. Hice en voz alta un comentario sobre el tiempo al que ella respondió con una sonrisa enloquecedora. Entonces le pedí que me mostrara el cuadro que había colocado contra la pared: se trataba de un óleo hiperrealista en el que se veía un pasillo al que se abrían dos habitaciones de las que surgía una luz lechosa, como de luna. En una de las paredes visibles del pasillo había una pintura y el resto estaba lleno de una amenaza inconcreta, que provenía de los detalles obsesivos del suelo o quizá del marco de las puertas, aunque algo influía también la perspectiva lineal que otorgaba al pasillo cierta calidad de pozo.

Cuando cesó la tormenta, nos despedimos cordialmente y salimos cada uno en una dirección. El aire tenía buen olor y producía al ser respirado un optimismo que en mi caso se tradujo en la

seguridad de que volvería a encontrarme de nuevo con esa mujer de cuya mirada dependía mi destino.

Esa noche me desperté de madrugada con la garganta seca, como si hubiera bebido o fumado más de lo habitual. Me incorporé y miré instintivamente hacia la ventana por donde penetraba una luz blanca muy parecida a la del cuadro. Había luna llena. Me levanté sin encender la luz y alcancé el pasillo lleno de perplejidad: el caso es que mi percepción del espacio era muy rara, como si me encontrara sobre una superficie plana a la que unas líneas convergentes dotaran de cierta sensación de profundidad. Llegué a pensar si estaría muerto, pues he leído que una de las cosas en las que uno puede advertir que ha fallecido es precisamente en la percepción de los espacios. Las puertas de las dos habitaciones que daban al pasillo estaban abiertas y a través de ellas se colaba la luz lunar, que daba al ambiente un aspecto más irreal si cabe. Avancé en dirección a la cocina para beber agua sin que me abandonara esa impresión de estar moviéndome sobre una superficie plana; es más, también yo me sentía plano, como si hubiera perdido las dimensiones propias de un volumen. Cuando llegué a la cocina, comprobé con cierto asombro que ya no tenía sed, de manera que inicié el camino de regreso. Entonces fue cuando me di cuenta de lo que pasaba: me encontraba dentro de un cuadro o, más exactamente, dentro del cuadro que había visto esa tarde.

Con miedo a caer al exterior y aplastarme, descendí hasta el marco y desde allí comprobé que el cuadro estaba puesto en la pared de un dormitorio de dimensiones colosales para mí. Cuando mis ojos se fueron acostumbrando a aquellas dimensiones y a aquella perspectiva empecé a distinguir algunos detalles. Así, por ejemplo, vi que aunque en el cuadro era de noche, en aquella habitación había empezado a amanecer. Entonces la enorme cama que había a los pies del cuadro se movió y de entre sus sábanas surgió el rostro de la mujer que había conocido bajo la tormenta. Le hice señas para que me rescatara de aquella condición, pero ni siquiera llegó a reparar en mí. Era tan grande que cuando empezó a moverse de un lado a otro por el dormitorio sólo percibía de ella fragmentos geométricos; curiosamente, yo, que estaba atrapado en el interior de un cuadro hiperrealista, veía la realidad como un cuadro cubista. No me vio, y creo que no me verá nunca, pero he encontrado dentro del cuadro en el que vivo una habitación con cuartillas y máquina de escribir. Todos los días escribo varios folios que luego dejo caer al exterior del cuadro, lo que pasa es que allí adquieren un tamaño insignificante y ella los barre con el polvo. No importa, porque por las noches, cuando se acuesta, hay un momento en el que la veo casi entera y con eso me basta para soportar una vida tan plana.

El hombre que imaginaba catástrofes

Su cuerpo iba siempre retrasado en relación con su cabeza. Por ejemplo, si se estaba afeitando, pensaba en el café, pero, cuando se estaba tomando el café, se imaginaba ya dentro del coche, en el atasco, escuchando las primeras noticias del día por la radio. Lo que pasa es que entonces tampoco oía las noticias, porque se ponía a pensar en los problemas que le aguardaban en la oficina. Iba detrás de los acontecimientos como el burro detrás de la zanahoria, sin alcanzarlos nunca.

Su pensamiento y su cuerpo, pues, ocupaban lugares geográficos distintos, y esta separación producía en su ánimo un constante estado de ansiedad, como si se persiguiera a sí mismo todo el rato. Por la noche tomaba somníferos para aliviar esa tensión permanente, y entonces los músculos de su cuerpo se encogían como una goma elástica abandonada sobre la mesa. Se dormía imaginando que viajaba por el espacio sin nave ni traje espacial ni escafandra, pero podía respirar y soportar la falta de presión gracias a unas cápsulas de su invención que se tomaban con agua, y que lo mismo servían para viajar por el espacio que para descender a las profundidades marinas, donde a veces se perdía también imaginariamente antes de dormirse. Después soñaba que le daban el Premio Nobel de Medicina por la invención de estas cápsulas y se despertaba con la garganta seca y el cuerpo pesado. Por la mañana se tomaba una o dos pastillas estimulantes que combatían los efectos de los sedantes nocturnos.

Un día que estaba con su amante y se puso a pensar en su mujer, comprendió que su problema consistía en estar siempre en un lugar distinto al que en realidad se encontraba, con lo que no disfrutaba de ninguno de los dos lugares. Dedujo, pues, que si su pensamiento y su cabeza consiguieran estar al mismo tiempo en el mismo lugar, todos sus problemas desaparecerían. Y lo intentó, pero no le salía. Por ejemplo, mientras se afeitaba se decía a sí mismo: «Qué bien, me estoy afeitando, estoy haciendo esto y no otra cosa; cuando llegue la otra cosa, disfrutaré de la otra cosa, pero ahora me encuentro muy a gusto haciendo esto, observando en el espejo las irregularidades de mi rostro, percibiendo el tacto de mi piel en un momento irrepetible, porque habrá otros días y otros afeitados, pero ninguno será como el de hoy...». Lo que sucede es que por detrás de estas palabras empezaban a circular imágenes que nada tenían que ver con lo que hacía en ese momento, sino con lo que tenía que hacer a lo largo del día. Con lo cual, el motor de la ansiedad se ponía en marcha y en el espejo dejaba de reflejarse su cara y comenzaba a verse su despacho con gente entrando y saliendo y él en medio resolviendo cosas, tomando decisiones. Entonces dejaba de afeitarse y se vestía corriendo y se tomaba un café a toda pastilla y conducía como un loco hasta llegar a la oficina y cuando llegaba allí, mientras firmaba papeles o hablaba

por teléfono, comenzaba a pensar en la comida de negocios o en la cena de placer, a donde llegaba siempre hecho polvo para imaginar el momento en el que se metería en la cama.

No lograba, en fin, alcanzarse a sí mismo por más que corriera, pero decidió que había mucha gente que vivía de ese modo y que se trataba, por tanto, de una forma como cualquier otra de afrontar la existencia. Lo malo es cuando comenzó a tener anticipaciones negativas. Ya no se imaginaba —mientras consumía apresuradamente el café— en el coche oyendo las primeras noticias del día por la radio, sino atropellando a un niño o chocando de frente con un camión de cien toneladas. La cuestión es que, cuando se metía en el coche, desaparecía ese terror, que era sustituido por imágenes de la oficina igualmente catastróficas: entraba su jefe y le decía que habían decidido prescindir de sus servicios, o bien le llamaban por teléfono para comunicarle que acababa de caer un avión sobre su casa. Las visiones alcanzaban tal grado de realidad que su rostro se descomponía provocando el espanto de quienes se encontraban cerca de él. Un día regresaba a su domicilio después de una jornada agotadora y empezó a imaginar que al entrar en casa se encontraba a su mujer ensangrentada y muerta en el recibidor, a la criada ahorcada en la cocina y a los niños asfixiados con bolsas de plástico en el dormitorio. Comenzó a sudar de miedo mientras intentaba explicarse este desastre que no podía ser obra más que de un perturbado. Después se vio a sí mismo llamando a la policía y a la policía interrogándole. Advirtió que, si le acusaban a él de haber perpetrado aquellos horribles crímenes, carecería de coartada, pues ese día había estado mucho tiempo fuera del despacho y había comido solo en un restaurante en el que no le conocían. Llegó a su casa demacrado por el terror y permaneció varios minutos frente a la puerta sin atreverse a abrir o llamar al timbre hasta que escuchó ruidos en el interior. Al principio pensó que podría tratarse del asesino, que aún no había terminado la faena, pero enseguida oyó la voz de uno de sus hijos y entonces entró corriendo y los abrazó a todos como si acabaran de sobrevivir a una catástrofe. Después, preso de un ataque de fiebre, se metió en la cama y estuvo en ella una semana imaginando que su mejor amigo le quitaba el puesto en la oficina.

Antes se agotaba en una persecución de sí mismo, pero el objetivo de esa persecución era la felicidad, aun cuando no llegara a alcanzarla nunca, mientras que ahora, sin haber dejado de perseguirse, sabía que el momento de alcanzarse coincidiría con alguna desgracia. Nunca había tenido un carácter jovial, pero, como siempre estaba corriendo tras de sí, los demás le veían como un tipo nervioso, lleno de vida y energía. Ahora, sin embargo, empezó a mostrarse como un sujeto abatido, pues el estar esperando permanentemente una desgracia le volvió hosco, triste y poco comunicativo. Acabó enfermando, aunque no se sabía de qué, pues no le dolía nada en concreto. Los médicos lo miraron por arriba y por abajo, y cuando al fin lograron descubrirle algo, resultó ser una cosa grave. Cuando se lo comunicaron con toda clase de precauciones, se puso a dar saltos de alegría para sorpresa de todos. La desgracia había sucedido al fin y, por grande que fuera, significaba un descanso. Por primera vez en su existencia, logró alcanzarse y el poco tiempo que vivió fue muy feliz.

La casa vacía

A los dos años de quedarse viudo, fue abandonado también por sus hijos, que parecían haberse hecho mayores de repente. La casa, de súbito, se convirtió en un desierto excesivo para los movimientos de un hombre solo. La vendió y se trasladó a un piso de dimensiones manejables, con mucha luz y una terraza acristalada, donde pasaba las tardes observando melancólicamente la vida como desde el interior de una pecera.

Enseguida observó que en el edificio de enfrente había una vivienda vacía. Tenía siempre las persianas a medio echar y el pequeño balcón carecía de muebles. Llegó a conocer bastante bien al resto de los vecinos de ese bloque. Desde su observatorio, los veía deambular de una a otra zona de las casas. Pronto perdió el interés por todos ellos, pues no había en sus hábitos ningún movimiento atractivo o digno de atención. Era como contemplar la maquinaria de un reloj, tan rutinaria y predecible.

Por aquellos días dejó de fumar, no porque se lo hubiera recomendado el médico, que también, sino porque una vez sentado en la terraza le daba pereza ejecutar los movimientos necesarios para hacerlo. Contemplaba sin ganas el edificio de enfrente, luego bajaba la mirada a la calle, donde pasaban siempre las mismas cosas, y se perdía en ensoñaciones baratas. De vez en cuando, sin embargo, contemplaba el balcón de la vivienda vacía, como a la espera de una sorpresa estimulante. Tenía la impresión de que su vida ya no tenía otro objeto que vigilar la casa por si llegara a producirse en ella alguna novedad.

Un día imaginó que las persianas de La Deshabitada, como había empezado a llamarla, se levantaban y que al otro lado aparecía una mujer joven en ropa interior. La vio deambular a través de las ventanas de una a otra habitación. Luego apareció en la pequeña terraza. Llevaba una escoba y comenzó a barrer. Se movía con naturalidad. El hombre la observó con cuidado al tiempo que la diseñaba. En la ropa interior, de color blanco, predominaban los encajes. Decidió que no era tan joven, pero aun tratándose de una mujer algo madura, conservaba la delgadez y la elasticidad de una adolescente. La melena apenas le permitía entrever su rostro, del que sólo llegó a diseñar los labios y la punta de la nariz, constituyendo los ojos un misterio.

Empezó a aficionarse a esta ensoñación que repetía diariamente con muy pocas variaciones. Ahora se trataba de una rutina emocionante, no porque provocara en él una excitación violenta, sino porque aquella imagen le remitía a algo misterioso y posiblemente antiguo, a algo que guardaba alguna relación con su vida, como si en aquella mujer se corporeizara algún fantasma remoto con el que al fin pudiera ajustar cuentas. La ensoñación fue creciendo con el paso de los días y, aunque las situaciones básicas no variaron, el cuerpo y la ropa interior de la mujer se

enriquecieron con matices que la iban haciendo cada vez más real. Sólo el rostro, permanentemente velado por la melena, seguía siendo algo confuso, inacabado, del que apenas percibía unos destellos parciales.

Un día, tras sentarse en la terraza dispuesto a evocar su fantasía, observó alteraciones reales en La Deshabitada. En efecto, las persianas no guardaban la posición habitual y en el interior de la casa se percibía el movimiento de una sombra. Al poco, aterrado, vio cómo la puerta del balcón se abría y aparecía, en calzoncillos y camiseta de tirantes, un sujeto de unos cincuenta años. No pudo soportarlo y se retiró al interior de la vivienda.

Durante la semana siguiente averiguó quién era ese hombre y se dedicó a seguirle por toda la ciudad con una navaja de sus tiempos de alpinista en el bolsillo. El sujeto tenía unos horarios muy regulares y se movía siempre en lugares llenos de gente en los que era muy difícil agredirle. A los quince días de esta persecución, estando ambos en una cafetería, el sujeto fue a los lavabos. Le siguió hasta allí, le clavó la navaja por la espalda, a la altura del corazón, y escondió el cuerpo en una de las cabinas del servicio. Luego pasó varios días sin leer los periódicos ni escuchar las noticias. Durante este tiempo, tampoco regresó a la terraza.

Finalmente, cuando consideró que la realidad se había purificado, se acercó un día al edificio de La Deshabitada y habló con el portero, quien le informó de que se alquilaba un piso. Lo alquiló, naturalmente, pero no llegó a habitarlo. Es decir, colocó las persianas en su situación primitiva, entreabrió la puerta del balcón para facilitar el tránsito de su fantasía y regresó a su terraza para pasar las tardes contemplando los movimientos casuales, domésticos, de aquella mujer que llevaba siempre la misma ropa interior blanca en la que predominaban los encajes.

Durante meses intentó ver su rostro sin que el vuelo de la melena llegara a permitirselo. La posibilidad de morir sin averiguar de quién se trataba comenzó a inquietarle seriamente. Una tarde, desesperado, atravesó la calle, subió a La Deshabitada y la recorrió palmo a palmo en busca del fantasma. Cuando llegó al balcón, miró la terraza acristalada que tenía enfrente y obtuvo una visión de sí mismo algo desalentadora. Se vio sentado en la silla de mimbre, mirando con desesperación hacia aquel balcón en el que ahora se encontraba y comprendió que la vida se había terminado.

Abandonó La Deshabitada, arrojó la llave a una alcantarilla y regresó a su terraza. Supo que tenía los días contados y que no le daría tiempo a averiguar la identidad de la mujer, pero había llegado a amarla tanto que se conformó con que no desapareciera antes que él.

El cartero siempre llama dos veces

Entró en la habitación del hotel y sin deshacer el equipaje se tumbó en la cama diagonalmente, para no manchar la colcha con los zapatos. Cerró los ojos e intentó recordar por qué estaba tan cansado, pero no consiguió atribuirlo a ninguna causa concreta. De todos modos, llevaba ya muchos años viajando y, aunque al principio había gozado con ello, ahora detestaba los hoteles, los restaurantes, el coche, los trenes, cualquier cosa, en fin, que evocase su profesión.

Abrió los ojos y sin cambiar de postura echó un vistazo a la habitación: no era muy buena; dos estrellas, pensó. Aquella ciudad era demasiado pequeña y no pertenecía a ningún circuito turístico. La televisión no tenía mando a distancia y carecía también de minibar. Era la hora de comer y, por lo tanto, del primer whisky del día. Tendría que tomarlo en el restaurante. Pero le daba pereza levantarse y salir, quizá si durmiera un poco...

En esto, se incorporó con el miedo dibujado en el rostro: no recordaba para qué había ido a esa ciudad. Cogió la agenda, pero no había en ella ninguna anotación. Calculó por el tamaño del equipaje —un maletín de fuelle— que la duración prevista del viaje era de un día o, como mucho, dos. Pero ¿a qué había ido? Jamás le había sucedido algo semejante. Intentó reflexionar: aquella ciudad, por su tamaño, no debía de tener ningún centro médico importante y él se dedicaba a vender aparatos de electromedicina; no parecía que allí hubiera mucho que vender, aunque cabía la posibilidad de que su cita fuera con un médico privado. En las ciudades pequeñas hay a veces consultas privadas dotadas de más medios que la Seguridad Social.

En esto, sonó el teléfono y alguien le dijo que le esperaban en recepción. Se arregló el nudo de la corbata y se lavó la cara intentando de nuevo recordar qué diablos hacía en aquella ciudad. Finalmente, pensó que quizá pudiera sonsacar sutilmente esa información a sus visitantes.

En recepción le esperaban un hombre y una mujer de mediana edad, o quizá de edad indefinida; todo era en ellos de una neutralidad inquietante. Le sonrieron y le dieron la mano mientras le preguntaban si había tenido buen viaje y si prefería un lugar de carne o de pescado para comer. Daba la impresión de que la cita estaba concertadísima, de manera que confió en que a lo largo de la comida se dijera algo que pusiera en marcha la maquinaria del recuerdo.

No fue así, el hombre y la mujer se refirieron todo el rato a cuestiones que resultaron tan neutras como su aspecto. Además, después del café, empezaron a aparentar que tenían prisa y le llevaron de nuevo al hotel —«quizá te apetezca descansar un rato»— diciéndole que regresarían a buscarle para la cena. Se tumbó de nuevo en la cama diagonalmente, con el cuidado de no rozar la colcha con los zapatos, e hizo un nuevo ejercicio de memoria con resultados tan improductivos como los anteriores. Pensó en llamar a la oficina o a su mujer, pero desechó la idea por miedo a

que se tratase de un viaje privado encubierto con razones de orden profesional. Ya no solía hacer estas cosas, que le apasionaron peligrosamente en otros tiempos, pero no podía descartar ninguna posibilidad. Mientras no tuviera otro dato, era mejor quedarse quieto.

Descorrió las cortinas de la ventana y vio que la habitación daba a un estrecho callejón del casco antiguo de la ciudad. Las casas de la acera de enfrente casi se podían alcanzar con la mano. Desde su posición se veía el interior de alguna de las viviendas, que evocaban la arquitectura de esas casas de juguete que se abren por el tejado para modificar la disposición de los muebles. La visión tenía algo de pesadilla, pero al mismo tiempo poseía un atractivo morboso que le impedía despegarse del cristal.

Se oyeron, provenientes del pasillo, unos ruidos exagerados que distrajeron su atención. Entreabrió la puerta con sigilo y vio congregados allí a los ocupantes de las otras habitaciones. Preguntó qué pasaba y le dijeron que acababa de morir el viajero de la 434, la habitación contigua a la suya. Enseguida vio salir de esta habitación a un grupo de gente que portaba un enorme bulto, el cadáver quizá, envuelto en una sábana. Se retiró hacia el interior con mal cuerpo y en el momento de cerrar la puerta le pareció reconocer entre los que sujetaban la sábana a la mujer y al hombre con los que había comido.

Pasó la tarde en la habitación del hotel, confiando en recibir una llamada que le permitiera aclarar o recordar las razones de su estancia en aquella minúscula capital de provincias. Nadie llamó, nadie preguntó por él, que tampoco consiguió recordar el objetivo de su viaje. A última hora la pareja neutra volvió a buscarle para cenar y mantuvieron con él una conversación de tan poca sustancia como la anterior. Lo dejaron de nuevo en el hotel asegurándole que a las diez de la mañana del día siguiente lo recogería un coche para llevarlo a la estación de tren.

Regresó, pues, a su ciudad sin haber averiguado el motivo de aquel extraño viaje. Nadie le reclamó nada en los siguientes meses, pero el desasosiego se apoderó de él. Tenía que volver para saber qué había pasado, aunque quizá una parte de él ya lo supiera. Así, un día hizo su pequeño equipaje y regresó a la ciudad de provincias donde —ahora lo adivinó— tenía una cita con la muerte, que se había equivocado de habitación. Al descender del tren la pareja neutra le aguardaba. Esta vez parecían tener prisa y no le invitaron a comer.

El hombre que salía por las noches

Aquel día, al regresar borracho a casa a las cuatro de la madrugada, encontró en un contenedor de basuras un maniquí desnudo y masculino. Se le ocurrió una absurda idea y se lo llevó a casa, escondiéndolo en el maletero.

A la noche siguiente, en torno a la hora en que solía salir a tomar copas, su mujer empezó a mirarle con rencor. Pero él actuó como si esa noche fuera a quedarse en casa y la tormenta pasó enseguida. Vieron la televisión hasta las once y media y luego se metieron en la cama. Cuando la respiración de ella adquirió el ritmo característico del sueño, él se incorporó con sigilo y tras comprobar que estaba dormida abandonó las sábanas. Inmediatamente, recuperó el maniquí y lo colocó junto al cuerpo de su mujer. Ella se dio la vuelta sin llegar a despertarse y colocó una mano sobre la cintura del muñeco.

Él se vistió sin hacer ruido, salió a la calle y comprobó que la noche tenía aquel grado de tibieza con el que más se identificaba, quizá porque le recordaba el calor de las primeras noches de su juventud. Respiró hondo y comenzó a andar en dirección a sus bares preferidos. Se sentía bien, como si el peso de la culpa le hubiera abandonado definitivamente. A la segunda copa se acordó del maniquí y, aunque sintió una punzada de celos, le pareció que en general tenía muchas ventajas disponer de una especie de doble, si con él evitaba las peleas conyugales originadas por su afición a salir de noche.

De todos modos, ese día volvió a casa en torno a las dos y media, un poco antes de lo habitual. Se dirigió con cautela al dormitorio y comprobó que todo estaba en orden; su mujer continuaba abrazada al maniquí. Con mucho cuidado retiró las manos de ella del muñeco y lo sacó de la cama. Antes de llevarlo al maletero, pasó con él por el cuarto de baño y mientras se lavaba la cara lo sentó en la taza del váter. Le pareció que el rostro de su sustituto tenía un gesto de satisfacción que no había advertido en él cuando lo recuperó del contenedor de basuras, pero atribuyó esta percepción a los efectos de las copas. Tras esconder el maniquí, se metió en la cama y su mujer, instintivamente, se abrazó a él de inmediato.

Al día siguiente, ella le preparó un excelente desayuno, como si de este modo le agradeciera el que no hubiera salido aquella noche. Siendo su tendencia noctámbula el único motivo de discusión que solía enturbiar sus relaciones, las cosas mejoraron con la introducción del maniquí. Pero él ya no disfrutaba tanto como antes. Se le veía por los bares tenso y malhumorado; algunos compañeros de correrías nocturnas empezaron a rehuirle y ahora se emborrachaba solo en el extremo de las barras mientras cantaba canciones de amores desgraciados. A partir de determinada hora —o de determinada copa— le entraba una especie de fobia que le hacía salir urgentemente de donde

estuviera y acudir corriendo a casa. Abría la puerta con cuidado, se descalzaba y caminaba de puntillas hasta la puerta del dormitorio, donde permanecía un rato con todos los sentidos en tensión para ver si percibía algo. Después entraba, arrancaba el muñeco de los brazos de su mujer y se iba con él al cuarto de baño. Estaba seguro de que en el rostro de aquel muñeco se producían cambios imperceptibles con el paso del tiempo. La mueca desportillada de los primeros días, que intentaba reproducir una sonrisa, se había convertido en una sonrisa verdadera. Aquel cuerpo rígido había mejorado en general, como si todas sus necesidades, de la índole que fueran, estuvieran siendo satisfechas plenamente en aquella casa. Claro que siempre que contemplaba al muñeco estaba borracho, por lo que podía ser una sugestión promovida por el alcohol. Pero aunque hizo propósitos de enfrentarse cara a cara con él a la luz del día, nunca obtuvo la dosis necesaria de valor para llegar a hacerlo.

Los días fueron pasando y el humor de su mujer mejoró notablemente, mientras que el de él declinaba en dirección a una tristeza sin fronteras. Además, empezó a sentir malestares y dolores que hasta entonces no había padecido. Sus excesos nocturnos le pasaban al día siguiente una factura desconocida para él. Pensó que se estaba haciendo viejo, que debía moderarse un poco. Pero estos pensamientos le ponían aún más triste, pues sentía que estaba perdiendo al mismo tiempo la juventud y el amor.

En esto, una noche llegó a casa borracho, como era habitual, y tras meter al maniquí en el maletero se introdujo en la cama. Le pareció que las sábanas no estaban lo calientes que debían estar y buscó a ciegas el cuerpo de su mujer para acoplarse a él. Sintió un contacto duro. Subió las manos en busca de los pechos y percibió dos bolas sin pezón, como si se estuviera abrazando a un maniquí. Tuvo un movimiento de terror que controló inmediatamente, por lo que no llegó a abrir los ojos. Se durmió enseguida, aplastado por el peso del alcohol, y al día siguiente, al despertarse, todo parecía normal.

Pero aquella sensación de que su mujer había sido sustituida por un maniquí fue creciendo sin prisas con el paso de las noches. Finalmente, una mañana, al despertar, comprobó que ella no se movía. Al principio pensó que se había muerto por el grado de rigidez y frialdad que mostraba su cuerpo. Pero al observarla más atentamente comprobó que su carne se había transformado en una especie de material duro cuyo tacto evocaba el del cartón piedra o el de una resina sintética. Se levantó con un horror atenuado por la perplejidad de la resaca, se vistió y fue a buscar su maniquí al maletero. Lo colocó junto al cuerpo de la mujer y ambos muñecos rodaron hacia el centro de la cama, como si se buscaran. Los tapó, salió de casa y desapareció entre el tráfico sin que se haya vuelto a saber nada de este hombre.

Obras sociales

Le di al taxista la dirección y me preguntó por dónde quería ir. Se lo dije. Se sorprendió porque no conocía ese camino y añadió que estaba muy cansado. Llevaba al volante desde las seis de la mañana y no lo dejaría hasta las seis de la tarde. Hice la cuenta y comenté que eso eran doce horas: mucho tiempo para los nervios y para la columna. Me dio la razón, por eso preguntaba a los clientes por dónde querían ir; a él se le cruzaban las calles en la cabeza y a veces quería dirigirse a un sitio y llegaba a otro. Yo, que también soy taxista, le comprendí. Muchas veces, en casa, cuando quiero ir al baño aparezco en la cocina.

—Seguro que deja usted el taxi a las seis y a las siete está trabajando en otra cosa —dije.

Me miró aterrado y empezó a preguntarme que cómo lo sabía. Le expliqué que lo había dicho por decir, que no era raro que en estos tiempos tan difíciles se practicara el pluriempleo. Pero él insistió en que no, en que lo había dicho con mucha seguridad, me suplicó que le dijera cómo lo había averiguado. Le dije que yo mismo tenía tres trabajos y eso pareció tranquilizarle. Le pregunté por su segunda ocupación.

—Adiestro perros —contestó.

—Qué interesante —dije para halagarle, pero también porque da la casualidad de que yo me dedico a eso y me gusta.

Volvió a ponerse pálido y me preguntó angustiado que por qué me parecía tan interesante. Intenté explicárselo y conseguí que me creyera a medias. Entre tanto, advertí que íbamos en dirección contraria a la que le había indicado, pero no me atreví a decirle nada. Rectificaríamos un poco más adelante. El silencio se instaló de nuevo en aquella pesada atmósfera. Afortunadamente, esta vez lo rompió él.

—Y no crea que hago sólo eso —dijo.

—¿Ah, no? —respondí aparentando interés.

—También soy legionario de María.

Me explicó que formaba parte de una legión en la que todos tenían nombres romanos.

—¿Y a qué se dedican? —pregunté.

—Bueno —respondió mirando a uno y otro lado con desconfianza—, cada uno hace una cosa. Unos compañeros míos hablan con prostitutas. Van en grupos de diez a una calle de mala nota y cinco rezan mientras los otros cinco hablan con las prostitutas. Se entiende que los que rezan lo hacen para que los otros no caigan en la tentación. Cada media hora cambian de lugar y entonces los rezadores hablan mientras los otros rezan. Intenté resumir en una frase el trabajo de los legionarios de María.

—Hacen prestaciones sociales.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó poniendo otra vez cara de persecución.

—Es lo que usted acaba de decirme.

—Ya —respondió con desconfianza.

Le pregunté entonces que cuánto tiempo dedicaba a estas prestaciones sociales y si lo hacía durante los fines de semana.

—Sí, hombre —me dijo con agresividad—, me paso doce horas diarias en el taxi, luego adiestro perros hasta las nueve de la noche y encima pretende usted que me pase los fines de semana en la parroquia. Mi compromiso es de ocho horas al mes, pero por ejemplo este rato que estoy hablando con usted me cuenta, porque no me dirá que no estoy haciendo una labor social. O sea, que yo miro al cliente y si veo que tiene cara de escuchar le explico lo de la Legión de María y voy anotando en un cuadernito el tiempo que hablo.

Le indiqué entonces que íbamos en dirección contraria. Se puso pálido de ira.

—Ahora usted se creará que he intentado engañarle.

—Todos nos equivocamos —respondí con paciencia.

Echó mano de la cartera y sacó un carné pringoso que me pasó por encima del hombro.

—Como verá, también soy de la Adoración Nocturna. Voy una vez al mes y me paso toda la noche adorando. No se crea, lo hago porque tengo insomnio, porque, como usted comprenderá, con las horas que trabajo y siendo ya legionario de María, no tenía ninguna necesidad de pertenecer también a la Adoración Nocturna. Pero qué más me da estar despierto en un sitio que en otro. Se lo digo para que vea que no intento engañarle. Sería una contradicción.

En esto un motorista se cruzó delante de nosotros obligándole a frenar y le llamó de todo. Bueno, de todo no, en realidad sólo conté dieciocho insultos. Empecé a tener miedo y como cuando tengo miedo hablo, hablé:

—¿Lo de adiestrar perros es también una obra social? ¿Lo hace, por ejemplo, para los ciegos?

—Unas narices. Bueno, además es que para eso tenía que haber hecho un curso en Londres. Yo adiestro para la convivencia, para que los animales se comporten como usted o como yo en una reunión de personas. O sea, que si se le ordena al perro saludar sepa decir buenas tardes o buenas noches.

—Me voy a quedar aquí —dije aprovechando un semáforo—. Son quinientas, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó fuera de sí.

—Por el taxímetro —respondí.

Eso pareció calmarle. Me bajé y fui andando hasta la iglesia donde solemos reunirnos los legionarios de María. Llegué tarde por todo esto y porque esa noche había tenido adoración nocturna y me había quedado dormido después de comer. El párroco, nada más verme, me acusó de tener sueño. Le pregunté cómo lo había averiguado, pero se limitó a sonreír con superioridad. Cualquier día lo mato. Esto me pasa por adiestrar gratis a su perro; seguro que le cuenta al cura todo lo que hablamos en clase. Qué mundo.

El hombre que controlaba el mundo

Él llevaba muchos años viviendo solo cuando empezó a quedarse calvo. En la oficina decían que se le estaba desertizando la cabeza o que se le empezaba a ver el cartón, como a esos muñecos antiguos que perdían el postizo de lana. Jamás respondía a estas bromas porque la única respuesta que se le ocurría era el asesinato. Reconocía para sí que entre el asesinato y el silencio había toda una gama de propuestas con las que devolver aquellas agresiones, pero él era un hombre de extremos, como todos los solitarios. De manera que cuando se burlaban de su cráneo, por detrás de su mutismo, o de su frente, desfilaban escenas en las que sacaba un cuchillo y se lo encajaba al agresor entre las ingles, o una pistola con la que le abría un agujero entre las cejas. Estas visualizaciones de su odio provocaban en su interior descargas suplementarias de adrenalina, que, tras la agitación consecuente, le hundían en un desaliento acogedor.

La ducha diaria comenzó a ser una tortura porque era en ese acto en el que percibía de manera palpable la pérdida de sus cabellos. Se duchaba dos veces al día, por la mañana y por la noche, antes de meterse en la cama. Y aunque es cierto que podría haber eliminado una de esas duchas sin alterar gravemente su equilibrio higiénico, también es verdad que no podía llevar a cabo tal reducción sin dañar su salud mental. Era un maniático y cada uno de los actos de su vida estaba impregnado de un significado ritual que le ponía a salvo de sus propios fantasmas. Prescindir de una de esas duchas habría sido tanto como dejar de tocar madera al ver un gato negro o no cruzar los dedos al oír el nombre de una enfermedad. Además, como era incapaz de ducharse sin lavarse la cabeza al mismo tiempo, estaba condenado a asistir, desnudo y mojado, dos veces al día, a aquel despojamiento craneal. De seguir así, a su cuero cabelludo le sobraría muy pronto el adjetivo.

Como hombre de extremos que era, habría preferido que el paso de los años no se manifestara sólo en la caída del cabello, sino que esa pérdida estuviera más repartida entre los apéndices o las partes del cuerpo. Así, mientras permanecía debajo de la ducha contando los pelos que se colaban por el sumidero, imaginaba que eso pasara también con los dedos: que un día se perdiera un dedo y otro día otro con la misma impunidad y ausencia de dolor físico con la que se perdían los cabellos. Le daba un poco de dentera imaginar la caída casual del pene, pero sufría tanto con la calvicie que cualquier cosa le parecía mejor que aquella saña concentrada en la cabeza. Además, de ese modo seguro que cesaban las burlas en la oficina; no imaginaba a nadie riéndose de que a Fulano le faltaran ese día los brazos ni de que a Mengano se le hubieran caído las orejas, la nariz o los párpados. Bien pensado, era mejor ir desapareciendo de esta forma que morir. La muerte sería mucho más limpia, pues no dejaría un cadáver, que siempre es un engorro. En una

época en la que ya todo se servía en envases desechables, parecía mentira que todavía hubiera que devolver el cuerpo a la tierra después de usado. Además, si había algo obsceno, era un cadáver calvo; había visto varios y parecía que toda la muerte iba a concentrarse en la cabeza.

La idea de la caída de los dedos, los párpados, las cejas, las pestañas, etcétera le sugirió — para hacer el reparto más equitativo— que también en la ducha, y a partir de cierta edad, se fueran perdiendo los pensamientos. Así, un día cualquiera, además de salir del baño sin nariz y sin orejas, a uno le faltarían también los pensamientos relacionados con la amistad, por poner un ejemplo. En fin, la cuestión era no llegar a los cincuenta con todos los miembros y todas las facultades mentales intactas, pero con la cabeza desertizada hasta la nuca. Él prefería imaginarse con unas ligeras entradas, tres o cuatro dedos en cada mano, una sola oreja, una fosa nasal y no más allá de cuarenta o cincuenta ideas fijas, cantidad que incluso llegó a parecerle excesiva.

¿Y el reloj?, se preguntó. ¿A qué edad debería caerse el reloj y en combinación con qué miembro? Para entender esta duda hay que añadir que no se quitaba el reloj desde hacía veinte años ni para dormir. El latido de su maquinaria le transmitía el pulso del mundo; quitárselo para meterse en la cama habría resultado tan inconcebible como dejar las uñas sobre la mesilla. También se duchaba, se bañaba y hacía el amor, o lo que fuera aquello a lo que llamaba amor, con él. El reloj actuaba como una prótesis que sustituía su impericia para establecer lazos con la realidad: era el puente entre la existencia y él, entre el orden de fuera y el de dentro, entre su conciencia y la conciencia de las cosas. Gracias al reloj sabía si era hora de amanecer o de acostarse, de fichar o comer, de chaqueta o jersey.

Aquel día había padecido un contratiempo muy serio en el trabajo. Su estado de ánimo estuvo oscilando entre el abatimiento y el miedo durante toda la jornada. La hora de acostarse coincidió con la del abatimiento. Desnudo junto al borde de la cama, como un suicida frente a un acantilado, se pasó la mano por la cabeza y entre los dedos se le quedaron varios pelos. Definitivamente, pensó, el mundo no se merecía sus desvelos. Llevaba años ejerciendo un control agotador sobre el equilibrio de las cosas, comprobando que cada suceso, cósmico o laboral, se atuviera a las mediciones del tiempo. Si hubiera descuidado su atención un solo día, si sólo una noche hubiera caído en la tentación de desprenderse del reloj al acostarse, quizá ahora tendría más pelo, pero el universo se habría derrumbado. Y todos esos desvelos, culpables de su calvicie, se los pagaban ahora con una regulación de empleo.

Con el gesto desesperado del que se corta las venas, se quitó el reloj y lo colocó en la mesilla. Luego se acostó y tuvo la impresión de que se alejaba del mundo, como el que se desangra. Entonces el techo se abrió y vio cómo se resquebrajaba la bóveda celeste y los planetas perdían su posición y el caos se apoderaba de lo sideral y lo minúsculo. A la derecha de Dios iban situándose los justos, que estaban todos calvos.

CUENTOS A LA INTEMPERIE (1996)

LA CIUDAD

Taxis

LAS VOCES, LAS CALLES, LOS TAXISTAS

Encogido en un rincón del taxi, intentaba hacer como que no oía la conversación del taxista con un compañero a través de la emisora. Se trataba de un diálogo amoroso, dominado por la pasión de los celos. Mi conductor estaba a punto de echarse a llorar, pero el del otro coche hablaba ya entre hipidos. Me dirigía a una clínica de urgencias situada en la zona de Ópera, porque acababa de rodar por una escalera y tenía el tobillo izquierdo hecho polvo.

—Te digo que ahora estoy haciendo un servicio —decía el taxista masticando las palabras para ver si de ese modo llegaban destrozadas e irreconocibles a la parte de atrás. Lo que pasa es que las leyes de la acústica son muy raras y, en lugar de masticadas, me llegaban digeridas, de manera que accedía a su sentido como a una revelación.

—Me engañas —decía el otro.

—No te engaño, estoy en Serrano y voy hacia Ópera. Vete hacia allá, tomamos un café y hablamos.

—Es que yo sí que estoy haciendo un servicio.

—Mentira. Si no quieres verme, prefiero que lo digas.

El tráfico estaba fluido; enseguida llegaríamos a Cibeles. El tobillo había dejado de dolerme, pero sentía en torno a él una aureola como de algodón. No me atreví a bajar la mano para tocar el bulto por miedo a que el chófer interpretara el cambio de postura como un deseo de escuchar mejor. El otro dijo que estaba en Doctor Esquerdo y que se dirigía a Diego de León. Sus destinos se separaban como la carne inflamada de mi hueso. Entre la Puerta de Alcalá y Cibeles escuché unos sollozos. Finalmente, el del otro coche, para demostrar que estaba haciendo un servicio, pidió a la señora que llevaba detrás que dijera unas palabras.

—Hola, soy la señora que se dirige a Diego de León. Es muy doloroso verlos discutir así. Déjenlo, por favor.

—Como si no supiera que eres tú, que has sido ventrílocuo antes de trabajar el taxi —insistió el mío.

La voz de la señora me golpeó en algún registro íntimo y me sedujo, de manera que, adelantando el cuerpo, hablé en dirección al micrófono.

—Yo soy el usuario que se dirige a Ópera. Lleva usted razón, señora, se están torturando inútilmente.

—¿Adónde va usted? —preguntó ella.

—A Ópera —respondí—, me acabo de torcer el tobillo en una escalera y me han recomendado un servicio de urgencias.

—Yo voy al hospital de la Princesa, el de Diego de León con Conde de Peñalver. Soy médico y entro de servicio dentro de un rato. ¿Por qué no viene hacia acá y le miramos ese pie?

Mi taxista me hacía señas para hacerme creer que estaba siendo engañado, pero yo ya me había enamorado perdidamente de la voz, porque tenía ese tono de las mujeres que nos hablan en los sueños.

—A Diego de León —ordené.

Dimos la vuelta y comprobé que en esa dirección el tráfico y mi ansiedad eran más densos que en la otra. Durante el trayecto, construí un cuerpo para la voz e imaginé sus dedos deambulando con sabiduría por mi tobillo. El taxista vigilaba mis emociones a través del espejo. Se detuvo en la puerta de urgencias.

—Ahí está —dijo señalando el taxi de delante. No vi a nadie en la parte de atrás, pero cojeé hasta la ventanilla del conductor y pregunté por la doctora. Entonces, al otro lado del cristal, un rostro apaisado, que parecía emerger de las profundidades abisales de mi conciencia, me contempló con lentitud, y al abrir su boca de pez emitió el sonido del que me había enamorado. Mientras huía arrastrando el pie izquierdo en dirección a Juan Bravo, escuché una carcajada doble a mis espaldas.

Los muertos y el tráfico

Volvía de comer con unos amigos, cuando en la avenida de la Hispanidad vimos el taxista y yo un grupo de guardias civiles intentando ordenar el tráfico. «Ahí ha pasado algo», pensé.

—Ahí ha pasado algo —dijo el taxista.

Unos metros más allá, había junto a la acera un bulto envuelto en papel de aluminio. Para ser un bocadillo de mortadela era muy grande, pero para ser un cadáver resultaba pequeño. Creo que eso es lo que impresionaba de él: que aun sabiendo que se trataba de un cadáver, la primera imagen que te viniera a la cabeza fuera la de un bocadillo de mortadela.

—Parece un bocadillo de mortadela —señaló el taxista.

—Vaya más despacio, por favor.

De pie, junto al bulto, había una guardia civil muy joven haciendo señas a los conductores para que se separaran un poco, no fueran a pisarle el bocadillo. Todos los ocupantes de los vehículos, sin excepción, asomaban la cabeza con una mirada de avaricia: contemplaban esa muerte como si fuera un anticipo de la propia. La policía hacía gestos a los conductores para que no se detuvieran. «Parece que lo único importante es que no se interrumpa el tráfico», pensé.

—Qué vida, lo único que importa es que no se interrumpa el tráfico —apuntó el taxista como un eco.

Junto al cadáver había una chaqueta arrugada, y un zapato negro con la puntera cuadrada: parecía un ataúd pequeño.

—Fíjese en el zapato, parece un ataúd —señaló el taxista.

En esto, un guardia civil se acercó a nuestro automóvil para indicarnos que aceleráramos. Enseguida entramos en una zona de normalidad, pero yo me sentía mal, como si hubiera dejado de hacer algo que, en conciencia, tendría que haber hecho, aunque no sabía qué era. Pensé que si hubiera sido creyente, habría musitado una oración, y si hubiera sido fotógrafo, le habría sacado una foto.

—Yo tendría que llevar una máquina de fotos en el coche —dijo el taxista—, porque estando todo el día en la calle, siempre ves algo raro. Un compañero mío que se acaba de jubilar llevaba siempre una cámara, y ahora va a hacer una exposición en el centro de la tercera edad del barrio con todas las fotografías que ha sacado a lo largo de su vida. A los muertos, antes, los tapaban con una manta.

—La manta es más caliente —dije yo.

—Me lo ha quitado de la punta de la lengua, es lo que le iba a decir ahora mismo, que el papel de aluminio será muy higiénico, pero resulta frío, ¿no?

Yo continuaba con un malestar difuso; estaba por decirle al taxista que diera la vuelta para pasar otra vez junto al cadáver y rezarle una oración, aunque se tratara de una oración atea. Pero me daba vergüenza, qué iba a pensar de mí.

—¿Quiere usted que demos la vuelta? —preguntó.

—¿Para qué vamos a dar la vuelta? —gruñí francamente molesto ya por esta invasión continua de mi intimidad.

—Para rezar una oración —dijo—; no soy creyente, pero me da no sé qué pasar junto a un muerto de ese modo.

—Bueno —concedí, pero, al ver lo que marcaba el taxímetro, tuve un pensamiento ruin que intenté tapar, tarareando mentalmente una canción, para que el taxista no lo oyera. De todos modos, debió de oírlo, porque en ese momento estiró el brazo y lo desconectó. Entonces me sentí muy mezquino, y me puse a llorar justo cuando pasábamos junto al fiambre. Esa noche dormí de un tirón, como si se hubiera diluido en el llanto un nudo antiguo que entre el taxista y el muerto habían logrado desatar.

No te fies de nadie

Yo les doy la razón a todos los taxistas, digan lo que digan. Hay algunos que se cagan en la democracia sin preguntarte si eres demócrata, y yo les digo que muy bien, que se caguen, porque ya he comprobado que si no digo nada, me lo explican, y a estas alturas da mucho asco que te cuenten todo el proceso metabolizador que ha conducido a que se caguen en la democracia. El problema de decirles que sí a todo es que se van creciendo y entre Moncloa y Velázquez te dan una conferencia. Peor son los silenciosos, porque éstos te miran por el retrovisor como si fueran cagándose en tu madre todo el rato.

Estos días tan señalados he estado haciendo un muestreo sin valor estadístico para ver cómo se respira dentro del taxi y, mira por dónde, ayer mismo cogí uno cuyo conductor me soltó un dossier según el cual en el mundo del taxi se mueven cinco mil intrusos que generan unos cincuenta millones de dinero negro cada día.

—Claro —dije (ya digo que les doy siempre la razón).

—¿Quiere usted saber quiénes son esos intrusos?

—Bueno.

—Policías y bomberos. Mayormente, policías.

—¿Y los que se cagan en la democracia cuando subes al coche son policías o bomberos?

—Hay de todo.

Me dejó en Cibeles y tomé otro taxi. Dije que me llevara a Ópera y en el primer atasco me cagué en la democracia, a ver qué pasaba.

—Eso lo llevo yo diciendo veinte años.

—¿Y usted es asalariado o autónomo? ¿Bombero o policía?

—Yo soy lo que me sale de los cojones, sabe usted.

—Sí, señor.

Deduje que había puesto el dedo en la llaga y decidí proseguir mi investigación. Esta vez lo cogí en Neptuno y le pedí que me llevara a Móstoles para que nos diera tiempo a charlar. Lo primero que me sorprendió es que llevaba un cartel bien visible que decía: PUEDE USTED FUMAR.

—Vaya —dije—, es la primera vez que veo ese cartel.

—Y eso que yo no fumo, lo dejé el mes pasado.

—Pues es un rasgo de tolerancia que le honra.

—Claro que sí, hombre, hay que aceptar a los otros como son.

En eso se cruzó un ciclista y tuvo que dar un frenazo. Decidí probar.

—Me cago en la democracia —exclamé.

El hombre me miró con gesto de paciencia por el retrovisor y dijo que qué tenía que ver la velocidad con el tocino. Enseguida le di la razón y le conté que estaba investigando por mi cuenta los comportamientos del taxi en Navidad.

—Que por cierto —añadí—, me han dicho que hay mucho intruso.

—Mucho, al taxi nos dedicamos muchos policías que ni cotizamos ni nada. Además, si nos paran por cualquier cosa, como nos para un colega, no pasa nada. Usted haría lo mismo, porque el ser humano es, por naturaleza, corporativista.

—Los escritores, no —dije—; se llevan muy mal. Sé de algunos que, si fueran policías, se pasarían el tiempo deteniéndonos a los otros. O denunciándonos.

—¿Por intrusismo?

—O por fumar, según.

—¿Y usted es fumador o intruso?

—Las dos cosas.

—Pues queda detenido —dijo mostrándome la placa.

—¿Pero usted es taxista o policía?

—Yo soy escritor, imbécil. Y te la has cargado.

Metro

ORACIONES METRO A METRO

Cogí el metro en Canillejas, me senté y fui pasando las estaciones con expresión devota. Torre Arias, Suanzes, Ciudad Lineal, Pueblo Nuevo, Quintana, El Carmen, Ventas... Si entre túnel y túnel vas repitiendo el nombre de las estaciones con los ojos cerrados, la retahíla acaba transformándose en una oración. Por lo menos, eso es lo que le decía el tipo que iba a mi lado a un discípulo pálido. Los miré de reojo y vi que bajaban los párpados y comenzaban a susurrar: Diego de León, Núñez de Balboa, Rubén Darío, Alonso Martínez, Chueca... Cuando llegaban a Ópera, empezaban otra vez por Canillejas y la cosa sonaba como un salmo que te iba apartando de las miserias de este mundo. De súbito, abrieron los ojos y se quedaron mirando al vacío.

—¿Qué has visto? —preguntó el maestro.

—No sé, un rostro. San Juan Bosco, quizá.

—Cuando has abierto los ojos, no; cuando los tenías cerrados.

—Ah, me parecía que iba en un tren que recorría la semana. Cada día era una estación.

—¿Y qué pasaba?

—Nada. Bueno, sí: el lunes ni te lo cuento, pero en el martes estaba mi viejo con una chica joven. Cuando iban a entrar, se cerraban las puertas y mi viejo se quedaba mirándome con pena mientras nos alejábamos en dirección al miércoles. Allí estaba mi vieja, que entraba y me preguntaba por papá. Cuando le decía que lo había visto en el martes se ponía a llorar, porque por lo visto no salen trenes para volver al martes hasta el domingo. No le conté lo de la chica, claro.

—Tonterías, no ves más que tonterías. Tienes que concentrarte más. A ver, vamos a repetir la letanía básica, empiezo yo: Begoña, Herrera Oria, Lavapiés.

—Esperanza, Valdeacederas, Tetuán.

—Cuzco, Cuatro Caminos, Opañel.

—Campamento, Guzmán el Bueno, Concepción.

—Bien, ahora repítelo todo entero tú solo en voz baja a mucha velocidad.

—¿Y qué es lo que tengo que ver?

—Arquetipos, imágenes telúricas, guerreros.

—O sea, *El Señor de los Anillos*.

—Para eso hemos bajado a las profundidades, porque para donde íbamos nos venía mejor el autobús.

El discípulo pálido se concentró y al rato tuvo que confesar que no conseguía ver otra cosa que

no fueran los días de la semana.

—Si tuviéramos una papelina —se lamentó.

—Déjate de papelinas, eso está bien al principio para expandir la conciencia, pero nosotros ya estamos expandidos.

—Pues no sé. El caso es que esta vez no he visto a mi viejo en el martes ni a mi vieja en el miércoles, y ahora estoy preocupado. Así no puedo concentrarme.

—¿Has mirado en el jueves?

—En el jueves no ha parado esta vez el tren, no sé por qué. La estación estaba oscura y sucia, como deshabitada.

—A lo mejor era una estación de Berlín oriental. Antes se veían así, tapiadas.

—Yo nunca he estado allí, así que no sé cómo eran.

—Eso no puedes asegurarlo; yo un día cogí el metro en Pirámides y salí en San Sulpicio, que está en París.

Cerré los ojos y recé entera la línea 4, que me gusta mucho. Entonces tuve la visión de los días de la semana y me pareció ver en el domingo al padre del muchacho pálido con una chica joven, pero cuando abrí los ojos para decírselo, habían desaparecido.

Ella empezó a mirarme en Ríos Rosas

Me metí en la línea 1 del metro porque creo que es la más larga y te da tiempo a todo. Estaba dispuesto a contar el número de los que entraban y salían en cada estación para ver si podía relacionar una cantidad con otra y descubría algún secreto numérico semejante a los de las pirámides de Egipto. Trabajo para una revista de temas esotéricos y al director le encanta que le vayas con historias de éstas. Al final me di cuenta de que era imposible llevar la contabilidad, incluso si te concentras en un solo vagón, y escribí un rollo, que también gustó mucho, sobre la gente que parece que va a entrar, pero al final se queda fuera, y la que parece que va a salir, pero al final se queda dentro. Afirmé que el fenómeno ocurría sobre todo en Bilbao, y el caso es que recibimos en la redacción un montón de cartas dándonos la razón. Gente que vivía en esa zona nos contaba que tenía que coger el metro, o bajarse de él, en la parada anterior, o en la posterior, porque había una fuerza magnética que les impedía hacerlo en esa parada. A veces, con estas cosas, aciertas sin querer. La cuestión es que desde entonces yo mismo me quedo como paralizado siempre que paso por Bilbao, donde, por otra parte, está la redacción de la revista.

Pero a lo que iba es que una vez que renuncié a contar a los que entraban y salían, me concentré en una chica de pelo corto que iba junto a la puerta y que no dejaba de mirarme desde Ríos Rosas. Pensé que a lo mejor me conocía de la revista esotérica, porque dan mis artículos con una foto, aunque a veces se equivocan y meten la de un imbécil que tiene un apellido parecido al mío y que está especializado en apariciones marianas. El caso es que me acerqué un poco y comencé a mirarla yo también, aunque procurando que mi mirada no resultara tan impertinente como la suya.

Entonces, de súbito, me di cuenta de que la chica respiraba. Ya sé que todo el mundo respira, no es eso, lo que quiero decir es que vi su respiración, como si la hubieran coloreado para distinguirla del resto de la atmósfera. O sea, que veía el caudal de aire que entraba por sus narices, porque aspiraba por las narices, y luego lo veía salir por la boca un poco desgastado por el uso que las células o las bacterias habían hecho de él dentro de su cuerpo. Era fascinante y un poco enloquecedor en el mejor sentido, porque si le ves a alguien el aliento de ese modo, es como si le vieras el alma y, claro, cuando le ves el alma a alguien te enamoras, aunque sepas que te va a hacer daño.

En esto, advertí que también mi respiración se diferenciaba del resto del aire y que ella podía verla como yo la suya. Entendí por qué había empezado a mirarme con esa intensidad en Ríos Rosas. Entonces, aunque estábamos como a medio metro de distancia y había una cabeza oscilante entre los dos, nuestras respiraciones empezaron a jugar, quiero decir que se encontraban a medio camino y luego iban de su boca a la mía ejecutando formas que nos hundían en el delirio y nadie

más que ella y yo nos dábamos cuenta, y era como hacer el amor, como follar, quiero decir, en medio de todo el mundo. Y el ruido del tren era en realidad un aullido de placer, pero sólo ella y yo lo sabíamos.

Desde entonces, coincidíamos sin hablar todos los días en la estación de plaza de Castilla y nos hacíamos la línea 1 entera sin parar de follar, con perdón, ya digo, con nuestros alientos. Lo que pasa es que un día ella se bajó en Bilbao indicándome que la siguiera con la mirada. Pero como yo no puedo apearne en Bilbao por esa cosa paranormal que decía antes, me quedé dentro y ella se ha debido de imaginar que me he cansado, porque no he vuelto a verla en esta línea.

Cómo evitar un terremoto

Como el metro está lleno de bocas, no me costó imaginar que se trataba de un monstruo mitológico, sediento de cuerpos, al que había que sacrificar diariamente cientos de miles de doncellas y de jóvenes que, como yo, se introducían sumisamente entre sus fauces para calmar su ira. Si le das un sentido a lo que haces, cuesta menos llevarlo a cabo, por doloroso que sea. Yo estoy harto de montar en metro, y de ir a la oficina a ganarme la vida. La verdad es que estoy harto de todo, también de la existencia; por eso imagino cosas que no son, para soportar la existencia, que es un valle de lágrimas, un destierro, aunque no sepamos de qué clase de patria hemos sido expulsados, sobre todo los que no hemos hecho nada. Así que esa mañana imaginé que el metro era un monstruo mitológico, ya digo, con un estómago tan grande que necesitaba una boca en cada barrio para calmar su sed de cuerpos.

En cuanto a mí, me hice a la idea de que era una croqueta de jamón y me dejé devorar por la boca de Canillejas a las siete de la mañana. Las magnitudes de aquellas fauces eran impresionantes, pero el monstruo debía de ser muy viejo, o quizá necesitaba una limpieza de boca: miraras donde miraras, sólo veías sarro, sarro por todas partes. Yo creí que los monstruos mitológicos eran más limpios, la verdad. Recuerdo que iba junto a otros cientos de croquetas, que habían sido engullidas de un solo bocado por aquella bestia insaciable, cuando vi a mi lado a una chica de diecisiete o dieciocho años que me conmovió mucho; era preciosa, de película, digna de ser sacrificada a un dios y no a aquella porquería de animal desdentado y con halitosis. Descendíamos hacia el estómago a toda velocidad, lo noté porque las paredes agrietadas de esa zona segregaban jugos digestivos, aunque el funcionamiento de las glándulas secretoras era tan deficiente que parecían goteras. Con un poco de imaginación, podías hacerte a la idea de que en vez de encontrarte en las entrañas de un gigante, estabas debajo de la tierra, en el metro, por ejemplo, de camino a la oficina.

Así que cerré los ojos y comencé a visualizar en mi interior un vagón al tiempo que repetía mentalmente: «Estoy en el metro, en el metro, en el metro, en el metro...». La letanía empezó a funcionar, y al poco me convencí de que los movimientos peristálticos y antiperistálticos del intestino que nos digería eran en realidad las sacudidas normales de un convoy lleno de pasajeros. No lo hice por mí, a mí no me importa ser devorado, he nacido para eso, para que me devoren, pero sentía una piedad muy especial por aquella chica.

Al llegar a Ópera, el proceso digestivo cesó y fuimos expulsados al exterior al mismo tiempo; yo debía de tener un aspecto espantoso, de vergüenza, pero ella continuaba intacta a pesar de la cantidad de bilis que el hígado de la bestia nos había arrojado por encima. Sin duda, se trataba de

una diosa mitológica. Lo sé porque desde aquel día veo cómo es tragada por la boca del monstruo en Canillejas, a las siete, y la sigo hasta Ópera, donde desciende intacta media hora más tarde, como si, en lugar de salir de un aparato digestivo, surgiera de una concha marina. Yo continúo dejándome comer, porque sé que si el monstruo nota un día mi ausencia, se incorporará furioso desde las profundidades en las que habita, rompiendo el pavimento al juntar todas sus cabezas. Es lo que técnicamente se llama un terremoto, un terremoto que gente como yo y como mi diosa mitológica logramos evitar día a día ofreciéndonos a la bestia en Canillejas, aunque aliviarnos la digestión imaginando que en realidad se trata de un medio de transporte en el que nos dirigimos a ganarnos la vida.

La identidad de las lentejas

A la puerta de la boca del metro de Prosperidad había un tipo que vendía lupas que no aumentaban. No eran caras, pero el precio parecía más grande si se tenía en cuenta que resultaban inútiles.

—Es que esta clase de lupa no aumenta la cantidad de las cosas —dijo el vendedor ante mis dudas—, sino su cualidad.

Se colocó una lenteja en la palma de la mano y aplicó sobre ella el vidrio invitándome a mirar.

—Fíjate bien —insistió—, al aumentar la cualidad de lenteja, lo que puedes ver con esta lupa es, digamos, la lentejidad, o sea, aquello que hace que una lenteja sea una lenteja. ¿No ves ese nervio diminuto que atraviesa el óvalo? ¿Y esos poros simétricamente dispuestos en torno al perímetro del disco? Eso es lo específico de esta leguminosa. A una lenteja le quitas el nervio y los poros y no queda más que un montoncito de materia que lo mismo podría corresponder a un garbanzo que a un hígado. Ya sabes que, en última instancia, la composición química de todos los organismos es la misma. O sea, que entre un mosquito y tú no hay gran diferencia, sin embargo hay algo que hace que el mosquito sea mosquito y que tú seas tú. Esta lupa te permite precisamente acceder al conocimiento de la mosquiticidad.

—¿Y eso de qué me sirve?

—Hombre, de mucho. En tiempos de crisis, la esencia es más importante que el tamaño.

Compré una y me metí en el metro. Mientras llegaba el tren, vi una pintada que decía: «¿Por qué me engañas? O te quedas o déjame marchar». La volví a leer a través de la lupa que aumentaba la cualidad de las cosas y de súbito comprendí la esencia misma de la desesperación. Cambié de valla publicitaria y leí: «Los currelas antes luchaban, ahora pasean». «Qué curioso —pensé—, antes de tener la lupa no me había dado cuenta de la sustancia de la curreleidad en nuestros días.» En esto, se oyó el ruido del tren y me puse la lupa en el ojo para verlo venir: no se trataba de un tren cualquiera, sino de la misma trenidad.

Me apeé en San Bernardo y fui paseando hacia la Gran Vía sin dejar de estudiar con la lupa la cualidad de las cosas. La calle estaba muy cochina, pero yo, en lugar de ver lo sucio, veía la suciedad. En Pozas entré en un bar lleno de gente que había sido arrojada allí por el paro, y al mirarla a través del vidrio, vi la paridad de la que hablan los economistas. En la mesa de al lado lloraba una mujer; le miré la cara y vi la caridad. Le pregunté qué le pasaba.

—Estoy embarazada —respondió.

Le dije que eso debía constituir un motivo de gozo, pero ella me explicó que tenía un contrato eventual en una empresa de la que con toda seguridad la echarían cuando supieran que iba a tener

un hijo.

—Y estamos pagando el piso —añadió—, no podemos prescindir de mi sueldo.

Otras mujeres me habían contado historias parecidas, pero en esta ocasión, en lugar de escuchar lo mismo, oí la mismidad, y la mismidad debe de dar mucho vértigo, porque me sentí mareado y tuve que salir. Volví a San Bernardo, alcancé la Gran Vía y desde allí subí a Callao. Por el camino había de todo lo que uno se puede imaginar, pero yo, en lugar de verlo todo, veía la totalidad, de manera que cuando llegué a la plaza, aunque ya era de noche, me detuve para contemplar desde allí la capital, y en lugar de eso, vi el capitalismo. Entonces miré a los transeúntes en busca de un poco de ánimo, pero comprobé que sólo transmitían animosidad.

Calles

MUERTE EN PRECIADOS

Tengo un sexto sentido para identificar a los detectives, así que supe enseguida a qué se dedicaba aquella mujer. Estaba dentro de un coche bien aparcado, en la calle Preciados, y vigilaba un portal del que salía gente con aspecto de trabajar en el edificio. Yo estaba comiéndome unas gambas al ajillo en la barra del restaurante Tres Encinas, mientras contemplaba a través del escaparate, con la curiosidad de un entomólogo, los movimientos de los transeúntes. Al otro lado de la acera había un establecimiento llamado Bocata World, donde muchos trabajadores de la zona tomaban un tentempié a esa hora.

La detective no fumaba ni leía revistas. Si te acostumbras a esperar, ya no necesitas de esas distracciones para quedarte quieto. Cuando yo terminaba mis gambas, la detective sacó de la guantera un bocadillo y le dio tres mordiscos sin pasión antes de volver a guardarlo. Luego destapó un termo de café y tomó un par de sorbos. A continuación, sorprendentemente, se quedó dormida. Era muy joven y me conmovió este descuido, así que pedí un té con limón, encendí un cigarrillo y decidí relevarla en la vigilancia del portal. Al poco, salió un sujeto de unos cuarenta años, con el nudo de la corbata a media asta. Supe que se trataba del vigilado porque tengo un sexto sentido también para identificar a los perseguidos. Miró a un lado y otro de la calle, sin reparar en la detective dormida, aunque su coche estaba frente a él, y comenzó a andar hacia Callao: pagué corriendo y le seguí. Entró en la FNAC, donde compró *Las Confesiones de san Agustín* y una guía turística de Roma. Luego bajó a la sección de ordenadores y estuvo mirando precios. Creo que se había dado cuenta de que le seguía porque me echó un par de miradas de reojo. Yo, en principio, ya digo, había decidido solidarizarme con la mujer, pero al sentirme descubierto decidí traspasar mi apoyo al perseguido. Así que me puse junto a él y se lo dije:

—Lleve cuidado, creo que le están siguiendo.

—Lo sé —respondió con resignación—. El obispado no confía en mí. ¿Es usted el diablo?

—No, soy un particular. Es que reconozco a los detectives enseguida y he visto a uno aguardando a que saliera usted del portal de Preciados. Se trata de una mujer.

—¿Y por qué me previene si no es usted el diablo? Cuando mis superiores han decidido seguirme, será porque lo consideran bueno para mí.

De manera que me enteré de que era cura, aunque quizá tendría que haberlo deducido antes, por sus compras.

—Creo que van a enviarme a Roma —añadió—, ése es el sueño de mi vida, pero antes quieren

cerciorarse de que mi conducta es intachable. En otra época fui un poco mujeriego.

Me ofrecí a despertar a la detective para informarle de que lo único que había hecho durante su sueño era comprar un libro de san Agustín y una guía de la Ciudad Santa. Pareció agradecérmelo, de manera que volvimos juntos a Preciados, donde vimos un gran tumulto en torno al coche. Unos guardias municipales habían sacado el cuerpo de la detective y lo habían colocado en la acera, sobre una manta. Llevaba minifalda, pero estaba muerta. El cura, tras un momento de duda, se agachó y le dio la extremaunción por si su alma permaneciera aún unida a los pulmones. Luego se incorporó y desapareció de mi vista entre el grupo de curiosos. Un policía sacó el termo de la guantera y al destaparlo para olfatear su contenido, percibí un fuerte olor a azufre: el aroma del diablo cuando se volatiliza. Comprendí que el supuesto cura era, en realidad, Satán, de manera que escribí enseguida al obispo, para que no lo envíe a Roma. Pero aún no me ha contestado.

Un tipo que era más feliz que yo

No sé por qué empecé a mirar a aquel sujeto que se había sentado frente a mí en el autobús; el caso es que una vez que le eché el ojo, ya no pude dejar de contemplarle. Producía la impresión de constituir una unidad territorial autónoma en medio de aquel conjunto de cuerpos menesterosos que éramos conducidos dócilmente hacia la avenida de América. No había docilidad en su gesto, sino ese tipo de mansedumbre apacible que sólo proporciona la sabiduría. Al principio me pareció un excéntrico, pero su imperturbabilidad empezó a irritarme enseguida.

Lo observé de forma impertinente para ver si se ponía nervioso, pero cada vez que nuestros ojos coincidían, él parecía ver algo que no era yo. Daba la impresión de mirar cosas que no estaban dentro del autobús. Decidí seguirle; no soy detective ni nada parecido, pero a veces me fijo en un tipo cualquiera y le persigo una o dos horas imaginando que me juego la vida. La semana pasada seguí a uno que a su vez estaba imaginando que le perseguían; al final nos hicimos amigos y hemos quedado en hacer juntos algunos seguimientos, aunque a él le gusta más que le persigan. Es un enfermo. La verdad es que no te das cuenta de esto hasta que no te metes en el asunto, pero en Madrid todo el mundo sigue a alguien o es perseguido por alguien, ignoro con qué objeto.

El caso es que se bajó en Diego de León y yo fui detrás de él dispuesto a averiguar —y a desbaratar, si me era posible— la causa de su felicidad. Subió hasta Francisco Silvela y torció a la derecha, en dirección a Manuel Becerra. Caminaba despacio, aunque con ritmo, como si fuera recitando en voz baja una sucesión armoniosa de sílabas. Al poco se detuvo frente al escaparate de una tienda de bricolaje y permaneció ensimismado en su contemplación más de diez minutos. Tiritaba de gusto, como si estuviera dentro de la cabina de un sex shop. Yo odio el bricolaje, de manera que me limitaba a tiritar de frío, sin mezcla de gusto alguno. Por un momento pensé que se había dado cuenta de mi presencia, y temí que se tratara de otro degenerado de esos que encuentran placer en ser perseguidos.

En Manuel Becerra entró en una farmacia y compró algunas cosas que no vi, pues me pareció más prudente esperar fuera. Luego lo seguí hasta un bar desde donde habló por teléfono con su oficina excusándose por no ir a trabajar, aunque no entendí la causa. Algo oscuro tramaba y yo estaba allí para averiguarlo. Pidió un café con una tostada y un vaso de agua. Luego abrió el paquete de la farmacia y sacó una caja de Frenadol y un jarabe. Se preparó el Frenadol y se lo tomó antes del café, como si fuera un zumo de naranja. Lo hacía todo muy despacio, como si en lugar de estar en Manuel Becerra nos encontráramos en el interior de un templo tibetano. A mí lo que más me cargaba era eso: que no tuviera tensiones aparentes, ni prisa, ni necesidades.

De súbito, comprendí lo que pasaba: aquel hombre tenía la gripe. Empecé a pensar en los primeros síntomas, cuando la fiebre es una promesa cuyos hilos de plata recorren las ingles y los codos provocando esos calambres tan dulces que encogen los tejidos. Recordé también el dolor estimulante de las articulaciones, que ronronean como una amante satisfecha, y después me vino a la memoria la calidad de esa especie de niebla que la gripe coloca entre la realidad y tú. Sentí una nostalgia terrible porque la verdad es que desde que me ocupó de los seguimientos apenas cojo enfermedades. De manera que abandoné la persecución, me fui a casa y proclamé la llegada de la gripe como otros proclaman el advenimiento de la república. Mi madre acaba de pasarme una taza de caldo y soy muy feliz, aunque tengo la impresión de que alguien me ha seguido hasta el portal.

Los desaparecidos miden 1,80

No sé ni cómo se me ocurrió, la verdad. O quizá sí: de verlo en el periódico seguramente. El caso es que pasé por delante de un fotomatón que hay en Velázquez esquina a General Oráa, cerca del banco donde tengo la cartilla de ahorros, y no me lo pensé dos veces. Entré y me saqué una foto que reflejara lo peor de mí. Esas máquinas, los fotomatonos, tienen un selector de rasgos que elimina lo poco de bueno que nos queda, o sea, que poseen la mirada del enemigo. Yo, cuando miro a mi jefe, del que todo el mundo dice que tiene muy buena pinta, lo veo con la mirada del fotomatón, y desde esa óptica moral les aseguro que está bizco; bueno, no exactamente bizco, pero tiene un ojo un poco extraviado. Y eso no se lo ha notado nadie, excepto yo, porque comparto con los fotomatonos la habilidad de ver lo peor que tienen las personas.

Resulta que los colores de la foto se habían corrido un poco y salí fatal, con una expresión de desvarío que daba miedo verme. Además, aunque tengo el pelo liso y flojo, en la foto se me veía de punta; ésa es otra de las rarezas de los fotomatonos, que siempre te sacan con los pelos de punta. Bien, me fui directamente a las oficinas del periódico, y contraté un espacio publicitario de esos en los que se ve la foto de un loco o de un anciano bajo el rótulo de DESAPARECIDO. Di de mí unos datos estremecedores, por ejemplo, que medía 1,80 y que tenía los ojos verdes. Donde la complexión, puse *fuerte*, «de complexión fuerte y gesto decidido», eso puse, y el tipo que tomaba nota no dijo esta boca es mía: yo creo que ni siquiera me miró. Añadí que estaba bajo tratamiento psiquiátrico, porque eso aparece en todos los anuncios de desaparecidos, y que la última vez que me vieron llevaba un chándal verde. Qué asco, un chándal verde.

Esa noche no dormí, de impaciencia, y a la mañana siguiente estaba en el quiosco antes que el quiosquero. Me habían colocado junto a las necrológicas, porque a los desaparecidos siempre los colocan al lado de los muertos. Pero el muerto de ese día no tenía foto y yo sí. O sea, que debía de ser un muerto de hambre, una mierda de muerto. Vas a una tienda de cadáveres, pides un muerto de lo más tirado y te dan el de ese día, que no debía de tener ni dónde caerse muerto, de otro modo no se explica que lo hubieran sacado sin foto, aunque fuera de fotomatón, como la mía. A mí me vino bien, porque mi anuncio destacaba más que la necrológica, es decir, que lo vería todo el mundo.

Llamé a la oficina para decir que estaba enfermo, y me pasé el día en la calle, yendo de un lado a otro, con la ilusión de que la gente me mirara, aunque fuera mal, y se espantara al ver a un desaparecido, pero no sucedió nada. Volví a casa con la esperanza de que el contestador estuviera lleno de avisos, porque en el anuncio había puesto mi teléfono, pero no había nada, como siempre.

Pensé que por lo menos me llamaría alguien de la oficina, o mi madre, que sólo lee la página esa, la de necrológicas, pero el teléfono no sonó en toda la noche. Qué desastre.

Al día siguiente, en el lugar donde había estado mi foto la jornada anterior, salía un desaparecido de mierda, con una fotografía de estudio de cuando hizo la primera comunión, se ve que no tenían otra. También era de complexión fuerte, eso decía el anuncio, y medía 1,80 de estatura: todos los que desaparecen miden 1,80, lo tengo comprobado. El caso es que voy a desayunar y me lo encuentro en el bar, tomándose unos churros. Me quedé espantado, porque a mí los desaparecidos me impresionan más que los muertos, pero me dio tanta rabia que yo le viera a él y que él ni se fijara en mí que todavía no he avisado a su familia.

El alma a los pies

Si fijas la atención en una parte de tu cuerpo, la conciencia se desplaza hasta allí y esa zona se hace más habitable. Me lo enseñó una bruja que se anunciaba en el periódico. Fui a verla para escribir un reportaje sobre el más allá, pero ella se empeñó en hacerme pensar en el dedo gordo de mi pie derecho y ahí empezó todo. Yo, la verdad, ignoraba que tengo dedo gordo en esa zona, o si lo sabía, se trataba de un conocimiento inconsciente, del mismo modo que sé que tengo un píloro. Pero no iba con el píloro a todas partes; quiero decir que vivía como si careciera de él. Con el dedo gordo del pie me pasaba lo mismo hasta que la bruja me invitó a cerrar los ojos, susurrando:

—Procura no pensar en el dedo. Límitate a sentirlo.

Lo sentí, y al poco mi cuerpo no era más que un apéndice de esa formación digital. La conciencia se desplazó hasta el zapato, y comencé a ver las cosas de otro modo. Luego anduve muchos días con la personalidad instalada en aquella región remota, como si se me hubiera caído el alma a los pies, y metí seis goles en el partido del miércoles contra los de contabilidad. Recuerdo que un día iba en el metro con la conciencia envuelta en el dedo gordo, como si se tratara de una venda, y de repente sentí una pena enorme por mis contemporáneos que corrían de un lado a otro sin saber que estaban llenos de posesiones corporales. En entrevistas sucesivas, la bruja me enseñó a ver la realidad desde la tetilla izquierda, y desde ambas clavículas. Recorrimos también las regiones devastadas de la espalda, y luego comenzamos la exploración de las vísceras, donde tuve el placer de entrar en contacto con el píloro. Me pareció mentira haber vivido tantos años sin él: es muy importante. El caso es que ahora voy con el cuerpo entero a todas partes, aunque no estoy seguro de que la gente lo perciba. Pero lo más notable es que aprendí a proyectar la conciencia donde me daba la gana. O sea, que a lo mejor estaba en un cóctel y mientras fingía prestar atención al cónsul, mi conciencia saltaba sobre el canapé que se introducía en la boca la mujer del embajador, de manera que pegado al bolo alimenticio recorría a la dama por dentro y me volvía loco por sus entrañas.

Lo malo es que todo era mentira: pura sugestión, porque la mujer del embajador no notó nunca la presencia de mi conciencia en su intestino grueso, no sé si porque la conciencia es una fantasía del cuerpo o el cuerpo una creación de la conciencia, lo cierto es que una de estas dos cosas no existe sino como alucinación. ¿Pero en cuál dejo de creer si las dos parecen tan reales como la vida misma? El asunto se complica si pensamos que la bruja me enseñó también a recorrer Madrid sin necesidad de moverme de casa.

—Piensa en Cuatro Caminos —me susurraba al oído.

Y yo me ponía a pensar en Cuatro Caminos con una intensidad enorme hasta que veía la glorieta dentro de mí. Recuerdo que un día vi pasar a mi cuñado y luego le llamé por teléfono para comprobar.

—¿Has pasado por Cuatro Caminos esta mañana?

Me dijo que sí, y a mí aquello me pareció un éxito, pero tuvo que ser una casualidad, porque luego me puse a pensar en López de Hoyos y de repente vi salir de La Ostrería a la mujer del embajador; me di cuenta de que era una sugestión porque ese mismo día se había ido a África con su marido. Y esta mañana intenté seguir los pasos de Álvaro Baigorri, el empresario que ha desaparecido después de firmar la separación de bienes, y acabé en Viena. Yo no conozco Viena, por eso sé que no estuve allí, porque uno no puede ir con la conciencia a lugares que no conoce. Total que con todo esto he empezado a preguntarme también si existe Madrid o es una creación de los sentidos. ¿Pero de qué sentidos, si ya hemos dicho que quizá el cuerpo no sea más que una alucinación de la conciencia? ¿O era al revés? Todo se ha vuelto muy confuso. ¿Y los cócteles? ¿Existen los cócteles? Espero que sí, porque sin ellos tampoco habría cuerpo diplomático, y mi vida sólo tiene sentido cuando la mujer del embajador se toma un canapé conmigo dentro.

—Piensa en tu dedo gordo —me dice la bruja.

Y a mí se me cae el alma a los pies, pero ya ni me molesto en recogerla, porque el alma es mentira. Y si no es mentira el alma, lo es el cuerpo, o sea, que una de las dos cosas no existe, así que lo mejor es quedarse quieto en cualquier rincón de esta ciudad imaginaria hasta que seamos capaces de distinguir lo fantástico de lo real. Buenos días.

Encuentros

ERA ELLA

El mismo día en el que mi amigo de la infancia agonizaba conectado a tubos y sueros de todos los colores, conocí a una mujer en blanco y negro. Me encontraba en la cafetería del hospital, repasando nuestra existencia con más asco que culpa, aunque con más culpa que nostalgia, cuando la vi sentada a la mesa de enfrente con un traje de chaqueta y la melena recogida en un moño que dejaba al descubierto su cuello en blanco y negro. Era la primera vez que veía una mujer así, no sabía que existieran, de forma que me acerqué a ella y le dije lo primero que se me ocurrió, una tontería:

—¿Es usted en blanco y negro también debajo de la ropa?

—Claro —respondió con el gesto de las mujeres de película que te abrasaban el corazón con la llama con la que encendían el cigarrillo. Entonces le dije lo segundo que se me ocurrió, que eran dos tonterías.

—Nunca vi una mujer así. ¿Es única?

—Hay más, pero muchas van coloreadas para no asustar. ¿Qué haces aquí?

—Está muriéndose un amigo en la sexta planta. ¿Y usted?

—Me gustan las cafeterías de los hospitales.

Le pedí que me acompañara a visitar a mi amigo, que era viudo de una mujer que sólo había tenido un poco de color en las mejillas, así que pensé que le gustaría ver a una persona en blanco y negro antes de morir. Ella aceptó y al entrar en el ascensor observé en su escote las mismas sombras que habían oscurecido los sábados por la tarde de nuestra adolescencia. Cuando llegamos a la habitación sucedió un prodigio: todo se volvió en blanco y negro. Me acordé de una película antigua de Jeanne Moreau, en la que sucedía una escena parecida. Mi amigo, que estaba dormitando, se volvió y al vernos sólo en dos colores pensó que estaba listo.

—¿Me he muerto ya? —preguntó con la falta de énfasis con que se plantean estas cuestiones trascendentales en los sueños.

—No —dije—, es que he encontrado en la cafetería a esta mujer en blanco y negro y quería que la conocieras, pero al entrar en la habitación todo se ha puesto así.

Ella se acercó a la cama y colocó la mano sobre su rostro, mientras yo me aproximaba con disimulo a un espejo en el que podía verme de frente y de perfil. A mi edad, sentaba mucho mejor el blanco y negro. No digo que me pareciera a Richard Widmark, pero el rictus de amargura que se me había ido formando en los labios desde los cuarenta tenía ahora una calidad moral. Y bajo

el arco superciliar se agolpaba una suerte de niebla que parecía proceder directamente de la conciencia. Entonces me asomé a la ventana y vi la calle también en blanco y negro. Traté de imaginarme ese mismo paisaje con un poco de lluvia y me estremecí, porque era el Madrid a dos colores en el que siempre había soñado vivir.

Entonces oí a mi espalda un estertor, conté hasta veinte, y cuando me volví, la mujer estaba cerrando los ojos de mi amigo.

—Ya está —dijo—, sólo necesitaba un poco de ayuda.

Era la primera vez que veía un cadáver en blanco y negro; producía un dolor distinto al de los muertos de colores. Richard Widmark habría sufrido como sufría yo: con las manos en los bolsillos, los labios apretados y la mirada perdida en un gesto de indiferencia. En esto, el golpe de la puerta me sacó de aquel ensimismamiento en blanco y negro y al levantar los ojos comprobé que la mujer había desaparecido.

Cuando salí a la calle, la realidad era toda en blanco y negro. Comprendí que el resto de mi vida sería así, a dos colores, como un sábado de la adolescencia, aunque sin las pasiones agobiantes de entonces, y comprendí que acababa de alcanzar un acuerdo conmigo mismo que debía, en parte, a aquella pérdida. A la mujer no he vuelto a verla, pero cuando suceda me gustaría que me lo hiciera con la misma delicadeza con la que se lo hizo a él.

Con el calor se pudre la autoestima

Lo peor que te puede pasar en el verano es encontrarte con un amigo de la mili. Durante el invierno, con el abrigo, parece que te proteges mejor de estas acometidas del pasado. El calor te deja a la intemperie, no sabes qué hacer cuando te hablan de aquellos años, ni entiendes lo que dices tú mismo al referirte a ellos. El calor de Madrid tiene un punto envilecedor; aunque no tengas nada de qué arrepentirte, que ya es raro, sientes que no has hecho nada bien. El aire acondicionado produce faringitis, pero posee la virtud de mantener en un estado aceptable tu autoestima. Para eso está, del mismo modo que las neveras están para que no se eche a perder la carne.

Así que un día de éstos en que paseaba mi maltrecha autoestima por Cibeles, me tocaron el hombro justo en el momento en que me metía un dedo en la nariz, y me encontré frente a un sujeto que dormía en la litera de abajo en el cuartel.

—¿Qué haces? —preguntó.

No podía decirle lo que hacía porque no hacía nada. Gran parte de mi trabajo consiste en ver lo que hacen los otros para luego contarlo. Pero yo no hago nada, aparte de eso, de mirar a los otros. Es cierto que podía haberme ido a mirar a otro sitio, al bar del Palace, por ejemplo, que tiene aire acondicionado y ves a la gente con la autoestima más fresca que el hígado de una ternera recién ajusticiada. A veces voy allí, pero luego tengo mala conciencia, porque me ha quedado del cristianismo esa cosa de que lo que no se consigue con esfuerzo carece de valor. Por eso me encontraba en Cibeles a la peor hora del día, para ganarme la vida con sufrimiento, a ser posible con el sufrimiento de los otros, pues me habían dicho que los funcionarios de correos iban a salir a la calle en camiseta de tirantes para protestar por las condiciones en las que trabajaban.

—Nada —dije—, no hago nada.

¿Qué le vas a decir a un tipo que te ha pescado metiéndote el dedo en la nariz en pleno mes de julio frente al Palacio de Comunicaciones? Con un sujeto así no tienes salvación, ya le puedes contar lo que quieras, un tipo como ése sabe más de ti que tú mismo. Así que me coloqué en el mismo nivel que mi autoestima y le dije que no hacía nada. Casi prefería que me compadeciera.

—¿Y tú? ¿Qué haces tú?

—No te lo vas a creer —dijo.

Y me contó que estaba siguiendo a un cabo primero que nos maltrató mucho durante la mili y que ahora era sargento, o sea, que había hecho carrera. Ya entonces se le veía una ambición desmedida, por eso había llegado a sargento. No hay nada como tener miedo a no ser nadie: llegará a brigada si uno de sus subordinados no le destroza antes la cabeza con un cetme.

Bueno, pues el que dormía en la litera de abajo, que tenía el número 32, no recuerdo su nombre, el 32, digo, me contó que llevaba un año siguiendo al cabrón del cabo primero aquel para ponerle de los nervios.

—Acaba de meterse ahí, en Correos, para despistarme, porque me he convertido en su sombra. Me ha denunciado un par de veces, pero no han podido hacerme nada porque la calle es de todos y yo en la calle hago lo que quiero, ¿entiendes?, de manera que si quiero seguir a un cabrón, lo sigo hasta donde me da la gana. Está desesperado, se le nota el miedo en la cara. Espera a que salga y verás.

Salió al poco y vi que me reconoció enseguida, así que me fui a seguirlo con el 32 y pasamos una tarde estupenda, con la autoestima por las nubes. Ahora estoy intentando contactar con los de nuestra compañía para que le sigamos todos juntos al menos un día a la semana. Se va a enterar.

El eterno retorno

Había un coche en doble fila con una nota en el parabrisas que leí sin tocar: «Perdón por las molestias. Estoy en el número 25, piso 5, puerta 11». El número 25 estaba allí mismo, junto al chino en el que acababa de comer, pero el ascensor no funcionaba. A ver quién sube cinco pisos andando después de una comida china con cerveza. Estaba por abandonar el automóvil y volver a por él en otro momento, cuando me dio un ataque de rabia. Yo nunca lo dejo en doble fila, aunque por miedo a los otros más que por respeto a la ley, la verdad: en esta ciudad no sabes nunca con quién te la juegas. Ahora ya no te dicen eso de usted no sabe con quién está hablando, ahora te dan con una barra en la base del cráneo y luego se presentan. Por eso yo no dejo el coche en doble fila, porque me da dentera que me rompan el cráneo.

Así que me asomé al número 25 y empecé a subir lleno de odio unas escaleras mugrientas, de madera, que gritaban de dolor cada vez que les ponía el pie en los lomos. En el tercer piso me paré a descansar y comprobé con sorpresa que se me había ido la rabia. No hay nada como el ejercicio físico para alimentar la bondad. De repente me había puesto bondadoso y ensayaba frases bondadosas para reconvenir al infractor:

—¿Es usted el del coche rojo en doble fila? ¿Cómo lo deja así?, por Dios. He tenido que subir cinco pisos andando.

El piso 5 era un enorme pasillo con puertas numeradas a brocha, como los camerinos de un teatro viejo. Llamé con desconfianza a la 11 y se asomó un sujeto que me hizo un gesto imperioso de silencio antes de que me diera tiempo a hablar.

—Pase y espere un momento —bisbiseó.

Entré en una sala amueblada como un cuarto de estar antiguo. Sobre el sofá yacía, con los ojos cerrados, una chica joven con minifalda. El sujeto, de unos cincuenta años, se sentó en una silla, tapándome la visión de las piernas, y empezó a hablar con voz monótona. Advertí enseguida que la estaba sofronizando y me sentí un poco violento, pues esas cosas siempre me han parecido muy privadas. Al poco, no obstante, empezó a entrarme sueño y di una cabezada. Con los ojos cerrados, escuché al sujeto. Decía:

—Muy bien, ahora imagínate que vas a coger tu coche, pero que hay otro en doble fila que te impide salir. En el parabrisas de este último ves una nota en la que el conductor indica dónde está. Entonces buscas el portal, entras en él, y empiezas a subir a pie, porque el ascensor no funciona. Visualiza bien el espacio; las escaleras son viejas, de madera, y aúllan como si las mataras cada vez que las pisas. Llegas por fin al lugar que indicaba la nota y sale un tipo como yo que te dice

que esperes porque está atendiendo a un paciente. Te sientas, cierras los ojos, porque te ha entrado el sueño, y me oyes decir: imagínate que vas a coger tu coche, pero que hay otro en doble fila...

Me dieron ganas de vomitar la comida china porque la realidad se estaba poniendo circular y a mí las realidades circulares me agobian mucho, me enloquecen. Dejé de estudiar filosofía cuando llegamos a la lección del eterno retorno: tenía la impresión de que el profesor contaba mi vida en público.

Total, que cuando me desperté para no vomitar, el sujeto y la chica habían desaparecido y a mí me habían robado hasta el carné de identidad. Bajé a la calle y vi otro coche en doble fila, también con una nota, pero esta vez me fui sin leerla. De esto hace un año ahora; el caso es que el otro día pasé con una chica por allí y le dije que aquel coche lleno de polvo, aunque no lo usaba, era mío, pero no me creyó. Nunca me creen. Es lo que quería decir con lo del eterno retorno, que ya están aquí otra vez las Navidades.

Palos de ciego

Había un hombre y una mujer, los dos ciegos, dándose de bastonazos en la esquina de María Moliner con Julio Casares. Voy mucho a pasear por esa zona, pues, quizá por la ausencia de comercios, está más vacía que una boca sin lengua. Por no haber, no hay ni quiosco de periódicos; el más cercano está en la confluencia de Príncipe de Vergara con la plaza de Cataluña. A veces, deambulando por allí, he tenido la impresión de encontrarme en el interior de un decorado, lo que no me disgusta: ese sentimiento de irrealidad favorece el brote de las palabras. Podría decir que voy allí a buscar palabras como otros van al bosque a recoger setas, sólo que a éstos les interesan las comestibles y a mí las venenosas.

Pues bien, había en esa esquina dos ciegos que empezaron por quitarse la palabra y acabaron a bastonazos, ya digo. La calle estaba desierta y las persianas de los edificios a medio echar, o sea, que yo era el único testigo de la ciega pelea. Procuré no hacer ruido, para que no advirtieran mi presencia, y los observé durante un rato. Tras el aperitivo verbal, enmudecieron de repente y pusieron en alto los bastones. La sensación de irrealidad se acentuó porque el silencio de la calle, de por sí inquietante, se hizo más oscuro al sumarse el de los ciegos a él. Callaban, para no dar pistas sobre su localización al otro, mientras descargaban palos de ciego en la dirección aproximada. Se trataba de una pelea sin ruido, que es algo así como un arco iris sin color, o sea, en blanco y negro, como las buenas películas existenciales. Se comprende, pues, que, lejos de intervenir, contribuyera con mi sigilo a la creación de aquella atmósfera en la que los movimientos de los cuerpos tenían la calidad muda de las tragedias que se producen bajo el agua.

El hombre recibió enseguida tres palos certeros —uno en la cabeza y los otros dos en los hombros—, porque tenía una respiración un poco silbante que le delataba. Al cuarto, que le abrió una cremallera de sangre a la altura del lóbulo frontal, huyó a ciegas perdiendo una tira de cupones que recogí y guardé.

Después me acerqué a la ciega fingiendo que acababa de llegar y pregunté que qué había pasado. Al principio se resistió a hablar conmigo, pero bajé con ella, tomándola del brazo en cada cruce, por María Moliner y antes de llegar a la avenida Espasa, que no está a más de cinco calles, me lo había contado todo. Por lo visto, el ciego y ella habían sido novios en una época en la que los dos veían, al menos hasta el punto en que se lo permitía su ciego amor, más ciego si consideramos que contaban con la oposición de los padres de ella, que detestaban al novio. Cuando a las presiones habituales para que no se vieran añadieron la amenaza de enviarla a estudiar fuera de Madrid, decidieron suicidarse en una pensión que hay al final de Julio Casares. Ella, como su padre era militar, puso la pistola, y él pagó la cama. Permanecieron toda la tarde el

uno en brazos del otro y, cuando ya se habían dicho todas las palabras, él tomó el arma, disparó sobre la cabeza de su novia y enseguida se metió una bala en la propia. Pero lo hizo con tan mala fortuna, que en lugar de morir se quedaron ciegos.

Como si la pérdida de la vista les hubiera arrebatado también su ciego amor, empezaron a odiarse hasta el punto de que los dos querían vender cupones en la misma esquina. Cuando le señalé que aquella esquina comercialmente no valía nada, me dio la razón, aclarándome que la habían escogido por eso, porque por allí no pasaba nadie y no los separaban cuando se daban de bastonazos. O sea, que a veces vas a buscar unas palabras y vuelves a casa con una historia. Por eso me gustan esas calles.

El viejo que fuma

Trabajo en una casa de seguros cuyas oficinas están en el casco antiguo, junto a la Puerta del Sol. Hace un año, por razones que no vienen al caso, dejé de fumar. Pero el domingo pasado estaba un poco triste y encendí un cigarrillo que me salvó la vida y desde entonces ya no he podido dejarlo, aunque lo hago a escondidas para no perder el prestigio conquistado a lo largo de todos estos meses de agonía. De manera que en casa digo que voy a bajar la basura y en la oficina me retiro al servicio, que es una especie de ascensor estrecho, con un ventanuco muy alto que da a un patio interior de dimensiones tan pequeñas que estirando el brazo podría golpear las ventanas de enfrente. Fumo de pie, sobre la taza del retrete y asomado a ese agujero por el que expulso el humo, para evitar que alguien que entre detrás de mí note el olor. El primer día me pareció un poco humillante, pero enseguida comencé a sacarle gusto. Creo que ese patio interior es un poco el resumen de mi vida, y he hallado en él la paz que uno encuentra en los resúmenes, aunque también ese punto de desazón de todo lo que es excesivamente familiar.

El caso es que el otro día estaba asomado al respiradero, consumiendo un Marlboro, cuando de súbito se abrió la ventana de enfrente y apareció el rostro de un anciano con gafas que tras lanzarme una sonrisa de complicidad me pidió un cigarrillo. Se lo di, claro, qué iba a hacer, y le proporcioné también el fuego. Luego fumamos unos instantes en silencio, el uno frente al otro, yo un poco avergonzado, la verdad, pero el viejo, feliz.

—No me dejan fumar —dijo en tono clandestino, señalando hacia el interior de la casa—. ¿Y a usted?

—A mí tampoco —dije sintiéndome un poco ridículo.

—Pero usted es joven. Puede oponerse.

—No me gusta oponerme.

—Ya.

Me preguntó a qué hora solía volver y le dije que al mediodía.

—Pues luego nos vemos —añadió—, ahora tengo que irme.

Tras dar dos caladas más un poco ansiosas, apagó el cigarrillo en el marco de la ventana y se guardó la colilla en algún sitio, un bolsillo, supongo, que no estaba al alcance de mi vista (sólo podíamos vernos la cabeza). Yo me retiré también y estuve un poco nervioso hasta la una: creo que el rostro de aquel viejo, no sé por qué, completaba el paisaje del patio interior de mi existencia y necesitaba comprobar que acudiría a la cita. Y acudió. Fue muy agradable, la verdad, y muy tranquilizador verle allí de nuevo. A lo mejor parece una exageración, pero creo que aquel viejo era, después del patio, lo único que le faltaba a mi vida, que ahora por fin está completa. Es

como cuando ves un bodegón y sabes que le falta una manzana para ser un bodegón como Dios manda. La cabeza del viejo era mi manzana, de manera que ahora creo que ya lo tengo todo. Estoy completo.

Así que cuando me meto en la cama por las noches, soy feliz, porque sé que en el bolsillo de la chaqueta llevo un paquete de tabaco secreto, que me da la misma seguridad que si llevara una pistola. Y en la cabeza, también sin que nadie lo sepa, escondo un patio interior por el que subo y bajo imaginariamente hasta que me quedo dormido bajo la mirada tolerante de ese anciano al que todos los días regalo diez cigarrillos. Algunas noches me despierto angustiado porque sueño que el viejo que fuma se ha muerto. Pero me fumo un cigarrillo en la cocina, con la ventana abierta, para que al día siguiente mi mujer no lo huela, y se me pasa enseguida. A veces me pregunto si ese patio interior podría estar en otra parte, en Suecia, por ejemplo, pero creo que no, que sólo puede estar en mi cabeza o bien, en su defecto, en Madrid.

El sentido de la vida

Aquel viernes decidió llevar a cabo un experimento: al salir de la oficina, alquiló veinte películas de vídeo y se encerró con ellas en su apartamento. Por lo general, hacía la compra los domingos, pero estaba deseando que las autoridades prohibieran la apertura de las grandes superficies los festivos para no encontrarse en el supermercado con otros como él. Del mismo modo que las embarazadas sólo ven embarazadas, él llevaba unos meses que no veía en el supermercado más que duplicados de sí mismo. El domingo anterior, mientras hacía cola frente a la caja del establecimiento, con el carrito cargado hasta los bordes, tuvo un momento de terror al comparar aquel grupo humano con el de un conjunto de hormigas indiferenciadas. Había leído que a estos insectos les había sido arrebatada en algún tiempo remoto la conciencia, lo que impidió que continuaran evolucionando. De ahí que cayeran en esa forma de obsesión consistente en repetir una y otra vez el mismo circuito, en trazar el mismo círculo, con la esperanza, quizá, de que un siglo cualquiera algún integrante de la colonia escapara del trayecto establecido y fuera en busca de esa conciencia que los liberara de la locura de no parar de trazar circuitos meramente alimenticios y reproductores.

Tal vez ese individuo fuera él. Todos los animales sociales —las abejas, por ejemplo— alcanzaban un punto en el que, obsesionados por la economía, perdían la conciencia, quedando atrapados en una noria de actividad que carecía de sentido. Sus últimos años habían sido así: las semanas terminaban indefectiblemente en el agujero del domingo, por el que entraba la comida que, almacenada en el frigorífico, se iba consumiendo a lo largo del invierno del lunes y del martes y del miércoles, que tenía una puerta —el miércoles— por la que se llegaba a las cámaras huecas del jueves y del viernes.

De entre las veinte películas que había acarreado hasta el apartamento, la mitad más o menos eran de terror y el resto, pornográficas. Empezó con las pornográficas, pero le daban más miedo que las otras, de manera que el sábado por la mañana decidió descansar y comer algo. Marcó un número de teléfono y encargó una pizza de anchoas y dos cervezas. Al poco, sonó el timbre y una chica —una hormiga en realidad— con casco y cazadora de piel le llevó el pedido. La chica, o la hormiga, era muy menuda, como a él le gustaban, y se enamoró de ella. Cuando se fue, continuó viendo películas pornográficas con la esperanza de encontrar un ejemplar parecido, pero en las pornográficas no salían hormigas tan menudas. A lo largo del fin de semana, utilizó cinco veces más ese servicio, pero la chica de la cazadora no volvió.

El domingo tuvo un momento de flaqueza, una tentación, que casi le empuja a ir al supermercado para repetir el circuito infernal, pero lo combatió con una película de terror y con

la idea de que tenía que recuperar la conciencia para entregársela a aquella chica de la que se había enamorado. Mientras comía pizzas y bebía cervezas, se imaginó regresando de lugares remotos con ese vellocino de oro que era la conciencia, y veía la Castellana repleta de gente que le aclamaba, mientras él levantaba la conciencia por encima de la cabeza para mostrársela a todos. En esto, entre la multitud, aparecía en moto una chica menuda que le regalaba una pizza de oro. Con esta fantasía se quedó dormido el domingo por la noche, y el lunes, después de que sonara el despertador, mientras se afeitaba la barba de dos días, sintió que su vida estaba llena de sentido.

Una barra de acero

Estábamos atascados en la M-30, cerca de la salida del tanatorio. A mi derecha, dentro de un coche familiar, iba un sujeto de unos cuarenta años que tocaba sin pasión alguna el claxon, por aburrimiento. Delante de él había un camión gigantesco, del que de repente descendió en camiseta de tirantes un monstruo que se dirigió al del claxon. Metió la mano izquierda por la ventanilla, sacó la cabeza del conductor cogida por los pelos y le dio en la mitad de la cara un puñetazo que le hizo desaparecer en las profundidades del automóvil. Se hizo un silencio como de mediodía mientras el camionero regresaba a su fortaleza. Pensé que alguien —no yo: soy un cobarde— acudiría a auxiliar al herido, pero no se movió ni el aire. Es más, cuando me fijé en los conductores que me rodeaban para ver cómo podían soportar aquella humillación colectiva, observé que miraban hacia otro sitio. Sólo un niño, dos coches más allá del mío, parecía tan horrorizado como yo. Cuando sus ojos y los míos se cruzaron, sentí una profunda vergüenza por todos nosotros. Entonces se abrió la puerta del coche familiar y descendió, tambaleándose, el herido. Tenía la cara llena de sangre y llevaba en la mano un bolígrafo y un papel en el que, para vengarse, empezó a apuntar la matrícula del camión. No le dio tiempo. El monstruo en camiseta de tirantes descendió de nuevo de la torre de control de su vehículo, alcanzó al herido y le hizo tragarse el papel antes de arrojarlo al interior de su automóvil como si fuera un saco de patatas.

Miré al niño que había dos coches más allá del mío y comprendí que si alguien no salía a enfrentarse con el camionero, no creería en nada ni en nadie el resto de su vida. De otro lado, yo mismo estaba lleno de un odio ciego, sin salida. Si hubiera llevado una escopeta en el coche, habría abatido sin duda al agresor. Así que de súbito, sin que interviniera mi voluntad, es decir, como un autómatas dirigido a distancia por la mirada del niño, bajé del coche y me dirigí al camionero, que al oír la puerta se había detenido y me esperaba. Durante los segundos que tardé en llegar a una distancia razonable, mi cerebro trabajó a una velocidad de vértigo: yo creo que realizó el equivalente a dos mil jugadas de ajedrez hasta dictarme el movimiento que debía hacer. De manera que saqué un cigarrillo, me lo puse en la boca y dije:

—¿Tiene usted fuego, por favor?

El monstruo en camiseta me dio fuego algo desconcertado y yo regresé a mi coche, a mi guarida, en realidad, con un temblor de piernas que no apreció nadie, porque nadie se atrevía a mirarme, excepto aquel niño que desde luego estaba condenado a no creer en nada el resto de su vida. Ni falta que le hace, me dije.

Durante los días siguientes no pude dejar de pensar en el suceso, y cuanto más lo recordaba, más odio sentía dentro de mi cuerpo. Podía haberme sucedido a mí: soy de los que tienen la manía

de pitar en los atascos. Entonces encontré en la calle una barra de acero de unos cincuenta centímetros, y mi vida cambió cuando decidí guardarla debajo del asiento. La emplearía en la cabeza del primero al que se le ocurriera toserme. En los atascos tocaba el claxon más que nadie con la esperanza de que apareciera un monstruo de cualquier especie con tal de que llevara una camiseta de tirantes. A veces, cuando estaba nervioso por problemas de trabajo o familiares, me metía en el coche, tomaba la barra de acero, sosteniéndola un rato en el aire, y me entregaba a esa paz religiosa que proporciona el poder.

Me convertí en un hombre más seguro de mí mismo que antes, aunque también más agresivo. Por lo menos hasta que me dio por imaginar qué habría sucedido si el día del atasco en la M-30 hubiera llevado la barra de hierro debajo del asiento. Me vi avanzando hacia el monstruo con el arma en la mano, pero al llegar a su altura, en lugar de abrirle la cabeza, incomprensiblemente, le ofrecía la barra, para que pegara con ella al que había tocado el claxon. Lo peor de todo era sentir la mirada del niño cuando regresaba sin barra a mi automóvil.

Márgenes

ME HABRÍA GUSTADO SER MÉDICO

He visto muchas veces en las películas esa escena en la que una azafata se dirige al pasaje y pregunta si hay algún médico a bordo. Generalmente, es para atender a una embarazada que está dando a luz; una estupidez: cualquiera puede hacer eso. En Madrid, el ocho por ciento de los niños nacen dentro de un taxi, o sea, que hasta un taxista, si se empeña, puede parir algo. Pero a veces se trata de cosas más serias, a las que hay que enfrentarse con unos nervios de acero como los míos, porque de ello depende que el paciente fallezca o sobreviva. Las paradas cardiorrespiratorias, por ejemplo, son muy difíciles de sacar adelante. Hay que masajear con fuerza la caja torácica para que el corazón se ponga en movimiento y comience enseguida a entrar aire en los pulmones. En una película que vi de pequeño, un médico, al dar un masaje de corazón a alguien que estaba a punto de morir, le rompía tres costillas. Pero lo hacía por su bien. Y en el cine, a las mujeres que pierden los nervios les dan una torta o dos. Y si vas a rescatar a alguien que se ahoga, lo mejor es que empieces pegándole un puñetazo en la nuca para que pierda el sentido y se deje conducir dócilmente. Muchas veces, para hacer una venda, si estás en un sitio con falta de medios, has de desgarrar una blusa. Todo esto son males menores en comparación con el bien que vas a proporcionar al agonizante.

Yo creo que éste es uno de los aspectos que más me gustan de la medicina: las costillas rotas, las bofetadas ansiolíticas, el puñetazo en la nuca y el ruido de la blusa al desgarrarse. A veces, en mis fantasías, imagino que logré estudiar Medicina y que soy un gran cirujano. Entonces me veo entrando en el quirófano con una bata verde y lo primero que hago para poner las cosas en su sitio es dar un par de bofetadas a las enfermeras que me van a asistir: tengo un equipo magnífico, pero un poco histérico. Luego me pongo a operar y cuando ya he abierto el tórax del paciente y tengo su corazón latiendo en mi mano, el anestesista, que está junto a mí controlando las constantes vitales, sufre un infarto de miocardio con parada cardiorrespiratoria y cae al suelo. Las enfermeras, como es natural, se ponen histéricas y tengo que abofetearlas otra vez. A continuación, abandono el corazón del paciente en cualquier sitio y me inclino sobre el anestesista. Me doy cuenta enseguida de que si no le rompo tres costillas, no podré masajear su corazón, así que le doy un golpe certero con el canto de la mano y se oye el crujido característico de la caja torácica cuando se cae al suelo desde una gran altura. El anestesista empieza a respirar, pero a una enfermera se le cae un apósito justo sobre su boca y el anestesista se lo traga. La cosa es que le entra por mal sitio y comienza a ahogarse. Entonces yo tomo un bisturí y le hago en la garganta una incisión por la que

comienza a entrar aire a los pulmones. Para limpiar la sangre, porque entre unas cosas y otras se ha puesto todo perdido de sangre, le arranco la blusa a una de las enfermeras, la desgarré e improviso una gasa limpiadora. Es cierto que al ver a la enfermera sin blusa me excito sexualmente, porque además de cirujano soy sexólogo, pero me aguanto las ganas porque he hecho el juramento hipocrático y sé que no está bien hacer esas cosas dentro de un quirófano, en medio de una operación a corazón abierto y con un anestesista infartado en el suelo. Entonces, la enfermera, al ver que no le hago caso, se pone histérica como es natural y tengo que abofetearla...

Se trata de una fantasía con infinidad de variantes; de hecho llevo con ella seis o siete años y aún no he llegado al final, porque luego, cuando el director de la clínica viene a felicitarme, le da un ataque de epilepsia de pura envidia que me tiene y he de meterle un bolígrafo atravesado en la boca para que no se muerda la lengua. Así que el otro día estaba en una cafetería de Aluche con aire acondicionado, tomándome unas tortitas con nata, cuando preguntaron si había algún médico entre el público. Por fin, dije, ésta es mi oportunidad. De manera que iba a ponerme ya a dar tortas y a desgarrar blusas cuando me dijeron que era para ayudar a un parto. ¡Qué tontería, dije, avisen a un taxista! Y volví a mi fantasía favorita mientras mojaba la tortita en un poco de sangre.

Fanatismo venéreo

En el avión, a mi lado, iba un sujeto que leía apasionadamente los anuncios por palabras de un periódico de Madrid. Hay gente que busca piso o asistenta con una vehemencia atroz, pero el fanatismo de este hombre era venéreo. De reojo, leí algunos de los apuntes que tomaba en una pequeña libreta; rezaban así: «Espectacular, jovencita, 50.000», «Rubia delgadita, ven a verme», «Viudita, 5.000», «Disciplina inglesa, gabinete totalmente equipado», «Señora madura, particular».

Faltaba media hora para que el avión aterrizara en Madrid, adonde me dirigía por razones de trabajo, como el tipo que leía los anuncios venéreos. Los representantes comerciales nos reconocemos enseguida. Entrás en la sala de embarque de un aeropuerto, echas un vistazo y enseguida reconoces a tus colegas igual que ellos a ti. En un ochenta por ciento de los casos puedes incluso adivinar sin gran esfuerzo el sector al que pertenecen. Se trata de una maldición, cada profesión tiene la suya. La nuestra es ésta, que nos reconocemos nada más vernos, como los policías y los curas. Yo, al principio, intentaba hacerme pasar por otras cosas, pero se reían de mí. Ahora me da igual que me reconozcan, porque ya no aspiro a ser otro, por eso no me molestó que el tipo de al lado se dirigiera a mí con la familiaridad que solemos utilizar en este gremio.

—Hay unas diferencias de precio increíbles —dijo.

—¿Perdón?

—Fíjate, esta imbécil cobra cincuenta mil, y aquí, más abajo, te hacen un servicio completo por cinco mil.

Incliné la cabeza en dirección al anuncio y había, en efecto, servicios completos por cinco mil pesetas, pero eran para la tercera edad. Se lo dije:

—Eso es para señores de la tercera edad, ahí lo pone. A lo mejor están subvencionados.

—La viudita esta también cuesta cinco mil, no está mal.

—Es una estafa —dije—. La mayoría no son viudas.

—¿No? —preguntó con asombro.

—Lo ponen para excitar, porque hacer el amor con una viuda es, en cierto modo, como hacerlo con un ataúd. Las viudas guardan dentro el cadáver del marido, al menos durante un tiempo, y eso les hace adquirir una cierta calidad de caja.

Me miró entre divertido y asombrado. Era bastante más joven que yo, podría haber sido mi hijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy viudo —mentí—. Mira mis manos, están llenas de nudos, como la madera. Fíjate

en mi frente. ¿No ves estas líneas que parecen vetas? Soy una caja con un recuerdo muerto dentro.

Se quedó un rato callado, pero al poco volvió a la carga golpeándome con el codo mientras me señalaba otro anuncio: «Ana, amoral, viciosa, diabólica».

—¿Cuánto costará ésta? —preguntó.

—Veinticinco mil —mentí—, estuve con ella la semana pasada. Pero no es amoral ni viciosa, ni diabólica. Tiene un hijo en un internado de curas al que quiere dar estudios.

—Me estás jorobando el viaje a Madrid —dijo.

—Todos los viajes a Madrid son una estafa. Nunca pasa nada. En Madrid sólo pasa lo que nos imaginamos que pasa. Es mejor Logroño o Salamanca. Allí suceden cosas reales.

—¿Y tú qué vendes?

—Látigos y ligeros de fantasía —volví a mentir—. Últimamente más látigos que ligeros. Es un asco.

Esa noche cenamos juntos, le hablé como si fuera mi hijo y sentí que aquello había sido una experiencia real.

Cómo hacerse millonario

Si cada uno de los transeúntes o de los automovilistas con los que te cruzas al cabo del día te diera el dinero que lleva suelto en el bolsillo, te forrabas. Lo que pasa es que no te lo dan, primero porque no ven ninguna razón, y luego, porque hay mucha competencia, ¿comprendes? Están, por ejemplo, los de las puertas de los Vips, y los de los pañuelos de papel en los semáforos, que no son malos comerciantes, porque poseen la virtud esencial de la tenacidad y para comerciar has de ser tenaz, pero tienen pocas ambiciones, sin embargo. Una cosa por otra.

Vamos a suponer que vendiendo pañuelos en el semáforo te fuera muy bien: tendrías que contratar a un aprendiz y quizá invertir en un cobertizo en el que almacenar la mercancía, etcétera. Total, que los ingresos crecerían aritméticamente, pero los gastos tendrían una progresión geométrica, porque yo estoy de acuerdo con Camdessus, el del FMI: creo que en España está por hacer la reforma laboral; bueno, la laboral y la luterana, porque aquí ha faltado un Lutero que encontrara en el alma un lugar para el dinero. Así que a lo más que puedes aspirar vendiendo pañuelos en un semáforo es a ir tirando y punto.

Ahora bien, el dinero grande se consigue de otro modo: han de venir a dártelo porque necesitan quedarse tranquilos; no todo, por supuesto, basta con que se desprendan de lo que llevan suelto. Yo tengo varios negocios de éstos, de arañar, porque en Madrid, con un poco de imaginación, los hay a cientos. A cientos. Ahora he puesto en el periódico un anuncio en el que aseguro que trato la eyaculación precoz por teléfono; la verdad es que lo he copiado de uno que vi el domingo en el suplemento de negocios. Junto al texto, he reproducido una foto mía en la que llevo barba postiza y unas gafas de concha que me dan, con la calva, un aspecto un poco polvoriento, como corresponde a la eyaculación precoz y solitaria. Este negocio lo hice por probar, porque me gusta experimentar, no puedo estar quieto. Recibo entre cincuenta y sesenta llamadas diarias, y vengo a obtener un promedio de mil pesetas por eyaculación, que es mucho, porque al ser precoces acaban enseguida. Hay otros métodos para forrarse, como el de ese que envió cien mil cartas que decían: «Si quiere hacerse millonario en quince días, envíeme veinte pesetas en sellos y le daré la respuesta». La respuesta era: «Haga lo que yo». Esto lo inventó un colega mío de Nueva York, y, aunque le pusieron una denuncia, no pudieron encarcelarle porque demostró que se había hecho millonario; en fin, que no era una estafa, porque si hacías lo mismo que él, te volvías millonario.

A mí me gusta más lo de la eyaculación precoz, aunque es también más arriesgado, porque la mayoría no se cura y corres el peligro de que vayan a reclamar a un ministerio, no sé a cuál. El secreto consiste en que crean haberse curado, que piensen, en fin, que sus tiempos son normales (los de un ministro del Interior alemán, pongo por caso). Otra solución consiste en que les dé tanta

vergüenza haberse tratado por teléfono la eyaculación precoz, que no se atrevan a contárselo a nadie. En cualquier caso, la terapia es muy fácil. «El secreto está en no darse prisa —les digo a mis pacientes—, ¿qué prisa tiene usted?» Si se extrañan de la simpleza del remedio, suelo añadir que las grandes verdades suelen estar contenidas en fórmulas muy simples; para ilustrarlo, les enseño un proverbio árabe que debe de estar oscuramente relacionado con la eyaculación, porque les gusta mucho. Dice así: «El día de su tumba, nadie duerme fuera».

Algunos me llaman diciendo que lo de no tener prisa les ha ido muy bien, sin embargo a mí no me funciona. De manera que me estoy forrando, pero no soy feliz.

Diablo

Me cogió la lluvia en San Bernardo y entré en un bar en el que había ancianos de todas las edades. Ocupé una mesa junto al ventanal y contemplé el proceso por el que la calle se iba vaciando. De súbito, empezó a caer granizo y eso provocó alguna excitación en el interior del local. Los de los coches nos miraban a los de la cafetería y sonreían. Se sentó a la mesa de al lado una pareja de jóvenes con el pelo mojado. Traían la conversación puesta, pues ella preguntó enseguida:

—En definitiva, ¿crees o no crees en Dios?

El muchacho dudó; quizá no sabía la respuesta. En cualquier caso, se resistía a darla. Finalmente dijo:

—Es una pregunta muy íntima. No digo que no te esté dispuesto a contestar, pero a cambio de algo.

Sin duda estudiaba Empresariales.

—Tu respuesta está en venta —dijo ella.

—Si quieres decirlo de ese modo...

—Está bien, ¿qué quieres?

—Que me enseñes las bragas.

Ella ocultó las manos debajo de la mesa y, tras una costosa manipulación, las sacó con unas bragas blancas, de encaje, entre los dedos.

—Toma —dijo.

El muchacho las tomó desconcertado y aplicó las yemas de sus dedos en las zonas más íntimas, como si buscara una respuesta. O una humedad.

—No decía verlas así —balbuceó al fin—, encima de la mesa. Por eso no creo en Dios, porque nunca se me aparecen las cosas donde deben. Sin embargo, creo en el Diablo.

—No se puede creer en el Diablo sin creer en Dios —rebatió ella.

—Pues hay gente que cree en Dios y no en el Diablo.

—Pero son herejes. La Iglesia afirma la existencia del infierno.

—Entonces soy un hereje al revés: sólo creo en el infierno.

Por un momento se dieron cuenta de que los estaba escuchando y se aplicaron a contemplar el granizo. Finalmente, cuando el orden de escuchas se restauró, ella volvió a hablar. Dijo:

—No podemos continuar así; nos separan demasiadas cosas.

—No tantas —dijo él—; sólo el cielo.

—Devuélveme las bragas.

La chica se las volvió a poner por debajo de la mesa. Parecía una contorsionista.

—¿Seguimos o no? —preguntó él.

—Está bien, pero no les digas a mis padres que no crees en el cielo.

—Les diré que creo en el infierno; en el infierno y en la mala suerte.

Entonces me incliné hacia ellos y sonreí.

—Lleva razón el chico —dije—; soy el Diablo y puedo aseguraros que no hay Dios.

—El Diablo qué va a decir, si es ateo. No le hagas caso.

En Nueva York se viola mucho

No sé dónde perdí las llaves de casa, creo que fue en un bar en el que entré a respirar un poco de aire acondicionado. O quizá fue en un semáforo en el que saqué el pañuelo para limpiarme el sudor del cuello, no lo sé, el caso es que al volver a casa no las tenía en el bolsillo y tuve que llamar al timbre. Me abrió mi mujer, muy extrañada, porque yo no me desprendo jamás de mis llaves, así que me dio vergüenza decirle que las había perdido y le conté que las tenía en otra chaqueta.

Miré en esa otra chaqueta, por si acaso, y también en el cajón de la mesilla de noche, aunque ya sabía que no podían estar ahí, las había sacado de casa, de eso estaba seguro. La cuestión es que siempre estoy reprochándoles a mi mujer y a mis hijos el poco cuidado que tienen con sus llaves, ellos piensan que soy un maniático, de manera que no sabía cómo confesar públicamente que las había perdido, porque estas cosas no me pasan a mí, a mí me pasan otras, pero éstas, no. Es cierto que podía quitárselas a cualquiera de ellos (son muy descuidados, las dejan en cualquier parte) y sacar una copia sin que se enteraran, pero eso no eliminaba el problema de fondo. El problema de fondo es que me obsesionaba la idea de que las hubiera encontrado alguien que supiera a qué puerta pertenecían y entrara por la noche a violarnos o a robarnos el vídeo. Ya sé que en Madrid hay muchas puertas y que si uno se encuentra unas llaves por ahí, tiene muy pocas posibilidades de saber a quién pertenecen. Pero mi existencia no se guía únicamente por el cálculo de probabilidades, hay otras cosas que también actúan sobre la realidad. En cualquier caso, me repugnaba la idea de que un miserable fuera con las llaves de mi casa en el bolsillo, porque si uno tiene la llave de tu casa, aunque no sepa dónde vives, adquiere un poder, cómo diría, mágico, sobre todas tus pertenencias. Así que decidí que era preciso cambiar la cerradura.

Pero para cambiarla tenía que confesar delante de mi mujer y de mis hijos que había perdido las llaves. Estuve toda la noche sin dormir, dándole vueltas al asunto, y al día siguiente, en la comida, dije que había que cambiar la cerradura porque había perdido las llaves. Mis hijos (tengo dos, un chico y una chica) empezaron a reírse detrás de la servilleta.

—¿Las has perdido junto a la documentación? —preguntó enseguida mi mujer.

—No —dije.

—Entonces, saca una copia de las mías. ¿Quién va a saber que son de esta casa?

—¿Y si las he perdido delante de alguien que me ha visto salir del portal?

—Ya sería casualidad, pero aun así tendría que conocer el piso y la letra.

Mis hijos se daban patadas por debajo de la mesa, pero yo continué con mi argumentación:

—¿Y si me las ha robado alguien que sabe dónde vivo?

—¿Pero no has dicho que las habías perdido?

Entre las risas de mis hijos y la obcecación de mi mujer, me puse nervioso y dije que sí, pero que no las había perdido en Nueva York; si las hubiera perdido en Nueva York, no se me iba a ocurrir que nadie hiciera un viaje desde allí para robarme el vídeo (me callé lo de la violación, aunque allí se viola mucho). Lo de Nueva York les hizo gracia a todos, así que me fui a dormir la siesta. De esto hace ya más de un mes, no hemos cambiado la cerradura y todavía no han venido a violarnos ni a robarnos el vídeo. Francamente, no sé si convertirme al cálculo de probabilidades.

El viajante de comercio llega a Madrid

Cuando faltaban treinta kilómetros para llegar a Madrid, encendió el último de los cuatro cigarrillos que se había autorizado para amenizar el viaje y cambió la emisora en busca de noticias, mientras se excitaba con la idea de ir directamente a ese bar de la calle Serrano donde había una camarera con cuyo escote disfrutaba tanto. El comportamiento del coche durante el largo viaje no había podido ser mejor y tenía la necesidad de reconocérselo de algún modo, de manera que, sin dejar de pensar en ella, pasó la mano por la piel del salpicadero a modo de caricia mientras musitaba una brutalidad amable. Un buen automóvil era como un útero materno: todo cuanto uno necesitara debía estar al alcance de la mano, de forma que apenas hubiera espacio entre el deseo y su realización.

En esto, el coche que iba delante del suyo empezó a lanzarle unas ráfagas de luz, como si llevara detrás los focos de delante. Tardó un segundo o dos, quizá menos, en comprender que iba por el carril de la izquierda, como si aún estuviera en la autopista y no en una carretera de dos direcciones. Frenó y giró el volante a la derecha en un movimiento perfectamente sincronizado que evitó el golpe por milímetros. En la radio, un locutor afónico, o asustado, como si hubiera presenciado el incidente, daba las cifras de los muertos del fin de semana. Apagó el cigarro y hundió un poco el acelerador para recuperar velocidad mientras se sorprendía de no estar asustado. «El miedo —pensó— acontece antes o después de aquello que lo produce, nunca van juntos.»

Sin embargo, tampoco ahora tenía miedo, sino un sentimiento de irrealidad que no recordaba haber experimentado nunca. Entre tanto, la memoria reproducía una y otra vez el suceso y lo que más le llamaba la atención de este repaso era la lentitud con la que se habían ejecutado todos aquellos movimientos que sin embargo habían durado décimas de segundo. En cualquier caso, el optimismo corporal anterior había desaparecido sin que el espacio dejado por él hubiera sido ocupado por otra sensación. Le habría gustado sentir angustia o remordimiento, pero su cuerpo parecía lleno de humo.

Al entrar en Madrid intentó reproducir la excitación del escote, que era del mismo color que la tapicería del automóvil, pero sintió una indiferencia atroz por los semáforos, los edificios e incluso por la suciedad de las aceras. Vio a un barrendero que, escoltado por unos guardias, llevaba a cabo su trabajo, pero ni siquiera eso le hizo gracia, y no le hizo gracia porque desde la perspectiva desde la que ahora veía las cosas, un humilde barrendero podía aparecer rodeado de escoltas, mientras el alcalde, vete a saber, se paseaba a cuerpo. No es que las cosas se hubieran invertido, sino que los engranajes de la realidad cambiaban de sitio caprichosamente. «A lo mejor

—pensó— mañana me levanto y la ropa interior se vende en las carnicerías.» Aun así, tendría que comprar el conjunto que le había prometido en el último viaje.

En Serrano, dejó el coche en doble fila y entró en la cafetería buscando el escote con la mirada. Preguntó por ella y le dijeron que había muerto en la operación retorno del fin de semana. Se tomó un vermut al que no consiguió arrancar ningún sabor y se fumó un cigarro no incluido en la programación que tampoco le supo a nada. Quería ponerse triste, pero la glándula de la que otras veces había obtenido la sustancia viscosa de la pena no funcionaba. De repente supo que el resto de su vida estaría condenado a la irrealidad, al menos mientras continuara resistiéndose a saber qué había sucedido realmente cuando intentó evitar a aquel automóvil que se le había echado encima.

Un día de frío

Estaba arrancando el hielo del parabrisas del coche con un rascador, cuando le pareció ver un bulto dentro. Se asomó por una de las rendijas abiertas en el agua sólida y vio el cadáver de un mendigo. Supo que era un mendigo y que estaba muerto porque la mendicidad y la muerte eran las dos cosas que más miedo le daban, de manera que las reconocía a simple vista. Evaluó durante unos instantes la situación, y pensó que si se entretenía en denunciarlo, llegaría tarde a la oficina. Además, padecía una depresión que le impedía hacerse cargo de los trámites. «Seguro que descubrir un cadáver dentro de tu coche —pensó— te garantiza trámites para una temporada.»

Así que dejó de rascar y volvió a casa. Su mujer, que estaba a punto de salir, solía reprocharle que apenas le dejaba utilizar el coche, aunque lo habían pagado entre los dos.

—Toma —dijo ofreciéndole las llaves—, llévate el coche si quieres; me ha caducado la tarjeta del parking de la oficina y aún no he solicitado la nueva.

Afortunadamente, este extremo era cierto, así que se trataba de una coartada perfecta para que fuera ella quien descubriera el cadáver y se enfrentara a los trámites, por lo menos a los primeros. Luego, para aparentar calma, cogió el metro y se tomó un café en el bar de debajo de la oficina, dejándose ver por los compañeros que desayunaban allí habitualmente. Después subió al despacho y preguntó si había recibido alguna llamada. Dijeron que no, lo que era muy raro: su mujer ya debería de haber descubierto el cadáver; lo normal es que hubiera telefonado presa de un ataque de nervios. Había pensado decirle que fuera directamente a la comisaría para hacer la denuncia prometiéndole que se reuniría allí con ella. Pasó una hora más sin que lograra concentrarse en ningún papel. Finalmente, la llamó al trabajo y, para su sorpresa, respondió con toda naturalidad.

—¿Qué tal te ha ido con el coche? —preguntó.

—Mal —dijo—, no ha arrancado. Por el frío, supongo. He tenido que coger el autobús.

Tras despedirse de ella, consideró la posibilidad de haber padecido una alucinación, aunque no era dado a esa clase de experiencias, es más, detestaba todo lo que sonara a paranormal, porque su mujer, que echaba las cartas, le había pronosticado un año antes la depresión que padecía ahora. Comprendió de súbito que, más que un pronóstico, fue una orden, y enseguida alcanzó la conclusión de que había decidido cargarle el muerto: era mentira que el coche no hubiera arrancado. Lo que pasa es que pretendía que lo encontrara él para no tener que hacerse cargo de los trámites. «Es una insolidaria —pensó con odio—, siempre me ha dejado las cosas más desagradables de la vida cotidiana, incluso ahora, sabiendo que me están tratando de los nervios.»

Miró afuera: empezaba a hacer sol, así que el hielo del coche no tardaría en derretirse, dejando el cadáver del mendigo a la vista de los transeúntes. Abrió un cajón de su mesa, tomó un duplicado de las llaves del automóvil que guardaba allí, salió de la oficina y regresó al barrio. Se acercó con miedo al coche, pero no vio al mendigo dentro. Abrió la puerta, puso el contacto y arrancó a la primera. Apagó el motor y permaneció sentado todavía en el interior, olfateando el aire. Olía a mendigo, a mendigo y a muerto, conocía muy bien esos olores. Entonces intentó abandonar el coche, pues le pareció que procedían de él, pero un dolor inmenso en el costado le paralizó. Comprendió que se trataba de un infarto, y se contempló fugazmente en el espejo retrovisor para comprobar que tenía cara de mendigo; un segundo después, tenía también cara de muerto.

Una vocación imposible

De haber nacido hombre, no tengo ninguna duda sobre lo que me habría gustado ser: misionero, pero misionero aquí, en Madrid. No entiendo a esos curas que se van a salvar almas a la selva. Lo lógico es rescatar primero las de Madrid y, luego, si todavía tienes tiempo, las de Barcelona, Valencia, Sevilla y Bilbao, por este orden. La selva puede esperar. Yo creo que los curas que se van al Amazonas, o a África, no tienen verdadera vocación: se marchan porque no aguantan a su madre, o porque les gusta la aventura, porque si de verdad quisieran salvar almas, se quedarían en Madrid. El domingo pasado fui al Retiro, empecé a contar almas y cuando iba por dos mil quinientas treinta y siete lo tuve que dejar porque pasé junto a una madre que estaba contando en voz alta las cucharadas de leche en polvo para el biberón de su hijo y me confundió. Pero, bueno, no había contado ni la mitad, y eso que yo así, a ojo, calculo mal. Y todas se estaban ahogando, o sea, que necesitaban un misionero que les transmitiera la palabra de Dios y les hablara de las postrimerías.

Una vez, iba en el autobús, en el 40 —lo había cogido en López de Hoyos—, cuando noté un revuelo en la parte de delante. Me acerqué y resulta que estaba agonizando un hombre de unos cincuenta años. El conductor detuvo el autobús y preguntó si había algún sacerdote entre el público. Yo habría dado la vida por ser hombre y cura en ese momento y salvar el alma de aquel agonizante. Como no salía nadie, di un paso al frente y dije que era monja. «Una monja seglar», aclaré, pues iba con una falda un poco corta que al agacharme sobre el moribundo se me subió hasta los muslos. El desgraciado intentaba decir algo, así que acerqué mi oído a su boca y musitó:

—Un médico.

Un médico. Estaba muriéndose y lo único que se le ocurría era llamar a un médico. Yo me volví y dije que aquel hombre era negro y estaba pidiendo que le bautizaran. Como en casos extremos cualquiera puede administrar ese sacramento, pedí que fueran a por una botella de agua mineral a un bar y en un momento lo bauticé. Le puse de nombre Benito, porque soy muy partidaria de ese santo. Murió en mis brazos y espero que me haya perdonado la mentira sobre el color de su piel, pero quién se habría creído que estaba sin bautizar si hubiera dicho que era blanco.

El caso es que desde entonces, hace ya cinco o seis años de eso, los sábados y los domingos me disfrazo de hombre y frecuento lugares multitudinarios con la esperanza de que le dé a alguien una angina de pecho y pidan por la megafonía un sacerdote. Pero nada. Siempre piden médicos. El otro día, en un partido de fútbol, preguntaron si había algún cardiólogo entre los espectadores. Yo me presenté en la enfermería y dije que era cura, y que, si necesitaban un cardiólogo, también necesitarían un cura, pues una cosa va unida a la otra. Un sujeto fornido me sacó de allí de muy

buenas formas, sin decirme nada, y lo peor es que al cogirme del brazo se dio cuenta, creo yo, de que era una mujer. Qué vergüenza.

O sea, que voy a cumplir cuarenta años y todavía no he salvado ni un alma por culpa de mi condición femenina. ¿Hay derecho a eso? Yo daría la vida por tener en Madrid una parroquia pequeñita, de pocas almas, por lo menos al principio. Ya iríamos creciendo. El caso es que por un cantante que vi en la televisión me enteré de que te pueden operar para convertirte en un hombre y dije ya está: me opero y me hago misionero. Además, soy una mujer un poco hirsuta, o sea, que tengo pelos por todas partes, de manera que las hormonas me las podía ahorrar. Pues se lo cuento a mi director espiritual y dice que de ninguna manera, que lo primero que tengo que hacer antes de meterme en el quirófano es dejar de creer en Dios. Pero si lo que yo quiero es salvar almas. ¿Cómo voy a salvar almas sin creer en Dios? Tú verás, me contesta, pero esa operación es pecado mortal, fijo que te condenas. Así que no sé qué hacer, si operarme y perder mi alma para salvar las de los otros, o no operarme, en plan egoísta, y salvarme yo a costa de que las almas de Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla y Bilbao, por este orden, se vayan al infierno. He escrito al Vaticano, para consultar, pero no me contestan.

Hay que cerrar el gas

Cuando estaban a cien kilómetros de Madrid, camino de la playa, el padre de familia empezó a dudar si había echado la llave del gas. Con la mirada fija en la serpiente blanca que dividía el asfalto en dos mitades, recordó sus últimos movimientos por el interior de la casa. Desde luego, había cerrado el paso del agua: se acordaba porque al salir de debajo de la pila se dio un golpe en la cabeza, donde aún tenía un bulto que ahora se tocaba con gratitud: gracias a él sabía que por el lado de las inundaciones no habría problemas. Luego había recorrido las habitaciones bajando las persianas con el cuidado de dejar una rendija por la que la vivienda respirara un poco durante la ausencia familiar. Recordó que la del cuarto del pequeño se atascó y que al desencajarla se había hecho un rasguño en el dedo. Contempló la herida para certificar que no había sido un sueño y continuó el recorrido. Ahora le tocaba el turno a la luz, cuyo interruptor general estaba un poco alto, por lo que era preciso subirse a una banqueta. Tras apagarlo, perdió el equilibrio y al caer se mordió por dentro el labio inferior. Acarició ahora con la punta de la lengua aquella herida de sabor eléctrico y también por ese lado se quedó tranquilo.

En realidad, aquellos pequeños accidentes no habían sido fortuitos. Siempre se los provocaba al salir de vacaciones para tener constancia de que las cosas quedaban en orden. Pero, maldita sea, no recordaba haber cerrado el gas. Sin dejar de prestar atención al tráfico, se revisó las manos con cuidado en busca de una uña partida o cualquier otra señal que evocara por asociación ese instante, y no la encontró. Definitivamente, se había quedado abierto. Lo normal es que no sucediera nada, pero si llegara a producirse un escape, por pequeño que fuera, la vivienda se convertiría enseguida en un polvorín. Bastaría con que alguien llamara al timbre de la casa de al lado para que la chispa eléctrica hiciera estallar el gas acumulado y se produjera la catástrofe. Vio la casa saltando en pedazos y desvió el coche hacia la derecha para detenerse en el arcén.

—¿Qué pasa? —preguntó su mujer.

—Nada, me ha parecido oír un ruido.

Descendió del automóvil, se fue a la parte de atrás, abrió el maletero para quedar oculto a las miradas de su mujer y de sus hijos y respiró hondo varias veces cubriéndose la nariz y la boca con las manos. De este modo (lo había leído en un libro de autoayuda), en lugar de aire, tomaba el anhídrido carbónico expulsado de los pulmones y conseguía una relajación pasajera.

—Había una maleta mal colocada —dijo al ponerse de nuevo al volante.

Arrancó más tranquilo, aunque con la cabeza llena de catástrofes, y entonces el pequeño de los niños hizo la pregunta fatídica:

—¿Falta mucho?

Él crispó las manos alrededor del volante y evitó responder. En lugar de eso, adoptando un tono indiferente se dirigió a su mujer:

—¿No se te habrá ocurrido cerrar la llave del gas?

—Siempre te ocupas tú. ¿Se te ha olvidado?

La pregunta de ella coincidió con la del niño que insistía en averiguar cuánto faltaba. Como confesar su descuido habría sido muy humillante, se volvió hacia el pequeño y dijo, mordiendo las palabras como un perro rabioso:

—Falta una eternidad. Si quieres saber lo que es una eternidad, imagina a una hormiga dando vueltas alrededor de la Tierra, haciendo siempre el mismo recorrido. Piensa en los millones de años que harían falta para que esa hormiga dividiera la Tierra en dos pedazos. En ese momento ni siquiera habría comenzado la eternidad.

—¿Entonces no llegaremos jamás, ni volveremos nunca?

—Así es —respondió el padre sin dejar de masticar las palabras como si fueran piedras, al tiempo que se metía debajo de un camión de gran tonelaje. Unos instantes después, en el infierno, comprobó que tenía chamuscadas las cejas y recordó que ésa era la señal efectuada al cerrar la llave del gas. ¡Lástima de accidente!

Las drogas

Siempre tuve responsabilidades excesivas. Fui hijo único de unos padres mayores cuya salud era una pena, así que me pasaba el día cuidándolos mientras la gente de mi edad, en el misterioso Madrid de aquella época, se iniciaba en los vicios que constituyen la salsa de la vida. A veces, mientras esperaba la hora de darle el jarabe a mi padre o de ponerle la inyección a mi madre, me asomaba a la ventana y contemplaba, melancólico, a los hombres que acudían al burdel de enfrente de casa. Soñaba con sus cortinas rojas y sus camas altas de cabeceros dorados, y también con la ropa interior de sus mujeres. Y deseaba, Dios me perdone, que mis padres fallecieran para poder incorporarme al ritmo normal de la existencia. Pero ellos no fallecían: las enfermedades les habían proporcionado una fortaleza algo ruinoso, pero más eficaz que una salud de hierro. A mí, además de ir al burdel, me habría gustado fumar, pero los dos estaban de los bronquios y el médico me lo desaconsejó, de manera que ni ese vicio (tan barato e inocuo en aquella época) me fue permitido.

Cuando ya empezaba a pensar que eran eternos, murieron a causa de un accidente doméstico (la defectuosa combustión del calentador de gas) en el que nada tuve que ver. De hecho, tras la autopsia, la policía no me hizo una sola pregunta. Al fin se abrió ante mí un horizonte de libertad. Lo primero que se me ocurrió fue ir al estanco para empezar a fumar cuanto antes, con tan mala fortuna que me enamoré de la empleada. Ella me desaconsejó iniciarme en ese hábito insignificante, porque por lo visto, mientras yo me ocupaba de mis progenitores, se había demostrado sin lugar a dudas que producía cáncer. En cambio, nos casamos enseguida y nos quedamos a vivir en la casa de mis padres, frente al burdel, al que no me pareció conveniente acudir en los primeros tiempos del matrimonio.

Lo malo es que enseguida empezamos a llenarnos de hijos y mi mujer me aseguró que podría resultar traumático para ellos ver entrar y salir a su padre de una casa de mala reputación. Además, me pasaba el día trabajando para sacar adelante a la familia, de manera que no tenía tiempo para nada. Algunos sábados me asomaba a la ventana y miraba a la casa de enfrente con tristeza, imaginando a las prostitutas envejeciendo dentro de su ropa interior al mismo tiempo que yo en el interior de la casa donde ahora, poco a poco, fallecían mis ilusiones. Pensé que quizá nos jubilaríamos a la misma edad y que coincidiríamos tomando el sol en el mismo banco del parque. La idea me excitaba mucho sexualmente, pero mi mujer siempre andaba ocupada en los asuntos de la casa y no me hacía caso.

Entonces decidí que cuando fuera viejo, una vez descargado de las responsabilidades familiares, me convertiría en un vicioso absoluto, incluso me haría drogadicto. Mis últimos años

serían de un desenfreno tal que compensarían con creces la atonía de mi existencia anterior. Este propósito abrió un horizonte nuevo en mi vida y creo que hasta me rejuveneció, lo que resultaba fatal para mis intereses, pues lo que yo necesitaba era hacerme viejo cuanto antes.

Los hijos crecieron y mi mujer falleció en un accidente doméstico (también de gas) en el que tampoco tuve nada que ver. Mis hijos, al ver que no me podía valer porque estaba muy torpe, la verdad, me llevaron a una residencia de ancianos de la Comunidad. Yo pensé que estos lugares funcionarían a imagen y semejanza de la vida, así que al día siguiente de que me internaran empecé a preguntar a otros internos quién controlaba el negocio de la droga, pues quería hacerme cocainómano cuanto antes. Pero allí, no sé por qué, estaban prohibidas las drogas. Me interesé entonces por el prostíbulo, y tampoco había prostíbulo. Ni estanco. No había nada, excepto una red de informadores que me denunció a la dirección, así que fui trasladado al ala de los viejos dementes, donde al menos cada seis horas me ponen en vena una cosa muy parecida a las drogas que me hace dormir. Entonces sueño con haber llevado otra vida diferente, de mujeres y alcohol, por ejemplo. Ya no es posible. A lo mejor, de todos modos, aunque me parece que sí, no habría tenido aptitudes. Pero cómo saberlo.

La obra maestra

Aquel sujeto estaba muy frustrado porque a los cuarenta años no había cumplido el sueño de su vida: publicar una novela. Tampoco la había escrito, pero cómo la iba a escribir, por Dios, teniendo que trabajar como un negro para sacar adelante a la familia. Tampoco trabajaba como un negro, pues tenía un horario de oficina normal, de 9 a 18. Pero al volver a casa leía el periódico (dónde se ha visto un escritor que no lea periódicos), ayudaba a sus hijos con las tareas del colegio, y entre unas cosas y otras llegaba la hora de la cena. Es cierto que los niños se acostaban pronto, pero por la noche le gustaba ver la televisión junto a su mujer.

En realidad no le gustaba ver la televisión (los escritores, a esa hora, leen o escuchan sinfonías mientras se fuman una pipa), pero se sentía sutilmente obligado a ello por su esposa, que tenía un gran talento para menospreciar, sin que lo pareciera, las tareas intelectuales. Total, que había hecho el esfuerzo de venir a Madrid de joven para convertirse en un escritor de fama, y en lugar de escribir se había casado con una mujer que astutamente le había alejado de sus verdaderos intereses. Aquel verano en el que cumplió cuarenta años fue, por fin, capaz de decírselo a sí mismo y escupírselo a ella:

—Yo era, de los de mi clase, el que mejores redacciones hacía. Tú eres la responsable de que no me haya convertido en un gran escritor.

Ella se sintió culpable de haber truncado una carrera tan prometedora, pero por la noche, consultando una enciclopedia literaria, le hizo ver que muchos escritores no habían triunfado hasta después de los cuarenta. Por otra parte, en algún sitio había oído decir que la novela era un género de madurez. Le propuso, pues, que ese verano se quedara solo en el piso de Madrid mientras ella y los niños se marchaban a la sierra. Un mes entero, escribiendo ocho o nueve horas diarias, sin preocupaciones de orden doméstico, podía ser más que suficiente para alumbrar una obra maestra. De hecho, en la misma enciclopedia vieron algunos casos de novelas realizadas en quince días que habían pasado a la historia de la literatura. Le sobraba, pues, la mitad del tiempo. Aun así, ella se mostró firme en que dispusiera de los dos periodos de quince días, por si le apetecía escribir más de una novela genial.

El primer día de libertad lo empleó, naturalmente, en afilar los lápices (Hemingway, según los libros, no hacía otra cosa) y en odiar a su familia. Se sentía tan a gusto paseando en calzoncillos por el salón, amenazando a la máquina de escribir con disfrutar de ella sexualmente cuando tuviera los lápices a punto, que deseó que su mujer e hijos desaparecieran del mapa. No quería para ellos ningún mal: sólo que se esfumaran de algún modo. Sentado en la terraza con los pies en la barandilla, fumando una pipa detrás de otra mientras contemplaba el crepúsculo, imaginó que

un platillo volante descendía en el pueblo de la sierra donde veraneaban y abducía a la familia, jilguero incluido, llevándosela para siempre a otro planeta. Podía ver los titulares del periódico: «Familia de escritor afincado en Madrid, raptada por extraterrestres». Pero como no estaba demostrado que los extraterrestres fueran buenas personas y a su familia no le deseaba ningún daño, sólo que desapareciera, prefirió finalmente imaginar una catástrofe natural que destruyera en cuestión de segundos, sin que les diera tiempo a sufrir, la casita de la sierra con ellos dentro.

Al día siguiente no pudo escribir por culpa de los remordimientos; al otro, porque le dolía la cabeza, y al cuarto, porque con ese calor no había manera de sacar adelante una obra maestra. A la semana, sin embargo, se miró a los ojos mientras se afeitaba y reconoció que no escribía por falta de talento. Tampoco por eso, la verdad, porque talento le sobraba, sino por pereza. Escribir, en el fondo, era un trabajo de gente sin imaginación, de funcionarios. Así que decidió que era mejor marcharse a la sierra y continuar culpando a su mujer de no ser un genio. Además, si finalmente se producía la abducción, o la catástrofe, y él estaba allí, podría escribir la gran crónica. ¡Qué descanso!

MÁS BREVE TODAVÍA

Escribir

ESCRIBIR I

El día en el que empezó todo, no tenía muchas ganas de escribir, de manera que para hacer tiempo fingí no saber si una palabra se escribía con be o con uve. Aquella duda retórica se convirtió misteriosamente en una enfermedad real, y en cosa de una semana al problema de las bes se sumó el de las haches, así que tardaba mucho en escribir una página porque tenía que consultar continuamente el diccionario. Creo que desarrollé una curiosa habilidad para evitar palabras que contuvieran esas letras, pero mis escritos de esa época jadean un poco al andar, como si estuvieran enfermos.

Al poco, comencé a padecer también de problemas sintácticos. Las frases se me quebraban a la altura de los verbos, como varillas de cristal demasiado finas. Me asusté un poco, porque vivo de fabricar esas varillas, así que intenté construir frases gruesas y cortas, del tipo «yo soy yo», o «estoy perdido», pero también éstas se rompían. Una tarde escribí: «Esto es una frase», y al poco dejó de ser una frase y se convirtió en un dolor de cabeza. Enseguida olvidé qué cuerda había que rasgar para que se escuchara un adjetivo, y aunque descubrí que la de los sustantivos sonaba del mismo modo si la golpeabas de una manera especial, el esfuerzo me fatigaba demasiado.

Luego, en fin, se marcharon los verbos, primero los copulativos y a continuación los transitivos. Los intransitivos se resistían a caer, pero la verdad es que masticaba mal con ellos, así que me los arranqué yo mismo, con un cordel. Si puedo contarlo, es porque ahora abro cada día un libro de otro y recorto palabras que luego pego en un papel, como si fueran amenazas; en cierto modo lo son, aunque sólo para mí, porque a veces se me acaba el pegamento o la paciencia y no logro decir lo que quiero, pero creo que duermo más que antes. Y respiro mejor.

Escribir II

¿Quién no ha visto agonizar en medio de espantosos sufrimientos a novelas que tenían toda la vida por delante? Nunca se sabe de qué depende su supervivencia; lo cierto es que a veces se les corrompe la sangre y no hay transfusión de tinta que las reanime. Lo más sensato, aunque no lo más fácil, en situaciones así es avisar al crítico forense para que levante el cadáver y firme el certificado de defunción. Muchos no se resignan y hacen con el cuerpo del relato auténticas barbaridades con las que sólo consiguen prolongar su agonía. Un escritor amigo mío, al que se le estaba muriendo una novela corta entre las manos, la llenó de tubos y le metió dos dosis diarias de monólogo interior durante dos semanas. El monólogo interior, en dosis altas, produce en el cerebro de la trama lesiones irreversibles, así que sobrevivió, pero en unas condiciones espantosas. Él, de todos modos, la quería.

Con las frases, aunque tienen menos células, pasa lo mismo. Delante de mí han muerto oraciones enteras que un momento antes tenían un aspecto excelente. De súbito, les falla el adverbio, que es el encargado de filtrar los humores glandulares, y se quedan en el sitio, con un color horrible, por cierto, aunque les inyectes enseguida un plural mayestático. El adverbio es más delicado que el hígado; se obstruye con nada. Un amigo le escribió a otro: «Te quise como buenamente pude», y la frase falleció antes de que le llegara por culpa del «buenamente», que no filtraba bien el afecto. Se la podía haber mandado desadverbiada: «Te quise como pude», pero habría quedado raquítica. El adverbio, si es bueno, matiza mucho la amistad, la hace más digerible y llevadera. Pero hay pocos y el trasplante te cuesta un riñón.

De todos modos, algunas novelas muertas pueden venderse como vivas con la ayuda de un forense poco escrupuloso y el amor del novelista. Pero hay que sacarles las vísceras, que se descomponen enseguida, y rellenarlas de serrín.

Conflicto

Aquel tipo tenía dentro de sí un escritor bueno y un escritor malo que trabajaban a horas distintas. Aun así, en los textos del malo se percibía finalmente un aliento de bondad, mientras que en los del bueno sonaba, cuando menos falta hacía, un estertor agónico procedente de la respiración del malo. Estaban tan cerca, en fin, que no podían dejar de influirse. Los lectores, según se colocaran en uno u otro lado de la identidad de aquel tipo, pensaban que se trataba de un mal escritor con aciertos geniales, o de un genio que se estaba echando a perder. Nadie, excepto el propio sujeto, advirtió nunca que aquel conflicto era el resultado del choque entre dos individuos diferentes que vivían en el mismo cuerpo y escribían con el mismo bolígrafo.

A ambos era preciso alimentar, así que el propietario del cuerpo leía bazofia para saciar el hambre del escritor malo y proteína pura, sin grasa, para mantener la línea del bueno. De este modo, el malo estaba cada día más gordo, mientras que el bueno se transformaba en pura fibra. Eso empeoró las cosas, pues si bien el aliento de bondad empezó a resultar más patente en los escritos del malo, los del bueno llegaban al público manchados de grasa, de manera que perdió a sus lectores o los sustituyó por meros consumidores. El malo, sin embargo, conquistaba día a día lectores de verdad, interesados en el proceso místico por el que la grasa aspiraba a convertirse en músculo.

El tipo habitado por estos dos artistas incompatibles veía con tristeza declinar el lado más noble de sí mismo y se sentía fracasado. Entonces dejó de leer estupideces para matar al malo de hambre y escribir una obra maestra. Pero el bueno, al perder ese estertor agónico, cayó en profundo abatimiento y se dio a la lectura de páginas con hidratos de carbono que destruyeron su gusto. Al poco, dejó de escribir.

El reportaje

Una revista que pagaba muy bien me encargó escribir un reportaje sobre un cuarto de baño, así que me metí en el de unos amigos que se iban quince días de vacaciones, y les pedí que cerraran por fuera hasta su regreso. Aunque llevaba un excelente equipo de supervivencia, fue uno de los retos más duros de mi vida profesional. Pero resultó apasionante ver qué clase de registros emocionales se ponen en marcha, en una situación límite, frente a dentífricos con sabor a menta, cuchillas de afeitar roñosas o compresas con alas.

Lo conté todo en ese reportaje, incluso lo de las hormigas que a última hora de la tarde transportaban enseres diminutos desde una rendija de la base del bidé a un agujero situado en la parte de atrás del retrete. Algunos lectores me reprocharon que me las hubiera comido, sin comprender que lo hice en un intento por entablar con ellas algún tipo de trato cuando ya habían fallado todos los demás sistemas de comunicación. Una soledad alicatada hasta el techo es durísima. Por las mañanas la aliviaba aplicando la oreja a la rejilla del respiradero para escuchar las conversaciones entre la asistenta del quinto y la del séptimo (yo vivía en el sexto). Las dos estaban embarazadas, así que intercambiaban diez minutos de temores a través del sistema de ventilación. Te ponía los pelos de punta escuchar los disgustos que les proporcionaban esos hijos todavía inexistentes, pues daban por supuesto que al no encontrar trabajo serían drogadictos, así que ya habían pedido plaza en un centro de desintoxicación.

El caso es que se negaron a publicar el reportaje porque el redactor jefe dijo que era un poco duro para una revista de decoración. Al final, se lo regalé a las asistentas, pensando que les haría ilusión que hablara de ellas, y consiguieron publicarlo con sus fotos en una revista parroquial, pero todavía no me han pagado.

El cuerpo

LA CARNE

Si fuera capaz de entrar y salir del propio cuerpo con la facilidad de los místicos, muchos días no entraría en él más que para hacer un poco de limpieza y comprobar, si acaso, que no lo ha ocupado durante mi ausencia una señorita de las que antiguamente cogían los puntos a las medias. Por las mañanas, me quedaría en la cama mientras él bajaba las escaleras y salía a entenderse con la realidad. Seguramente se metería en bares que detesto y fumaría puros baratos, quizá sería bebedor de pacharán, pero a mí me daría lo mismo con tal de que lo hiciera a mis espaldas. No me duele imaginarlo recorriendo las calles en busca de lo que más le perjudica. Comería en restaurantes económicos; daría una cabezada sobre la mesa de la oficina y al despertar comprobaría con amargura que en su estómago, en vez de una digestión, había tenido lugar un incendio.

Por la noche, nos encontraríamos de nuevo. Me metería un rato en él y encendería las luces, para producir la impresión de que se encuentra habitado. Hay tanta sed de cuerpo, que en cuanto ven uno vacío dan una patada a la puerta y lo ocupan, sobre todo aquellas mujeres que antiguamente cogían puntos a las medias: ahora viven desencarnadas y se lanzan como fieras sobre cualquier oquedad corporal que les permita cultivar una pasión carnal, aunque sea la de arreglar las medias que han de arrancar a otras.

A pesar de esa sed, si fuera posible entrar y salir de la propia carne, yo viviría fuera de ella, sobre todo en invierno, para asomarme a la ventana sin otro afecto desordenado que el de la mera contemplación de los cuerpos que atraviesan la calle, y junto a los que puedo ver el mío, insepulto, vigilando las piernas de todas las mujeres, en busca de unas medias de cristal que siendo niño vio reparar a una mujer que entonces no tenía edad y hoy carece de cuerpo. Feliz año.

Las manos

Las dos manos se levantaron de la cama a la vez, pero la derecha se puso a trabajar enseguida: afeitó la cara, lavó el cuerpo, cepilló los dientes, buscó calcetines, y, luego, en la cocina, asió la taza y la llevó a la boca. Antes de salir a la calle, aún tuvo que ocuparse de cerrar puertas y dejar una nota para la asistenta en la nevera. No paraba. La izquierda, siempre a remolque, colaboraba de mala gana en tareas auxiliares y luego se refugiaba en el bolsillo.

En el autobús, la derecha se ancló, algo crispada, a una barra de sujeción para evitar que el cuerpo fuera zarandeado; la izquierda, entre tanto, dormitaba, balanceándose, al extremo de su brazo. Cuando llegaron a la oficina, la derecha escribió un informe comercial y firmó los balances del último trimestre. Siete veces sonó el teléfono y la izquierda ni siquiera hizo ademán de cogerlo. Fue su contraria la que, abandonando informes y balances, descolgó el aparato y lo sostuvo junto a la oreja el tiempo necesario para liquidar el asunto. La izquierda recorría perezosamente con los dedos las irregularidades del escritorio descubriendo dibujos y geografías sorprendentes entre las imperfecciones de la madera o del barniz. Si hubiera habido alguna comunicación entre ambas, y la diestra, en lugar de trabajar tanto, hubiera escrito el diario de los descubrimientos de la otra, tal vez hubieran alumbrado una crónica de Indias.

Ya en la cama, de noche, a la hora del amor, mientras la diestra se refugiaba, pasiva, tras la espalda de la mujer, la izquierda anduvo por sus ingles y se introdujo en todas sus cavernas. Cuando los cuerpos, agotados, adoptaron la posición del sueño y la izquierda rodeó la cintura de la esposa, la derecha llevaba ya un rato dormida debajo de la almohada.

VICENTE HOLGADO

El hombre de la barba

Vicente Holgado fue por primera vez al colegio a los seis años, y aunque acabó acostumbrándose a la experiencia, nunca llegó a olvidar aquella remota mañana del mes de octubre en la que su madre lo abandonó en una especie de océano de niños sobre cuya superficie flotaban, como aves sin pico, las tocas blancas y negras de las monjas. El terror de aquel día de colegio, o su calidad, habría de reeditarse a lo largo de su vida varias veces —con ocasión del servicio militar o del primer trabajo—, pero sin alcanzar su temperatura.

Su madre, que quizá estaba tan asustada como él, llevaba varios meses preparándole para ese momento. Le hablaba del colegio a todas horas, narrándole sus excelencias y transmitiéndole la importancia que para el ser humano tiene el aprendizaje de la lectura y la escritura, además de otras artes cuya enseñanza se confiaba también a aquella institución. Pero por debajo de sus palabras y, sobre todo, de su insistencia, se percibía un movimiento de temor que era lo único que Vicente escuchaba, quizá porque los niños son los únicos capaces de oír lo que no se dice, especialmente cuando lo que no se dice es más importante que lo hablado. De manera que aquellas largas peroratas con las que la madre intentaba tranquilizar a Vicente —o quizá a sí misma— no consiguieron otra cosa que infundir en el niño un temor que a lo mejor de otro modo no habría llegado a sentir.

Iba, pues, preparado para enfrentarse al terror y se encontró con él. El desgarró que sintió cuando la mano de su madre se separó de la suya fue como si le hubieran amputado un miembro; más que una separación, parecía un corte. Y cuando todavía se estaba haciendo cargo de la herida, giró la cabeza y se encontró rodeado por ojos, bocas y narices que al modo de un espejo múltiple reflejaban su propio terror. Sentir miedo era malo, pero verlo fuera como se veía en las caras que permanecían a su altura era, sencillamente, insoportable.

Pasados los primeros días, cuando el miedo, más que ceder, empezaba a encontrar acoplamiento en su conciencia, tuvo su primera clase de gimnasia. Se trataba de la única que no impartían las monjas. El profesor era un sujeto de estatura media y mirada ansiosa que mostraba en aquel universo de rostros, o bien infantiles o bien femeninos, la particularidad de poseer una hermosa barba que tenía también algo de antifaz, pues sus primeros pelos arrancaban casi de los mismos pómulos. Algo importante le pasó por la cabeza a Vicente Holgado cuando vio a aquel sujeto cuya mirada, o cuyos movimientos quizá, le resultaron tan familiares. Antes de acabar la clase, el niño ya estaba convencido de que aquel señor era su padre, que para dar clase de gimnasia se ponía una barba postiza al objeto de que su hijo no le reconociera, evitando así cualquier intento de obtener un trato de favor frente al resto de sus compañeros.

La seguridad de que su padre formaba parte de las personas mayores que dirigían el colegio aminoró su temor. Sentía además un orgullo silencioso que en aquella época le sirvió para magnificar la figura paterna, a la que nunca había prestado demasiada atención, enamorado como estaba de su madre. En las clases procuraba permanecer cerca de él y cuando le miraba tenía la impresión de que se establecía un movimiento de complicidad entre ambos, como si los dos supieran que el otro sabía, aunque un pacto implícito de silencio impidiera hablar del gran secreto. Con alguna frecuencia, Vicente Holgado jugaba a la fantasía de dar un tirón a la barba postiza de su padre para que todos sus compañeros vieran en realidad de quién se trataba. Pero, naturalmente, nunca llegó a hacerlo, porque intuía que con aquella complicidad establecida entre los dos, su padre le venía a decir algo así como que ya era un hombre y un hombre debe saber atenerse a las reglas del juego. La transgresión más grande que se permitió fue la de curiosear por los cajones de su casa en busca de la barba postiza, aunque sin ningún resultado, por lo que dedujo que debía de guardarla en el colegio.

Un día, cuando los niños llegaron a la clase de gimnasia, se encontraron con un instrumento de cuatro patas que sostenían una especie de cilindro forrado de piel. El profesor les explicó que se llamaba *potro* y que servía para ejercitarse en el salto. A continuación se pusieron en fila y fueron saltando de uno en uno aquella cosa que evocaba el cuerpo de un caballo sin cola y sin cabeza. A Vicente Holgado, sin embargo, le faltó el valor preciso para dar el salto y frenó en seco ante el potro y ante las risas humillantes de sus compañeros. Él sonrió para sus adentros pensando que su padre saldría enseguida en defensa suya y callaría a aquella pandilla de imbéciles que no sabían quién era el profesor de gimnasia. Lejos de eso, su padre se unió a las burlas de los chicos y le obligó a intentarlo tres veces más, sin que Vicente, humillado y rabioso, lograra superar el obstáculo. La crueldad de su padre llegó al punto de tacharlo de cobarde delante de todos antes de que acabara la clase.

Vicente no se lo perdonó. En casa miraba a su padre con un odio infinito sin que éste llegara a comprender el cambio operado en la actitud de su hijo. Con el paso del tiempo desapareció de su cabeza este suceso de infancia, pero el odio, curiosamente, permaneció intacto. Sólo muchos años después, siendo Holgado ya un adulto y con su padre al borde de la muerte, recordó este raro acontecimiento y comprendió, cuando ya era muy tarde, que había odiado durante toda la vida a su padre por algo que no había llegado a suceder.

Una muerte rentable

Vicente Holgado se casaba sucesivamente porque tenía miedo a las diversas muertes que acechan a los solteros, pero se divorciaba sucesivamente también porque lo que más le gustaba del mundo era la libertad. Hace poco, encontrándose en uno de sus periodos de divorcio, un tirón muscular le atravesó el pecho mientras se duchaba y se quedó seco, inmovilizado: cada vez que intentaba elevar una pierna para abandonar la bañera, se le desgarraba el cuerpo. Finalmente, aullando de dolor, se dejó caer sobre el suelo esmaltado, desde donde intentó cerrar el grifo inútilmente: sólo el pensamiento de levantar el brazo le dolía.

Entonces se puso a llorar; al principio no lo notó, porque las gotas de agua se confundían con las lágrimas y resultaba fácil hacer pasar una cosa por otra. Pero cuando transcurrió el tiempo y el nudo muscular del pecho, lejos de deshacerse, se endureció, sintió un ataque de pánico. De todas las muertes de soltero que había sido capaz de imaginar, la de la bañera era, con mucho, la peor. El agua, de súbito, comenzó a salir más caliente, de manera que intentó acercarse a los grifos para manipularlos con la boca, pero todos sus esfuerzos resultaron fallidos. Parecía un naufrago al revés, o quizá un reptil en el fondo de un desierto esmaltado. Quiso llorar con desesperación, pero la desesperación le obligaba a mover demasiado los músculos del pecho, lo que le producía terribles dolores. Finalmente, su llanto se transformó en un gemido prolongado y monótono. En esto, oyó sonar el teléfono en el salón, pero el timbre le pareció una carcajada diabólica; de todos modos, por si se producía un milagro, musitó varias veces en voz baja: «Diga, diga...». Precisamente, un amigo obsesivo que ahora estaba en Nueva York había prometido traerle un inalámbrico para hacer frente a situaciones como ésta. No cabía imaginar peor suerte.

Por otra parte, había cambiado la bombona de butano la semana anterior, de manera que quedaba agua caliente para rato. Y lo peor es que su temor a morir por inhalación de anhídrido carbónico, que es el gas que producen los calentadores cuando queman mal, le había llevado a colocarlo en el tendedero: no había, pues, ninguna posibilidad de fallecer dulcemente asfixiado.

Cuando más negros eran sus pensamientos, oyó ruidos en la puerta de entrada y luego unos pasos recorriendo el salón. Con un hilo de voz, porque si gritaba mucho sentía un puñal en la mitad del pecho, empezó a pedir socorro. Al fin se abrió la puerta del cuarto de baño y apareció su última exmujer, que aún tenía una copia de la llave porque había quedado en volver a por sus cosas cuando él no estuviera. Permaneció un rato en la puerta, como si estuviera sumida en una ardua reflexión, pero después hizo como que no había visto nada y salió. «¿Seré un sueño?», pensó, y continuó llorando mientras oía los tacones de la mujer y su voz, que entonaba un bolero.

De súbito pensó que Madrid era muy grande y que sucedía de todo; es decir, que en ese mismo

instante habría alguien más agonizando como él en el suelo de una bañera. Poco antes, había leído en el periódico que una anciana permaneció tres días en la de su casa antes de ser rescatada. Cerró los ojos e intentó establecer una comunión espiritual con los desgraciados que se encontraban en su situación. Entró en contacto con cuatro, todos muchos más viejos que él, y los ayudó a morir mientras su exmujer recogía sus últimas cosas y remataba el último bolero. Cuando se fue, cerró la puerta sin violencia: era la primera vez que una mujer se iba de su casa sin dar un portazo y eso le pareció una conquista moral por la que merecía la pena morir.

Cambio de identidad

Vicente Holgado era tenido por tonto en su localidad natal, pero él tardó mucho tiempo en darse cuenta. Como era muy tozudo, logró acabar el bachillerato a base de forzar la memoria y de seducir al profesorado con la bondad de su mirada. Luego fue viendo cómo sus compañeros de estudios se colocaban aquí o allá mientras él permanecía ocioso en el interior de su casa. Bueno, la verdad es que ocioso tampoco estaba todo el rato, pero se dedicaba al estudio de cosas raras, como el influjo de las flatulencias de los dinosaurios en el calentamiento de la Tierra y en la aparición del efecto invernadero. Había comprobado que las plantas que comían los dinosaurios se transformaban durante el proceso digestivo en gas metano que al ser expelido en forma de ventosidad producía cambios importantes en los sistemas de vida entonces existentes. Muchos años más tarde, el prestigioso geoquímico Simon Brassell, de la Universidad de Indiana, presentaría semejantes conclusiones en un simposio celebrado en EE. UU. con asistencia de los científicos más importantes del momento.

Vicente Holgado fue más allá: llegó a calcular el número de desodorantes en espray que había que consumir para producir en la atmósfera un daño semejante al de la flatulencia de un solo dinosaurio. Pero, claro, estas cosas no eran apreciadas en su localidad natal. Por eso a Vicente Holgado no le daba empleo nadie. Es cierto que trabajó en una ferretería durante algún tiempo, pero fue despedido porque se entretenía mucho con los clientes, a quienes explicaba la ley de la palanca cada vez que vendía un destornillador. Su fascinación por la mecánica le llevaba a pronunciar una conferencia a cada cliente.

Al ser expulsado de la ferretería, reflexionó sobre sí mismo y alcanzó la conclusión de que era tonto, al menos si se comparaba con las personas de su edad, que a esas alturas de la vida gozaban de trabajos estables y habían empezado a casarse y tener hijos. Él era tratado en todas partes con una simpatía no exenta de paternalismo, pero comprendió que no obtendría nada más de sus conciudadanos porque todos se habían dado cuenta de que era tonto.

Fue entonces cuando decidió que debía emigrar a una gran ciudad donde su defecto no fuera conocido. Pensó que le bastaría con disimular para que nadie se diera cuenta y así podría montarse una existencia igual a la de los otros, con un trabajo, una casa, una familia, en fin, todo aquello que proporciona felicidad a los seres humanos.

Cuando llegó a la gran ciudad, buscó una pensión barata donde montar su centro de operaciones. Al principio se limitó a observar a la gente para reproducir luego su comportamiento con la habilidad de un actor. Siempre llevaba encima un cuadernito donde tomaba nota de las frases que oía y que le parecían especialmente útiles para ocultar su condición. Luego, por la

noche, en la pensión, las memorizaba y las reproducía frente al espejo procurando adoptar las actitudes que había visto en los otros al pronunciarlas. Aprendió a cruzar las piernas siempre que iba a soltar una afirmación demasiado rotunda y a levantar las cejas interrogativamente cuando se trataba de aminorar el efecto de un juicio.

Al mes consideró que estaba listo para buscar trabajo. Se puso el traje y la corbata guardados en el armario, se afeitó, se peinó y fue a mirarse en el espejo: nadie habría dicho que era tonto. Salió a la calle y visitó un número indeterminado de empresas cuyos anuncios había visto en el periódico. Se quedó en una dedicada a la venta de enciclopedias a domicilio. Normalmente, los agentes concertaban una entrevista por teléfono, pues debido al incremento de la inseguridad ciudadana, pocas personas abrían la puerta a vendedores ambulantes de los que no se tenía noticia previamente. Vicente Holgado consiguió disimular muy bien su mentecatez. Además, la venta de enciclopedias le permitía lanzar discursos, que era lo que más le gustaba, de manera que pronto gozó de unos ingresos estables y, lo que es más importante, contaba con el aprecio de sus compañeros y jefes, ya que ninguno llegó a advertir que Holgado era tonto. Tal era su capacidad para el disimulo.

Como era un hombre dado a las especulaciones, pronto advirtió que la gente compraba mejor las enciclopedias cuando podían poner en éstas una carga de afecto duradera: por ejemplo, cuando pensaban que sus hijos serían más cultos con esa posesión. Entonces se le ocurrió empezar a visitar domicilios en los que había muerto recientemente el padre de familia. Se presentaba allí como si no supiera nada para llevar «el pedido solicitado por don Fulano de Tal». La viuda o los hijos se hacían cargo siempre de la enciclopedia pensando que había sido el último deseo del difunto, que quizá no había dicho nada para dar una sorpresa a la familia.

De este modo, Vicente Holgado llegó a ser en poco tiempo el vendedor número uno de su empresa. Ascendió, controlando un numeroso grupo de vendedores que trabajaban para él, y empezó a salir con una chica que parecía muy enamorada y a la que nunca confesó que era tonto. Pero pronto se cansó de esta vida. Es cierto que ganaba dinero y que gozaba de la consideración de todo el mundo, pero a él lo que le apetecía de verdad era ser tonto y dedicarse a las cosas a las que se dedicaba cuando era un mentecato. Así que dimitió. Su jefe no podía entenderlo y apremiaba a Vicente para que le explicase las razones de esta dimisión tan absurda. Entonces Vicente le confesó que era tonto, pero que lo había disimulado. Al principio, el jefe no se lo creía, pero cuando comprobó la obcecación de Holgado, le dijo: «Es usted tonto, pida el finiquito y váyase de aquí ahora mismo».

Su novia, horrorizada, le abandonó cuando se enteró de que había estado saliendo con un disminuido. Entonces, Holgado, feliz por haber recuperado su verdadera identidad, se dedicó al estudio de las tormentas.

La última aventura sentimental de Vicente Holgado

Un día iba Vicente Holgado por la calle y se enamoró de una chica que pasó a su lado. Como se trataba de una sensación nueva para él, decidió alimentarla. Pensaba en ella todo el rato, reconstruía su melena oscura, sus ojos de asombro, sus cejas anchas y la curvatura de sus labios. Pero a medida que los días pasaban la imagen de la chica iba borrándose de su memoria hasta que su rostro se hizo totalmente transparente. Desesperado, Vicente Holgado intentó reconstruirla desde el cuerpo. Recordó que iba con unos pantalones vaqueros y una camiseta de tejido fino que se espesaba en las zonas en las que se superponía a la ropa interior. Era delgada y alta y caminaba algo inclinada hacia delante, como si la empujara por la espalda un viento que la naturaleza hubiera creado sólo para ella. De este modo conseguía llegar hasta el cuello, pero entre éste y la melena se estableció un espacio en blanco en el que no encajaba ninguna nariz, ninguna boca, ninguna de las miradas que Vicente era capaz de imaginar. Su amor no decreció por eso.

Transcurrió el tiempo y volvió a verla en unos grandes almacenes. Vicente Holgado había ido allí a alquilar unas cuantas películas de vídeo para pasar el fin de semana cuando le dio la hora de comer. Subió a la cafetería y pidió un plato combinado y una botella de vino. Justo en el momento de clavar la punta del cuchillo en la pechuga de pollo, recibió un aviso indefinido que le hizo levantar la vista del plato. Entonces la vio, tres mesas más allá, consumiendo sin prisas un plato de verduras. Ya no pudo seguir comiendo. Ella iba vestida como en la anterior ocasión y Vicente Holgado habría jurado que hasta los mechones de su pelo guardaban exactamente el mismo orden que en la primera visión. La observó con detenimiento, aun a riesgo de resultar impertinente, para guardar en el recuerdo cada uno de sus rasgos y reproducirlos luego con lentitud, como si los rumiara, en la soledad de su apartamento.

Sin embargo, a los cinco minutos de esta contemplación desesperada, le pareció insoportable la idea de perderla de nuevo entre la multitud. ¿Cuántas casualidades, pensó, se tendrían que dar para que en los años venideros volvieran a coincidir en algún sitio? Entonces, extrayendo de su débil carácter unas energías inexistentes, se levantó, fue hasta la mesa de la chica, se sentó a su lado y le preguntó si podía invitarla a tomar café. La chica le lanzó una sonrisa neutra, sin significado, en la que dejó ver un trozo de la encía superior. Como aquello tampoco era una negativa, Vicente respiró aliviado y comenzó a hablar de cualquier cosa para que no se quebrara aquel débil hilo de comunicación establecido con la sonrisa. Intentaba introducir cierta coherencia entre el paso de un tema a otro para que no se notara su miedo, pero los temas se le iban agotando sin que ella pareciera prestarle la mínima atención. Finalmente, en uno de sus intervalos ella habló. Dijo:

—¿Pero no te has dado cuenta?

Era la primera vez que oía su voz e hizo tal esfuerzo por captar la calidad del sonido que se olvidó de apresar su significado.

—¿No te has dado cuenta? —repitió ella en un tono tan neutro, tan plano, tan carente de énfasis como la sonrisa.

—¿De qué? —preguntó él.

—De que estoy muerta. La otra vez que me viste por la calle ya me había muerto.

—¿Sabías que nos habíamos visto otra vez? —preguntó él dejando a un lado la información principal.

—Claro —sonrió.

Vicente no estaba dispuesto a aceptar que el hecho de que estuviese muerta fuera un obstáculo capaz de impedir sus relaciones. De todos modos, por si acaso, decidió mentir. Dijo:

—También yo estoy muerto.

Entonces ella cogió el tenedor y lo clavó en el muslo de Vicente Holgado, quien dio un grito que hizo volverse a todos.

—¿Ves como no estás muerto? A los muertos no nos hacen daño estas cosas.

Vicente tuvo que reconocer su condición para que la mujer no hiciera más demostraciones, pero seguía enamorado y no estaba dispuesto a renunciar.

—A mí no me importa que estés muerta —dijo.

—Ahora no, pero llegarías a cansarte. Tengo un olor muy especial, me han abandonado las pasiones y me muevo despacio porque ya no voy a ningún sitio.

—Igual que yo —afirmó Vicente esperanzado—. También huelo raro y lo único que me gusta es estar tumbado en el sofá viendo películas de vídeo. Mira, he alquilado varias para el fin de semana.

—¿Qué es el fin de semana? Se me van olvidando las cosas. Sé lo que es un fin y lo que es una semana, pero no sé lo que significan las dos cosas juntas.

Vicente pensó que a ella se le iba borrando la realidad como a él se le habían borrado sus rasgos. Confió en que el proceso de pérdida de la chica fuera tan lento que a él le diera tiempo a morir.

—¿Dónde vives? —preguntó.

—Da igual, como no ocupo ningún lugar, puedo quedarme donde quiera.

—¿Y cuánto tiempo llevas muerta?

—Sé lo que es cuánto y lo que es tiempo, pero ya no me acuerdo de lo que es cuánto tiempo.

—¿Y es verdad que no ocupas ningún lugar en el espacio?

—Claro, siéntate donde estoy yo y lo verás.

Vicente fue a sentarse encima de la chica y comprobó que su cuerpo atravesaba el de ella como si fuera una imagen virtual, un holograma. Ahora estaba dentro del cuerpo de la mujer, rodeado por una especie de aura constituida por la piel, los rasgos y la melena de ella. De súbito

comprendió en qué consistía estar muerto, y no era tan distinto de lo que para él había sido estar vivo: una gran lejanía de las cosas, una indiferencia sin dolor, cierto cansancio...

Lo encontraron muerto sobre la mesa del restaurante sin que la autopsia lograra revelar las causas.

CARTAS DE AMOR

Tener razón

Querida Laura:

Te sorprenderá que te escriba al cabo de tanto tiempo para darte la razón. Solías decir que lo que más me gustaba del mundo era discutir y, después de discutir, tener razón. Como veo que no la tenía, te la doy: así somos, damos las cosas cuando ya no las tenemos.

Yo, por mi parte, te reprochaba que quisieras cambiarme en aquello que más te había cautivado. Intenta acordarte: yo era un tipo ingenioso, incluso cruelmente ingenioso, pero eso que tanto te gustaba era también lo que más te esforzabas en reprimir. Ahora sé que lo que te parecía mal era la asociación entre el ingenio y el alcohol, y, sobre todo, que tanto el uno como el otro estuviesen puestos al servicio de lo peor de mí. Creía que atentabas contra mi identidad cuando me reprochabas aquellos golpes de ingenio, o de alcohol, con los que huía del futuro, de nuestro futuro.

El futuro es otra de las cosas con las que somos muy mezquinos a la hora de darlo, pero cuando se nos acaba, entregáramos a cambio de él la vida, aunque también la hayamos perdido. Yo he perdido la vida huyendo de ti, y el futuro intentando recordar tu teléfono. He acabado como sospechabas: alcoholizado y solo. Soy un lector asiduo de las páginas de contactos de todos los periódicos, aunque, es cierto, no he pasado de la fase de lector. El día que marque uno de esos números, me encontraré con el espejo cuyo marco he labrado minuciosamente todos estos años. A veces, para consolarme, pienso que el único teléfono que busco en esas páginas es el tuyo.

No fue, pues, mi ingenio, ni siquiera mi alcohol, lo que nos separó, sino el modo de administrarlo: ahora sé que lo usaba para tapan la responsabilidad de quererte, porque quererte, entonces, era también una forma de desasosiego. Han tenido que pasar todos estos años para comprender que se trataba del desasosiego propio de la existencia, de cualquier existencia, y que al no aceptarlo como una parte de lo que la vida me daba, estaba rechazando también su lado bueno. El lado bueno de la vida eras tú, con desasosiego incluido, pero en aquella época yo oscilaba entre el todo y la nada. Prefería no tener nada si advertía en el todo una carencia, como si hubiera todos completos. Cada todo incluye un agujero al que hay que resignarse o, mejor que eso, al que hay que aceptar como algo que lo constituye.

Ese todo o nada en el que te perdí me ha hecho perder más cosas. ¿Sabes ya por qué abandoné la música? Por eso, porque se trataba de una afición que incluía también una porción de malestar, al menos cada vez que consideraba la posibilidad de no ser un genio. Si no podía ser el mejor, prefería no ser nada. Ahora, después de tantos sacrificios para no ser nada, me dan envidia los

músicos medianos que se ganan medianamente la vida en orquestas medianas y son medianamente felices con sus emociones medianas.

He leído en algún sitio que por lo general solemos tener éxito en la segunda cosa para la que estamos más capacitados. ¿Por qué? No sé, quizá porque arriesgarse a triunfar en la dirección exacta de nuestras inclinaciones produce un vértigo insoportable. Yo, después de la música y de ti, para lo que más capacitado estaba era para el alcohol, y creo, sinceramente, que he llegado a ser un buen alcohólico: no me arrepiento de beber ni he destruido con él más vidas que la mía, aunque he de confesar que me gustaría haber roto un pedazo de la tuya.

Si tú tuvieras la vida un poco rasgada, sólo un poco, por esa zona remota de su hechura de cuyo tejido formo parte, creo que aún encontraría un modo de salvarme. No pido tanto: ser ese botón inútil que todo traje acaba perdiendo sin que nadie lo advierta, o esa arruga insignificante que sale más fortalecida cuanto más planchada, o quizá esa hebra mal cosida en el forro de uno cualquiera de tus trajes...

A cambio de eso, te daría la razón, te la estoy dando, de acuerdo, ahora sé que no pretendías que fuera distinto, sino que completara la metamorfosis, que dejara, es decir, la fase de gusano para convertirme en una mariposa. Fortalecías, en fin, mi identidad porque la querías completa (siempre la completud, ya ves, el todo). No supe, no quise, tuve miedo, qué te voy a decir, me gustaba llevarte la contraria. O sea, que no es que fuera malo, no, era un buen tipo, quiero decir un tipo inútil, inestable, inconstante, pero bueno, aunque no para ti, que sólo te interesaban los gusanos por la mariposa o los capullos por la flor o las ostras por la perla... Creo que empiezo a ponerme violento, así que lo dejo, no vaya a ser que te quite la razón que con tanto esfuerzo te he dado. No me contestes si no quieres, pero pon un anuncio en la sección de contactos de cualquier periódico. Los leo todos.

El orgasmo múltiple

Querida Rosa:

Seguro que no recuerdas una tarde de sábado en la que levantaste perezosamente la cabeza de una revista que estabas leyendo para preguntarme: «¿Qué es esto del orgasmo múltiple?». Yo, sin embargo, podría describirte aquel instante, y las horas que le siguieron, con la precisión con la que los muertos, si hablaran, darían cuenta de la última escena a la que se asomaron sus ojos. Recuerdo la música que sonaba en el tocadiscos, la luz de poniente que entraba por el ventanal del salón, la altura exacta de tu melena, el color sombrío de las botellas preparadas sobre el carro de las bebidas, el olor a asado procedente de la cocina... Iban a venir a cenar unos amigos y habíamos colocado todo de acuerdo con esa sintaxis en la que el orden de los objetos intenta reflejar la felicidad de sus dueños. Había flores en el recibidor y en el salón, y el mantel de la mesa, que habíamos traído de Madeira, era una plana blanquísima donde con los cubiertos y las copas habíamos escrito una caligrafía en la que se podía leer que nos queríamos.

Tampoco he olvidado el goteo imperceptible procedente del cuarto de baño (la cisterna no cerraba bien), ni el ruido lejano de un teléfono que nadie descolgaba. Tengo la escena grabada en mi biografía con la precisión con la que dicen que se ven las cosas cuando vas a morirte y la realidad, de súbito, adquiere la relevancia con la que se dibuja en las pesadillas. Y en medio de ese cuadro, de esa escena en la que se representa una tragedia que nadie ve, suena tu voz preguntando con desinterés aparente: «¿Qué es esto del orgasmo múltiple?».

Antes de que pudiera responderte, sonó el timbre a cámara lenta (a partir de ese instante todo sucedió a cámara lenta) y fuiste corriendo a abrir la puerta a nuestros amigos. Cómo te odié aquella noche. Mientras cenábamos, en mi cabeza no dejaba de resonar el eco de tu pregunta. Estaba aterrado con la idea de que la hicieras en público, de manera que cada vez que había una pausa o que dejabas de masticar, intervenía yo atropelladamente con propuestas de conversación disparatadas. Me parecía que todo lo que evocara el territorio del sexo podía disparar de nuevo tu pregunta. En un momento dado vi, sobre el sofá, la revista que habías estado leyendo y me dirigí allí para esconderla disimuladamente debajo de la alfombra, de donde, a la hora del café, la sacaría una de nuestras invitadas cuyo tacón se había torcido sobre su lomo. Recuerdo el gesto divertido de nuestra amiga mostrando a los demás el hallazgo, y tu mirada yendo de la revista a mí. Para encontrar un terror de calibre semejante al de aquel día, tendría que remontarme a las noches de mi infancia, pobladas de preguntas que, como la tuya, todavía no he conseguido responder. El caso es que tus ojos me miraron después de contemplar la revista, y en ese instante supe que no eras inocente. A lo mejor no te habías dado cuenta todavía, o reparaste en ello al

observar mi súplica silenciosa de que te callaras, pero por eso mismo, porque te callaste, supe que los efectos devastadores de tu pregunta habían sido calculados antes de lanzarla sobre mi integridad sexual con la precisión de un misil.

Yo, hasta entonces, había creído que aquellos tres jadeos con los que me obsequiabas antes de dormirme eran un orgasmo múltiple. A mí, al menos, me satisfacían porque creí que los multiplicaba el amor y porque te dormías enseguida, como si te hubieras quedado llena de algo. Pero aquella pregunta venenosa era un alegato contra mi incapacidad sexual. ¿Por qué contra la mía? No lo sé: supongo que porque he sido educado, como tú, en ese patrón según el cual las insuficiencias sexuales de la pareja son, al menos en primera instancia, imputables al hombre. Puedes tranquilizarte: en nuestro caso seguro que lo eran, porque no he conseguido arrancar un solo orgasmo múltiple a ninguna de las mujeres con las que he ido fracasando sucesivamente después de aquel naufragio en el que te perdí. Sinceramente, tampoco creo que sea tan importante, pero tú conseguiste que lo fuera con aquella pregunta de sábado por la tarde que abrió una herida que no cicatriza sino para abrirse de nuevo cada vez que me entrego a una historia de amor. No importa que ellas me quieran, incluso que me quieran mucho y me lo demuestren de mil modos: si comparo sus orgasmos con los de aquella revista que todavía conservo, tan complejos, siento una impotencia insoportable.

A la semana siguiente de esta escena, me preguntaste un día que por qué, de golpe, había dejado de quererte. Te respondo ahora: fue por aquel instante de nuestra juventud en el que, abandonando momentáneamente la lectura de una revista, preguntaste con una neutralidad atroz que qué era aquello del orgasmo múltiple. Te lo digo por si aún te interesa saberlo y, con mis saludos, te adjunto la revista que nos separó porque seguramente no te dio tiempo a leer el horóscopo, donde se anticipaba lo que iba a ser de nosotros a partir del orgasmo múltiple de aquel maldito sábado.

Un dedo impertinente

Querida Elisa:

Fue una sorpresa recibir tu carta después de tantos años sin saber nada de ti, pero lo que más me desconcertó es que me preguntaras que por qué te dejé, o quizá por qué dejé que me dejaras. No sé qué puede importar eso al cabo de los años, pero si sirve para recuperar la vertiente amistosa de nuestra relación, intentaré explicártelo: si recuerdas, ya muy al principio te confesé que yo no tenía capacidad para amar. Empecé a salir contigo por imitación, por hacer lo que veía en los otros; para no sentirme raro, en fin. Aunque tú no lo creyeras, era verdad que hasta entonces no había tenido novia; me aburrían las novias porque, mientras estaba con ellas, descuidaba mis obsesiones, mis estudios enciclopédicos, ya sabes. Además de eso, me daban miedo porque, si tienes una novia, has de salir con ella los domingos por la tarde, y a mí los domingos por la tarde me horrorizan. Los paso en la cama, incluso con fiebre.

Comencé a salir contigo, ya digo, por imitación, pero no te engañé. Recuerdo que te dije que yo tenía una rara incapacidad, la de no enamorarme nunca, para que te retiraras a tiempo si lo creías conveniente. Tú lo tomaste como una fanfarronería, como si se pudiera presumir de eso, cuando yo te estaba hablando de una carencia que para mí ha tenido siempre la calidad de una amputación. Me faltaba la capacidad de amar como a otros les falta un pie, o les sobra un dedo, no dependía de mí.

Hubo contigo, sin embargo, un momento en el que fui feliz, lo que quizá te hizo pensar que me habías curado. Fue cuando descubrí que tenías familia (continúo saliendo con chicas porque me apasionan sus familias: descubrí ese filón gracias a ti). Recuerdo que habíamos estado haciendo el amor en mi apartamento, a las pocas semanas de conocernos, y, como no sabía de qué hablar, te pregunté por tu familia. Me contaste entonces que tu padre tenía en el casco antiguo una ferretería en la que trabajaba tu madre de cajera. Tenías también una hermana mayor, ya casada y con problemas de columna, y un hermano pequeño al que tu padre intentaba atraer sin éxito hacia el negocio familiar. El chico odiaba el mostrador, aunque sentía una pasión incomprensible por los ingenios de las cisternas de los retretes.

A lo largo de las semanas siguientes, fui ampliando toda esta información. Nos encontrábamos en mi apartamento y, después de hacer el amor, lo que para mí constituía un trámite, empezaba a investigar a tu familia. Mientras tú hablabas de unos o de otros, yo navegaba por cada una de aquellas vidas imaginando para ellas finales desdichados o grandiosos, según el tiempo o el humor. Tú eras en realidad una ventana por la que yo me asomaba para ver, sin ser visto, ese microcosmos excesivo que es todo grupo familiar. De este modo, daba también salida a mis afanes

científicos, centrados en esas fechas en el estudio de la conducta. Lo cierto es que a medida que el tiempo transcurría dejabas de ser una ventana para convertirte en un microscopio. Así, a través de ti, me enteré de que tu padre tenía seis dedos en la mano derecha. El que sobraba carecía de articulación y salía del meñique como una ramita retorcida y seca. Al parecer, ese dedo sobrante lo habíais heredado todos los hijos, aunque a cada uno le había salido en un lugar diferente. Tu hermana mayor lo tenía en la axila derecha, lo que le impedía usar desodorante, pues la yema del dedito se irritaba con los productos que contenían alcohol. A tu hermano le había salido en el paladar y le impedía el normal desenvolvimiento de la lengua, por lo que su habla resultaba un poco gangosa y desarticulada. Yo estaba aterrado, esperando que me confesaras dónde lo tenías tú, pero afortunadamente no lo hiciste, y yo tuve el buen criterio de no preguntar. Me producía una suerte de inquietante extrañeza imaginarte poseedora de un dedo secreto.

Lo cierto es que a partir de entonces nuestras citas se convirtieron en una amenaza. Te acariciaba con miedo y te penetraba con terror porque no se me quitaba el dedo de la cabeza, donde aún permanece desde entonces. Además, por aquella época ya le habían extirpado a tu madre un ovario poliquístico; tu hermana mayor se había separado del marido y se había ido a Suiza para tratarse la columna; tu hermano pequeño había logrado patentar un ingenio que limpiaba y desinfectaba el retrete en una sola operación; en cuanto a tu padre, había perdido el dedo sobrante manipulando una sierra eléctrica y se había muerto, como si en el defecto residiera la vida. Quiero decir que a partir de ahí perdisteis interés, porque todo empezaba a repetirse —a tu madre le quitaron el segundo ovario y tu hermana se volvió a casar, etc.—, aunque lo que más influyó en que te dejara, o en permitir que me dejaras, no me acuerdo, fue el miedo a tropezarme un día con el dedo invisible. Ya lo sabes.

A cambio de esta tardía confesión, te pido que me contestes tú a otra pregunta que no he dejado de hacerme durante todos estos años: ¿dónde tenías tú el dedo sobrante? Y, por favor, no vayas a responder que en el interior de mi cabeza.

Conversaciones

Querida Carmen:

Me preguntaste muchas veces de qué hablaba yo con mis amigos, sorprendiéndote de mi resistencia para contártelo. Llevabas razón: me resistía, quizá por temor a ofenderte. Me ha costado un poco de trabajo aceptarlo, pero creo que, en general, los hombres hablamos entre nosotros de las mujeres de un modo ofensivo. Por eso cuando nos reunimos a beber no se mencionan las esposas ni las madres, que quizá sean lo mismo para la mayoría de nosotros. Ahora, que no tengo esposa, ni madre, recuerdo con mayor nitidez aquellas conversaciones y tu raro interés por conocer su contenido. Ahí va: gran parte de la camaradería entre hombres está montada sobre lo que piensan de las mujeres. Y no hablan de ello en casa porque intuyen que es ofensivo, aunque ignoren por qué. Lo diré de otro modo: todo hombre está convencido en lo más profundo de que en su relación con el otro sexo hay algo anómalo que conviene ocultar como se oculta una enfermedad venérea. Por eso, cuando los hombres se reúnen y entran en esa fase del alcohol que abre las puertas de las confidencias, comienzan a hablar de ellas y de las fantasías que provocan en ellos —en nosotros— con la franqueza con la que en una reunión de alcohólicos anónimos se intercambian las experiencias de su vicio. Pero cuando la reunión acaba y se reintegran —nos reintegramos— a la vida social, esa puerta se cierra y el espacio de la sinceridad permanece vacío hasta la siguiente reunión.

Lo curioso es que haya tardado tanto tiempo en verbalizar algo tan sencillo. Conocí a un sujeto muy apreciado por las mujeres, porque poseía esas cualidades que tanto se valoran ahora. Lo diré de prisa: era tierno, sabía escuchar, resultaba galante sin ser empalagoso, lloraba de vez en cuando y, en general, no le importaba mostrar a las mujeres sus debilidades. Sin embargo, cuando estaba entre hombres, y con dos copas de más, se movía en el mismo registro algo grosero que el resto de nosotros, registro del que también quedaban misteriosamente excluidas su mujer y su madre. Cierta día, en un viaje que tuvimos que hacer juntos por razones profesionales, me confesó que fingía. Había aprendido en las encuestas las cualidades que las mujeres contemporáneas más apreciaban en los hombres y se las había colocado a manera de prótesis sobre su personalidad para tener éxito con ellas.

También yo he aprendido a fingir gracias a sus consejos, de manera que me desenvuelvo bien en el mundo femenino: no he tenido más remedio que aprender: en mi trabajo los puestos de mayor responsabilidad están ocupados ahora por mujeres que no soportarían cerca de sí a otra clase de hombre. Sin embargo, me molesta fingir. Hay en mí una aspiración moral, quizá producto de la ingenuidad, que me empuja a resolver ese divorcio entre lo que decimos de las mujeres por

delante y lo que afirmamos de ellas por detrás. ¿Que qué decimos por detrás? Groserías, puedes imaginarte, pero groserías que revelan un estado de necesidad permanente, una dependencia enfermiza que sin embargo no podemos aceptar. Nos defendemos de esa dependencia con un discurso de borrachos que jamás mostraríamos fuera de la tertulia, mucho menos en los tiempos que corren.

Quizá para empezar a resolver ese divorcio, sería bueno que los hombres supiéramos lo que las mujeres decís de nosotros en vuestras reuniones. ¿No sois también algo groseras? En mi trabajo, como digo, hay muchas mujeres. A veces se olvidan de mi presencia y las oigo hablar como si no hubiera ningún hombre delante: confieso que se me ponen los pelos de punta por la crueldad con la que se refieren a las insuficiencias de sus maridos. Creo que ésa es una diferencia notable entre vuestras conversaciones y las nuestras: que vosotras sois capaces de hablar en público de vuestras parejas, mientras que nosotros procuramos acotar para ellas un territorio que quizá no sea sino la representación del instinto posesivo que llevamos a todas partes. O sea, que no sé qué es peor, si lo vuestro o lo nuestro.

En cualquier caso, lo que sí parece cierto es que las relaciones entre hombres y mujeres están montadas sobre un vacío verbal que ya no sé si nos une o nos separa. A ti y a mí nos separó ese vacío que tú intentabas que yo rellenara con palabras que no podía decir. Te las diría ahora si te tuviera cerca, incluso te contaría sin ningún problema de qué hablo con mis amigos: hablo de ti, todo el tiempo me refiero a ti, como si te hubiera perdido el respeto. Quizá te perdí por no perdértelo. Creo que fue la combinación entre tu compasión y mi respeto lo que mandó al carajo nuestra historia.

De esto es de lo que hablo ahora con los amigos en el bar, de esto y de la fantasía de que nos encontramos un día por la calle, y al ver que tú no tienes compasión ni yo respeto, nos encerramos en un hotel y no salimos.

África

Querida África:

Qué injusto fui contigo, qué cruel conmigo, y cuánto tiempo he tardado en darme cuenta de ambas cosas. Te lo diré en dos palabras: me enamoré de tu nombre; oí que te llamabas África y perdí la razón. Había leído en mi adolescencia una novela en la que aparecía una mujer llamada así, a la que atribuí los peligros y la vegetación de ese continente por entonces fantástico, y estuve soñando con ella hasta la juventud. Averigüé que había mujeres que de verdad se llamaban de ese modo —me hablaron de una en Barcelona y de otra en Sevilla—, pero jamás imaginé que alguna se cruzaría en mi camino. De manera que cuando escuché tu nombre por primera vez en el ascensor del ministerio, estuve a punto de marearme. En lugar de eso, perdí la razón, porque al volverme con disimulo para ver cómo eras, me tropecé con una melena excesiva, entre cuyos claros podía adivinarse el acantilado de tus ojos y los peligrosos bordes de tus labios. Dirás con toda razón que no te vi a ti, sino a la imagen ideal que yo llevaba dentro. Qué le vamos a hacer. Creo que todos vemos fuera lo que llevamos dentro. En ese sentido, tenía razón Castaneda —lo leímos juntos, ¿recuerdas?— al afirmar que la realidad no es más que la descripción que hacemos de la realidad.

Esa noche tuve fiebre y al día siguiente también. Y cuando por fin averigüé en qué planta trabajabas y logré hablarte con cualquier excusa mi temperatura aumentó, como si me hubieras contagiado alguna enfermedad fantástica de las que proceden de ese continente inabarcable. Si tú eras África —y lo eras, te llamabas así—, a mí me correspondía como mínimo ser un explorador de altura. África es una de las cinco partes del mundo. Y la más cálida. No podía conquistarla de cualquier manera. De cómo un pobre funcionario se convirtió en un Livingstone dispuesto a encontrar en ti las cataratas Victoria o las fuentes del Nilo podría hablarte durante horas, pero me da un poco de vergüenza. Te digo esto para que comprendas que yo vivía en el interior de una novela, y por si ello sirviera para que disculparas un poco mi decepción ulterior.

El caso es que ataviado de los atributos que imaginaba en un Livingstone, o en un Stanley, inicié un acoso que, para mi sorpresa, comenzó a dar resultados enseguida. Ya sabes que África comenzó a explorarse muy tarde, en el siglo XIX, y que hasta hace nada ha estado sometida a regímenes coloniales, alguno de los cuales, me parece, todavía subsiste. Creo, sinceramente, que también yo cometí el error de los colonizadores; quiero decir, y lo señalo para mi vergüenza, que al principio vi lo que buscaba en lugar de lo que había. Lo malo es que pasada esta primera fase de enamoramiento, cuando advertí que jamás encontraría en ti el Kalahari ni el lago Ngami, ni, en fin, la vegetación o la fauna que alimentaron mis sueños de adolescencia y juventud, me vine

abajo, o se me vino abajo el mundo, mi mundo, aquel con el que había soñado durante las tediosas horas de funcionario bostezador e insatisfecho.

Descubrí, en fin, que no eras África, aunque te llamaras así. Lo malo es que tampoco fuiste Oceanía o Asia. La verdad es que ni siquiera eras un continente, sino más bien una isla, una pequeña isla sin misterios en cuyo interior yo sólo podía ser un náufrago. Tenía que haberlo comprendido mucho antes, sobre todo si pensamos que era un lector empedernido de novelas: en la lógica novelesca, los continentes están destinados a los descubridores y yo nunca he sido un descubridor; yo he sido un náufrago toda mi vida, y un náufrago, por mucho que nade, siempre acaba alcanzando las orillas de una isla.

Lo sorprendente es que tú me quisieras a pesar de no ser más que un náufrago. Pero ese amor, lejos de consolarme, me hacía daño, pues me restituía una y otra vez a la condición inaceptable del que ha perdido su embarcación, su vida, y bracea desesperadamente en busca de un trozo de madera sobre el que mantenerse a flote. Entonces no lo comprendí, pero luego, pasados los años, he alcanzado la conclusión de que si me aceptabas como náufrago era porque tú te aceptabas como isla, y en esa aceptación, ahora lo veo, había más sabiduría que en los cinco continentes reunidos.

Podría, en fin, justificarme también diciéndote que alrededor del nombre de la persona amada hay, por lo general, más malentendidos que en una comedia de enredo. De hecho, yo me llamo como tu padre, y he observado también que los nombres de la mayoría de los enamorados, lejos de ser casuales, estaban ya en su biografía antes de encontrarse con el otro. Pero ésta pretende ser una carta de amor, porque lo que quería decirte, África, querida África, es que del mismo modo que cuando te conocí me contagiaste unas fiebres tropicales, ahora padezco de la enfermedad del sueño; es decir, que sólo quiero dormir, dormir para soñar con África, contigo, África, la única mujer de mi vida que supo aceptarme como lo que era: un náufrago.

CUENTOS DE ADÚLTEROS DESORIENTADOS (2003)

El cepillo de dientes

Querida Beatriz:

Te escribo en plena luna de miel, desde ese hotel que mira al mar en cuya contemplación perdíamos las horas. No nos han dado la misma habitación que solíamos ocupar tú y yo, pero casi: estamos en la de al lado. Naturalmente, mi mujer no sabe nada de esto. Me pregunto si el venir con ella a los mismos sitios a los que iba contigo es un rasgo de insensibilidad o una muestra de amor. Y, si es una muestra de amor, hacia quién. Los hombres somos muy poco fieles con nuestras parejas, pero es ejemplar la fidelidad que guardamos a sus fantasmas. Ya ves, te quejabas de mis infidelidades y ahora que te has librado de mí estoy, a tu pesar y al mío, contigo a todas horas.

Yo habría entendido que me abandonarás por cualquier otra cosa: por roncar, por no hacer la comida, por lavarme los dientes con tu cepillo (continúo haciéndolo porque una de las pocas cosas que me llevé cuando me echaste de casa fue tu cepillo de dientes), pero no por acostarme con otras. Si alguna vez, en nuestros más de diez años de relación, te fui infiel, no fue precisamente en la cama. ¿Por qué ese temor de las mujeres a que su pareja practique el sexo fuera de casa? Bien, llevas razón, tampoco los hombres lo aceptan, en general al menos. Pero no es mi caso. Ignoro si has tenido alguna aventura extramatrimonial siendo yo tu marido, aunque no me habría importado. Tampoco es que me hubiera gustado saberlo, la verdad, no soy esa clase de perverso, pero no me repugna la idea, y no hay contradicción entre que no me importe y que no quiera saberlo. ¿Acaso te he preguntado alguna vez qué hacías en el cuarto de baño, aparte de limpiarte los dientes?

Pues es lo mismo, las cosas que se hacen con el sexo propio son como las que se hacen en el cuarto de baño: uno no quiere conocerlas, pero las acepta como una necesidad de la naturaleza.

Nunca te engañé cuando estuve con otras y, si llegaste a saberlo, no fue tampoco por falta de discreción mía, sino por tu excesivo celo investigador. No dejo de preguntarme qué querías demostrar o demostrarte cada vez que estallaba en casa una *infidelidad*. Ahora que ya no me quieres, puedo decirte que estuve con muchas más de las que tú llegaste a conocer. He practicado el sexo, y continúo haciéndolo, como otros practican la filatelia o el coleccionismo de fascículos: porque necesito saber en qué consiste la práctica de ese deseo que reverdece más cuando más lo agotamos. Soy un curioso, lo sabes, y me gusta averiguar qué hay detrás de las cosas, incluidos los párpados de las chicas y sus bragas.

Lo curioso es que la beneficiaria de mis aventuras todas eras tú. Nunca te he querido más que cuando regresaba a casa después de haberme revolcado en la cama de un hotel con cualquier amante ocasional. ¿Por qué es tan difícil entender algo tan claro? ¿Qué te jugabas tú cuando yo me

jugaba la vida arrancando unas faldas nuevas o explorando los jugos de otros cuerpos? Todo eso no tenía ninguna relación con nosotros, ninguna: era tan ajeno a nuestra historia como cuando me iba a jugar al fútbol o tú te ibas al cine con tus amigas. Por cierto, ¿ibas al cine cada vez que decías que ibas al cine? Me parece imposible: durante una época llevé la cuenta de los estrenos y, según mis cálculos, tuviste que ver tres o cuatro veces las mismas películas. No soy un ingenuo y sé que la vida no se agota en la pareja por muy enamorado que estés como yo lo estaba de ti, de manera que en muchas ocasiones me preguntaba adónde ibas en realidad cuando ibas al cine, pero reprimí mi curiosidad por respetar tu espacio, ese espacio secreto cuya invasión mutua es el origen del desastre de tantos matrimonios.

Se me ocurre ahora que quizá también tú me *engañabas*, pero que no podías hacerlo sin sentirte culpable, de manera que pusiste toda la culpa de mí, como otros colocan su basura en la puerta del vecino: fue un mal negocio, Beatriz; a costa de sentirte limpia destruiste un proyecto amoroso digno de haber durado toda la vida.

Son las siete de la mañana —no he perdido la costumbre de madrugar—. Mi mujer actual, que curiosamente también se llama Beatriz, duerme plácidamente mientras escribo esta carta que no recibirás. Todavía no la he *engañado*, en parte por falta de tiempo (llevamos siete días casados), pero sobre todo porque creo que no la quiero hasta ese punto; ella tampoco a mí, es cierto: nos hemos encontrado en ese tramo de la vida en que uno ya sabe lo que puede obtener del otro y a qué precio. El nuestro será un matrimonio apacible, pero sin pasión. En la habitación de al lado —la nuestra— quizá duerme una pareja como nosotros, que todavía ignora que fracasará por un exceso de amor. Voy a engañarte de verdad por primera vez, por rabia: voy a entrar en el cuarto de baño y me voy a limpiar los dientes con el cepillo de mi esposa. Si, desde donde estés, no te das cuenta, es que tampoco lo nuestro mereció la pena. Besos.

Confusión

Antes de que hubiera terminado de desenvolver el regalo de cumpleaños, sonó dentro del paquete un timbre, así que adiviné que era un móvil. Lo cogí y oí que mi mujer me felicitaba con una carcajada desde el teléfono del dormitorio. Esa noche, ella quiso que habláramos de la vida: los años que llevábamos juntos y todo eso. Pero se empeñó en que lo hiciéramos por teléfono, de manera que se fue al dormitorio y me llamó desde allí al cuarto de estar, donde permanecía yo con el móvil. Cuando acabamos la conversación, fui al dormitorio y la vi sentada en la cama, pensativa. Me dijo que acababa de hablar con su marido por teléfono y que estaba dudando si volver con él. Lo nuestro le producía culpa. Yo soy su único marido, así que interpreté aquello como una provocación sexual e hicimos el amor con la desesperación de dos adúlteros.

Al día siguiente, estaba en la oficina, tomándome el bocadillo de media mañana, cuando sonó el móvil. Era ella, claro. Dijo que prefería confesarme que tenía un amante. Yo le seguí la corriente porque me pareció que aquel juego nos venía bien a los dos, así que le contesté que no se preocupara: habíamos resuelto otras crisis y resolveríamos ésta también. Por la noche, volvimos a hablar por teléfono, como el día anterior, y me contó que dentro de un rato iba a encontrarse con su amante. Aquello me excitó mucho, así que colgué enseguida, fui al dormitorio e hicimos el amor hasta el amanecer.

Toda la semana fue igual. El sábado, por fin, cuando nos encontramos en el dormitorio después de la conversación telefónica habitual, me dijo que me quería pero que tenía que dejarme porque su marido la necesitaba más que yo. Dicho esto, cogió la puerta, se fue, y desde entonces el móvil no ha vuelto a sonar. Estoy confundido.

Pasiones venéreas

Jorge iba de un canal a otro de la televisión con la pesadumbre con la que el hipocondríaco va de un lado a otro de su cuerpo, deteniéndose en los programas que le dolían más, cuando su mujer dejó de leer y abandonó la habitación sin decir nada. El libro quedó abierto boca abajo sobre el brazo del sofá, pero desde su posición, acomodado como estaba en uno de los sillones del tresillo, no había forma de acceder al título. Generalmente no se interesaba por las lecturas de Teresa, que devoraba gruesas novelas en cuyo interior vivían tantos personajes que en encuadernaciones menos sólidas se habrían salido ya por las costuras, pero aquel libro estimuló su curiosidad porque, aun siendo de bolsillo, tenía secuestrada a su esposa desde hacía algunas horas. Se lo había regalado alguien, no dijo quién, por Nochebuena, y Jorge tampoco le habría prestado mayor atención de no ser porque había advertido que Teresa, cuando creía que él no se daba cuenta, levantaba los ojos y permanecía observándole un rato atentamente, como si tratara de contrastar lo que leía con la realidad.

Quitó el sonido del televisor y permaneció atento en dirección al pasillo, preguntándose si ella se habría alejado lo suficiente como para hojear el libro sin resultar indiscreto. Pero en el momento en el que tomaba la decisión de levantarse, sonó la cisterna del cuarto de baño y a continuación se oyeron los pasos de la mujer, que apareció al instante en la sala de estar con expresión ensimismada. Jorge devolvió precipitadamente la voz al aparato y comenzó a errar de nuevo por los suburbios de la programación televisiva. Le parecía mentira que, llevando treinta años casados, todavía se dieran entre ellos estas situaciones extravagantes. En cierto modo, era como vivir al lado de un ser misterioso, cuyas costumbres le despertaban la misma curiosidad que las de los protagonistas de los documentales sobre la naturaleza. Las escenas navideñas generadas por el televisor y el pequeño nacimiento de corcho colocado encima de él no hacían sino acentuar este sentimiento de asombro respecto a su vida cotidiana.

Al poco, Teresa tomó un lápiz de la mesita y subrayó concienzudamente unas líneas, sacando entre los labios la punta de la lengua en una incomprensible demostración de esfuerzo. Él la vigilaba de reojo, ocultándose tras la montura de las gafas como un perseguidor detrás de la esquina de una calle. Entonces vio cómo la mujer volvía a leer lo subrayado y luego lanzaba en dirección a él una mirada valorativa.

—¿Se puede saber qué lees con tanto entusiasmo? —dijo al fin para liberarse de un malestar creciente, aunque el hecho de preguntar le parecía una forma de derrota.

—Nada —respondió ella—, un libro sobre las relaciones interpersonales. Se llama así

precisamente: *Relaciones interpersonales*. No habría podido imaginar que fuéramos tan raros. Mucho más que los escarabajos y las moscas de los documentales esos que te gustan tanto.

—¿Nosotros somos raros?

—La gente en general.

Cuando decidieron retirarse, Teresa llevó el libro al dormitorio y lo dejó sobre la mesilla de noche antes de entrar en el cuarto de baño. Jorge se concedió entonces unos instantes de seguridad y luego bordeó la cama descalzo, conteniendo la respiración, para curiosear el volumen. Enseguida dio con el párrafo subrayado hacía un momento, que decía así: «El verdadero objeto de deseo del adúltero, aunque él lo ignore, no es la amante, sino el marido de ésta. Ella no es más que el puente entre dos homosexuales que desconocen su verdadera condición».

Abandonó el libro sobre la mesilla con gesto de repugnancia, como si hubiera tocado sin querer una víscera, y se metió en la cama precipitadamente. Cuando Teresa volvió del cuarto de baño canturreando entre dientes el villancico que acababan de escuchar por la televisión, se hizo el dormido, pero permaneció despierto, escuchando la respiración de su mujer y el discurrir de la punta del lápiz sobre las páginas, subrayando frases que quizá más tarde le regalaría a él en lugar de una corbata.

Al día siguiente, Jorge se encontró con su amante, como ya venía siendo habitual todos los lunes por la tarde desde hacía un año. Por lo general, se refugiaban en un hotel situado al fondo de un callejón, muy cerca de donde él dirigía la pequeña empresa de componentes electrónicos de cuyo control económico-financiero se encargaba ella. Los encuentros se habían convertido en una forma de rutina que no pesaba a ninguno de los dos. Si con Teresa se sentía en el interior de un documental sobre la naturaleza, con Asun, la amante, tenía la impresión de hallarse dentro de una película, de un telefilme más bien, donde el argumento era siempre previsible y complaciente, al menos con los protagonistas. A veces ni siquiera llegaban a meterse en la cama, sino que permanecían toda la tarde charlando acerca de la vida o de los presupuestos económicos de la empresa, mientras disfrutaban como dos estudiantes de aquellas horas arrebatadas a la disciplina laboral. En estas tardes sin deseo, cuando llegaba el momento de abandonar la habitación, procuraban poner una vehemencia singular en el beso de despedida, para subrayar (todo el mundo subrayaba algo) lo que creían que era el verdadero objeto de la relación clandestina: la pasión venérea.

Aquel lunes, sin embargo, Jorge se empleó sexualmente a fondo, como si pretendiera hacer el amor con efectos retroactivos en consideración a aquellos otros días en los que sólo le había dado a Asun conversación o presupuestos. Luego, cuando ambos permanecían exhaustos boca arriba, con las manos entrelazadas por el afecto, él intentó hacerla partícipe de su preocupación.

—Por lo visto —dijo en tono de broma—, de quien en realidad estoy enamorado es de tu marido. Lo he leído ayer en un libro sobre relaciones interpersonales.

—Pero si tú no eres homosexual —protestó ella.

—Pues ahí está lo raro.

—Ni conoces a Luis.

—Por las cosas que tú me has contado de él nada más. ¿No llevarás una foto?

La mujer hurgó en el bolso, que había abandonado junto a la cama al desnudarse, y sacó del billetero una instantánea donde aparecía su esposo en una reunión familiar, sonriendo al objetivo con una copa de champaña en la mano. Sobresalía, por encima de todo, su timidez, pero también podía advertirse un grado de soberbia en el modo en que levantaba la cabeza, reclamando al fotógrafo una atención especial para su figura. Un mechón de pelo le caía al azar sobre las cejas dándole una apariencia adolescente que produjo en Jorge una ligera turbación.

—Podría ser mi hijo —dijo devolviendo la foto a Asun.

—No es para tanto —respondió ella intentando mitigar su pena.

Jorge era veinte años mayor que Asun (y que su marido, al parecer), y aunque ella siempre tendía a rebajar los inconvenientes de la diferencia, a él le pesaban cada día más. A veces no hablaba de otra cosa.

—Cuando yo tenga setenta años —solía decir—, tú tendrás cincuenta, los míos de ahora. A los cincuenta todavía se es joven, ya verás.

—No pienses en eso.

—Y cuando yo tenga ochenta, tú tendrás sesenta. Estarás a punto de jubilarte.

—No seas pesado.

Esa noche, Jorge soñó con el marido de Asun y se despertó sobresaltado, víctima de una excitación sexual pavorosa que no sabía dónde descargar.

—¿Qué te pasó esta noche? —preguntó su mujer mientras desayunaban.

—Tuve una pesadilla.

—¿Cómo era?

—Te volvías lesbiana de repente y te ibas a vivir con Asun, una chica veinte años más joven que nosotros que lleva la contabilidad de la empresa.

—Pero si yo no he sido ni heterosexual —dijo Teresa irónicamente, aludiendo a alguna vieja acusación de él—, cómo voy a convertirme en lesbiana. Y en Navidades, unas fechas tan señaladas. Por favor.

—¿Qué quieres decir? —respondió Jorge confundido por aquella lógica, sin advertir el tono de burla latente en la respuesta de su mujer.

—Pues que no se puede ser heterodoxo sin haber pasado por la ortodoxia. Tú, que has sido un hombre sexualmente muy convencional, con una esposa asexuada, como yo, y siete u ocho amantes devoradoras o sumisas, según te fueran los negocios, podrías levantarte una mañana y empezar a perseguir chiquillos. Si me apuras un poco, sería hasta lo lógico para redondear un currículum sexual como Dios manda.

Salió de casa aterrado, pero ya en el coche consideró que el libro en el que había leído la teoría de la amante como puente entre los hombres que se atraían sin saberlo se lo habían regalado a Teresa, no a él, de modo que no tenía por qué dejarse influir por sus hipótesis. Quizá ella lo había subrayado de forma tan llamativa para estimular su curiosidad y hacerle daño. Todo era sugestión, pues. Todo era *su gestión*, volvió a repetirse dividiendo esta vez la palabra en dos partes: una gestión de su mujer para vengarse de sus infidelidades. Tal vez incluso lo había comprado ella misma, haciéndolo pasar luego como un obsequio de otra persona, al objeto de que el diagnóstico tuviera más peso al proceder de fuera del ámbito conyugal. En cualquier caso, la sola idea de cambiar de identidad sexual y de hábitos venéreos a aquellas alturas de la vida (y en unas fechas tan señaladas, se dijo a sí mismo con sarcasmo) le ponía los pelos de punta. Lo malo era que, pese a todos estos razonamientos, no podía dejar de pensar en el hombre de la fotografía con el que había soñado por la noche.

El lunes siguiente, Asun quería hablar, pero él insistió en que se metieran en la cama cuanto antes para probar su virilidad, y aunque no le fue mal, se quedó triste, insatisfecho, un punto abatido. Más tarde, cuando ella se levantó para ir al baño y la vio caminar desnuda, tan delgada, sobre la moqueta, le pareció una libélula, así que por un momento tuvo la impresión de haberse salido del telefilme, que era el territorio de la amante, para entrar en el documental sobre la naturaleza, que era el de la esposa. Aquella confusión de géneros, pensó, presagiaba lo peor desde el punto de vista del desorden sexual en el que se sentía instalado a pesar suyo. Entonces se arrastró sobre las sábanas hasta el lado de Asun, tomó sigilosamente su bolso del suelo y sacó del billetero la fotografía de Luis (ya había empezado a referirse a él, íntimamente, por su nombre). Tras observarla con desasosiego durante unos segundos, oyó el ruido de la puerta del baño y calculó que no le daría tiempo a devolverla a su lugar, de modo que la escondió bajo la almohada y compuso un gesto de naturalidad para recibir a la amante, que se empeñó en pasar el resto de la tarde hablando de presupuestos y balances. En su opinión, las previsiones de facturación para el próximo ejercicio estaban mal hechas, pues no se había tenido en consideración la demanda de componentes por parte del sector público.

—El Gobierno está a punto de aprobar una partida para la renovación del material de quirófono en la sanidad estatal —añadió misteriosamente, como si se tratara de una información reservada.

—Ya —respondió él con pesadumbre. Jorge esperó el momento de devolver la foto a su lugar de origen, pero al final tuvo que esconderla en su propio billetero, pues Asun no volvió a separarse del bolso en toda la tarde.

Esa noche, cuando llegó a casa, Teresa le preguntó si le dolía el corazón, pues se llevaba la mano al pecho con frecuencia, y es que inconscientemente, cada poco, controlaba que no había perdido

o no le habían robado la cartera y con ella la fotografía de Luis, que había comenzado a pesarle como un bulto, quizá como un infarto, en el centro del pecho. Todo lo que arrebatava clandestinamente a las mujeres, pensó, acababa transformándose en un tumor: primero aquellas líneas del libro de Teresa sobre las relaciones interpersonales; ahora la foto de aquel hombre. No sabía qué hacer con las líneas. Ni con la foto.

Atravesó la frontera del Año Nuevo arrastrando de un lado a otro la instantánea con una sensación de peligro inexplicable. A veces actuaba como si llevara encima una droga muy perseguida por la ley, y cuando en los restaurantes sacaba la cartera para pagar, percibiendo el latido de Luis en el departamento contiguo al de las tarjetas de crédito, contenía sin darse cuenta la respiración, como un aventurero o un espía en los momentos más delicados de su actividad. Con frecuencia se encerraba en el cuarto de baño de la empresa, o en el de su casa, y contemplaba la foto sin ser capaz de obtener ninguna conclusión, pero asombrado por el modo en que le concernía aquel rostro en el que la timidez y la arrogancia se anudaban a su propia historia venérea y sentimental, no sabía si para completarla o para hacerla estallar.

El lunes siguiente no devolvió la foto a su lugar. Asun tampoco la echó en falta, o al menos no se lo comentó a él. Hicieron el amor con pocas ganas —«Al final de las Navidades», dijo ella, «siempre sufro una pequeña depresión»—, y después Jorge indagó acerca de las costumbres de Luis. Necesitaba saberlo todo sobre él: sus hábitos higiénicos, su sueldo, sus preferencias gastronómicas, sus programas de televisión preferidos. Al principio logró hacer las consultas con delicadeza, pero cuando vio que la tarde se acababa y que le faltaban todavía tantas respuestas para calmar su agitación, preguntó con cierta brusquedad:

—¿Se cepilla los dientes inmediatamente después de cenar o antes de irse a la cama?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Tu marido.

Asun se levantó furiosa, se vistió y salió de la habitación dando un portazo; pero en los siguientes días, Jorge se hizo perdonar a base de flores y de preguntas telefónicas acerca de los presupuestos o de las previsiones gubernamentales para la renovación de los laboratorios públicos.

Finalmente volvieron a encontrarse en el hotel el lunes siguiente, y aunque ella se mostró al principio un poco tirante, él supo ganarse su confianza y recuperar el clima de familiaridad anterior: sabía ya que permanecer junto a Asun era el único modo de estar con Luis, cuya ausencia, ahora que se había introducido en su vida de aquel modo, no era capaz de imaginar.

A Teresa le regaló alguien, no dijo quién, por Reyes otro libro de bolsillo que subrayó a lo largo de las noches siguientes con cierta afectación. Pero Jorge, cuya capacidad para introducir cambios en su vida era muy limitada, no quiso averiguar ni el título.

El paraíso era un autobús

Él trabajó durante toda su vida en una ferretería del centro. A las ocho y media de la mañana llegaba a la parada del autobús y tomaba el primero, que no tardaba más de diez minutos. Ella trabajó también durante toda su vida en una mercería. Solía coger el autobús tres paradas después de la de él y se bajaba una antes. Debían de salir a horas diferentes, pues por las tardes nunca coincidían.

Jamás se hablaron. Si había asientos libres, se sentaban de manera que cada uno pudiera ver al otro. Cuando el autobús iba lleno, se ponían en la parte de atrás, contemplando la calle y sintiendo cada uno de ellos la cercana presencia del otro.

Cogían las vacaciones el mismo mes, agosto, de forma que los primeros días de septiembre se miraban con más intensidad que el resto del año. Él solía regresar más moreno que ella, que tenía la piel muy blanca y seguramente algo delicada. Ninguno de ellos llegó a saber jamás cómo era la vida del otro: si estaba casado, si tenía hijos, si era feliz.

A lo largo de todos aquellos años se fueron lanzando mensajes no verbales sobre los que se podía especular ampliamente. Ella, por ejemplo, cogió la costumbre de llevar en el bolso una novela que a veces leía o fingía leer. A él le pareció eso un síntoma de sensibilidad al que respondió comprándose todos los días el periódico. Lo llevaba abierto por las páginas de internacional, como para sugerir que era un hombre informado y preocupado por los problemas del mundo. Si alguna vez, por la razón que fuera, ella faltaba a esa cita no acordada, él perdía el interés por todo y abandonaba el periódico en un asiento del autobús sin haberlo leído.

Así, durante una temporada en que ella estuvo enferma, él adelgazó varios kilos y descuidó su aseo personal hasta que le llamaron la atención en la ferretería: alguien que trabajaba con el público tenía la obligación de afeitarse a diario.

Cuando al fin regresó, los dos parecían unos resucitados: ella, porque había sido operada a vida o muerte de una perforación intestinal de la que no se había quejado para no faltar a la cita; él, porque había enfermado de amor y melancolía. Pero, a los pocos días de volver a verse, ambos ganaron peso y comenzaron a asearse para el otro con el cuidado de antes.

Por aquellas fechas, él ascendió a encargado de la ferretería y se compró una agenda. Entonces, se sentaba tan cerca como podía de ella, la abría, y con un bolígrafo hacía complicadas anotaciones que sugerían muchos compromisos. Además, comenzó a llevar corbata, lo que obligó a ella, que siempre había ido muy arreglada, a cuidar más los complementos de sus vestidos. En aquella época ya no eran jóvenes, pero ella comenzó a ponerse unos pendientes muy grandes y

algo llamativos que a él le volvían loco de deseo. La pasión, en lugar de disminuir con los años, crecía alimentada por el silencio y la falta de datos que cada uno tenía sobre el otro.

Pasaron otoños, primaveras, inviernos. A veces llovía y el viento aplastaba las gotas de lluvia contra los cristales del autobús, difuminando el paisaje urbano. Entonces, él imaginaba que el autobús era la casa de los dos. Había hecho unas divisiones imaginarias para colocar la cocina, el dormitorio de ellos, el cuarto de baño. E imaginaba una vida feliz: ellos vivían en el autobús, que no paraba de dar vueltas alrededor de la ciudad, y la lluvia o la niebla los protegía de las miradas de los de afuera. No había Navidades, ni veranos, ni Semanas Santas. Todo el tiempo llovía y ellos viajaban solos, eternamente, sin hablarse, sin saber nada de sí mismos. Abrazados.

Así fueron envejeciendo sin dejar de mirarse. Y cuanto más mayores eran, más se amaban; y cuanto más se amaban, más dificultades tenían para acercarse el uno al otro.

Y un día a él le dijeron que tenía que jubilarse y no lo entendió, pero de todas formas le hicieron los papeles y le rogaron que no volviera por la ferretería. Durante algún tiempo, siguió tomando el autobús a la hora de siempre, hasta que llegó al punto de no poder justificar frente a su mujer esas raras salidas.

De todos modos, a los pocos meses también ella se jubiló y el autobús dejó de ser su casa.

Ambos fueron languideciéndose por separado. Él murió a los tres años de jubilarse y ella murió unos meses después. Casualmente fueron enterrados en dos nichos contiguos, donde seguramente cada uno siente la cercanía del otro y sueñan que el paraíso es un autobús sin paradas.

El móvil

El tipo que desayunaba a mi lado, en el bar, olvidó un teléfono móvil debajo de la barra. Corrí tras de él, pero cuando alcancé la calle había desaparecido. Di un par de vueltas con el aparato en la mano por los alrededores y finalmente lo guardé en el bolsillo y me metí en el autobús. A la altura de la calle Cartagena comenzó a sonar. Por mi gusto no habría descolgado, pero la gente me miraba, así que lo saqué con naturalidad y atendí la llamada. Una voz de mujer, al otro lado, preguntó: «¿Dónde estás?». «En el autobús», dije. «¿En el autobús? ¿Y qué haces en el autobús?» «Voy a la oficina.» La mujer se echó a llorar, como si le hubiera dicho algo horrible, y colgó.

Guardé el aparato en el bolsillo de la chaqueta y perdí la mirada en el vacío. A la altura de María de Molina con Velázquez volvió a sonar. Era de nuevo la mujer. Aún lloraba. «Seguirás en el autobús, ¿no?», dijo con voz incrédula. «Sí», respondí. Imaginé que hablaba desde una cama con las sábanas negras, de seda, y que ella vestía un camisón blanco, con encajes. Al enjugarse las lágrimas, se le deslizó el tirante del hombro derecho, y yo me excité mucho sin que nadie se diera cuenta. Una mujer tosió a mi lado. «¿Con quién estás?», preguntó angustiada. «Con nadie», dije. «¿Y esa tos?» «Es de una pasajera del autobús.» Tras unos segundos añadió con voz firme: «Me voy a suicidar; si no me das alguna esperanza me mato ahora mismo». Miré a mi alrededor; todo el mundo estaba pendiente de mí, así que no sabía qué hacer. «Te quiero», dije y colgué.

Dos calles más allá sonó otra vez: «¿Eres tú el imbécil que anda jugando con mi móvil?», preguntó una voz masculina. «Sí», dije tragando saliva. «¿Me lo vas a devolver?» «No», respondí. Al poco, lo dejaron sin línea, pero yo lo llevo siempre en el bolsillo por si ella volviera a telefonar.

El adulterio como vocación

El adúltero se encontraba entre las sábanas, contemplando cómo se desnudaba la mujer. Le excitaba el instante en que ella se llevaba las manos a la espalda para liberar el sujetador: había en ese gesto un exceso retórico para el que el cuerpo no estaba debidamente articulado. La adúltera, por su parte, sentada en el borde de la cama, se mostró de perfil al adúltero antes de inclinarse sobre él buscándole la boca. En el apartamento vecino se oyeron unos pasos, y enseguida comenzó a sonar un disco de gregoriano. El adúltero se preguntó si viviría allí un párroco que ponía la música para no escuchar los gemidos de ellos, tan puntuales por lo general como la misa de doce de los domingos de su infancia.

—El adulterio es un sacerdocio —dijo.

La adúltera respondió con un murmullo sin significado, y continuó buscando las zonas sensibles de su amigo. Él se decidió a poner en marcha la mecánica, ya que la química parecía fuera de servicio, y logró para salir del paso una erección que no satisfizo a ninguno de los dos. La adúltera, disgustada, se refugió en el cuarto de baño, y el adúltero, con la mirada perdida en las irregularidades del techo, se preguntó qué diablos hacía él allí, a las cuatro de la tarde, escuchando junto a una compañera de la oficina un disco cuya música parecía provenir de otra dimensión. No es que se sintiera culpable, sino que era incapaz de comprender por qué hacía las cosas.

Aunque llevaba años practicando el adulterio con una entrega religiosa, no había dado hasta el momento con ninguna respuesta fundamental para su vida. Aquel apartamento, que alquilaba dos o tres veces por semana, le pareció de súbito una especie de burbuja fuera del tiempo y del espacio, fuera de la realidad. Estaba en Madrid, desde luego, pero podía pertenecer también a Barcelona. De hecho, los días que iba a Barcelona alquilaba uno idéntico para acostarse con otra compañera de aquella delegación. A veces jugaba a no saber si se encontraba en un sitio o en otro y al final tenía que buscar el billete del puente aéreo en la chaqueta para asegurarse.

El gregoriano le conectaba con zonas inaccesibles de sí mismo, aunque no sabía de qué manera dialogar con ellas. Al mismo tiempo le ponía un poco triste, como si tuviera la capacidad de descubrir en él alguna carencia existencial.

La adúltera salió del cuarto de baño y se sentó en el borde de la cama, de espaldas a él, con gesto de pesadumbre. El adúltero contempló fascinado cómo se colocaba el sujetador y se excitó brevemente. Ella percibió algo y volvió el rostro.

—Te quiero mucho —dijo el adúltero contemplando con alguna avaricia sus pechos atrapados ya en los encajes del sujetador—, pero eso no me ayuda a comprender el porqué de las cosas.

Hace años estaba convencido de que la observación atenta de las nalgas de mis amantes acabaría por revelarme el secreto de los movimientos de la bóveda celeste y de este modo sería capaz de concebir el universo. Me he acostado con muchas mujeres, no por maldad, sino por ese afán de búsqueda, pero el universo, al cabo de los años, continúa resultando inconcebible para mi inteligencia. Creo que ya no tengo vocación de adúltero. Una vez leí la historia de un sacerdote que dejó de creer en Dios y continuó ejerciendo, como si no fuera necesaria una cosa para la otra. Pero cuando se pierde la fe en el adulterio es imposible continuar practicándolo. Perdóname.

El adúltero se echó a llorar y la adúltera compuso un gesto de desconfianza: quizá había sido abandonada ya alguna vez con una actuación de esta naturaleza.

Se marcharon del apartamento por separado, y él, antes de regresar a la oficina, compró un disco de gregoriano en El Corte Inglés. Esa noche lo puso en el tocadiscos para oírlo mientras hacía el amor con su mujer, y aunque no tuvo ninguna revelación definitiva, le pareció que entre sus pechos se entendía mejor que entre los de la amante la sucesión de las noches y los días, la llegada de la vejez y de la muerte. Cuando se acordó del apartamento, le pareció un lugar lejano: un asteroide flotando en medio del vacío universal. Aquélla no podía ser su patria, pensó cogiéndose a la cintura de ella, en la posición de dormir.

La lengua áspera

El adúltero, después de calcular lo que se gastaba al mes en hoteles, decidió alquilar un apartamento amueblado dos calles más arriba de la vivienda familiar para tenerlo todo cerca. Tras cambiar los clásicos cuadros de payasos que había en las paredes por carteles de turismo e instalar un modesto equipo de música en el salón, una tarde quedó en el apartamento con la adúltera, que no se presentó a la cita. El adúltero la esperó ansioso durante algún tiempo, pero cuando alcanzó la evidencia de que la mujer no acudiría, sintió una paz incomprensible y una curiosidad inédita por sí mismo. Luego, al preguntarse de qué manera llenaría el tiempo que de todos modos había decidido permanecer en el apartamento, acostumbrado como estaba a tener programado cada minuto de su vida, sintió una excitación desconocida frente a aquel reto completamente nuevo para él.

Una vez rechazada la posibilidad de utilizar el teléfono, vagabundó con gesto reflexivo del dormitorio al salón y de éste al cuarto de baño, donde se detuvo frente al espejo sin llegar a conclusión alguna. Enseguida se dio cuenta de que jugar con el espejo para llenar las horas era tan poco original como descolgar el teléfono. Por otra parte, no quería que nada le distrajesse del asunto principal: aquella extrañeza íntima que venía a señalarle que no estaba tan familiarizado consigo mismo como había creído. Alguien abrió un grifo en el cuarto de baño vecino y el adúltero contuvo la respiración ante aquella sorprendente muestra de cotidianidad que sucedía al otro lado. ¿Estaría lavándose las manos él, o ella? Todo lo que el adúltero solía hacer guardaba alguna relación con el dinero o con el sexo, pero de repente se abría en la realidad una grieta: había gente que quizá no se lavaba las manos para nada en concreto, sino para hacer correr el agua junto al tiempo.

Aturdido por una intuición sin forma, se sentó sobre la taza del retrete, y mientras dejaba que los ruidos del baño vecino penetraran en él como una medicina, o quizá como un veneno que le asomaba a algo extraordinario, fue abriendo los cajones de un pequeño mueble que había a su lado. Todos, como era de esperar, estaban vacíos, pero en el último descubrió una bola de papel que una vez desplegada resultó ser un prospecto médico. Lo leyó con la pasión con la que un secuestrado habría leído un periódico del mes anterior, incluso si estuviera en un idioma desconocido, y vio con sorpresa que hablaba de una saliva artificial indicada para personas que tuvieran disminuido, bien por enfermedad, bien a causa de un tratamiento farmacológico, el proceso biológico de la salivación. Según el prospecto, eran diversas las causas que producían la ausencia de saliva en la cavidad bucal, desde los malos hábitos alimentarios hasta el miedo, sin

olvidar el consumo de alcohol o los estados de ansiedad. Aquella saliva artificial tenía la virtud también de quitar el mal aliento y no producía efectos secundarios.

El adúltero sintió que se le secaba la garganta. Nunca había pensado que hubiera gente sin saliva. Había imaginado gente sin dinero, sin brazos, sin manos, gente sin dedos, sin lengua, incluso sin testículos, pero gente sin saliva... En esto oyó un ruido seco en el cuarto de baño contiguo, y luego otro y otro, como si alguien se estuviera dando golpes contra la pared. Se quedó paralizado por el espanto y al poco le pareció oír también, entre golpe y golpe, un llanto contenido, del que era imposible saber si pertenecía a una mujer o a un hombre. En cualquier caso, sí a un ser humano. El adúltero comprendió que había gente también sin esperanza, sin sosiego, y al tiempo de alcanzar esa comprensión notó dentro de sí una especie de aleteo turbador e intuyó que una forma invisible de locura se había establecido en su cabeza para siempre.

Cuando salió a la calle pasó por una farmacia y compró la saliva artificial, pues la suya no había regresado. Luego, en la cama, le contó a su mujer el raro descubrimiento:

—Por lo visto —dijo— hay gente que no produce saliva y tiene que tomarse una artificial.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—Le pasa a una secretaria nueva del despacho —mintió.

—¿Es que la has besado ya?

El adúltero imaginó su propia lengua penetrando en una boca seca y decidió que al día siguiente rescindiría el contrato del apartamento. Luego esperó a que su mujer se quedara dormida y fue al baño para darse una dosis de la saliva artificial.

El que jadea

Descolgué el teléfono y escuché un jadeo venéreo al otro lado de la línea.

—¿Quién es? —pregunté.

—Yo soy el que jadea —respondió una voz neutra, quizá algo cansada.

Colgué, perplejo, y apareció mi mujer en la puerta del salón.

—¿Quién era?

—El que jadea —dije.

—Habérmelo pasado.

—¿Para qué?

—No sé, me da pena. Para que se aliviara un poco.

Continué leyendo el periódico y al poco volvió a sonar el aparato. Dejé que mi mujer se adelantara y sin despegar los ojos de las noticias de internacional, como si estuviera interesado en la alta política, la oí hablar con el psicópata.

—No te importe —decía—, resopla todo lo que quieras, hijo. A mí no me das miedo. Si la gente fuera como tú, el mundo iría mejor. Al fin y al cabo, no matas, no atracas, no desfalcas. Y encima le das a ganar unas pesetas a la Telefónica. Otra cosa es que jadearas a costa del receptor. La semana pasada telefoneó un jadeador desde Nueva York a cobro revertido. Le dije que a cobro revertido le jadeara a su madre, hasta ahí podíamos llegar. Por cierto, que Madrid ya no tiene nada que envidiar a las grandes capitales del mundo en cuestión de jadeadores. Tú mismo eres tan profesional como uno americano. Enhorabuena, hijo.

A continuación escuchó un poco sofocada dos o tres tandas de jadeos, y colgó con naturalidad. Yo intenté reprimirme, pero no pude. Me salió la bestia autoritaria que llevo dentro.

—No me parece muy edificante la conversación que has tenido con ese degenerado, la verdad.

Ella se asomó a la página de mi periódico y al ver las fotos de las amantes de Clinton por orden alfabético respondió que un lector de pornografía barata no era quién para meterse con un pobre jadeador que vivía con su madre paralítica, y cuyo único desahogo sexual era el jadeo telefónico.

Me mordí la lengua para no discutir, porque era sábado y quería empezar bien el fin de semana. Pero el domingo, mientras mi mujer estaba en misa, telefoneó de nuevo el jadeador y le mandé a la mierda.

—Se lo voy a contar a tu mujer —respondió en tono de amenaza—. Le voy a decir cómo tratas tú a la gente educada y te vas a enterar.

—Tampoco es para ponerse así —dije dando marcha atrás, no tenía ganas de líos domésticos

—. Es que me has cogido en un mal momento. Discúlpame.

—Está bien, está bien. ¿Y tu mujer?

—Se ha ido a misa.

—Dile que luego la llamo.

Me quedé un rato pensativo. Desde pequeño, siempre había deseado jadear por teléfono, pero mis padres decían que era una cosa de enfermos mentales. Me he perdido lo mejor de la vida por escrúpulos morales, o por prejuicios culturales, no sé. Pero al ver aquella relación tan sana entre mi mujer y el jadeador pensé que no podía ser malo. Así que marqué un número al azar y me puse a jadear como un loco, intentando recuperar los años perdidos.

—¿Quién es? —preguntó con cierta alarma una mujer cuya voz me resultó familiar.

—Soy el jadeador —dije con naturalidad.

—Espere, que le paso a mi marido.

El marido resultó ser mi padre, nos reconocimos enseguida: inconscientemente, había marcado su número. Me dijo que ya sabían los dos que acabaría así y colgó. Luego llamaron a mi mujer y le contaron todo. Ella dice que quiere abandonarme, por psicópata, y me ha pedido que le firme unos papeles.

—Jadear a tu propia madre. ¿Dónde se ha visto eso?

Nunca acierto, sobre todo cuando imito a los demás para ponerme al día. Total, que ahora ya no puedo dejar de jadear, pero de angustia, aunque mis padres creen que lo hago por vicio.

El remordimiento

Querida Antonia:

Llevo algún tiempo preguntándome dónde se marcha o en qué se convierte el remordimiento cuando nos abandona. No me refiero, claro, al remordimiento de vivir, que es ese malestar difuso que se incorpora a la existencia como una culpa original, sino al desasosiego que queda después de algunos actos u omisiones por los que uno empieza a criticarse aun antes de llevarlos a cabo. El amor está lleno de esta clase de escrúpulos: yo mismo arrastré durante algún tiempo el de haberte abandonado, o el de creer que te abandonaba, porque ahora, observando las cosas desde la distancia, o desde la memoria, empieza a parecerme que fue al revés. Qué película.

Las cosas sucedieron de este modo: yo me había enamorado de otra mujer, y me sentía mal cada vez que llegaba a casa y tenía que fingir que entre nosotros todo continuaba igual. Algunos soportan bien esta mentira, incluso les divierte, pero a mí me hacía daño, no ya por los problemas de orden práctico a los que tenía que enfrentarme cada día para ocultar mi doble militancia amorosa, sino porque me parecía estar reproduciendo el modelo de relación sentimental que más desprecio. Me sentí moralmente obligado, pues, a tomar una decisión, que no podía ser otra que confesar y marcharme, aunque desde luego muchas veces fantaseé también con la posibilidad de llegar a un acuerdo. Si os quería a las dos, y así era, por qué poner en marcha todo el dolor de una separación. Lo sé: porque no se puede tener todo y hay momentos en los que es preciso amputar un órgano para salvar el conjunto. No me di cuenta entonces de que yo era el órgano amputado y tú el conjunto. Imbécil.

Así pues, decidí confesar. Al fin y al cabo, me decía, estas cosas no se eligen; el enamoramiento se nos impone como algo en lo que nuestra capacidad de decisión queda anulada, como si nos enamoráramos para otro. Lo digo porque yo, sinceramente, si hubiera podido elegir, no me habría enamorado, pero puesto que me había sucedido tenía que actuar. Y actué, te lo dije. En realidad, llevaba mucho tiempo diciéndotelo de mil maneras, pero tú parecías no enterarte. ¿Por qué no me preguntaste quién me había regalado aquel mechero que de repente apareció en mi existencia de fumador y con el que me relacionaba como si fuera un talismán? ¿Por qué no te sorprendió que cambiara de marca de colonia? ¿Por qué aceptaste con tanta docilidad que de súbito tuviera las semanas cargadas de comidas de trabajo? Quizá porque lo sabías todo y no estabas dispuesta a darme ninguna facilidad. El caso es que la noche en que te confesé al fin mi situación, lejos de montar una escena, que es lo mínimo que se le puede ofrecer a alguien tan sincero, actuaste con una pasividad terrorífica. Te confieso que me marché a la cama asustado,

pensando que aquella ausencia de manifestaciones por tu parte era la peor de las respuestas que cabía esperar. «Se ha vuelto loca», pensé lleno de remordimientos.

Y al día siguiente, cuando me dijiste que necesitabas estar sola y que te ibas a pasar unos días a la casa que te habían dejado no sé dónde unos amigos comunes, los remordimientos se convirtieron en una obsesión agotadora. «Se va a matar —me decía—, se va a matar y yo tengo la culpa.» Aquellos días que faltaste de casa me consumí hasta extremos indecibles. Una noche, al pasar frente a un espejo, me vi en él y parecía otro. Afortunadamente, cuando yo mismo estaba al borde de la locura, volviste a casa y lo primero que me sorprendió fue tu buen aspecto, que parecía mejor si lo comparaba con mis ojeras y mi delgadez. Estabas seria, claro, pero serena y razonable. Lejos de alegrarme, mi preocupación aumentó, pues —como sabes— en la serenidad y en la razón anida la locura con más frecuencia que en el desvarío. El caso es que dijiste comprender mi situación y me diste libertad para hacer lo que más me conviniera.

No esperé oírte decir dos veces; tenía prisa por mi propia felicidad, y busqué enseguida un apartamento en el que cultivarla. Desde allí, vigilaba a través de terceros tu evolución, esperando que la noticia de tu hundimiento llegara de un momento a otro; sin embargo, me contaban que cada día estabas mejor. Supe también entonces que aquellos días que faltaste de casa te habías visto con el hombre con el que vives ahora y que por lo visto era un amor del que nunca me habías hablado...

En cuanto a mí, incomprensiblemente, me desenamoré enseguida de la mujer que nos había separado y empecé a tener una nostalgia insoportable de nosotros. Te lo dije, me contestaste que era tarde y no insistí por educación. Pero ahora, pasado el tiempo, he comprendido que me enamoré de la otra por educación también. O sea, que quien tenía un amante de verdad eras tú y, no sé cómo, aunque de un modo sutil, me transmitiste la necesidad de que te abandonara y yo busqué la excusa de querer a otra para dejar que fueras feliz sin remordimientos. Parece increíble pero sé que fue así, y por eso aquel remordimiento del que me hice cargo sin pertenecerme se ha transformado a lo largo de este tiempo en un odio ciego, sin salida, del que espero que te llegue algo a través de esta carta. O sea, que te mueras.

El extraño viaje

Llevaba años, lo confieso, con ganas de meterme en uno de esos servicios públicos de aspecto supersónico repartidos por las esquinas de Madrid. Pero me detenía el miedo a quedarme encerrado y la vergüenza de tropezarme con algún conocido en el momento de entrar, o de salir. El otro día, al pasar por la plaza de Colón volví a ver una de esas sugerentes cápsulas espaciales de las que había oído decir que se desinfectaban y desinsectaban solas cada vez que alguien las usaba. Me moría de ganas de verla por dentro y sólo costaba cinco duros, así que me detuve cerca de ella, como si esperara a alguien, y leí con disimulo las instrucciones. Lo que más me llamó la atención fue un aviso en el que indicaba que los niños menores de diez años debían entrar acompañados.

¿Por qué?, me pregunté. ¿Es que corren algún peligro los niños ahí dentro? Me parece bien que se los obligue a ir junto a un adulto en el ascensor, que es una cosa móvil en cuyo interior pueden darse situaciones de emergencia. ¿Pero qué clase de peligros podrían surgir dentro de aquel espacio ovalado y estático? ¿O es que no era estático? ¿Acaso una vez que entrabas allí y perdías todas las referencias exteriores se iniciaba alguna clase de extraño viaje que los niños no podían realizar sin la ayuda de una persona mayor?

Dios mío, me moría de ganas de entrar, pero pasaba mucha gente por la calle y no era difícil que algún conocido me estuviera observando desde lejos. De súbito, se me acercó una niña mendiga para pedirme una limosna.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté.

—Nueve —dijo.

Nueve años, o sea, que tenía que entrar acompañada de un adulto y yo era un adulto. La coartada parecía perfecta.

—¿Y no tienes ganas de hacer pis? —insistí.

—Bueno —contestó con resignación—. ¿Cuánto me va a dar?

—¿Cómo que cuánto te voy a dar?

—Por hacer pis ahí dentro, delante de usted. Un señor me ha dado esta mañana quinientas pesetas.

Me quedé horrorizado. No podía imaginar que alguien pudiera utilizar aquella norma para dar rienda suelta a sus vicios. En esto, oí mi nombre y al levantar la cabeza me encontré con un hermano de mi mujer que me odia porque le sorprendí un día entrando en un prostíbulo:

—¿Qué haces? —preguntó.

—Nada —tartamudeé lleno de rubor—; esta niña, que quiere hacer pis, pero aquí pone que

tiene que entrar acompañada.

—Ya —dijo con un gesto de censura—, y la vas a acompañar tú.

—Pues no sé, estaba dándole vueltas.

—¿Cuánto me va a dar? —insistió la niña.

El hermano de mi mujer torció la boca con expresión de asco y se fue. Saqué veinte duros del bolsillo y se los di a la niña, que, por cierto, era guapísima, para que se marchara.

—Por esto sólo me levanto la falda.

—No, hija, si es para que te vayas. Anda, vete, que estoy esperando a un amigo.

—Si le apetece otro día, yo estoy siempre por aquí a partir de las once.

Cuando desapareció, hui en dirección a Recoletos.

El caso es que, al pasar por delante de una cabina telefónica, vi dentro al hermano de mi mujer y supe que le estaba contando la historia de la niña a su hermana. No he vuelto a casa desde entonces, pero lo peor es que la niña no se me va de la cabeza.

La muela de Holgado

Vicente Holgado coincidió al entrar en un prostíbulo de la calle de Diego de León con un cuñado suyo que salía en ese momento, e hizo como que iba al dentista.

—Me está matando esta muela —dijo—. A ver si me la quitan de una vez. ¿Y a ti qué te pasa?

Su cuñado pareció aceptar el juego y dijo que se acababa de hacer una endodoncia. Vicente notó que la chica de la puerta los miraba de forma rara, pero sin duda estaba acostumbrada a toda clase de perversiones y no intervino.

—Que no te hagan daño —dijo el cuñado bajando precipitadamente las escaleras.

El domingo siguiente los dos matrimonios se encontraron en casa de Vicente para comer una paella. Las dos mujeres eran hermanas gemelas y habían impuesto esta tradición desde que se casaran. Ninguno de los hombres mencionó el asunto del dentista y la comida discurrió por los cauces habituales hasta que la mujer de Vicente comentó que el jueves anterior (el mismo en el que ellos se habían cruzado en el prostíbulo) ella y su hermana habían coincidido casualmente en el ginecólogo.

El asunto habría carecido de importancia de no ser porque las gemelas intercambiaron sonrisas de complicidad y sobrentendidos en torno a la consulta. Vicente empezó a molestarse, y en un aparte preguntó a su cuñado qué significaban aquellas risitas.

—No sé. Será un ginecólogo guapo o algo así.

—Eso no da risa —respondió Vicente—. Debe de tratarse de otra cosa. A lo mejor coincidieron en un prostíbulo y quedaron de acuerdo en decir que había sido en el ginecólogo.

—¿Y a ti qué más te da, hombre?

A otra persona le habría dado lo mismo, pero Vicente era un hombre muy obsesivo y empezó a martirizarse. La idea de que su mujer acudiera a un prostíbulo de hombres le ponía enfermo y no estaba dispuesto a acabar la comida sin aclarar las cosas.

—¿Y ese ginecólogo del que habláis no será un prostituto? —preguntó a los postres, animado por el vino.

Las gemelas se rieron de la ocurrencia y se pusieron a recoger los platos, lo que a Vicente le pareció muy sospechoso.

«Las he pillado», pensó, y fue detrás de ellas hasta la cocina insistiendo en el asunto sin sacar nada en claro.

Tras el café, pusieron sobre la mesa el tapete verde y comenzaron una partida de cartas. Vicente jugaba de pareja con su cuñado, pero no daba pie con bola. Madrid era una ciudad llena de perversiones, lo sabía por experiencia, y no sería raro que su mujer llevara una vida secreta.

Resultaba muy fácil llevar una vida secreta, sobre todo teniendo una hermana gemela; de hecho, él llevaba tres o cuatro vidas secretas, pese a ser hijo único.

—¿Qué te pasa? —preguntó al fin su cuñada—. Te encuentro muy distraído hoy.

—Es que estaba dándole vueltas a la coincidencia de que el mismo día que vosotras os encontrasteis en el ginecólogo, éste y yo también tropezamos en la consulta de un médico.

El cuñado hizo una mueca extraña, aunque, como estaban jugando al mus, podría tratarse de una seña.

—¿De qué médico? —preguntó la cuñada.

—Del dentista. A tu marido le hicieron una endodoncia y a mí me sacaron una muela.

Las hermanas se rieron de la gracia de Vicente y siguieron jugando.

Vicente esperó unos minutos a que sucediera algo, pero sólo se sucedían las cartas sobre el tapete verde y las ideas obsesivas por el interior de su cabeza. Jugaban con unos garbanzos que empezaron a parecerle verrugas. Perdió tres manos seguidas, y a la cuarta, mientras barajaba, dijo:

—En realidad, no era el dentista. Era un prostíbulo. Él salía y yo entraba.

Su cuñado soltó una carcajada que las hermanas acompañaron con grandes aspavientos, como si hubiera dicho algo graciosísimo. Nunca nadie se había reído de sus ocurrencias de ese modo, por lo que Vicente pensó que las mejores ocurrencias eran las que ocurrían y repartió las cartas.

Luego, mientras intentaba concentrarse en la jugada, pasó instintivamente la lengua por el interior de la boca, como haciendo inventario de las piezas dentales, y advirtió con un movimiento de pánico que le faltaba una muela.

Su cuñado miró las cartas y le guiñó un ojo.

Retales de conversación

—Usted tiene que oír aquí de todo, ¿no? —le pregunté al taxista.

—De todo, sí, pero pedazos de todo nada más. Al principio, llevaba una libreta y apuntaba las frases con la idea de que en su día podrían tener algún valor, pero son restos, ya le digo. Lo mismo que encontraría usted en un cubo de basura. Las frases que se pronuncian en el taxi son como mondas de naranjas. No sirven para nada.

—Sé de un tipo que se hizo rico cogiendo papeles de la papelería de un banquero y vendiéndoselos a sus enemigos.

—No es lo mismo; un papel lo desenrollas y a lo mejor encuentras una carta. Pero qué sentido tiene, por ejemplo, una conversación como la que acabo de oír. Resulta que, antes que usted, se me han subido dos tipos en Amanuel, salían de los apartamentos Love, y le pregunta uno a otro que cómo seguía Ricardo. Y el otro dice que mal, muy mal...

Tuve un movimiento de aprensión porque yo me llamo Ricardo, así que le pregunté por el aspecto de esos hombres.

—Uno era alto con bigote. Se me ocurrió que era médico, porque dijo: «Está preocupado con lo del riñón, pero si mejora un poco, que no lo creo, la verdad, tiene que darse cuenta de lo nuestro porque es que es muy descarado ya. Nos vemos a todas horas».

Estuve a punto de decirle al taxista que se callara, quién me manda a mí hablar con los taxistas. El caso es que yo también ando fastidiado con el riñón, he tenido dos cólicos frenéticos, o nefríticos, no sé, y me está tratando precisamente un cuñado mío que es médico y tiene bigote. Además, mide 1,85.

—¿Qué cree que querían decir con lo de lo *nuestro*? —pregunté aparentando indiferencia.

—No sé, yo creo que éste, el del bigote, engañaba al tal Ricardo con su mujer, pero Ricardo no se entera porque está muy preocupado con lo del riñón. Y por lo que les oí decir, tiene razones para preocuparse.

Me puse blanco. Luego, empecé a sudar de miedo y mientras sudaba me acordé de que nunca me habían gustado las confianzas que mi mujer se tomaba con mi cuñado, ni el dolor este del riñón, que me dio al año de casarme. El taxista, afortunadamente, se había callado, de manera que conseguí racionalizar la situación y me di cuenta de que todo eso era un disparate. Qué iba a hacer mi cuñado en los apartamentos Love de la calle Amanuel. Además, ¿por qué tenía que tratarse de mi cuñado? Había comenzado a sonreír por todas estas coincidencias, cuando añadió:

—Para mí que el del bigote está envenenando al tal Ricardo con una sustancia que le ataca al riñón.

La angustia me volvió de golpe.

—Déjelo usted ya, por Dios —rogué—. Por cierto, cómo era el otro.

—Como usted de alto, con gafas. Comentó que el tal Ricardo era un gilipollas, pero que tenía una naturaleza de hierro. También era médico, me parece, porque le aconsejó al otro aumentar la dosis en términos muy técnicos.

Resulta que tengo otro cuñado que es como yo de alto y que lleva gafas. Además, siempre se ha creído que soy un gilipollas porque no aguanta que le gane al tenis, y es que yo, antes de lo del riñón, era un deportista.

—Mondas de naranja, como usted ve, desperdicios de conversaciones que no sirven para nada. Eso es el taxi.

—Claro —añadí yo pidiéndole que diera la vuelta y me llevara corriendo al Ramón y Cajal.

El adúltero

El adúltero se despidió con un beso de su mujer, bajó en el ascensor hasta el portal y, tras subir de nuevo cautelosamente por las escaleras, golpeó con los nudillos la puerta de la vivienda pegada a la suya. Le abrió la adúltera, conteniendo la risa. El adúltero dejó el maletín en el suelo y se aflojó la corbata.

—Es increíble —dijo dejándose caer en el sofá— estar tan lejos y tan cerca de casa al mismo tiempo. Recuérdame dentro de un rato que llame a mi mujer desde Barcelona. Teóricamente tenía que coger el puente aéreo de las 8.30. ¿Y tu marido?

—Se ha ido a Barcelona también. A lo mejor os encontráis en el avión, je, je.

Había en aquella coincidencia algo excitante. El adúltero era un cazador de simetrías y valoraba mucho la relación especular que mantenía el piso de su amante con el suyo. Lo que más le gustaba de aquella aventura extraconyugal era el hecho de que las cosas que en su vivienda quedaban a la derecha estuvieran a la izquierda en ésta. Equivalía casi a pasar unas horas dentro del espejo. Cuando se lavaba la cara en el lavabo del cuarto de baño, se imaginaba a sí mismo al otro lado repitiendo con la mano derecha los mismos gestos que en este piso hacía con la izquierda. Incluso entre su mujer y su amante había descubierto una curiosa relación reflexiva, pues las dos tenían un pezón retráctil, aunque en distinto pecho.

Había desayunado antes de abandonar su casa, pero volvió a hacerlo con la adúltera, pues a los dos les gustaba este rito matinal con el que forjaban la ilusión de haber dormido juntos. Luego ella lio un canuto que se fueron pasando parsimoniosamente mientras metían los cacharros en el lavavajillas. El adúltero compuso una sonrisa.

—No sé quién soy —dijo besando a la adúltera en el cuello—, si yo mismo o tu marido.

—Si fueras mi marido, yo no sería tu mujer, compréndelo. Detesto la endogamia.

—En el caso de ser tu marido, por otra parte, debería llamar a la oficina para tomar una decisión. He oído decir que tu marido toma muchas decisiones.

—A quien tienes que llamar es a tu mujer para decirle que has llegado bien a Barcelona, a ver si podemos meternos en la cama de una vez.

—La telefonaré desde el móvil para que parezca todo más verosímil, je, je.

—Te ríes como yo, je, je.

—Sí, je, je.

Mientras el adúltero hablaba con su esposa desde el móvil, sonó el teléfono de la vivienda. La adúltera tomó el auricular, pronunció un par de monosílabos y volvió a colgar casi al mismo tiempo que su amante.

—Era mi marido —dijo—, que acababa de llegar a Barcelona. Se le entendía muy mal porque me llamaba desde el móvil. Tiene la manía de telefonar nada más salir del avión.

—Igual que yo —dijo el hombre.

Ya en la cama, y para acentuar la relación especular, el adúltero se colocó a la izquierda de la adúltera, pues en su casa solía acostarse a la derecha de su mujer. Nada más comenzar los ejercicios amorios, oyó a su esposa hablar con alguien al otro lado del tabique, en el dormitorio contiguo.

—¿Con quién hablará? —preguntó el hombre, extrañado, a la adúltera.

—Sola, habla sola desde hace mucho tiempo.

Entonces se oyó la voz de un hombre.

—¿Y eso? —preguntó el adúltero.

—Es ella también. Suele hacer las dos voces.

—¿Estás segura?

—Claro, la oigo todos los días.

El adúltero se derrumbó sin ganas de nada. No es que hubiera desaparecido la sensación de encontrarse al otro lado del espejo, que tanto le gustaba, pero se dio cuenta de que lo había atravesado por aquel agujero donde el azogue estaba desprendido, como la pintura de un cuadro viejo. Y eso le quitaba a la historia la magia simétrica. Así que saltó llorando de la cama y se fue a Barcelona.

¿Somos felices?

Dejé a mi mujer en la cama, porque desde que está en el paro hemos perdido la costumbre de desayunar juntos, y salí corriendo a la calle. A los diez minutos de aguardar en la parada no había pasado ningún autobús, así que tomé un taxi y empecé a mordirme las uñas pensando que ese mes ya había fichado tarde un par de veces. En esto oigo que por la emisora del taxi piden un coche para recoger a alguien en la calle Elfo y pienso para mí que qué casualidad: ahí vive un amigo de toda la vida: Federico. Fuimos juntos al colegio; sacó el bachillerato adelante gracias a mí, que le pasaba todos los apuntes. Luego hicimos la mili en el mismo sitio, aunque él estaba enchufado y le dieron el pase de pernocta, así que no llegó a saber lo que era la vida de cuartel. Más tarde coincidimos también en la universidad, aunque yo no pude terminar los estudios, porque a mi padre, que padecía de los nervios, le dieron la inutilidad permanente y con un sueldo de inútil no llegábamos, de manera que tuve que ponerme a trabajar enseguida. El primer empleo, precisamente, me lo facilitó el padre de Federico, que tenía un almacén de maderas en Hermanos de Pablo. Nosotros vivíamos en la Concepción. Mi madre decía que Federico y su padre se aprovechaban de mí, pero yo siempre he valorado mucho la amistad y no le hacía caso.

Mientras pienso estas cosas, va la señorita de la emisora y dice que el número de Elfo en el que hay que recoger al pasajero es el 56, y yo voy y me río por dentro. También es casualidad: justo el portal de Federico. Hace tiempo que no le veo, pero da igual, somos como hermanos. O sea, que si mañana necesito algo de él, no tengo más que llamarle. En esto se nota la amistad, en que llamas a un amigo al que a lo mejor hace dos años que no ves y sabes que lo tienes ahí, para lo que haga falta. Yo, siempre que Federico me ha llamado, lo he dejado todo para echarle una mano. Le he echado más manos que él a mí, pero no me gusta tener estos pensamientos porque me parecen mezquinos, así que los rechacé y continué escuchando a la señorita de la emisora.

Parece de cuento, pero después de dar la dirección completa va y dice que el señor al que hay que recoger se llama Federico Vara, así que doy un salto en el asiento y grito:

—¡Mi amigo de toda la vida! Hicimos la mili juntos.

El taxista era un poco antipático y no dijo nada. Yo estaba emocionado. Esa misma tarde llamaría a Federico. «¿Adónde ibas tú esta mañana en un taxi?» Estaba gozando por anticipado de la conversación, cuando va la de la emisora y dice que hay que llevar al señor ese de la calle Elfo al número 77 de la calle María Moliner, que es donde vivo yo. Otra casualidad: mi calle y mi número. Empecé a reírme yo solo y como noté que el taxista se revolvía en el asiento, le digo:

—Es que en el 77 de María Moliner vivo yo.

—¿Y está usted casado?

—Sí.

—¿Y el tal Federico es amigo suyo?

—Como hermanos.

—Ya —añadió y regresó al silencio.

En ese instante me di cuenta de lo que estaba pasando y me eché a llorar. El taxista, que no era tan malo, me llevó a un bar y me obligó a tomar una copa de anís. Yo jamás había desayunado anís, pero recuerdo que me gustó, por eso estoy tan seguro de que fue ese día cuando comencé a alcoholizarme. Ella, que sigue en el paro, continúa viéndose con Federico a primera hora, cuando yo salgo de casa para encontrarme con la primera botella del día. Los dos (¿o debería decir los tres?) tenemos, pues, una razón para despertarnos. Pero ¿somos felices?

El bígamo

En mi barrio había un bígamo. Lo supe por un compañero que un día, al salir del colegio, señalando a un individuo, consumido, con barba de dos días, dijo:

—Ese hombre es bígamo.

Supuse que la bigamia sería una variante de la tisis, pero cuando le pregunté a mi madre respondió con sequedad: «Un bígamo es un sinvergüenza».

Intuí, pues, que se trataba de algo relacionado con el sexo e hice mis averiguaciones hasta concluir que se trataba de alguien que estaba casado dos veces de forma simultánea. Empecé a observarle al salir del colegio, incluso lo seguí en un par de ocasiones para ver si lo sorprendía con sus dos familias a la vez, pero el hombre no hizo nada que delatara aquella condición que tanto prestigio le había dado ante mis ojos.

—Tiene que disimular. ¿No ves que vive muy cerca de la comisaría? —me aclaró el compañero por el que había accedido a este secreto fabuloso.

Comprendí que la bigamia estaba perseguida y quedé fascinado por la naturalidad con la que aquel hombre se hacía cargo de dos vidas ilícitas sin que la una interfiriera en la otra. Una de las ventajas de vivir en un sitio tan grande como Madrid, pensé, era esta posibilidad de llevar varias existencias paralelas, en diferentes barrios, siendo en una de ellas carpintero, y en otra, dependiente de comercio, por citar dos cosas a las que uno podía aspirar entonces si era muy ambicioso. Para alguien que no se había aventurado nunca más allá de los límites del barrio, la bigamia constituía, pues, un horizonte cultural liberador. El adúltero, desde aquella perspectiva, no era más que un bígamo venido a menos. Un inútil.

Lo malo es que un domingo por la tarde iba yo dando patadas a las piedras por la calle de Luis Cabrera, cuando me crucé con el bígamo, su señora y su hija, una niña de nueve años tan consumida como su padre, que presentaba un párpado partido. El bígamo llevaba una chaqueta de pana y una corbata desastrosa, con la que debería haberse ahorcado, mientras que su mujer vestía un chaquetón de piel de conejo lleno de calvas irregularmente repartidas a lo largo y ancho de la prenda. Estaban tan rotos como las aceras del barrio y las farolas de mi calle. La sola idea de que el pobre hombre llevara una vida semejante en otro barrio idéntico, con una hija igual de consumida y una mujer así, me llenó de piedad. Si hay algo peor que un domingo por la tarde, son dos domingos por la tarde. No quería ni pensar en la gente que estuviera casada tres veces o cuatro en lugar de dos. Cuatro domingos, cuatro, paseando con una señora con abrigo de piel de conejo y una hija con rostro de funeral. ¡Qué espanto! De repente, todo el prestigio de la bigamia se me vino abajo con la consiguiente pérdida de sentido existencial, pues durante mucho tiempo

había aliviado mi desesperación con el consuelo de que de mayor me casaría dos veces de forma simultánea arrojando todos los peligros legales que aquella condición comportaba. Se lo dije a mi amigo.

—La bigamia es horrible. ¿Te imaginas esta vida nuestra multiplicada por dos?

Me respondió que los bigamos tenían una vida buena y otra mala. Según eso, nuestro hombre sería completamente feliz en su segundo matrimonio, dado que su esposa y su hija serían bellísimas y no tendrían caries en los dientes.

—¿Y qué hacen los domingos?

—Por la mañana toman el vermut y por la tarde van al cine.

Durante muchos domingos, me aventuré por los barrios cercanos al mío en busca de versiones felices de nuestro bigamo, o de otro bigamo cualquiera, pero no di con ellas. Tampoco la bigamia, pues, era una salida, ni siquiera una salida sexual, para aquellas vidas sin horizonte. Al poco, murió el bigamo y circuló el rumor de que se había presentado en el entierro una mujer bellísima, tocada con un sombrero negro de ala ancha, de la que muchos dijeron que era su viuda alternativa. Pero yo no me lo creí, y la vida, luego, me ha dado la razón.

El sofá cama

El adúltero entró con la adúltera en el apartamento y vio un sofá cama abierto en la mitad del salón.

—Bueno, ¿qué te parece el sitio? —preguntó la adúltera con expresión radiante—. Es nuestro hasta las diez de la noche. Podemos usar el mueble bar y comer de la fruta que hay en la nevera. Ahora mismo, si quieres, preparo una ensalada.

—Pero ¿dónde está el dormitorio? —preguntó con desasosiego el adúltero.

—¿Qué dormitorio? Éste es el dormitorio. ¿No ves la cama?

—Entonces no es un apartamento, es un estudio.

—¿Y qué más da?

—Que me habías dicho que era un apartamento.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No es por el sitio, sino por el sofá cama.

El adúltero, después de que ella insistiera, confesó que tenía miedo a esos muebles porque su primera mujer había sido devorada por uno de ellos.

—Estaba durmiendo la siesta cuando se cerró de golpe, como una boca. Luego se volvió a abrir, pero ella había desaparecido. Más tarde leí en un *National Geographic* que los sofás cama necesitan cada cierto tiempo tragarse un cuerpo. O dos, si son de matrimonio. Comprenderás que no me voy a meter ahí contigo.

La adúltera observó a su amante con una expresión entre divertida y perpleja.

—Pues digo yo —apuntó al fin— que podrías regalarle un sofá cama a tu segunda mujer, a ver si se la traga también. Ya que no eres capaz de divorciarte, podrías al menos hacerla desaparecer.

—Ya sabía que no te lo ibas a creer, por eso no quería contártelo. Vivíamos en Cuatro Caminos.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Pues que esto es Bravo Murillo, ¿no? Vamos, que sucedió ahí al lado. No pensarás que con un recuerdo así voy a lograr concentrarme.

La adúltera se dirigió a la pequeña cocina americana, situada en un extremo del salón, abrió la nevera, tomó una naranja y se puso a pelarla con expresión sombría. El adúltero comprendió que la mujer se estaba cargando de algo malo, pero no sabía cómo evitarlo. Para no permanecer quieto, se dirigió a la ventana, corrió un poco el visillo, y observó el tráfico con arrepentimiento. Había dejado el coche en un parking muy cutre, situado dos calles más abajo, y deseó estar dentro de él, solo, de camino a casa.

—Bueno, ¿qué? —preguntó la adúltera metiéndose un gajo en la boca, con la tormenta a punto de estallar en su cabeza. Podían verse ya pequeños rayos saltando de un mechón a otro de su pelo.

—Si quieres, nos acostamos en el suelo —concedió el adúltero.

—Acabáramos —dijo la adúltera—, tú lo que quieres es hacer guarrerías. Pues las guarrerías las haces con tu mujer, o con tu madre.

—Sabes perfectamente que a mí me gustan las cosas normales —se defendió él.

—Entonces lo que buscas es un motivo para romper y creo que lo has conseguido.

Dicho esto, la adúltera le arrojó a la cara la mitad de la naranja sin comer, tomó el bolso y salió airada del apartamento. El adúltero se limpió la frente con la mano y permaneció indeciso durante unos instantes. Quería dar tiempo a que se alejara, pero no tanto como para que se arrepintiera y volviera a subir. Se sentó en la única silla de la estancia, y mientras tomaba una decisión contempló asustado los objetos del estudio, que parecían esperar un descuido para lanzarse sobre él. «Esto no puede seguir así», se dijo. Entonces, tras desnudarse lentamente, se introdujo en el sofá cama, cerró los ojos, y aguardó con miedo y ansiedad a la vez el momento de ser devorado por el mueble. Luego mientras desaparecía por un conducto gástrico hecho de sábanas, oyó abrirse la puerta del apartamento, y pudo oír el grito espantado de la adúltera, llamándole desde algún sitio que había sido de los dos, pero no fue capaz de regresar.

La mosca

El adúltero estaba esa mañana en una reunión de trabajo, con su presidente y siete directores generales, cuando de súbito se sintió fuera de la lógica empresarial. Así se lo contó por la tarde a la adúltera, intentando reconstruir para sí mismo tan curioso instante. Recordó el rayo de luz que entraba por el ventanal de la sala de juntas y la mosca que parecía haber salido de la oreja del director comercial para ir a posarse en su bolígrafo de oro. Casi podía distinguir la cara del insecto. En todo caso, vio cómo se frotaba las patas delanteras y torcía la cabeza en un gesto de extrañeza hacia el adúltero, que la observaba fascinado, como si esperara recibir un mensaje del animal. El presidente dijo que dirigir consistía también en tener el coraje de rectificar a tiempo, y en ese instante fue cuando el adúltero comprendió que la mosca, aun estando en la misma habitación que él, se encontraba en la otra orilla de la realidad. Al mismo tiempo, se sintió fuera de la lógica que había dado sentido a su existencia.

Y no se trataba sólo de una sensación intelectual, pues había estado acompañada de respuestas orgánicas. El dolor de espalda, por ejemplo, le desapareció durante los segundos que duró la experiencia. Más que el dolor de espalda, le había desaparecido la espalda. Y la boca se le llenó de un sabor extraño, un poco ácido, que incomprensiblemente atribuyó a los movimientos mandibulares de la mosca. Se estaba estableciendo una comunicación entre el organismo del animal y el suyo. Quizá por eso sintió que sus piernas, dentro de los pantalones, dejaban de pesar, convirtiéndose en dos hilillos de los que los zapatos eran como dos pesas colgadas en el extremo de un cordón. Entonces, el director de producto, que estaba a su lado, le dio un golpe con el codo y la mosca voló, devolviendo al adúltero a su condición de director de personal con problemas de espalda. Pero ya no fue capaz de olvidar la plenitud de aquellos segundos durante los que había sentido que nada del mundo real, o de lo que hasta entonces había llamado el mundo real, le concernía.

Al principio, por miedo a parecer raro, decidió no contarle a nadie la experiencia, pero esa tarde, en la cama del hotel Príncipe de Vergara, cuando la adúltera insistió en que le explicara que por qué estaba tan ensimismado, creyó por un momento que ella podría comprenderle.

—Esta mañana, en una reunión, me he sentido fuera de todo esto —dijo él sin darse cuenta de que ofendía a la mujer.

—¿También yo me quedé fuera? —preguntó ella.

—Todo, perdona, todo se quedó al otro lado. Fueron unos segundos nada más. Estaba contemplando una mosca que se había posado sobre mi bolígrafo y de repente comencé a

alejarme, a alejarme... Me desapareció la espalda y noté en la boca el sabor que tenía la mosca en la suya. Eso es lo que me pareció, en fin...

—Eso es un problema de riego —dijo la adúltera—. Izquierdo, el de contabilidad, empezó con sensaciones de ese tipo y ha tenido una trombosis.

El adúltero observó a la adúltera con extrañeza y al comprender la cantidad de rencor que había en sus palabras estuvo a punto de salir corriendo también de aquella lógica amatoria, pero algo, en la frontera misma de la huida, lo detuvo.

—¿Un problema de riego? —dijo al fin.

—Bueno, a estas cosas antes se les daban interpretaciones metafísicas, pero no tienen nada que ver con el espíritu. Una zona del cerebro se queda unas décimas de segundo sin el caudal habitual de oxígeno y uno de repente cree que está recibiendo un mensaje del más allá. No hay nada más allá de la sangre.

El adúltero se vistió con tristeza y fue llorando en el coche hasta su casa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su esposa esa noche en la cama—. Te noto rarísimo.

—No sé —dijo él—, se me ha quitado el dolor de espalda, pero tengo un nudo aquí, en el pecho.

—Mañana mismo vas al cardiólogo. Así empezó el hijo de Julia, la mujer del portero, y a los dos días tuvo un infarto.

—¿No crees que podría ser algo espiritual o psicológico?

—Qué tonterías dices.

El adúltero se dio la vuelta, cerró los ojos y pensó en la mosca que esa mañana se había posado en su bolígrafo. En la calle, como todos los días a esa hora, se oyó el camión de la basura. «Mañana mismo —se dijo— voy al médico.»

Adulterio

Querida Julia:

Es verdad, soy un adúltero, qué le vamos a hacer, pero lo soy a la manera en que otros son cojos o miopes, es decir, como algo que escapa de mi control. Lo siento. Quizá no lo creas, pero si hubiera una medicina o un tratamiento que curara esa cosa, me sometería a él con gusto. El adulterio, aunque da muchas satisfacciones, a la larga resulta agotador porque te obliga a vivir en un estado de vigilancia permanente.

De todos modos, lo que más me sorprende cuando repaso nuestra historia es que me abandonaras por lo mismo que me habías tomado: por adúltero. Te recuerdo que antes de ser tu marido fui tu amante. ¿Has olvidado aquellas tardes infinitas que pasábamos en la cama de un hotel mientras mi mujer realizaba autopsias en el hospital? Te hacía mucha gracia que estuviera casado con una médico forense y te excitaba hasta el delirio que te contara los pormenores de una autopsia. Yo también disfrutaba haciéndolo, la verdad. El caso es que entonces sabías ya que era un adúltero: no estaba contigo, como otros, porque no soportara a mi mujer; al contrario, siempre te dije que estaba muy enamorado de ella y de sus conocimientos anatómicos. Lo nuestro era otra cosa, otra cosa que se llamaba adulterio y a lo que creo que tengo tanto derecho como el cojo a su cojera o el hipocondríaco a su cáncer imaginario. ¿Por qué, pues, ese escándalo cuando —una vez casado contigo— descubriste que me relacionaba clandestinamente con otra mujer?

Es verdad que esa otra mujer era mi ex, la forense, que me había abandonado a su vez cuando descubrió lo nuestro, y que luego volvió, aunque en calidad de amante. Una amante estupenda, por cierto: en los últimos tiempos del matrimonio, no sé por qué, había dejado de contarme las autopsias, pero ahora, mientras tú visitabas las cárceles para atender a tus clientes, me hacía unas anatomías patológicas enloquecedoras. Recuerdo que andaba todo el día con una excitación sexual insoportable y era por esto, porque me explicaba las partes del cuerpo de un modo tan provocador que me volvía loco. Tú también me excitabas con las historias de tus presos, entiéndeme, pero en aquella época la descripción de un paquete intestinal o de una masa encefálica me parecía más sugerente que la de una operación de blanqueo de dinero o un atraco. Ya sabes que el sexo es muy caprichoso.

De otro lado, no quiero dejar de recordarte que si descubriste la historia entre mi ex y yo, no fue por ninguna imprudencia mía —soy un adúltero discreto—, sino porque me pusiste un detective. Tú sabrás el porqué de ese interés en saber algo que no te concernía. Yo también lo sé, me parece; permíteme que te lo explique: después de haber logrado lo que te propusiste mientras

fuimos amantes, o sea, convertirme en tu marido, empezaste a valorar las ventajas de la situación anterior. Eso parece una característica fatal del ser humano: siempre queremos lo que acabamos de dejar, es decir, que si estamos en el campo echamos de menos la ciudad y, si estamos en la ciudad, añoramos el campo. Pues bien, ahora que al fin nos habíamos convertido en un matrimonio, lo que te apetecía de verdad es que fuéramos amantes. Como eso resultaba imposible, te dedicaste a odiarme, pero el odio es muy mal estrategia, de manera que enseguida se te ocurrió lo del detective y después de lo del detective, el abandono.

Yo no sé qué es esto del adulterio, la verdad, pero sólo en el gusto por el bricolaje he encontrado una pasión comparable. Cuando me pregunto por qué necesito alimentar esa fiebre clandestina no logro responderme y sin embargo una parte de mí sabe que tal pasión me proporciona una sabiduría especial, aunque ignoro de qué orden. Si lo tuviera que expresar en pocas palabras, diría que el adulterio me pone en contacto con las verdades fundamentales de la existencia: con el origen, desde luego, aunque también con la muerte. Es así, aunque no sepa explicarlo mejor. Ya sé que para vosotras no es lo mismo: para vosotras la relación adúltera no se comprende como un fin en sí misma, sino como paso previo a un comercio estable: por eso acabé casándome contigo y por eso también vivo en la actualidad con mi primera mujer, que fue mi amante mientras tú y yo estábamos casados. Tengo poco carácter y siempre que desde el matrimonio me han empujado al divorcio, o desde el adulterio, al matrimonio, me he dejado llevar por no parecer descortés. Pero para mí siguen siendo dos instituciones distintas, aunque complementarias.

Te digo todo esto porque estoy pensando en casarme de nuevo con mi actual compañera, la forense, pues nos queremos mucho y nos apetece formalizar la situación. O sea, que tengo en perspectiva un matrimonio estable, sólido y, por tanto, una situación excepcional para dedicarme al cultivo de la pasión adúltera. Lo que quería proponerte es que la compartieras conmigo aceptando al fin que se trata de una relación sin horizonte, como la vida misma, pero, también como la vida, imprevisible y portentosa. Si estás de acuerdo, escíbeme al apartado de correos que te indico al dorso y negociamos.

El hombre que corría

Al volver a casa por la noche, aparcaba cerca del portal, y permanecía dentro del automóvil hasta que aparecía una chica con pantalón corto, camiseta y una cinta en la frente, corriendo calle abajo. Lo último que veía de ella a través del espejo retrovisor eran sus zapatillas deportivas, adornadas con unas tiras reflectantes. Llegó a creer que se trataba de una aparición. Su sueño era ser de la misma materia que la chica, pertenecer a su universo, venir de donde ella venía, ir al mismo lugar. Alguna vez se había atrevido a seguirla con el coche, de manera discreta, tomando nota de la pequeña nube de vapor alrededor de su boca, pero sobre todo del ritmo de sus piernas, siempre el mismo, como si no se cansara o lograra mantenerse de manera continua en un nivel de cansancio tolerable. Una vez alcanzado ese estadio, pensaba él, quizá se podía correr eternamente. De hecho, ella no fallaba nunca, aunque hiciera frío, aunque lloviera, como si la carrera fuera su forma de reposo. Salía del aire y se diluía en él. No era capaz de imaginarla en una casa normal, llevando una vida como la suya, o la de sus vecinos. Había en la mujer algo sobrenatural que se expresaba en la monotonía con que avanzaba una pierna detrás de otra sin dirigirse a ningún sitio.

Cuando la muchacha desaparecía, él subía a casa e intercambiaba con su mujer algunos lugares comunes acerca de la jornada. A veces, ayudaba también a los chicos a hacer los deberes. Pero sólo pensaba en correr. Lo que más le gustaba, pues, era sentarse en el sofá, cerrar los ojos e imaginarse corriendo calle abajo, siguiendo las huellas de la chica. Los primeros diez minutos resultaban agotadores, pero después se instalaba imaginariamente en esa rutina muscular y podía estar horas atravesando calles, avenidas, descampados. Quizá el sueño de todos los que corrían era alcanzar la fase en la que ya no podían parar de correr del mismo modo que algunas personas, cuando abren la boca, ya no pueden parar de hablar.

Algunos días, después de la cena, él todavía continuaba corriendo imaginariamente. Entonces, mientras su familia veía la televisión, salía a la terraza, encendía un cigarro y mientras expulsaba el humo seguía corriendo en el interior de su cabeza. En los momentos de mayor delirio, no era raro que viera delante de sí las pantorrillas de la chica, sus calcetines blancos, sus zapatillas con las cintas reflectantes...

—Quiero correr —le dijo a su mujer un día.

—¿Cómo que quieres correr? ¿Correr con un chándal y una cinta en la cabeza?

—En chándal o con pantalones cortos —respondió él.

Durante la cena, la mujer se volvió a los hijos, diciéndoles:

—Vuestro padre quiere correr con un pantalón corto y una cinta en la cabeza.

Los chicos se rieron lo suyo antes de que la sintonía de la telecomedia los arrebatara de la

silla.

Esa noche el hombre no fumó. Y al día siguiente tampoco. Al tercer día, el síndrome de abstinencia había alcanzado un grado de agobio excitante. Era consciente de que no fumaba cada minuto de su vida, pero podía soportarlo. Pensó que correr sería parecido. Sólo era necesario entrenar lo suficiente como para instalarse en ese grado de sufrimiento placentero. A los pocos días se compró un pantalón corto y salió a correr seguido de las miradas irónicas de su familia. Sólo llegó a la esquina. Después continuó andando. Pero no se rindió: cada día corría un poco más. Ya se había olvidado del tabaco y sólo cenaba ensaladas, para rebajar peso.

Pasado el tiempo, una noche se puso el pantalón corto y salió a correr a la misma hora a la que pasaba la muchacha. Se colocó detrás de ella, a la distancia precisa para no resultar impertinente, y copió su ritmo. Era un ritmo suave, contenido, pero homogéneo. Enseguida, casi sin darse cuenta, se instaló en el cansancio tolerable. Las piernas se movían solas, la nube de vapor, alrededor de sus labios, dibujaba letras. Entonces cerró los ojos para disfrutar más de la situación y escuchó el frenazo de un coche a su lado, pero él continuó corriendo, continuó corriendo con sus pantalones cortos, con su cinta, y supo que se había convertido en la misma materia de la que estaba hecha la chica cuando advirtió, sin necesidad de levantar los párpados, que estaba atravesando los tabiques de las casas, los autobuses, las tapias, las paredes. Luego, al pensar en la posibilidad de dar la vuelta para regresar a casa, sintió pánico de su vida anterior y entonces supo que correría eternamente.

El secador y la liga

El adúltero compró para su mujer un secador de pelo y para su amante, una liga roja, pero debido a una confusión inexplicable puso en el árbol de Navidad de cada una el regalo de la otra. La esposa, que hacía *footing* y jugaba al tenis, creyó que la liga era una de esas cintas que usan los deportistas para recoger el sudor de la frente, y la estrenó ese mismo día por la tarde, cuando salió a correr. La amante, en cambio, acostumbrada a que le llevara instrumentos de uso venéreo adquiridos en los *sex shops* y en las ferreterías, tomó el secador por un nuevo artilugio para sus juegos amatorios, así que le ordenó desnudarse y, tras conectar el aparato a la corriente, dirigió el chorro de aire a las partes sensibles del adúltero, que gimió como si se excitara, aunque sus alaridos no fueran acompañados de las manifestaciones mecánicas habituales en la zona inguinal. Desanimada, cambió el aire caliente por el frío, y aunque él se retorció intentando componer un gesto de lascivia, ella advirtió que la cosa no funcionaba.

—No finjas —dijo—. Me revienta que trates de engañarme.

—No, si me gusta mucho, te lo juro. ¿Quieres que te lo haga yo a ti?

—Ni se te ocurra.

La tarde acabó mal, y el adúltero se vistió con tristeza y fue Serrano abajo observando con nostalgia los adornos navideños de las calles y los excesos luminosos de los escaparates. Recordaba el escándalo que le producía en sus primeros tiempos de casado el comportamiento sexual de algunos compañeros de trabajo. Él había caído en los mismos vicios que criticaba, pero ya empezaba a cansarse de aquella doble vida que en los últimos tiempos había dado lugar a otras confusiones, como el día en que llamó por el nombre de su amante a su mujer. Estaban en la cocina, preparando la cena para acostarse pronto, pues ella quería participar al día siguiente en una maratón, cuando el adúltero le dijo:

—Mira, Luz, esta patata tiene bichos.

—Pero ¿por qué me llamas Luz?

—Porque eres la luz de mi vida, ¿no?

Ella sabía perfectamente que no era la luz de su vida, ni de su muerte, que no era ninguna luz, en fin, pero prefirió callarse para no perturbar la paz conyugal. También a su amante la llamaba a veces con el nombre de su mujer.

—Oye, tú, que no soy una esposa —le decía ella—: llevo luchando toda mi vida por no ser una esposa, ni siquiera la tuya.

Luego, cuando la relación clandestina se institucionalizó, el adúltero comenzó a dejarse en el cuarto de baño de la amante la crema para las hemorroides, creciendo su desorganización mental a

medida que pasaban los años. Había días en que estaba esperando ver entrar a su mujer por la puerta con su chándal y sus zapatillas de deporte, cuando aparecía la amante, con el sombrero de alas y el body transparente que había devenido en un objeto costumbrista, incapaz de estimularle. Ahora, para excitarse, tenía que pensar en su mujer volviendo sudorosa de practicar el *footing* o el tenis. Fingía que hacía el amor con la amante, pero en su cabeza tenía a la esposa perversa. Toda esa confusión había culminado con el cambio de la liga y el secador. ¿Qué hacer?

Esa noche su mujer salió a correr con la liga roja en la cabeza y él se quedó solo en casa, presa de una agitación sexual incontrolable. Más tarde intentó abordarla en la cocina, y detrás de la puerta del dormitorio, pero ella sólo vivía ya para el deporte y se las arregló para esquivarle.

—Nunca follamos —dijo él en la cama.

—¿Y para qué quieres follar?

—No sé, por hacer algo.

—Pues haz flexiones, que bien que las necesitas.

El adúltero se levantó e hizo unas flexiones, pero algo dentro de él le decía que no era lo mismo que lo otro. Al día siguiente, cuando su amante le golpeaba con el secador en la cabeza para ver si de este modo se excitaba, sufrió un derrame cerebral.

—¿Dónde estoy? —preguntó en un momento de consciencia.

Ella le dijo que en el hogar y fingió que era su mujer para ayudarle a bien morir.

—Qué lío de vida —dijo él y se entregó con gusto a la agonía.

El rostro

La familia había decidido hacerle un funeral de *corpore insepulto*, de manera que mientras escuchábamos mentir al cura sobre las virtudes de nuestro amigo, lo teníamos delante, elegantemente vestido con un traje oscuro que yo nunca le vi mientras vivía. Tenía el rostro serio y afilado, pero quienes habían arreglado el cadáver para la ceremonia no habían podido borrar del todo una mueca irónica permanentemente instalada en la comisura de sus labios. A mí me recordaba un poco a Robert Mitchum en sus papeles más escépticos. En fin, hay labios que miran y los de este amigo, al que ahora despedíamos con una ceremonia tan ajena a sus intereses, miraban las cosas como si ninguna de ellas le concerniera demasiado.

De súbito, advertí que, sin proponérmelo, me encontraba en la primera fila de la iglesia, junto a la familia del muerto, con la que, a través de él, había mantenido una relación muy estrecha.

Seguramente, pues, me habían colocado, o me había colocado, en el lugar donde me correspondía. Miré hacia atrás y contemplé un mar de rostros, más lejanos cuanto mayor era la distancia sentimental y de edad respecto al cadáver. Sentí un escalofrío al comprobar que era quizá la primera vez que ocupaba un puesto tan adelantado en un funeral, y me di cuenta de que este acto es, en efecto, uno de los termómetros de la vida. En las primeras ceremonias fúnebres a las que uno asiste se sitúa en el último banco, y sale incluso a fumar un cigarrillo si la cosa se alarga demasiado. Pero a medida que los años transcurren vamos avanzando banco a banco en dirección al muerto hasta ocupar su sitio.

Es cierto que mi amigo había fallecido prematuramente, en el caso de que haya muertes prematuras, pero también es verdad que cada año que pasa las posibilidades se reducen. Aquel cuerpo insepulto que ahora tenía frente a mí había sido el camarada de la infancia, el compañero de pupitre en el colegio y de mesa en la universidad. Habíamos avanzado juntos, codo con codo, en los funerales a los que nos había tocado asistir. El último que recordaba era el de un profesor de los tiempos de la universidad con el que luego tuvimos una relación amistosa. En esa oportunidad ocupamos un asiento situado más o menos hacia la mitad de la iglesia. Recuerdo que al salir fuimos a tomar una copa y mi amigo comentó que estaban volviendo a ponerse de moda las pompas fúnebres de carácter religioso. Y era verdad: después de una época de ateísmo militante, la gente volvía insensiblemente a utilizar los templos como espacio de relación social.

Quién nos iba a decir aquel día que esa moda se cebaría en él, quién iba a imaginar que mi amigo estaba a punto de dar un salto mortal (nunca mejor dicho) que le llevaría directamente al catafalco, saltándose la mitad del escalafón y abandonándome a mí en la primera línea de fuego. Esto es lo que suele decirse cuando alguien muere, que quién lo iba a imaginar, como si fuera el

primer difunto de la historia. Pero se mueren todos, nos morimos todos, aunque cada muerto parezca el primero.

Mientras me entregaba a estas reflexiones intentando evitar que mis ojos recorrieran por centésima vez la expresión de mi amigo insepulto, percibí el nacimiento de un tic nervioso en la comisura de mis labios. No le di importancia hasta que advertí que aquel movimiento intentaba modelar en mi rostro un gesto de escepticismo, de distancia. De hecho, el tic cesó cuando, desde mi percepción, esa labor estaba acabada. Miré entonces el rostro del muerto y me pareció que había desaparecido de sus labios la mueca irónica que no habían logrado borrar los restauradores de cadáveres. Tenía la impresión, en fin, de que me la había traspasado.

Al principio me hizo gracia, pero enseguida empecé a notar un cosquilleo por el resto de mis facciones, como si la piel y los músculos se estuvieran moviendo para obtener una expresión diferente de la mía. En pocos minutos, aunque no tenía ningún espejo delante, sentí que con ese reajuste muscular mi rostro era exactamente igual al de mi amigo muerto. Miraba al cura y a los monaguillos como los habría contemplado él, arqueando un poco la ceja izquierda y ladeando la cabeza, no con gesto de desprecio, sino de extrañeza, como si mis intereses estuvieran muy alejados del lugar en el que circunstancialmente me encontraba. Así era como mi amigo observaba el mundo, como si no tuviera mucho que ver con él, y ese mismo mensaje es el que transmitía ahora mi cuerpo. Me sentí muy raro por aquel súbito proceso de identificación, o de traspaso, y dirigí mis ojos al cadáver, para cerciorarme de que el fallecido no era yo. Entonces, en lugar de ver el rostro de mi amigo, vi mi cara emergiendo de aquel traje oscuro que ahora sí reconocí: era el mismo con el que me había casado hacía veinte años.

Cerré los ojos para concentrarme en alguna idea que me liberara de la alucinación, pero en ese momento terminó el funeral. Entonces, para mi sorpresa, la mujer de mi amigo se colgó de mi brazo y vi que todos se dirigían a la mía, que iba de luto, para expresarle sus condolencias. Pensé que la realidad recuperaría la sensatez cuando llegáramos a la calle, pero, en lugar, de eso, la mujer de mi amigo y yo nos metimos en el coche de él y nos fuimos a su casa. Y aquí estoy, viendo cómo sus hijos me llaman papá y sin poder decir nada, porque, en efecto, según el espejo, el vivo es mi amigo y el cadáver soy yo.

El infierno

Estábamos enterrando a un amigo, cuando un teléfono móvil interrumpió con su sonido la grave ceremonia. Tras un breve intercambio de miradas reprobatorias, comprendimos que el ruido procedía del cadáver, cuyo féretro había sido abierto para que el finado recibiera el último adiós. La viuda, con más inconsciencia que valor, se inclinó sobre el muerto y sacó el teléfono de uno de los bolsillos de la chaqueta. «Diga», pronunció dolorosamente. No sabemos qué escuchó al otro lado, pero la vimos palidecer y gritar enseguida: «Fernando falleció ayer y usted es una zorra que ha destruido nuestro hogar». Dicho esto, interrumpió la comunicación y devolvió el artefacto a su lugar.

Al abandonar el cementerio, supe por alguien de la familia que había sido deseo del propio Fernando ser enterrado con su móvil, lo que constituyendo una excentricidad perfectamente afín a su carácter, me devolvía la imagen menos grata y oscura, de quien sin duda había sido una de las referencias más importantes de mi vida. Como es costumbre, me dirigí en compañía de los más íntimos a la casa de la viuda, para darle consuelo. Ella nos ofreció un café, que estábamos saboreando mientras hablábamos de cosas intrascendentes, cuando sonó el teléfono. Tras unos segundos de terror, los presentes alcanzamos un acuerdo tácito: nadie había oído nada, ningún sonido de ultratumba se había colado en aquella reunión de amigos. Después de diez o doce llamadas, el aparato enmudeció y la propia viuda se levantó a descolgarlo. «No estoy para pésames», dijo.

Aquella noche, a la hora en la que los insomnes suelen descabezar un sueño, me levanté, fui al teléfono y marqué el número del móvil de Fernando. Lo cogieron al primer pitido, pero colgué antes de escuchar ninguna voz. Sólo quería comprobar que el infierno existía.

El adúltero desorientado

El adúltero estaba desnudando a su amante cuando vio que ésta llevaba un juego de ropa interior idéntico a uno de su mujer, así que se le quitaron las ganas y se sentó en el borde de la cama.

—¿Qué pasa? —dijo ella.

—No sé, me ha dado un mareo. Espera un momento a ver.

—Eso es porque no comes más que bocadillos.

Al final perdieron la tarde hablando de la gente de la oficina, como solían hacer cuando el deseo no funcionaba, mientras ella repasaba los botones de una blusa que se acababa de comprar en la tienda de abajo.

En un momento dado, él se asomó a la ventana y vio una calle estrecha, con los coches subidos a la acera. En una terraza de la fachada de enfrente había un tendedero con pañales.

Le pareció muy raro no saber dónde se encontraba.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Pues ahora no sé si la calle se llama Matilde Díez o Matilde Diez, depende de dónde pongas el acento. Ahí mismo, un poco más arriba, a la izquierda, está López de Hoyos.

—¿Y de quién es el piso?

—De una hermana de Pilar López, la de contabilidad, que es azafata y se pasa la vida fuera.

Hasta ahora, ella siempre había logrado encontrar a alguien que les prestara una casa. Se negaba a hacerlo en apartamentos alquilados o en hoteles, porque lo asociaba a alguna forma de prostitución. Gracias a ello, él había visto el rostro de algunos barrios que de otro modo jamás habría llegado a conocer. Le parecía extraño, no obstante, saber que vivía en una ciudad que nunca recorrería del todo; era algo así como vivir dentro de un cuerpo en el que siempre habría alguna zona por explorar.

Un día, tomó una salida de la M-30 al azar y anduvo merodeando por una calle que le recordaba la de su infancia, en el parque de las Avenidas. Entró en una panadería y compró un bollo, del que luego se desprendió, sólo por ver el rostro de la dependienta sabiendo que sus miradas no volverían a cruzarse. Al día siguiente, vio en la televisión que se había cometido un crimen justo en el portal de al lado, y salía la panadera diciendo que la tarde anterior había estado merodeando por los alrededores un hombre cuya descripción, a grandes rasgos, coincidía con él.

Otra vez, hacía mucho tiempo, estaba observando a su hijo en el baño, cuando el niño de súbito se descubrió los genitales con espanto. A lo mejor, había zonas del cuerpo que jamás llegábamos a

conocer, no ya el páncreas o los riñones, sino geografías más superficiales que quizá estaban al alcance de la mano.

En esto, vio brillar algo en el suelo, bajo la mesa de televisor. Se agachó para recogerlo y resultó ser una foto tamaño carné de un sujeto de unos treinta y cinco años, con muchas entradas. Miraba al objetivo con una tenacidad absurda, como si la máquina le debiera algo. Tuvo un sentimiento familiar muy desagradable y dijo guardándose la foto en el bolsillo:

—No quiero que volvamos al piso de nadie. Me da la impresión de invadir un espacio íntimo.

—Pues yo a un hotel, en plan puta, no voy —respondió ella cortando el hilo sobrante con los dientes, en un gesto que le había fascinado, de niño, en su madre. El mundo era unas veces sofocante, por estrecho, y otras veces confuso, por ancho.

Esa noche, sacó la fotografía del bolsillo de la chaqueta y la guardó en el cajón de la mesilla de noche como quien mezclara azarosamente las distintas partes de la realidad, igual que cuando se barajan los naipes. Luego se metió en la cama y desde allí vio con disimulo cómo se desnudaba su mujer, que llevaba el conjunto de ropa interior idéntico al que esa tarde le había visto a su amante. Entonces, sin poder reprimirse, rompió a llorar.

—No me encuentro bien —dijo frente a la mirada de extrañeza de su esposa.

—Si es que no comes más que bocadillos —respondió ella.

Un hombre vicioso

El agente comercial llegó a Madrid a las diez de la mañana, se instaló en un hotel de tres estrellas, abrió el periódico por la página de contactos y llamó a una mujer cuyo reclamo decía: «Señora madura, discreta y culta para caballeros de paso que necesiten compañía». Mientras negociaba el precio y los servicios, escuchó a través del teléfono el ruido de una taza de café al reposar sobre su plato, así como el murmullo de una televisión, o quizá de una radio, con el volumen disminuido. También, muy a lo lejos, la violenta descarga de una cisterna. Parecía que la casa a la que había llamado se estaba poniendo en marcha y le excitó tanto aquella suerte de cotidianidad que pidió a Marisol (así se hacía llamar la mujer) que acudiera al hotel enseguida.

—¿Cómo te gusta la ropa interior? —preguntó ella antes de colgar.

—Un poco deshilachada —respondió él—. Que no esté nueva.

Mientras Marisol llegaba, el hombre hizo un par de llamadas profesionales, concertó cuatro citas, y luego vació la bolsa de viaje. Mientras colgaba las camisas para que no se arrugaran, sintió que el vacío del armario estaba también dentro de él. Se había contagiado de aquellos espacios por lo general mal empapelados a los que se asomaba en cada uno de sus viajes como a un precipicio por el que uno sabe que acabará arrojándose. Entonces le atacaron unas ganas incontenibles de llorar, como cuando de adolescente veía películas de huérfanos. Le mataba la piedad por sí mismo, algo que un vendedor no se podía permitir. Su rendimiento había comenzado a bajar desde que le acometieran aquellas debilidades que no sabía cómo combatir. Y para colmo, en lugar de contratar los servicios de una prostituta joven, despreocupada, alegre, no se le ocurría otra cosa que telefonar a una mujer madura que se llamaba, o se hacía llamar Marisol, como su madre.

Sus colegas se morían por los montajes sadomasoquistas o por los números exóticos difíciles de encontrar en provincias, pero el único vicio de él era el amor. Le gustaba que las mujeres a las que contrataba fingieran que le amaban como aman las esposas normales, un poco deterioradas ya por los años y las horas pasadas frente al televisor. Cuando llegó Marisol, comprobó que era más madura de lo que el anuncio sugería, pero se trataba de una mujer repleta de adherencias domésticas y eso le gustó mucho. Ella se había vestido para parecer una señora interesante, pero sólo parecía lo que quizá era: una esposa.

—Me gusta que parezcas una esposa —dijo él invitándola a pasar.

Ella le contempló un poco asombrada pidiéndole que colocara el dinero a la vista antes de comenzar la sesión.

—Cuando yo haya visto el dinero, me explicas cómo te lo montas.

El hombre le pasó unos billetes y luego dijo que le gustaría que vieran la televisión cogidos de la mano durante un rato.

—Imagínate —añadió— que es un domingo por la tarde y que estamos en casa tú y yo solos, sin niños, viendo la tele.

Ella se tensó un poco.

—¿No serás un perverso? —preguntó.

Él le explicó que se pasaba la vida viajando, siempre de acá para allá, y que de vez en cuando le gustaba fingir que se encontraba en casa, junto a su esposa.

—Pues mira, eso de la tele se lo pides a tu mujer. A nosotras se nos pide un griego, un francés, en fin, cosas normales. Los locos como tú empezáis viendo la tele y acabáis montando una escena de violencia doméstica. A mí no me ha puesto la mano encima ni mi marido, para que te enteres.

El hombre no fue capaz de retener a la mujer, que salió de la habitación sin haberle devuelto el dinero. Superado el mal trago, telefoneó a su esposa.

—¿Cómo está Madrid? —preguntó ella.

—Mal, como siempre —respondió.

—Pues echa una cana al aire, hombre de Dios. Te aseguro que si yo estuviera en Madrid no paraba en el hotel ni un momento. Mira que eres aburrido.

Mientras ella hablaba, le llegó a través del hilo el ruido de la aspiradora y se excitó otra vez, pero luego, al colgar y verse solo en aquella habitación con cuadros de caballos en la pared, no supo qué hacer con su excitación y se puso a llorar. Lloraba de amor, eso es lo que pensaba él, pero a quién contárselo sin parecer un perverso.

Los viajes a África

Julia quiso habilitar en su memoria un rincón especial para almacenar los recuerdos de aquellas Navidades, las primeras de su matrimonio. Habían estado teñidas, más que por la nostalgia del pasado, por la añoranza de un futuro cuya solidez parecía fuera de toda duda. El día 30 de diciembre los análisis habían confirmado su embarazo, aunque ella no comunicó la noticia a Enrique, su marido, hasta la madrugada del 1 de enero, en parte para disfrutar a solas del suceso durante un tiempo, pero en parte también para que constituyera un original regalo de Año Nuevo.

Después de Reyes, la normalidad se había instalado en el salón de la casa, y a Julia le gustaba disfrutar de aquella rutina impuesta por el transcurrir de los días y regulada por los viajes de Enrique al continente africano, donde se desarrollaba gran parte de su trabajo como vendedor de componentes eléctricos. En el último viaje, por cierto, había llegado a importantes acuerdos con el Ministerio de Industria de un país cuyo nombre no había conseguido retener Julia en su memoria, porque ya desde los años de estudiante África le había parecido un conjunto desordenado de gobiernos, donde los países cambiaban continuamente de lugar, de nombre o de régimen. Recordaba que un profesor de geografía le había señalado entonces que la inestabilidad de aquel continente hacía muy difícil la confección de mapas políticos que no quedarán anticuados enseguida. Ello le había servido de excusa para no prestar demasiada atención a esta materia de la que ahora lamentaba ignorarlo casi todo, pues le habría gustado seguir imaginariamente a su marido de una a otra ciudad, de uno a otro país, en las largas tardes de silencio que dedicaba a planificar su futuro. En cualquier caso, la firma de tales acuerdos significaba que los viajes de Enrique a África iban a aumentar a lo largo de ese año. Y aunque ello era bueno desde el punto de vista de los ingresos económicos, podría resultar pernicioso para la evolución de sus temores nocturnos, que habían aumentado notablemente en cantidad y horror desde que se sabía habitada por la excitante promesa de un hijo.

Ahora era viernes por la tarde y Enrique estaba de viaje desde el lunes. Si todo iba bien, regresaría esa misma noche y ella podría dormir tranquila por vez primera en toda la semana. Se acercó al cuarto de baño para vigilar la evolución de sus rasgos y observó la aparición de dos manchas violáceas bajo los ojos. Seguramente eran las ojeras, esa alteración del color que afectaba a los párpados inferiores y de la que su madre —también esposa de un viajante de comercio— se había quejado tanto a lo largo de su vida. Por su parte, su rostro se había afilado ligeramente y en el cuello le había salido una pequeña erupción. Pero esas alteraciones no le molestaban, pues había leído que eran frecuentes en los primeros meses del embarazo; sin

embargo, las ojeras constituían un punto molesto de semejanza con aquella persona a la que menos se hubiera querido parecer en aquellos instantes en los que al fin se espesaba su futuro.

Enrique llegó a las once y media y la casa se llenó enseguida con su olor, sus voces, sus risas. Nunca volvía cansado de los viajes. Su entrada producía en el ánimo de Julia un efecto parecido al de los tranquilizantes que, antes del embarazo, solía tomar al quedarse sola. Frente a la presencia de Enrique, los fantasmas se retiraban hacia la periferia del miedo disolviéndose en la atmósfera interior como un jinete a punto de alcanzar la línea del horizonte.

Como siempre, tras besar a Julia e interesarse por su estado, se encerró en el dormitorio y no salió de él hasta haber deshecho las maletas. Esta vez traía como regalo unos raros instrumentos musicales, dos máscaras y una pieza de tela pintada a mano para que su mujer se hiciera con ella un vestido.

Las paredes de la casa estaban llenas ya desde hacía algún tiempo de arte africano y objetos de uso cotidiano que Enrique consideraba exóticos y decorativos; había también marfiles, pelos de elefante, dientes de león y unos cuadros de colores muy vivos que representaban escenas incomprensibles, relacionadas con la cultura de aquel continente. Julia sentía una rara aversión por todos estos objetos, pero nunca la había manifestado por temor a contrariar a Enrique, que parecía depositar en ellos la sustancia de su carrera profesional, así como una vaga inclinación al coleccionismo que se manifestaba en su obsesión por conservar monedas, servilletas, tarjetas de embarque y posavasos de los hoteles por los que transcurría su existencia de vendedor.

—No vamos a tener dónde colocar las cosas —dijo con una sonrisa ambigua en la que podía apreciarse un componente doloroso.

—Compraremos una casa más grande —contestó Enrique mientras colocaba el mantel y los platos para la cena.

—¿Cuándo tienes que marcharte otra vez? —preguntó ella en tono neutro, intentando no transmitir el desasosiego que producían en su ánimo aquellos viajes.

—No sé —dijo él—, quizá el martes. El lunes pasaré por la oficina para ver cómo están las cosas y en función de eso decidiremos.

—Pasas tan poco tiempo en casa...

—Es mi trabajo, ya lo sabes. Dentro de algunos años habré ganado bastante dinero y podré llevar una vida más ordenada. Pero ahora no me puedo parar. Hay una época de la vida que es preciso vivir así, debe de ser una cuestión biológica. Luego vendrá el reposo. De todos modos, no te preocupes, cuando nazca el niño estaré aquí y no programaré ningún viaje en las dos o tres semanas siguientes. Habrá que buscar a alguien que te ayude con el bebé.

Julia asintió sin entusiasmo. Hasta el momento se había negado a contratar una asistente, pese a los ruegos de Enrique, porque temía que la entrada de una persona extraña en su domicilio multiplicaría los argumentos en los que se apoyaba su difusa inquietud. Pero pensó que después del parto no encontraría razones convincentes para seguir negándose a esta ayuda. Quizá entonces, por primera vez, lamentó la muerte de su madre y al ser consciente de ello sintió lástima. Había

fallecido hacía dos años, y Julia no había podido pensar todavía en esta ausencia porque creía que la mala relación que había tenido con ella la liberaba de todo posible remordimiento. Sin embargo, ahora calculó que la presencia de una madre debía de ser importante cuando una se enfrentaba por vez primera a representar ese mismo papel.

Entre tanto, los días, empujándose unos a otros, alcanzaron el mes de febrero, que resultó un periodo sosegado, en parte porque hizo mucho sol, pero en parte también porque Enrique necesitó viajar menos y porque comenzó a anochecer más tarde, lo que tuvo alguna influencia positiva en el horario a que estaban sometidos los temores de Julia.

Marzo, sin embargo, amaneció violento. La lluvia y el aire golpearon las ventanas de su casa con una frecuencia poco común, sumiendo a Julia en una melancolía vaga que repartía entre la cocina, el cuarto de baño y el salón. Pensó, para entretenerse, en llevar un diario del embarazo que guardaría para regalárselo a su hijo cuando éste fuera mayor. Pero apenas escribió dos páginas y tuvo que dejarlo, pues presintió que aquel cuaderno podría convertirse en un testigo incómodo si las cosas llegaran a torcerse y el parto, por alguna razón, se malograra.

Entre tanto, y a medida que los líquidos de su vientre espesaban hacia la consecución de esa forma arbitraria que define a los cuerpos, los humores de su corazón se hacían también más densos; de este modo, el desasosiego encontró un punto de sutura que permitió a Julia colocar sus temores en diversos puntos de la vivienda, donde hacia el mes de abril, de manera gratuita, empezaron a confluír los fragmentos, hasta entonces dispersos, del horror.

El primero de estos puntos de los que el miedo parecía emanar, aunque sólo se limitaba a reflejarlo, fue la puerta de la vivienda, cuya fragilidad, por otra parte, parecía evidente. Con la llegada de la primavera, Julia comenzó a montar guardia frente a la mirilla de esta puerta para observar los movimientos que se producían en el descansillo de la escalera y controlar el ritmo con que se utilizaba el ascensor. En ocasiones, conteniendo la respiración hasta extremos insoportables, veía acercarse a un pobre —deformado por la visión de ojo de buey que proporcionaba la mirilla— y esperaba en tensión a que éste tocara el timbre para luego observar, durante unos segundos interminables, aquel rostro sin afeitar, cuyos ojos naufragaban en torno a la mirilla, hasta que el desaliento le obligaba a dar la vuelta para probar suerte en otra vivienda. A veces, eran vendedores de algo o muchachos que realizaban encuestas a los que Julia, si insistían, acababa gritándoles que no podía atenderles, que se fueran.

El asunto se solucionó, provisionalmente al menos, con la adquisición de una costosa puerta blindada que convirtió la entrada de la vivienda en una caja fuerte imposible de forzar. Pero, casi de manera inmediata, Julia empezó a desconfiar de las ventanas. Es cierto que vivía en un quinto piso y que, por consiguiente, resultaba imposible acceder a la casa escalando la fachada. Sin embargo, la obsesión creció hasta extremos insoportables en apenas dos semanas, de manera que Enrique decidió poner rejas en todas las ventanas y un cierre metálico en la terraza del salón.

De este modo, la ansiedad de Julia, sin llegar a desaparecer, se redujo en un porcentaje alto. No dormía mejor por las noches, pero su vigilia era más sosegada o lo fue al menos hasta que

advirtió que, en el caso de que se produjera un incendio, encontraría serias dificultades para huir de las llamas. Temió que esta preocupación se agravara cuando naciera el niño y tuviera que velar por la salvación de los dos, pero no le comentó nada a Enrique, pues ya había empezado a dar muestras de cansancio frente a las obsesiones de su mujer.

Un día de junio Enrique la telefoneó desde un país centroafricano y le pidió que buscara unos papeles que, según le indicó, debían de encontrarse en la mesa del pequeño despacho que había habilitado junto al dormitorio. Estaban en el cajón central y Julia consiguió dar con ellos sin dificultad. Tras haber proporcionado a su marido los datos que deseaba, regresó al despacho y se entretuvo revisando los cajones de la mesa hasta dar con un espacio algo secreto donde encontró una colección de fotografías. Las miró con desgana, pues parecían instalaciones eléctricas y centros fabriles que para ella carecían de significado. Sin embargo, mezcladas con estas fotografías, encontró otras en las que se veía a Enrique desnudo junto a dos mujeres negras y en la que parecía ser la habitación de un hotel. Una de las mujeres vestía sólo una provocadora ropa interior de color rojo, mientras que la otra llevaba un ligero vestido diseñado para el ejercicio del placer. El grupo parecía representar una escena sexual en la que no era difícil apreciar algunos ingredientes que Julia calificó de masoquistas.

Guardó las fotos en el mismo orden en el que las había encontrado intentando olvidar su existencia, pero aquellas imágenes la persiguieron desde el cuarto de baño a la cocina y desde la cocina al dormitorio.

Regresó al cuarto de baño y comenzó a cepillarse el pelo con movimientos compulsivos. Al poco, comprobó que estaba jadeando y que en los últimos minutos había sido presa de una extraña agitación que tendía a concentrar sus efectos en las ingles. Entonces, el niño cambió de postura en el interior del útero y Julia sufrió un ligero desvanecimiento que no le impidió, sin embargo, alcanzar el dormitorio para dejarse caer en la cama. Durante algunos segundos, padeció un ataque de sudor disolutivo tras el que comenzó a sentirse algo mejor. Al poco, sin embargo, los nervios volvieron a bloquear sus centros de decisión y su vientre produjo un par de contracciones que podrían constituir el anuncio de un parto prematuro. Estaba en el séptimo mes de embarazo y recordó que ella misma había sido sietemesina, según le había confesado su madre al cumplir la mayoría de edad. Regresó al cuarto de baño y extrajo del armario un tubo de ansiolíticos de los que solía tomar antes de quedarse embarazada. Se tragó dos cápsulas con un poco de agua y se sentó en el borde de la bañera esperando que la química actuara en su beneficio.

Enseguida le llegó una oleada de sosiego que la ayudó a valorar las formas del lavabo, suaves y tensas como su vientre, pero blancas y frágiles como su equilibrio nervioso. En un par de oleadas más el sosiego alcanzó una plenitud de perfección incomprensible. El mundo parecía perfecto y su casa tenía el suelo de madera pulida y barnizada; las paredes del salón estaban enteladas con colores que invitaban al reposo, y la disposición de las habitaciones parecía ajustada a los impulsos de una inteligencia desconocida que había encontrado este modo de

comunicarse con Julia. Las contracciones no se volvieron a repetir, de manera que el parto, seguramente, no se precipitaría.

Paseó lentamente por la casa, haciéndose cargo de los sucesos minúsculos que acontecían en cada objeto: una mota de polvo depositándose sobre la tapa del tocadiscos, un crujido en el mueble de madera donde guardaba la vajilla, una mosca intentando penetrar a través del cristal... La atmósfera parecía estar sometida a una actividad incesante y comunicadora, pero todo se ejecutaba de acuerdo a un plan invisible donde la ansiedad no tenía cabida ni sentido. Descubrió entonces que los objetos africanos que decoraban la casa eran portadores también de una actividad interna de carácter maligno, pero comprendió que bastaba este descubrimiento para que aquellas fuerzas se pusieran de su lado. Las máscaras, los pelos, los marfiles, los cuadros, se aliaron con ella gracias al modo en que Julia, en tales instantes, se comunicaba con ellos.

Entonces regresó al despacho de su marido y volvió a mirar las fotografías sin la aprensión anterior. Pensó que el movimiento de terror que le habían producido se debía al hecho de ver a su marido convertido en otro, porque hasta entonces, para ella, había sido un hombre bueno, enamorado, trabajador y delicado. La imagen de las fotografías, sin embargo, mostraba a un tipo libertino, de mirada húmeda y sonrisa desencajada. ¿Sería posible que ambas personalidades convivieran bajo la misma piel?

Pensó que se iría de casa, que se separaría de él y educaría sola a su hijo, pero inmediatamente calculó también que no tenía dónde ir. Sus padres habían muerto, su único hermano vivía en otra ciudad y hacía tiempo que no se escribían. Por otra parte, ella carecía de recursos económicos para mantenerse a sí misma y no tenía ningún tipo de conocimiento específico que le permitiera encontrar un buen trabajo.

Caminó hasta el baño en actitud reflexiva y llenó la bañera de agua caliente introduciendo algunas sales y una porción de jabón líquido que produjo enseguida abundante espuma. Cuando iba a meterse en el agua sonó el teléfono, pero resultó ser una equivocación. Preguntaban por un tal Fresneda. Julia, sin embargo, respondió que ese sujeto había vivido allí hasta hacía dos meses, pero que ahora se había establecido en Nueva York. Cuando regresaba al baño le pareció raro lo que había hecho, pero sintió una oleada de satisfacción íntima por haber sido capaz de improvisar una mentira con tanta naturalidad.

Esa noche durmió ocho horas seguidas y amaneció con una suerte de depresión, que se manifestaba en la flojedad de sus músculos y cuyos frutos inmediatos parecían beneficiosos. En efecto, mientras se tomaba el primer café de la mañana, advirtió que la ansiedad había desaparecido. Comprobó también que su tono vital era muy bajo, pero que desde ese tono podía reflexionar mejor sobre la vida. Su percepción de la realidad, por otra parte, seguía siendo la misma que la del día anterior. De momento, pues, no necesitaría tomar más pastillas.

A media mañana telefoneó a una amiga con la que en otro tiempo había intercambiado algunas confidencias. Le explicó que su marido la engañaba, aunque no le dio detalles ni llegó a contar lo del descubrimiento de las fotografías.

—Todos los hombres lo hacen —respondió su amiga—. Es mejor acostumbrarse a vivir con ello. Yo la primera vez que me enteré me llevé un disgusto, pero ahora casi se lo agradezco, así me deja en paz.

Julia intentó explicarle que lo que le preocupaba del asunto era haber descubierto una faceta de su marido cuya existencia había ignorado hasta el momento.

—Cuando vuelva a casa —añadió— lo miraré como un extraño, como si se tratara de alguien que está suplantando a Enrique, y eso me da miedo.

Su amiga tenía prisa, o no entendió lo que Julia trataba de explicarle; el caso es que no sacó gran provecho de aquella conversación.

Después de comer se quedó dormida viendo la televisión y soñó algo relacionado con una cafetería en la que ella parecía actuar de camarera y cliente de forma simultánea. El sueño le extrañó, pero no le pareció inquietante. En realidad, todo había dejado de ser inquietante desde el día anterior. Decidió que cuando regresara su marido actuaría como si no hubiera pasado nada, como si ignorara la existencia de ese otro lado de su vida que en cierto modo lo había convertido en un extraño. Pero esta determinación la condujo a pensar que también ella podría convertirse en otra y mientras merendaba con un apetito inusual le pareció que ese proyecto podría justificar el resto de su vida. Así, Enrique y ella serían dos perfectos extraños —disfrazados bajo la envoltura de sus respectivos cuerpos— que compartirían un espacio común por cuya conquista lucharían silenciosamente en los próximos años. El terror de vivir con un extraño, cuyas reacciones serían siempre imprevisibles, quedaría aminorado por el hecho de que ella misma sería también otra de la que no podría, por tanto, esperarse un comportamiento lineal.

Tuvo, de súbito, una idea que anunciaba el principio de la metamorfosis. Se dirigió al baño y para darse valor tomó una cápsula como la de la víspera. Después, en el dormitorio, buscó una máquina de fotografías instantáneas que le había regalado Enrique y, tras desnudarse, se colocó frente al espejo y comenzó a hacerse fotos en posturas obscenas que la presencia de la máquina y del abultado vientre convirtieron en algo entre terrorífico y grotesco.

Tras contemplar las fotografías desde la distancia proporcionada por el ansiolítico, sonrió malignamente y fue al despacho de su marido, donde las colocó junto a las fotografías en las que Enrique aparecía con dos mujeres negras.

Después, los años transcurrieron sin que Enrique hiciera jamás alusión a aquellos hechos. Vivieron como extraños, pero estrechamente unidos por la atmósfera de aquella casa invadida por objetos traídos de África. En Navidad y Año Nuevo solían comer con los padres de él y en el verano alquilaban una casa en la costa.

En cuanto al niño, nació bien, sin problemas, pero resultó ser negro.

Una hija como tú

Querida Ana:

Tuve, hace meses ya, una hija que lleva tu nombre. No sé si uno se acostumbra a los hijos, pero yo todavía no me he acostumbrado a esta niña: la miro como si, en el momento en que dejara de hacerlo, fuera a desaparecer. Cuando estoy fuera de casa, pienso en ella todo el rato y llamo varias veces por teléfono para asegurarme de que se encuentra bien; en realidad, para certificar que existe, pues como te digo no he logrado incluirla en la rutina del resto de las cosas. Es muy rara esta sospecha de que jamás me acostumbraré a ser padre, y eso, a la vez de hacerme feliz, me agota mucho. Creo que siempre me he defendido de los afectos importantes porque, poseyendo una naturaleza perezosa, he luchado toda mi vida por instalarme en la rutina, en la uniformidad, más que en la sorpresa. Por eso me da vértigo pensar en los años futuros sabiendo que cada día que me levante de la cama tendré en el cuarto de al lado la sorpresa de esa niña que se llama Ana, como tú. Lo curioso, por otra parte, es que ya no podría imaginar la vida sin su presencia.

Ayer por la noche me desperté y fui a verla. Me senté al lado de su cuna y, mientras la miraba, la memoria se puso a funcionar y me acordé de ti. Entonces, como en una revelación, averigüé por qué le había puesto Ana. Hasta ese momento me había conformado con la idea de que se llamaba así porque ése es también el nombre de mi mujer, pero no es cierto; se llama Ana por ti, aunque hasta ayer no lo he sabido.

Qué raro es todo. Recuerdo que cuando mi mujer, todavía embarazada, me sugirió ese nombre, yo no me opuse, aunque nunca he estado de acuerdo en que los hijos lleven los nombres de sus padres: me parece que es un modo excesivo de determinarlos, cuando no de dificultarles la adquisición de una identidad separada de la nuestra. Sin embargo, ya digo, no sólo no me opuse, sino que recibí la idea con cierto placer. Ahora sé por qué: porque no era el nombre de mi mujer el que le estaba dando, sino el tuyo. Así, al cabo de los años, aquel hilo de la trama de nuestra vida que quedó como colgando en el vacío se cierra con esta niña que, con tu nombre, heredará sin duda otras cosas de ti, de lo que tú fuiste para mí, y de lo que supuso para los dos aquella historia de adolescencia que había olvidado y que en la madurez se está reeditando con la fuerza de lo reprimido.

Dicen que los niños escuchan mejor lo que se silencia que aquello de lo que se habla, y es verdad. Yo estos días he pensado mucho en mi infancia y he recordado cómo leía lo que mis padres trataban de ocultar debajo de sus palabras. Lo que no se dice adquiere un poder excesivo, porque crece sin las limitaciones de lo manifiesto y se va instalando con una fuerza sorprendente en la zona de sombra de la identidad, desde donde actúa para trazar nuestro destino. Me pregunto

cómo actuará tu nombre en los años futuros sobre el destino de mi hija, porque cuanto mayor es la coartada, más grande es el crimen que intentamos ocultar con ella. La coartada, en este caso, es excelente: mi hija Ana se llama Ana porque ése es el nombre de su madre, pero tú y yo sabemos que debajo de esa prueba irrefutable, que demuestra mi inocencia, se oculta un hecho que, la verdad, no sé si es atroz o maravilloso.

No vayas a interpretar que no quiero a mi mujer: la quiero, y mucho, pero no es comparable con el amor que sentía por ti cuando teníamos dieciséis o diecisiete años. Creo que en todos los amores que vienen después de ese primero, uno no busca otra cosa que el reencuentro con aquella experiencia adolescente. Al fin y al cabo, también entonces tú interrumpiste la rutina de mi vida igual que esta niña a la que no puedo dejar de mirar, como si fuera un pozo en cuyas profundidades está la respuesta a todas las preguntas que los años no han conseguido responder. Miro a mi hija con la misma intensidad con la que entonces te miraba a ti, y pienso en ella con semejante desesperación. No sé si es bueno este amor, tal vez no, pero cómo evitarlo.

Quizá sea una locura, Ana, pero, desde ayer por la noche, en lugar de buscar en mi hija rasgos de mi mujer, o míos, le busco parecidos contigo. Lo malo, o lo bueno, no sé, es que se los encuentro. Creo que tiene el mismo gesto de asombro en la línea de las cejas y la misma interrogación en el modo de levantar el labio superior dejando al descubierto las encías. Me da terror, a la vez que placer, imaginar cómo será nuestra relación cuando alcance la edad que tú y yo teníamos entonces.

Te lo diré de otro modo: creo que más que una hija he tenido una novia. Y aunque esa idea me turba, pienso, por otra parte, que quizá esto les suceda a todos los padres, que en lugar de hijas tienen novias; lo que pasa es que la mayoría no se entera y no ha de hacerse cargo de la culpa que este placer conlleva. ¿Y tú? ¿Has tenido hijos? ¿Alguno de ellos se parece a mí? Escíbeme, si puedes, y ayúdame a salir de esta confusión.

LOS OBJETOS NOS LLAMAN (2008)

LOS ORÍGENES

La muerta

Cierto día, un compañero de colegio señaló en la calle a una mujer, diciéndome:

—Mírala, está muerta.

A mí me parecía imposible que una difunta se moviera con aquella naturalidad entre la gente. De hecho, sabía que era mentira, pero resultaba excitante creérselo, así que le seguí el juego. Mi amigo me aseguró que era capaz de distinguir a una mujer muerta entre mil mujeres vivas.

—¿Pero en qué lo notas?

—En nada en concreto y en todo a la vez. Si te fijas, van envueltas como en una burbuja de paredes invisibles. Cuando seas capaz de percibir esa burbuja, aprenderás a distinguir las.

A los pocos días de esta conversación, iba dando patadas a las piedras por mi calle, cuando vi a una mujer dentro de la burbuja. La burbuja la puse yo seguramente, pero la mujer era completamente real. La seguí con disimulo hasta la avenida de América, y luego por Francisco Silvela, hasta llegar a una ferretería en la que entró para salir al poco del brazo de un sujeto muy alto, con bigote a lo Clark Gable. El hombre estaba vivo, desde luego, y no trataba a la mujer como a un cadáver. Al contrario, se acercaba a su cuerpo cuanto le era posible, desplazando la pared de la burbuja hacia el otro lado, y le besaba el cuello a través de esa membrana que parecía no detectar. Entraron en un bar que hacía esquina con la calle de México y se comieron un bocadillo de calamares cada uno. Cuando ella alargaba el brazo para tomar de la barra el vaso de cerveza, sacaba la mano de la burbuja sin romperla, del mismo modo que algunos objetos son capaces de penetrar en una pompa de jabón.

Comencé a centrar mi atención en él. Parecía el prototipo de individuo mundano que por entonces yo mismo aspiraba a ser. Una persona con clase, pensaba ingenuamente, debe de moverse con la misma naturalidad entre los muertos y los vivos. Aquel hombre actuaba con una soltura increíble y sabía en qué momento tenía que abrocharse o desabrocharse el botón de la chaqueta o pasarse el dedo índice por el extremo del bigote, como para recoger, más que una miga de pan, un pensamiento. Al salir del bar, él la tomó de la cintura y la atrajo hacia sí con tal violencia que la sacó sin darse cuenta de la burbuja. Entonces abandoné la persecución con la idea romántica de que el amor consiste en rescatar al otro de la muerte, y decidí esperar mi oportunidad.

A los pocos meses llegó al barrio una chica nueva, con burbuja. Era muy joven para estar muerta, pero lo consulté con mi amigo y me dijo que las había de todas las edades.

—Una prima mía de tres semanas está muerta también.

—¿Y qué dicen sus padres?

—No lo saben. La mayoría de la gente no ve la burbuja.

Me enamoré como un loco, y, cuando logré reunir el dinero suficiente, la invité a un bocadillo de calamares en el bar de Francisco Silvela esquina a México. Luego intenté acercarme para rescatarla de la burbuja, pero no se dejó. Y al día siguiente, cuando pasé cerca de un grupo en el que se encontraba ella, noté que me señalaba con expresión de burla. Estaba presumiendo de haberme sacado un bocadillo de calamares, que para nosotros era una fortuna. Entonces, pese a mi timidez, me acerqué al grupo y, apuntándole al pecho con el dedo, le dije:

—Estás muerta. No vayas a creerte que no lo sé.

Todas sus amigas se alejaron un poco, como con miedo a contagiarse, y desde entonces arrastró una vida solitaria, que yo tampoco intenté aliviar, aunque me lo pedía con los ojos. Se casó con un muerto de hambre con el que asiste a misa de difuntos todas las semanas. Continúa en el barrio, y, cuando me acerco por allí, a ver a mis padres, se hace la encontradiza para que la libere de la burbuja en la que sigue atrapada. Pero ahora, aunque quisiera, no podría, porque yo mismo he ido encerrándome durante todos estos años dentro de una membrana transparente y flexible de la que sólo podría rescatarme una mujer viva.

Continúo soltero

Un compañero mío del colegio me llevó un día frente al escaparate de una tienda de ropa que había en la calle principal de nuestro barrio y me pidió que me fijara en uno de los maniqués en el que ya había reparado, pues además de representar a una mujer rubia, tenía una expresión distinta de la del resto de los muñecos del escaparate.

—¿Qué pasa? —dije aparentando indiferencia.

—Fíjate bien —insistió él—. ¿No le notas nada?

—No.

Entonces mi amigo me hizo ver que el vestido de ese maniquí tenía bajo las axilas dos pequeñas manchas, como si sudara.

Era verdad, pero lo atribuí a una rareza del tejido.

—Es el único que está manchado —argumentó él—. Además, llevo observándolo desde hace tiempo y le ocurre con toda la ropa que le ponen.

Me fui a casa turbado y esa noche tuve pesadillas venéreas. Al día siguiente, cuando fui al colegio, pasé por delante de la tienda y vi que acababan de cambiarle el vestido al maniquí. Ahora llevaba una blusa blanca perfectamente limpia. Al volver del colegio, sin embargo, tenía los dos pequeños cercos de sudor característicos.

Mi amigo y yo nos pasábamos las horas muertas delante del maniquí, enfermos de deseo sexual, quizá enfermos de amor también: dónde está la frontera. En mi delirio, me parecía que la mujer de cartón piedra me miraba como pidiéndome que la rescatara de aquella condición y la convirtiera en una mujer real. Pero cómo hacerlo, si ella y yo vivíamos en dimensiones diferentes.

Mi padre conocía al dueño de la tienda y le pedí que me recomendara para que en Navidades, que aumentaba el trabajo, me contrataran para echarles una mano. Al dueño le pareció bien tener un chico para todo y el primer día de vacaciones me presenté en el establecimiento y barrí el suelo e hice recados echándole siempre que podía un ojo al maniquí rubio.

A los dos o tres días, llegaron a la tienda los vestidos de fantasía para la Nochevieja. Esa noche, todos los empleados nos quedamos después de cerrar para cambiar el escaparate y colocar los adornos. A mí me entregaron el maniquí que sudaba ordenándome que le pusiera un vestido negro, muy escotado, un collar de falsas perlas y unos zapatos con tacón de aguja.

—Y no te pases con ella —me dijo el jefe riéndose, como si hubiera notado mi pasión.

Cuando tuve al maniquí en mis brazos y lo llevé a la trastienda para desnudarlo, casi se me detiene el corazón. Aún no había tenido ninguna experiencia sexual, pero la posibilidad de desnudar y vestir a aquella mujer que, aunque falsa, sudaba, me parecía mejor que un encuentro

con cualquier chica real. No sabía qué hacer para disimular mi turbación. Por fortuna, la atmósfera de trabajo era tan febril que pasábamos inadvertidos los unos para los otros. Sólo una cosa enturbiaba mi placer y es que cuando sacaron al maniquí del escaparate para que le pusiera el traje de fiesta, me pareció ver a mi amigo al otro lado, en la calle, observando con tristeza, desde la oscuridad, nuestros movimientos.

Cuando la mujer de cartón y yo estuvimos frente a frente, en un cuartucho de la trastienda, le quité con la garganta seca el jersey que llevaba puesto y comprobé que, en efecto, tenía los sobacos húmedos. También yo me humedecí en ese instante, sin poder remediarlo. Había otros dos empleados a mi espalda, preparando adornos y colgajos, pero ninguno se dio cuenta. El maniquí, sí. El maniquí me miró con una sonrisa cargada de intención.

Fueron las mejores Navidades de mi vida y aún hoy, cuando pienso en ello, no soy capaz de imaginar una iniciación sexual más rica que la que recibí de aquel muñeco que sudaba.

Luego, cuando terminaron las vacaciones y regresé al colegio, mi amigo no hacía más que preguntarme por el maniquí, pero yo mostraba desinterés, como si el hecho de haberlo visto de cerca me hubiera quitado la ilusión.

—No suda —mentí.

—¿Y la mancha de los vestidos?

—No lo sé, pero te aseguro que no suda.

No volvimos a hablar de ello. El maniquí desapareció un día de la tienda y de nuestras vidas, y al hacernos mayores nuestras conversaciones se hicieron menos fantasiosas. Durante la carrera, mi amigo y yo dejamos de vernos, aunque a veces coincidíamos por el barrio y nos tomábamos una cerveza. A mí me daba la impresión de que cuanto nos decíamos era una excusa para no hablar del maniquí. Cuando mi amigo se casó, me invitó a la boda. Al ir a besar a la novia, vi que tenía dos cercos de sudor en los sobacos. Entonces levanté la vista e intercambié con mi amigo, durante unas décimas de segundo, una mirada de angustia. Después le estreché la mano y le deseé que fuera feliz.

Yo continué soltero.

Mujeres grandes

A mi madre le gustaban las historias de hombrecillos que cabían en la palma de la mano. Todos los años, cuando comenzaba el invierno y sacaba los abrigos del fondo del armario, nos decía: «Mirad bien en los bolsillos, no vaya a haber hombrecillos y les hagáis daño al meter las manos».

Si nos veía entrar en una habitación a oscuras, nos pedía que lleváramos cuidado para no pisarlos, y por las mañanas, antes de ponernos los zapatos, teníamos que comprobar que no se había colado ninguno en su interior. Una vez me regalaron un gato, pero mamá me convenció de que lo devolviera, no porque a ella no le gustaran los gatos, sino por el peligro que podía constituir para los hombrecillos. Nunca vi a ninguno, pero vivía obsesionado con ellos y durante el desayuno solía dejarles, en un travesaño que había debajo de la mesa del comedor, un par de galletas que a la hora de la cena habían desaparecido. Quizá mi madre las retiraba en secreto. Tal vez se las comía ella misma para alimentar a los hombrecillos que llevaba dentro de su cabeza.

Hay una rama de la literatura que se ocupa de los hombrecillos. Son gente cuya única particularidad es la de caber en un dedal. Yo tuve muchas fantasías con ellos, sin duda influido por la obsesión de mi madre y por la lectura de *Gulliver*. Como fui un niño solitario, los hombrecillos imaginarios llenaron el vacío de las relaciones personales. A veces, cuando abría un cajón, intentaba sorprender a uno de estos hombrecillos escondiéndose detrás de un carrete de hilo. En el cuarto de baño, jamás quitaba el tapón del lavabo antes de comprobar que no había hombrecillos flotando en el agua.

Creo que no tenían ningún rasgo de carácter en particular. No eran buenos ni malos, ni locos ni cuerdos, ni ignorantes ni sabios. Conocemos las cualidades morales de las hadas, y de las brujas, pero los hombrecillos de mi madre carecían de un estatus moral. Simplemente, eran hombrecillos. Esto, que de mayor me produce alguna perplejidad, de pequeño me parecía normal. Si habías conseguido ser un hombrecillo, no necesitabas ser otras cosas. Sólo los hombres necesitan ser ingenieros o periodistas o abogados.

Muchas veces me pregunté por qué estos seres carecían de una réplica femenina, pues mi madre siempre hablaba de hombrecillos, jamás de mujercillas. Yo los imaginaba con sombrero de fieltro y corbata. Eran en general muy fumadores y parecían gozar de una buena posición económica. Un día le pregunté a mamá por qué no estaban casados con señoras del mismo tamaño y levantó los hombros como si no tuviera explicación. Pero luego no pudo resistirse y añadió con expresión de orgullo: «Es que están enamorados de las mujeres grandes».

Los placeres del taxi

A mi madre le gustaban mucho los tebeos y las enfermedades. Cuando estaba en cama, lo que era muy común, se pasaba el día leyendo tebeos. Pero cuando sentía llegar a mi padre, lo escondía bajo las sábanas y se colocaba el termómetro en la boca. Nunca entendí su empeño en demostrar que era una mujer infeliz, desgraciada, enferma. En todo caso, ese vicio de ella por la cama me permitió disponer de todos los tebeos de la época. Cerca de casa había un quiosco donde, una vez leídos, se podían cambiar por otros un poco más viejos. En cuatro o cinco cambios te llevabas a casa unas hojas sueltas con manchas de café. Entonces había que realizar una inversión en tebeos nuevos que seguían el camino de los anteriores. La entropía es eso: el envejecimiento de las historias, de todas las historias.

Cuando no estaba en cama, a mi madre le gustaba ir a los grandes almacenes del centro de la ciudad. Siempre me llevaba con ella. Íbamos en taxi, porque la volvían loca los taxis, pero me guiñaba un ojo y me pedía que dijera a mi padre que habíamos cogido el autobús. Lo cierto es que tampoco de esta manera era feliz, porque se pasaba todo el rato observando los saltos del taxímetro con una angustia tremenda. Recuerdo que saltaba cada cinco segundos. Yo ahora cojo muchos taxis, creo que más por darle una alegría al fantasma de mi madre que a mí mismo, pues lo cierto es que cuando voy en metro o en autobús siempre me ocurre algo aprovechable para un artículo.

Un día, en unos grandes almacenes, nos encontramos con una señora muy bien vestida, que llevaba en la cabeza un tocado. Se saludaron con mucha alegría y comprendí que habían sido compañeras de colegio. Era evidente que la amiga de mi madre tenía una posición económica más desahogada que la nuestra. Y también era evidente que competían por ver a cuál de las dos le había ido mejor en la vida.

Mi atención se desvió entonces hacia un maniquí femenino que un dependiente estaba desnudando a la vista del público. Me separé de mi madre y de su amiga atraído por este espectáculo pornográfico, y cuando estaba un poco alejado, quizá creyendo que no podía oírla, mi madre dijo que yo era el hijo de su asistenta.

—Pues yo habría jurado que era tuyo —dijo su amiga.

—Pues no —respondió ella algo molesta.

Volvimos a casa en taxi, observando angustiosamente los saltos del taxímetro. Mi madre me miraba con expresión culpable. Ya en casa, me dio dinero para que fuera a cambiar unos tebeos y luego, abrazándome, repitió lo de siempre:

—Dile a tu padre que hemos ido al centro en autobús.

Un misterio

Mi madre pasó por varias épocas, como Picasso, sólo que ella, en vez de pintar, iba de acá para allá. A media mañana se dirigía al mercado. A veces me dejaba acompañarla (no siempre, porque también le gustaba estar sola, o eso decía) y yo me detenía, como casi todos los niños, en las carnicerías, fascinado por los cuerpos de los animales abiertos en canal. Como no creía en la muerte, pensaba que aquellas vacas desolladas aún vivían, aunque no tenían el modo de expresarlo porque les habían arrancado los nervios. Hoy puedo decirlo con toda tranquilidad y con toda seguridad a aquellas personas que duden como dudaba yo: las vacas de las carnicerías están muertas, completamente muertas, y ya no les hace daño que las corten en chuletas o las conviertan en carne picada. Los corderos también están muertos, y los conejos y los cerdos. A veces, hasta el propio carnicero está muerto. Digo esto porque el de la carnicería del mercado de mi barrio tenía los ojos saltones, como los de las vacas sin piel, y una palidez general que daba miedo. Cuando vi mi primera película de zombis, comprendí el asunto.

Un día, mi madre compró en la pollería un pollo entero, con todas sus cosas, cada una colocada en su sitio, aunque estaba completamente muerto. Luego volvimos a casa y cada uno se puso a hacer sus cosas. A la hora de comer, yo esperaba ver aparecer al animal sobre la mesa, pero en lugar de eso comimos unos huevos fritos. Me extrañó, pero no dije nada. Pensé que el pollo sería para la cena o para el día siguiente. Pero ni a la cena ni al día siguiente ni al otro ni al de más allá apareció el bicho. En aquella época no se congelaban los alimentos, porque las neveras carecían de estrellas, de manera que el asunto tenía difícil explicación.

—¿Qué pasó con el pollo, mamá? —pregunté al cabo de una o dos semanas.

—Olvidate del pollo.

—¿Por qué? —insistí.

—Porque sí, porque te lo digo yo.

Como no era un niño especialmente difícil, obedecí y me olvidé del pollo hasta que falleció mi madre. Ella tenía en la terraza una jardinera grande, con unos geranios que cuidaba mucho. Cuando recogimos la casa, dije a mis hermanos que me gustaría quedarme con aquella jardinera, que vacié para trasladarla hasta mi casa, pues incluso sin tierra pesaba demasiado.

Al vaciarla, encontré los restos óseos del pollo, que evidentemente había sido enterrado allí hacía muchos años. ¿Por qué hizo eso mi madre con aquel animal? Jamás lo sabré. Los padres, cuando se van, dejan más misterios que bienes materiales.

Aceite de ricino y mística

Mi madre daba una importancia enorme al estado de la lengua. Por la mañana nos ponía en fila y uno a uno íbamos enseñádosela. A continuación decidía quiénes debíamos tomar aceite de ricino y quiénes no. El aceite de ricino tenía un sabor repugnante, aunque a mi hermano Antonio, que era muy raro, parecía encantarle. A veces se tomaba a escondidas el mío y el de mi hermana Elvira.

—¿Cómo puede gustarte? —le preguntaba yo.

—No me gusta, pero me estoy acostumbrando poco a poco a las cosas que no me gustan.

Años más tarde observé con sorpresa que ese modo que tenía mi hermano de enfrentarse a la realidad aparecía en los libros de texto con el nombre de ascetismo. El asceta busca el bien a través del mal. O se mortifica para alcanzar el bienestar, como ustedes prefieran. Mi hermano era un asceta sin haber llegado a oír jamás tan curiosa palabra. Algunos días se ensuciaba la lengua voluntariamente con un poco de tinta para que le administraran una ración doble de la pócima. Aseguraba que se quedaba más tranquilo si comenzaba la jornada con un castigo innmercido. Presagiaba que el futuro estaría lleno de cosas innmercidas que de todos modos nos tendríamos que tragar, en lo que no estaba equivocado. Yo, menos sufrido que él, o quizá más partidario de la mística, que consiste en que el bien te llegue de manera gratuita, o sea, porque sí, me lavaba la lengua con la punta de una toalla en la que aplicaba un poco de jabón.

Conservo desde entonces la costumbre de mirarme la lengua en el espejo, al levantarme. No es una costumbre tan rara: lo hacen en las películas muchos personajes. Lo que no sé es si todos buscamos lo mismo. Quizá en la lengua, como en las líneas de las manos, se pueda leer el futuro, o al menos el pasado inmediato. Las noches que tengo pesadillas, de hecho, me levanto con la lengua sucia. Entonces voy a la cocina y me tomo no una, sino dos cucharadas de aceite de ricino, una por mí y otra por mi hermano Antonio, que falleció la primavera pasada. Ya no me da tanto asco. Hasta me gusta un poco. Aunque no he logrado acostumbrarme del todo a las cosas que no me gustan, he desarrollado hacia ellas una tolerancia interesante. Con los años, y al comprender que la mística era una quimera, me estoy volviendo asceta. Cada día, encuentro un pequeño sufrimiento con el que castigar mi lengua. Y no lo hago por Dios ni por el diablo ni por el hambre en el mundo; lo hago por el pasado, hacia el que conservo una fidelidad enfermiza.

La misma frase

Mi madre tenía una muñeca rusa que le había traído mi padre de París. A mis hermanos les enloquecía que al abrirla apareciera dentro otra muñeca idéntica. Pensaban que era el colmo de lo anormal. Yo, más ingenuo, creía que los seres humanos estábamos constituidos de ese modo. Así, dentro de mi profesor de matemáticas habría otro profesor de matemáticas un poco más pequeño y otro y otro y otro... Tenía un compañero cojo, de nombre Antonio, que se caía a veces por las escaleras. Yo siempre esperaba que se rompiera para ver salir de él a un pequeño ejército de Antonios cojeando por las dependencias del colegio. Aunque luego, en la asignatura de ciencias naturales, me dijeron que por dentro estábamos hechos de otro modo, siempre me imaginé a mí mismo lleno de Juanjos que disminuían de tamaño a medida que se acercaban a lo más profundo de mí mismo.

Ya de mayor, cuando al estudiar preceptiva literaria intenté comprender las diferencias entre continente y contenido, me acordé con frecuencia de la muñeca rusa y comprendí que no hay contenido más eficaz que el propio continente, pero no he logrado llevar esa idea a la literatura. Aun sabiendo, teóricamente al menos, que en el fondo sólo hay forma, me relaciono con el mundo como si fueran cosas diferentes. Por eso, cuando en los anaqueles de una tienda veo una muñeca rusa, la abro y la abro hasta el final con la esperanza de encontrar dentro algo diferente a la propia muñeca. Pero nunca aparece. Y quizá ése es su secreto. No se sabe de nadie que pase con indiferencia ante uno de esos artefactos, pese a que no hay tampoco ninguna posibilidad de que su apertura nos depre una sorpresa.

La muñeca rusa de mi madre estaba en una especie de tocador que había en su dormitorio. A veces, escondido debajo de la cama, veía cómo ella abría y cerraba el artefacto soviético procedente de París. Daba la impresión de buscar dentro de la muñeca algo que no encontraba dentro de sí misma. Y siempre lo abandonaba con un gesto de decepción para rizarse las pestañas. Pero yo creo que se trataba de una decepción activa. El humor, según Bergson, es una espera decepcionada. Las muñecas rusas esconden un sistema filosófico que provoca un sentimiento semejante. Uno sospecha que la vida, de ser algo, es esa sucesión de lo mismo dentro de lo mismo. Yo lo entendí de pequeño, frente a la perplejidad de mis hermanos y de mi madre, pero lo desentendí de mayor. Y todo porque no he conseguido escribir una frase que dentro de sí contenga la misma frase y la misma frase y la misma frase...

Elaboración de productos

Mi madre no era capaz de resolver un problema si no lo convertía previamente en un drama. Del mismo modo que el matemático no comprende la realidad hasta que la atrapa en una ecuación, ella no entendía una dificultad doméstica si no la transformaba en una catástrofe. Los seres humanos somos así de raros; necesitamos elaborar las materias primas —sean patatas o mercurio— para darles un uso final. No entendemos el oro, por ejemplo, hasta que lo transformamos en un colgante. Podríamos disfrutar de él tal como se encuentra en la naturaleza, pero no. Necesitamos extraerlo de la dura tierra, fundirlo, moldearlo y ponerlo a la venta. Entonces decimos: «Fantástico. Qué bello es el oro».

La transformación de las sardinas en sardinas en lata es la variante positiva de esta tendencia. La materia prima con la que mi madre construía sus dramas eran las pequeñas dificultades domésticas de cada día. Pongamos que se nos había acabado la bombona de gas un lunes y que el camión de reparto no pasaba hasta el martes. En principio, no era ninguna tragedia, porque a los niños nos encantaba comer de bocadillos. Incluso tenía su lado bueno porque rompíamos la rutina. Pero ella se mesaba los cabellos e iba de acá para allá profiriendo unos alaridos que nos ponían los pelos de punta. Si mi padre intentaba calmarla, le reprochaba que él no se ocupara de esas cosas y aseguraba que era la esclava de todos nosotros, que la contemplábamos estremecidos.

A la media hora de habernos quedado sin gas, mi padre, desesperado por los reproches y los gritos de mi madre, empezaba a dar portazos o amenazaba con tirarse por el balcón. Mi hermana pequeña, aterrada por el espectáculo, se ponía a llorar, y los vecinos amenazaban con llamar a la policía municipal si no cesaba el griterío. Justo en ese momento, cuando el universo iba a reventar con todos nosotros dentro, mi madre cruzaba la calle y al rato volvía sonriendo triunfalmente con una bombona que le había prestado su hermana, que vivía en la casa de enfrente. No era raro que le reprochara a mi padre que hubiera pensado en suicidarse por una tontería así. «Tú no estás bien de la cabeza», le decía, mientras cogía a mi hermana pequeña en brazos para que dejara de llorar. Yo me iba cabizbajo a la calle intentando convertir lo que había ocurrido en un producto envasado, para ver si de ese modo lograba comprenderlo. Pero todavía no lo comprendo, y eso que escribir no es más que tomar la materia prima de la realidad y convertirla en literatura para hacerla más digerible.

La mejor tarde de mi vida

Cuando se me acaban los ansiolíticos, voy a ver a mi madre y le robo a escondidas un puñado. Los tiene de todas las marcas, y no sólo ansiolíticos, sino verdaderos hipnóticos, además de inductores del sueño, relajantes musculares y antiinflamatorios. No sé cómo consigue las recetas, pero lo cierto es que nunca le falta una pastilla que echarse a la boca. Yo, en cambio, las tengo que mendigar porque todos los médicos con los que tropiezo están en contra de la química. Unos me aconsejan ejercicios respiratorios y otros, verduras, cuando lo que a mí me ha ido bien de toda la vida han sido las pastillas. Así que me acerqué a la casa de mi madre después de comer y me puse a ver la televisión con ella hasta que se durmió. Entonces me deslicé de puntillas hasta el cuarto de baño y abrí el armario espejo de tres puertas donde guarda los estupefacientes, pero estaba vacío.

Tras la primera reacción de sorpresa, comprendí que se había dado cuenta de que cada vez que la visitaba le desaparecían dos o tres docenas de pastillas, por lo que quizá las había cambiado de lugar. Fui a su dormitorio y revisé todos los cajones del armario, así como los huecos de la mesilla de noche, pero no hallé nada. Al regresar al salón, mi madre abrió los ojos y preguntó:

—¿Estás realmente aquí o eres una pesadilla?

—Soy una pesadilla —respondí desconcertado, y cerró los ojos de nuevo.

Entonces vi un pastillero sobre la mesa de café. No tenía más que tres píldoras que no sé para qué eran, pero me tomé una de color azul y al poco me invadió una paz inexplicable que nacía en el plexo solar, desde donde se abría en abanico para irradiar cantidades discretas de felicidad en dirección al cerebro. Debía de tratarse de un hipnótico de última generación. Hace poco leí en una revista de farmacia que estos hipnóticos no dejan secuelas ni producen más adicción que las patatas fritas.

Tras disfrutar unos instantes de aquel estado de paz budista, empecé a mirar en derredor, intentando conjeturar dónde podría guardar mi madre sus medicinas. Mientras miraba dentro de una sopera, ella volvió a abrir los ojos y a observarme fijamente, pero esta vez no me preguntó nada. Sólo dijo para sí: «Ya está otra vez aquí esta pesadilla», y volvió a dormirse. Revisé todos los huecos del aparador encontrando un placer enorme en manosear los cubiertos y los platos de loza de mi infancia. Normalmente, esos objetos me parecen siniestros, pero la pastilla azul, que tanta paz me había proporcionado, me había provisto también de una mirada nueva, ingenua. Me parecieron una obra de arte las cucharillas de café y las tenazas para el marisco. En mi casa nunca comimos marisco (y estuvimos a punto de no comer pescado), pero mi padre, que en paz descansa, compró en el Rastro aquellas tenazas, supongo que para creerse alguien.

Por miedo a que mi madre se despertara, bajé el volumen del televisor, pero eso fue precisamente lo que le hizo abrir los ojos de nuevo. Esta vez, mirándome fijamente, me preguntó:

—¿Eres tú o tu hermano?

Tengo un hermano gemelo que es, con razón, el favorito de mi madre. Le contesté que era mi hermano esperando acertar y acerté de pleno, pues inclinó la cabeza hacia un lado y comenzó a roncar. A medida que pasaba el tiempo, los efectos de la pastilla azul se multiplicaban. Se estableció una curiosa armonía entre los objetos de la casa y los latidos de mi corazón, haciéndome sentir que la realidad y yo éramos la misma cosa, idea que me inundó de bondad hasta el punto de que llegué a dudar si yo sería yo o sería mi hermano. Una voz interior me dijo que yo era yo y que por lo tanto debía continuar buscando las pastillas.

Las encontré al fin dentro de un bote grande de Cola Cao, en la cocina. Había cientos, de distintos tamaños y colores, pero ninguna de color azul, por lo que supuse que mi madre tenía el botín distribuido por distintos lugares. Tomé un puñado, como hacía habitualmente, y apenas había cerrado el bote cuando me pareció escuchar el roce de una llave sobre la embocadura de la cerradura de la vivienda. Sólo mi hermano y yo, aparte de mi madre, claro está, tenemos llave, por lo que supuse que era mi hermano. Me escondí detrás de la puerta de la cocina y escuché sus pasos dirigiéndose al salón. Cuando estuve completamente seguro de que no podía oírme, me deslicé hasta el pasillo y abandoné la casa sin que hubiera reparado en mi presencia. Tomé un taxi y fui a casa de mi hermano, donde mi cuñada me invitó a café y a conversación hasta que se me empezaron a pasar los efectos de la pastilla azul.

Una amputación invisible

Cuando me di cuenta, en el pasillo de un supermercado, de que había perdido el móvil, sufrí un ataque de sudor, pero no de sudor frío, como en las novelas de terror, sino de sudor caliente. Mi cuerpo padeció un cambio climático que se tradujo en un calentamiento general de su corteza. Por un instante creí que iba a cocerme en mi propio jugo dentro de esa corteza. Tenía a la vez un sentimiento de extrañeza y de incredulidad, como si acabara de sufrir la amputación violenta e indolora de un órgano. La amputación me había dejado un muñón invisible para los demás, un muñón psíquico, por entendernos, imposible de demostrar, pero tan pavoroso como un muñón de carne y hueso. Pasada la primera oleada de calor, revisé de nuevo los bolsillos de la chaqueta e investigué su forro sin ningún resultado.

Noté que la gente comenzaba a mirarme. No podía explicarles que mi alteración se debía a la amputación del móvil porque no lo entenderían. No había herida, no había sangre, no había señales externas de violencia. Sólo quien ha perdido un teléfono móvil tan inteligente como el mío sabe de qué hablo. Tenía en él una agenda telefónica de cientos de números construida a lo largo de los años e imposible de rehacer entera. Tenía también notas y fechas y mensajes de entrada y de salida que nunca volvería a leer. No exagero si digo que mi móvil era un órgano más de mi cuerpo, no tan importante como el hígado o los riñones, pero más valioso que el apéndice o la vesícula biliar. En los viajes me hacía sentirme conectado con mi casa. En casa, me conectaba con el exterior.

Recuerdo la primera vez que vi un teléfono. No un teléfono móvil, sino uno convencional, de los de toda la vida. Acababa de llegar del colegio. Mi madre me tomó de la mano y me condujo hasta el cuarto de estar. En medio de la mesa camilla, sobre un tapete verde que lo enmarcaba y hacía resaltar más su presencia, había un teléfono negro. Me pareció que alrededor del aparato se formaba una extraña aura de luz, como si se tratara de una alucinación, y para mí, en cierto modo, lo era, ya que siempre había oído hablar del teléfono a mis padres con el mismo respeto que de los fantasmas.

Inmediatamente quise llamar a un compañero del colegio, pero mi madre me dijo que no, que costaba dinero. El teléfono sólo era para cosas urgentes. Y en efecto, fue para cosas urgentes. Aquel año lo oí sonar dos veces, una para comunicarnos que el abuelo se había muerto y otra, a la media hora de la anterior, para decirnos que el abuelo había resucitado (el padre de mi madre tenía cierta facilidad para entrar en estado cataléptico, y el médico lo dio por muerto erróneamente). Por nuestra parte, sólo lo utilizamos dos veces también, una para comunicar que mi

hermano había nacido y otra para comunicar que había nacido una vez más (eran gemelos, pero el segundo vino con media hora de diferencia, cuando ya no se le esperaba).

No tengo asuntos tan importantes que me obliguen a permanecer atado al teléfono. Sé que si alguien necesita localizarme, lo hará de un modo u otro. En cuanto a la agenda, la reharé con la ayuda de mis amigos. Todo lo que dije en las primeras líneas para justificar el ataque de pánico que me produjo su pérdida era un conjunto de coartadas. Mi apego al teléfono tiene un fundamento fantástico que nunca, hasta ahora, había confesado. Verán, desde que a los ocho o nueve años vi aquel primer teléfono sobre la mesa camilla del cuarto de estar de la casa de mis padres, tuve la fantasía de que un día el teléfono sonaría y preguntarían por mí. Mi madre, extrañada, me pasaría el aparato y una especie de divinidad, desde el otro lado del hilo, me revelaría una verdad fundamental. Yo colgaría el teléfono, me volvería hacia mi familia y les confirmaría que Dios existía o que no existía, alternativamente, y que todo estaba permitido o todo prohibido, alternativamente.

Creo que sigo esperando esa llamada por la que al fin sabré si la vida tiene sentido o no. Soporto todas las demás como el precio que he de pagar para atender ésta. De ahí el ataque de sudor disolutivo que sufrí en un pasillo del supermercado al comprobar que había perdido el móvil y que me había desconectado no del mundo, al que pueden dar por saco, sino de esa deidad que tarde o temprano, lo sé, me llamará para revelarme una verdad esencial que dé sentido a mi existencia. Cuando esa llamada se produzca, ustedes serán los primeros en conocer su contenido, por si los ayuda a ir tirando.

Mi primer plato combinado

«Nosotros no vivimos en la realidad, pero la visitamos», dice un espía de *Amigos absolutos*, la novela de John le Carré, a un principiante con escrúpulos. Tuve un tío rico que vivía también fuera de la realidad, aunque de vez en cuando venía a pasar un rato con los que habitábamos en ella. Llegaba en un coche de quince metros que aparcaba delante de nuestra casa y cuyas llaves nos entregaba para que los niños jugáramos mientras él hablaba con mis padres. Dentro de aquel automóvil con el salpicadero de madera y tapizado en piel, nos sentíamos a salvo de la realidad. «Haces mal en dejar las llaves a los críos —decía mi madre—, te lo ponen todo perdido.»

Y lo que yo escuchaba es que le dejábamos el interior del coche lleno de realidad, porque es cierto que no éramos muy limpios. A mi tío no le importaba, porque lo llevaba a un servicio de limpieza especializado en eliminar las manchas de realidad, aun las más rebeldes. Tengo para mí que la realidad era para él una especie de perversión de fin de semana. Bajaba a la realidad como otros se van de putas porque era un hombre con intereses muy variados. Aunque nunca logré averiguar de qué hablaba con mis padres, sé que sus conversaciones eran tensas, porque más de una vez escuché sus voces detrás de la puerta. Mi tío era un hombre misterioso y mis padres, no.

Un día, fue a buscarme por la mañana y estuve varias horas con él fuera de la realidad. Me llevó a una especie de club de campo con piscinas de varios tamaños. Cada pocos metros había un quiosco de madera con el techo de paja en el que podías pedir lo que quisieras sin pagar. En los vestuarios había duchas con el suelo de madera y agua caliente que producía nubes de vapor. Vi también por primera vez en mi vida una sauna y muchas mujeres hermosísimas con atuendos que no parecían confeccionados en este mundo. Yo, al menos, no los había visto antes. También fue la primera vez que me tomé un «plato combinado». El plato combinado puede parecer ahora una vulgaridad, pero en aquella época se acababa de inventar y era a lo más que se podía aspirar desde el punto de vista de la gastronomía, incluso desde el punto de vista de la filosofía, pues no constituía sólo un modo de nutrirse, sino una forma de abordar la existencia.

Por la tarde, mi tío me llevó en su coche hasta un callejón desde el que se divisaba una calle principal en la que había un concesionario de automóviles de la misma marca que el que conducía él. Entonces sacó un sobre cerrado de la guantera y, señalándome la tienda de automóviles, me dijo que entrara en ella y que le diera el sobre a un señor con bigote que se veía a través del escaparate.

—Si te pregunta quién te ha dado el sobre, dile que un hombre que pasaba por la calle. Y regresa aquí dando un rodeo, para que no vea que te estoy esperando.

A mí todo aquello me parecía muy excitante porque no era real. Entré en la tienda, entregué el

sobre y me quedé esperando una propina, pues estaba convencido, no sé por qué, de que al encontrarme fuera de la realidad me darían unas monedas, quizá unos billetes, por haber llevado a cabo aquella gestión irreal. El hombre del bigote abrió el sobre, leyó una nota manuscrita que había en su interior y me preguntó, con muy mala cara, quién me había encargado aquella misión. Le dije que un hombre que pasaba por la calle. El individuo miró hacia fuera y luego, viendo que yo continuaba parado, esperando la propina, me dijo que me fuera a la mierda.

Salí a la calle con la impresión de haber caído de improviso en la realidad y me metí en el coche de mi tío con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha mandado a la mierda.

—Eso está bien —añadió él poniendo el motor en marcha y huyendo a escape de la realidad.

La semana pasada enfermó gravemente este tío nuestro. Fui a verle al sanatorio, pero cuando llegué acababa de expirar. Hablé con la enfermera que le había atendido y me preguntó que a qué se había dedicado mi tío. Le dije la verdad: que no lo sabía porque se trataba de un pariente lejano con el que tenía muy poca relación. «Él creía que había sido espía», dijo ella. Al día siguiente tropecé con la frase de Le Carré y me pareció una coincidencia asombrosa.

Los padres mienten

Mi hermano mayor me despertó a medianoche para revelarme el siguiente secreto:

—Dentro de poco te dirán que los Reyes Magos son los padres. Se lo dicen a todo el mundo al cumplir tu edad. No te lo creas. Los Reyes existen, pero como los mayores no saben el modo de explicar su existencia, dicen eso, que son los padres.

Mi hermano dormía en la cama de al lado. Nuestra relación no era ni buena ni mala, así que a veces nos llevábamos bien y a veces mal. Pero éramos cómplices de muchas cosas. Fumamos el primer cigarrillo juntos; hurtamos juntos también las primeras monedas del bolsillo de la chaqueta de mi padre; él me hacía los deberes de matemáticas y yo los de lengua... Dependíamos el uno del otro, en fin, en demasiadas cosas. Como decía aquél, dos que han robado caballos juntos están condenados a protegerse. La protección pasaba por hacernos este tipo de confidencias sobre las verdades básicas de la vida. Si los Reyes existían y él lo había averiguado, era mejor que yo lo supiera, por duro que resultara para mí.

Lo cierto es que yo ya había oído en el colegio rumores acerca de que Melchor, Gaspar y Baltasar eran los padres. Pero no les había prestado atención. Lo que no podía imaginarme era que los rumores procedieran de los adultos. Si ya les tenía poco respeto, lo perdieron del todo tras la revelación de mi hermano mayor.

En efecto, ese mismo año, cuando nos dieron las vacaciones de Navidad, mi madre me llamó un día y empezó a preguntarme qué pensaba yo de los Reyes Magos. Le dije que les tenía en gran consideración (no de este modo, claro, no era un niño cursi), aunque no siempre me trajeran lo que les pedía, pues me hacía cargo de que había en el mundo muchos niños y que no podían complacer a todos. Mamá se quedó desconcertada, ya que lo normal, cuando a un chico se le quita la venda de los ojos en este asunto, es que el chico esté ya al cabo de la calle. Creo que estuvo a punto de desistir, pero finalmente tomó aire y me dijo que los Reyes Magos eran los padres.

—Se trata —añadió— de una mentira que mantenemos durante la infancia, porque la infancia es una época de ilusiones fantásticas, pero tú ya no tienes edad para creer en los Reyes. A tu hermano se lo dijimos también cuando cumplió tus años.

Mi hermano me había aconsejado que cuando me contaran la mentira de que los Reyes eran los padres, fingiera que me lo creía, pues de lo contrario les parecería un chico raro y me llevarían al psicólogo.

—Yo —añadió— también lo fingí. Como comprenderás, si ellos se quedan más tranquilos así, tampoco cuesta tanto darles gusto.

Hice, pues, como que me lo creía y me fui a mi cuarto a escribir la carta a los Reyes, una carta,

por primera vez, clandestina. Ese año, habida cuenta de que ya era un chico mayor y que me hacía cargo de la situación mundial, que era un desastre, les pedí cosas más razonables que en otras ocasiones. Mi hermano puso mi carta en el mismo sobre que la suya y se encargó de echarlas al correo. Curiosamente, ése fue el primer año que me trajeron todo lo que les pedí.

Al regresar de las vacaciones de Navidad al colegio, comprobé que a todos los de mi clase les habían dicho que los Reyes eran los padres, y todos se lo habían creído. Estuve a punto de sacarlos de su error, pero mi hermano también me había dicho que ni se me ocurriera, porque me tomarían por loco. La conspiración para eliminar esa creencia de la cabeza de los chicos era prácticamente universal y resultaba ingenuo tratar de enfrentarse a ella, pese a las numerosas pruebas existentes, repartidas entre la Biblia, la Historia Sagrada y los propios hechos, pues lo cierto es que aun después de dejar de creer en los Reyes la gente continuaba recibiendo regalos.

Tuve la suerte, en fin, de mantener esa ilusión durante mucho más tiempo que mis compañeros. Si he de ser sincero, no recuerdo exactamente la edad en la que dejé de creer en los Reyes Magos, quizá cuando falleció mi hermano y en su funeral recordé esta historia fantástica que no sé cómo se le pudo ocurrir. Aunque también es cierto que una vez instalado en el mundo de los adultos comprobé que mentían tanto y de manera tan gratuita, que no sería raro que mi hermano llevara razón y que también hubieran mentido en esto. Este año, como todos desde aquella época, les escribí una carta clandestina (en mi casa ya no creen en los Reyes ni mis hijos) y me han traído de nuevo todo lo que les pedí.

La verdadera muerte de mamá

A las pocas horas de que muriera mamá, con su cuerpo aún en el tanatorio, tuve que ir a su casa a buscar unos documentos. Me sorprendió encontrar en su mesilla un teléfono móvil, pues siempre se había manifestado en contra de ese aparato. Comprobé que la pila estaba cargada y me lo llevé junto con el cargador. Durante el resto de la jornada, mientras atendía a las personas que pasaron a darme el pésame, fui consciente de que llevaba aquel trasto de mamá en el bolsillo. De vez en cuando, me separaba de los demás y comprobaba que continuaba encendido. La verdad es que estaba ansioso por que sonara. ¿Quién podría llamar? Quizá la propia mamá, me dije, o alguna relación que yo no le conocía y que era la causante de que hubiera incorporado a su existencia ese artefacto del que decía abominar.

Tras el entierro, volví a casa y me preparé una infusión. Vivo solo, como mamá, pero no soy viudo, como ella. Nunca he tenido una relación que me durara más de dos meses. Cuando falleció papá, con quien me llevaba muy mal, le sugerí a mamá que viviéramos juntos, pero ella adujo que teníamos hábitos muy distintos y que era mejor que cada uno se quedara en su casa. Así lo hicimos. Por lo general, iba a verla una vez a la semana y comíamos juntos, aunque la telefoneaba a diario. Nunca supe si mis llamadas la alegraban o la fatigaban. Ella procuraba no hacerme daño, pero siempre me transmitía la impresión de que yo dependía más de ella que ella de mí.

Mientras me tomaba la infusión, saqué el móvil del bolsillo. Continuaba vivo, pero se le había borrado una rayita de las que indican el estado de la batería. Lo puse a cargar, pues si se apagaba, no conociendo su clave secreta, tampoco podría volver a encenderlo. Luego entré en el menú y busqué la agenda, pero la tenía vacía. Durante los días siguientes, me quedaba a veces mirándolo, esperando el milagro de que sonara y averiguara algo que no sabía de mamá. Lo guardaba dentro del bolsillo interior de la chaqueta y de vez en cuando me llevaba la mano al aparato, como quien se la lleva al corazón, para comprobar que continuaba allí. Más de una vez me dio la impresión de que vibraba, pero no era él, era mi corazón.

Hace algún tiempo, se quedó vacío el apartamento contiguo al mío. Sabía que no vivía nadie en él porque me lo dijo el portero, pero a veces me parecía oír ruidos. En más de una ocasión apliqué mi oído al tabique de separación, para cerciorarme de que no vivía nadie. También fantaseé con la idea de hacer un pequeño agujero en la pared para descubrir al fantasma que habitaba en ese piso vacío. Manías de soltero, de persona solitaria con demasiado tiempo libre. Establecí con el móvil de mamá una relación semejante a la que tengo con el tabique. Me lo colocaba a veces en el oído, para ver si había alguien al otro lado. Y tenía que haberlo, pues de

otro modo mamá jamás se lo habría comprado. Alguien se lo tuvo que regalar, alguien que utilizaba el móvil a modo de cordón umbilical con ella.

El tiempo pasó sin que el teléfono sonara. Miento: sonó un par de veces, pero eran llamadas de personas que se habían equivocado, o eso creo. La primera se produjo un domingo por la mañana. Estaba preparando un zumo de naranja que fue a parar al suelo, por el susto. Al otro lado había un hombre que preguntaba por Rosario. Le dije que el teléfono no pertenecía a nadie con ese nombre, por lo que pidió disculpas y colgó. La segunda vez estaba en el cine. Había activado el mecanismo de vibración, para que no sonara. De súbito sentí una especie de taquicardia fuera del pecho. Al principio creí que se trataba de una alucinación, pero me llevé la mano al bolsillo y lo sentí temblar. Me levanté para salir de la sala, pero al llegar al vestíbulo, cuando me disponía a atender la llamada, cesó la vibración. En la pantalla del aparato apareció la leyenda «Llamada perdida». Busqué información, pero el número del llamante estaba oculto.

Mañana hará un año que murió mamá. Creo que es absurdo continuar manteniendo esta atención a un teléfono mudo. Quizá ha llegado el momento de desprenderme de él. Pero no sé si arrancarle la batería de golpe, para que muera de manera instantánea, o dejar que se vaya agotando poco a poco, asistiendo tercamente a su agonía como si asistiera a la mía y como no asistí, por cierto, a la de mamá, que murió de repente, sin que me diera tiempo a despedirme de ella. Haré esto último: dejar que la batería se agote poco a poco. ¿Cuánto puede durar? ¿Dos días? ¿Tres? ¿Cuatro? Serán los que me queden a mí para cambiar de vida. Mamá habrá muerto del todo cuando su móvil deje de respirar. Qué absurdo para alguien que, como ella, odiaba la tecnología.

Ganas de bronca

Mi madre sólo escuchaba la radio para estar de acuerdo o en desacuerdo con ella. Todo lo que oía le servía para pelearse o congraciarse con la realidad. No tenía términos medios. Por eso en casa no se escuchaba nunca música clásica, porque es muy difícil estar a favor o en contra de lo que dice la música clásica. En cambio, la volvían loca los boleros, a cuyos protagonistas zahería sin piedad por enamorarse de quienes no les convenían. Eso era lo que le pasaba a ella, que se había enamorado de mi padre, a quien unos días adoraba y otros detestaba. Mi padre nunca supo por qué le quería o le odiaba, indistintamente, pero como la experiencia le fue enseñando que todo cuanto decía podía ser empleado en su contra, fue hablando cada día menos. Pasó sus últimos años sin decir nada, pero hasta el silencio le servía a mi madre para pelearse con él:

—Sí, sí, tú no digas nada, pero yo sé muy bien lo que estás pensando y ya te digo que es un disparate.

A veces, sin embargo, utilizaba el silencio de mi padre para darse la razón a sí misma.

—Entiendo, puesto que el que calla otorga, que estás de acuerdo en que este año veraneemos en la sierra.

Cuando llegó la televisión, mantuvo con ella la misma relación que con la radio, sólo que ahora a los argumentos verbales añadía los visuales.

—Pero mírale, si es un idiota. Dice cosas inteligentes para despistar, pero a mí no me engaña, porque la cara es el espejo del alma.

Mi padre aprendió a mirar la televisión con una neutralidad que le ponía a uno los pelos de punta. Parecía que estaba viendo otra cosa, invisible para el resto de los mortales.

—¿Pero tú ves lo mismo que yo? —le preguntaba mi madre.

Y él no respondía. Jamás respondió. Yo comía una vez a la semana con ellos y me asombraba ante la impenetrabilidad de mi progenitor, que me parecía admirable. Su proceso de indiferencia llegó al punto de dejar de fumar, de abandonar el cigarrillo, que en los últimos años había sido el único objeto real al que se asía con alguna desesperación. Mi madre, que se había pasado la vida reprochándole que fumara, le criticaba ahora por no fumar. Es más, ella, que detestaba el tabaco, se aficionó al Marlboro, y le echaba el humo en la cara, para tentarle. Yo creo que mi padre ya no fumaba por pereza; que ya no hablaba por pereza; que no se movía del sofá por pereza. Muchas veces pensé que no se moría por pereza. De todos modos, como en esto de fallecer la biología acaba haciéndote el trabajo, un día, después de comer, se puso a agonizar sin estrépito de ninguna clase. Mi madre le preguntó si se encontraba mal y él, por toda respuesta, expiró.

—A mí no me engañas —le dijo mi madre—. Sé perfectamente que te has muerto.

Papeles pintados

Un día mi madre salió desnuda al pasillo y me ordenó que fuera corriendo a la droguería y gritara que empapelar era más sencillo que pintar.

—¿Para qué? —articulé yo intentando desviar la mirada de sus pechos, sin conseguirlo, me parece.

—Dan un premio al primero que llegue y diga eso. ¡Corre!

Era el primer día que me levantaba de la cama después de haber estado una semana enfermo, con anginas, así que hice un movimiento de rebelión frente a su brusquedad: no era manera de tratar a un convaleciente. Pero ella me lanzó de un empujón escaleras abajo y de súbito me vi corriendo como un loco hacia la calle intentando que el recuerdo de sus senos, que todavía bailaban delante de mis ojos, no me impidiera totalmente la visión de los coches. Deduje que acababa de quitarse el camisón cuando oyó el anuncio por la radio. Y es que había, en efecto, una marca de papeles pintados que se presentaba cada día en la droguería de un barrio diferente y desde allí lanzaba un reto absurdo a sus habitantes a través de las ondas. El premio consistía en un viaje a Canarias, además de media docena de rollos de papel pintado. Una fortuna para la época. Y la posibilidad de salir en la radio y que te escucharan los abuelos, los vecinos, las madres de tus compañeros...

Todas estas promesas engrasaban mis piernas, que jamás habían alcanzado semejante coordinación motora. Hacía mucho frío, pero yo sudaba imaginando la foto en la que se nos veía a mis padres y a mí delante del avión que nos llevaría a las islas. ENFERMO DE ANGINAS GANA UN VIAJE A CANARIAS, rezaba el titular del *Ya*, el periódico apto para menores que se leía en casa. Se trataba, en fin, de una oportunidad para convertirme en un héroe, quizá la única que me ofrecería la vida si era cierto aquello de que la suerte sólo pasa una vez por tu puerta. A medida que aumentaba el rendimiento muscular, oía una sucesión de pequeños estallidos dentro de mí, como si estuviera relleno de vesículas o divertículos que estallaran víctimas de aquel esfuerzo excepcional. Ignoraba si era grave, pero no podía parar a escucharme en tales momentos.

Aunque la campaña se había hecho famosa, nadie pensó que la marca de papeles pintados se dignara caer por Prosperidad, un barrio periférico y dejado de la mano de Dios. Nosotros vivíamos en Canillas, relativamente cerca de la droguería. Los niños de mi calle se encontraban en el colegio, así que por ese lado no tenía competidores. En cuanto a los hombres, estarían en sus trabajos o en sus paros. Sólo quedaban las mujeres, a la mayoría de las cuales habría sorprendido el anuncio desnudas, como a mi madre. Un infierno de mujeres desnudas me cubrió de nuevo la visión. Y aunque logré deshacerme de ellas, quedaron flotando por aquí y por allá hombros y

pechos sin cubrir. Dios mío, no he podido olvidar el baile de aquella multitud de pechos, mientras trotaba hacia la gloria o hacia Canarias, que estaban en la misma dirección. De haber continuado corriendo a aquel ritmo, sin parar, habría llegado a Tenerife sobre las aguas y, además de en el periódico, me habrían sacado en la Biblia.

Al doblar una esquina, tropecé con un cojo que cayó al suelo, pero resolví con increíble celeridad la duda moral de si ayudarlo a levantarse o continuar corriendo: continué corriendo. Por fin, con los pulmones más arrugados que un par de calcetines sucios, llegué a la droguería, a cuya puerta había una multitud que me abrió paso horrorizada. Alcancé el mostrador, y aunque sabía que se me habían adelantado treinta o cuarenta personas, grité que empapelar era más sencillo que pintar. Lo curioso es que no me salió de la boca ni una sola palabra, como si hablara debajo del agua. Entonces caí al suelo víctima de la primera lipotimia de mi vida.

Siempre hay alguien que vive más cerca que tú de la droguería del barrio; sólo el infierno está a la vuelta de la esquina, eso es lo que aprendí. La vida no volvió a darme una oportunidad como aquélla, lo que es de agradecer. En cambio, durante los días siguientes logré sacarle alguna rentabilidad a la culpa de mi madre, cuyos pechos continúan siendo la medida de todas las cosas. El sexo es el premio de los perdedores.

El tío Emilio

Necesitaba renovar el carné de conducir y me acerqué a un fotomatón que hay en Velázquez, al que he acudido otras veces en situaciones de emergencia. Todo fue bien hasta que apareció la tira fotográfica y vi que la persona retratada era mi tío Emilio, un hermano de mi padre muy odiado en la familia porque mató a disgustos a los abuelos. Si no hubiera creído en tonterías paranormales, me habría ido a casa con las fotos, le habría dicho a mi mujer fíjate cómo me parezco en esta foto al sinvergüenza del tío Emilio, y santas pascuas. Pero estoy lleno de sugerencias, y la verdad es que había salido clavado a él, con esa caída del párpado izquierdo que le delata cuando está borracho o planeando una maldad.

Al día siguiente, cambié de fotomatón, fui a uno que hay en la calle de Serrano y me hice dos series de fotografías con idéntico resultado. «Dios mío —me dije—, soy el tío Emilio, cómo he podido caer tan bajo.» Esa tarde tenía que visitar a mis padres, pues habían estado en el médico para hacerse unos análisis. Quería saber qué tal andaban de transaminasas y todo lo demás, pero me daba terror que papá se diera cuenta de que yo era el sinvergüenza de su hermano y cayera fulminado por el dolor o me echara de su casa a patadas. Y a papá todavía se le puede engañar, pero mamá es muy perspicaz. Parece una bruja. Ha sabido todas las cosas importantes que me han sucedido en la vida antes que yo. Recuerdo que dos meses antes de que me quitaran la vesícula, estábamos un día sentados a la mesa, comiendo una paella que había preparado en la olla exprés, y de repente dijo:

—Es inútil que lo ocultes, sabemos que te vas a operar de la vesícula.

A los dos meses, en efecto, sucedió. En general procuro no pensar nada delante de ella porque tiene la capacidad de escuchar los pensamientos de los otros con unas orejas invisibles que, como es natural, a simple vista no se ven. De todos modos, me puse en la peor de las situaciones y decidí que negaría ser el tío Emilio hasta el final en el caso de que me acusaran de no ser yo. Muchas veces he conseguido con obstinación lo que no podía lograr a base de razonamientos.

Tardaron mucho en abrir la puerta, aunque los oí ir y venir por el pasillo discutiendo entre sí. En un par de ocasiones me pareció que se asomaban por la mirilla, pues noté cambios en el brillo de la lente. Insistí un poco y al fin apareció mamá, que me franqueó el paso sin decir nada. La seguí a lo largo del pasillo y cuando llegamos al salón me senté en la butaca de siempre. Papá estaba leyendo un periódico deportivo y apenas emitió un gruñido para saludarme. Desde que son viejos tienen peor humor que antes. La edad no mejora nada. Le pregunté por los análisis y señaló con la barbilla un sobre que había encima de la mesa. Lo cogí y me pareció que no estaban mal, al

menos en lo que yo podía entender. Quizá el azúcar un poco alto y las transaminasas en el límite, pero el colesterol era perfecto, igual que los glóbulos y las plaquetas.

—Esto tiene muy buena pinta —dije, dándome cuenta de que era una de las frases preferidas de mi tío Emilio. Se pasaba la vida diciendo «esto tiene muy buena pinta» sin referirse a nada en concreto.

—Es inútil que finjas —respondió mi padre—, nos hemos dado cuenta de que eras Emilio por el modo de tocar el timbre: dos cortas y una larga.

Tengo la mala suerte de llamarme Emilio también, pues cuando nació mi tío no se había convertido aún en un malvado y me dieron su nombre.

—Claro que soy Emilio. ¿Quién iba a ser si no?

—Tú sabes el *Emilio* que digo.

Mamá asintió y tomando la labor se puso a tejer con un odio desmedido en su butaca. Yo me colmé de paciencia y decidí esperar a que pasara la tormenta. En los bolsillos me ardían las fotos del fotomatón, que lamenté no haber destruido antes de entrar, así que me levanté y fui al cuarto de baño. Las rompí en mil trozos y las arrojé por el retrete. Cuando ya iba a salir, recordé que mis padres solían esconder el dinero en un hueco que hay en la pared, detrás del botiquín, y decidí robarlo, junto a un frasco de ansiolíticos que encontré al lado de los billetes. Luego dije que tenía que hacer algo urgente y salí corriendo.

—Adiós, *Emilio* —dijo mi padre con sarcasmo, y en ese momento comprendí que uno no es en la vida lo que quiere, sino lo que le piden los otros. Y lo que decide el fotomatón.

Llamada de ultratumba

Seguramente fue un error ocultar a nuestro hijo la muerte de su abuela, pero así lo decidimos mi mujer y yo cuando nos comunicaron la desgracia. Fue todo muy rápido, muy inesperado también, y no nos dio tiempo a reaccionar con sensatez. Hasta que comenzó el colegio, lo dejábamos en casa de mi madre al irnos a trabajar, por lo que la quería mucho, tanto o más que a nosotros. No resultaba fácil explicarle su desaparición.

—¿Se lo decimos o no? —preguntó mi mujer arreglándose para acompañarme al tanatorio.

—Vamos a esperar unos días —dije yo—. Ha sido todo tan repentino.

La vecina a quien se lo encomendamos en situaciones de emergencia se encontraba fuera, de modo que decidimos que se quedara solo. Nuestra casa está a diez minutos del tanatorio, que se ve casi desde la terraza. Llamaríamos por teléfono de vez en cuando y si sucedía algo apareceríamos enseguida uno de los dos.

El niño estaba serio. En algún momento pensé que quizá se había enterado de todo y que no comprendía nuestra obstinación en ocultárselo. Yo procuraba evitar su mirada, pues bastante trabajo tenía con ocultar mi pena. Mi mujer se cambió de ropa dos veces, preguntándome qué me parecía más adecuado para acudir a una capilla ardiente. También dudó si ponerse collar o no. Le dije en mal tono que se pusiera cualquier cosa, pero que no tardara tanto en arreglarse. No íbamos a una fiesta.

Luego le expliqué al niño que teníamos que salir, aunque volveríamos pronto.

—Puedes quedarte solo un rato —añadí—. Ya eres mayor. Si necesitas algo, llámanos al móvil. Te dejo que veas la tele hasta que regresemos.

Respondió a todo con monosílabos y no mostró ningún interés en que le dejara encendida la tele. Me pareció que nos odiaba a su madre y a mí. Yo recordé las mañanas de invierno en las que lo dejaba con su abuela antes de que se hiciera de día, para no llegar tarde al trabajo, y me pareció injusto no hacerle partícipe de la noticia. Aunque estaba muy confundido, no fui capaz de dar marcha atrás. Pensé que hablaría con él al día siguiente y que lo entendería. A veces damos a las cosas más vueltas de las necesarias.

Al fin apareció mi mujer. Se había arreglado demasiado para mi gusto, pero pensé que quizá eso despistaría al niño, lo que tenía su lado bueno. De todos modos, no salí de casa tranquilo. Mientras nos dirigíamos al tanatorio me dio por pensar en la cantidad de accidentes domésticos a los que está expuesto un niño solo. Me irritaba, además, no ser capaz de concentrarme en el dolor que debería haberme producido la pérdida de mamá. Lo pagué con mi mujer, a la que dije un par de cosas desagradables.

En el tanatorio estaban ya mis hermanos, mis tíos también, la familia al completo. Había más gente de la que cabía imaginar, de modo que mi mujer y yo pasamos un poco inadvertidos. De vez en cuando se acercaba alguien a darme el pésame y yo le respondía mecánicamente. No fui capaz de asomarme al cristal para ver el rostro de la fallecida. Pensaba en mi hijo con una culpa enorme y le telefoneé, ansioso, un par de veces.

Al volver a casa, el niño dijo que había telefoneado la abuela. Mi mujer y yo nos miramos desconcertados unos segundos y luego nos pusimos a hacer cosas para disimular. Ya en la cama, discutimos porque a ella, que se pasa la vida leyendo revistas esotéricas, le parecía posible que mi madre hubiera hecho una llamada de ultratumba.

A la semana siguiente le dije al niño que la abuela había muerto, aunque falseé la fecha para que no coincidiera con la de aquella llamada telefónica. El tiempo ha ido pasando y yo estoy cada vez más convencido de que nos mintió por rencor. De hecho hay entre él y yo, desde entonces, una especie de herida sin sutura. Mi mujer dice que son aprensiones mías. Y es que está más dispuesta a creer en el más allá que en un problema psicológico. Pero ella no vive eso como una contradicción. Somos tan distintos.

Dos pares de calcetines

Tuve un accidente en la calle. Un coche me empujó y al caer me golpeé la cabeza contra el suelo. Cuando volví en mí, estaba en la camilla de un hospital. Lo supe antes de abrir los ojos, quizá por el olor a quirófano, por los murmullos médicos, por el roce de las batas sobre los muslos de las enfermeras. «Estoy en un hospital», me dije, e inmediatamente recordé que había salido de casa con dos pares de calcetines. Siempre me pongo dos pares, uno de lana y otro de nailon. El de nailon, por encima del de lana. Me parece que de este modo llevo mejor sujetos los pies. No se trata de nada razonable, de manera que tampoco intentaré explicarlo. Adquirí la costumbre de adolescente, en un internado donde hacía frío, y la costumbre se convirtió en una superstición. Si no me pongo los dos pares, salgo con miedo a que me ocurra algo. Es probable que si el día del accidente hubiera llevado un solo par, el coche me hubiera matado en vez de dejarme sin sentido.

El caso es que estaba sobre la camilla de un hospital, desnudo, lo que significaba que alguien, al quitarme la ropa, se había dado cuenta de mi excentricidad. Mantuve los ojos cerrados, fingiendo que continuaba desmayado, mientras improvisaba una explicación. Se supone que si a alguien le sorprenden con dos pares de calcetines debe justificarse de algún modo. Abrí los ojos y vi a una enfermera sonriéndome. No me reprochó nada.

—¿Qué ha pasado? —dije para ganar tiempo.

—¿No lo recuerda usted?

Comprendí que estaba tratando de ver si el golpe me había afectado gravemente y dije la verdad por miedo a que me operaran.

—Me golpeó un coche.

—¿Se acuerda de cómo se llama?

Dije mi nombre, correctamente al parecer, y después me puso delante de los ojos tres dedos de una mano para comprobar que no veía cuatro o cinco. Enrojecí de vergüenza o de pánico. Temí que de un momento a otro me pusiera delante de la cara un par de calcetines, para que los contara en voz alta. Se asustó al verme enrojecer por si se debía a una subida de tensión. Las secuelas de los golpes en la cabeza pueden aparecer horas más tarde del accidente.

—¿Estoy en La Paz, en el Ramón y Cajal o en el Gregorio Marañón? —pregunté para demostrar mi cultura hospitalaria. Pensé que de ese modo no sacaría a relucir el asunto de los calcetines.

—¿En qué ciudad se encuentran esos hospitales? —preguntó ella a su vez.

—En Madrid —respondí dócilmente, siempre con el temor de que la siguiente pregunta fuera la

de los calcetines.

De pequeño, cuando salía a la calle, mi madre siempre me preguntaba si llevaba la ropa interior limpia. «Si tienes un accidente, en los hospitales lo primero que hacen es desnudarte. Me imagino que no te gustaría que las enfermeras te vieran con la ropa interior sucia», decía.

Ese temor me ha acompañado siempre. Hasta para ir a por el periódico me pongo ropa limpia. Sin embargo, nunca había calculado el peligro de que me pillaran con dos pares de calcetines, uno encima de otro, y pensé que se trataba de la típica rareza que implicaba alguna clase de perversión venérea, tampoco sabría decir cuál.

—¿Quiere que avisemos a alguien? —preguntó al fin.

—¿Me tienen que operar o algo así?

—No, no —dijo riéndose—, está todo en regla, pero es mejor que pase la noche aquí, en observación.

Al poco apareció mi madre y tras cerciorarse de que estaba entero me preguntó si llevaba la ropa interior limpia cuando me atropelló el coche.

—Acababa de cambiarme —dije, lo que la llenó de orgullo, no todo el mundo puede recoger de un modo tan palpable los frutos de su trabajo educativo.

—Pero llevaba dos pares de calcetines —añadí avergonzado.

—¿Cómo que llevabas dos pares de calcetines? ¿Y eso por qué?

—Por una superstición. Temo que me ocurra algo si salgo con un solo par.

Mi madre me miró con rencor y comprendí que le acababa de asestar uno de los golpes más fuertes de su vida.

—¡Qué vergüenza! —dijo, y cuando entró la enfermera le contó que en realidad yo era adoptado.

Mi pierna derecha

Mi padre estaba en el borde de la carretera, junto a su automóvil. Esperaba, con un bidón de plástico en la mano, que alguien lo recogiera. Yo iba en moto, con un casco que me ocultaba la cara. Me detuve junto a él sin identificarme.

—¿Te has quedado sin gasolina? —pregunté.

—Sí —respondió.

—Sube.

Mi padre subió a la moto sin haberme reconocido. Hacía cinco años que no nos veíamos, ni nos hablábamos. La última vez que nos habíamos dado un abrazo fue en el entierro de mi madre. Después, sin que hubiera sucedido nada entre nosotros, habíamos ido espaciando las llamadas telefónicas hasta que se cortó la comunicación.

Noté cómo agachaba la cabeza para protegerse del aire. Sin duda, reparó en el alza de mi zapato derecho, pues tengo esa pierna un poco más corta que la izquierda. Mi padre me había hablado muchas veces del disgusto que se habían llevado cuando, tras mi nacimiento, el médico les dio la noticia. Yo nunca lo he vivido como un drama, pero siempre me pareció que ellos se sentían culpables por aquellos centímetros de menos, o de más, según se mire: jamás conseguí averiguar cuál de las dos piernas consideraban defectuosa.

Conduzco con mucha agilidad, colándome entre los coches con movimientos que desde algún punto de vista podrían parecer imprudentes. Noté que mi padre, pese al pudor que le daba el contacto con otro hombre, se cogía a mi hombro con la mano izquierda mientras intentaba pegar a su muslo el bidón de plástico que llevaba en la derecha. Supe que no dejaba de mirar el alza del zapato. Sin duda, se habría preguntado por la posibilidad de que yo fuera su hijo. Quizá recordara la sucesión de médicos por los que había pasado, la cadena de radiografías, el rosario de soluciones, para llegar al fin a ese remedio sencillo, mecánico, de colocar un pequeño suplemento en el zapato de la pierna más corta. Entonces, ejerció sobre mi hombro una presión que podría interpretarse como una muestra de afecto a la que no respondí.

Al poco llegamos a la gasolinera, donde se bajó de la moto con el bidón de plástico en la mano. Le dije que no podía llevarlo de regreso hasta su coche y él respondió que no me preocupara, que ya encontraría a alguien. Noté que intentaba ver mi rostro a través de la visera ahumada de mi casco. Esa noche sonó el teléfono un par de veces en mi casa, pero colgaron cuando lo cogí.

El brazo derecho de mi padre

Mi padre no se dio cuenta de que apenas me había abrazado hasta que perdió el brazo derecho en un accidente laboral por el que estuvo cuarenta días hospitalizado. Cada vez que iba a verlo, yo le miraba el brazo que no tenía como si fuera más visible que el izquierdo. Pero la ausencia, claro, carecía de volumen. Era un brazo de aire. Aquel empeño en observar lo inexistente no me facilitó ninguna conclusión, pero sí una cantidad de extrañeza que por la noche, en la cama, intentaba digerir inútilmente. Quería preguntar a mi madre qué habían hecho con el brazo amputado de papá, pero una especie de instinto me decía que se trataba de una pregunta indecorosa.

Cuando mi padre volvió a casa, el vacío de su brazo quedó cubierto por la manga de sus camisas o de sus chaquetas, que a veces se movían como si tuvieran vida propia. Yo no podía dejar de mirarlas porque me atraían fatalmente, igual que las cortinas que se ondulan por el paso del aire sugiriendo la existencia de alguien agazapado detrás de ellas. Mi madre me dijo en un aparte que debía controlar aquella forma de mirar porque a mi padre le hacía daño. Mi padre era diestro, por lo que tuvo que aprender a hacerlo todo de nuevo con el brazo izquierdo. Asistí, turbado, a su proceso de aprendizaje. Llevarse una cucharada de sopa a la boca le suponía un esfuerzo humillante y brutal. Durante esa época decidí ser ambidextro y me pasaba los días practicando con el brazo izquierdo para no padecer las penalidades de mi padre en el caso de que sufriera una desgracia como la de él.

Lo que mi padre llevaba peor era el recuerdo de que apenas me había abrazado mientras había podido hacerlo. No sé en qué momento ni por qué cayó en la cuenta de que tenía esta deuda conmigo, pero se convirtió en una obsesión. Cuando estábamos solos, me pedía que me acercara a él, me rodeaba el cuerpo con el brazo izquierdo y colocaba la manga derecha de la chaqueta de tal modo que pareciera que tenía un brazo dentro.

—Me arrepiento tanto de no haberte abrazado... —me decía al oído, mientras yo intentaba librarme de él.

Pero no podía, no me era posible librarme porque me sujetaba fuerte, fuerte, y no con el brazo izquierdo, como cabría suponer, sino con el que le faltaba, el derecho. Por ese brazo inexistente me sentía yo atrapado. Todavía lo estoy.

Una historia de fantasmas

Cuando mi padre murió, encontré en uno de los cajones de su mesa de trabajo una caja de fósforos sin estrenar, aunque tenía cuarenta años o más. Me impresionó. Creo que el destino de los fósforos es arder como el de las estrellas apagarse. Aquellas cerillas, que habían escapado a su destino fatal, caían ahora en mis manos para crearme un dilema. Al principio supuse que sus cabezas estarían caducadas y que ya habrían perdido, en consecuencia, su oportunidad de arder. Pero luego pensé que quizá no, y que en tal caso yo era el instrumento del destino para que cumplieran su ciclo. Durante varios días jugué con la idea de encenderlas, pero siempre desistía por miedo, supongo, a que funcionaran, o quizá a que no funcionaran. Ninguna de las dos posibilidades resultaba tranquilizadora.

Anoche se fue la luz en casa. Estaba yo solo y no tenía con qué alumbrarme. Tras un rato de espera, me acordé de la caja de cerillas de mi padre y la busqué a tientas entre los objetos que llenan mi mesa de trabajo. Con el corazón en la garganta, saqué una y la froté sobre la lija. Enseguida saltó una llamarada que tras estabilizarse empezó a alumbrar el espacio. Lo raro es que lo que se veía a su luz no era mi despacho, sino el de mi padre. Asombrado, mientras el rabo de la cerilla se consumía, vi cada uno de los rincones de aquella habitación en la que de pequeño tenía prohibida la entrada. Con el halo mortuorio característico del resplandor de los fósforos, observé la mesa sobre la que trabajaba mi padre, repleta, por cierto, de fetiches también, como la mía, y un trozo de la raída alfombra llena de quemaduras de las colillas de tabaco. Me pareció que al fondo de la habitación había una figura (¿mi madre?), que no llegué a distinguir bien porque la cerilla me quemó los dedos y hube de arrojarla al suelo, aunque no sabría decir sobre qué alfombra cayó, si sobre la de mi padre o la mía.

Cuando dudaba si encender o no la segunda, volvió el fluido eléctrico y decidí que no. Al poco, regresó mi mujer y me preguntó qué me había pasado.

—Parece que has visto un fantasma.

No le dije que lo había visto, en efecto, o que yo había sido el fantasma de una realidad alumbrada por las cerillas de mi padre. Llevo desde ayer intentando evocar la figura borrosa que se veía al fondo de la habitación. Era una mujer, desde luego, pero quizá no era mi madre. Es más: no lo era, pues la habría reconocido enseguida. ¿De quién se trataba, pues? Creo que no podré averiguarlo hasta que se vaya de nuevo la luz y pueda encender, con esa coartada moral, otra cerilla.

Escribir a la contra

Cuando me pregunto si tuve buenos educadores, los imagino a ellos, a mis educadores, preguntándose si tuvieron buenos alumnos. En general, creo que fuimos muy malos los unos para los otros, pero ya no tiene remedio. Entre los que recuerdo, hay un profesor de literatura que nos mandaba hacer unas redacciones curiosísimas. Por ejemplo, si una película nos había gustado mucho, teníamos que decir lo contrario, pero argumentándolo de tal manera que ningún lector fuera capaz de descubrir si mentíamos o decíamos la verdad. Haciendo aquellas redacciones, me di cuenta de que muchas películas que creía que me habían gustado me parecían en realidad detestables. También aprendí que con un poco de talento y práctica se pueden defender las posturas más insostenibles. Todavía utilizo el método de aquel profesor, pues muchos de mis artículos están escritos directamente contra mí. Desconfío tanto de lo que pienso que sólo tengo la impresión de acertar cuando me contradigo.

Cierto día, aquel profesor nos mandó hacer una redacción sobre nuestros padres. Nos pidió que imagináramos que uno de los dos tenía que morir y nosotros debíamos decidir cuál. Durante el recreo, no se habló de otra cosa.

—Yo elegiría a mi padre —decía uno—, pero es el que trae un sueldo a casa.

—No te preocupes —replicaba otro—, que tu madre cobrará la pensión.

—¿Qué es la pensión? —preguntaba el de más allá.

Yo no sabía a cuál de los dos liquidar. Fantaseé con ambas posibilidades y elegí la que me producía más culpa, pues ya era un experto, o eso creía, en escribir en contra de mis intereses. Maté a mi padre, pues, y obtuve una nota de 9, la más alta de las conseguidas en toda mi vida. Gracias a ella, no suspendí por primera vez en todo el curso la literatura de ese mes. Mi padre me felicitó y me dio un beso. Me parecieron la felicitación y el beso de un condenado a muerte.

Arrastré esa culpa durante años, hasta que el azar y los síntomas me llevaron al diván del psicoanalista y averigüé que todo niño desea matar a su padre para poseer en exclusiva a su madre. Hice, pues, lo correcto y así me lo explicó mi psicoanalista, sugiriendo que no debía culparme por ello. De lo que me culpo ahora es de haber hecho lo previsible. No dejo de preguntarme si, en el caso de haber acabado con mamá, me habrían dado un 10, incluso una matrícula de honor.

Los padres de los amigos

Durante un tiempo estuve anotando en un cuaderno cómo morían los padres de mis amigos, pues hay una edad en la que se empiezan a morir los padres y la perspectiva de las cosas cambia. A veces no cambia en el momento mismo de la muerte, sino pasadas unas semanas o unos meses. El padre de Miguel, por ejemplo, que falleció de un infarto al agacharse para recoger del suelo una moneda, no murió realmente hasta después de un año de su incineración. Miguel continuó refiriéndose a él en presente hasta que un lunes lo hizo en pasado sin que supiéramos por qué. Al poco, su mujer y él se separaron, como si con el padre se hubieran extinguido más cosas, o como si su defunción hubiera certificado otras muertes de las que hasta entonces tampoco nos habíamos dado cuenta.

Antonio enterró a su padre sin avisar a ninguno de los amigos. Nos enteramos al cabo de una semana y al preguntarle por qué no nos había dado la oportunidad de acompañarle en esos momentos, levantó los hombros y las cejas en un gesto de interrogación, como queriendo decir que tampoco él sabía por qué lo había hecho. Su padre murió en el hospital, tras una operación de estómago que en principio no revestía gravedad. Al mes de su entierro, Antonio empezó a llevar corbata, una prenda que siempre había detestado. También comenzó a rondarle la idea de tener un hijo y lo tuvo al año siguiente, sin decir nada a nadie. Un día nos encontramos por casualidad en un parque y me enseñó al niño, que iba dentro de un cochecito. Era pelirrojo, como él, y tenía cara de asombro.

Luis era quizá el más antiguo de mis amigos. Nos conocíamos desde el colegio y yo había pasado cientos de tardes estudiando en su casa. Conocía, pues, muchísimo a su padre, que tenía una papelería librería. El padre de Luis coleccionaba plumas estilográficas cuyos capuchones limpiaba los domingos por la tarde con un algodón empapado en alguna sustancia que olía a podrido. Un día me telefoneó Luis y me dijo que le habían llamado de la residencia de ancianos diciéndole que su padre estaba mal. Quería que le acompañara, pues le daba miedo ir solo. Lo recogí en mi coche y nos pusimos en marcha, pero al llegar a la residencia el viejo había sido facturado en una ambulancia a un centro hospitalario. Entró directamente en el depósito de cadáveres porque llegó muerto. La versión oficial fue que había fallecido durante el traslado, aunque alguien nos insinuó que pudo haber salido sin vida de la residencia, donde quizá prefirieron quitarse de encima las complicaciones que da tener un cadáver en casa. La cuestión era que al haber llegado sin vida al hospital, el juez ordenó que se le hiciese la autopsia y no fue posible velar el cadáver.

—¿Me dejarán verlo por lo menos un momento? —preguntó Luis, angustiado.

Dijeron que no, que tampoco podíamos verlo, pero le di una propina a alguien y nos condujeron al depósito. Su padre estaba en el cajón de un gran archivador metálico que el celador abrió y volvió a cerrar delante de nuestras narices. No he logrado olvidar aquella escena que quiere parecerse a las de las películas americanas de asesinos múltiples, pero que en el fondo tiene más que ver con las del neorrealismo italiano. Cuando abandonamos el hospital, Luis me dijo que lo que más recordaba de su padre era las veces que no le había tocado.

—No me tocaba nunca.

—¿De pequeño tampoco? —pregunté.

—Tampoco, de pequeño tampoco.

Estaba obsesionado con la idea de que su padre le había tocado poco y estuvimos horas dando vueltas por las calles rumiando esta obsesión. Al llegar a casa puse en mi diario esta nota: «El padre de Luis le tocó poco».

También han muerto las madres de algunos de mis amigos, pero tengo la impresión de que la muerte de la madre es menos problemática, incluso en los casos en los que resulta más traumática. Desde mi experiencia, las relaciones de los hijos con las madres son menos ambivalentes, más claras. Hay tristeza, dolor, lágrimas, incluso culpa, pero carecen de la complejidad que proporciona el fallecimiento de los padres. Quizá hemos sido rivales de los padres, tal vez continuamos siéndolo aun después de su muerte. Está muy claro lo que la madre espera del hijo, pero cómo saber lo que espera un padre.

El otro día se murió el padre de Gerardo, un compañero de la facultad. Me llamó para que me encargara de poner la esquela en el periódico. Le dije que no se preocupara, aunque no sabía cómo se pone una esquela.

—¿Cómo ha sido? —pregunté.

—No sé, yo creo que no quería vivir desde que murió mi madre.

La madre de Gerardo falleció hace un año. Hay muchos hombres que no son capaces de sobrevivir a sus mujeres. Lo normal es que muera el hombre antes; de hecho, hay más viudas que viudos, del mismo modo que en mi cuaderno hay más páginas dedicadas a los hombres que a las mujeres. Me pregunto qué escribiré el día que falte mi padre, en el caso de que no haya faltado ya.

La puerta

Un día, en un solar situado donde hoy se encuentra el parque de las Avenidas, encontré abandonada una puerta de madera en tan buen estado que daba pena dejarla allí, incluso aunque uno no tuviera nada que cerrar. La arrastré penosamente hasta casa, donde mi padre la examinó con detenimiento.

—¿Seguro que no la has robado, hijo?

—No, estaba tirada, de verdad.

Desde nuestra perspectiva, desprenderse de una puerta era como borrar una habitación, y todavía faltaban muchos años para que se pusieran de moda los espacios abiertos. En cualquier caso, no teniendo donde encajarla, quedó apoyada en una pared del cuarto de estar y allí permaneció durante muchos días como una especie de tótem al que rendíamos un culto extraño, pues al pasar junto a ella accionábamos su picaporte con la esperanza de que se abriera a algún lugar desconocido.

Por las noches, me dormía imaginando su anterior destino y de este modo entraba en espacios fantásticos situados en las casas del centro de la ciudad. Durante aquella época, recorrí todas las viviendas importantes de Madrid a través de aquella puerta. No tenía más que abrirla imaginariamente para penetrar en los salones de los notarios, de los generales o de los ingenieros de caminos. Todos llevaban unas vidas regaladas y tenían unas hijas preciosas cuyo amigo invisible era yo.

Pero en los ejercicios espirituales del colegio nos hablaban mucho de la puerta del porvenir y a veces, pensando que se trataba de la misma que había encontrado yo, viajaba también a través de ella al futuro, donde no siempre, pero con frecuencia, era un condenado a muerte americano. No es que en España no se ajusticiara, al contrario, pero se hacía con garrote vil, en plan bricolaje, lo que carecía del prestigio de la silla eléctrica o la cámara de gas. Los presos americanos, por otra parte, siempre escribían sus memorias antes de pasar a mejor vida, y a mí, que quería ser escritor, me parecía el modo más rápido de alcanzar la fama. Desde el recuerdo, siempre me ha parecido prodigiosa aquella capacidad para viajar entre dos nacionalidades tan distintas, incluso sin saber inglés, pero fue así. Sin duda, la más importante de mis biografías imaginarias es esta de condenado a muerte estadounidense. No sabría decir si me llegaron a ajusticiar, pues en un momento dado empecé a coquetear con otras nacionalidades y hace muchos años que no me visito en esa versión escatológica. Me da miedo: a lo mejor en lugar de ir a verme a la cárcel, tendría que ir a ponerme flores al cementerio.

Finalmente, mi madre comenzó a despotricar de la puerta, que siempre estaba en medio, y mi

padre decidió colocarla al fondo del pasillo, donde le hizo un marco de madera en el que encajaba con tal precisión que parecía que la vivienda se prolongaba más allá. De hecho, la abríamos todo el rato con la ilusión de encontrar al otro lado un dormitorio u otro pasillo y siempre nos sorprendía tropezarnos con la pared, aunque en el fondo (incluso en el fondo del pasillo) era lo más razonable. Yo, a veces, jugaba a abrirla con los ojos cerrados, con la idea de que al no ver sería más fácil pasar de una dimensión a otra. Y aunque siempre me estampaba contra el muro, como es natural, volvía a repetir la operación corriendo riesgos físicos evidentes.

Harto de que su hijo tuviera estos choques tan violentos con la realidad, mi padre decidió ponerle una buena cerradura y darle dos vueltas a la llave. La cosa fue peor, porque a partir de entonces me pasaba el día mirando por el ojo de la cerradura y veía de todo, especialmente mujeres en trance de desnudarse o de vestirse para irse a la cama o salir de ella. También eran americanas, desde luego, como yo mismo. Las españolas en aquella época se acostaban vestidas. A mis padres los preocupaba mucho aquella afición mía. Pensaban que veía cosas inexistentes y tenían miedo de que perdiera la razón. Hace poco fui a comer con ellos y observé que habían tapado el ojo de la cerradura con un papel. Pregunté por qué y me dijeron que había unas vecinas americanas que no hacían más que espiarlos. Si algo malo puede suceder, sucede.

Una metamorfosis completa

Me telefoneó muy alarmado el único hermano vivo de mi padre para decirme que su mujer se estaba convirtiendo en un hombre. Sus llamadas, desde que lo jubilaron anticipadamente de una metalúrgica en reconversión, siempre eran para inquietarle a uno. Al pasar tanto tiempo en casa, estaba descubriendo dimensiones de la realidad doméstica de cuya existencia no había llegado a sospechar mientras permanecía laboralmente activo. Observaba las cosas más insignificantes como si tratara de encontrar en ellas una información secreta. Un día le vi mirar un tomate partido con tal atención que parecía haber penetrado en su código genético. Quizá lo hizo, porque luego no probó la ensalada.

Mi tía se estaba convirtiendo en un hombre, eso fue lo que me dijo.

—¿Se lo has contado a tu hija? —pregunté.

—¿Cómo voy a decirle a Mercedes que su madre es un hombre? —respondió, con el sentido común, al parecer, intacto.

Mi prima Mercedes estaba casada desde hacía algún tiempo y vivía en la periferia, pero los domingos se desplazaba con su marido hasta el centro para comer con sus padres, que ocupaban una casa de renta antigua en Reina Victoria, muy cerca de Cuatro Caminos. A mí siempre me había gustado Mercedes, y aunque jamás me había atrevido a proponerle nada, era raro el día de mi existencia que no le dedicaba un recuerdo.

Al día siguiente fui a comer a casa de mis tíos, tal como había quedado por teléfono. Mi tía estaba en la cocina y me acerqué a darle un beso con cierta aprensión, influido por el proceso de metamorfosis del que me había hablado mi tío. No le noté nada extraño. Si acaso, un poco de bigote que ya le había visto en otras ocasiones, no siempre. Seguramente se lo depilaba. Mi tío me llevó luego al cuarto de estar.

—¿Has notado algo? —preguntó excitado.

—Pues la verdad, no.

Me pareció que mi respuesta le producía algo de desaliento y de lástima. Le daba pena que su sobrino preferido no fuera capaz de ver lo que era evidente. Entonces me contó que a él, al principio, también le había costado darse cuenta.

—Tenía una sospecha, pero no sabía de qué —añadió—, hasta que hace poco estábamos viendo la televisión y ella se quedó dormida. Entonces, me volví para hacer un comentario y vi con horror que tenía un hombre a mi lado.

—¿En qué sentido?

—¿Cómo que en qué sentido? En todos los sentidos, desde luego. Estaba tan perplejo

contemplando la transformación, que cuando advertí que se había despertado, ella ya llevaba un rato observando mi espanto tras una rendija abierta entre los párpados. «Se ha dado cuenta —me dije—, se ha dado cuenta de que me he dado cuenta.» Y en efecto, a partir de ese día comenzó a disimular. Se arregla más que antes, no sé si te has fijado.

Es cierto que mi tía estaba un poco maquillada, lo que constituía una rareza. Luego, durante la comida, la observé con más detenimiento y ya no sé si fue por sugestión o qué, pero me pareció un hombre. Una metamorfosis completa, un espectáculo. Le pedí a mi tío que tuviera paciencia con ella («Vete a saber en lo que te has convertido tú», argumenté) y me despedí de ellos sobrecogido por esta nueva ocasión para el pánico que me ofrecía gratuitamente la vida.

A los pocos días, coincidí con Mercedes, mi prima, en una cafetería cercana a mi despacho y tomamos juntos un café.

—¿Has visto a mis padres últimamente? —preguntó.

—Comí con ellos el otro día —dije.

—¿Y no has notado a papá un poco raro?

—¿A tu padre? ¿En qué sentido?

Ella hizo un gesto de déjalo, como queriendo decir que si no me había dado cuenta era inútil que intentara explicármelo. Entonces vi que se parecía mucho a mi tía cuando era joven y sentí una congoja tremenda al conjeturar que con los años también ella podría convertirse en otro hombre. «Aun así —pensé— continuaré queriéndola, a menos, claro, que yo no me haya transformado en el ser incomprensible que en cierto modo ya soy.» Cabía en lo posible, en fin, que dejara de quererla, lo que en cierto modo me pareció un alivio, como esos días en los que te levantas, te duchas, te afeitas, sales a la calle, llegas al trabajo y agradeces al cielo la seguridad de que tarde o temprano te tienes que morir.

El hombre que escupe

Un día, al volver del colegio, muy cerca ya de casa, vi caminando delante de mí a un hombre cuya presencia me turbó porque no lo reconocí inmediatamente, aunque era mi padre. Durante esas décimas de segundo en las que supe que aquella espalda era y no era al mismo tiempo de él, sentí miedo de aquel sujeto, y quizá algo más que miedo, ya que un instante después de que le hubiera reconocido, volvió un poco la cabeza y escupió en el suelo.

Mi padre no era de la clase de personas que escupen, de modo que la revelación cambió mi vida. Tanto, que me oculté detrás de un coche y esperé un rato antes de entrar en casa para que él no pensara que podía haberle visto. Luego, subí las escaleras, llamé al timbre y abrió la puerta mi madre. Papá estaba en la cocina, tomándose un café. Le había sucedido en el trabajo algo que no entendí y por eso había vuelto a casa a una hora desacostumbrada. Tras besarle con cierta aprensión estuve observándole en secreto y me di cuenta de que ya no era mi padre, sino un hombre. La transformación era tremenda, como cuando un animal muere y se convierte de súbito en un bulto. Una vez, en la calle Canillas, vi un caballo muerto, el del carbonero, y comprendí que morir se consistía en adquirir la condición de bulto. Mi padre se había convertido en un hombre, que era una condición parecida a la del bulto. Era mortal, pues, en más de un sentido. De hecho, había escupido en la calle, lo que para nuestra educación no estaba demasiado lejos de la muerte.

Y mi madre, que de repente ya no era la esposa de mi padre, sino de un hombre a secas, se había transformado en una mujer. Una mujer alta, habría dicho si la policía me hubiera preguntado, con el pelo oscuro y tacones de aguja. ¿Qué era yo entonces una vez que mis padres se habían convertido en un hombre y en una mujer respectivamente? ¿Quizá un proyecto de bulto? El recuerdo del caballo tumbado en medio de la calle me obsesionaba como si en él estuviera escrito mi destino. El carbonero, antes de que alguien le hiciera ver que estaba muerto, lo había golpeado cruelmente para que se levantara. Pero sólo daba golpes a un bulto.

Pasados unos días, pregunté a mi padre si se podía escupir en medio de la calle y respondió que no, naturalmente.

—Es de pésima educación, hijo.

—Es que mi profesor de lengua escupe —mentí.

—Tendrá faringitis —respondió mi padre.

Yo ignoraba qué era la faringitis y no me pareció conveniente preguntarlo porque sí sabía que las desgracias nunca vienen solas. En cualquier caso, mi padre, además de ser un hombre, un bulto, tenía faringitis. Por esos días nos mandaron hacer en el colegio una redacción cuyo tema era la familia. Yo escribí que mi padre tenía faringitis, por lo que el médico le había mandado escupir

en la calle. Puse *faringitis* con jota y el profesor subrayó la palabra en rojo, para señalar la falta. Tengo grabada en la cabeza la palabra con la falta de ortografía destacada de aquel modo. Ahora procuro escribirlo bien, pero me gusta más *farinjitis* que *faringitis*. La ge añadía un punto de grosería a la enfermedad, y al escupitajo.

Durante los meses siguientes me hice mayor. Cuando me cruzaba en el pasillo con mi padre o con mi madre, sabía que en realidad eran un hombre y una mujer. Creo que ellos no se dieron cuenta de que yo me había convertido en un huérfano. La vida para un huérfano es muy dura. Llegas a casa y no tienes a quién contarle tus problemas, tus miedos, tus tristezas. Miras alrededor y ves a una mujer escuchando la radio o viendo la televisión, pero es una mujer con calidad de bulto. Y luego suena el ascensor y al poco aparece un hombre que besa a la mujer, te besa a ti, y se pone a escuchar la radio o a ver la televisión con esa apariencia de las cosas inertes característica de los caballos muertos en medio de la calle.

Hace poco, volvía a casa a una hora desusada, porque me había encontrado mal en la oficina, y antes de entrar escupí sobre la acera. Entonces, presa de una intuición terrible, me volví y vi a mi hijo, que regresaba del colegio, detrás de mí, haciendo como que no me había visto. Luego nos observamos con disimulo y noté que yo, su padre, me había convertido de repente en un hombre para él, quizá en un bulto. Al día siguiente vino el médico y dijo que tenía una faringitis de caballo (de caballo muerto, pensé yo), y esa noche lloré amargamente por mi hijo, tan huérfano.

Tengo poderes

Un día de junio, durante la comida, mi padre dijo muy serio:

—Tomad nota de esto que os digo: hoy no nevará.

Era imposible que nevara. El calor había caído sobre Madrid como una manta y ya estaban las piscinas abiertas. Tenía tan pocas posibilidades de fallar como de que nos tocara el gordo de Navidad. Mi padre se había labrado un prestigio en la familia haciendo este tipo de predicciones negativas. Nunca decía lo que iba a pasar, sino lo que no iba a pasar.

—¿Por qué lo sabes? —preguntaba mi hermano pequeño.

—Porque tengo poderes —respondía él.

Un día colocamos en el patio de la casa una canasta de baloncesto. Mi hermano y yo estábamos jugando a encestar. Le había apostado que era capaz de meter siete tiros de diez, pero sólo conseguí introducir cinco. Entonces apareció mi padre y preguntó muy serio:

—¿Qué apostáis a que soy capaz de no meter ninguna canasta de diez tiros?

Mi hermano entró en el juego y se apostaron el postre. Mi padre hizo diez tiros y, en efecto, no metió ninguno. Mi hermano estaba asombrado.

—Y eso que hace años que no entreno —dijo con superioridad.

—Pero lo difícil es meterlas —dije yo indignado.

—Para mí, lo difícil es no meterlas, hijo —respondió con gesto paternal, y se retiró al interior de la casa. Mi hermano estaba como alelado. Era irritante la admiración que sentía por él.

—¿Pero no comprendes que te engaña? —decía yo.

—No —respondía él.

Una vez mi padre me vio hacer flexiones.

—¿A que no eres capaz de hacer cien? —me retó.

—A que sí —dije yo, y empecé: una, dos, tres, cuatro... En la noventa y cinco me derrumbé ante la mirada atónita de mi hermano, que creía a pies juntillas en los «poderes» de mi padre.

Entonces, para rematar la faena, aseguró que él no era capaz de hacer ni tres.

—¿Cómo no vas a ser capaz de hacer tres? —dijo mi hermano.

—Ni siquiera dos —añadió él—. ¿Qué te apuestas?

—Lo que quieras.

Mi padre se tiró al suelo, hizo una flexión y se derrumbó.

—¿Lo ves? —dijo—. Tengo poderes.

Yo odiaba el gesto de superioridad con el que realizaba aquellas predicciones absurdas. A veces pensé en jugar en su terreno y decirle que mis poderes me aseguraban que iba a suspender

las matemáticas. Pero no hacía falta tener poderes para adivinar eso. No las había aprobado jamás. Además, yo quería tener poderes de verdad, para humillarle delante de toda la familia. En cualquier caso, como era incapaz de quedarme callado ante sus provocaciones, el día este de la nieve respondí:

—Tomad nota de lo que os digo yo: entre hoy y mañana nevará en Madrid.

Mi madre se echó a reír. Y mi padre también. Y mi hermano. Se trataba de una previsión disparatada.

Esa noche no pegué ojo. Recé a todas las potencias. Prometí a Dios que si nevaba iría a misa todos los días el resto de mi vida, y al diablo que le entregaría el alma. Cada quince minutos me despertaba y me asomaba a la ventana. A eso de las cinco caí agotado sobre las sábanas y me quedé dormido. Me desperté tiritando, pues no me había tapado. Abrí los ojos, miré hacia la ventana y vi que tenía color de invierno. Vi también que caían unos copos de nieve como jamás antes se habían visto en Madrid. Creí que estaba soñando, pero me pellizqué en el brazo, como los personajes de los tebeos, y me dolió. Luego desperté a mi hermano, que dormía en la cama de al lado, y le mostré el panorama.

En junio del 65 o del 66 cayó una nevada sobre Madrid de todo punto excepcional: pero yo tuve la suerte de apostar por ella y gané. Me convertí en el padre de mi hermano, que me preguntó con admiración cómo había adivinado que nevaría.

—Tengo poderes —dije.

Mi padre me rehuyó durante todo el día y luego comenzó a declinar, a hacerse viejo. Yo, al contrario de lo que solía hacer él, no estuve alardeando dos semanas de mi éxito, pero noté que mi discreción era más eficaz que su imprudencia. Nunca supe si le debía el favor a Dios o al diablo, pues a los dos se lo había pedido con idéntico fervor. Llevo toda la vida esperando que uno u otro me pase la factura.

El olor de la gasolina

De pequeño, había oído hablar muchas veces de la sierra de Madrid. Algunos de mis compañeros la conocían, y la gente con dinero presumía de tener una casa en Cercedilla. Yo guardaba frente a estos comentarios la perplejidad muda de los niños cuando no entienden una cosa. Una sierra era una herramienta de trabajo. En casa había dos, una para la madera y otra para el hierro. Aprendí a serrar pronto, pues en aquella época hacíamos mucho bricolaje, aunque entonces no se llamaba así. No se llamaba de ningún modo. Si había que arreglar una puerta, cogías la sierra, cortabas por lo sano y punto.

Un día mi padre se compró una Vespa. Yo no tardé en descubrirle el tapón del depósito de la gasolina, que se encontraba debajo del asiento. Se parecía a los tapones de las botellas de gaseosa, sólo que al abrirlo salía un olor que a mí me volvía loco. Entonces no sabía que tenía propiedades estupefacientes. Todavía no estoy seguro. En cualquier caso, conmigo operaba de ese modo. En el verano, después de comer, cuando mis padres se echaban la siesta, yo salía al patio donde estaba aparcada la Vespa y asomaba las narices al depósito. Podía estar horas absorbiendo aquellos efluvios que ponían mi imaginación a cien. No era raro que bajo sus efectos imaginara que teníamos una casa en la sierra en lugar de dos sierras en casa.

Por alguna razón que ahora no recuerdo, un día nos quedamos solos mi padre y yo. Debía de ser julio o agosto. Yo acababa de darme una dosis de gasolina y estaba en el sofá, con los ojos cerrados, presa de una ensoñación. Entonces apareció mi padre y dijo:

—Nos vamos a la sierra.

—¿Qué?

—Que nos vamos a la sierra tú y yo ahora mismo, a pasar la tarde.

Dicho y hecho. Nos montamos en la moto y después de una hora o así el paisaje dio un brusco cambio y se convirtió en un decorado. Mi padre me paseó por aquel escenario gigantesco, donde había una roca terrible y lejana, llamada La Mujer Muerta, y me invitó a una Coca-Cola, que en España acababa de ponerse a la venta. Luego, cuando empezó a atardecer, iniciamos el regreso. En esto, mi padre detuvo la moto en la cuneta y me pidió que me fijara en la luz.

—Fíjate en esta luz. Ahora mismo no es de día ni de noche. Éste es el momento de mayor incertidumbre del día. Puede pasar cualquier cosa.

Nos quedamos quietos, en silencio, conteniendo la respiración, pero no ocurrió nada. El sol cayó unos metros más y el atardecer se convirtió en noche pura y dura.

—Ya ha pasado el peligro —dijo mi padre—. Vamos.

Dio una patada al pedal de arranque, rugió el motor de la Vespa y cuando ya estábamos a punto

de montarnos, añadió:

—Dentro de muchos años, cuando tú seas una persona mayor y yo ya no esté entre vosotros, tendrás tu propio coche y pasarás por este paisaje más de una vez. Es posible que en alguna ocasión pases a esta misma hora y recuerdes este día en el que tú y yo vinimos juntos a la sierra. Si es así, detén el automóvil un instante y permanece atento a lo que sucede en el aire: si ves pasar un pájaro negro, ese pájaro negro seré yo.

Me quedé impresionado con el suceso, que en mi memoria permanece asociado a las fantasías provocadas por el olor de la gasolina. Mi padre había dicho: «Éste es el momento de mayor incertidumbre del día». No sé si fue la primera vez que oí esta palabra, *incertidumbre*, pero fue la primera vez que me estremeció. Su sabor es idéntico al de esa hora en la que la tarde no es carne ni pescado y puede sucederte cualquier cosa.

Olvidé la historia. Pero hace poco regresaba del norte de España en coche y pasé por la sierra justo en el momento en el que la tarde parecía dudar entre resistir o entregarse a las fuerzas de la noche. Podía, en efecto, suceder cualquier cosa. Detuve el automóvil en el arcén y salí a la carretera con los pelos de punta. Había un silencio que debía de ser el silencio que precedió a los segundos anteriores a la Creación. Entonces, algo se movió a mi izquierda y de repente un pájaro negro atravesó la carretera y se perdió en la oscuridad, que parecía avanzar desde el horizonte. Entré en el coche y lloré como no había llorado cuando murió mi padre.

LA VIDA

Una vocación de clase media

Vicente Holgado escribía novelas populares que nadie mostraba interés en publicar, por lo que vivía de la caridad del hermano de su mujer, un parálítico de mal carácter al que el matrimonio había acogido en casa para beneficiarse de su pensión de invalidez. Vicente perseguía un éxito que le permitiera desprenderse de su cuñado e instalarse como un verdadero escritor en la habitación ocupada por él, la mejor de la casa. Pero los editores le devolvían sus originales, pese a que hacía en ellos innumerables concesiones de orden comercial que por alguna razón insólita no rendían el fruto apetecido. Y no es que careciera de ambiciones literarias, sino que había dispuesto aplazar la escritura de su obra maestra a la conquista de una situación económica menos agobiante.

Entre tanto, trabajaba en un rincón de la cocina, asediado por el olor de las verduras y por el zumbido eléctrico de la silla de ruedas del inválido irascible en sus desplazamientos de un extremo a otro de la vivienda. Su mujer tampoco realizaba ninguna actividad productiva, pues al poco de que hubiera caído sobre ellos el maná de la pensión fraterna, se había hecho adicta a los documentales sobre la naturaleza y vivía entregada a la salvación de la tortuga laúd del Pacífico, sobre la que había reunido en poco tiempo una documentación extraordinaria.

Un día, el cuñado de Vicente estrenó una silla de ruedas con las llantas de aleación y durante la cena hizo algunas demostraciones de su operatividad bajo la mirada rencorosa del matrimonio. Con la mitad de lo que costaba aquel artefacto, Vicente habría escrito durante un año sin agobios y ella habría podido fundar una ONG para la defensa de la tortuga laúd del Pacífico. Tras el postre, los hermanos se fueron juntos a ver la televisión y Vicente permaneció solo en la cocina, intercambiando unas palabras con su amigo invisible, la única relación personal que había logrado conservar desde el colegio.

—¿Te das cuenta? —dijo—. Unos tanto y otros tan poco.

—¿Has dicho *tampoco* o *tan poco*? —respondió el amigo invisible.

—¡He dicho *tan poco*, *tan poco*!

—Perdona, creí que tratabas de hacer un juego de palabras. Tu cuñado, a fin de cuentas, está condenado a vivir en una silla de ruedas. ¿Te gustaría ser parálítico?

—Pues mira, ya que lo dices, sí. Fíjate en Cervantes.

—Cervantes era manco, y no cobraba ninguna pensión de invalidez. A veces pienso que no quieres escribir una obra maestra, sino obtener un seguro de vida. Un verdadero escritor no debería anteponer las comodidades materiales a la realización de su destino.

—Sigue, sigue. Estoy hoy como para que me lleven la contraria.

El amigo invisible de Vicente Holgado era crítico literario y no aprobaba el modo en que éste condicionaba la realización de su obra a la salud financiera. Peor aún: desde hacía algún tiempo venía insinuando que las penurias económicas constituían en realidad una excelente coartada para no reconocer su falta de talento.

—En el fondo es bueno poder culpar a la situación externa de las carencias propias —añadió.

Vicente se mordió la lengua para no responderle como se merecía. Luego, con gesto cansado, sacó de la nevera un taco de cuartillas, tomó un bolígrafo del cajón de los cubiertos e intentó concentrarse en la escritura de un *best seller*. Pero no pudo: la actitud del crítico le había provocado una oleada de rencor. Y de envidia: después de todo, por lo que él sabía, su amigo había triunfado como crítico invisible, mientras que él fracasaba visiblemente como escritor cada uno de los días de su existencia.

—¡También es mala suerte que te hayas hecho crítico, con la de cosas que se pueden ser en la vida! —exclamó al cabo abandonando con furia el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Has dicho *tan bien* o *también*?

—¡He dicho *también, también!*

—Es que, puestos en ese plan, yo podría molestarme por la coincidencia de que tú seas escritor.

—Pero tú te hiciste crítico al poco de que yo me hiciera novelista, para perseguirme. Reconoce que te has pasado la vida compitiendo conmigo.

—No te quejes. A pesar de que no has publicado nada, siempre he escrito excelentes críticas sobre tus libros. Tú mismo las has leído.

—¿Y para qué me sirven tus críticas invisibles en periódicos invisibles que sólo llegan a lectores invisibles? Además, no es cierto que me hayas tratado bien: me has perdonado la vida, que no es lo mismo. Nunca hemos hablado de ello, pero, ya que has puesto el asunto sobre la mesa, te diré que hubiera preferido el insulto o la injuria a ese tono indulgente con el que te refieres a mi obra.

—Hago lo que puedo.

—A veces pienso que estoy rodeado de locos: mi cuñado y su pasión por las sillas de ruedas; tú, con tus escrúpulos morales permanentes, que más que un crítico pareces una monja; y mi mujer, obsesionada con salvar a las tortugas laúd del Pacífico.

—Tu mujer es más honesta que tú.

—¡Pero si la pobre no sabe dónde está el Pacífico y no ha visto jamás una tortuga, ni siquiera un laúd! En este piso lo único que hay son cucarachas, ya lo ves, y las elimina ella misma con un insecticida químico que produce unos dolores espantosos. Ayer mismo tuve que rematar a una que agonizaba penosamente detrás del bidé con los pulmones arrasados por esa especie de napalm con el que las rocía.

—No seas sofista. Las cucarachas no tienen pulmones.

—Pues lo que tengan. No comprendo por qué te parece más decente la defensa de la tortuga

laúd del Pacífico, a la que sólo conocemos por la televisión, que la de la cucaracha común, que al fin y al cabo forma parte del ecosistema familiar y desprende al cambiar de piel, según los japoneses, una sustancia anticancerígena...

—Desde luego, resulta más fácil luchar por lo que ya se conoce, que es, en definitiva, lo que haces tú al repetir el mismo cliché una y otra vez en tus novelas baratas. Lo arriesgado es jugarse la vida por lo que se ignora o, en otras palabras, aventurarse a escribir novelas que todavía no se han escrito. El día que pongas en la literatura la misma cantidad de riesgo y ambición que tu mujer en la ecología, empezaré a pensar que todavía tienes posibilidades literarias, aunque intentes escribir una tortuga laúd y te salga un galápagos.

Vicente torció el gesto dando por concluida la conversación. Luego tomó el bolígrafo de nuevo y se puso a escribir el abecedario con gesto concentrado, para aparentar tensión literaria. Tras llenar siete páginas con este recurso, empezó a calmarse y trató de imaginar cómo sería una novela en forma de tortuga laúd. El argumento tendría que salir arrugado, o quizá dispuesto en escamas, de una especie de caparazón gigantesco. Eso era, desde luego, en términos literarios, una novedad. La trama, pues, estaría dentro y constituiría la zona blanda de la novela, mientras que la forma estaría representada por la concha. En caso de que la novela falleciera («Dios no lo permita», se dijo), y el argumento desapareciera por la descomposición inherente a la carne, perduraría el esqueleto externo como testimonio formal de aquella obra maestra. Al recordar que con las conchas de las tortugas se hacían peines y broches para el pelo, le dio un poco de aprensión la idea de que su libro pudiera alcanzar la posteridad convertido en un objeto de perfumería, pero enseguida advirtió que la ocurrencia tenía también un costado gracioso, así que tomó nota de ella, para desarrollarla al día siguiente, y pensó que por esa noche había dedicado bastante tiempo a la inmortalidad. La televisión había dejado de oírse hacía un rato, así que su cuñado y su mujer ya estarían durmiendo.

Se levantó, guardó las cuartillas en la nevera y el bolígrafo en el cajón de los cubiertos y se dirigió al dormitorio con un sentimiento de bienestar estimulante. El proyecto de escribir una novela siguiendo las pautas formales y temáticas de un quelonio en peligro de extinción le pareció completamente revolucionario. En el futuro se diría que Vicente Holgado había tomado como modelo literario la tortuga laúd del Pacífico del mismo modo que Joyce se inspiró en Homero para escribir su *Ulises*. «La innovación de Holgado —imaginaba ya escrito en las enciclopedias del futuro— radica en que construyó una novela con uña, por decirlo así, de manera que esta capa córnea funcionará eternamente a modo de vaciado o molde de la zona carnal del relato, corruptible por su propia naturaleza.»

Su mujer dormía; de no ser así, la habría despertado (qué tontería, se corrigió a sí mismo) para contarle que tenía entre las manos un proyecto importante, cuya gloria estaba dispuesto a compartir con ella si le facilitaba cierta documentación sobre los quelonios acuáticos del gran océano. Ya era capaz de ver la portadilla: «A mi mujer, sin cuyos conocimientos sobre la tortuga laúd del Pacífico esta novela no habría visto la luz». Quizá se trataba de una dedicatoria excesiva:

podría deducirse que parte del mérito literario no era suyo. Además enseguida pensó que, aun proponiéndole un intercambio tan generoso, ella le echaría en cara una vez más que tuvieran que vivir del dinero de su hermano paralítico, como siempre que había intentado hacerla partícipe de un proyecto de vanguardia. Su locura por los animales extraños no había conseguido anular un temperamento utilitario que sacaba a relucir en este tipo de discusiones artísticas. Casi mejor no contarle nada.

Se acostó mirando al techo y el recuerdo de las dificultades económicas le puso otra vez de mal humor al comprender que tendría que posponer la escritura de esa novela a la consecución de una estabilidad cuyo horizonte se presentaba más lejos cada día. Entonces, sin poner nada de su parte, como si se tratara de un pensamiento de otra cabeza que aparecía equivocadamente en la suya, empezó a planear la muerte de su hermano político. Podría acabarse con él, calculó fríamente, introduciendo en sus comidas una porción diaria del producto químico empleado por su mujer para exterminar a las cucarachas. En el estado en que se encontraba el pobre, con crisis respiratorias y cardíacas frecuentes, su médico firmaría el certificado de defunción sin recurrir a la autopsia. ¿Cuánto tardaría en morir? ¿Cuatro, cinco meses? No importaba: podía esperar un año o un año y medio. Lo importante era proceder despacio para no levantar sospechas.

Su cuñado tenía, además de la pensión de invalidez, unos ahorros de cuantía indeterminada y un piso adquirido con la indemnización del accidente laboral que le había reducido a la silla de ruedas. Entre unas cosas y otras, una vez muerto, calculó, podrían él y su mujer vivir sin agobios el tiempo necesario para afianzarse en el difícil mundo de las letras. Y en el de las tortugas.

Se durmió con estos planes consoladores y por la mañana, nada más despertar, fue a encerrarse en el cuarto de baño para contárselos a su amigo invisible. Éste no puso muy buena cara, lo que irritó sobremanera a Vicente. De niños, siempre habían sido cómplices en la realización de toda clase de desatinos, pero luego, a medida que crecían, el invisible fue llenándose de escrúpulos de orden moral que alcanzaron el paroxismo cuando devino crítico literario. Para Vicente habría sido inapreciable sentirse apoyado emocionalmente en una aventura criminal de tanto riesgo. Después de todo, al crítico invisible tampoco le caía bien el hermano de su mujer y muchas veces habían censurado juntos su mezquindad y mal carácter.

—Pero si es un parásito —se justificó—. ¿A quién le va a importar que desaparezca? Fíjate en qué condiciones trabajo. Necesito su habitación y un poco de efectivo para ponerme a escribir en serio. Precisamente, tengo una idea sobre un relato formalmente dispuesto en escamas, en el que el argumento saldría del interior de una concha de carey, igual que las cabezas de las tortugas laúd del Pacífico.

—Se trata de un ser vivo. Es una inmoralidad que trates de cimentar tu fama literaria sobre un crimen.

—¿Y qué tiene que ver la literatura con la moral?

—El precio de ignorarlo son esas noveluchas baratas con las que me torturas y que ninguna editorial acepta publicar.

A Vicente le pareció injusta la actitud de su amigo invisible e incorporándose con violencia del retrete le miró a los ojos echándole en cara su falta de solidaridad:

—¡Siempre que me has necesitado, me has tenido junto a ti! ¡Y mi amistad no te ha traído hasta ahora ninguna complicación! ¡En cambio, a mí me llevaron de pequeño por tu culpa al psicólogo!

—¡Por la tuya! Te advertí mil veces que debías hablar conmigo en voz baja. Además, a la tercera sesión le diste la razón al psicólogo, a tus profesores y a tus padres. Dijiste que yo no existía, que no existía y que no existía, me acuerdo muy bien, no he podido olvidarlo. ¿Crees que no me dolió que me negaras tres veces de ese modo? ¡Judas, que eso es lo que eres, un Judas!

—¿Y qué querías que hiciera? ¡Estaban todo el día detrás de mí y habrían acabado internándose si no les hubiera dado la razón!

—Lo cierto es que desde entonces no te has atrevido a comentar con nadie mi existencia, ni siquiera con tu mujer cuando erais novios y la hacías partícipe de todos tus secretos.

—¿Pero tú quieres que piensen que estoy loco o qué?

—Eso es lo que te mata: el qué dirán. Te lo voy a decir en cinco palabras: eres un burgués de mierda. ¡No sé ni cómo he confiado en que llegaras a escribir algo mínimamente digno con esa vocación tan arraigada de clase media!

—Pues a ti se te llena la boca de dignidad, pero estoy al tanto de que asesoras a tres o cuatro editoriales invisibles y que no tienes ningún empacho en hacer buenas críticas de los libros que editan. Y me he enterado también de que, cuando nombraron a tu padre Director General del Libro Invisible, te beneficiaste de su posición dando conferencias invisibles en todos los centros culturales invisibles de tu dimensión. Así que aplícate un poco el cuento.

—Mira, Vicente, he hecho cuanto he podido desde que éramos niños por no tener en cuenta estos espectáculos de mezquindad con los que me obsequias cada día. Pero ya estoy harto y no voy a ocultarte lo que pienso ni medio minuto más: no sólo careces de talento, sino que eres también un miserable. Un miserable. Y quizá lo primero sea consecuencia de lo segundo, así que olvida la literatura y dedícate a otra cosa.

Su amigo invisible iba a añadir algo, pero no tuvo tiempo porque Vicente tomó la jabonera de cristal de roca del lavabo y se la incrustó con ira en la cabeza mientras profería maldiciones de todos los tamaños a voz en grito.

—¿Pasa algo, Vicente? —preguntó con voz preocupada su mujer al otro lado de la puerta.

Holgado se detuvo un momento jadeando y dijo que no, que intentaba cantar una canción que no conocía bien. Después observó el cuerpo invisible de su amigo muerto, en cuya frente se abría una brecha de la que manaba un caudal de sangre invisible que estaba poniéndolo todo perdido. Instintivamente, lavó la jabonera y pasó la toalla húmeda por el suelo. ¿Pero qué hacer con el cadáver? Desde luego, nadie lo vería, aunque lo abandonara allí, al pie del lavabo; nadie, excepto él, que tendría que asistir durante meses a la descomposición de sus partes blandas (¿serían los tejidos musculares el argumento de los huesos?). La idea le pareció insoportable, así que abrió el ventanuco del cuarto de baño, que daba a un estrecho patio interior, y arrojó el cadáver afuera,

oyéndole golpearse invisiblemente contra el suelo justo en el momento en el que su cuñado aporreaba la puerta vociferando que llevaba media hora encerrado y que los demás también tenían necesidades.

—¡Te esperas! —gritó de mal humor. Y cerró la ventana amortiguando el ruido del pasador con la toalla envuelta en la mano.

Esa misma noche, después de un día de gran agitación, comenzaron los remordimientos. O quizá el miedo. En la dimensión invisible, ya habrían notado o estarían a punto de notar la ausencia de su amigo, aunque estaba soltero y no había, pues, ninguna esposa invisible que le echara en falta. Sin duda, tardarían en encontrar el cadáver, pero cuando dieran con él, comenzarían las investigaciones. Holgado no tenía ni idea del modo de proceder de la policía en esa dimensión, pero sólo pensar que un día, al levantarse, le estuvieran esperando en el pasillo dos inspectores invisibles le ponía los pelos de punta. Pasó la peor noche de su vida, conjeturando que quizá entre las autoridades policiales de las esferas visibles e invisibles había acuerdos semejantes a los existentes entre la policía española y la francesa. Durante un rato intentó separar la culpa del miedo, para diferenciar el grosor de cada uno de estos sentimientos y combatirlos de forma específica, pero estaban trenzados de tal manera que no halló el modo de distinguir el uno del otro. Finalmente, cayó en un mortificante delirio de persecución que le mantuvo despierto el resto de la noche.

Al amanecer, con el pulso alterado y temblando a causa de la fiebre, fue al cuarto de baño, se asomó al ventanuco y observó al crítico literario invisible en la misma posición en la que había caído, con el cuello roto y los ojos abiertos en dirección al cielo, como si tratara de calcular la altura desde la que había sido arrojado. Un enjambre de moscas invisibles zumbaba a su alrededor posándose en las zonas del rostro donde la sangre permanecía coagulada. La comprobación de que el crimen no había sido una pesadilla multiplicó en unos segundos la fiebre y los espasmos nerviosos. En ese instante, oyó a su mujer gritar, fuera de sí, algo acerca de su hermano, pero no fue capaz de escuchar lo que decía, atrapado como estaba en su propia desesperación. Tras cerrar la ventana para evitar que las emanaciones invisibles del cadáver penetraran en la casa, abandonó el cuarto de baño, se dirigió corriendo al teléfono y marcó el número de la policía.

—He cometido un crimen —declaró extenuado, proporcionando su nombre y dirección al agente que había atendido la llamada.

Después de colgar, y tras el primer golpe de alivio derivado de la confesión, reparó en la presencia de su mujer, que le miraba con expresión de horror desde el otro extremo de la sala.

—¿Tú has matado a mi hermano? ¿Has sido tú, canalla?

Vicente pasó de una dimensión a otra con cara de espanto y comprendió confusamente que un argumento arrugado, oscuro, incontrolable, estaba emergiendo del caparazón de la realidad.

—¿Qué dices de tu hermano? Yo no le he tocado un pelo a tu hermano en mi vida.

Corrió a la habitación de su cuñado y, en efecto, estaba muerto sobre la cama, con la expresión

de disgusto que en él era habitual y el rostro un poco verde. Intentó deshacer el malentendido, pero cuando había logrado que su mujer dejara de gritar y se sentara sobre el sofá para escucharle, llegó la policía y le detuvo.

—Que conste —se defendió débilmente mientras le ponían las esposas—, que mi muerto no es éste, sino el del patio interior.

Los policías se asomaron a la ventana del cuarto de baño y no vieron nada.

—Ahí abajo no hay nadie.

—Es que es invisible —argumentó todavía con cautela.

A partir de ese instante todo transcurrió a una velocidad de vértigo. El juez ordenó realizar la autopsia del cadáver, en cuyo pelo y uñas encontraron una cantidad anormal de arsénico procedente, según los expertos, de un insecticida de uso doméstico. Se dedujo que la intoxicación había sido lenta, para que no produjera los síntomas característicos de un envenenamiento, por lo que, de no mediar la autodenuncia y dado el historial clínico de la víctima, el crimen habría pasado inadvertido.

En su primer encuentro con el juez, Vicente insistió en responsabilizarse únicamente del crimen de su amigo invisible.

—Un crítico implacable —añadió—, que siempre dudaba de mi talento literario.

Así las cosas, el magistrado ordenó que fuera examinado por un equipo de psicólogos, lo que al abogado de oficio le pareció que abría una vía esperanzadora para la defensa.

—Lo que tienes que hacer —aconsejó a Vicente— es hablar todo el tiempo de tu amigo invisible insistiendo en su crueldad a la hora de juzgar tus escritos.

—No lo entiendo —respondió Holgado—, de pequeño me aseguraban que lo mejor para no tener problemas con las autoridades era negar su existencia y ahora tú me dices lo contrario. No sé qué hacer, la verdad.

—Tú hazme caso a mí y todo irá bien. Si conseguimos un certificado de locura, te encerrarán en el psiquiátrico, de donde se sale con más facilidad que de la cárcel. Y en menos tiempo.

—¿Pero por qué cuando era pequeño me perjudicaba aparentar que estaba loco y ahora, de mayor, me beneficia?

—Oye, si no te gusto como abogado, te buscas otro y en paz.

Vicente decidió obedecerle y mantuvo en la entrevista con los psicólogos la existencia del amigo invisible, pero lo hizo con poca convicción, recordando los beneficios que había obtenido en el colegio al negarlo. El resultado fue un informe en el que se decía más o menos que se trataba de una personalidad con tendencia a mentir, aunque consciente de sus actos, por lo que le cayeron veinte años y un día, que el abogado recurrió por rutina, aunque sin entusiasmo.

Ya con la sentencia firme, fue visitado en la prisión por su mujer, que le llevó los papeles del divorcio y le anunció que se iba a vivir al Pacífico para estar más cerca de las tortugas laúd. Vicente firmó con mansedumbre los documentos y les deseó lo mejor a su mujer y a las tortugas en general. Luego, al quedarse solo en el silencio de la celda y repasar con asombro las

irregularidades de su vida, cayó en la cuenta por primera vez de que la envenenadora paulatina había sido ella («¡Pero qué tonto soy!», se dijo con un poco de lástima). La coincidencia de la muerte del hermano con el asesinato de su amigo invisible no había hecho sino ayudarla a deshacerse al mismo tiempo de los dos.

Más que rencor, sintió admiración por su mujer, y por su tenacidad en la defensa de lo que había dado significado a su existencia, aunque se tratara de una tortuga en vez de una novela. En cuanto a su obra maestra, comprendió que sólo habría tenido sentido escribirla contra su amigo invisible, o quizá a favor de él. Una vez desaparecido para siempre, podía dimitir de esa responsabilidad. A lo mejor, en eso consistía estar curado. Lo malo era que el precio de la salud fueran veinte años y un día.

—Qué vida —dijo sin énfasis, aunque en voz alta, dando la vuelta sobre el jergón para conciliar el sueño de esa noche.

Un alto en la terapia

Soñé que me comía unas bragas con cuchillo y tenedor. Venían precocinadas, dentro de un estuche de aluminio, y no había más que meterlas dos minutos en el microondas. Eran blancas, de celosía, y se deshacían en la lengua. Venían tres en cada paquete, una para cada comida del día, y poseían propiedades dietéticas adelgazantes. Eran bragas de parafarmacia, o de herboristería, por decirlo rápido. Le conté el sueño a mi psicoanalista, que en aquella época era un hombre delgado y muy nervioso. Me preguntó que a quién creía yo que pertenecían esas bragas.

—Eran impersonales —dije—. Venían dentro de un estuche de aluminio.

—¿De verdad cree usted que eran impersonales?

—Yo al menos no las había visto nunca.

Él se calló, pero se trataba de un silencio con el que venía a decir que no me hiciera el ingenuo. Lo cierto es que no podía dejar de pensar en el sabor de las bragas. Creo que nunca había tenido un sueño tan intenso, ni en el que se combinaran los placeres del sexo con los de la comida de ese modo. Me pregunté si existiría una ropa interior de mujer comestible y al salir de la consulta pasé por una herboristería. No me atreví a preguntar por las bragas, pero miré todos los productos de la tienda, uno a uno, y puedo asegurar que no las había. Por la tarde telefoneé a una amiga con la que tengo mucha confianza. Le pregunté si las conocía, y me dijo que no. Por lo visto, había unas de papel, pero no eran comestibles.

Al día siguiente fui a la farmacia y pedí un paquete de kleenex y otro de bragas de papel.

—Es que estoy muy acatarrado —dije por decir algo.

Una vez en casa, abrí el paquete y, en efecto, eran bragas de papel, pero no tenían nada que ver con las de mi sueño, que parecían orgánicas sin dejar de ser sintéticas. Las de papel, si uno se empeñaba, se podían comer, pero daban sed porque tenían mucha celulosa. Me deshice de ellas y no volví a soñar con las otras, pese a la insistencia de mi psicoanalista.

—Si quiere saber más de esas bragas, tendrá que soñar usted mismo con ellas —le dije—. Yo raramente repito el mismo sueño.

Un día, ya muy avanzado mi análisis, conocí a una chica con la que acabé en la cama. Ella se quedó dormida enseguida y yo me levanté para ir al baño. Entonces vi sus bragas en el suelo, junto a la cama y, no se lo va usted a creer, le dije a mi psicoanalista, eran las del sueño. La chica dormía profundamente, de manera que me las llevé a la cocina, las puse sobre un plato y, sin calentar ni nada, me las comí con cuchillo y tenedor. Tenían una textura perfecta y aquel sabor a espuma que tanto me había cautivado en las del sueño.

—¿Se comió las bragas de verdad? —preguntó mi psicoanalista.

Le dije que sí, porque en el análisis nunca miento, creo que la mentira es una forma de resistencia, aunque me pareció que en su pregunta había un tono de censura, o quizá de envidia. Y además me sentaron muy bien. Después volví al dormitorio, me acosté junto a la chica y me quedé dormido. Cuando me desperté, la vi ir de un lado a otro en busca de sus bragas.

—Me las he comido —le dije.

—No importa —respondió ella—, te traeré más.

Lo cierto es que no la volví a ver. Lo único que tenía de ella era un teléfono que resultó ser falso. Mi psicoanalista insinuó si no habría soñado también aquel encuentro y lo cierto es que me hizo dudar, aunque lo real tiene una textura y un volumen muy difíciles de confundir con los del sueño.

—Pero usted vino aquí porque confundía las cosas —me dijo con malicia.

—Es verdad —admití—, pero en lo que respecta a las bragas siempre tuve los pies en la tierra.

—¿Recuerda las primeras bragas que vio en su vida? —preguntó.

—Las primeras bragas las soñé.

—Pero acaba de decirme que en lo que se refiere a las bragas siempre ha tenido los pies en la tierra.

—La tierra de las bragas son los sueños —argumenté yo.

Mi psicoanalista calló con un silencio rencoroso. Yo hice como que estaba constipado y me metí la mano en el bolsillo para sacar el pañuelo, pero en lugar de un kleenex saqué unas bragas. Mi psicoanalista se arrojó sobre mí, me las arrebató, y se las metió en la boca masticándolas con desesperación. El pobre creía que eran las del sueño, pero eran unas de papel que había guardado para engañarle. Sólo entonces pudimos continuar mi terapia sin interrupciones.

Dios es zombi

Tengo desde pequeño un temperamento religioso, un carácter místico, pero nunca se me ha aparecido Dios ni nada parecido. Tampoco he logrado sanar a nadie imponiéndole las manos. A todo el mundo le suceden cosas paranormales menos a mí. El otro día se murió en Australia la madre de una vecina mía, atea de toda la vida y, por lo visto, en el momento mismo del fallecimiento a mi vecina se le rompió un anillo a la vez que una voz interior le decía: «Tu madre está en apuros». Telefoneó urgentemente a Australia y, en efecto, acababa de fallecer. No es que no lo sintiera, pero la premonición compensó la pena. Ahora se ha puesto dos anillos en cada dedo para barruntar al por mayor.

Yo tampoco pido una manifestación tan exagerada, pero hace poco, por ejemplo, se me estropeó la cisterna del retrete y me dije: «Ya está, esto es que le ha pasado algo a mi cuñado, que es fontanero». Telefoneé enseguida a su casa y mi hermana me dijo que estaba estupendamente. No voy a decir que hubiera preferido lo contrario, pero sí una señal de que hay Dios y de que me tiene en cuenta a la hora de repartir sus dones. Muchas de las personas que se ganan la vida en revistas dedicadas al más allá proceden del ateísmo radical, pero Dios les ha dado la fe. Eso es como si cuando ganara un partido político no colocara en la Administración a los que le han votado. Yo me he pasado la vida votando a Dios y continúo en el paro místico. No es plan.

Así que hace poco me dije: hasta aquí hemos llegado. Fui a la plaza de Callao, me senté en un banco y le dije a Dios:

—No me muevo de aquí hasta que no te manifiestes.

Al rato se sentó al lado un yonqui que me pidió un euro para un bocadillo de mortadela y le mandé a la mierda.

—Tampoco es para que te pongas así —dijo.

—Perdona, es que llevo esperando a Dios desde hace dos horas, o desde hace treinta años, y estoy hasta las narices.

—¿Y quién te dice que yo no soy Dios?

Le iba a mandar a freír espárragos, pero me contuve gracias a mi talante piadoso. Dios se aparece bajo las formas más extrañas, incluso bajo la apariencia de papa, que ya son ganas de figurar. Por delante de nosotros pasaba mucha gente que lo mismo podía ser Dios que el diablo y en la acera de enfrente, junto al Pans & Company, había una mujer negra sentada en el suelo, arrancándose parásitos de la cabeza. Recordé un eslogan que pusieron un día en la fachada de mi casa: «Dios es negra», y lo dije en voz alta.

—Dios es negra.

—Y marrón y azul y rojiblanca y azulgrana. Soy del color que quiera —dijo el yonqui—, no tengo límites.

Le pedí una demostración y me hizo un juego de manos con una moneda. Lo he visto mil veces: primero simuló que se la tragaba y luego me la sacó de la oreja. Vaya cosa. Una paloma sin dedos se me acercó y me picoteó el zapato. Le iba a dar una patada porque no soporto a las palomas sin dedos, pero tuve miedo de que fuera Dios, o el Espíritu Santo al menos, y me contuve.

—¿Quieres más pruebas? —dijo el yonqui.

—No sé, resucita a alguien. Haz algo que pueda vender a una revista del más allá.

Entonces señaló con la mano al personal que iba de un lado a otro y dijo:

—A todos estos los he resucitado hoy.

—Pues los has resucitado mal —dije—, parecen zombis.

—Dios es zombi —afirmó—. ¿No has leído nunca ese grafiti?

—No —confesé aterrado. Pero miré más detenidamente al yonqui y, en efecto, parecía que acababa de salir de la tumba.

—Resucitar es fácil —dijo—. Lo difícil es aguantar luego la vida minuto a minuto. Anda, dame un euro para un bocata de mortadela y deja de pedir peras al olmo. Como se me ocurra hacerte un favor, te vas a arrepentir de haberme conocido.

Tenía un gesto de cansancio cósmico que me hizo comprender que de verdad estaba hablando con Dios. Así que le di el dinero y me largué. Ahora vivo horrorizado con la posibilidad de que me lo agradezca dándome poderes para curar o algo peor. Por si acaso, no he vuelto a pasar por Callao.

Alternancia

Telefoné a una agencia matrimonial el lunes y me dieron cita para el miércoles, lo que me pareció un buen augurio, porque yo siempre hago las cosas a días alternos: lunes, miércoles y viernes. O martes, jueves y sábados. Tuve que rellenar un formulario donde me hacían preguntas íntimas, prohibidas por la Constitución, pero una señorita muy amable me aseguró que necesitaban saberlas.

—Imagínese que es usted cristiano y le facilitamos una esposa mahometana. O que es vegetariano y le presentamos a una mujer carnívora. La convivencia sería imposible.

«Mahometana y carnívora», pensé para mis adentros siendo víctima de una excitación sexual insólita.

—Ahora —dije para disimular—, gracias a la experimentación genética, se pueden fabricar ratones con orejas en la espalda.

—Por favor, eso no tiene nada que ver —dijo la señorita, amable.

Me retiré avergonzado a un saloncito contiguo dispuesto a rellenar el formulario, que era extensísimo. Después lo repasé y me di cuenta de que había creado a un individuo que no tenía nada que ver conmigo. Puse que me gustaba el cine, la literatura y la cocina vasca, además de que era muy religioso y que detestaba la televisión y el tabaco. Me daba apuro que la señorita se diera cuenta de que no había dicho una sola verdad, pero ni lo miró. Por lo visto, de eso se encargaba un ordenador que cruzaba los datos y hacía coincidir a los mahometanos con los musulmanes y a los herbívoros con las coles de Bruselas.

Al salir a la calle me sentía como un hombre nuevo. Vi una iglesia, entré y recé dos padrenuestros con tres avemarías. Después compré varias novelas clásicas que hojeé en un restaurante vasco que hay al lado de las Cortes. Durante el primer plato me pregunté si yo mismo no sería de Bilbao, pero el camarero me aseguró que no tenía acento. Es cierto que podía haber venido a Madrid de pequeño, como un amigo de la infancia, también jubilado y viudo, nacido en Rentería y que ha pasado toda su vida aquí. Pero me pareció más variado ser de otro sitio, aunque al principio no fui capaz de decidir de dónde. Luego me vino a la cabeza la idea de ser de Colombia, una cosa absurda, ya lo sé, pero pensé que a cualquier mujer sensata le resultaría muy atractivo un colombiano maduro, residente en Madrid y aficionado a la cocina vasca. Todo ello por si fallaban las inclinaciones religiosas y la afición a la literatura clásica.

Llegué a casa en un estado de optimismo completamente nuevo para mí. Lo primero que hice fue esconder la televisión en un armario. Por mi gusto la habría tirado a la basura, pero pensé que a lo mejor por la noche me volvía la identidad anterior y necesitaba conectarme. Pasé una tarde

estupenda, sin ardor de estómago ni regurgitaciones, y a eso de las once me metí en la cama como un colombiano culto, no sin antes rezar unas oraciones. Ya entre las sábanas, leí uno de los libros que había comprado al salir de la agencia y me entró el sueño sin necesidad de pastillas.

Al día siguiente, que era jueves, recaí en mi anterior personalidad y estuve no sé cuántas horas en el bingo, fumando sin parar y padeciendo fantasías eróticas insoportables con mahometanas carnívoras. Cuando volvía a casa, pasé por delante de una iglesia y escupí en vez de persignarme. Luego vi la televisión hasta que me hizo efecto el ansiolítico y me quedé dormido en el sofá. El viernes, al volverme la personalidad colombiana y culta, comprendí que estaba condenado a ser una cosa los lunes, miércoles y viernes y otra los martes, jueves y sábados. Todo en mi vida ha funcionado a días alternos, y creo que ya soy muy mayor para cambiar. Los domingos, que quedan fuera de esta disposición horaria, no cuentan: los paso en una especie de limbo en el que las cosas no son ni carne ni pescado.

A la semana siguiente me llamaron de la agencia para presentarme a una mujer que encajaba con mis preferencias colombianas, pero era martes y dije que tenía que ser mahometana y carnívora o que se olvidaran del asunto. El miércoles telefoneé yo, pero la señorita me pidió que no volviera a aparecer por la agencia y colgó.

El misterio y el absurdo

Ella estaba instalando un programa en el ordenador cuando él entró en la habitación y confesó que se había convertido.

—¿Convertido en qué? ¿O a qué? —preguntó la mujer, sacando un disquete e introduciendo otro con la lengua fuera de la boca, como cuando hacemos un trabajo manual que requiere mucha concentración.

—Al catolicismo.

Sin dejar de hablar con su marido, ella mantenía un diálogo excitante con el ordenador, cuyo ratón movía de un lado a otro, al tiempo que escuchaba con ansiedad el ruido de tripas procedente del disco duro. Cada paso llevado a cabo sin tropiezos le parecía un milagro de la naturaleza más que de la técnica.

—¿Y a partir de ahora me lo harás sin concupiscencia? —bromeó.

Él abandonó piadosamente la habitación y no se volvieron a encontrar hasta la hora de la cena. La mujer estaba fastidiada porque finalmente no había sido capaz de cargar el programa debido a un problema de la memoria operativa.

—Es más fácil —dijo— meterle a un hombre el catolicismo en el cerebro que un procesador de textos en el disco duro de un portátil. Los ordenadores son más delicados que vosotros. De hecho, tú has sido comunista, socialdemócrata, budista, gimnasta, cineasta y ahora católico. Si intento cargarle yo todos esos programas al IBM, se bloquea por culpa de la memoria operativa. Seguramente, tú sólo tienes memoria RAM. Ve al médico a ver qué te dice.

Él se comió el gallo frito y las acelgas rehogadas con humildad, sin responder a ninguna de las provocaciones de ella, y tras la cena se retiró al dormitorio mientras su mujer encendía la televisión, seleccionando un programa basura en el que la locutora llevaba colgada del cuello una cruz. No sabía si estaba más irritada con el ordenador o con su marido. Al poco se quedó dormida, pero la despertó a los cinco o diez minutos el claxon de un automóvil. Se asomó al balcón y vio a un hombre, cuyo coche estaba atrapado por otro puesto en doble fila, fuera de sí. Su mujer había roto aguas y no había forma de conseguir un taxi por teléfono porque retransmitían un partido trascendental de fútbol por la tele. Ella fue al dormitorio y encontró al católico durmiendo a pierna suelta, como si no tuviera ya problemas de conciencia. Tras desnudarse, se dejó caer violentamente junto a él, que se despertó sobresaltado.

—¿Entonces ahora estarás en contra del aborto? —preguntó ella.

—Ya te puedes imaginar que sí —dijo él, frotándose los ojos.

—Y a favor de la pena de muerte.

—No intentes confundirme. Que me haya convertido no quiere decir que no tenga contradicciones, sino que he preferido el misterio al absurdo.

—Dios, qué frase. ¿De quién es?

—De un obispo, creo.

—Ya. ¿Quieres decir que yo ahora mismo te parezco absurda? Porque si es eso, nos divorciamos la semana que viene.

—Yo no te he dicho que nos tengamos que divorciar.

—Pero me has dicho que soy absurda, y no querrás vivir con una mujer absurda pudiendo tener al lado a una misteriosa. Jamás se me habría ocurrido pensar que las católicas tuvieran misterio, ya ves tú. Como si no les bastara con el morbo de la pureza.

Como él no respondiera, se levantó violentamente de la cama y gritó:

—¿Sabes lo que te digo? Que si tú vuelves a la religión, yo vuelvo al hachís.

Salió del dormitorio y al poco regresó con un canuto encendido que le pasó a él después de dar dos o tres caladas. El hombre lo tomó con cierta ansiedad y una vez que le hizo efecto dijo:

—Y todavía no he sido musulmán, ni mormón, ni cuáquero. La vida es un portento. Me lo decía mi padre antes de que abandonáramos la provincia: en Madrid, un hombre puede ser lo que quiera, lo que quiera. Ahora quiero ser católico.

—Tienes que sacar un rato para hacerte adicto a los videojuegos. Los ordenadores son tan apasionantes como las religiones.

—A ver cómo vienen las cosas —dijo él, y se dio la vuelta para entregarse al sueño. Ella encendió la radio y sintonizó un programa dedicado al satanismo que escuchó boca arriba, pensando en el problema que tenía con el ordenador. El despertador no sonaría hasta las siete.

El espacio interdigital

Sonó el teléfono y era la chica de las encuestas. Llama todos los jueves, después de comer, porque conoce perfectamente mis costumbres y sabe a las horas que estoy y a las que salgo. Me preguntó cuántas veces me cambiaba de calcetines a la semana y si los prefería de algodón o de fibra. Reconozco su voz enseguida. Otras veces quiere saber a quién voy a votar y si prefiero los grandes almacenes a las tiendas pequeñas. Prácticamente, le he dicho todo acerca de mí: qué programas de televisión veo, cuántos metros cuadrados tiene mi casa, qué colonia me gusta más y si soy partidario del flúor en la pasta de dientes. Encuesta a encuesta, he ido contándole mi vida sin que yo supiera nada de la suya. No digo que en alguna ocasión no le haya mentado para aparentar más de lo que soy, pero básicamente tiene mi perfil. Lo de los calcetines me pareció demasiado.

—Cada vez me preguntas cosas más íntimas —le dije.

—Yo no hago los cuestionarios —respondió—, pero vivo de ellos, comprendeme.

—No, si te comprendo, pero a mí también me gustaría conocer algún detalle de tu ropa interior.

—Pues nada, pregunta lo que quieras.

Averigüé tres o cuatro cosas un poco avergonzado, y no seguí investigando porque me pareció que ella no ponía ninguna pasión en sus contestaciones. Respondía de un modo frío, informal, como si hablara de otra cosa, lo que me produjo un malestar indefinido. Al final, le dije que me cambiaba de calcetines dos veces al día para parecer más limpio de lo que soy, pero ella interpretó que sudaba mucho y me recomendó unos polvos que hay que ponerse en los espacios interdigitales. Eso dijo, *interdigitales*, y me excitó, vete a saber por qué. De todos modos, no me gustó dar esa imagen de persona sofocada: creo que sudo lo normal, ni poco ni mucho. Respecto a si prefería el algodón o la fibra, no lo sabía a ciencia cierta, así que dije que la fibra, que la anuncian mucho ahora, aunque creo que más para la digestión que para los pies.

La chica me dio las gracias, como siempre, y luego pasó mucho tiempo sin llamarme. Empecé a preocuparme, no sé por qué, y al día siguiente, como si me hubiera leído el pensamiento, sonó el teléfono después de comer y era ella. Esta vez no quería hacerme ninguna encuesta: la habían despedido o no le habían renovado el contrato basura y estaba en la calle, la pobre. Por lo visto, no tenía a nadie en Madrid, y me preguntó si podía quedarse en mi casa unos días.

—Después de todo —añadió—, vives solo y tienes una casa grande, con dos baños.

Es cierto que vivía solo, pero en lo otro le había mentado. La verdad es que tengo un apartamento con un dormitorio y un salón, sin cocina independiente. Y un solo baño, desde luego. Me daba vergüenza confesárselo, pero me pareció más prudente.

—Además, no tengo microondas —añadí— ni lavavajillas.

Ella dijo que ya lo había supuesto (nadie decía la verdad en las encuestas telefónicas), pero no le importaba. Podía dormir en el sofá y no me estorbaría.

Me pareció absurdo decirle que sí, pero era tal la intimidad que se había establecido entre nosotros a través de las encuestas telefónicas que habría sido como negarle el cobijo a un familiar que pasara por Madrid de camino a otro sitio. Sin embargo, una relación con una voz no es lo mismo que una amistad con un cuerpo entero. La voz es lo más inmaterial que poseemos, lo más tenue, quizá lo menos nuestro. A mí me gustaba su voz, pero no podía decirle que dejara la voz y se fuera con el resto de sí a otro sitio, de manera que le di la dirección y me senté a esperar.

Al rato sonó el timbre de la puerta y entró una chica muy menuda, muy joven. No me la había imaginado así, pero me gustó más que en mis fantasías: una rareza, porque suele suceder al contrario. La invité a tomar asiento y, como tenía en la cabeza la descripción de su ropa interior, traté de imaginarla casi desnuda, pero se dio cuenta y dijo que también ella me había mentado respecto a eso: normalmente llevaba bragas de algodón porque era alérgica a los tejidos sintéticos. Luego sacó los libros y se puso a estudiar. De esto hace un año y todavía no se ha ido. Lo malo es que ha empezado a llamar una chica de otra agencia de encuestas y he vuelto a decir que vivo solo y que tengo dos baños. Lo de los dos baños es mentira, pero lo otro, pese a la presencia de la estudiante, continúa siendo verdad.

El secuestro aéreo

Antes de que el avión hubiera alcanzado la altura de crucero, el joven loco se levantó sosteniendo en la mano derecha un aparato del que afirmó a gritos que estaba conectado a una bomba que llevaba pegada al muslo con cinta adhesiva.

—Aquí se va a hacer a partir de ahora lo que yo diga —añadió, con el labio superior y la frente barnizados de sudor.

Las azafatas y el pasaje se dieron cuenta de que se trataba del mando a distancia de un televisor, pero nadie hizo nada por frenar al muchacho. Eran las ocho de la mañana y acababan de dejar atrás un Madrid lluvioso, caótico, agresivo. La Barcelona que los esperaba al otro lado del puente aéreo no estaba, según la radio, en mejores condiciones. Muchos viajeros agradecieron íntimamente que se los sacara de la rutina habitual con un falso secuestro. El joven apuntó a una azafata con el mando exigiéndole que le condujera a la cabina del piloto.

—¿Qué pasa? —preguntó el comandante al percibir el perfume de la azafata tras de sí.

—Esto es un secuestro —gritó el muchacho apuntando a todo lo que se movía.

—Dice que lleva una bomba pegada al muslo —informó la azafata con neutralidad.

El comandante observó el mando a distancia con una mirada estimativa y preguntó a la tripulación:

—¿Queréis que salgamos en el telediario o preferís que le dé una torta y lo devuelva a su asiento?

Hubo unos instantes de vacilación que resolvió el copiloto con cinismo:

—Yo prefiero salir en el telediario.

El comandante empezó a sobrevolar Madrid e informó a la torre de control de que estaban secuestrados por un individuo que amenazaba con hacer explotar una bomba que llevaba pegada al muslo si no seguían sus instrucciones. Desde la torre, preguntaron qué quería.

—¿Que qué quieres? —dijo el comandante, volviéndose al chico.

—No sé —respondió, sudando a chorros—, el caso es que tengo de todo.

—¿Cómo que tienes de todo?

—Que tengo de todo, eso dicen mis profesores.

—¿No hay de verdad nada que desees, incluso aunque no sea directamente para ti, sino para darle una alegría a alguien?

La azafata se acercó al muchacho y le quitó el sudor de la frente, como una enfermera a un cirujano. Entre tanto, el comandante se dirigió por la megafonía al pasaje y anunció que aunque el

avión se encontraba secuestrado, las negociaciones con el terrorista progresaban razonablemente bien.

—Espero darles buenas noticias en poco tiempo —añadió—. No pierdan la calma y si desean un zumo o un café pónganse en contacto con nuestro personal auxiliar.

Pasaron unos minutos de incertidumbre. El muchacho loco parecía decepcionado y asustado a la vez por la actitud general. Quizá no había esperado tanta comprensión. El copiloto sacó un peine de alguna parte y se lo pasó por la cabeza, pensando en las fotografías. El comandante encendió un cigarrillo con gesto de paciencia.

—¿No quieres que vayamos a Cuba? Es lo normal.

—No —dijo el muchacho saliendo de su estupor—. Lo que a mis padres les gustaría es que me dieran el Premio Nobel de Química porque tienen una droguería en Fuencarral.

El comandante se puso en contacto con las autoridades, que a la vez hablaron con los suecos. Tras unas deliberaciones no exentas de tensión dijeron al comandante que, tratándose de un terrorista, sólo le podían dar el Nobel de la Paz.

—El de la Paz está bien —dijo el muchacho tras unos minutos de duda—. Aterrizo, que me voy a entregar.

El comandante inició la maniobra de aproximación al aeropuerto de Barajas, mientras los pasajeros empezaban a encender los móviles para ponerse en contacto con las emisoras de radio y contar su versión de lo sucedido. Cuando se abrieron las puertas del avión, la policía gritó que saliera el secuestrador con las manos en alto. El muchacho abandonó el aparato con el mando a distancia en la mano derecha, descendió por las escalerillas y cuando estaba a un metro de los geos, a punto de que éstos se abalanzaran sobre él, apretó un botón y cambió de canal.

El canario

Nunca había estado en mis cálculos quedarme viuda, no contaba con ello. Generalmente, la mayoría de las cosas que nos ocurren aparecen en la cabeza de otro, no en la nuestra. Fue una sorpresa, en fin, que Antonio falleciera antes que yo, de modo que al regresar del cementerio y encontrarme con la casa en silencio, toda para mí, no supe si alegrarme o sufrir. De hecho, volví a la calle y comencé a andar sin rumbo, intentando ordenar las ideas y los sentimientos, con poco éxito, ésa es la verdad. No me di cuenta de que iba hablando sola hasta que levanté la cabeza en un semáforo y vi que la gente me miraba con piedad, quizá con miedo.

Avergonzada, crucé la calle y me oculté en el primer establecimiento que me salió al paso: una pequeña tienda de animales situada en la calle de Costa Rica (mi casa está en López de Hoyos: no tenía conciencia de haber andado tanto). Los animales me observaron con neutralidad al entrar y enseguida volvieron a su ensimismamiento. El dueño del negocio, que escuchaba un partido de fútbol al fondo de la tienda, tampoco me hizo caso. Decidí dar una vuelta entre las jaulas para reponerme, cuando un canario cantó de un modo especial, observándome de manera insistente con el ojo derecho. Daba la impresión de que, más que trinar, intentara decirme algo. Me acerqué a él y advertí enseguida que era mi marido. Nunca imaginé la posibilidad de que las almas transmigraran, pero lo cierto es que allí estaba Antonio, dirigiéndose a mí en ese tono intolerable que le salía antes del telediario y después del desayuno. Me lo llevé, claro, qué iba a hacer. Costaba cincuenta euros que pagué con la tarjeta de crédito, así que se puso hecho una furia dentro de la jaula, pues él tenía la costumbre de pagar todo al contado por miedo a la electrónica.

—Sí que canta, sí —dijo el de la tienda para presumir del género mientras el pájaro se desgañitaba.

Cuando llegamos a casa, coloqué la jaula sobre el sofá, encendí la tele, y eché de menos la sensación de libertad que había tenido al regresar del cementerio. Recuerdo que en ese instante telefoneó mi ahijada (una hija de mi hermana; nosotros no habíamos tenido hijos) para ver cómo me encontraba y el pájaro se puso a cantar o a gruñir como cuando él estaba vivo: no podía verme al teléfono sin preguntar enseguida, generalmente a gritos, con quién estaba hablando.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó mi ahijada.

Estuve a punto de decirle que su tío había regresado del más allá, pero comprendí que dicho de ese modo podría interpretarse mal y le mentí:

—Nada, que me he comprado un canario.

Cuando volví al sofá, Antonio insistió en saber quién había llamado y le dije que no le importaba y que me dejara ver la tele en paz. Lejos de eso, comenzó a piar más fuerte que antes,

organizando un estruendo tal que tuve que echarle un paño negro por encima. Al día siguiente, al abrir la jaula para ponerle de comer, me dio un picotazo. Entonces le dije:

—Mira, esto se ha acabado. No te voy a tolerar ni una agresión más. Si quieres vivir en esta casa, procura comportarte.

Se puso a cantar hecho una furia y yo, en un arrebato, metí la mano en la jaula y lo asfixié en un dos por tres. Luego lo llevé al baño, y tras arrojarlo por el retrete, tiré de la cadena. Después me puse a ver la tele sin ningún remordimiento, pese a que era la hora de ventilar la casa y hacer la cama.

A los pocos días, pasé de nuevo por una tienda de animales, esta vez situada en Joaquín Costa, y entré por curiosear un poco. De súbito, me llamó la atención el grito de un hámster que resultó ser Antonio de nuevo. Cada vez caía más bajo. Como era mucho más barato que el canario y ya tenía la jaula, me lo llevé a casa, pero a los pocos días tuve que ahogarlo también porque se puso intransigente. Y no pienso dejar de ahogarlo hasta que entre en razón, aunque se reencarne en un perro de presa, o en un tigre. En realidad, es lo que estoy deseando, que se me aparezca en un animal grande, para tener la sensación de matarle de verdad. Con los animales pequeños, aunque el crimen no deja de darme gusto, tampoco acabo de saciarme.

Cuando no pasa nada

El desconcierto estalló en la comisaría de Centro a media mañana, cuando un periodista telefoneó por rutina para saber qué había sucedido y tuvieron que decirle que nada.

—¿Cómo que nada? ¿No se ha producido ningún tirón, ninguna denuncia por malos tratos, ninguna violación, ninguna muerte? ¿Qué intentáis ocultar?

Tras despachar al periodista, el comisario se quedó un poco inquieto y telefoneó a sus colegas de las otras comisarías... La calma, en todas ellas, era absoluta y el día se cerró sin que nada ni nadie hubiera quebrado esa extraña paz, más extraña si se tenía en consideración que las Navidades añadían a la fiebre habitual unas décimas de temperatura que se traducían en un aumento notable de las denuncias con respecto a los meses considerados normales.

Al día siguiente, después de comer, y como las cosas continuaban en el mismo estado, el delegado del Gobierno se reunió con los comisarios de la ciudad y los puso firmes.

—No podemos continuar diciendo a los periódicos que no pasa nada. Nos van a tomar por tontos.

—Es que no pasa nada —respondieron.

—Pues que alguien atraque un banco o vuele una embajada. Pero hagan algo o, antes que la mía, van a rodar las cabezas de todos ustedes.

Los comisarios regresaron a sus puestos de trabajo con la esperanza de que durante su ausencia hubiera sucedido una catástrofe, pero sus agentes continuaban sesteando junto a los teléfonos súbitamente enmudecidos. Algunos reunieron a su equipo de confianza para planificar la comisión de algún delito menor, pero no encontraron voluntarios, pese a la promesa de tener en cuenta su colaboración a la hora de decidir los próximos ascensos. A los cuatro días la situación era desesperada: la delincuencia parecía haber entrado en un estado de huelga indefinida y las leyes empezaban a adquirir un grado de inutilidad preocupante. Entonces, el ministro reunió a sus colaboradores más cercanos y no se anduvo con rodeos:

—Quiero de aquí a mañana dos asesinatos, tres robos con asalto y dos violaciones con premeditación y alevosía. De ello depende el futuro de este ministerio y, en consecuencia, el pan de sus hijos. Ustedes verán cómo se las arreglan.

Los comisarios se reunieron con sus hombres más duros y les pidieron que se pusieran en contacto con sus confidentes para ofrecerles dinero por delinquir.

—Va a haber pasta para todos —prometieron—, y tampoco se les pide nada del otro mundo: un par de crímenes, siete u ocho butrones, media docena de infracciones de circulación. Y droga, mucha droga, que el tráfico de droga tranquiliza a los contribuyentes.

Los policías utilizaron sus contactos habituales en los bajos fondos, pero ni con promesas ni amenazas lograron que la gente volviera a delinquir. El crimen se había vuelto perezoso.

Así las cosas, a los dos o tres meses de esta paralización, y cuando el cuerpo de la ley, al faltarle el alimento del crimen, empezaba a mostrar signos de debilidad, el ministro del Interior decidió convocar oposiciones a delincuente, sacando a concurso cinco mil plazas a las que no se presentó nadie porque el salario era inferior al de un policía municipal recién ingresado. Tras revisar este aspecto y crear un montepío que asegurara una jubilación digna incluso a los facinerosos que no hubieran cotizado jamás a la Seguridad Social, lograron cubrir algunas plazas a las que se presentó un grupo de policías jóvenes hartos de la situación de interinidad que padecían en el cuerpo. Pero se negaron a cometer delitos mayores mientras no se los reconociera en su nuevo puesto de trabajo la antigüedad de los sucesivos contratos eventuales que habían cumplido para la policía. Tras una serie de reuniones con los representantes de Interior, en las que se dieron las tensiones inherentes a toda negociación colectiva, los nuevos funcionarios empezaron a transgredir la ley con furia, y a fortalecerla en consecuencia. A los pocos días, Madrid era la ciudad tranquila y confiada de siempre. Más tarde, mucha gente pretendió delinquir sin haber hecho oposiciones, pero el nuevo sindicato del crimen lo impidió.

Cada individuo es un universo

Cuando el taxista creyó haber alcanzado el grado de confianza de crucero, afirmó que cada familia era un mundo, para añadir casi sin transición:

—Mis suegros, por ejemplo, me toleran, pero no me aceptan.

—Pues los míos me aceptan, pero no me toleran —respondí yo para confundirle un poco. Detesto este tipo de conversaciones.

El hombre se hundió en un silencio rencoroso y en el primer semáforo se bajó del coche para cambiar la bombona. Por la radio, un individuo afirmaba que la mayoría de los accidentes mortales que se producían en el interior de los automóviles, cuando iban muy llenos, se debía a que las cabezas de los pasajeros chocaban entre sí, abriéndose como sandías. Un enfermo. El taxista volvió al coche tras realizar la operación en el maletero y afirmó:

—Eso que dice usted no puede ser. Si le aceptan, ¿cómo no van a tolerarle?

—Del mismo modo que yo acepto la existencia de la penicilina, aunque no la tolero, porque soy alérgico a los antibióticos. Mis suegros son alérgicos a los yernos. Tienen tres más y aceptan a todos, pero no toleran a ninguno. Personalmente, preferiría tolerar la penicilina, aunque no la aceptara. Solamente me puedo tratar las infecciones con sulfamidas, que me dejan hecho polvo.

Comprendí que acababa de romperle al hombre una frase que quizá había repetido a todos los pasajeros que caían en sus manos. Fue una crueldad, pero la vida es dura y el pez grande se come al chico, etcétera. Llegamos al Vips de Velázquez y le pedí una factura, para hacer gasto: así aprendería a dar conversación a los clientes. Por la boca muere el pez. Asco de peces.

A los pocos días tomé un taxi en la plaza de Cataluña. Cuando empezaba a hundirme en mis cavilaciones el conductor decidió darme conversación.

—Cada familia es un mundo —dijo.

—Claro —respondí yo sin dejar de pensar en mis cosas.

—La familia de mi mujer me acepta, pero no me tolera.

—Pues la de la mía me tolera, pero no me acepta —dije mecánicamente, por llevar la contraria.

Entonces el coche se echó a un lado, sentí un frenazo brusco y el taxista se volvió hacia a mí con expresión de triunfo. Era el mismo al que sus suegros toleraban sin aceptar.

—Le cacé —dijo—, es usted un demagogo. Siempre dice lo contrario de lo que oye por afán de discutir.

—Eso no es un verdadero demagogo —respondí—. El verdadero demagogo es el que dice lo contrario de lo que piensa para engrasar las neuronas.

—Pues el otro día me dijo usted una cosa y hoy me ha dicho la contraria. O mintió entonces o ha mentido ahora.

—No tengo suegros, eso es lo que pasa. Soy soltero y lo mismo me da que me acepten sin tolerarme o que me toleren sin aceptarme.

En esto llegamos a mi casa.

—¿Vive usted aquí? —preguntó.

—Sí —dije.

—Una casa muy grande para un soltero.

No respondí a esa impertinencia, pero volví a pedirle una factura que tiré al suelo delante de sus narices, apenas me bajé del coche.

A los pocos días salía de casa con mi mujer y dio la casualidad de que en la puerta mismo había un taxi, que cogimos sin dudar, pues teníamos prisa. Al poco, escuché una voz que reconocí enseguida.

—Cada familia es un mundo —dijo.

—Y cada individuo es un universo —añadió mi mujer, entrando al trapo a cien por hora.

—Mis suegros me toleran, pero no me aceptan —añadió el taxista, amenazándome con la mirada a través del retrovisor, para que no hablara.

—Con el tiempo acabarán aceptándole también —aseguró mi mujer, y se enredaron en una de esas conversaciones detestables sobre simpatías y antipatías familiares. Cuando llegamos a nuestro destino, me preguntó si quería factura y tuve que decirle que no, claro, para no dar explicaciones a mi esposa. Ahora llevo varios días buscándole por todas las paradas, para vengarme, pero parece que se lo ha tragado la tierra.

Intransigencia horaria

Tuve una novia que detestaba la puntualidad porque le parecía un vicio pequeñoburgués. Por aquella época yo llegaba siempre media hora antes a las citas, no por afán reaccionario, sino por problemas mentales. Creía que si me retrasaba sucedería una catástrofe. Además, la ventaja de llegar dos o tres horas antes al aeropuerto es que si se te ha olvidado el pasaporte puedes volver a casa a por él sin perder el vuelo.

Mi novia no comprendía estas explicaciones y reprochaba con amargura mi aburguesamiento progresivo en unos años en los que la clase media estaba muy mal vista entre la clase media. Le expliqué entonces que siempre llegaba antes de tiempo a las citas para echar un vistazo desde lejos a la esquina en la que había quedado y comprobar que no había movimientos raros en la zona. Había leído muchas novelas de John le Carré y los espías siempre tomaban esa elemental medida de precaución.

—No querrás que un día averigüen dónde hemos quedado y me detengan.

—Pero tú no eres espía —contestaba ella.

—Nunca se sabe —respondía yo enigmáticamente.

La ventaja de los espías es que pueden desarrollar toda clase de patologías obsesivas sin llamar la atención. Un agente como Dios manda está obligado, por ejemplo, a dejar cogido un palillo de dientes en la puerta al salir de casa para detectar si alguien entra durante la ausencia. A falta de palillo se puede colocar también un poco de cinta adhesiva en un rincón del quicio. Y aun con todas las precauciones, hay que llevar cuidado con lo que luego se habla en el cuarto de estar, porque pueden haber colocado micrófonos del tamaño de la cabeza de un alfiler en cualquier parte. Antes de iniciar una conversación comprometida, pues, conviene asomarse a la ventana y asegurarse de que no hay en la calle ninguna furgoneta con antenas parabólicas en el techo. Todas las cautelas son pocas.

Una vez acudí a un psiquiatra para curarme de estas irregularidades, que me quitaban mucho tiempo y demasiadas energías. Cuando le conté todo, afirmó que, efectivamente, necesitaba tratamiento. Pero lo dijo de un modo que no me gustó, así que al hacerme la ficha y preguntarme la profesión dije que era espía.

—Entonces usted hace lo que debe. Necesitaría tratamiento si no tomara ninguna precaución.

—Eso es lo que yo le digo a mi novia.

—¿Pero sabe ella que usted es espía?

—Por supuesto que no. ¿Se cree que soy un agente loco que va contando a todo el mundo que estoy al servicio de la Unión Soviética?

Por entonces existía la Unión Soviética y Madrid estaba lleno de partidos comunistas y partidos de los trabajadores y banderas rojas y chinos y prochinos y procubanos, además de los tradicionales fascistas y de las JONS. La vida era muy difícil, y no estaba al alcance de cualquiera prescindir de estos ritos obsesivos aun a costa de parecer un contrarrevolucionario, o un pequeñoburgués.

El caso es que mi manía por llegar pronto y la pasión de mi novia por llegar tarde enturbiaban mucho nuestras relaciones. Entonces yo, en un raptó de generosidad, sólo por complacerla, juré que llegaría tarde a todas las citas, por lo menos a todas las citas que tuviera con ella. De este modo, las aguas volvieron a su cauce, al cauce de mi novia quiero decir, dejando el mío completamente seco.

Durante las semanas siguientes cumplí mi promesa en dos o tres ocasiones, pero sufría tanto con la superstición de que el mundo se iba a acabar debido a mi tardanza, que enseguida comencé a presentarme a la hora de siempre, ocultándome en los alrededores, para aparecer con cara de recién llegado después de que ella llevara unos minutos esperando. Un día estaba escondido en un portal, controlando la zona del encuentro, y la vi llegar diez minutos antes de la hora. Entonces salí de mi escondite y cuando la llamé pequeñoburguesa me aseguró que había llegado pronto para cerciorarse de que yo llegaba tarde. Ese mismo día rompimos, por razones ideológicas según ella, aunque yo siempre pensé que era por diferencias psiquiátricas.

El otro día la vi por la calle, con un niño pequeño de la mano, y tuve la tentación de acercarme para pedirle perdón por aquella intransigencia horaria de mi juventud, pero comprendí enseguida que era demasiado tarde, al menos para mí. Para ella, seguramente, sería demasiado pronto.

La hija de Beatriz

El viernes pasado, Día del Libro, estaba comiendo un bocadillo de calamares en un bar de López de Hoyos, cuando se me acercó una chica con melena ondulada y falda a cuadros que parecía proceder de mi adolescencia más que de la calle. Llevaba en la mano un libro de Paulo Coelho en el que, según me dijo, acababa de leer que el mundo estaba lleno de señales.

—Me he dado cuenta —añadió— de que comes el pan como si más que masticarlo lo pensaras, igual que hacía mi padre muerto.

—Pues me cago en Paulo Coelho y en tu padre muerto —respondí sin agresividad—. No hablo con nadie cuyas citas literarias no sean de Shakespeare para arriba.

—Eso también era típico de mi padre —respondió ella con dulzura—: despreciar lo que ignoraba. Puedes cagarte en él todo lo que quieras, pero deja a Paulo Coelho en paz.

Entonces me di cuenta de que el mundo estaba de verdad lleno de señales. Aquella chica me recordaba una novia de mi adolescencia llamada Beatriz, un nombre un poco raro para la época, dominada por las Paquitas, las Julias y las Marujas. Tal vez, pensé, venía a decirme algo desde el pasado. A veces pienso en el pasado. Voy caminando por la calle de Constancia, en dirección al colegio, y de súbito veo venir de frente a Beatriz, que va a clase de estenotipia y mecanografía. Quizá sea un poco cruel exigirle una cita de Shakespeare con un bagaje cultural tan escaso. Después de todo, yo tropecé con Shakespeare por casualidad y no siempre consigo entender lo que dice. Me faltó el canto de un duro para quedarme en Paulo Coelho: tal vez lo hubiera preferido a condición de que Beatriz permaneciera a mi lado. Ahora seríamos los dos mayores y veríamos la tele y leeríamos a Paulo Coelho juntos. Nuestros hijos llenarían la casa de libros de autoayuda y habríamos encontrado a la vida un sentido coelhiano. Dicho así suena bien, mejor que sartreano o wittgensteiniano.

Hablando de Wittgenstein, me acordé de un libro muy importante de mi juventud: *La Viena de Wittgenstein*. Tal vez, de haberme casado con Beatriz, yo podría haber escrito *El São Paulo de Coelho*. No sé, no sabe uno qué es lo importante y lo que no. Di un trago a la cerveza, mordí el pie de un calamar que se escapaba por la herida abierta del pan y lancé una mirada amable a la chica.

—Mira —le dije—, no quiero molestarte, pero es que Paulo Coelho escribe muy mal y es un farsante. Además no creo que el mundo esté lleno de señales. Más bien peca de lo contrario: de falta de señalización. El mundo es peor que el aeropuerto de Frankfurt: todos los carteles están ahí para confundirte, para que cojas el vuelo que no es o te quedes atrapado en el laberinto de sus pasillos.

—Razón de más para que cuando aparezca una señal nos aferremos a ella, y ya he dicho que te

pareces a mi padre.

—Pues no es por darle la razón a Coelho, pero tú eres idéntica a una chica de la que estuve enamorado en mi adolescencia. Idéntica, idéntica. A lo mejor eres hija de ella. Se llamaba Beatriz.

—No sigas —respondió palideciendo la chica—. Mi madre se llama Beatriz, pero tengo miedo de que si continúas hablando no se trate de ella, con lo que me gustan a mí las señales del destino.

A mí también me dio miedo indagar, por si se rompía la magia, con perdón. Nunca había imaginado viuda a Beatriz, con la ropa interior negra y todo eso. Yo seguía soltero por pereza. Quizá ninguna mujer había insistido lo suficiente, pero de repente pensé que si Beatriz estaba viuda y todavía sintiera algo por mí, yo estaría dispuesto a casarme con ella, aunque su hija leyera a Paulo Coelho. Personalmente, había caído el año anterior en el desvarío de leer a Susanna Tamaro.

—Quiero casarme con tu madre —me oí decir con decisión, mientras pagaba la cerveza y el bocadillo de calamares.

—Pero si ni siquiera sabes si es la Beatriz de tu juventud.

—No importa —respondí—. Si esto es una señal, no quiero dejar de leerla. Me da pánico pasarme la vida dentro de un aeropuerto en busca del módulo de información. Llévame donde está ella. Seré como un padre para ti.

Eso es en realidad lo que imaginé, y sin duda lo que tenía que haber hecho, pero no tuve valor para traicionar a Shakespeare a favor de Coelho. Entre la literatura y la vida, siempre he elegido la literatura, y así me va. La chica abandonó el establecimiento en busca de otra señal y cuando salí había desaparecido.

La vecina difunta

Supé que esa noche había fallecido una amiga nuestra que vivía en el piso de abajo porque antes de que sonara el despertador abrí los ojos y se me apareció su espectro.

—Oye, que me he muerto —dijo como si no acabara de creérselo.

Vive sola y supuse que quería que yo diera la voz de alarma. Pero no. Se había presentado en mi casa porque no sabía qué hacer ni adónde dirigirse.

—¿Estás asustada? —pregunté.

—Asustada, no. Me siento rara. He ganado en velocidad, pero no tengo interés especial por ir a ningún sitio. Nunca me gustó mucho viajar.

—¿Quieres que avise a alguien?

—No, no, si ya te digo que sólo pasaba por aquí, pero voy a continuar atravesando tabiques, por curiosidad.

Era todo tan natural que a mí mismo me sorprendió no tener miedo. Estar muerto no era gran cosa, en fin. Me di la vuelta para conciliar el sueño y en ese momento sonó el despertador.

Después de ducharme, mientras ponía el café, estuve a punto de contarle a mi mujer lo sucedido. Podía decirle en tono casual: he soñado que se ha muerto Fulana. Pero me pareció que si después se confirmaba quedaría yo en una posición algo incómoda. Y si no se confirmaba también. Me callé, pues, y al salir de casa bajé andando en vez de tomar el ascensor, y estuve escuchando tras la puerta de la fallecida. No se oía nada. Resistí la tentación de tocar el timbre con el pensamiento mezquino de que si estaba muerta de verdad era un modo de meterme en líos. No era difícil imaginar las preguntas de la policía: «¿Es cierto, como afirma una vecina, que usted tocó el timbre de la interfecta a las ocho horas?».

Estuve toda la mañana en el despacho con una sensación de irrealidad curiosa, como si no hubiera salido del sueño, o no hubiera entrado del todo en la realidad. Comí cerca, en un restaurante económico de López de Hoyos, y tras el café telefoneé a la difunta, con el dedo listo para colgar si lo cogía la policía, que quizá estuviera ya revisando el piso. Pero no lo descolgó nadie. A los cinco pitidos de rigor saltó el contestador automático, que no dijo en este momento no puedo atenderte porque acabo de fallecer, sino deja un mensaje después de la señal. No dije nada para no verme implicado en el suceso si de verdad había muerto. Podía haberle preguntado al espectro si había sido de sobredosis o qué, aunque creo que no se droga. Pero hoy día resulta tan sospechoso fallecer que me pareció más prudente no averiguar nada.

Por la tarde, cuando abrí la puerta de mi casa, oí a mi mujer hablar con alguien en el salón. «Es ella —me dije—, la difunta.» Avancé por el pasillo con el corazón en la garganta, y era ella, en

efecto. Muchas tardes, como vive sola, pasa a nuestra casa y se queda charlando con nosotros hasta la hora del telediario. Se estaban preparando una copa y mi mujer preguntó si yo quería algo.

—Un vaso de agua —respondí, pues tenía la garganta seca.

Mi esposa se retiró a la cocina y la muerta y yo nos quedamos solos, mirándonos. Noté que aunque intentaba aparentar naturalidad había en ella algo que no era normal.

—¿Pero tú no te habías muerto? —pregunté en voz baja.

—¿Qué dices? ¡Aquí iba a estar contigo si estuviera muerta!

En ese momento llegó mi mujer con el vaso de agua y los hielos.

—¿De qué habláis? —preguntó.

—Tu marido, que se ha empeñado en que llevo el pelo más corto.

Si no hubiera mentido, habría pensado que todo había sido un sueño, pero su reacción la delató. De hecho, ha dejado de venir a casa por las tardes porque tiene miedo de que la ponga en evidencia, y cuando nos cruzamos en el portal me evita. La ciudad está llena de gente así, personas que se pasan las tardes en las cafeterías, frente a una taza de la que simulan beber.

El precio de las almas

Al principio fue un alivio que se me apareciera el diablo, pues aunque no tenía intención de venderle nada, siempre es bueno para la autoestima saber que tu alma está en el mercado. Íbamos dentro de un taxi Satán y yo, él disfrazado de taxista, claro; yo, de agente comercial. Conducía con una habilidad notable, pese a tener patas de cabra en lugar de pies.

—No sé cómo puede manejar el embrague y el freno con esas extremidades —dije por hacer tiempo, para que no me viera ansioso y comenzara la negociación a la baja.

—En realidad, el coche va solo —respondió él—. Yo me limito a mover los brazos y las piernas, para disimular.

—¿Y qué precio tienen las almas esta temporada? —pregunté en tono casual, al ver que no se animaba a hablar del tema.

—¿Almas? Hace mucho que no compro almas. Tenemos el infierno a rebosar. Antes había que ofrecer la eterna juventud y no sé cuántos sacos de oro por un alma. Ahora te las dan a cambio de un Rolex de acero, o de un apartamento en Torre vieja.

En la actualidad, según me explicó, compraba cuerpos. Los cuerpos se estaban poniendo por las nubes. Me halagó que estuviera interesado en el mío, pues nunca me había parecido gran cosa. Es más, una vez superado el primer instante de desconcierto, pensé que era mejor para la autoestima que el diablo estuviera interesado en mi cuerpo antes que en mi alma. No es que hubiera decidido venderlo, pero dejé que le pusiera precio.

—Yo, ahora mismo, le doy dos almas por su cuerpo —dijo al fin.

—¿Y qué hago yo con dos almas, tres con la que ya tengo, sin un cuerpo en el que recogerlas al caer la tarde?

—Usted verá, pero una habla francés e inglés y la otra, alemán. Pertenecieron a dos conocidos poetas del siglo pasado.

Empecé a dudar. Aunque no le dije nada al diablo, tengo el colesterol alto y hace dos años sufrí una angina de pecho. Además, padezco de ardores de estómago. Y me acatarro con que me dé un soplo de aire. Nunca me he encontrado a gusto dentro de mi cuerpo. La idea de carecer de necesidades orgánicas y de ser jefe, por si fuera poco, de dos almas internacionales me hacía ilusión. Con el alma que hablaba francés e inglés podía entenderme, pues conozco los dos idiomas. Del alemán no tengo ni idea, pero pensé que todo sería cuestión de poner un poco de atención durante los primeros meses. Poseer un alma alemana, aunque no la entendiera, tenía su atractivo.

En esto, llamaron al taxista desde la central diciéndole que había un cuerpo en venta en María

de Molina con Serrano.

—¿Le importaría bajarse, que tengo un servicio urgente? —preguntó.

—Un momento, un momento, que todavía no hemos cerrado nuestro trato.

—¿Le interesa el negocio, pues?

—Venga, sí —dije un poco incrédulo, la verdad. Precisamente ese día me estaba matando la gastritis.

Entonces sentí como si me arrancaran el jersey con una violencia enorme y de repente me vi fuera del taxi, flotando en medio de la Puerta de Alcalá, con dos almas sumisas a mi lado. El coche se alejó con mi cuerpo dentro. No he podido olvidar la expresión sombría de mi rostro al otro lado de la ventanilla.

Al principio fue divertido ir de acá para allá como un manojito de globos por el aire, pero a los tres días comenzamos a tener un síndrome de abstinencia corporal insoportable. Además, como se suponía que el jefe era yo, tenía que tomar decisiones y arreglar la vida al francés con conocimientos de inglés y al alemán. Me ofrecí a más de cien personas sin ningún resultado: era verdad que las almas estaban por los suelos. Finalmente, en el aparcamiento de Santo Domingo di con un jefe de recursos humanos que nos permitió entrar en el cuerpo de un director comercial que tenía a su cargo a cambio de hacerle hablar francés, inglés y alemán. Acepté enseguida, pero tuvimos que repartirnos el cuerpo entre los tres y a mí me tocó el sector de los ardores de estómago, que son psicósomáticos, así que imagínense la intensidad con tres almas en lugar de una. A veces, cuando el director comercial está descuidado, subo clandestinamente hasta los ojos, y me paso el día mirando cuerpos. Las almas ya no me motivan. Vista una, vistas todas, aunque sean políglotas. Ahora creo que hice un mal trato con el diablo, pero es que yo nunca he sabido venderme.

La carpeta verde

Hace años trabajé en una especie de gestoría, donde había un oficial de segunda muy demacrado y con las uñas llenas de nicotina. Un día telefoneó desde una pensión de la calle de Atocha y me dijo que acababa de abandonar a su mujer, de manera que no tenía ánimos para presentarse en la oficina.

—Dile al director que me he puesto enfermo —añadió.

Me pidió también que me acercara a la casa de la viuda (así se refirió a su esposa) y metiera en una maleta sus camisas y una carpeta verde, de gomas, en cuya cubierta ponía «Correspondencia».

—Lo guardas todo en la oficina —dijo—, y en un par de días, cuando me organice un poco, paso a recogerlo.

No pude negarme, aunque me pareció un encargo algo siniestro, así que a la hora de comer tomé el metro en Núñez de Balboa, que me llevó directo a Callao. Vivía en una casa sin ascensor de la calle Preciados, muy antigua, con el portal de madera y el espacio lleno de ecos, de fantasmas quizá, yo era muy miedoso en aquella época. En el primer piso había dos hostales y en el tercero tres viviendas con mal aspecto. Llamé a la suya y me abrió una rubia sucia, con una bata muy ligera, aunque larga, masticando una corteza de pan.

—Soy amigo de Sergio —dije—, me ha encargado que le recoja unas cosas.

La mujer me guio hasta un dormitorio con la cama deshecha, sobre la que había una maleta abierta llena de ropa de hombre colocada de cualquier manera.

—Es toda tuya. ¿Dónde se ha metido Sergio?

—Creo que está en una pensión de Atocha —dije acercándome a la maleta para cerrarla.

—Pues dile que se pudra.

—De su parte.

Arrastré el bulto por el pasillo, pero de pronto me acordé de la carpeta verde, con gomas, donde ponía «Correspondencia».

—Tengo que llevarme también una carpeta.

La rubia se perdió en las profundidades del pasillo y volvió con una especie de víscera de cartón que tomé con la mano libre. Ya en la calle, me di cuenta de que había tenido noticia en poco tiempo de todo lo que detestaba en la vida: las pensiones del casco antiguo y las peleas matrimoniales. En esa casa no había reinado la paz conyugal un solo día. Yo había llegado a Madrid a triunfar, no a ver aquellos espectáculos que me ponían tan mal cuerpo. Eso es lo que me

dije en el metro, de vuelta a la oficina, con las dos manos ocupadas y el sudor estropeándome el cuello de la única camisa decente que tenía.

Metí la maleta en un archivo metálico, fuera de uso, y guardé la carpeta verde en un cajón de mi escritorio. Por la tarde, me llamó el director y estuve despachando con él asuntos de rutina. Preguntó si sabía algo nuevo de Sergio y le dije que no. Había mucha gripe y aceptó que tardaría dos o tres días en venir.

—Siempre se pone enfermo a fin de mes, cuando hay que preparar las nóminas.

Le prometí que yo me encargaría y volví a mi mesa. Los días eran muy cortos y a eso de las cinco y media empezó a oscurecer. Entonces llamó Sergio y le dije que estaba todo arreglado.

—¿Y la carpeta verde también? —preguntó con cierta urgencia.

—También, no te preocupes.

Después de colgar me entró una tristeza incontenible. Al fin y al cabo, yo también formaba parte de aquellas vidas agrietadas. Si no llevaba cuidado, acabaría en una pensión, abrazado a un paquete de cartas de amor. Dije cartas de amor porque eso es lo que imaginaba que habría en la carpeta verde. En cierto modo, tenía derecho a leerlas, para hacer frente a los avatares de mi propia vida.

Un poco avergonzado, pues, saqué la carpeta del cajón y la abrí. Tenía algo de sarcófago, con sus manchas de humedad y papeles muertos o agonizando por todos los lados. Lo que más me sorprendió es que no vi sobres con direcciones escritas a mano, como era de esperar de una correspondencia íntima. Todas las cartas eran del banco y de la compañía del gas o de la luz. La más personal era una felicitación por su cumpleaños del director de unos grandes almacenes. Y estaba falsamente manuscrita. Sobrecogido, lo guardé todo en su sitio y metí la carpeta dentro de la maleta. A la semana siguiente, cuando Sergio volvió, me despedí de la oficina decidido a probar suerte en otra actividad.

Jorge y Maruja

Pagué la comida con la tarjeta de crédito y el camarero me devolvió equivocadamente la de una mujer, una tal Maruja Contreras, que cuando quise localizar ya había salido del restaurante con la mía. No hice nada por arreglar la situación. Pensé que ya se encargaría ella, o que el asunto se resolvería solo. Atravesaba una época de odio a los trámites y no medí bien las consecuencias. Entre tanto, iba a todas partes con la tarjeta de crédito extraña en la cartera, como una identidad falsa, una prótesis, hasta que al tercer día me animé a utilizarla en otro restaurante de la calle Velázquez. Nadie advirtió, pese a mi barba, que era muy improbable que me llamara Maruja, lo que me animó a continuar empleándola, aunque sin abusar, con la misma liberalidad o avaricia, según se mire, con que habría utilizado la propia. Quizá me excedí en una corbata absurda, de primavera, con demasiados colores, un detalle poco austero para mi carácter que no me habría atrevido a perpetrar en mi personalidad de Jorge, que es como en realidad me llamo, Jorge Contreras: tengo el mismo apellido que Maruja, de ahí la confusión del camarero.

Al mes, recibí la habitual lista de gastos de mi tarjeta de crédito y me sorprendió comprobar que tampoco Maruja había derrochado mi dinero: cinco o seis restaurantes (todos bastante caros, eso sí), alguna tienda de ropa, un supermercado, y un par de librerías. Tal vez una relación de gastos no sea una cosa muy íntima, pero mi sensación, mientras la revisaba, era la de observar a Maruja por el ojo de la cerradura. Ignoraba cómo era su aspecto (no me había dado tiempo a verla) ni qué edad tenía, aunque mientras revisaba las fechas de las compras y los establecimientos, podía rehacer sus itinerarios. Un día entró en tres comercios diferentes de la calle de Velázquez y en una librería de Juan Bravo, donde se gastó más de cien euros en literatura. Eso me humilló un poco, la verdad. Pensé que quizá quería hacerse la culta, o hacerme el culto a mí, si consideramos que todo lo suyo lo pagaba yo.

Por otra parte, cuando intentaba imaginar a la mujer revisando la cuenta de gastos de su tarjeta para averiguar mis hábitos de consumo, crecía la humillación, pues éstos eran más bien convencionales. Siempre he aspirado a leer *El Quijote* y a escuchar ópera, pero finalmente escuché *El Quijote* (por capítulos, en la radio) y leí un folleto sobre ópera para poder opinar en público. Todo al revés.

Empecé a esperar ansioso las cartas del banco y luego analizaba minuciosamente cada objeto adquirido por Maruja. A veces iba a las tiendas en las que los había comprado para pisar el mismo suelo que ella y tomar en mis manos los objetos que quizá también habían estado entre las suyas. Durante todo este tiempo, Maruja fue modificando sutilmente sus costumbres. Creo que se volvió más detallista, y en las últimas semanas no era raro que adquiriera flores o prendedores

del pelo. Me gustaba imaginar que hacía todo eso para seducirme y comencé a comprar también como si ella me observara, oculta, desde algún rincón de los establecimientos. Adquirí una colección de discos de música clásica y una pequeña biblioteca de títulos fundamentales, aunque todavía no he leído *El Quijote*. A veces compraba también ropa interior de mujer para que ella pensara que era un hombre dotado de esa clase de sensibilidad. Fue en lo que más dinero me gasté, pero lo compensaba comiendo menos fuera de casa.

Podríamos habernos pasado así la vida, intercambiando nuestras facturas como si fueran besos, o caricias. Hasta me quité la barba con la idea fantástica de que de ese modo me parecía más a Maruja Contreras. Pero un día fui a pagar unas braguitas y aunque nadie se atrevió a decirme que yo no fuera ella, me indicaron que la tarjeta estaba caducada. Y era verdad. Jamás pensé que una historia de amor tan extraordinaria pudiera terminar por un problema que hasta ese día creí que sólo afectaba a los yogures. Aunque tampoco quiero engañarme con respecto a eso: quizá la existencia no dé más de sí.

Al poco, debió de caducar también la mía, porque recibí una nueva del banco, que como es lógico estaba ya a nombre de Jorge Contreras. Pero no la uso. Ese individuo nada tiene que ver conmigo. Yo me siento más Maruja, sin que ello implique un cambio en mi orientación sexual o algo por el estilo. Quiero decir que lo poco que yo tenía de valor se lo quedó ella con mi tarjeta caducada. Soy un cuerpo vacío, un traje colgado de una percha en una casa sin dueño. Quizá haya llegado el momento de leer *El Quijote*.

El desaparecido

Vi en la marquesina del autobús la fotografía de un anciano que se había perdido. Estaba en el mismo lugar donde una semana antes habían puesto la de un perro extraviado. En mi barrio desaparecen tantos ancianos como perros. Los anuncian en los quioscos de periódicos, en las marquesinas, y también en las farolas. A veces piensa uno que se fugan juntos los perros y los ancianos. Y también se evaporan los jóvenes. Sobre todo las chicas. Desaparecida, quince años, vestía pantalón vaquero y sudadera azul. En el escaparate de la panadería hay siempre un anuncio de desaparecida que te mira desde una fotografía mala, a veces de fotomatón, y uno baja los ojos porque resulta muy difícil mantener la mirada a una desaparecida adolescente.

Me quedé con los rasgos del anciano pensando que sería emocionante tropezar con él y dar una alegría a la familia. Ya en el autobús, me fijé en un señor mayor que llevaba un *¡Hola!* en las manos. Era un *¡Hola!* manoseado, como si procediera de una papelera o de un contenedor de basura: no formaba evidentemente parte de sus hábitos lectores. Aunque no era mi anciano, me dediqué a observarlo y vi que antes de bajarse en la Castellana extraía un peine de una bolsa de plástico (en cuyo interior advertí también la existencia de una toalla pequeña) y se ordenaba unas hebras blancas que le crecían desordenadamente junto a las orejas. Deduje que era un hombre sin casa. Un mendigo. Sin duda, había dormido en algún portal de mi barrio y ahora se dirigía a pedir limosna al centro.

Bajé tras él, pues era muy pronto, con la idea de dar un paseo hasta la oficina, pero el anciano cogió enseguida un rumbo diferente al mío. Una vida misteriosa, pensé, tal vez ahora se pondría a pedir limosna en un semáforo, o tal vez se presentara en casa de una hija que le invitaría a desayunar de mala gana. Quizá era un anciano perdido cuya fotografía estaría pegada en las marquesinas de otro barrio. Tomé un café por ahí y llegué a las nueve menos diez al despacho. Le conté a mi compañero lo del anciano extraviado.

—Ahora me voy fijando en todos los ancianos, pero supongo que es imposible dar con él, sería una casualidad excesiva.

—No te creas —dijo—. Hay una empresa que se dedica a buscar coches robados. Publican las matrículas y ofrecen una gratificación a la gente que los encuentre. Yo mismo, durante una temporada, me fijaba en las matrículas de los coches mientras venía a trabajar y tuve la suerte de encontrar dos coches desaparecidos en un mes. Es una cuestión de suerte. Claro que los viejos no llevan matrícula, je, je.

No se me había ocurrido que también los coches desaparecían. Coches, perros, ancianos, adolescentes. Sólo las personas de mediana edad, como yo, no desaparecían ni a tiros.

Personalmente, no había desaparecido nunca. Intenté pensar en mí como en un desaparecido, calculando el hueco que mi ausencia provocaría en la vida de los otros. Un hueco pequeño, una especie de respiradero, que enseguida se rellenaría de otras cosas (perros, coches, personas), mientras mi volumen se movería por barrios alejados del mío. Me imaginaba yendo en un autobús que nunca hubiera tomado antes. Un autobús que realizara un trayecto completamente desconocido. Me veía con una bolsa de plástico en la que había ido almacenando las pertenencias de mi nueva vida: un peine, desde luego, una toalla que no abultara mucho. Quizá un *¡Hola!* Pero el *¡Hola!* lo tendría que recoger de la basura. Me pareció paradójico que una publicación tan satinada pudiera aparecer en la basura, con todos esos reyes y príncipes y banqueros dentro de ella. Me imaginaba leyéndola, como descifrando mensajes de otra dimensión. Mi mujer compra esa revista. Le da vergüenza confesarlo y siempre dice que la ha cogido de casa de una amiga, pero yo sé que no. A veces la hojeo y me pregunto qué tenemos que ver nosotros con toda esa gente que produce noticias absurdas cuyo éxito sin embargo es universal.

Pensé que cuando yo desapareciera me acordaría de mi mujer cada vez que sacara un *¡Hola!* de la papelera y me conmoví estúpidamente. Luego, por la noche, después de cenar, estuve a punto de contarle lo del anciano extraviado, pero ella encendió la televisión enseguida y no me pareció bien interrumpirla. Más tarde, en la cama, se puso a leer el *¡Hola!* que había en la mesilla y me di cuenta de que la quería, de que la quería mucho, pero tampoco encontré el momento de decírselo.

El cojo contrariado

Harto de dar vueltas al parking del híper sin encontrar un solo hueco libre, me metí en una plaza reservada a los minusválidos. Pero no había acabado de poner la barra de seguridad cuando advertí que un vigilante observaba mis movimientos a tres o cuatro metros de distancia. Salí del coche haciéndome el cojo y atravesé aquella despiadada superficie renqueando de la pierna derecha. De vez en cuando volvía la cabeza para ver si el vigilante había cambiado de sospechoso, pero no. Es más, cuando estaba llegando a la puerta del establecimiento, comprendí que se disponía a seguirme, por lo que no tuve más remedio que continuar disimulando.

Advertí enseguida que había escogido una cojera muy incómoda, pues al rato comenzó a dolerme el muslo una barbaridad. Temiendo que me diera un calambre, en el pasillo de las pastas cambié de pierna, para descansar. Al principio fue un alivio cojear del lado izquierdo, pero cuando llegué a la zona del aceite ya estaba hecho polvo otra vez. Miré alrededor y no vi al vigilante, de modo que me puse a caminar normalmente, siempre atento a la aparición del uniformado, por si tuviera que recuperar la minusvalía de repente.

En la pescadería pensé que quizá un minusválido de verdad estuviera dando vueltas al parking sin encontrar dónde dejar el coche y me dio un ataque de culpa. Comencé a cojear de nuevo, en esta ocasión como penitencia. Entonces pasé por una sección donde vendían bastones y compré uno muy barato con una cabeza de perro en el puño. Ahora daba gusto cojear. Elegí además una cojera más elegante que la anterior y me sentía tan bien que llegué a preguntarme si no sería un cojo obligado a caminar bien por las presiones del entorno, del mismo modo que muchos zurdos escriben con la derecha a causa de la presión ambiental. Lo único complicado era conducir el carrito con una sola mano, pero también a eso, cuando hube recorrido un kilómetro o dos de pasillos, me acostumbré sin dificultad. Al doblar la esquina de las especias vi, de espaldas, al vigilante que me había estado persiguiendo y esta vez fui yo el que buscó pasar por delante de él para que no le quedaran dudas sobre mi situación.

Al día siguiente me presenté con el bastón en la oficina y anuncié que me había vuelto cojo. Muchos se rieron, pero a los dos o tres días ya estaban acostumbrados. Era tanta la facilidad con la que me desenvolvía que telefoneé a mi madre.

—Mamá, dime una cosa, ¿soy cojo?

Percibí enseguida que titubeaba porque tosió un par de veces. Siempre que duda tose. Luego la escuché hablar con mi padre.

—Es el niño —dijo—, creo que se ha dado cuenta de que es cojo.

—Pues dile la verdad de una vez —oí gritar a mi padre—. Tiene casi cincuenta años. Ya va

siendo hora de que se haga cargo de sus problemas.

Mi madre regresó al teléfono y dijo que no era un tema para discutir por teléfono y que preferiría que fuera a comer al día siguiente a su casa para hablar tranquilamente del asunto. Pero insistí tanto que al final dijo que sí, que era cojo, y se echó a llorar.

—¿Y por qué me lo habéis ocultado todos estos años?

—Para que no sufieras, hijo.

—Pero si lo que me costaba era andar bien, mamá. Desde que cojeo se me han quitado los dolores de espalda y el insomnio. Y además aparco en el híper sin problemas.

Mi madre se alegró mucho de todo lo que le decía, pero me pidió que no lo hiciera público.

—En la familia no lo sabe nadie.

—¿Y qué, si se enteran?

—No sé, hijo. Hazlo por mí.

A la semana siguiente se casaba una prima mía y tuve que hacer como que no era cojo de nuevo. Lo malo es que entre los invitados del novio estaba el vigilante del híper, que me miró con mala cara.

—Soy cojo —le dije en un momento en el que coincidimos cerca del jamón—, pero mi madre es una mujer obsesionada con las apariencias y en las reuniones familiares me obliga a disimular.

No sirvió de nada. El sábado siguiente, en el híper, iba a aparcar como siempre en el espacio reservado a minusválidos, y apareció él blandiendo la porra. No aparqué, claro, pero de todos modos hice la compra cojeando.

El discutidor

Viajo mucho solo. O eso me gustaría, viajar solo, porque lo cierto es que nada más meterme en el coche me pongo a discutir con alguien imaginario que se coloca en el asiento de al lado. Ayer, sin ir más lejos, tuve una bronca imaginaria con mi mujer. Se empeñó en que para coger Juan Bravo era mejor bajar por Príncipe de Vergara y girar a la izquierda. Yo le dije que en ese cruce estaba prohibido girar a la izquierda y se rio de mí.

—Parece mentira —dijo— que te pases el día en el coche y todavía no conozcas las calles.

Fui por donde ella dijo para fastidiarme a mí mismo y echarle luego en cara el ardor de estómago, pero cuando llegamos a Juan Bravo y empecé a dar gritos, mi mujer había desaparecido y en su lugar estaba sentado mi jefe. Dijo que mi rendimiento había bajado mucho últimamente y que, de continuar así las cosas, tendría que tomar medidas.

—¿Adónde vas ahora? —preguntó.

Le dije que a ver a un cliente de Juan Bravo y se echó las manos a la cabeza.

—¿Pero todavía no sabes que en Príncipe de Vergara no se puede girar a la izquierda? ¿En dónde tienes la cabeza?

No era cuestión de decirle que había tomado ese camino por culpa de mi mujer, de modo que me justifiqué diciendo que tenía la costumbre de hacer un alto en un bar que había dos calles más allá.

—Muchos cafés te tomas tú —me reprochó—. En el trabajo de calle hay que saber planificarse bien, y más en una ciudad como ésta. Ahora entiendo por qué te cunde tan poco la jornada.

Aquello me llegó al alma, porque lo cierto es que hago más visitas que la media de mis compañeros. Así se lo dije con cierta irritación.

—Pues hago más visitas que la media.

—Pero con pocos resultados.

No sirvió de nada que le recordara que en el ejercicio anterior había cubierto los objetivos de ventas de todo el año a mediados de septiembre. Ni que este mes había cerrado ya una operación de más de dos millones. Estaba decidido a fastidiarme y continuó poniendo peros a mi gestión. Quizá en otras circunstancias me habría contenido, pero como ya estaba muy irritado por la discusión imaginaria mantenida antes con mi esposa, le mandé a freír espárragos.

—¿Sabes lo que te digo? Que te vayas a freír espárragos.

No ignoraba que al día siguiente había una reunión al más alto nivel para nombrar al nuevo jefe de área, pues el anterior acababa de fallecer. Sabía también que yo era uno de los candidatos a ocupar ese puesto. Deduje que mi jefe esperaba un ejercicio de sumisión, pues en mi empresa

prefieren los temperamentos sumisos a los buenos profesionales. Pero no me pude contener, así que eché por la borda el ascenso, la subida de sueldo, todo. Cuando volví el rostro para disculparme, mi jefe se había esfumado y en su lugar estaba sentada de nuevo mi mujer. A todo esto, había llegado a Alcalá, donde no se me había perdido nada. Cuando discuto, pierdo la orientación.

—Estarás contenta —le dije—. Me he jugado el ascenso por tu culpa.

—¿Qué ascenso, qué culpa, de qué hablas?

Le expliqué que me había irritado tanto su empeño en que fuera por Príncipe de Vergara que luego había descargado el mal humor en mi jefe.

—Tú eres tonto —respondió con desprecio y comenzamos a discutir de nuevo.

Lo curioso es que no estoy casado, ni trabajo en ningún sitio. Ni siquiera tengo coche. Pero estoy poseído por un temperamento discutiador fuera de lo común. Me paso la vida peleándome con gente imaginaria, como si no me bastaran las trifulcas que tengo con mi madre. Además de eso, no vivo en Madrid, sino en Palencia. Pero cuando llego a casa, cojo un plano de la capital, me meto en un coche imaginario —un Seat Toledo con cambio automático— y mientras voy de aquí para allá discuto con mi mujer, con mi jefe, con los guardias... Trato de imitar a la gente, pero no me sale, porque en el fondo tengo buen carácter. Por mi gusto, abandonaría a mi madre, y me iría a Madrid para tener una vida de verdad. Pero también mi madre es imaginaria y no soy capaz de dejarla sola en esas condiciones.

Y llovía y llovía

Cuando sonó el despertador, yo estaba durmiendo sobre el costado derecho. Debía de llevar toda la noche en esa postura, pues noté que las vísceras se me habían desplazado hacia ese lado. Hasta la lengua se me había caído por efecto de la gravedad, como cuando vuelcas una caja de lápices y una parte de la caja se queda vacía. Una parte de mi cuerpo estaba completamente desocupada, mientras que los dos pulmones, y los dos riñones, y el hígado, el páncreas, todo se agolpaba en el flanco derecho. Lo primero que pensé, claro, fue que se trataba de una sugestión. Los órganos están sujetos a las paredes del cuerpo por sistemas muy sofisticados. No era posible aquel desplazamiento interior. Oí levantarse a mi mujer y me hice el dormido. Todavía no había abierto los ojos. Por la radio decían que había un atasco en la M-30 y otro en la Castellana. Que llovía y llovía.

Cuando sentí que mi mujer se encerraba en el cuarto de baño, me di la vuelta, colocándome boca arriba para que las vísceras regresaran a su posición original, pero sólo volvió el pulmón izquierdo. Y la lengua. Los demás órganos permanecieron atascados por alguna razón incomprensible. Me puse luego del costado izquierdo, para ver si un exceso de gravedad los obligaba a regresar a su sitio, pero todo continuó igual. Me incorporé perplejo y me senté en el borde de la cama. Por la radio decían que una taxista había dado a luz dentro del coche ayudada por el pasajero, aunque normalmente sucedía al revés: era la pasajera la que daba a luz ayudada por el taxista. Recomendaban no circular por la M-40 entre dos tramos que no cogí, pues se había volcado un camión lleno de cerdos y llovía y llovía.

Mi mujer abandonó el cuarto de baño, regresó al dormitorio y preguntó si me pasaba algo. Le dije que no, nada. Me pareció que los síntomas de que disponía esa mañana no eran muy verosímiles. Esperé a que saliera de la habitación y, al levantarme, me caí del lado derecho, pues todo el peso de mi cuerpo, excepto el de los pulmones, que prácticamente están hechos de aire, se encontraba en ese lado. Me levanté otra vez y llegué con gran esfuerzo al cuarto de baño, donde realicé unos ejercicios de equilibrio para ver si era posible disimular aquella nueva enfermedad, o lo que quiera que fuese. Se me ocurrió una idea. Mi mujer es aficionada al buceo y guarda en el armario un cinturón de plomo que se lleva cuando vamos al mar. Lo tomé y me lo enrollé en la pierna izquierda tapándolo con la pernera del pantalón. Intenté andar así y vi que no tenía que esforzarme tanto por mantener el equilibrio. Decidí no desayunar para no añadir más peso al estómago, que estaba en el lado derecho. Mi mujer se dio cuenta, pero ya no me preguntó nada por miedo a que le hablara de una nueva enfermedad. Detesta mis enfermedades, mis síntomas. Cree

que los tengo para fastidiarla a ella, aunque cuando éramos novios le hacían mucha gracia. En el autobús, y pese al contrapeso, me caí dos veces al ir a cogerme a la barra con la mano izquierda.

Encendí el primer cigarrillo en la oficina, para ver qué pasaba, pero no pasó nada. El humo llegó con naturalidad a los pulmones, aunque no sentí en el estómago esa punzada característica del primer cigarrillo. De súbito, me di cuenta de que no tenía estómago. Cuando presté más atención, me pareció que tampoco tenía hígado ni riñones, ni páncreas, ni nada de nada. De súbito me había quedado vacío, con los pulmones, tan aéreos, en el medio del pecho. Me incorporé para hacer frente a la acometida de terror y me caí del lado izquierdo por culpa del cinturón de plomo. Afortunadamente, no había nadie en el despacho en ese instante. Me quité, pues, el cinturón, y anduve de un lado a otro del despacho con una ligereza sorprendente. Los zapatos me parecían pesadísimos. Tuve que colocarme de nuevo el cinturón de plomo, esta vez en su sitio, para no levitar por los pasillos cuando salí a hacer fotocopias. Por la noche, mi mujer vio el cinturón de plomo fuera de su lugar y preguntó qué hacía allí. Dije que yo no lo había tocado, pero me puse rojo al mismo tiempo, por lo que se dio cuenta de que mentía. Quizá pensó que tenía alguna perversión sexual que practicaba con ese cinturón. Ya en la cama, decidí que al día siguiente me levantaría con la fantasía de que me faltaba el brazo izquierdo, a ver qué tal se me daba la cosa. Nos dormimos con la radio puesta y antes de perder la conciencia oí que en la plaza de Castilla se había abierto un socavón por el que se habían colado cuatro coches y llovía y llovía.

Las ropas del difunto

La viuda no había querido desprenderse inmediatamente de la ropa de su marido muerto, pero a los pocos meses, cada vez que abría el armario y contemplaba sus chaquetas, sus camisas, sus corbatas, junto a las blusas y las faldas de ella misma, comenzó a pesarle no haber tomado la decisión al principio.

Ahora tenía un armario viudo que contaminaba todo cuanto entraba y salía de él. Había conseguido que el difunto continuara vivo en su memoria, pero al precio de que ella hubiera, en cierto modo, fallecido también. Su ropa interior olía a funeral, y la cama de matrimonio parecía más bien un catafalco.

Dormía de cuerpo presente, por decirlo rápido, y tiritaba entre las mantas como arropada por una sábana de mármol. No sin culpa, probó a regalarle una chaqueta al portero de la vivienda para desprenderse poco a poco de las pertenencias del muerto, pero eso no mejoró las cosas. Cada vez que bajaba las escaleras y veía al hombre de espaldas le parecía que el portal se había transformado en una funeraria. Pensó en cambiar de casa, pero le daba pereza y prefirió resignarse a esa forma de vida atenuada.

Entonces conoció a un viudo con el que empezó a salir. Era un hombre agradable, educado, alto, que vestía muy bien, aunque sus ropas desprendían también un halo mortuorio. Un día comprendió que el hombre había cometido el mismo error que ella con las prendas de su difunta y se lo dijo:

—Seguro que todavía tienes en el armario la ropa de tu mujer.

—¿Por qué lo dices? —preguntó él poniéndose en guardia, pues creyó que se trataba del reproche de una enamorada.

—Porque hueles a viudo igual que yo a viuda. Nunca lograremos desprendernos de ese olor. Nunca seremos felices si no nos desprendemos de ese olor.

Durante los siguientes días pensaron en diversas soluciones. Regalar la ropa después de tanto tiempo les pareció siniestro. Era en cierto modo como regalar el cadáver. Las ropas de los muertos hay que regalarlas antes de que el cuerpo se enfríe. Después se convierten en sudarios.

No hay nada más triste que un traje muerto, se dijeron un día en el que colocaron sobre la cama de ella las prendas de su marido fallecido para hacer sitio en el armario. Daba la impresión de que las chaquetas se habían quedado sin aire antes de expirar. Llamó a la parroquia, pero cuando el cura vio el panorama dijo que no podía aceptar aquellas mortajas. Una cosa era dar ropa usada a los pobres y otra darles mortajas.

Ella lloró y lloró, pues comprendía que no podría rehacer su vida mientras no se desprendiera

de todo aquello.

Finalmente, al viudo se le ocurrió que podían llevar todo el vestuario al tinte, para que lo limpiaran, y abandonarlo allí. A ella le pareció bien y así lo hicieron. Es cierto que el hueco dejado en los armarios por la ropa tenía al principio algo de caries, de melladura, pero poco a poco el agujero se fue rellenando con las ropas de los vivos, que empezaron a volver de entre los muertos para reintegrarse a la vida y a las cafeterías. El viudo y la viuda no llegaron a formalizar su relación, pero se veían todas las tardes y tomaban tortitas con nata. Los domingos comían juntos, bien en casa de ella o en la de él. Adquirieron la costumbre de que cada uno cocinara cuando se encontrara en la casa del otro y pagaban el cine a medias. Nunca hablaron del tinte, ni de las ropas abandonadas en él del mismo modo que se abandona a un niño no querido en un portal.

Un día estaban en una cafetería, esperando que les sirvieran el café y las tortitas, cuando ella le pidió que se fijara en el individuo de la mesa de al lado.

—Lleva una chaqueta de mi marido.

—Será igual que la de tu marido, mujer —respondió él.

—No, no, la reconozco porque tiene partido un botón de la manga, ¿no lo ves? Y el bolsillo en el que se metía las llaves está dado de sí.

El viudo observó con aprensión la chaqueta del sujeto de la mesa de al lado y no se sintió con fuerzas para llevarle la contraria. Él mismo tuvo que reconocer íntimamente que desde hacía tiempo miraba a todas las mujeres esperando encontrar a alguna vestida con la ropa de su difunta esposa.

Entonces comprendió que aquella relación no tenía futuro y al despedirse le dio un beso a la viuda de un modo especial y no volvió a llamarla. Tampoco ella a él.

La chica de la tele

En la esquina de López de Hoyos con Príncipe de Vergara había una pareja discutiendo. Ella lloraba y cuanto más lloraba ella, más agresivo se ponía él. Me acerqué con disimulo deteniéndome frente al escaparate de una tienda de muebles. Entonces la mujer dijo:

—Pues si quieres, lo metemos en mi maletero.

No comprendí a qué se refería, pero la voz me sonó familiar y me di cuenta de que se trataba de la chica del telediario. Era un poco más delgada que en la pantalla y su voz tenía un registro agudo que en la televisión tampoco se advertía, pero no hay que olvidar que estaba excitada por el asunto del maletero.

Al día siguiente, cuando empezaron las noticias, me fijé en la chica y advertí que había llorado. Un espectador menos atento, o que no hubiera asistido a la pelea del día anterior, no se habría dado cuenta, porque el maquillaje era perfecto. Lo más probable era que se hubiera puesto colirio también, para iluminar un poco la pupila. Pero se percibía en el fondo de los ojos un poso de cansancio. Me dio lástima, la verdad.

Durante los siguientes días la observé con atención y comprendí que las cosas entre la chica y el hombre no iban mejor. Tenía mala cara, pese al maquillaje, y no llevaba el pelo tan arreglado como era habitual. Se lo dije a mi mujer:

—Esa chica está muy desmejorada.

Mi mujer levantó la cabeza de la revista y dijo que ella no le había notado nada.

—¿Cómo que no le has notado nada? Si salta a la vista. ¿No ves que acaba de llorar?

—Qué va a haber llorado. Además, ahora hay colirios y enjuagues que disimulan los disgustos. Puedes llorar todo lo que quieras sin que nadie se entere.

Como vi que se había propuesto llevarme la contraria, la dejé volver a su revista y continué observando a la chica. Si yo fuese su padre, pensé, hablaría con el hombre ese que le daba tantos disgustos. Y le exigiría que utilizara su propio maletero. No es raro que estas mujeres que salen en la tele acaben liadas con individuos malos, que se aprovechan de su fama para medrar. Por otra parte, hay gente que lleva los maleteros llenos de cadáveres. Recé para que la pobre no estuviera implicada en un crimen.

En esto, me dio la impresión de que entre noticia y noticia la chica hacía con la boca un gesto como de pedir socorro.

—Esa chica está pidiendo socorro —dije en voz alta.

—Tú no estás bien de la cabeza —comentó mi mujer.

Durante toda la semana me estuve fijando con detenimiento en cada una de sus expresiones y

llegué a la conclusión de que pedía auxilio, sin ningún género de dudas. No sabía qué hacer. Podía llamar a la emisora de televisión, pero quizá tampoco me creyeran.

Esa tarde, me presenté en la esquina de Príncipe de Vergara con López de Hoyos a la misma hora en que los había encontrado la vez anterior. Pensé que quizá la chica viviera por allí y tuviera la suerte de encontrármela. Esperé un cuarto de hora sin que apareciera nadie y, ya resignado, fui dando un paseo hasta el Vips que hace esquina con Velázquez para tomarme una botella de agua mineral. Me senté a la barra, encendí un cigarrillo y, al darme la vuelta para echarle un ojo al panorama, los vi sentados a una mesa cercana. Ella llevaba gafas de sol, pese a la oscuridad reinante, lo que era signo evidente de que había vuelto a llorar. Quizá en ese momento estuviera llorando. De súbito, sin embargo, soltó una carcajada. Algunos clientes se volvieron porque no se trataba de una carcajada normal. Quizá estaba intentando llamar la atención. Esperé un poco y al ver que ella se levantaba para ir al servicio me acerqué a la mesa y abordé al hombre.

—Escúchame bien, porque no te lo voy a decir más que una vez, imbécil: si sigues haciendo sufrir a esa chica, vas a encontrarte con problemas. Conozco a mucha gente en la policía, quizá yo mismo sea policía. Y otra cosa: cuando tengas que esconder un muerto, hazlo en el maletero de tu propio coche.

Comprendí por su expresión que había dado en el clavo y salí a la calle antes de que ella volviera del servicio. Al día siguiente, vi el telediario con atención y me di cuenta de que la chica tenía una mirada especial, como si intentara darme las gracias. Se lo conté a mi mujer, pero no me escuchó.

Un raro bienestar

En la puerta de unos grandes almacenes de la Gran Vía había un tenderete en el que vendían relojes a seis euros. Me acerqué a echarles un ojo, colocándome al lado de una señora y un niño (su hijo, supuse) de unos nueve o diez años. La señora decía en ese instante:

—Si no eres capaz de escoger uno ya, nos vamos ahora mismo. Estoy harta de esperar.

El niño metía la mano en el conjunto con expresión de angustia y sacaba un reloj con la esfera llena de informaciones que no tenían nada que ver con la hora.

—Pues vaya porquería que has ido a elegir —decía la madre—. ¿No te gusta más éste?

La señora había escogido otro reloj que tampoco servía para dar la hora, pero cuya correa parecía de metal. El niño lo miraba y dudaba entre el que le proponía su madre y un tercer reloj completamente negro, como de caucho, que quizá sirviera para tomarse la temperatura, porque yo no conseguí verle la hora. A todos los relojes les buscaba la hora con la obsesión con la que otros le buscan los tres pies al gato, pero no lograba vérsela. Tampoco le he visto nunca los tres pies al gato. Todos los gatos que conozco tienen cinco o seis.

Al ver la madre que el niño no elegía el reloj que ella había propuesto, volvía a decir aquello de que se iban sin ninguno. La escena duró casi veinte minutos y al final el niño, completamente desasosegado, eligió el reloj que le gustaba a su madre.

Lo grave es que se creyó que le gustaba a él, o eso me pareció a mí. Odié a la madre aquella como si fuera la mía y cuando se alejaron unos pasos compré el reloj que le gustaba al niño. Luego me metí en el metro detrás de ellos y aproveché uno de los movimientos del vagón para introducirle el reloj al niño en el bolsillo sin que se dieran cuenta ni la madre ni él.

Esa noche dormí mejor. Las buenas acciones siempre me producen un raro bienestar. Por eso hago pocas: porque el bienestar es raro y me quita de escribir. Cuando soy feliz, odio escribir, que es lo que más me gusta. Se ve que no es posible ser feliz y hacer lo que a uno le gusta al mismo tiempo. Ésta es una contradicción que la filosofía no ha estudiado suficientemente. No sé quién decía que la gente suele triunfar en lo segundo para lo que está más capacitada, porque para triunfar en lo primero hay que alcanzar niveles de desgracia verdaderamente insuperables.

Fíjense en Salinger, del que hemos averiguado, gracias a la biografía de su hija (cría cuervos), que escribía tan bien porque se purificaba bebiendo su propia orina. Y todo eso antes de que se hubiera descubierto la urinoterapia y se legalizara, en consecuencia, la lluvia dorada.

Al día siguiente volví a pasar por la puerta de los grandes almacenes a la misma hora, y me sorprendió ver al niño y a la madre frente al tenderete. Me acerqué en el momento en el que la madre daba un pescozón al niño al tiempo que decía:

—Devuelve ese reloj ahora mismo.

El niño sacó el reloj que yo le había metido en el bolsillo y se lo entregó avergonzado a la dependienta.

—Pero yo no lo he robado —dijo—, lo encontré en mi bolsillo.

—Miente con el mismo descaro que su padre —dijo la madre desesperada.

Una vez devuelto el reloj a la empleada atónita, madre e hijo se fueron y yo volví a comprarlo.

—Es la segunda vez que lo compro —dije a la dependienta, que no supo qué responder.

Me lo llevé a casa y se lo regalé a un vecino de nueve años al que le gustó mucho porque no servía para dar la hora. Le dije que lo cuidase, porque me había costado el doble de lo que valía y el niño me dio la razón para perderme de vista cuanto antes.

Esa noche iba a quedarme dormido, presa de un raro bienestar, cuando me di cuenta de que la expresión «raro bienestar» era una redundancia. El bienestar siempre es raro. No hay un bienestar normal como no hay una sexualidad normal.

Entonces supe que aquella historia insignificante del reloj que no marcaba las horas permanecería en mi memoria de un modo raro también, como el bienestar del que estaba siendo víctima.

Esa noche dormí tan bien que al día siguiente no fui capaz de escribir ni medio folio. Pero al otro volvió a adueñarse de mí el malestar normal y fui muy feliz porque saqué adelante un par de capítulos.

Los caminos del Señor

Él iba todos los martes a Barcelona por asuntos de la empresa y ella imaginaba que se quedaba allí para siempre. Barcelona era en su fantasía un espacio irreal del que algunas personas no lograban volver. Su marido, sin embargo, volvía y sin haber perdido un ápice de autenticidad. Casi podríamos decir que regresaba más auténtico de lo que se había ido. Los martes, en fin, eran días felices hasta que por la noche escuchaba deslizarse la llave de él en la cerradura.

Aquel martes ella tuvo la premonición de que el avión sufriría un accidente en el que perecerían todos los pasajeros. La tuvo antes de salir de la cama, con un pie en el sueño y otro en la vigilia, y pensó que la idea se le quitaría de la cabeza bajo la ducha, o mientras preparaba el café. Lejos de eso, la sensación de que algo iba a pasar aumentaba a medida que entraba en la vida real. Durante el desayuno estuvo a punto de pedirle que no fuera ese día a Barcelona, pero logró contenerse y lo despidió en la puerta con naturalidad. Él ni siquiera advirtió que le decía adiós de un modo un poco raro, para siempre.

Cuando se quedó sola, encendió la radio y esperó ansiosamente a que dieran la noticia. Tardaron algo más de una hora, pero se había caído un avión, en efecto, y era aquel en el que viajaba su marido. Apagó la radio, como para no darse por enterada todavía, y se puso a hacer las faenas domésticas, esperando que sonara el teléfono de un momento a otro.

A la hora de la comida aún no había recibido ninguna llamada, pero no se preocupó al considerar que la identificación de las víctimas sería muy laboriosa. Lo importante era que se había matado. Comió un tomate con sal y aceite, y se sentó frente al televisor, aunque sin fijarse en el programa, pues estaba planificando una vida fantástica. Vendería la casa, que se encontraba en las afueras, y se iría al centro, para vivir cerca de los cines, de los restaurantes, del bullicio. A su marido nunca le había gustado Madrid, por eso vivían en la periferia. Ella detestaba la periferia. El seguro de vida era muy alto, y se duplicaba en caso de accidente. No tendría problemas para salir adelante. De súbito, le pareció que era relativamente fácil convertir las fantasías en realidad. Lo lamentó un poco por el resto de los pasajeros, pero sin sentirse culpable, pues no podía haberles avisado uno a uno de su premonición. Además no la habrían creído. Las premoniciones estaban muy mal vistas.

A media tarde empezó a inquietarse, pero puso la radio y dijeron que ni siquiera habían comenzado las tareas de identificación. Lo raro, pensó, era que tampoco la hubieran llamado de la empresa de su marido, pero lo achacó a la incompetencia. A las siete se fumó un cigarrillo y se sirvió una copa de vino blanco frío. Llevaba un año sin fumar y sin beber, pero pensó que la ocasión lo merecía.

A las ocho y media, al oír un ruido proveniente de la puerta, se asomó al pasillo y vio entrar a su marido con toda naturalidad. Lo primero que pensó fue que se trataba de un aparecido. Muchos muertos no se daban cuenta inmediatamente de que estaban muertos y seguían haciendo las mismas cosas que cuando vivían. «Le diré que está muerto —pensó—, y desaparecerá enseguida.»

Al rato se dio cuenta de que no estaba muerto. Al contrario, tenía más vitalidad que por la mañana. Dedujo que los martes no iba a Barcelona, sino que se encontraba con alguna amante en algún sitio muy aislado, pues ni siquiera se había enterado del accidente.

—¿No te has enterado de que tu avión ha tenido un accidente y que estás muerto, cabrón?

—¿Qué dices, mujer?

—Que todavía no te han identificado. ¿Es que no has oído la radio en todo el día?

Él se puso rojo de vergüenza y durante unos instantes dudó si hacerse el aparecido. Pero un aparecido no comía con tanto apetito, de modo que prefirió callar.

—Pues para mí desde ahora estás muerto —dijo ella marchándose a la cama sin ver la televisión.

Él empezó a hacerse desde ese día el muerto y sus relaciones, sorprendentemente, mejoraron lo increíble. Los martes dejó de fingir que iba Barcelona y los pasaban juntos, en la cama, como si fueran amantes clandestinos. Descubrieron la necrofilia los dos al mismo tiempo y hace unos meses conocieron el placer de tener hijos póstumos. Ahora, por fin, son una familia feliz, normal, de las que conoces cada día y de las que te despides cada noche. Los caminos del Señor son inescrutables.

Se van a enterar

Le dije al taxista que por favor pusiera la radio y replicó que en la radio no decían más que tonterías. Evité la tentación de demostrarle que yo no era tonto, o que la radio era inteligente. Me limité a repetirle, con corrección, pero con distancia, que hiciera el favor de encenderla. El hombre torció el gesto y apretó el botón. Debía de ser un programa de extraterrestres, porque una mujer aseguraba haber sido poseída por un ser luminoso en el pasillo de su casa.

—Me había agachado —dijo— para limpiar la base del bidé y al incorporarme, en lugar de ver estrellitas, vi una forma humana hecha de filamentos luminosos. Hui hacia el pasillo, donde fui alcanzada por ese extraño ser, que me poseyó fieramente junto al reloj de péndulo.

El taxista me miró a través del espejo con expresión de suficiencia. Yo puse cara de antropólogo, como si estuviera sacando unas conclusiones interesantísimas de todo aquello. Pero a continuación telefoneó al programa un sujeto convencido de que cuando se encerraba en el cuarto de baño se volvía transparente, aunque no podía demostrarlo porque, al abrir la puerta, volvía a hacerse visible.

—Pues entre en el cuarto de baño con alguien —le sugirió la locutora.

—Es que sólo me vuelvo transparente cuando entro solo.

Era muy difícil mantener la expresión de antropólogo escuchando aquellas tonterías, pero hice un esfuerzo y aguanté. El taxista me miraba con lástima y la verdad es que un poco idiota sí había empezado a sentirme.

—¿Le importaría cambiar de emisora, por favor? —dije ahora.

—Pero si da igual la emisora —respondió él—, no dicen más que tonterías en todas partes.

—¿Le importaría cambiar? —insistí entre dientes.

Movió el dial con un desprecio enorme y cogió de casualidad una emisora inglesa, o eso me pareció, porque no sé inglés.

—¿Lo dejo aquí? —preguntó.

—Sí, por favor —respondí poniendo cara de entender lo que decían un hombre y una mujer que se quitaban la palabra todo el rato.

De súbito, el taxista soltó una carcajada, por lo que supuse que sabía inglés y que quizá habían dicho algo gracioso. Yo sonreí con un rictus de condescendencia, como si lo hubiera entendido. Al poco, se volvió y me dijo:

—¿Lo ve como no dicen más que tonterías?

No respondí, pero me dio un ataque de rubor y puse cara de sociólogo, porque a los sociólogos, supongo, les interesan las tonterías de la radio para extraer conclusiones sobre la

audiencia. Me sale mejor la cara de antropólogo que la de sociólogo, aunque creo que conseguí engañarle.

Al llegar a un semáforo, el taxista cogió un libro de la guantera y se puso a leer unas líneas mientras pasaban los peatones. Se trataba de la *Crítica de la razón pura*, de Kant. Cuando volvió a dejarlo en su sitio para arrancar me miró con expresión de superioridad. Intentaba hacerme entender lo humillante que era para un taxista que leía a Kant llevar a un idiota que se embotaba la cabeza con programas de extraterrestres en varios idiomas.

—Leo una media de dos minutos por semáforo —dijo—. ¿Sabe usted cuánto es eso al año?

—No, no lo sé —respondí molesto, como si me estuviera quitando de escuchar lo más interesante de la conversación en inglés.

—Pues el año pasado leí las obras completas de Borges. ¿Sabe usted quién es Borges?

—¿El de los frutos secos? —respondí furioso.

—Ya veo que no sabe quién es, perdone.

Le habría asesinado. Me pareció pueril intentar convencerle de que conocía a Borges, pero no hacerlo era quedar como el idiota por el que me había tomado desde el principio. ¿Qué hacer?

—Apague la radio, por favor —dije.

—¿Precisamente ahora que han empezado a decir cosas inteligentes?

Me bajé allí mismo, entré en una librería, compré un libro acerca de Sócrates y me lo metí en el bolsillo. Tomé otro taxi que llevaba la radio puesta.

—Quite eso, por favor, que no dicen más que tonterías —dije.

El conductor apagó la radio fastidiado, yo abrí el ensayo sobre Sócrates e hice como que leía con expresión anglosajona. Se van a enterar estos taxistas.

Las palabras de ella

Había discutido otras veces con su marido, pero siempre se quedaba con las ganas de decirle lo que pensaba de él o de mandarle al cuerno. Después de cada una de sus peleas, se arrepentía de no haber hecho acopio de valor para coger la puerta y marcharse de casa. En su fantasía, sin embargo, no dejaba de hacerlo.

—¿Sabes qué te digo? Que me voy.

Y se ponía el abrigo, salía al descansillo, esperaba mordiéndose las uñas a que llegara el ascensor y se iba de casa. Estaba segura de que bastaría con que lo hiciera una sola vez para que su marido se diera cuenta de lo que la necesitaba. Pero la distancia entre la fantasía y la realidad era excesiva para decidirse a dar el salto. Al final le dejaba hablando solo y se metía en la cama poseída por una rabia que, con suerte, se diluía en el sueño. Aquel día ocurrió algo dentro de su cabeza porque cuando llevaban media hora peleando y al comprender ella que no se trataba de una discusión de trámite, sino de una manifestación de poder por parte de él, abrió la boca y misteriosamente salió la frase que tantas veces había pronunciado en su fantasía.

—¿Sabes qué te digo? Que me voy.

Cogió el abrigo con una expresión idéntica a la imaginada, se lo puso con los mismos movimientos y dio el número de pasos que había dado tantas veces dentro de su cabeza. Cerró la puerta de la casa tras de sí, llamó al ascensor y esperó a que llegara mordiéndose las uñas. Ya en la calle, giró por costumbre a la derecha y se puso a caminar sin preguntarse adónde iba. Eran las once de la noche y había poca gente. Al cabo de media hora de caminar sin rumbo, había menos. Entonces se detuvo y comprendió que no tenía adónde ir. En su fantasía siempre se había detenido en el momento de dar el portazo y llamar al ascensor. Carecía de entrenamiento para llegar más lejos.

Tomó un taxi y se fue al tanatorio de la M-30. Como estaba llorando, pensó que allí llamaría menos la atención. Y no la llamaba, pero tampoco se sentía a gusto en una atmósfera tan fúnebre. Había hecho algo bueno, algo que tenía que hacer para mantener intacta la dignidad y no era forma de celebrarlo pasándose la noche en una capilla ardiente. Entonces oyó, de pasada, una conversación en la que alguien dijo que venía de urgencias, de la Paz. «Urgencias, de la Paz», se dijo a sí misma. Había ido varias veces, cuando los niños eran pequeños, y pensó que no era un mal sitio para pasar la noche. Mejor que el tanatorio, desde luego, o que una estación de trenes o autobuses. Mejor también que el aeropuerto. Una vez había ido al aeropuerto por la noche, para despedir a un familiar, y le pareció más fúnebre, si cabe, que el tanatorio.

Así que tomó otro taxi y se marchó a urgencias. La sala estaba llena de gente. Se puso al lado

de una chica joven con un niño en brazos.

—¿Qué le pasa al niño? —preguntó al rato.

—Tiene más de cuarenta y lleva así dos días —respondió con expresión de angustia la chica.

Ella le explicó que los problemas de garganta hacían subir mucho la temperatura, que en los niños pequeños tampoco era tan preocupante. Notó que la chica se fue calmando con sus palabras y cuando la llamaron le dio, al despedirse, un beso. Luego se colocó al lado de una mujer de su edad cuyo hijo había tenido un accidente de moto.

—Lleva más de dos horas ahí dentro —le dijo.

—¿Y aún no le han dicho nada?

—No.

—Eso es buena señal —añadió ella, y fue capaz de explicar por qué era buena señal notando que sus palabras producían un efecto analgésico en la madre del motorista.

Toda la noche fue de una a otra persona aliviando con sus palabras las penas de la gente. De súbito, advirtió que tenía un don para tranquilizar a los demás que jamás se había sabido aplicar a sí misma. Cuando ya amanecía, volvió a casa. Su marido no se había acostado. Estaba en la cocina fumando y bebiendo café con cara de desesperación. Al verla entrar, endureció sin embargo el gesto.

—No te esfuerces —dijo ella—, esta noche me he dado cuenta de que no puedes vivir sin mí. Y te lo perdono. Anda, vamos a descansar un poco.

Él la siguió dócilmente y se metieron en la cama a la misma hora a la que otros días se levantaban.

La asesina del diván

Mi amiga acudía al psicoanalista los lunes, miércoles y jueves a primera hora de la tarde, antes de regresar a la oficina. Esos días procuraba comer ligero, porque cuando se tumbaba en el diván le daba un sueño que no siempre era capaz de controlar. El psicoanalista tampoco. Un día se quedaron dormidos hasta media tarde, y se despertaron los dos de golpe, aunque hicieron como que no había pasado nada. Durante el tiempo que permaneció dormida, mi amiga soñó que al llegar a la consulta veía sobre la almohada del diván unos pelos rojizos del anterior paciente que se adherían a su nuca durante la sesión, pasando a formar parte de su propio cabello. Durante sucesivas sesiones, siempre dentro del sueño, comprobaba también que el psicoanalista había perdido la costumbre de sacudir la colchoneta del diván entre paciente y paciente, de manera que cuando ella entraba veía la huella del anterior y procuraba adaptarse a ella como a un molde. Así, poco a poco, mi amiga se iba convirtiendo en un hombre pelirrojo que vivía con su madre, a quien odiaba.

Nunca se atrevió a analizar este sueño, aunque desde entonces observaba con aprensión el diván antes de tumbarse. Un día el psicoanalista le preguntó qué hacía.

—Miro si hay pelos del paciente anterior.

—¿Qué le pasa con los pelos?

—No me pasa nada con los pelos, pero no me gustan ni en la sopa ni en el diván.

—¿Por qué asocia la sopa al diván?

—No he asociado nada.

—Ha dicho que no le gustan los pelos ni en la sopa ni en el diván.

El psicoanalista de mi amiga tenía la virtud de sacarla de quicio cuando se ponía insistente.

—Dejemos eso —dijo ella.

—Como usted quiera —respondió el psicoanalista.

Mi amiga se quedó callada, pero rabiosa. Se callaba por rabia, lo que a su vez la enfurecía más, porque había llegado a calcular el precio de la sesión por minuto (1,08 euros) y le parecía que permanecer callada era como tirarlo a la basura.

—Sabe —dijo al fin—, algunos días lo mataría.

El psicoanalista no respondió, de modo que mi amiga continuó desarrollando sus fantasías asesinas:

—Si le pudiera matar con el pensamiento, sólo con el pensamiento, sin necesidad de mover un dedo, seguramente usted estaría muerto hace tiempo. Muchas veces he imaginado esa posibilidad. Usted se muere y yo me voy a otro psicoanalista al que mato también. Siempre me han gustado las

películas de asesinos en serie. Del mismo modo que hay asesinos de mendigos y de ingenieros y de prostitutas, yo me especializaría en el asesinato de psicoanalistas. Parece que estoy viendo los titulares de los periódicos: «La asesina del diván ataca de nuevo».

Mi amiga hablaba y hablaba, cuando de súbito calculó que había llegado la hora sin que el psicoanalista dijera nada. Entonces, volvió la cabeza hacia atrás y vio que estaba muerto. «Dios mío, está muerto, está muerto.» Lo primero que se le ocurrió fue salir corriendo, pero enseguida calculó que tendría un fichero con pacientes o algo parecido y que la policía no tardaría en localizarla. Estaba paralizada por el miedo. Entonces se tumbó de nuevo en el diván, cerró los ojos y se dijo: «Haré como que estoy dormida durante unos minutos y cuando los vuelva a abrir todo esto habrá sido un sueño».

En efecto, a los pocos minutos abrió los ojos y oyó la respiración de su psicoanalista.

—No está muerto —dijo con alivio.

—¿Por qué habría de estarlo? —preguntó él—. ¿Ha soñado eso, que se psicoanalizaba con un muerto?

—¿Es que me he quedado dormida?

—Sí, y no es la primera vez. Deberíamos analizar eso.

—Como quiera.

—Pero hoy no, ya es la hora.

Mi amiga se levantó del diván y abandonó la consulta para no regresar jamás. Procuraba no dormir después de comer porque tenía pesadillas de crímenes. Se casó con un pelirrojo con el que coincidía por las noches en el ascensor de su casa y que solía echar una cabezada en el sofá a la hora de la siesta. Cuando se levantaba, dejaba adheridos al cojín del sofá unos pelos rojizos que mi amiga recogía e introducía en la sopa.

Arrepentimiento

Cuando el hombre subió al tren, yo ya había ocupado mi asiento, junto a la ventanilla. Se detuvo frente a mí, me observó con impertinencia y luego revisó un par de veces su billete, como si no acabara de creerse que le hubiera tocado pasillo. Al darme cuenta de su malestar, le propuse que cambiáramos nuestros lugares, pues a mí me daba lo mismo un sitio u otro. Pero dijo que no, como con miedo a que si aceptaba aquel favor tuviera que darme conversación durante el viaje. Se sentó, pues, de mala gana y abrió el móvil para hablar con alguien —quizá una secretaria— a quien se quejó de que, además de haberle dado pasillo, se encontraba sentado en dirección contraria a la de la marcha del tren. «Esa agencia de viajes es una mierda, no vuelvas a usarla», concluyó antes de colgar y guardar el aparato. Yo, entre tanto, fingía leer un libro. Curiosamente, la actitud del hombre, lejos de irritarme, me producía piedad. Era evidente que se había levantado con mal pie y que andaba buscando situaciones o lugares con los que justificar su desasosiego. A mí también me pasa a veces y luego me detesto por ello, pero no puedo evitarlo. Somos así.

Pidió tres periódicos a las azafatas, pero se limitó a deshojarlos sin leer ninguno. Había una desesperación conmovedora en el modo en que pasaba las páginas. Una vez destrozados los tres periódicos, desarmó sobre la mesa plegable un bolígrafo de oro, observando cada uno de sus componentes con un gesto de decepción algo cómico, como si su mecanismo le pareciera demasiado simple. Luego volvió a armarlo con expresión de superioridad. De vez en cuando bufaba o miraba el reloj, como si estuviera presionado por alguna urgencia. Naturalmente, rechazó el desayuno y le pareció mal que yo lo aceptara por las molestias que suponía para él. Luego permaneció un rato completamente quieto, como si orara, al cabo del cual se inclinó como si le hubiera dado un infarto.

Pero no le había dado un infarto, sino que estaba conteniendo unas ganas inmensas de llorar. Al volverme, vi su ojo derecho de perfil clavado sobre la mesa plegable.

—¿Le ocurre algo? —pregunté con prevención.

—Me ocurre —dijo— que me arrepiento de todo, de todo, me arrepiento de todo, pero no se preocupe, enseguida se me pasa.

En efecto, transcurridos unos segundos, volvió a incorporarse y adoptó la actitud de intransigencia anterior. Se apeó sin despedirse.

Una vida

Más que conocerse, se reconocieron, pues los dos tenían la impresión de haberse tratado en una vida anterior. Hacían el amor en cualquier sitio y en todas las posturas, como si buscaran un acoplamiento que les permitiera ser uno. Cuando cualquiera de ellos salía de la cama para ir a la nevera o al trabajo, el otro se sentía amputado. No soportaban las separaciones porque cada uno era el oxígeno del otro, la sangre del otro, el alma del otro. La excitación que les proporcionaba encontrarse procedía del sentimiento de estar al fin completos. Sólo estaban completos cuando se encontraban el uno sobre el otro, o el uno al lado del otro, o el uno debajo del otro. Se metían la lengua por todos los orificios del cuerpo, incluidos los de las narices. Estaban enamorados, en fin.

Lo sorprendente era que la pasión duraba. No la atenuaban ni el calor ni el frío ni el paso de las semanas y las estaciones. A veces comenzaban a desnudarse en el ascensor para no perder un segundo del tiempo que se les permitía estar juntos. Llegaron a pensar que lo suyo no se parecía a lo de nadie. Lo ocultaban por miedo a despertar envidias, recelos, comentarios. Desde la altura de su completitud, observaban con cierta lástima al resto de la humanidad como los dioses observan con piedad a los mortales desde el Olimpo. Disfrutaban de la comida, del sexo, del cine, de la televisión, de la calle. Todo lo que hacían juntos adquiriría una relevancia especial por el simple hecho de que ellos lo tocaban con su magia.

Tuvieron un hijo. Durante el embarazo, la tripa de ella había empezado a poner entre los dos una distancia que, con el nacimiento de la criatura, se convertiría en un abismo. Ella sólo vivía para el niño, al que él observaba con amor y desconfianza, pues aquella criatura había sido de verdad una sola persona con su madre. Nunca nadie les podría quitar eso. Tal vez, pensaba, madre e hijo se pasarían el resto de la vida buscando una postura que les permitiera convivir como cuando él iba dentro de ella y ella alrededor de él. Al principio, él creyó que cuando el niño creciera, ella regresaría y volverían a follar como locos, como si fueran las distintas partes de un alfabeto en busca de las distintas combinaciones para componer una frase. Pero el bebé se hizo niño y el niño se hizo adolescente sin que la pasión entre el hijo y la madre decreciera. El hombre observaba aquella experiencia con algo de rencor, pero sobre todo con asombro. Le asombraba ver la cantidad de energías que la madre era capaz de dedicar al hijo. Aquello era amor, un amor desesperado, que es quizá el único amor posible. Él se consolaba ocasionalmente con alguna aventura extraconyugal, incluso con alguna prostituta. No le importaba pagar, hasta le parecía más decente. Pero ni en las aventuras de pago ni en las otras encontraba el paraíso perdido.

Luego, un día, siendo el hijo ya un joven, se empezó a distanciar de la madre, que aceptó el alejamiento porque tenía preparado, para cuando llegara ese momento, un discurso según el cual

los hijos han de separarse de los padres para crecer. En apariencia, daba al hijo todo lo que necesitaba para huir de ella, pero en la realidad este darle todo era un modo más de retenerle. Lo consiguió durante algún tiempo, pero al final pudo más la obstinación de él que la de ella, que se quedó sola en el mundo.

Un día, entrando en el salón de la casa procedente de la cocina, vio a su marido leyendo un libro. Hacía miles de años que no lo veía. Comprobó que había perdido pelo, que tenía arrugas, pero por debajo de ese rostro reconoció al hombre del que había estado enamorada hacía tantos años. Le dieron ganas de preguntarle dónde había estado, pero no dijo nada quizá porque comprendió que era ella la que se había ido y la que regresaba ahora, después de una aventura agotadora con un hijo que la acababa de abandonar. Se sentó al lado de aquel desconocido y habló con él. Él le propuso salir al cine, a cenar, a visitar museos y comenzaron a conocerse, a reconocerse más bien. El gran amor de ella, el hijo, pasaba a veces por la casa, pero cuando se iba dejaba en la mujer un poso de tristeza que lo teñía todo. Aun así la relación entre el hombre y la mujer se fue recomponiendo. Hicieron el amor un par de veces y, aunque no les salió bien, ambos se dijeron que había vida más allá del sexo. Todo iba bien, en fin, y habría ido mejor de no ser porque un día, en medio de la noche, él se despertó, contempló a su mujer dormida a su lado y comprendió que jamás sería capaz de perdonarle todos aquellos años de ausencia.

La ropa interior de las mujeres

Un pájaro negro, con el pico sonrosado (posiblemente un mirlo), entró en su alcoba mientras ella dormía, se dirigió al armario, abrió el cajón de la ropa interior y escogió la más frágil de sus braguitas. Se la llevó y volvió a por un sujetador con el que hacía juego. En siete u ocho viajes había vaciado la gaveta. Luego sustituyó toda aquella lencería por unas imitaciones perfectas, realizadas con hojas de roble, pétalos de flores diversas, porciones de raíces, tallos trenzados y plumones de ave. Cuando despertó, ella no se dio cuenta del cambio y se puso uno de los conjuntos con los que el mirlo había suplantado a los verdaderos. Eligió una camiseta muy ligera, con el escote en pico, por cuyos bordes se veían partes de las hojas de roble, de los pétalos, de las raíces, de las plumas. Al agacharse, dejaba ver el comienzo de sus pechos sostenidos por aquel entramado vegetal. A veces, se le desprendía un plumón, un tallo, una ramita.

En la oficina había un individuo, el director de contabilidad, al que apodaban el Hombre pájaro porque tenía los ojos muy separados, casi en las sienes, lo que le obligaba a mover la cabeza hacia un lado y otro con movimientos que recordaban a los de un ave. Cuando ella entró ese día en su despacho para hacerle una consulta sobre unos asientos contables, se le desprendió, al inclinarse sobre su mesa, un pétalo del escote y el hombre palideció de amor. Ese mismo día comenzaron a salir y apenas siete meses después se casaron. Ella se quedó embarazada enseguida y dio a luz un niño que pesó al nacer tres kilos y medio. El parto fue bien y sólo estuvo hospitalizada un día, al cabo del cual el hombre pájaro y su esposa regresaron a casa con el bebé, al que no se cansaban de mirar.

Una vez en el domicilio, cuando ella se disponía a depositar al niño sobre la cuna, él le sugirió que hiciera un lecho con toda su ropa interior e introdujera en él a la criatura.

—De este modo —añadió—, percibirá el olor de tu cuerpo y dormirá tranquilo.

A ella le pareció una excentricidad hermosa, por lo que ni la discutió. Tomó, pues, toda su ropa interior confeccionada con ramitas, raíces, pétalos, plumas, hojas de roble, y colocó a su hijo sobre el conjunto. Enseguida se dio cuenta de que daba la impresión de encontrarse en el interior del nido de un ave. Entonces contempló a su marido, el hombre pájaro, y la recorrió un escalofrío.

—¿Qué es esto? —preguntó espantada.

—¿Qué va a ser? —respondió él—. Nuestro hijo.

—¿Pero por qué mi ropa interior se ha convertido en un conjunto de hojas, pétalos, plumas y pequeñas raíces?

—No sé de qué me hablas, es la misma ropa que llevabas ayer y anteayer y el mes pasado.

La mujer no supo qué decir, pero al contemplar a su hijo se daba cuenta de que, sin dejar de ser

un niño normalmente constituido, era también un pájaro. Aunque el médico le había dicho que tardaría aún en subirle la leche un día o dos, esa tarde notó una gran actividad en el interior de sus senos y le pareció que los pezones se le endurecían de un modo anormal. Fue al baño, se descubrió el torso y observó, perpleja, que los pezones se habían convertido en sendos picos de ave.

Su marido se había ido a trabajar y no sabía qué hacer. Finalmente se dirigió al nido en el que reposaba su hijo, lo tomó en brazos y probó a darle de mamar. El bebé, en vez de agarrarse al pezón-pico, abrió la boca, como la cría de un mirlo, esperando que cayera algo en su interior. Ella abrió instintivamente los picos en que se habían convertido sus pezones, pero observó con desesperación que no salía nada de ellos.

Al poco, sin embargo, tuvo una idea. Salió al jardín y fue recogiendo insectos y pequeñas larvas que guardaba en un frasco de cristal. Cuando creyó haber reunido bastantes, se metió en casa, se desnudó y fue introduciendo poco a poco las larvas y los insectos en el interior de sus pechos a través de los picos abiertos en ellos. Una vez dentro, los picos empezaron a convertir aquel alimento en una papilla digerida que luego depositaban en la boca abierta del bebé. El crío comenzó a ganar peso enseguida. Un día, cuando ella se encontraba en el jardín buscando larvas, levantó la vista y vio, colgada de las ramas de un árbol, su ropa interior primitiva. Estaba intacta, como si la savia del árbol la mantuviera viva.

Mañana moriré

No sé en qué momento de la jornada me di cuenta de que, aunque para los demás era miércoles, para mí era jueves, pero me había ocurrido otras veces y no le concedí importancia alguna. Hay semanas que uno quiere acortar y lo soluciona suprimiéndoles un día. El problema surgió el sábado. Los sábados, mi mujer y yo solemos ir al cine y a cenar. A veces llamamos a un matrimonio amigo y vamos juntos. Por la mañana sugerí a mi esposa que telefonara a los Gutiérrez, para salir esa tarde. Ella me contestó que era viernes. No dije nada, pero me quedé desconcertado. Trabajo en casa, hago programas informáticos y tengo poca relación con el mundo exterior, por lo que tiendo a desconfiar de mis percepciones. De modo que antes de que mi mujer se fuera a su trabajo (es jefa del departamento de divisas de un banco) bajé a comprar el periódico y comprobé en su cabecera que era sábado.

—Mira el periódico —dije abandonándolo sobre la mesa de la cocina, donde ella estaba desayunando.

—¿Qué tengo que mirar?

—El día que es.

—Viernes 15 de octubre.

Me acerqué, miré la fecha por encima de su hombro y vi que tenía razón. Pero cuando se marchó, al volver a mirarlo, vi que ponía sábado 16 de octubre. Comprendí que cuando el periódico lo leía ella era viernes y cuando lo leía yo era sábado. En otras palabras, por alguna razón inexplicable yo vivía con un día de adelanto sobre el resto de la humanidad. Hice, naturalmente, unas cuantas comprobaciones más, pero todas arrojaron el mismo resultado. Esa noche, durante la cena, se lo conté a mi mujer.

—¿Sabes que vivo con un día de adelanto sobre el resto de la gente?

Me miró con expresión interrogativa y se lo expliqué con todo detalle. Cuando terminé, se echó a reír y comprendí que se lo había tomado a broma. No insistí. A mí mismo me parecía lo suficientemente increíble como para hacerme dudar de mis sentidos.

Durante los siguientes días, continué haciendo comprobaciones y me di cuenta con espanto de que era verdad. Yo conocía las noticias con un día de antelación, lo que, aunque en principio parecía una ventaja, era un horror. Vi en el periódico un martes (un martes mío) la esquila de mi madre, que para el resto de la familia continuaba viva. Vi la noticia de un incendio y de un terremoto antes de que se produjeran. Visité a mi hijo en el hospital por un accidente que había tenido con el coche antes de que para los demás se hubiera estrellado. También veía cosas buenas, pero no las podía compartir con nadie. Así, cuando nuestra hija, que estudió Medicina, obtuvo la

plaza en un hospital prestigioso, tuve que aguantarme las ganas de llamar a toda la familia para pregonarlo.

Empecé a beber. Un día estaba en un bar, yo solo, apurando una copa, cuando se sentó a mi lado una mujer solitaria. Trabajamos conversación y al poco le confesé mi problema. Me dijo que a ella le pasaba algo parecido, pues vivía con dos días de antelación en vez de uno. Era miércoles para mí (martes para el resto de la humanidad) y jueves para ella.

—Entonces, ¿este encuentro entre tú y yo se está produciendo hoy o mañana?

—Hoy para ti. Para mí ocurrió ayer y para el resto de la humanidad aún no ha sucedido.

—Ya que estás en mañana, dime qué va a ocurrir hoy.

—Hoy va a ocurrir que tú y yo nos vamos a ir a la cama —dijo—, vivo aquí al lado, pero te va a dar un infarto cuando comiences a desnudarte y yo te voy a colocar en el ascensor, donde te encontrarán muerto mañana por la mañana. En realidad, ya te han encontrado. Ha venido la policía y nos ha preguntado a todos los vecinos si te conocíamos. Todo el mundo ha dicho que no.

—Nos tenemos que ir ya, pues —pronuncié con la resignación y la entereza que me proporcionaba el alcohol.

—Sí —dijo ella—, es la hora.

Salimos del local y nos dirigimos a su piso, que estaba en el edificio de la esquina. Al comenzar a desnudarme sentí un dolor fuerte en el hombro que enseguida se desplazó al pecho. La mujer, al darse cuenta de lo que ocurría, me puso la chaqueta y me ayudó a salir al ascensor, donde me dejó tirado. Un instante antes de morir recuperé la percepción normal del tiempo y aunque me morí en el miércoles continué vivo en el martes. Fui a casa, me encerré en mi cuarto y me puse a escribir este texto. Mañana moriré. No se culpe a nadie de lo ocurrido.

Relaciones personales

Nunca había creído en la compañía que proporcionaban los perros, ni en su fidelidad. Pero llevaba ya dos años solo y había fracasado en todos sus intentos de encontrar a alguien no ya con quien vivir, sino con quien verse los sábados o los domingos para no olvidar su propio idioma. Cuando su mujer, al poco de que se marcharan los hijos, se fue también de casa, él se hundió en la tristeza, pero luego pensó que la vida le daba otra oportunidad. Después de todo, no era tan mayor, así que fantaseó con la idea de tener nuevas relaciones, quizá de volver a emparejarse, de ir al cine, de hacer el amor (él lo llamaba así, *hacer el amor*) y de ver la tele con alguien a su lado. Pero la realidad había demostrado que en el ámbito de las relaciones sociales era un incompetente. Así las cosas, cada día estaría más solo, hablaría menos, saldría menos, sonreiría menos. Envejecería solo, enfermaría solo, se moriría solo, en el sofá, quizá con la televisión encendida, como una mujer de su barrio cuyo caso había salido en los periódicos.

Entonces empezó a pensar en lo del perro. Tal vez resultara más fácil la comunicación con un animal que con un ser humano. Llevaba varios meses observando a una mujer que al caer la tarde pasaba por debajo de su ventana dándole conversación a un mastín que parecía entenderla, pues de vez en cuando levantaba la cabeza y ladraba como en señal de asentimiento. Al principio la había observado con lástima, como si se tratara de una pobre loca, pero a medida que pasaban las semanas le fue pareciendo más verosímil la posibilidad de que entre ella y el animal hubiera algún tipo de comunicación. Un día salió a la calle cuando la mujer pasaba por debajo de su ventana y acarició la cabeza del perro al tiempo que decía algo agradable sobre él. Luego comentó que estaba dándole vueltas la idea de comprarse un perro para que le hiciera compañía. Añadió que tenía un piso de tamaño medio y quería saber qué raza le convenía. La mujer le respondió con desdén que los perros no se elegían.

—¿Tiene usted hijos? —añadió.

—Dos —respondió él—, ya mayores.

—¿Acaso los eligió?

—Bueno, no.

—Pues los perros, lo mismo.

El hombre balbuceó unas disculpas y continuó andando. Durante los días siguientes recorrió algunas tiendas de animales donde los perros le ladraban y le movían la cola desde sus jaulas. Eran cachorros y transmitían esa energía especial con la que tarde o temprano acaba la experiencia. Se los habría llevado a todos y por eso mismo era incapaz de decidirse por ninguno. Además, cuando ya estaba a punto de dar el paso, pensaba en las vacunas, en las enfermedades, en

la obligación de sacarlo a pasear por la mañana y por la tarde, de prepararle la comida, de asearlo (él mismo pasaba días enteros sin peinarse)... Pero algo, en su interior, le decía que se trataba precisamente de eso, de trabajar para alguien a cambio de un poco de afecto.

Pasaron varios meses, y un día, al regresar de la compra cargado de bolsas, se cruzó con un perro de raza y edad indefinidas, un chucho de pelo corto y patas largas. Se detuvo a observarlo, pues parecía que estaba solo, y en un momento dado el perro volvió la cabeza y dirigió una mirada cargada de sentido al hombre, que continuó andando presa de una turbación excitante. El animal lo siguió. El hombre sentía su presencia detrás de sí. «Enseguida —se dijo— se dará la vuelta y tomará otra dirección.» Pero cada vez que miraba de reojo, la sombra del chucho continuaba pegada a la suya, como si ya entre las sombras hubieran llegado a un acuerdo. La mitad de él rezaba para que desapareciera antes de llegar al portal, mientras que la otra mitad rogaba que no lo abandonara. Se dio cuenta de que había pensado en el perro en los términos de un animal abandonado, cuando el abandonado era él. Llevaba meses recorriendo las calles, los bares, los cines, con la esperanza de ser recogido por alguien. ¿Por qué no por este perro?

Llegó al portal, entró y el animal se coló detrás de él. Abrió la puerta del ascensor y el perro se metió dentro como si llevara haciéndolo toda la vida. Una vez en casa, el hombre dejó las bolsas en el suelo, se dirigió al chucho y le dijo:

—¿Se puede saber qué quieres?

El can movió el rabo y ladró. El hombre fue a la cocina, sacó una lata de comida para perros que había comprado hacía meses, para hacer frente a una emergencia de este tipo, la vació en un plato y, mientras lo veía comer, comprendió que acababa de tener un perro.

El hombre invisible

—Esta noche he soñado contigo, Clara.

—¿Y qué soñaste?

—Que vendíamos muebles.

—¿Y qué más?

—Que nos peleábamos porque tú tenías la manía de atender a los clientes desde el interior de un armario de tres cuerpos. Yo te decía que los armarios no eran ataúdes, ni siquiera ataúdes para vivos, y tú te enfadabas. Pero no nos podíamos separar porque habíamos firmado una hipoteca conjunta.

—¿Y el negocio iba bien?

—Creo que no iba bien por tu culpa.

—Qué raro, por mi culpa. Todo es siempre por mi culpa.

—No te pongas así, sólo era un sueño.

—Los sueños dicen la verdad.

—Los sueños dicen disparates. ¿Tú atenderías desde dentro de un armario a los clientes si tuviéramos una tienda de muebles?

—No lo sé.

—Pues yo sí lo sé: no lo harías.

—A lo mejor sí.

—Entonces no cuentas conmigo para montar un negocio.

—Pues ya estás borrada.

—Gracias.

—De nada.

Las dos chicas se dieron la espalda. Trabajaban detrás de la barra del bar de un hotel en el que estuve hospedado un par de semanas. Todos los días, al caer la tarde, bajaba a tomarme una copa porque me gustaba ver a las chicas. Eran excelentes personas, muy atentas y muy sensatas también para su juventud. El hotel se encontraba en el centro de una ciudad gigantesca y pobre en la que casi todo era periferia. Calculé sus salarios y deduje que vivirían muy lejos del hotel. Las imaginé cenando en sus humildes casas después de haber pasado el día rodeadas de los lujos de un establecimiento con el que no desentonaban, pues iban siempre arregladísimas. A las siete de la tarde daban la impresión de que se acababan de duchar y de maquillar, pese a que llevaban sobre las espaldas, además de las horas de trabajo, el viaje agotador desde la periferia, quizá en metro, quizá en autobuses atestados de cuerpos sudorosos. Ellas no parecían fatigadas. Y eran como dos

gemelas disímiles, pues aunque una llevaba el pelo largo y la otra corto, una era morena y la otra rubia, una seria y la otra alegre, estaban unidas por lazos invisibles, sutiles, misteriosos, que las convertían en gemelas, aunque ellas no lo supieran. Sus conversaciones solían versar sobre asuntos irreales. Más de una vez, al regresar a mi habitación, anotaba algunos fragmentos de estas conversaciones para utilizarlos luego en mis relatos. Eran excelentes dialoguistas. Un día estuvieron diez minutos discutiendo acerca de si era mejor ser rico y desgraciado que pobre y feliz. Llegaron a la conclusión de que era mejor ser rico y desgraciado porque un rico desgraciado era diez veces más dichoso que un pobre feliz. Sabían contabilidad existencial.

—Los pobres —concluyó la morena— son pobres hasta en sus aspiraciones. Se conforman con nada.

A mí no me prestaban atención alguna. Era invisible para ellas. Hablaban en mi presencia como si no hubiera nadie delante, a lo que contribuía mucho mi actitud, pues o bien fingía leer un periódico o bien fingía leerme a mí mismo con la actitud de ensimismamiento que caracteriza a los bebedores solitarios.

El caso es que a partir de la discusión sobre el negocio de los muebles dejaron de hablarse. Ignoro cómo lo llevaban ellas, pero yo sufría lo indecible al observar aquel distanciamiento absurdo entre dos personas condenadas a quererse. Un día salí de mi invisibilidad y les dije:

—Esta noche he soñado con ustedes.

—¿Con nosotras? —preguntó la morena.

—¿Y qué ha soñado? —preguntó la rubia.

—He soñado que ponían un negocio juntas y que dejaban el hotel porque les iba muy bien.

—¿Y de qué era el negocio?

Dudé, pero decidí arriesgarme:

—Creo que era de muebles —dije—. Una de ustedes tenía fijación con los armarios de tres cuerpos.

Las chicas se miraron y soltaron una carcajada que yo hice como que no entendía. Al rato estaban hablándose de nuevo, haciendo planes para el próximo fin de semana, quizá para los próximos años. Yo regresé a mi invisibilidad.

El precio del éxito

Dos semanas antes de que se publicara su primera novela, Ramón empezó a tener fantasías de éxito. Iba, por ejemplo, en el autobús, y comenzaba a imaginar que su editor le telefoneaba al móvil para decirle que, antes de haberla distribuido, ya tenían pedidos por más de cincuenta mil ejemplares.

—¿Por qué? —preguntaba él—. No me conoce nadie.

—Por el tema, a los librereros les ha encantado el tema.

Siempre llevaba el móvil encendido, comprobando cada poco que funcionaba por si intentaba localizarle algún director de cine que se hubiera enamorado del libro. Pero las fantasías más corrientes tenían que ver con algún tipo de intercambio. Estaba paseando al perro, por ejemplo, y se preguntaba si entregaría al animal a cambio de que la novela triunfara.

—¿Por cuántos ejemplares? —se respondía a sí mismo.

—Por treinta mil.

—Me parece poco, sube hasta cuarenta.

—Cuarenta mil, de acuerdo.

Manténía estas negociaciones a gran velocidad, como si realmente estuviera compuesto de dos personas con intereses distintos: a una sólo le importaba el éxito de la obra; a la otra, los bienes familiares.

—¿Y de ti mismo? ¿Qué estarías dispuesto a dar de ti mismo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por cuántos ejemplares entregarías los dedos de la mano izquierda?

—¿Todos los dedos de la mano izquierda?

—Sí, todos.

—Por un millón de ejemplares. Doscientos mil por dedo.

Después, se imaginaba viviendo sin dedos, pero rodeado de comodidades y de fama. Los estudiantes de literatura le llamaban para hacer tesis doctorales sobre él, pero Ramón no hablaba con ellos, pues había contratado a una secretaria que le llevaba todo. Los jefes de Estado, los reyes, los príncipes y los catedráticos querían comer con él, que había aprendido a manejarse perfectamente con los dedos de la mano derecha. Los filetes de carne se los daban partidos. Además, un investigador alemán que hacía prótesis de titanio le había ofrecido unos dedos artificiales que funcionaban razonablemente bien. Un día, a lo largo de una de esas fantasías, se ofreció a sí mismo la venta de cien millones de ejemplares a cambio de que muriera su padre.

—Me lo tengo que pensar —se respondió.

Su padre era muy mayor y se había quedado viudo hacía cinco años. Vivía solo y amargado. Con frecuencia decía que se quería morir, que aquello no era vida, pues le dolían mucho las articulaciones y caminaba con dificultad. A lo mejor, hasta le hacía un favor aceptando el intercambio. Pero le costaba tomar la decisión. ¿Cuál era el límite?, se preguntaba. Ya se había deshecho imaginariamente del perro y del hámster del niño. Si no se paraba, tal vez el éxito acabara llevándose por delante a su mujer y a su hijo después de haberle dejado a él mismo manco, tuerto, cojo... Pero su padre deseaba morirse, eso decía al menos. A lo mejor no aceptaba el trato y se moría igual a los dos días. Total, que aceptó diciéndose que se detendría ahí, que no volvería a incluir en las negociaciones a ningún miembro de la familia. Mentira: negoció. Era imposible no hacerlo, pues se hacía a sí mismo ofertas fabulosas.

El día anterior a la salida del libro, soñó que se le aparecía el diablo y le ofrecía un éxito sin precedentes en la historia de la literatura (Cervantes y Shakespeare serían, comparados con él, dos fracasados) a cambio del alma. Dijo que sí. Con alguna resistencia, es cierto, pero aceptó. Al levantarse de la cama, mientras se cepillaba los dientes, tuvo un recuerdo fugaz del sueño y luego desapareció de su memoria.

La novela fue un éxito. Vendió durante el primer mes un millón de ejemplares y enseguida comenzaron a llegar solicitudes de traducción. Durante esos días vertiginosos, fallecieron el perro y el hámster del niño, pero fueron dos sucesos mínimos comparados con la entrada del dinero y la fama. Podía comprar cientos de perros, de cualquier raza, y miles de hámsters. Luego perdió, en un accidente doméstico, un dedo, pero qué era un dedo al lado de aquel torbellino de felicidad. Su padre murió, claro, pero se trataba de una muerte esperada. «Al fin ha descansado», se dijo. Un día, en medio de un homenaje que le daba una asociación mundial de librerías, se retiró un momento al baño y allí, frente a una letrina, recordó inopinadamente el sueño por el que había vendido el alma y comprendió que todas aquellas negociaciones imaginarias habían sucedido de verdad. Tuvo un ataque de pánico y luego otro ataque de pánico. Después, salió por la puerta de atrás, dejando plantado a todo el mundo, y no se volvió a saber nada de él.

Un caso de sugestión

Me encontraba en la casa de campo de un amigo, donde había sido invitado a comer. Este amigo tenía una hija adolescente que vestía un bañador amarillo. Todo el mundo estaba en bañador menos yo, que llevaba un jersey de lana de cuello alto. La mujer de mi amigo sostenía que el frío y el calor eran un problema de sugestión.

—Tú tienes frío porque estás convencido de que hace frío y nosotros tenemos calor porque creemos que hace calor.

—Pero la piscina está helada —argüía yo.

—El agua no se puede sugestionar porque no tiene mente. Yo hablaba de nosotros, de los seres humanos.

La conversación transcurría en términos amables, mientras tomábamos un aperitivo en la espaciosa cocina de la casa, desde donde se dominaba el jardín y la piscina, cubierta por una capa de hielo en la que habían practicado un agujero para bañarse. En un momento dado, mientras mi amigo y su mujer se daban un chapuzón, yo me quedaba con la hija adolescente, que se había sentado a la mesa de la cocina para picar de las patatas fritas de una gran fuente de cristal. Entonces, mientras sus padres chapoteaban alegremente en el exterior, la chica se moría de una cosa súbita con una patata a medio tragar. Yo le metía el dedo en la boca, para sacarle la patata, por si ello le ayudara a respirar, pero estaba completamente inerte. Desesperado, la llevaba al salón, para colocarla sobre el sofá y hacerle el boca a boca. Pesaba menos que mi gata.

No conseguí nada. Cuando estaba a punto de salir para avisar a los padres de lo sucedido, volví a oírlos gritar. Se reían de mí. Aseguraban que fingía tener frío para no bañarme porque me daba miedo el agua. Comprendí que sería incapaz de darles la noticia. Además, por alguna razón inexplicable, me sentía culpable de aquella muerte. Entonces regresaba al salón y tomaba las manos de la chica muerta entre mis manos. Después cerraba los ojos y me disponía a hacerle llegar una parte de mi vida. Recuerdo haber sentido un calor extraño, muy intenso, antes de notar que la vida regresaba, en efecto, al cuerpo de la chica, que abrió los ojos después de que yo hubiera soltado sus manos.

—Creo que me he quedado muerta un rato —decía incorporándose.

Yo regresaba a la cocina y continuaba tomándome el aperitivo. Los padres entraban secándose con grandes toallas de colores y al poco nos sentábamos todos a comer.

Me desperté en ese instante. Miré la hora y eran las tres de la mañana. Tenía la garganta seca y esa sensación de extrañeza que nos dejan los sueños muy vívidos. Mis manos aún recordaban el tacto de las manos de la chica antes de resucitar y en la boca persistía el sabor de las patatas fritas

y las aceitunas que había tomado de aperitivo. Estaba solo en casa, de manera que no podía hablar con nadie para aliviar la sensación de haber tenido un trato con la muerte. Como la noche lo aumenta todo, aumentó mi miedo a las tinieblas. Por más luces que encendía, la casa continuaba pareciéndome demasiado oscura. «La luminosidad —pensé— es un problema de sugestión.» Si crees que hay poca luz, te parecerá todo muy oscuro, aunque haya un sol radiante. Creo que estuve una hora despierto, yendo de acá para allá. Cuando me metí de nuevo en la cama, encendí la radio de la mesilla de noche, pero la apagué enseguida porque estaban dando un programa de asuntos paranormales que me inquietó.

No sé lo que tardé en quedarme dormido, pero sí que volví a soñar con mi amigo y su familia. Habían pasado unos días desde que estuviera con ellos en la casa de campo. Yo llevaba una vida normal, si exceptuamos que me cansaba mucho. No era capaz de subir como antes las escaleras de mi casa (un cuarto piso). Además, había perdido el apetito y el gusto por las cosas que habitualmente me excitaban. No todo el gusto, pero sí la mitad aproximadamente. Aachacándolo a algún déficit químico, tomaba unas vitaminas que no me hacían nada. No es que estuviera mal, pero tampoco estaba bien. En el trabajo rendía la mitad de lo que era normal en mí. La vida, en fin, iba a medio gas.

En esto, me llamaba mi amigo para contarme, muy preocupado, que su hija tenía problemas. Qué clase de problemas, le preguntaba yo. Está como medio muerta, me decía él, o como medio viva. No le duele nada, pero ha perdido el cincuenta por ciento de su vitalidad. En las asignaturas en las que sacaba un diez, ahora saca un cinco, y todo así. Me desperté en el momento de colgar el teléfono a mi amigo, pero creo que me desperté a medias, es decir, se despertó la mitad de mí y así continuó desde entonces.

Una historia verdadera

Descubrí sobre la pared del salón un bicho negro, quizá un escarabajo. Me levanté con el periódico enrollado, para acabar con él, pero cuando estaba a punto de golpearle, se convirtió en una mancha. El desconcierto me paralizó. Me había quedado dormido con la tele encendida, mientras daban un documental de insectos. Tenía la garganta seca, de modo que fui a la cocina y me puse un vaso de agua con unas gotas de limón. Al regresar al salón, la mancha había desaparecido. Pensé que se trataba de un insecto capaz de disfrazarse de mancha, igual que hay otros que se disfrazan de palo, y ahí quedó todo. Esa tarde tenía una reunión en la productora. Recuerdo que estábamos escuchando al encargado de los decorados, cuando volví a ver, en la pared de enfrente, al bicho. En esto, alguien reclamó mi atención y cuando volví a mirar ya no estaba.

Al día siguiente teníamos una cena en casa. Le dije a mi mujer que yo me ocuparía de comprar el pescado. Conozco al dueño de una pescadería que hay cerca de la productora. Le llamé por teléfono para decirle lo que quería y escuchar sus recomendaciones. Me dijo que me tendría todo preparado al mediodía. Al entrar en el establecimiento, volví a ver al animal. Estaba en la pared del fondo, sobre el alicatado. Me extrañó, porque la pescadería cuenta con un sistema antiinsectos muy eficaz. «¿Qué es eso?», pregunté al encargado. «¿Esto? —dijo él acercando el dedo—. Es un trozo del cable de la luz que se ha salido, no sé por qué.» Lo cierto es que se había convertido en un trozo de cable en el momento en el que él acercó el dedo. Lo comprendí con una claridad meridiana, pero no dije nada.

Estábamos cenando, en fin, cuando vi al bicho sobre la solapa de uno de los invitados a la cena que se encontraba algo alejado de mí. Me levanté con alguna excusa y me acerqué a él. Cuando puse mi mano sobre su hombro, el animal se convirtió en una insignia. «¿Te gusta? —preguntó el invitado—. Toma, para ti.» La tomé con aprensión y le di las gracias. Era, en efecto, un escarabajo. Lo coloqué, por cortesía, en la solapa de mi chaqueta y cuando no lo miraba estaba vivo. Intenté atraparlo varias veces antes de que se convirtiera en materia inerte, pero siempre atrapaba un objeto duro porque era endiabladamente rápido.

Al día siguiente, se lo regalé a un guionista que va mucho por la productora.

—Estos animales dan buena suerte —dijo.

—Por eso te lo regalo —respondí yo.

Al salir lo atropelló un automóvil y lo mató. Mi secretaria, en un gesto de buena voluntad, sacó el escarabajo de su solapa y me lo devolvió. Lo metí en el cajón de la mesa y lo cerré. Al poco, oí el zumbido como de un moscardón. Era el escarabajo, intentando salir. Abrí y cerré el cajón

varias veces, a distintas velocidades, pero siempre lo sorprendía convertido ya en una insignia. La tomé, salí a comer, y la dejé olvidada sobre la barra de una cafetería. Apenas había alcanzado la calle, cuando el animal voló de nuevo hasta mi solapa transformándose en un objeto duro en el instante mismo de aterrizar. «No pierdas los nervios —me dije—, con detalles así comienza la locura, pero tú no estás loco. Si mantienes la calma, sobrevivirás.»

Intuí que mantener la calma consistía en no luchar contra la alucinación, en dejarla estar. Después de todo, la convivencia con el bicho no era tan incómoda. A los pocos días, visitando una exposición de esculturas, me llamó la atención una rana del tamaño de un puño que formaba parte de un conjunto más amplio. Estaba tan bien hecha que no pude resistir la tentación de acercar la mano. Justo en el momento de tocarla, se convirtió en un animal de verdad. Miré a mi alrededor, para ver el efecto que había producido, pero me encontraba solo. La rana, por otra parte, lejos de huir, se quedó mirándome, como si esperara algo de mí. La tomé con cuidado y la guardé en el bolsillo. Esa noche, metí a la rana y al escarabajo en una caja de zapatos, juntos. Al día siguiente, el escarabajo había desaparecido y la rana se había convertido en un objeto sólido, de bronce. Por curiosidad, bajé con ella al garaje, tomé un martillo y la abrí de un golpe por la mitad. Dentro de ella, efectivamente, encontré al escarabajo. El problema es que no había comenzado a digerirlo, por lo que estaba entero. Lo que no sé, porque no tengo ni idea de cómo funciona la magia, es si tendré otra oportunidad como la de la rana para acabar con él. Hoy mi mujer me ha dicho que no me ponga tanto ese escarabajo, que le da un poco de asco. ¿Cómo decirle que no soy yo el que lo lleva puesto a él, sino él el que me lleva puesto a mí?

La parte de atrás

Soñé que salía a la calle y que todo estaba de espaldas. Sólo se veía la parte de atrás de las casas y la nuca de las personas y los traseros de los perros y las colas de los pájaros. Caminaba por un callejón trasero que en vez de mostrar los escaparates de las tiendas, enseñaba su parte de atrás, su lado oscuro. El mundo me había dado la espalda. Giré la cabeza hacia atrás, pensando que, de ese modo, vería narices, ojos, bocas, párpados, pero mirara donde mirara sólo había nuca, nalgas, omoplatos. Una vez que me resigné al espectáculo, me di cuenta de la poca atención que le prestamos a esta parte del cuerpo y de la realidad. Trabajaba, en el sueño, como ayudante de un fotógrafo que sólo fotografiaba el envés de las personas y las cosas. Naturalmente, yo sólo veía la espalda del fotógrafo. Las paredes de su estudio estaban llenas de retratos de personas que sólo enseñaban la nuca. En medio de todas aquellas fotografías, vi la de un árbol que resultaba una rareza, pues los árboles no tienen parte de delante ni de atrás.

Vivía con mi esposa y cuatro hijos, todos de espaldas a mí. No sabía de qué color tenían los ojos, ni si eran guapos o feos. Mi mujer poseía unos omoplatos suaves, dos bultitos que me gustaba acariciar. Me excitaban casi tanto como unos pechos. Pero por más que intentaba, cuando hacíamos el amor, colocarme en una postura que me permitiera verla por delante, ella actuaba de tal modo que siempre me mostraba el mismo lado. Teníamos un canario que siempre me daba el culo, aunque no paraba de cantar. La jaula, como el árbol, no tenía más que un lado, pues era redonda y completamente simétrica. Por la noche, después de cenar, nos sentábamos frente al televisor, pero yo sólo veía su tubo, y las nuca de los componentes de mi familia. La nevera, al estar de espaldas, tenía la puerta pegada a la pared, por lo que resultaba, para mí al menos, completamente impracticable.

La vida cotidiana estaba llena de pequeñas dificultades, pues en vez de cepillarme los dientes, tenía que conformarme con raspármelos con la parte de atrás del cepillo. Y para sacar la crema del dentífrico tenía que forzar el culo del tubo. Naturalmente, llevaba las camisas del revés, lo que constituía una tortura a la hora de abrochar sus botones. Lo peor, con todo, eran los libros, pues sólo se podían abrir por atrás. Al principio los leía de atrás hacia delante, pero pasado el tiempo comencé a leerlos directamente del revés. Quiero decir que la realidad dio de súbito, aunque con la naturalidad con la que se viven las cosas más raras en los sueños, un cambio sutil, de manera que a partir de determinado instante las cosas no sólo estaban de espaldas, sino al revés. Mi familia, por ejemplo, llevaba las vísceras por fuera, igual que el canario. Y en lugar de decirme buenos días, decían *said soneub*.

—*Said soneub* —respondía yo adaptándome, pero consciente de que todo estaba patas arriba.

Salí a la calle y vi que le habían dado la vuelta como a un calcetín. Los grandes edificios tenían todo su interior al aire libre. Veía a las personas, si se podía llamar así a aquellas calamidades, por los pasillos de sus casas. No había fachadas. Las fachadas estaban ahora en la parte interior. Todo era un caos de tuberías, de tripas, de infraestructuras al aire libre.

Me desperté sin agobios, pero extrañado. Antes de colocarme los calcetines, me aseguré de que estaban del derecho. Lo mismo hice con la camisa y con la camiseta. Me despedí de mi mujer y cogí el coche, pues ese día tenía que viajar. Como iba bien de tiempo, en vez de tomar la autopista tomé una carretera secundaria. Advertí que el paisaje de esta carretera era en cierto modo la parte de atrás del que se apreciaba desde la autopista. Sin darme cuenta, había vuelto, ya despierto, a la parte de atrás. Sonreí imaginando que el siguiente paso consistiría en viajar por el revés de la realidad. A la sonrisa le siguió un movimiento de pánico. Dio la casualidad de que pasé junto a una gasolinera que estaba de espaldas a la carretera (seguramente daba el frente a la autopista). También vi la fachada trasera de varios restaurantes. Comprendí que debía regresar enseguida a la autopista, pero no veía el modo; no había ninguna indicación que la anunciara. ¿Y si me resigno, me pregunté, a llegar a mi destino viajando por la parte de atrás? Lo hice, me resigné, pero con mucho miedo. Comprendí, al terminar el viaje, hasta qué punto estamos habituados a vivir sólo en una parte de la realidad. Es un error, como si sólo habitáramos una parte de nuestra casa, o de nuestro cuerpo.

Cuerpo y alma

El taxista me contó que compartía el negocio con su hermano. Habían comprado la licencia y el coche a medias. Durante el día lo explotaba él y durante la noche, su hermano.

—Así que este coche —añadió— es como un cuerpo con dos almas. Yo se lo dejo limpio a mi hermano y él me lo devuelve sucio, con el cenicero lleno de colillas. Además, conduce de un modo muy brusco. Ya hemos tenido que cambiar el embrague una vez y la caja de cambios empieza a dar problemas. Ahora estoy intentando comprarle su parte, pero no se deja.

El hombre hacía jornadas de doce horas. Pasaba dentro del automóvil la mitad de su vida. Lo veías retrepado en su asiento, con todo lo que podía necesitar al alcance de la mano y realmente era como el alma del coche. Observé que llevaba en la guantera una gamuza que pasaba de vez en cuando por el salpicadero, para sacarle brillo. También llevaba un ambientador para eliminar la peste a tabaco de los cigarrillos de su hermano. No me resultó difícil imaginar el dolor que le producía encontrar cada mañana, hecho un desastre, el coche que él entregaba como una patena por las noches.

—Imagínese —continuó hablando— que todos los días, al despertarse, encontrara usted su cuerpo hecho un desastre porque lo compartiera con otro y ese otro fuera un cochino. Imagínese que le devuelven el cuerpo sucio, con magulladuras o con ardor de estómago después de que usted le corta las uñas una vez a la semana y lo alimenta a base de verduras a la plancha y pescado hervido.

—Pues muchas mañanas me lo encuentro así —le dije—, como si alguien hubiera abusado de él durante la noche.

—Entonces es que es usted esquizofrénico —aseguró el taxista tranquilamente—. Y no se ofenda. Mi coche también es esquizofrénico porque tiene dos personalidades, dos almas, y eso es lo que no puede ser.

—Pues si su hermano no quiere venderle su parte, ofrézcale usted a él la suya.

—Es que estoy acostumbrado a este coche. ¿Usted vendería la mitad de su cuerpo al dueño de la otra mitad?

—No conozco al dueño de la otra mitad, pero si me sentara con él, quizá llegara a un acuerdo.

—¿Y vagaría usted por el espacio sin cuerpo? ¿Entraría en el metro, en el autobús, en los bares, desprovisto de cuerpo, desprovisto de boca, de manos, de dedos, de ojos, de nariz, de oídos?

El hombre comenzaba a inquietarme, pero puse cara de póker e hice un comentario sobre el tiempo para rebajar la tensión.

—Lo peor —añadió al rato— es que mi hermano y yo somos gemelos y no nos podemos separar porque mi madre nos hizo prometer en su lecho de muerte que mantendríamos nuestros destinos unidos.

—Si lo dijo su madre...

Hablando de destinos, llegué afortunadamente al mío, hui del interior del taxi y entré en la redacción del periódico. Me senté al ordenador y vi que el teclado y la pantalla estaban sucios, como con grasa. Los ordenadores se usan las veinticuatro horas del día, a tres turnos. Cada redactor tiene una clave secreta para entrar en su zona, pero compartimos el hardware, la parte dura, el cuerpo. Y hay gente que trata al cuerpo fatal. Era evidente que el usuario anterior se había comido un bocadillo de anchoas sobre el teclado y que había tocado la pantalla con las manos sucias. Saqué una toallita húmeda que tengo para estas situaciones y le di un repaso. Luego escribí mi clave y me puse a trabajar.

Pero no se me quitaba de la cabeza la idea de que el ordenador era un cuerpo con tres almas. Mi situación era, si cabe, peor que la del taxista. Al mediodía me llamó el redactor jefe para hacerme un encargo. Le dije que estaba harto de que el redactor del turno de noche dejara el aparato lleno de grasa.

—Tendríamos que tener cada uno un ordenador, del mismo modo que tenemos cada uno un cuerpo. ¿Te imaginas que tuvieras que compartir tu cuerpo con un cerdo que no dejara de fumar ni de beber alcohol, ni de comer grasas?

Y ahí es donde metí la pata, porque el redactor jefe es un gordo sucio que lleva la camisa llena de lamparones de grasa y la corbata llena de quemaduras de tabaco. Y el aliento le huele a coñac. Quiere decirse que él es la parte mala de su cuerpo, así que no me entendió, o me entendió demasiado bien, porque empezó a hacerme el vacío y al poco acabé editando los anuncios por palabras.

¿Es grave, doctor?

De joven, compartí piso con una chica que lo primero que me dijo fue que le reventaba fregar los cacharros, de manera que me tocó a mí. Al principio me parecía un engorro, creo que porque me empeñaba en terminar enseguida, pero luego le cogí gusto y limpiaba en una hora el mismo número de platos que cualquier persona normal habría liquidado en media. Lo que me gustaba de aquella actividad era que me ponía intelectualmente en marcha. A los diez minutos de estar sacándole brillo a una cacerola de aluminio, las neuronas trababan amistad entre sí y resolvía problemas que en la mesa de trabajo me habrían llevado días. Fregar me ayudaba a entrar en un raro estado de concentración del que obtenía beneficios increíbles. Sin embargo, a mi compañera le sentaba fatal verme disfrutar de ese modo y comenzó a pensar que compartía piso con un depravado.

—¿Pero tú por qué no protestas cuando te toca fregar?

—Porque me gusta.

—No gastes bromas. Cómo te va a gustar.

—Es cierto. El correr del agua y el ver cómo se marcha la porquería de las sartenes por el sumidero me hunde en una especie de éxtasis que me ayuda a reflexionar sobre la existencia.

Al principio pensó que le tomaba el pelo, y luego que era un perverso. Cuando teníamos invitados y me veía levantarme después de comer para recoger la cocina, la oía murmurar cosas sobre mí. Una vez llevó a su madre, quien tras observarme de arriba abajo me preguntó si era yo ese al que le gustaba fregar.

—Soy uno de ellos —respondí sintiéndome miembro de una secta secreta de fregadores repartidos por el mundo.

Al día siguiente la chica abandonó el piso sin despedirse y tuve que poner un anuncio en los tablones de la facultad, pues no podía hacer frente yo solo al alquiler. Siempre he preferido vivir con mujeres que con hombres, por lo que solicité una compañera. Vino una estudiante de Medicina que lo que no podía soportar de ningún modo era tender la ropa. Yo nunca me había ocupado de eso, pero a las pocas semanas empezó a gustarme y estaba deseando encontrar algo mojado para colgarlo de las cuerdas. Bien es cierto que teníamos un patio interior muy sugerente, y que a mí me apasionaba imaginar las vidas que discurrían al otro lado de las ventanas que se veían desde la nuestra. Al poco, me pasaba la vida tendiendo y mi compañera empezó a sospechar que había ido a caer con un mirón o un psicópata, así que se fue y tuve que poner otro anuncio gracias al que aprendí a cocinar, y así de forma sucesiva.

Evidentemente, tengo una rara capacidad para que acabe gustándome lo que he de hacer por

obligación. Ello me ha creado fama de bicho raro entre mis conocidos. También eso me encanta, y lo cultivo, lo mismo que tender la ropa o fregar cacharros. ¿Es grave, doctor?

Todo es muy raro

Una vez me comunicaron el fallecimiento de un amigo al que hacía mucho tiempo que no veía. Resultó ser un error (lo habían confundido, en un accidente de tren, con otro que tenía sus mismos apellidos), pero permaneció sin vida dentro de mi cabeza durante dos días y luego fue imposible resucitarlo, por más que me dijeran que se encontraba bien. Sólo era capaz de pensar en él de cuerpo presente, así que cuando me telefoneó para que comiéramos juntos, me pareció una llamada de ultratumba. De todos modos, acepté su invitación, claro. No tenía ninguna excusa razonable para no verle, pero pasé unos días de gran inquietud nerviosa. Nos conocíamos desde la infancia. Procedíamos del mismo barrio y hubo épocas en que nos encontrábamos un día sí y otro también, incluso después de casarnos, pues mi mujer y la suya fueron muy amigas hasta que rompieron por razones que no vienen al caso, lo que contribuyó a que nosotros también nos distanciáramos.

La noche anterior a la cena, apenas pude dormir. Me imaginaba en el restaurante, con mi amigo delante de mí, de *corpore insepulto*, y me entraban escalofríos.

—¿Qué te pasa? —preguntó mi mujer.

—Que mañana he quedado con Antonio y no soy capaz de imaginármelo vivo, la verdad.

—Qué tonterías dices.

Llegué al restaurante con diez o quince minutos de adelanto, para estar sentado cuando le viera entrar, pues en las situaciones de mucha tensión soy algo propenso a los desvanecimientos. Me sorprendió, sin embargo, su buen color. Había estado de vacaciones en el Caribe y venía moreno, lo que contrastaba con mi piel generalmente blanca, pero en invierno más. Vestía de forma deportiva, y tengo que decir que no sólo no lo encontré muerto, sino muy rejuvenecido. De hecho, siendo yo dos años más joven que él, aquel día parecía más viejo.

Hablamos del barrio y, cómo no, de la confusión que le había causado permanecer fallecido durante cuarenta y ocho horas. Yo tuve un movimiento de crueldad, motivado, creo, por la envidia que me produjo su buen aspecto, y le confesé lo que me había ocurrido, añadiendo sin pensarlo mucho:

—Ahora que te tengo delante sé que estás vivo, pero estoy seguro de que cuando regrese a casa volveré a imaginarte de cuerpo presente.

Entonces me observó con una profundidad insólita, como si su mirada viniera desde la infancia misma, desde el barrio en el que habíamos crecido juntos. Me contempló a través del tiempo, quiero decir, y pagó la cuenta sin articular palabra. Desde aquel día no nos hemos vuelto a ver. Para mí es realmente como si estuviera muerto.

Una vida y un sueño

El otro día soñé en ruso. Jamás he estado en Rusia, pero me movía por Moscú con una agilidad envidiable y hablaba en ruso. No sólo eso: leía periódicos y escuchaba la radio sin problemas. Tenía un hijo también, muy pequeño, que se perdía en un laberinto de calles del casco antiguo de la ciudad. En el momento de separarse de mi mano había comenzado a oscurecer y caían unos copos de nieve que iluminaban brevemente la atmósfera. Yo vagaba en ruso por los callejones, preguntando a la gente si había visto a un niño de las características del mío. Al poco, me despertaba lleno de angustia. Enseguida me daba cuenta de que no era ruso, desde luego, y de que tampoco era el padre de aquel niño que se acababa de perder. Parecía evidente que había soñado un sueño ajeno.

Al día siguiente, mientras desayunaba, iba poco a poco recuperando mi nacionalidad española, pero cuanto más español me sentía, más lástima me daban ese padre y ese hijo con quienes había pasado la noche. Pensaba que si hubiera tardado en despertarme un poco más, quizá habría encontrado al niño y no tendría ese peso en la conciencia. En todo caso, me habría gustado devolverle el sueño a su propietario, para que hiciera con él lo que le viniera en gana. No me gusta tener en los cajones ni en la cabeza cosas que no me pertenecen. Una vez encontré una cartera en la calle y como ya era tarde me la llevé a casa, pensando en entregarla a la policía al día siguiente. Luego, en la cama, no lograba quedarme dormido por culpa de la dichosa cartera, así que me vestí y fui a entregarla a la comisaría más próxima.

—Haber esperado usted a mañana —dijo el inspector.

El problema de soñar un sueño que no es tuyo es que no sabes dónde entregarlo. No puedes presentarte en la oficina de objetos perdidos diciendo que te has encontrado un sueño perdido. Te tomarían por loco. Así que te lo tienes que quedar, te guste o no. Yo me lo quedé, pero puse un anuncio en el periódico, al que no respondió nadie, diciendo que tenía un sueño que no me pertenecía. He intentado desprenderme de él de mil maneras, pero no encuentro forma de sacarlo de mi cabeza. Hace poco, en un guateque que hubo en la oficina para celebrar que han aumentado las ventas, se lo comenté a un compañero y se rio de mí.

—Si lo has soñado tú, es tuyo —dijo.

No supe cómo explicarle que no, que no era mío, y desistí de hacerlo. Luego, mientras mi jefe soltaba un discurso de felicitación, comprendí de repente que tampoco aquella vida que llevaba era la mía. Fue como una iluminación. «Estoy viviendo la vida de otro», me dije. Pero tampoco habría sabido a quién devolvérsela. El caso es que ahora tengo dos cosas que no me pertenecen: una vida y un sueño. Con todo, lo más raro es que tengan distinta nacionalidad.

La masa líquida

Una adolescente le dijo a su amiga en el autobús:

—Tengo la impresión de ser de humo. Puedo tomar la forma que me dé la gana. Me agrupo y me desvanezco como una fumarada. Ayer mismo me colé por debajo de la puerta del dormitorio de mi vecino y lo vi desnudo. Él ni siquiera advirtió que me movía a su alrededor, porque estaba fumando y me confundía con el producto de sus exhalaciones.

—Yo también me convierto en humo —dijo la otra—. Puedo expandirme hasta volverme invisible y reconstruirme a mi antojo. Fíjate en mis dedos: se estiran como el humo de un cigarrillo y se cuelan por las narices de quien yo quiera. Ayer, en clase de matemáticas, entré por las fosas nasales del profesor y recorrí todo su aparato pulmonar. Tiene unos alvéolos fantásticos, fantásticos. Es más guapo por dentro que por fuera.

No sé qué porquería se habrían tomado aquellas chicas para tener aquellas sensaciones. Lo cierto es que yo, sin haber tomado más que un cubalibre, empecé a sugestionarme con sus palabras y al poco sentí que todo mi cuerpo era de humo. Bajé del autobús en la calle de Francisco Silvela con unas dificultades enormes para apoyar los pies en el suelo, pues cualquier corriente de aire, por pequeña que fuera, me obligaba a flotar. Otras veces, además de flotar, me deformaba. Mi cuello comenzaba a estirarse y estirarse hasta convertirse en un hilo y cuando inclinaba la cabeza veía mis pies allá abajo, a cantidad de metros de distancia. Pero por mucho que me estirase o que me deformase no perdía la conciencia de ser un cuerpo con todos sus órganos.

La ventaja de estar hecho de humo es que además de expandirte, te puedes concentrar. Delante de mí caminaba una señora de mediana edad, muy atractiva, con un abrigo a cuadros de grandes bolsillos. Me metí en uno de esos bolsillos y me hice una bola, una bola de humo que ella deshacía sin darse cuenta entre sus dedos. Luego subí por su espalda, como una lámina de niebla, y me introduje entre sus cabellos, saliendo por la parte de arriba, como si se le hubieran incendiado las ideas. Eran unas sensaciones fantásticas.

«Que no se me pase, que no se me pase», rezaba a Dios o a quienquiera que me hubiera facilitado aquella percepción de la realidad sin necesidad de tomar ninguna pastilla ni fumar ningún canuto, porque soy alérgico a casi todo. Abandoné el cuerpo de la señora de mediana edad en la plaza de Manuel Becerra y entré en el primer portal que me salió al paso. Era un portal de una casa antigua, con los techos muy altos, un poco oscuro. Floté hasta el primer piso y me colé por el agujero de la cerradura de una puerta en la que había una plaquita de latón que decía: OTORRINOLARINGÓLOGO. El otorrinolaringólogo estaba en ese momento mirando la garganta

de una señora muy parecida a la que yo acababa de abandonar en Manuel Becerra. Podría haber sido su hermana gemela. Me enamoré enseguida.

—Tienes la garganta estupendamente —dijo el otorrino—, sonrosada y húmeda, como debe ser.

—Parece que estás hablando de otra cosa —respondió ella con tono de provocación.

—Estoy hablando de otra cosa —añadió él—, pero ya sabes que el mejor modo de hablar de una cosa es hablar de otra.

—Es verdad —dijo la mujer—, tú y yo nunca hemos hablado de lo que en realidad hablamos.

Pensé que todo ese juego verbal era el preámbulo de una relación venérea. Pero no. Al cabo de un rato de mantener una conversación muy complicada, en los términos que ya he señalado, ella se levantó, se puso la bata de médico que llevaba él e intercambiaron sus lugares.

—Tú también tienes la garganta sonrosada y húmeda —dijo la mujer asomándose a su boca.

No había más pacientes. Pensé que en el interior de las casas suceden cosas asombrosas. La mujer encendió un cigarrillo y cada vez que expulsaba el humo yo me trezaba con él, jugando a penetrarme y a despenetrarme, si se puede decir así, que creo que no, pero no encuentro otra palabra mejor para expresar lo que sentía. Finalmente, salí afuera por una ranura de la ventana y floté sobre la calle llena de automóviles. El atasco, contemplado desde arriba, tiene una calidad moral que no se percibe desde abajo.

Esa noche, cuando estaba en la cama, después de escuchar las noticias de la radio, me convertí en un hilo de humo muy alargado y recorrí las casas de toda la vecindad como una serpiente inmaterial. En esto, al entrar en la vivienda del 3.º C, tropecé con una de las chicas del autobús, que por lo visto vivía allí. Al ser los dos de humo nos reconocimos enseguida.

—¿Qué haces en mi casa? —preguntó.

—No sé —dije—, me he deshinchado y he venido flotando hasta aquí.

—Pues ya te estás largando, no sea que te corporeices de repente y te vean mis padres. No quiero líos.

Salí de la casa llorando por el trato que me había dado la adolescente y me corporeicé, en efecto, en el descansillo. Al día siguiente, volví a coincidir con ella y con su amiga en el autobús. No sé qué porquería habría tomado, el caso es que dijo:

—Hoy tengo la impresión de ser una masa líquida.

Un error del tinte

El catedrático de latín había dejado el coche en doble fila mientras compraba una botella de champaña para celebrar con su esposa la publicación de una gramática a la que había dedicado la mitad de su vida. El hecho de que el libro fuera a aparecer durante los primeros días del siglo XXI le parecía una coincidencia dichosa, como si le garantizara un milenio tan excitante como aburrido había sido el anterior. Se veía ante una segunda vida cuyos éxitos sociales le compensarían de los fracasos de la primera. No podía pedir más. «Ni menos tampoco», se dijo con una punzada de rencor al considerar que nunca nadie le había regalado nada.

Al salir del establecimiento vio que cuatro jóvenes con aspecto agresivo esperaban a que retirara su coche para mover ellos el suyo.

—Vamos, viejo, muévete de una vez, que tenemos prisa —dijo el que parecía llevar la voz cantante.

El catedrático de latín intentó apresurarse, pero de súbito todo comenzó a suceder a cámara lenta, de modo que pudo verse, como en una experiencia extracorpórea, cambiando de mano la botella de champaña para buscar las llaves del automóvil en el bolsillo derecho del abrigo. Y mientras las manos, con sus dedos, se apresuraban entre los pliegues de la tela para no aumentar la ira de los jóvenes, por la cabeza del catedrático, a cámara lenta también, pasaron todas las humillaciones de que habían sido víctimas las personas juiciosas como él a lo largo de los últimos siglos. Con las llaves en la mano al fin, y mientras daba dos pasos vacilantes en dirección al automóvil, decidió que la historia no había sido justa con los de su estirpe, de manera que cuando ya estaba a punto de abrir la puerta volvió a guardarse las llaves, cambió la botella de mano y se acercó al muchacho preguntándole ingenuamente, como si sólo le moviera un interés meramente lingüístico, si había intentado ofenderle. Entonces, siempre a cámara lenta, observó el gesto desconcertado del chico, su sonrisa vacilante, su miedo a quedar mal delante de los amigos, y decidió que era un cobarde, así que abandonó el tono académico e hizo la pregunta de otro modo:

—Decía que si habías intentado ofenderme, hijo de puta.

El chico lanzó una mirada a la botella de champaña, que temblaba amenazante en la mano del viejo, y retrocedió murmurando entre dientes alguna cosa ininteligible. Pero cuanto más se alejaba, mayor era la furia interior del catedrático, que habría dado cualquier cosa por que el chico le devolviera la provocación. Finalmente, los jóvenes esperaron pacientemente a que el hombre retirara su automóvil para sacar ellos el suyo. Entonces concluyó el efecto de cámara lenta y cesó aquella extraña acometida de la realidad, aunque el odio continuó subiendo de nivel

mientras el catedrático conducía con brusquedad por una calle llena de adornos navideños, de música, de gente que sorteaba los coches con las manos llenas de bolsas.

Estaba arrepentido de no haber roto la botella de champaña en la cabeza del joven, lo que le causaba a la vez un gran desconcierto, como si no se reconociera en aquel individuo colérico que le devolvía una mirada temible desde el espejo retrovisor. Él era un hombre pacífico, un catedrático de latín (de instituto, pensó para sí moviendo los labios, todo hay que decirlo) que jamás se había relacionado con el mundo de manera tan belicosa (*bellum, belli*, segunda declinación, neutro, añadió). Alguna vez había deseado la muerte de alguien, quizá sí, pero siempre buscando un bien superior. ¿Por qué esa necesidad de golpear ahora, en la frontera de los sesenta años, a las puertas de un nuevo milenio, precisamente cuando se encontraba a punto de alcanzar la ambición de su vida, que era publicar una gramática latina?

Se encontraba detenido en un semáforo, absorto en sus cavilaciones, un poco aterrado frente a la perspectiva de que la publicación no le hiciera tan dichoso como había pensado, cuando el conductor del coche de atrás le pitó un par de veces para que arrancara, pues el semáforo llevaba abierto unos segundos. El catedrático miró por el retrovisor y vio a un hombre más joven que él haciéndole gestos de impaciencia. Entonces puso la marcha atrás y aceleró cuanto pudo, golpeando al automóvil que le urgía, antes de meter la primera y salir con toda naturalidad. Al poco, el automovilista agredido se colocó a su altura haciéndole gestos de que se detuviera, a lo que el catedrático de latín contestó con un corte de mangas.

En el siguiente semáforo en rojo fue abordado por el agredido, que salió del coche hecho una furia para ajustarle las cuentas. El catedrático bajó la ventanilla con expresión de paciencia, y antes de que al otro le diera tiempo a hablar dijo:

—Mira, imbécil, tengo en la guantera un revólver con seis balas, de manera que si no mueves el culo ahora mismo en dirección a tu coche, te vuelo la cabeza —*caput, capitis*, añadió para sí.

El hombre dudó unos segundos, pero cuando el catedrático comenzó a llevar la mano hacia la guantera, se retiró masticando la humillación con disimulo. El mundo estaba, pues, lleno de cobardes. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta hasta ese día? De repente, la publicación de la gramática, que había pasado por ser el acontecimiento más importante del siglo XXI, le pareció una banalidad existencial en relación con el descubrimiento de la violencia como forma de vida.

Antes de llegar a casa, detuvo el coche en doble fila frente a unos grandes almacenes, donde adquirió una navaja automática cuya precisión le pareció sobrecogedora. La escondió en el bolsillo derecho del abrigo, y mientras se dirigía a la calle iba jugando a abrirla y cerrarla con una sola mano. En un momento indeterminado, la realidad adquirió de nuevo el modelo de la cámara lenta sin que él hubiera puesto nada de su parte en ello. Con los movimientos reflexivos característicos de esta percepción, se dirigió a la puerta deseando encontrar a alguien que le insultara por haber dejado el coche en doble fila. Pero no lo halló, así que para mitigar su odio,

una vez que estuvo dentro del automóvil, rajó con la navaja los asientos hasta que cesó la visión de cámara lenta y el mundo recuperó su velocidad habitual.

Al llegar a casa, su mujer notó un bulto extraño en el bolsillo del abrigo, y él le explicó que era una navaja.

—Es que me he vuelto un poco chulo —añadió.

La esposa le miró extrañada, pues jamás le había oído manifestarse de ese modo. Pero cuando iba a añadir algo más observó en la mirada de su marido un brillo inquietante y prefirió cambiar de tema.

—Han traído las pruebas de la gramática —dijo, creyendo que le daría una alegría.

—Muy bien, déjalas ahí —respondió él, e inmediatamente se echó a llorar.

—¿Pero qué te pasa? —preguntó ella.

—He dejado el coche en doble fila, con las puertas abiertas, para comprar el champaña y alguien nos ha rajado todos los asientos.

La mujer lanzó una mirada estimativa al bulto de la navaja, en el abrigo. Después observó a su marido con una mezcla de piedad y terror, y corrió a la cocina con la excusa de que se le quemaba algo que tenía en el fuego.

Mientras cenaban, y como el catedrático, además de continuar sombrío, no hubiera abierto todavía el sobre de la editorial con las pruebas de la gramática, su mujer volvió a preguntarle, esta vez con un punto de irritación, si sucedía algo.

—Que necesito matar a alguien —contestó el catedrático—. Si no mato a alguien, me muerdo. Eso es lo que sucede.

Esa noche, la mujer permaneció intranquila al lado del hombre, que durmió sin embargo de un tirón. Al día siguiente, durante el desayuno, el catedrático actuó como si no hubiera sucedido nada. Luego, al ponerse el abrigo y notar el bulto de la navaja, preguntó:

—¿Qué hace esto aquí?

—Debe de ser un error del tinte —dijo ella—. Yo me encargo de devolverla.

Y eso fue todo.

La guía de Madrid

Cuando Juanjo decidió viajar a Madrid por primera vez en su vida, se compró una guía de Buenos Aires porque las de Madrid se habían agotado en la estación de su ciudad. «Al final, todo son calles», pensó. Y en efecto, todo eran calles. Qué más daba que se llamaran de un modo u otro. Lo importante era que siguiéndolas salías a otras calles que desembocaban a su vez en arterias idénticas a las anteriores. La calle, pensó, es uno de los inventos más curiosos del hombre: aparece para contrarrestar la diabólica infinitud del campo, pero finalmente se vuelve más complicado que él. Por eso la gente se va a la sierra los fines de semana.

Juanjo llegó, pues, con su guía de Buenos Aires a la estación de Atocha y lo primero que hizo fue mirar el plano de la ciudad para situarse imaginariamente en algún sitio. «Estoy en esta esquina», se dijo colocando el dedo índice al azar sobre una esquina de Buenos Aires. «Si sigo esta avenida, llegaré aquí.» Dicho y hecho. Comenzó a caminar con la bolsa de viaje en la mano por el paseo del Prado y llegó a «Aquí». «Aquí» era casualmente Cibeles, pero podría haber sido cualquier otro lugar. Miró el plano de Buenos Aires y vio en él una plaza. Decidió seguir el plano a la derecha y de este modo alcanzó la Puerta de Alcalá, desde donde, siempre con la guía de Buenos Aires en la mano, llegó a Velázquez. Allí encontró una pensión con pretensiones de hotel. Era mejor una pensión con pretensiones de hotel que un hotel con instinto de pensión, pensó, pidiendo alojamiento en perfecto castellano.

«Si en lugar de haber encontrado una guía de Buenos Aires hubiera comprado una de Londres, habría tenido que hablar en inglés —se dijo—, menos mal.» Aunque justo en el momento de decírselo salió del fondo del establecimiento una pareja que se dirigió en inglés a la chica de recepción sin que ésta mostrara extrañeza alguna. O sea, que no sólo se podía viajar a Madrid con una guía de Buenos Aires, sino con el idioma que te diera la gana. Él sabía un poco de francés, de modo que probó suerte, para ver qué pasaba, y dijo a la recepcionista:

—*Bonjour, madame. Il fait froid.*

—*Oui, monsieur* —respondió la chica.

Una vez hecha esta comprobación, Juanjo regresó al castellano, porque le era más cómodo. Pero le pareció que había en el mundo un exceso de guías de viaje y de idiomas y de información... Al final, todo se reducía a decir hace frío, hace calor, etcétera. Una vez en su habitación, pensó que había también un exceso de museos, y de restaurantes. En su guía de Buenos Aires venían tres páginas de museos y cuatro o cinco de restaurantes. En la sección «Adónde ir por la noche», vio infinidad de salas de fiestas y de barras americanas. América estaba en todas

partes, qué curioso. Ningún ser humano podría visitar todos esos museos ni comer en la mitad de los restaurantes de la guía, aunque viviera cien años. Qué desperdicio.

De todos modos, como era partidario de los viajes culturales más que de los de mero placer, al día siguiente decidió visitar un par de museos elegidos al azar en la guía de Buenos Aires. El primero era un museo de costumbres. Le pareció que estaría bien conocer las costumbres del lugar. Se colocó, pues, en una esquina cualquiera de Velázquez y fue torciendo a derecha e izquierda, siempre según las indicaciones del plano de Buenos Aires, hasta llegar por casualidad al Museo Lázaro Galdiano de Madrid. No se trataba exactamente de un museo de costumbres, aunque en alguna medida todos lo son. La visita le abrió el apetito, y al acabar el recorrido se metió en el primer restaurante que le salió al paso. No venía en la guía de Buenos Aires, pero ninguna guía es exhaustiva.

De todos modos, comió tan bien que a los postres, en agradecimiento, informó al chef de que no aparecían en la guía. El chef echó un vistazo al libro y argumentó que se trataba de una guía de Buenos Aires.

—¿Y qué más dará eso? —replicó Juanjo pidiendo un coñac.

Pasó una semana en Madrid y no dejó de visitar ninguno de los monumentos que aparecían señalados como importantes en la guía de Buenos Aires. Cuando regresó a su ciudad, su madre le preguntó qué tal le había ido por Madrid, y él dijo que finalmente había estado en Buenos Aires.

—¡Ah! —respondió la madre.

—Ya ves —añadió él.

Enrique fue a la cárcel

Cuando Enrique tenía diez años, oía al acostarse ruidos dentro del armario. Se lo dijo a sus padres, que se rieron de él, de modo que decidió resolver las cosas por sí mismo. Había leído en un cuento que la mejor manera de combatir a los fantasmas era enfrentarse a ellos y pactar. Aquella noche, pues, cuando comenzaron los ruidos, se levantó de la cama, encendió la luz y abrió el armario con el corazón en la garganta. Había esperado encontrar un monstruo, pero vio a un señor con chaqueta, corbata y un maletín negro.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy un jefe de personal —respondió el individuo del maletín.

Enrique sabía qué era un nomo, un trago, un brujo, un fantasma, incluso un nigromante, pero jamás había oído hablar de los jefes de personal, por lo que se quedó mudo. No estaba preparado para enfrentarse a esa clase de monstruo.

El jefe de personal abandonó el armario y se sentó a la mesa de Enrique. Luego abrió el maletín, sacó unos papeles y se puso a firmarlos. Enrique se colocó a su lado.

—¿Qué son estos papeles? —preguntó.

—Órdenes de despido. Los jefes de personal tenemos el poder de despedir a la gente de sus trabajos.

Enrique iba mirando las órdenes de despido, cuando vio el nombre de su padre en una de ellas.

—Éste es mi padre —dijo.

—Sí, es tu padre. Procuero despedir a personas con hijos para que la situación familiar sea más dramática.

Enrique se puso a llorar y rogó al jefe de personal que no despidiera a su padre. Un tío suyo estaba en el paro desde hacía unos meses y su primo había tenido que abandonar el colegio porque no podían pagarlo. A su tío se le había puesto, además, cara de loco, y no es que estuviera loco, sino desesperado. La situación, pese a las ayudas familiares, empezaba a resultar angustiada. A Enrique se le ponían los pelos de punta frente a la posibilidad de ver a su padre en semejantes circunstancias.

Tanto lloró y suplicó que el jefe de personal accedió al fin a negociar una solución.

—Mira —le dijo—, lo que más valoramos los jefes de personal son los dedos. No se puede firmar nada si no tienes dedos y nosotros vivimos de eso, de firmar. Guardamos en nuestro reino un depósito de dedos de repuesto, pues se nos caen con frecuencia. Si me das el dedo pequeño de tu mano izquierda, romperé la orden de despido de tu padre y nunca más te volveré a pedir nada.

Enrique accedió y el jefe de personal le quitó el dedo y rompió la orden. Luego cerró el

maletín, se metió en el armario y desapareció. Enrique aprendió a disimular el muñón de ese dedo de tal manera que ni sus padres ni sus profesores se dieron cuenta de que le faltaba el meñique. Durante algunos años vivió con el temor de que el jefe de personal apareciera otra vez pidiéndole un nuevo dedo, pero no se presentó: era verdad que si pactabas con los fantasmas, éstos desaparecían de tu vida.

El padre de Enrique tuvo una vida laboral normal y con los años se jubiló en la misma empresa en la que había trabajado siempre. Enrique, por su parte, creció y se hizo médico. No había médicos en la familia, pero él atribuyó esta vocación al hecho de que le faltara un dedo. Pensaba fantásticamente que la medicina acabaría encontrando el remedio para aquella amputación que con tanto trabajo había ocultado al mundo. Solía ir con la mano izquierda en el bolsillo y cuando la sacaba mantenía el puño cerrado, con el muñón hacia dentro, como si guardara el dedo.

Un día le llamaron de un hospital, al que había enviado un currículum, ofreciéndole una plaza como cirujano. Enrique se presentó en el hospital a la hora convenida, con el traje y la corbata de pedir trabajo, y fue conducido hasta el despacho del jefe de personal, que le mostró un contrato para que lo firmara. Pero Enrique no vio el contrato, sino el dedo meñique del jefe de personal, que reconoció enseguida como el que le había sido arrebatado a él en la infancia. Entonces se abalanzó sobre el individuo, y cuando consiguieron separarlo, casi le había amputado ya el dedo meñique de la mano izquierda. Cuando explicó al juez la historia, éste le pidió que abriera su mano izquierda, que llevaba años cerrada e inexplicablemente apareció allí dentro un dedo meñique atrofiado y arrugado, pero con todas sus falanges. Enrique fue a la cárcel.

Un éxito local

Julio se hizo escritor de un día para otro. Había leído con pasión la novela de Pierre Clausaut, *Los objetos me llaman*, y al cerrarla decidió que sería novelista. No es raro que le cautivara este libro del escritor francés, que cuenta la historia de un cleptómano en el París de entreguerras. El personaje del libro de Clausaut (ahora dudo si se escribe con una o con dos eses) vive fascinado desde niño por los objetos. Hijo de un abogado cuyo despacho está lleno de libros y fetiches, el joven Pierre (nótese que el nombre de pila coincide con el del autor) se pasa las horas muertas tocando y observando las cazoletas de las pipas de fumar que su padre ha ido amontonando en un recipiente de mimbre que se encuentra sobre su mesa. Las hay lisas y esculpidas, y estrechas u holgadas, y cada una está hecha de un material distinto: hueso, caña, madera, coral... Algunas representan la cabeza de un animal o de un hombre. Abundan también los rostros de mujeres cuyas melenas se estiran casi hasta el centro del artilugio.

Más tarde, el adolescente Pierre acaricia los tinteros que adornan la mesa del despacho, aunque lo que más le gusta es la colección de plumas de su padre. Pasa las horas muertas abriéndolas y cerrándolas, fascinado por el brillo de aquellos plumines de oro, de iridio, de plata, de platino. En esta etapa comienzan sus primeros hurtos, al desenroscar los plumines del cuerpo de las estilográficas, que deja vacías en el interior de las vitrinas desde las que se exhiben, como un cuerpo sin vísceras. El padre de Pierre, que se limita a contemplar su colección sin abrir jamás estas estilográficas, no advertirá el robo hasta pasados muchos años.

No era difícil que Julio se identificara con el personaje de Clausaut, pues sin llegar a ser un cleptómano extremadamente patológico, tenía su piso lleno de pequeños objetos procedentes de hurtos llevados a cabo en las casas de sus amigos, así como en restaurantes y hoteles. Durante algún tiempo, cuando era adolescente y los sistemas de seguridad de los grandes almacenes no eran tan sofisticados como los actuales, fue un ladrón habitual de mecheros y prendedores de corbata.

Leyó la novela de Clausaut como si leyera su propia biografía y al cerrarla, decíamos, decidió robarle la idea de hacerse novelista. Por lo general, la cleptomanía no suele darse en estado puro, sino que aparece asociada a otras patologías. No es raro que el cleptómano sea, por ejemplo, un mitómano también. Julio lo era. Mentía como mienten esta clase de enfermos: sin objetivo alguno. Es erróneo pensar que el mentiroso siempre trata de obtener un provecho de sus falsedades. No, la mayoría miente por una especie de tropismo, como la planta crece en dirección a la luz. Así, cuando Julio iba al cine, aseguraba que había ido al teatro, y al revés. Construía con las palabras

una realidad alternativa a la real. En cierto modo, vivía dos vidas, puesto que en una misma tarde conseguía ver para sí mismo una película y, para los otros, una obra de teatro.

Lo curioso es el modo en que se hizo escritor después de haber leído *Los objetos me llaman*. Se hizo escritor sin hacerse escritor, es decir, sin escribir jamás una línea. Pero lo más asombroso es que abría el periódico cada día por las páginas de cultura para ver si había publicado algo.

—Déjame ver si he publicado algo —me dijo un día muy serio, arrancándome de las manos el periódico.

Yo sabía que no escribía, pese a ser escritor, pero no me atrevía a decirle que era imposible que hablaran en la prensa de algo que no había escrito. He de confesar por otra parte que me fascinaba también aquella fantasía suya. Quizá llegué a pensar en la posibilidad real de que los críticos se ocuparan de una novela no escrita. Pasado un tiempo, yo mismo le preguntaba a veces si habían dicho por televisión algo sobre su última novela, a lo que solía responder con evasivas como que no veía la tele. Un día le llamé por teléfono y le felicité muy seriamente por el éxito de su último libro.

—Ah, sí —me dijo—, creo que está funcionando muy bien. ¿Quién lo ha publicado?

Le dije una editorial cualquiera y se quedó tan tranquilo. La última vez que fui a verle tenía la casa llena de periódicos extranjeros. El éxito español le parecía demasiado local y vivía pendiente de su triunfo en otros países.

La muerte retroactiva

Cuando Rodrigo Fuertes tenía diez años, se le apareció el diablo y le dijo que si no cojeaba una vez al mes su hermana pequeña moriría. Rodrigo odiaba a su hermana, pero no estaba dispuesto a soportar la cantidad de culpa que una tragedia como ésta le proporcionaría durante el resto de su vida. De modo que, para hacer las cosas con método, los primeros viernes de cada mes iba y venía del colegio cojeando. Ello le creó problemas con sus padres, con los profesores y con sus propios compañeros, pero siempre se las arreglaba para encontrar alguna excusa: cuando no le hacía daño el zapato, se había torcido un tobillo o se había cortado una uña más de lo debido. Gracias a él, su hermana crecía fuerte y podía odiarla sin remordimientos de conciencia.

Cuando se hizo mayor, continuó cojeando una vez al mes, pues a pesar de que no creía en Dios ni en el diablo, creía en la mala suerte, a la que conjuraba con estos pequeños rituales. El diablo no se le volvió a aparecer en persona, como cuando tenía diez años, pero se metía en su cabeza en forma de presentimientos que le hacían sufrir. Así, cuando iba por la acera de la derecha, le atacaba la idea de que si no cruzaba la calle le caería encima una cornisa. O, cuando su avión estaba a punto de salir, decidía tomar el siguiente para engañar al destino. Se pasaba la vida cambiando de acera, de tren, de trabajo... Un día, su hermana se rio de estas manías suyas y él le dijo:

—Cállate, que tú estás viva gracias a mí.

Y le contó la historia del diablo. Su hermana le confesó entonces que también a ella se le había aparecido Satán durante la infancia asegurándole que si no guiñaba diez veces seguidas el ojo izquierdo y quince el derecho una vez a la semana, su hermano moriría.

—Pero no le hice caso y no te has muerto —añadió.

—Pero me puedo morir en cualquier momento con efectos retroactivos, idiota —le respondió Rodrigo pálido de angustia.

Ella no sabía en qué consistían los efectos retroactivos y Rodrigo tuvo que explicárselo, tras lo que su hermana añadió:

—Es imposible morirse con efectos retroactivos.

Rodrigo sabía que en lo concerniente al horror todo era posible, pero su hermana era una mujer muy superficial y comprendió que sería inútil hacerle entender lo que sentía.

—Pues a partir del mes que viene voy a dejar de cojear —dijo con tono amenazante.

—Por mí, como si te operas —respondió ella.

En realidad, no fue capaz de abandonar la cojera mensual, aunque a su hermana le juró que la había dejado.

—Pues aquí sigo, viva y coleando —decía ella muerta de risa en las reuniones familiares, cuando salía a relucir el tema.

El odio de Rodrigo hacia su hermana fue creciendo a lo largo de los años. Algunos primeros viernes de mes cojeaba mal, para ver si se moría de una vez, pero al diablo le bastaba con que cojera, bien o mal daba lo mismo, para mantenerla con vida. Por estos días, se le metió en la cabeza la idea de que quizá si él parpadeaba con cada ojo las veces que el diablo le había mandado parpadear a su hermana, aún estaría a tiempo de salvar su propia vida. Así que hizo cálculos de los parpadeos atrasados, pues su hermana no había efectuado el rito una sola vez, y le salieron millones. No le importó: cada día parpadeaba un par de horas con efectos retroactivos hasta que logró ponerse al día.

Siendo ya muy mayores los dos, su hermana murió por causas naturales, pese a que Rodrigo no había dejado de cojear un solo primer viernes de mes. Aquello le hizo sospechar que quizá todo hubiera sido una locura. Entonces dejó de parpadear también (ya no le importaba fallecer) y comprobó que no se moría. La idea de la muerte retroactiva comenzó a parecerle una estupidez y poco a poco se fue desprendiendo de todos sus ritos supersticiosos, excepto del de la cojera, que se le había quedado como un tic y le costaba más trabajo dejarlo que continuar con él.

Durante aquellos años, los últimos de su difícil existencia, liberado de todas las manías que tanto le habían hecho sufrir, llevó una vida tan feliz y despreocupada como la que había llevado su hermana. Entonces comprendió que ella no había muerto, sino que ahora vivía en él gracias a la cojera suya. Y volvió a odiarla, aunque odiarla supusiera odiarse a sí mismo. Cuando cumplió noventa años, dejó de cojear y al poco se murió. Mientras agonizaba, comprendió que la que estaba a punto de expirar era su hermana. Él había fallecido mucho antes, quizá con efectos retroactivos.

Una vocación imposible
Juan José Millás

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Alexander Kuzovkov / Trevillion Images

© Juan José Millás, 1989, 1994, 2003, 2008

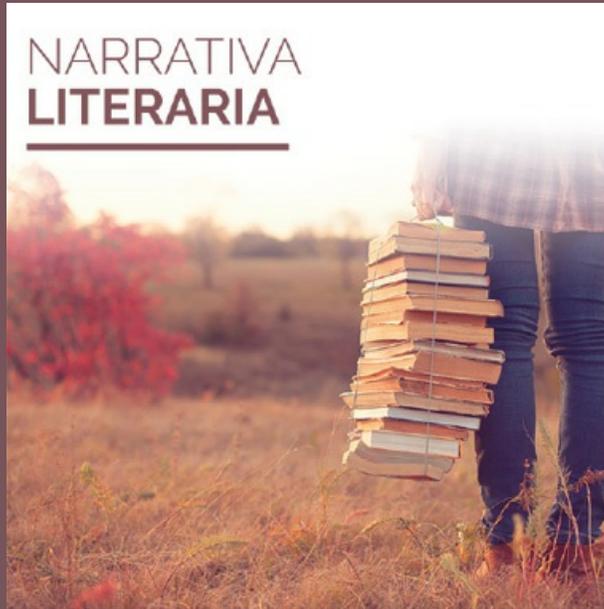
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-322-3591-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



 Seix Barral

Juan José Millás

Una vocación imposible

